POLIBIO

HISTORIAS

LIBROS V-XV

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
MANUEL BALASCH RECORT



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 43



Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B.C.G., la traducción de esta obra ha sido revisada por JUAN MANUEL GUZMÁN HERMIDA.

Depósito Legal: M. 36861 - 1981.

ISBN 84-249-0149-5.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1981. — 5352.

LIBRO V

Sincronismos

El año en que Arato el Joven 1
ejerció el generalato se cumplió
alrededor de la subida de las Plé-
yades [1], pues entonces el pueblo
aqueo efectuaba así el cómputo
del tiempo. Por esto, Arato resignó el mando y Epérato [2] 2
le relevó en la capitanía de los aqueos; Dorímaco se-
guía siendo el general de los etolios. Entonces mismo, 3
o sea a principios del verano, Aníbal, que hacía ya abier-
tamente la guerra a los romanos, tras partir de Car-
tagena [3] y cruzar el río Ebro, iniciaba sus operaciones
y su marcha hacia Italia. Los romanos enviaron a Tibe- 4
rio Sempronio Longo al Africa, al frente de un ejército,
y a Publio Cornelio Escipión [4] le mandaron a España.
Antíoco III y Ptolomeo IV, rehusando componer sus 5
diferencias acerca de Celesiria [5] mediante legados y ne-
gociaciones, se declararon mutuamente la guerra.

---

1 El orto de las Pléyades se da el 22 de mayo. La indicación de Polibio es sólo aproximada.

2 Sobre Epérato, cf. IV 82, 8.

3 En el texto griego la expresión «a principios del verano» puede afectar tanto a «partió de Cartagena» como a «cruzó el Ebro».

4 Sobre la partida de estos dos cónsules, cf. III 40, 2; 41, 2. Fue en agosto.

5 Cf. 68, 1. Para Celesiria, nota 6 del libro III.

Prosecución de la guerra social en el año 218

6 El rey Filipo de Macedonia andaba escaso de trigo y de dinero para sus tropas y, a través de los arcontes, convocó[6] a asamblea a
7 los aqueos. Éstos, según la ley, se reunieron en Egio[7], donde Filipo observó que los de Arato estaban predispuestos contra él por las intrigas[8] que los hombres de Apeles, con motivo de las elecciones, habían urdido para perjudicarles. Se dio cuenta, además, de que Epérato[9] era persona de carácter indo-
8 lente, de quien nadie hacía el menor caso. Todo lo antedicho le llevó a apercibirse de la estupidez de Ape-
9 les y Leontio y resolvió atraerse a los Aratos. Convenció a los magistrados de que trasladasen la asamblea a Sición, convocó a los dos Aratos, al padre y al hijo, a una entrevista secreta, e inculpó a Apeles de todo lo sucedido. Les rogó que perseveraran en su política inicial,
10 a lo que ellos se prestaron con agrado. Entonces, Filipo se dirigió a los aqueos y, con la colaboración de los dos jefes citados, logró todo lo que necesitaba para
11 sus designios. En efecto: los aqueos le entregaron inmediatamente cincuenta talentos para el inicio de la campaña[10], decretaron abonar a las tropas el sueldo de

---

[6] El rey macedonio tenía derecho a convocar una asamblea. Cf. IV 85, 3.

[7] Cf. nota 122 del libro II.

[8] Cf. IV 76, 7.

[9] Apeles había conseguido que Filipo apoyara la candidatura de Epérato. Cf. IV 82-86.

[10] Aquí el texto griego es algo equívoco. Puede significar «para la primera campaña» (o sea, la campaña de invierno del 219/218), o bien «para el inicio de la campaña». E. Schweighäuser, *Polybii Historiarum reliquiae*, París, 1839, *ad loc.*, y W. R. Paton, *Polybius, The Histories*, III, Cambridge, Massachusets, 3.ª ed., 1960, *ad loc.*, se deciden a favor de la primera interpretación; mientras que P. Pédech, *Polybe, Histoires*, IV, París, 1977, *ad loc.*, y F. W. Walbank, *A historical Commentary on Polybius*, I, Oxford, 1970,

tres meses y añadir, además, diez mil medimnos[11] de trigo. Además, durante el tiempo en que hiciera la 12
guerra conjuntamente con ellos en el Peloponeso, cobraría de los aqueos diecisiete talentos mensuales.

Los acuerdos tomados fueron éstos, y los aqueos 2
se retiraron a sus ciudades. Cuando las tropas se hubieron concentrado desde los lugares donde habían invernado, el rey, previa deliberación con sus consejeros[12], determinó hacer la guerra por mar: estaba per- 2
suadido de que sólo así podría aparecer rápidamente, y por todas partes, a sus enemigos y de que éstos apenas podrían prestarse ayuda mutuamente: estaban di- 3
seminados por el país, y todos temerían por sí mismos, a causa de que la comparecencia del adversario por mar era tan súbita como imprevisible. Filipo estaba en guerra contra los etolios, los lacedemonios e, incluso, contra los eleos. Tomó, pues, estas decisiones y concen- 4
tró sus naves y las de los aqueos en Lequeo[13], donde realizó maniobras continuas: ejercitaba a los hombres de sus falanges y los habituaba al manejo de los remos; los macedonios atendían con sumo interés las órdenes impartidas: si son muy famosos y esforzados en las 5
peleas terrestres libradas en formación, no están menos dispuestos, si se presenta el caso, a la lucha por mar.

---

ad loc. (citado, desde ahora, WALBANK, *Commentary*, ad loc.), se deciden por la segunda. El valor del talento varió según los estados griegos y según las épocas; aquí seguramente la referencia es al talento ateniense, que valía unas 50.000 ptas. actuales si era el de plata, el de oro alcanzaría, en valor actual, el medio millón.

11 Los griegos medían el trigo por medimnos. Un medimno valía 192 cótilos, unos 52 l.

12 Traducido al pie de la letra, el texto griego pone «amigos», pero el término es técnico: estos «amigos» forman, con otros personajes, el consejo real. Cf. 50, 9, y la nota 121 del libro I. La expresión saldrá con bastante frecuencia.

13 Se trata del puerto occidental de Corinto.

Son obreros de mucho aguante, no cabe la menor duda, para misiones como excavar fosas, clavar empalizadas,
6 en fin, para cualquier penalidad de este tipo. Hesíodo nos presenta así a los Eácidas:

que gozan en la guerra como en un banquete[14].

7 El rey y el ejército macedonio permanecían en Corinto, dedicados a los preparativos y a su adiestramiento
8 en las operaciones navales. Apeles, tan incapaz de ganarse a Filipo como de aceptar aquella humillación, se conjura con Leontio y Megaleas: éstos se harían presentes en el momento oportuno, cometerían errores deliberados y, así, entorpecerían los servicios del rey; él se llegaría a Calcis[15] y, desde allí, se las ingeniaría para que no le llegaran, desde ningún lugar, suminis-
9 tros de ningún tipo para sus operaciones. Tal fue su acuerdo con los hombres citados y, después de ajustar tratos tan perversos con ellos, se fue a Calcis, para lo
10 cual alegó al rey unos pretextos absurdos. Establecido allí, todos le hacían caso, debido al valimiento de que había gozado antes; él se atuvo con tanta firmeza a los juramentos, que al cabo forzó al rey, falto de recursos, a empeñar su propia vajilla de plata, que usaba habitual-
11 mente, para sufragar su subsistencia. Cuando se concentró la armada y los macedonios estaban ya debidamente entrenados en el arte de remar, Filipo efectuó una distribución de dinero y de víveres, y zarpó. Al cabo de dos[16] días abordó Patras[17], con seis mil macedonios y mil doscientos mercenarios.

---

14 Este verso no se conserva en lo que poseemos de Hesíodo.

15 Se trata de Calcis de Eubea, no de Calcis de Etolia. La ciudad aquí en cuestión fue el centro de la hegemonía macedonia en Grecia.

16 También podría interpretarse «al día siguiente», como apunta Pédech, *ad loc.*, en nota al pie. Walbank no comenta el

En aquellos mismos días Dorímaco, el general etolio, 3
envió contra Élide a Agelao y a Escopas[18] al frente de quinientos neocretenses[19]. Los eleos temían que Filipo emprendiera el asedio de Cilene[20], y, por eso, reunieron mercenarios, al tiempo que aprestaban las tropas mismas de la ciudad; además fortificaron cuidadosamente
Cilene. Filipo se apercibió de ello: concentró en Dime 2
a los mercenarios aqueos, una parte de sus cretenses[21] y de la caballería gala, y, asimismo, dos mil soldados de a pie de las tropas de élite aqueas[22], y dejó a estas fuerzas en esa plaza como cuerpo de reserva que, además, le protegería de peligros procedentes de Élide.
Él personalmente había escrito previamente a los me- 3
senios y a los epirotas, y aun a los acarnanios y a Escerdiledas[23] con la orden de que tripularan las naves de que dispusieran y salieran a su encuentro en Cefalenia[24]; zarpó de Patras en el tiempo fijado y abordó

término, pero los traductores vierten, unánimemente, «al cabo de dos días».

17 Patras, cf. nota 18 del libro IV.

18 Para Agelao, cf. IV 6, 10; para Escopas, IV 27, 1.

19 El término «neocretenses» sale sólo en Polibio y su sentido es discutido. Tanto se puede tratar de una tribu de la isla de Creta (inclina a pensar esto su oposición a los «cretenses» en los capítulos 65 y 79 de este libro) como a soldados jóvenes o bisoños, recién llegados. No falta quien crea que la referencia es a que estos soldados llevaban un armamento especial. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

20 Puerto al N. de Élide.

21 Los cretenses se habían dividido en dos bandos; unos luchaban con los etolios y otros, a favor de Filipo.

22 Cf. II 65, 3.

23 Los pueblos mencionados están en la costa oeste. Escerdiledas era un reyezuelo ilirio ya mencionado por Polibio en II 5, 6, y en IV 16, 6 y 22, 9. Se adhirió a la alianza aqueo-macedonia en 220/219. Más tarde veremos cómo se pelea con Filipo por cuestiones de dinero (95, 15).

24 Cefalenia: isla del mar Jonio, al N. de la de Zacinto. Cf. nota 13 del libro IV.

4 en Pronno[25], en Cefalenia. Se dio cuenta de que esta
plaza era difícil de asediar, debido a la estrechez del
terreno, de modo que en su navegación avanzó con su
5 escuadra y fondeó delante de la ciudad de Palea[26]. Com-
probó que este país es abundante en trigo, capaz de
abastecer un ejército entero, por lo que hizo desem-
barcar a sus fuerzas y acampó delante de la ciudad.
Varó las naves en tierra, las rodeó de un foso y de una
trinchera, y mandó a sus macedonios a recoger grano.
6 Él se dedicaba a recorrer los alrededores de la pobla-
ción y exploraba por qué lugares resultaba posible apro-
ximar a la muralla las máquinas bélicas para sus obras
de asedio; su intención era apoderarse de la ciudad, al
7 tiempo que se reunía con sus aliados. Así privaría, ante
todo, a los etolios de su punto de apoyo más necesario,
porque los etolios echaban mano de las naves cefale-
nias[27] para sus desembarcos en el Peloponeso y para sus
8 razzias contra las costas de Epiro y de Acarnania; ade-
más, dispondría para sí mismo y para sus aliados de
una base muy apropiada contra el territorio enemigo.
9 Cefalenia, en efecto, está situada frente al golfo de Co-
rinto, extendida en dirección al mar de Sicilia[28]; domina
las regiones del Peloponeso orientadas al norte y a
occidente, principalmente Élide, y también las partes
meridionales y occidentales de Epiro, de Etolia y de
Acarnania.

4 La isla era muy adecuada para concentraciones de
tropas aliadas y su situación era muy estratégica, tanto
para defender los territorios amigos como para atacar

---

25 Pronno: ciudad situada al SO. de la isla de Cefalenia.

26 Palea, plaza situada en el litoral sur de la isla de Cefalenia, en el golfo de Livadi, que penetra profundamente en tierra.

27 Cf. IV 6, 2.

28 Por «mar de Sicilia», Polibio entiende el espacio que va de Sicilia a Grecia y que comprende el golfo de Ambracia (cf. IV 63, 5; V 5, 13).

los adversarios, por lo que a Filipo le urgía ocuparla y
someterla. Observó que la ciudad estaba rodeada por 2
todas partes, ya por el mar ya por unas alturas abrup-
tas; el único llano existente, que era muy reducido, se
orientaba hacia Zacinto[29]. Y fue por aquí por donde
Filipo proyectó avanzar sus trabajos y realizar las
operaciones de asedio. De modo que el rey estaba total-
mente entregado a esto. Y se presentaron quince es- 3
quifes enviados por Escerdiledas, quien no pudo remitir
más, debido a las turbulencias y conjuraciones surgidas
entre los reyezuelos ilirios. Procedentes de Epiro, de 4
Acarnania y de Mesenia llegaron también las tropas
aliadas fijadas ya de antemano. En efecto, tras la toma 5
de la ciudad de Figalea[30], los mesenios no pudieron ex-
cusarse de participar en la guerra y, desde entonces,
se sumaron a ella. Ya dispuesto todo lo necesario para 6
el asedio, Filipo montó las catapultas y las máquinas
lanzapiedras en los lugares adecuados para paralizar a
los defensores, luego arengó a los macedonios, hizo
aproximar las máquinas a los muros enemigos y empezó
a minarlos con ellas. Al cabo de poco tiempo dos ple- 7
tros[31] de muralla carecían ya de cimientos: tanto era
el ardor que los macedonios ponían en esta tarea. En-
tonces el propio rey se acercó al muro e invitó a los
de la ciudad a que hicieran las paces con él. Pero los de 8
Palea le desoyeron, y Filipo mandó prender fuego a los
puntales, con lo que se vino abajo todo el lienzo de
muralla socavado previamente. Logrado esto, envió pri- 9
mero a los peltastas[32] a las órdenes de Leontio, dispues-
tos en secciones: la orden era forzar el paso por la
brecha. Leontio se atuvo a lo pactado con Apeles y re- 10

29 «Hacia la isla de Zacinto», es decir, hacia el S. de la ciudad.
30 Cf. IV 79, 5-8. Figalea es una plaza arcadia situada al SO. de Megalópolis.
31 Unos sesenta metros.
32 Cf. nota 169 del libro II.

tuvo tres veces seguidas a sus jóvenes soldados, que ya habían rebasado el boquete abierto, para que no com-
11 pletaran la ocupación de la plaza; para ello, había sobornado a muchos de los oficiales de rango más alto, y él mismo, con una cobardía afectada, iba saboteando
12 las oportunidades. Y al final fueron rechazados de la ciudad con fuertes pérdidas, a pesar de que hubieran podido derrotar fácilmente al enemigo. Cuando vio la cobardía de sus oficiales y que muchos macedonios habían resultado heridos, Filipo desistió del asedio y deliberó con su corte acerca del futuro.

Invasión de Etolia. Intrigas de los oficiales macedonios

5 Precisamente entonces, Licurgo[33] había marchado sobre Mesenia, y Dorímaco con la mitad de sus etolios había hecho una incursión contra Tesalia; ambos estaban convencidos de que así distraerían a Filipo del
2 asedio de Palea. Ante estos hechos se presentaron al rey unos embajadores de parte de los acarnanios y otros de parte de los mesenios, los primeros para solicitar de él que invadiera Etolia e hiciera desistir, con ello, a Dorímaco de su incursión contra Macedonia: podía irrumpir en el país de los etolios y devastarlo impune-
3 mente por entero. Los enviados mesenios también pedían su ayuda. Le informaron de que en aquella época soplaban los vientos etesios[34], y ello hacía factible efectuar la travesía desde Cefalenia hasta Mesenia en un
4 solo día. Gorgo de Mesenia[35] le demostraba que un ata-

[33] Cf. IV 81, 1-11. Este Licurgo fue rey de Esparta depuesto por el golpe de Cilón narrado en el lugar indicado.

[34] Los etesios son unos vientos regulares que soplan en Grecia en dirección norte-noroeste unos cuarenta días, de mediados de julio hasta finales de agosto.

[35] Gorgo de Mesenia fue el personaje más importante en la Mesenia de su tiempo. Había sido atleta y, en el deporte, logró grandes triunfos. Luego se pasó a la política y adoptó una ten-

que contra Licurgo sería un éxito porque sería impre-
visto. Leontio, siempre fiel a sus propósitos, apoyaba 5
firmemente a Gorgo porque veía que así a Filipo le
llegaría el final del verano sin haber conseguido nada.
Navegar hasta Mesenia era ciertamente fácil; lo imposi- 6
ble era hacerse a la mar desde allí si continuaban los
vientos etesios. La consecuencia era que Filipo, ence- 7
rrado con su ejército en Mesenia, se vería obligado a
pasar sin operar el resto del verano, mientras los etolios
harían correrías por Tesalia y Epiro, pillándolo y de-
vastándolo todo sin miedo. Leontio, pues, lleno de malas 8
intenciones, daba estos consejos y otros por el estilo.
Arato, sin embargo, que también estaba allí, represen-
taba la posición contraria: en efecto, sostenía que la 9
travesía debía ser directamente contra Etolia y que de-
bía prestarse atención a las operaciones de allí. Pues
como Dorímaco había salido del país en campaña con
sus tropas, la ocasión era espléndida para entrar en
Etolia y devastarla. Filipo, que ya desconfiaba de Leon- 10
tio por su negligencia premeditada en el asedio anterior,
comprobó, además, la deslealtad del consejo que le
daba, es decir que navegara hacia el sur. Y resolvió
seguir el parecer de Arato. En consecuencia, escribió a 11
Epérato, el general aqueo, con la orden de que tomara
a los aqueos y acudiera en socorro de los mesenios; él
zarpó de Cefalenia y, al cabo de dos días, se presentó,
de noche, con su escuadra en la isla de Léucade. Tras 12
dragar el canal del mismo nombre [36], hizo que su flota

dencia proaquea y antiespartana, aunque fue un político moderado.

[36] Este canal se había excavado entre Léucade y el continente, a la altura de la capital de la isla, llamada también Léucade. El término «canal» está tomado en una acepción muy amplia; en realidad se trataba del dragado de una franja muy estrecha de mar en la que periódicamente se depositaban sedimentos de arena.

lo pasara y se adentró en el golfo llamado de Ambra-
13 cia[37]; éste, ya citado, es una larga prolongación del mar
de Sicilia[38], que alcanza el corazón mismo de Etolia,
14 como ya hemos constatado más arriba[39]. Hizo la trave-
sía y fondeó poco antes del alba junto a la ciudad llama-
da Limnea[40]. Allí ordenó a sus tropas que se prepararan
la comida, que dejaran la mayor parte de su impedi-
menta y que se aprestaran a la marcha en las condicio-
15 nes de la infantería ligera; él reunió a los guías, de los
que inquirió, para informarse, cómo eran aquellos luga-
res y las ciudades establecidas allí.

6 Al tiempo de todo esto, se presentó Aristofanto[41],
el general, con el ejército acarnanio íntegro[42]. En épocas
anteriores los etolios habían infligido a los acarnanios
muchos y atroces sufrimientos, por lo que ellos ahora
estaban dispuestos ardorosamente a la venganza y a
2 inferir daños a los etolios. Esto hizo que aprovecharan
gustosos la ayuda que entonces les prestaban los mace-
donios, y se presentaron en armas no sólo los que por
ley debían prestar servicio militar, sino incluso algunos
3 de más edad. Y un arrojo no inferior al de éstos poseía
a los epirotas; los móviles eran muy parecidos. Sin
embargo, por la gran extensión de su territorio y por
lo imprevisto de la aparición de Filipo no lograron con-
4 centrar a tiempo a sus tropas. Como ya puntualicé[43],

---

37 Cf. notas 41, 144 y 145 del libro IV.

38 Cf. la nota 28 de este mismo libro.

39 Cf. IV 63, 4-5.

40 Limnea, pequeño puerto en la costa meridional del golfo de Ambracia.

41 Este personaje sólo sale aquí y nos es totalmente desconocido. Ya desde ahora, cuando un nombre propio de lugar o de persona, o un gentilicio no vengan provistos de una nota explicativa, ello significará que se trata de pueblos, personas o topónimos no identificados.

42 Cf. nota 146 del libro II.

43 Cf. 5, 1.

Dorímaco se había presentado, al frente de la mitad
del ejército etolio, y había dejado en el país la otra
mitad: creía que esta reserva bastaba para proteger al
territorio y a las ciudades ante ataques inesperados.
El rey dejó una guarnición suficiente para los bagajes, 5
levantó el campo en Limnea un atardecer, avanzó unos
sesenta estadios y acampó. Allí se tomó el rancho y, tras 6
conceder un breve descanso a sus tropas, reemprendió
la marcha. Durante toda la noche progresó ininterrum-
pidamente, alcanzando, instantes después de que ama-
neciera, las orillas del río Aqueloo, entre las poblacio-
nes de Cónope y de Estrato. Le urgía caer de manera
súbita e inesperada sobre el distrito de Termo[44].

Leontio comprendió que Filipo iba a lograr sus ob- 7
jetivos y que los etolios no podrían, por dos razones,
afrontar la situación: primero, porque la aparición de
los macedonios había sido súbita e inesperada; además, 2
los etolios no habrían ni soñado en esta osadía de Filipo,
tan decidido a irrumpir precisamente en la comarca de
Termo, que era un lugar muy escabroso. Los aconteci-
mientos, pues, iban a coger a los etolios desprevenidos
y sin la menor preparación. Leontio veía todo esto, pero 3
seguía fiel a sus intentos: afirmaba que Filipo debía
acampar junto al río Aqueloo, para reponer sus fuerzas
tras la marcha nocturna. Con ello, pretendía ofrecer
a los etolios por lo menos un respiro en vistas a organi-
zar su resistencia. Pero Arato constató que aquél era el 4
momento justo del ataque y que, además, era claro que
Leontio procuraba poner trabas, por lo que conjuró a
Filipo que no dejara escapar la ocasión ni la difiriera.
Convenció al rey, quien, por lo demás, ya despreciaba 5

44 Cónope estaba situada a tres kilómetros y medio de la orilla izquierda del río Aqueloo; Estrato, sobre una loma en la orilla derecha. Termo venía a ser la capital de Etolia. Estaba situada al N. del lago Triconio, en el centro de la gran llanura que continúa la de Acarnania.

a Leontio; Filipo, pues, no cortó el avance, sino que lo
6 prosiguió. Cruzó el río Aqueloo y adelantó rápidamente
en dirección a Termo; en su progresión devastaba y
7 destruía el país. En su marcha dejó a su izquierda Es-
trato, Agrinio y Testieo, a su derecha Cónope, Lisima-
8 quia, Triconio y Fiteo. Alcanzó la ciudad llamada Me-
tapa[45], situada a la orilla del lago Tricónide. No lejos
de ella hay unos desfiladeros, y dista unos sesenta esta-
9 dios de la región citada de Termo. El rey entró en Me-
tapa, evacuada ya por los etolios, y la ocupó con qui-
nientos soldados; su intención era usarlos como reserva
con vistas a su entrada y a su salida por los desfilade-
10 ros. Las tierras que circundan el lago son montuosas y
abruptas, y además cubiertas de bosque, por lo cual la
11 entrada es angosta y terriblemente difícil. Filipo situó
luego a los mercenarios al frente de la columna[46], a con-
tinuación a los ilirios; seguía él con los peltastas y las
falanges, y así emprendió el paso por los desfiladeros.
Le cerraban la formación los cretenses; a su derecha
avanzaban paralelamente por el país los tracios y la in-
12 fantería ligera. El flanco izquierdo de su columna estaba
asegurado naturalmente por el lago, a unos treinta esta-
dios de distancia.

---

45 No podemos, por razones de espacio, discutir la ubicación de estas ciudades, que plantea problemas considerables. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc., con un mapa en la pág. 542.

46 Aquí la palabra griega correspondiente (*poreía*) recubre un tecnicismo latino, *agmen*, que es una formación (casi siempre militar) de hombres en movimiento. El equivalente actual más propio es «columna». Cf. la nota 83 del libro II.

Destrucción de Termo

Filipo rebasó, pues, los lugares 8
citados y alcanzó una aldea llamada Panfia[47]. La aseguró también con una guarnición y avanzó en dirección a Termo. La ruta no sólo era muy empinada y escabrosa, sino que a ambos lados había unos precipicios formidables. En algunos 2
lugares el paso era peligroso por lo estrecho. El conjunto de la travesía era de unos treinta estadios. Pero 3
se hizo en un tiempo muy breve, porque la marcha de los macedonios resultó muy viva, de manera que se llegó a las proximidades de Termo al caer de la tarde. Acampó 4
y mandó sus tropas a devastar las aldeas circundantes, a recorrer las llanuras de los termios e, incluso, a saquear las casas mismas de Termo, repletas no sólo de trigo y de provisiones, sino también del excelente ajuar que usaban los etolios. Allí se celebraban anualmente 5
mercados y festivales brillantísimos y, además, las elecciones a las magistraturas[48], de modo que todos depositaban en este punto los bienes de más valor que poseían, bien para la recepción de los huéspedes, bien para la preparación de las fiestas. Además de la utilidad que 6
les prestaba, creían que aquél era el sitio más seguro, ya que jamás enemigo alguno se había atrevido a invadir aquellos parajes; por su configuración eran tales que venían a ser como la acrópolis de toda Etolia. La comarca, pues, gozaba de paz desde hacía muchísimo tiempo, 7
las mansiones que circundaban el templo[49] rebosaban

[47] Lugar de ubicación desconocida, pero, sin duda alguna, al SE. de Termo. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc. El *Grosser Historischer Weltatlas*, I, Munich, 1972, no menciona este nombre en su nomenclátor.

[48] Estos «mercados y festivales» se celebraban anualmente en las fiestas llamadas «Térmicas», en otoño. Con ellas coincidía la asamblea de la Confederación Etolia y las elecciones regulares de cargos en ellas.

[49] El templo estaba dedicado a Apolo.

8 de riquezas, e incluso todos aquellos rodales. Cargados
de botín de todas clases, los macedonios de momento
plantaron sus tiendas allí para pernoctar. Al día siguien-
te seleccionaron lo más valioso y, a la vez, transportable
de todo aquel ajuar; amontonaron el resto delante de
9 las tiendas y le pegaron fuego. Y lo mismo hicieron con
las armas colgadas en los pórticos: cogieron las que
eran más ricas y se las llevaron, cambiaron otras por
las suyas, juntaron las demás y las quemaron. Las que
ardieron sobrepasaban las quince mil.
9 Hasta aquí todo lo que se hizo fue digno y justo,
según las normas de la guerra, pero no sé cómo calificar
2 lo que ocurrió después: los macedonios recordaron lo
que los etolios habían perpetrado en Dio y en Dodona [50],
y ello les impulsó a prender fuego a los pórticos y a des-
truir los exvotos [51] que quedaban, muy valiosos por su
factura; algunos de ellos habían requerido mucho tra-
3 bajo y dinero. No se limitaron a maltratar por el fuego
las techumbres, sino que lo arrasaron todo, que quedó
por el suelo. Derribaron también las estatuas, en nú-
mero no inferior a dos mil, y, algunas, las hicieron
añicos, aunque no las que tenían inscripciones dedica-

---

50 Cf. IV 62, 2; 67, 3. Para Dodona, cf. la nota 162 del libro IV. En cuanto a Dio, topónimo que se da, por lo menos, cuatro veces en la Grecia antigua, aquí es la población de este nombre situada en Pieria, a pocos kilómetros del mar, en el golfo de Terme.

51 Sobre el sentido de la palabra griega recubierta por «exvoto» hay discusión. Mientras Walbank, *Commentary*, ad. loc., cree que se trataba de armas consagradas a los dioses, Pédech, *Polybe V*, ad loc., en nota, explica el término griego en el sentido de que se trataba de edificios como los que todavía hoy se pueden ver en la vía de Delfos. Paton traduce «votive offerings» y Schweighäuser, «quidquid restabat donariorum». La continuación: «no se limitaban a maltratar por el fuego las techumbres», parece abonar la tesis de Pédech. Paton esquiva el problema con una traducción muy genérica.

das a los dioses, o bien les representaban: éstas las respetaron. Y en los muros pintaron aquel verso, ya a 4
la sazón muy citado, de Samos, hijo de Crisógono y hermano de leche del rey; el talento de este poeta ya entonces despuntaba. El verso en cuestión es: 5

¿Ves hasta dónde voló el tiro del dios?[52].

Acerca de estas acciones, el rey y su corte estaban im- 6
buidos de una convicción tan profunda como perversa: creían que al obrar así lo hacían con justicia y honestidad, pues vengaban en términos iguales la impiedad de los etolios en el santuario de Dio. Sin embargo, yo 7
creo lo contrario. Son ejemplos de esta misma casa real, y no otros distintos, los que posibilitan examinar fácilmente si llevo en verdad la razón.

Antígono, tras haber derrotado en una batalla en 8
toda regla[53] a Cleómenes, rey de los lacedemonios, se hizo soberano absoluto de Esparta[54]. Y siendo ya dueño 9
de hacer lo que quisiera con la ciudad y los gobernados, distó tanto de maltratar a los que habían caído bajo su dominio, que, todo lo contrario, les restituyó la constitución nacional y la libertad. Concedió grandes beneficios al Estado y a los particulares lacedemonios, y luego regresó a su país. Por consiguiente, entonces 10

---

52 El poeta Samos, citado aquí, era hijo de Crisógono, consejero de Filipo V de Macedonia; Polibio vuelve a hablar de él en VII 12, 6, y IX 23. En XXIII 10, 9, se nos cuenta que Filipo V le mandó ejecutar. El verso aquí en cuestión es, en el fondo, de Eurípides, *Suplicantes* 860, que escribe, en griego, *habrón* (= tierno); Samos sustituye este adjetivo con intención equívoca: pone *dîon*, que puede tanto referirse a Zeus como ser gentilicio de Dio. Hay, pues, por parte de Samos, una referencia intencionada a las penas gravísimas que Filipo V impuso a los etolios por haber destruido el templo de Zeus en Dodona.

53 La batalla de Selasia. Cf. II 66-69.

54 Cf. II 70, 1, y IX 36, 3-5.

mismo los lacedemonios le nombraron «bienhechor» y, cuando murió, le añadieron el título de «salvador»[55]; todo lo expuesto le concitó fama y gloria inmortales no sólo entre ellos, sino entre todos los griegos.

10 Filipo II, el primer rey que dio prestancia a la dinastía de los macedonios[56] y que inició su preeminencia, venció a los atenienses en la batalla de Queronea[57], pero no consiguió tanto con las armas como con la condes-
2 cendencia y la benignidad de su temperamento. La guerra y las armas le sirvieron sólo para imponerse y dominar a sus adversarios, pero con su moderación y su buen sentido se ganó a todos los atenienses, al tiem-
3 po que sometía a su ciudad: no añadía nunca la cólera a sus éxitos, sino que pugnaba y buscaba la victoria sólo hasta encontrar un motivo suficiente para mostrar su
4 mansedumbre y su nobleza. En efecto: liberó a los prisioneros de guerra sin exigir rescate[58], rindió honores a los muertos atenienses y encargó a Antípatro la con-

---

55 El título de «bienhechor» se otorgaba, normalmente, a soberanos extranjeros y el de «salvador» se adjudicaba sólo a divinidades, por lo que la actitud de los espartanos no estuvo exenta de adulación.

56 Filipo V de Macedonia no descendía de Filipo II y de Alejandro Magno, pues éste muere sin dejar sucesión. El rey en cuestión provenía directamente de Antígono Monoftalmo (= el Tuerto), aunque los antigónidas pretenden enlazar en tiempos remotos con los argéadas. SÉNECA lo dice expresamente (*De Ira* 23, 1). Sobre los motivos de este pretendido parentesco, hay una excelente discusión en el artículo de HATTO M. SCHMITT, «Polybios und die Gleichgewicht der Mächte», incluido en la obra *Polybe*, publicada por Entretiens sur l'antiquité classique, XX, Fondation Hardt, Vandoeuvre-Ginebra, 1974, págs. 100-101, y citada, desde ahora, *Polybe. Neuf exposées...*

57 Batalla librada en el año 338 y que representa el fin de la independencia real ateniense. Filipo II no fue tan benigno como Polibio pretende, pues al lado de los beneficios que aquí menciona impuso a los atenienses pesadas cargas

58 Cf. XXII 16, 2; DIODORO, XVI 87.

ducción de sus restos. Proveyó de vestidos a la mayor parte de los que se iban y, así, por su clarividencia, con un mínimo dispendio obtuvo un resultado incomparable: la magnanimidad de Filipo impresionó a los ate- 5
nienses, tan pagados de sí mismos, y de enemigos que le eran les tuvo como unos aliados dispuestos a todo[59].

¿Y qué diré de Alejandro? Éste, es cierto, se enojó 6
tan terriblemente contra Tebas, que redujo a sus habitantes a la esclavitud y arrasó la ciudad, que quedó como la palma de la mano, pero en la toma de la plaza no desatendió en absoluto la piedad debida a los dioses: tuvo buen cuidado para que, ni aun involuntariamente, 7
no se profanaran los templos ni tan siquiera los recintos sagrados. Este mismo Alejandro, cuando pasó al 8
Asia, castigó la impiedad con que los persas habían tratado a los griegos: por lo que se refiere a los hombres, intentó cobrarse una venganza condigna a los crímenes perpetrados contra ellos, pero se abstuvo, en absoluto, de tocar los monumentos dedicados a los dioses, por más que los persas precisamente con hechos de este tipo habían cometido los peores atentados en tierras griegas[60].

Por consiguiente, esto es lo que en aquella ocasión 9
Filipo V hubiera debido evocar en todo momento para mostrarse heredero y continuador de estos hombres mencionados, no tanto de su imperio como de su magnanimidad. Pero él, durante toda su vida puso el má- 10
ximo empeño en aparecer como descendiente de Fili-

59 Aquí Polibio falsea la verdad. Es cierto que los atenienses concedieron la ciudadanía ateniense a Filipo II y que condecoraron con la proxenía a Antípatro y a Alcímaco, quienes les restituyeron los prisioneros, pero no lo es menos que continuó la lucha antimacedonia: la sublevación tebana contra Alejandro (335 a. C.) se fraguó en Atenas, que todavía se alzó en 321 contra los diádocos.

60 Cf. IV 23, 8, y IX 28, 8.

po II y de Alejandro; en cambio, no mostró el más
11 mínimo interés en imitarles. Y puesto que su proceder fue opuesto al de los hombres citados, cuando fue entrando en años alcanzó entre todo el mundo una reputación contraria a la de ellos[61].

11 Lo que hizo entonces es un ejemplo válido. Filipo no pensaba realizar nada absurdo cuando su coraje le empujaba a delinquir en respuesta a los sacrilegios de
2 los etolios, a curar un mal con otro mal. Una y otra vez echaba en cara a Escopas y a Dorímaco su irreverencia y su violencia gratuita: aducía sus profanaciones de lo divino cometidas en Dodona y en Dio, y no caía en la cuenta de que al ejecutar algo por el estilo se ganaba, entre los que se enteraban de ello, una fama no distinta.
3 Pues a conquistar y derribar fortines enemigos, puertos, ciudades, vidas humanas, naves y cosechas y a las demás cosas semejantes a éstas, mediante las cuales se puede debilitar al adversario y convertir en más eficaces los medios propios en vistas a los planes que se abrigan, a hacer todo ello obligan las leyes y el derecho de la
4 guerra[62]. Pero maltratar lo que no va a proporcionar ni aportar ninguna ayuda a nuestra empresa ni a inferir ningún daño al enemigo, al menos en lo que atañe a la guerra actual, profanar templos sin motivo y, con ellos, sus imágenes y todos los monumentos de este género, ¿podrá negarse que es obra de un coraje y de un talante
5 rabiosos? Los hombres honestos deben hacer sus gue-

---

[61] Cf. VII 11.

[62] Este lugar de Polibio se corresponde con el de Tito Livio, XXXI 30, 2-3, y es importante; se insinúa aquí, por primera vez que se sepa hasta ahora, una noción todavía vaga de derecho de guerra: es lícito todo lo que tienda a debilitar militarmente al enemigo, pero no lo es la destrucción sistemática con fines no bélicos. Por lo demás, Polibio enjuicia con frecuencia la moralidad de unas guerras determinadas, de acciones dentro de ellas y aun la moralidad de la conducta de los protagonistas.

rras no para aniquilar y destruir a los que les han perjudicado, sino para corregir y reformar a los culpables. No se debe exterminar a los inocentes junto con los culpables, antes bien salvar a la vez a los inocentes y a los que parecen tener culpa. Es propio de un tirano 6
obrar sañudamente, imponerse por el terror a unos que le rechazan, ser odiado y odiar a los súbditos; corresponde a un rey[63], en cambio, ser bienhechor de todos, ganarse el afecto por la propia benignidad y humanidad, presidir y dirigir a quienes lo aceptan de buen grado.

El error cometido entonces por Filipo se puede en- 7
tender, principalmente, si nos ponemos a la vista el juicio que, lógicamente, hubiera merecido ante los etolios si hubiera hecho lo contrario de lo dicho, si no hubiera destruido ni pórticos ni estatuas, si no hubiera ultrajado los demás exvotos. Yo creo que este juicio 8
hubiera sido el más favorable y humano. Los etolios, conscientes de sus sacrilegios en Dio y en Dodona, hubieran reconocido que entonces Filipo era muy dueño de hacer lo que le viniera en gana, y que si hubiera cometido lo más atroz no hubiera parecido obrar injustamente, al menos en lo referente a ellos: pero su grandeza 9
de ánimo y su bondad le habían inducido a no realizar nada parecido a lo perpetrado por los etolios.

De todo esto se deduce que, de una manera natural, 12
éstos se hubieran condenado a sí mismos y hubieran aprobado y admirado a Filipo, porque para con los dioses usaba de una piedad magnánima, digna de un rey, aunque contra ellos mostrara su cólera. Es muy 2
cierto que superar al enemigo en justicia y hombría de bien no es menos útil, sino mucho más, que alcanzar

---

63 La distinción entre tiranía y realeza la establece Polibio en VI 3, 5 ss. La tiranía es el fruto de la degeneración de la realeza. Pero la idea es platónica: PLATÓN, *República* III 417b.

3 éxitos por las armas: los vencidos ceden, en un caso, a la fuerza bruta, pero en el otro voluntariamente. En un caso la corrección se consigue por medio de grandes pérdidas, en el otro es sin daño como se logra mejorar
4 a los culpables. Y lo que es más importante: en la primera coyuntura el resultado es, en su mayor parte, cosa de los subordinados, en la segunda, por el contrario, la victoria es íntegramente logro de los gobernantes.
5 Pero seguramente la culpa de todo lo ocurrido allí no debe imputarse totalmente al mismo Filipo, que era muy joven: en su mayor parte debe achacarse a sus cortesanos y colaboradores entonces presentes, entre
6 los cuales estaban Demetrio de Faros y Arato el Viejo. Y aun de ellos dos, no es difícil adivinar, incluso para quien no hubiera vivido aquello, de quién, lógicamente,
7 procedía este asesoramiento. Pues dejando aparte los principios de toda su vida, en los que, tratándose de Arato, no se encontraría nada ni precipitado ni indiscernido, y lo contrario en los de Demetrio, es notorio que tenemos ejemplos concretos de las tendencias de ambos,
8 evidenciadas en casos semejantes. La mención adecuada de esto la haremos cuando llegue el momento oportuno [64].

Retorno de Filipo a Limnea

13 Filipo (pues de ahí partió mi digresión) recogió lo transportable y se lo llevó. Partió de Termo y realizó el regreso por el mismo camino por el que se había presentado. El botín precedía la formación, seguido por la infantería pesada; había dejado en la retaguardia a los
2 acarnanios y a los mercenarios. Todo su empeño consistía en pasar las angosturas lo más pronto posible,

64 Polibio habla del cambio de conducta observado por el rey Filipo en VII 11 ss. Debe pensar en la masacre de magistrados en Mesenia, debida a los consejos de Demetrio de Faros, VII 13-14.

porque recelaba que los etolios iban a establecer con-
tacto con su retaguardia, fiados en la escabrosidad del
lugar. Y es lo que ocurrió inmediatamente. Los etolios 3
se habían aprestado a la defensa, concentrándose alre-
dedor de tres mil; mientras Filipo estaba en las alturas
no se le aproximaron, sino que permanecieron en lugares
retirados. Su comandante era Alejandro de Triconio[65].
Pero cuando la retaguardia macedonia se puso en movi-
miento, los etolios se lanzaron, al punto, en dirección a
Termo y hostigaron a los últimos de la columna. En la 4
citada retaguardia se produjo una confusión, lo que hizo
que los etolios redoblaran el ardor de su ataque: llega-
ron a un cuerpo a cuerpo, fiados en la aspereza de los
lugares. Sin embargo, Filipo había previsto esta even- 5
tualidad y había emboscado en la base de una colina a
los ilirios y a la flor y nata de sus peltastas. Estas 6
tropas arremetieron contra aquellos enemigos que ha-
bían avanzado excesivamente en su ataque; los etolios
se dieron a la fuga tumultuosamente, campo traviesa.
Ciento treinta murieron, y cayeron prisioneros casi otros
tantos. Después de esta derrota sufrida por los etolios, 7
la retaguardia macedonia pegó fuego al instante a Pan-
fia, pasó sin peligro los desfiladeros y se unió al resto
de las fuerzas macedonias. Filipo había acampado junto 8
a Metapa y se reunió allí con los de su retaguardia. Al
día siguiente arrasó esta ciudad, avanzó y estableció
su campamento junto a la ciudad llamada Acras. Al 9
otro día, sobre la marcha, fue devastando el país: acam-
pó sobre Cónope y se quedó allí la siguiente jornada.
Transcurrida ésta, levantó de nuevo el campo y marchó
por las orillas del Aqueloo hasta llegar a Estrato. En
este punto cruzó el río y puso sus fuerzas fuera del

---

65 Alejandro de Triconio, hijo de Toante; en Termo se encontró una estatua de este último.

alcance de los tiros enemigos; desde allí tanteaba a los defensores.

14 Sabía, en efecto, que en Estrato se habían concentrado unos tres mil soldados de a pie etolios, unos cuatrocientos de caballería y unos quinientos cretenses.
2 Pero nadie se atrevía a salirle al encuentro, por lo que Filipo empezó a poner en marcha sus unidades de van-
3 guardia en dirección a Limnea y sus naves. Cuando la retaguardia dejó las proximidades de la ciudad, al principio unos pocos jinetes etolios efectuaron una salida y hostigaron a los hombres que cerraban la marcha.
4 Cuando el contingente de cretenses salió de la plaza y algunos etolios se sumaron a su propia caballería, la batalla se generalizó y la retaguardia macedonia se vio
5 forzada a revolverse y a combatir. Primero, la pugna se mantuvo equilibrada, pero cuando los ilirios corrieron a apoyar a los mercenarios de Filipo, la caballería y los mercenarios etolios cedieron y huyeron a la desbandada.
6 Los del rey les acosaron a casi todos hasta los muros y las puertas de la ciudad, y mataron alrededor de un
7 centenar de etolios. Después de este lance, los de la ciudad ya no hicieron nada más y los de la retaguardia establecieron contacto, ya sin ningún peligro, con su campamento y sus naves.

Filipo en Limnea. Violencias contra Arato

8 Filipo acampó a primeras horas del día y ofreció a los dioses sacrificios de acción de gracias por el buen desarrollo que habían tenido sus operaciones, y al propio tiempo llamó a sus oficiales, pues quería ofrecerles un
9 banquete a todos. La opinión general era que había penetrado en lugares peligrosos, tanto, que hasta aquel momento no se había atrevido nadie a invadirlos con
10 un ejército. Pero Filipo no sólo había irrumpido en él con sus tropas, sino que había realizado todo lo que se había propuesto y, además, regresó a su base sin sufrir

daños. Exultante de gozo por todo ello, preparaba una recepción en honor de sus oficiales. Megaleas y Leontio 11 no soportaban esta buena suerte del rey: Apeles les había ordenado que entorpecieran todas las empresas reales, y ellos no habían logrado hacerlo. Así pues, 12 ⟨claramente decaídos⟩ porque las cosas les habían salido al revés, con todo, acudieron al banquete[66].

El rey y los demás comensales sospecharon inmedia- 15 tamente que estos dos no participaban igualmente en la alegría por aquellos acontecimientos. Avanzado el 2 festín, cuando ya se bebía copiosamente y sin freno, Megaleas y Leontio se vieron forzados a imitar a los demás, pero se delataron al punto. Concluida la reunión, 3 impulsados por la embriaguez y la inconsciencia, empezaron a dar vueltas en busca de Arato. Le encontraron 4 cuando ya se retiraba, y primero le insultaban, después la emprendieron a pedradas con él. Una gran muche- 5 dumbre se aprestó a apoyar a unos y a otros, por lo que en el campamento se produjo un alboroto y una revuelta. El rey oyó el griterío y mandó a algunos a ver lo que pasaba y a que disolvieran el tumulto. Cuando éstos 6 hicieron acto de presencia, Arato les expuso lo sucedido y adujo como testigos a los circundantes; luego se protegió, dentro de su propia tienda, contra aquellos malos tratos. Leontio se escapó, de forma inexplicable, a través 7 del alboroto. El rey se enteró de lo sucedido, mandó llamar a Megaleas y a Crinón y les reprochó duramente. Pero éstos no sólo no dieron muestras de arrepentimien- 8 to, sino que, envalentonados, dijeron que no cejarían en

---

66 En este parágrafo 12, el texto griego presenta una laguna que los distintos editores suplen cada uno a su manera; véase el aparato correspondiente de las ediciones críticas del texto original. Mi traducción sigue el texto conjetural de Büttner-Wobst. PATON, *Polybius*, III, *ad loc.*, señala la laguna sin restituir el texto, pero da una traducción que no se aparta grandemente de la mía.

9 su propósito hasta dar su merecido a Arato. Enfurecido ante estas palabras, el rey ordenó encarcelarles al punto y les exigió una fianza de veinte talentos.

16 Al día siguiente convocó a Arato y le exhortó a no perder el ánimo, porque él mismo prestaría la atención
2 debida a aquella cuestión. Leontio, enterado de lo que había ocurrido a Megaleas, se presentó en la tienda del rey con algunos peltastas; creía que al ser joven el monarca él le asustaría y le haría cambiar al punto de
3 parecer. Se encontró, pues, con Filipo y le preguntó quién se había atrevido a poner sus manos sobre Me-
4 galeas, quién había osado encarcelarle. Cuando el rey le contestó sin rodeos que había sido una orden personal suya, Leontio, estupefacto, se marchó hecho una
5 furia y mascullando palabras. El rey zarpó con toda la escuadra, atravesó el golfo y, así que hubo fondeado en Léucade, ordenó a los encargados de distribuir el botín que lo repartieran sin dilaciones; él reunió a sus con-
6 sejeros y les encargó el juicio de Megaleas. Arato acusó a Leontio de lo que había hecho desde el principio, relató la matanza[67] que organizó en Argos, realizada tras la partida de Antígono; añadió sus compromisos con Apeles y la obstrucción que había realizado en Paleas[68].
7 Le acusó de todo ello con pruebas y testigos; Megaleas fue incapaz de refutarlos, y los asesores del rey le con-
8 denaron por unanimidad. Crinón quedó en la cárcel; para Megaleas, Leontio depositó una fianza[69].

---

67 Otra vez Polibio es parcial. La alusión es a un hecho ocurrido en el verano del 224. En el lugar oportuno (II 54 1-2), Polibio no habla de las matanzas que hubo allí cuando Antígono hubo ocupado Acrocorinto, en las que participó Arato, según indicación de Plutarco (*Arato* 44, 3). Y ahora Arato inculpa a Leontio de algo de lo que él mismo es reo.

68 Cf. 4, 10-13, de este mismo libro.

69 En este episodio, del cual vemos aquí la primera parte (el desenlace total seguirá en los capítulos 25-28), la conducta

Y éstas fueron las intrigas de Apeles y de Leontio, 9
que acabaron de una manera radicalmente inversa a
sus esperanzas iniciales. Creían, en efecto, aterrorizar
a Arato y dejar, así, aislado a Filipo, con lo cual podrían
hacer lo que les conviniera a ellos. Pero ocurrió lo
contrario.

Invasión de Laconia por Filipo

Por aquellas fechas, Licurgo re- 17
gresó a su país desde Mesenia.
No había logrado ningún éxito
digno de ser tenido en cuenta,
pero luego efectuó otra salida
desde Lacedemonia y tomó la ciudad de los tegeatas.
Sus habitantes se refugiaron en la acrópolis, y él se 2
aprestó a asediarla. Pero fracasó otra vez totalmente,
por lo que se retiró de nuevo a Esparta. Los eleos ha- 3
bían invadido el país de Dime [70]; atrajeron a una embos-
cada a la caballería que acudía en socorro de los dimeos
y la hicieron volver grupas sin excesivo esfuerzo. En 4
la operación mataron no pocos galos y, de entre los
ciudadanos, cogieron prisioneros a Polimedes de Egio,
y a Agesípolis y a Diocles, de Dime. Dorímaco, por su 5
parte, había hecho una primera incursión con los eto-
lios. Ya antes expuse su convicción de que podría de-
vastar impunemente Tesalia y de que, con ello, forzaría
a Filipo a levantar el cerco de Palea. Sin embargo, se 6
topó con Crisógono y Petreo [71] dispuestos a presentarle
batalla en territorio tesalio. Dorímaco no se atrevió a
descender a tierras llanas; continuó su avance por las
laderas de los montes. Fue entonces cuando le informa- 7
ron de la penetración de los macedonios en Etolia. Aban-

---

de Filipo V no se ajusta totalmente a derecho. Véase una amplia discusión en Walbank, *Commentary*, ad loc.

[70] Cf. nota 145 del libro II.

[71] Crisógono, «amigo» de Filipo V. Polibio alaba su prudencia (IX 23, 9). Petreo protagoniza una embajada a Lacedemonia (IV 24, 8).

donó al instante Tesalia y se dirigió, a marchas forzadas, a socorrer a los etolios. Pero cuando llegó los macedonios ya habían salido del país, de modo que Dorímaco lo falló todo y llegó tarde a todas partes.
8 Filipo zarpó de Léucade. Durante su travesía devastó el país de Eantia[72] y fondeó con toda su flota en Corinto.
9 Atracó sus naves en el puerto de Lequeo, mandó que las tropas bajaran a tierra y envió correos a las ciudades aliadas del Peloponeso, para fijar el día en que debían presentarse, al atardecer, todos sus hombres armados en la ciudad de Tegea.

18 Listos ya estos preparativos, no permaneció en Corinto ni un instante más, sino que ordenó a sus macedonios que levantaran el campo. Hizo la marcha a
2 través de Argos y, al segundo día, llegó a Tegea[73]. Allí recogió a los aqueos que se habían concentrado y avanzó por regiones montuosas; le urgía pasar desapercibido a los lacedemonios en el momento de entrar en su país.
3 Tras efectuar algún rodeo por lugares deshabitados, al cabo de cuatro días se plantó en las colinas que están frente a la ciudad de Esparta; dejó a su derecha el
4 Meneleo[74] y avanzó hasta alcanzar Amicla[75]. Los lacedemonios contemplaban petrificados y aterrorizados desde su propia ciudad la progresión de los enemigos:
5 lo ocurrido les llenaba de estupor. Reflexionaban todavía, llenos de perplejidad, sobre las noticias que les llegaban acerca de Filipo, de la destrucción de Termo

---

[72] Población de los locros ozoles, en la costa norte del golfo de Corinto.

[73] Cf. nota 59 del libro IV.

[74] El Meneleo es una colina en la orilla izquierda del Eurotas, sobre la cual había un templo dedicado a Helena y Menelao.

[75] Amicla era la capital de la Esparta predoria. Una amplia exposición de su estado primitivo y del sinecismo que la llevó a integrarse en el dominio espartano la tenemos en F. Kiechle, *Lakonien und Sparta*, Munich, 1963, págs. 14-18 y 95-97.

y, en general, de las operaciones de Etolia. Corría, incluso, entre ellos el rumor de que se iba a enviar una ayuda a los etolios, al frente de la cual iría Licurgo. Nadie podía imaginar, en absoluto, debido a la extre- 6 mada juventud del rey, que más bien inspiraba desdén, que el peligro pudiera abalanzárseles encima, y desde tanta distancia. Lo que allí acaecía era totalmente inesperado, y era lógico que estuvieran llenos de pavor. En general, Filipo acometió sus empresas con más 7 osadía y eficacia de lo que, por su edad, cabía esperar, y así redujo a todos sus adversarios a una situación de apuro y de incertidumbre. En efecto: había zarpado 8 del corazón de Etolia (ya lo afirmé más arriba)[76], cruzó en una sola noche el golfo de Ambracia y arribó a la isla de Léucade, donde se quedó un par de días. A la 9 madrugada del tercero se hizo de nuevo a la mar, durante la navegación devastó el litoral etolio y atracó en el Lequeo. Después marchó sin detenerse, para ocu- 10 par, al cabo de siete días, las colinas que flanquean la ciudad de Esparta, junto al Meneleo[77]. La mayoría de los espartanos veía lo que acaecía sin acabar de darle crédito.

Aquel suceso tan inesperado aterró a los lacedemo- 11 nios, que, indecisos, no sabían qué hacer.

---

76 Cf. capítulos 13-14.

77 Las etapas de esta marcha pueden ser las siguientes: dos días de Léucade al Lequeo, un tercer día de descanso en Corinto, el día cuarto de Corinto a Argos, el día quinto de Argos a Tegea y dos días para alcanzar el Meneleo. Advierta el lector que no se dan notas de este tipo, las cuales abundan en Walbank, junto con la descripción de los dispositivos militares y la constitución de los ejércitos. Pero creemos que, a una traducción de este tipo, notas de tal carácter, que también se dan en los editores de Polibio de la colección francesa «Les Belles Lettres», pero más parcamente, son totalmente impropias. De modo que hemos querido ofrecer una a guisa de muestra, pero normalmente anotaciones de este tipo no aparecerán en nuestra traducción.

19 Filipo empezó por acampar junto a Amicla. El lugar de Lacedemonia que lleva este nombre tiene hermosas
2 arboledas y es muy fértil; dista de Esparta unos veinte
3 estadios. Existe allí un recinto de Apolo, en el que se alza el templo quizás más famoso de los que hay en Laconia. Amicla está situada, mirándola desde Esparta,
4 en la vertiente que da al mar. Al día siguiente, Filipo taló las campiñas y descendió hasta el llamado «Campo de Pirro». Durante dos jornadas recorrió y devastó los
5 parajes próximos y acampó en Carnio. Partió de allí y se dirigió a Asine, que atacó inútilmente, por lo que levantó el asedio; desde entonces hacía razzias y devastaba todo el país que se extiende hacia el mar de Creta [78],
6 hasta el cabo Ténaro. Desvió de nuevo su ruta y realizó una contramarcha hacia las atarazanas de los espartanos, situadas en un lugar llamado Gitio. Este sitio tiene un puerto seguro y dista doscientos treinta [79] estadios
7 de Esparta. No entró, sin embargo, en la plaza, que dejó a su derecha, y estableció sus reales en Helia, que es, en relación con el resto del país [80], el territorio más
8 hermoso y más vasto de toda Laconia. Desde allí despachaba a grupos de forrajeadores, que incendiaban a mansalva los lugares y destruían las cosechas; estas partidas llegaron a Acrias, a Léucade e incluso al territorio de Bea [81].

---

78 El mar de Creta era el que baña el N. de la isla, incluyendo el golfo de Laconia.

79 Aquí los manuscritos griegos ponen, unánimemente, «treinta estadios», pero ya el editor Hultsch conjeturó «doscientos treinta», que es la distancia real que hay entre Gitio y Esparta, unos cuarenta y cinco kilómetros.

80 Aquí traduzco según la interpretación de Walbank, *Commentary*, ad loc., y según la versión de Pédech. Pero el mismo Walbank anota otras interpretaciones posibles: a) «examinada en detalle», b) «tomada en su conjunto».

81 Sobre las poblaciones y lugares citados aquí: Gitio existe todavía hoy, aunque ligeramente desviado su emplazamiento

Los mesenios habían recibido los correos de Filipo 20
referentes a aquella campaña. En cuanto a ardor, no
cedían en nada a ninguno de los aliados, sino que pu-
sieron todo su celo en la marcha. Enviaron la élite de
sus hombres, unos dos mil soldados de a pie y doscien-
tos jinetes. Pero su ruta era muy prolongada, y ello 2
hizo que ya no alcanzaran a Filipo en Tegea; de mo-
mento quedaron desconcertados, sin saber qué hacer.
Temerosos de dar la impresión de una mala voluntad, 3
debido a que ya antes habían levantado sospechas [82],
emprendieron la marcha, a través de Argólide, hacia
Laconia, con la intención de unirse al ejército de Filipo.
Alcanzaron el fortín de Glimpo [83], radicado en el mismo 4
límite entre Argólide y Laconia; acamparon allí de ma-
nera negligente e inexperta. En efecto, no rodearon su 5
campamento ni de un foso ni de un atrincheramiento,
ni tan siquiera miraron por un emplazamiento estra-
tégico; fiados en la adhesión de los naturales del país,

respecto de su sede antigua, junto a la población actual de Marathonisi. El Campo de Pirro, Carnio y Asine son poblaciones más dudosas. La primera debía de estar a un día de marcha de Amicla, en dirección sur; Carnio se debe de identificar, seguramente, con el templo de Apolo Carneo, en la actual colina de Knakadion; muy próxima a ella estaba Asine, identificada, con más certeza, con la población actual de Las. Helia estaba junto a la actual Kalyvia de Vezani; Acria, a treinta estadios de Helia, es la actual Kokinia, en el extremo nordeste del golfo Laconio. Para Léucade, cf. nota 36. Para la ubicación, a veces segura y a veces problemática, de estas plazas, cf. WALBANK, *Commentary*, pág. 554. De todas estas plazas *Weltatlas*, I, sólo contiene Asine, Bea y Acria. A esta expedición de Filipo se refiere el epigrama de la *Antología Palatina* VII 723:

«¡Lacedemonia! Jamás te viste vencida ni hollada,
pero hoy el humo se alzó olenio junto al cantil
del Eurotas; quejosas las aves su nido en tu limpia
tierra pondrán, mas no oirá el lobo el balar de una grey.»

82 Cf. IV 31.

83 Cf. IV 36, 5.

se establecieron ingenuamente delante mismo de sus
6 murallas. Pero Licurgo, informado de la presencia de
los mesenios, tomó a sus mercenarios y a algunos lace-
demonios, y avanzó, ganó aquellos parajes al romper
7 el día y atacó audazmente el campamento [84]. Los mese-
nios hasta entonces lo habían dispuesto todo pésima-
mente, y más que nada su marcha desde Tegea, pues
no disponían de un número suficiente de hombres, ni
se habían confiado a expertos; sin embargo, al menos
en la lucha contra el enemigo atacante sacaron el má-
8 ximo partido de la situación para ponerse a salvo. Así
que se apercibieron de la presencia del adversario, lo
abandonaron todo y huyeron hacia el interior del terri-
9 torio, lo cual ocasionó que Licurgo pudiera hacerse con
la mayoría de los caballos y con todo el bagaje. Pero
no logró prender a ningún soldado de infantería y sólo
mató a ocho jinetes.
10 Tras sufrir este desastre, los mesenios se replega-
11 ron hacia su país a través de Argos. Licurgo, envalen-
tonado por aquel éxito, regresó de nuevo a Lacedemonia,
e inició preparativos; asesorado por sus amigos, decidió
impedir que Filipo saliera del país sin luchar y sin correr
12 peligro. El rey, por su parte, levantó el campo de Helia
y se puso en marcha, al tiempo que devastaba el país;
al cabo de cuatro días alcanzó de nuevo Amicla con todo
su ejército, a cosa de mediodía.
21 Licurgo impartió las órdenes para la batalla a sus
oficiales y a sus asesores. Él personalmente salió de la
ciudad y ocupó posiciones junto al Meneleo; en total
2 disponía de no menos de dos mil hombres. Se había
concertado con los que quedaban en la ciudad que aten-
dieran al momento en que se diera la señal: entonces
debían sacar al punto y por muchos lugares las tropas
de dentro de la plaza y formarlas delante de los muros

[84] Es decir, hacia el E.

por la parte que da hacia el río Eurotas: por allí hay la menor distancia entre el río y la ciudad. Ésta era la 3
disposición de Licurgo y la de sus lacedemonios.

Digresión topográfica. Situación de Esparta

Para evitar que el desconoci- 4
miento de estas regiones convierta mi narración en algo vago e impreciso, se debe explicar su naturaleza y su configuración. Esto es lo que pretendemos hacer a lo largo de toda 5
la obra: unir y establecer como un paralelo entre los lugares desconocidos y los que tradicionalmente nos son familiares. La diversidad de los accidentes geográ- 6
ficos son causa de las derrotas en la mayoría de las batallas, tanto terrestres como marítimas; por otro lado, lo que todos deseamos saber no es tanto lo que ocurrió, sino cómo ocurrió [85]. De manera que no se debe 7
descuidar la descripción de los lugares en ninguna acción, y mucho menos bélica; ni hay que ser remiso en tomar como puntos de referencia puertos, mares o islas, o, a su vez, de otro modo, templos, montañas, regiones o topónimos [86], y, finalmente, los puntos car- 8

---

[85] El pasaje es oscuro; la traducción adoptada sigue a Schweighäuser, que parece la más segura: «quoniam enim et terra et mari res gerentibus plerisque ignorata locorum discrimina et proprietates sunt fraudi, nos autem optamus ut omnes qui nostra legent non tantum quid actum fuerit, sed potissumum quo modo quaeque res gesta sit, cognoscant...». Campe interpreta: «puesto que la mayor parte de combates en la guerra, tanto por mar como por tierra, no acabamos de entenderlos por ignorancia de la topografía». Drexler: «puesto que la mayor parte de reveses, por mar y por tierra, se explican por las diversas condiciones geográficas». Estas tres interpretaciones las tomo de Pédech, V, pág. 66 nota. Walbank no comenta este pasaje.

[86] Quizás la referencia sea a nombres de poblaciones con epítetos distintivos. En la Grecia antigua ciertos nombres se repetían mucho. Polibio reemprende aquí un tema ya tratado en III 36-38, pero añade las reglas para pasar de lo conocido a lo desconocido.

dinales, pues éstos son lo más familiar a los hombres.
9 En efecto, sólo así es posible proporcionar a los lectores un conocimiento de lo que de otro modo ignorarían.
10 Es algo que ya declaramos más arriba. He aquí las características de la región que tratamos ahora.

22 Esparta posee, en su conjunto, una configuración circular y está asentada en una llanura accidentada en alguna parte por colinas e irregularidades del terreno.
2 Por su lado oriental discurre un río, de nombre Eurotas, casi siempre infranqueable, debido a su caudal.
3 Los altozanos sobre los que está el Meneleo se yerguen al otro lado del río, a poniente de la ciudad: son abruptos, empinados y extraordinariamente altos; desde ellos se domina totalmente el espacio intermedio entre la
4 ciudad y el río, que fluye por la misma raíz de la colina; la anchura de este espacio es no mayor que un estadio y medio.

Filipo derrota al ejército espartano

5 Filipo debía replegarse forzosamente por ahí: a su izquierda quedaba la ciudad y los lacedemonios formados y dispuestos; a la derecha tenía el río y los hombres de Licurgo apostados en las cimas de las colinas.
6 Además, los lacedemonios habían añadido a las condiciones del país la estratagema de construir un dique corriente abajo, con lo cual las aguas inundaron los terrenos que había entre las colinas y la ciudad; el suelo, empapado, imposibilitaba la penetración en él no sólo de los caballos, sino aun de los soldados de
7 infantería. La única solución que quedaba a Filipo era conducir el ejército por las laderas, al pie de las colinas; pero por allí resultaba difícil recibir apoyo, y su larga columna quedaba expuesta al enemigo.

8 El rey veía todo esto y, asesorado por sus amigos, creyó que en aquellas circunstancias lo más urgente era expulsar, antes que a los demás, a los hombres de Li-

curgo de las posiciones que ocupaban junto al Meneleo.
Tomó, pues, a sus mercenarios y a sus peltastas[87], tam- 9
bién a los ilirios, cruzó el río y avanzó en dirección a
las colinas. Licurgo adivinó las intenciones de Filipo: 10
dispuso a los soldados que estaban con él y les arengó
para la batalla; al punto hizo la señal convenida a los
de la ciudad. Ante este signo, los oficiales a quienes in- 11
cumbía sacaron rápidamente a las milicias ciudadanas
fuera de las murallas, según las órdenes recibidas, y
situaron la caballería en el ala derecha.

Filipo efectuó una aproximación hacia los hombres 23
de Licurgo e, inicialmente, lanzó sólo a sus mercena-
rios[88]. Ello hizo que de momento los lacedemonios 2
combatieran con más brillantez, porque eran muy supe-
riores por su armamento y por la configuración del
terreno. Pero luego Filipo mandó a los peltastas en apoyo 3
de los que batallaban: constituían la reserva. Rebasó
a los enemigos con sus ilirios, que cargaron contra los
flancos adversarios. Alentados por los ilirios y por la 4
reserva de los peltastas, los mercenarios de Filipo re-
doblaron su coraje en la contienda; los hombres de
Licurgo, por el contrario, desmoralizados ante la aco-
metida de la infantería pesada, cedieron y se lanzaron
a la fuga. Murieron alrededor de cien y cayeron prisio- 5
neros casi otros tantos; el resto logró refugiarse en la
ciudad. Licurgo mismo marchó campo a través y llegó
a la ciudad por la noche, acompañado de unos pocos.
Filipo ocupó las colinas[89] con sus ilirios y con sus pel- 6
tastas, y su infantería ligera se reintegró al grueso de
su ejército. A la sazón, Arato había salido de Amicla con 7
la falange, y se hallaba ya no lejos de Esparta. Filipo 8

---

87 Una combinación típica de fuerzas de choque.

88 Son los de 22, 9.

89 Son las colinas de la orilla derecha del Eurotas, sobre las que se asienta Esparta todavía hoy.

cruzó el río, se quedó allí con su infantería ligera y sus peltastas, y también con su caballería hasta que su infantería pesada salvó sin dificultades la angostura pa-
9 sando por el pie mismo de las colinas. Los defensores de la ciudad se lanzaron a un cuerpo a cuerpo con la caballería que cerraba la marcha, y la lucha se generalizó. Los peltastas se batieron corajudamente, y en aquella ocasión Filipo alcanzó clara ventaja: acosó a los jinetes lacedemonios hasta las puertas de su ciudad, tras lo cual vadeó sin riesgos el Eurotas y se situó en la retaguardia de su propia falange.

24 El día era ya muy avanzado, y Filipo se vio obligado a acampar allí mismo, de modo que plantó sus reales
2 en la salida del desfiladero. Por pura casualidad sus oficiales habían elegido para la acampada un lugar como no encontraría otro que se propusiera hacer una incursión contra el territorio de la Laconia y aun contra
3 su capital. En efecto: en la propia entrada de los desfiladeros en cuestión, el que llega de Tegea o, en general, de tierra adentro y se aproxima a Lacedemonia se encuentra con un paraje distante de la ciudad dos esta-
4 dios como mucho, situado encima mismo del río. La parte orientada hacia la ciudad y el río está totalmente rodeada por una escarpadura formidable y totalmente inaccesible. Sin embargo, las tierras que coronan estas fragosidades son llanas, húmedas y campales, y admirablemente situadas para hacer entrar o salir a través de
5 ellas un ejército. El que, dueño del altozano que lo domina, acampa en este lugar, da la impresión cierta de haberlo hecho en un sitio seguro [90]: la ciudad está cerca,

[90] El texto griego es seguro, pero la afirmación de Polibio parece absurda: la proximidad de Esparta representaba un peligro, no una seguridad para un ejército enemigo acampado en este lugar. Lo probable es que haya un fallo de un copista que ha alterado sustancialmente el texto, y que Polibio escribiera lo contrario, aun admitiendo la comodidad que representa atacar

y además muy cómodo, ya que controla la entrada y la salida del desfiladero.

Filipo, pues, acampó aquí sin riesgo alguno. Al día 6
siguiente mandó que le precedieran sus bagajes, y él formó a sus tropas en la llanura; los habitantes de la ciudad lo veían perfectamente. Aguardó allí algún tiem- 7
po; después imprimió a su formación un movimiento rotatorio hacia una de las alas y guió su marcha en dirección a Tegea. Llegó al sitio en el que Antígono y 8
Cleómenes habían librado la batalla y acampó allí. Al 9
día siguiente exploró los terrenos, ofreció sacrificios a los dioses en cada una de las dos colinas (una se llama Olimpo, y la otra Evas) y luego siguió el avance, tras reforzar su retaguardia. Llegó a Tegea, donde vendió 10
todo el botín, después hizo una marcha a través de Argos y se presentó con sus fuerzas en Corinto. Estaban 11
allí unos embajadores rodios y otros quiotas, llegados para tratar de poner fin a la guerra. Entabló negociaciones con ellos y les manifestó, en sus respuestas, que él entonces, y ya mucho antes, estaba dispuesto a una avenencia con los etolios. Despachó, pues, a estos legados con el encargo de que trataran de la paz con ellos. Y él 12
bajó hasta Lequeo y se preparó para hacerse a la mar: debía resolver asuntos importantes en Fócide.

Prosecución y desenlace de la intriga de los oficiales macedonios

Por aquel entonces, Leontio, 25
Megaleas y Ptolomeo[91] creían todavía que podían intimidar a Filipo y reparar de este modo sus errores de antes. Se dedicaron, pues, a explicar a los peltastas y a los componentes del

Esparta desde aquel lugar. Pédech, V, pág. 70, en nota, indica varias soluciones textuales posibles, pero ninguna satisface plenamente. Más resumido, en Walbank, *Commentary*, ad loc.

[91] Este Ptolomeo sale aquí por primera vez y de un modo muy fugaz. No sabemos exactamente quién era, pero se debía de tratar de un oficial de alto rango, antifilipista.

2 cuerpo llamado entre los macedonios *agēma*[92] que, sien-
do ellos los que corrían los mayores riesgos, se les tra-
taba injustamente y no percibían lo que, según costum-
3 bre, les correspondía del botín. Ello llenó de indignación
a los soldados, que se amotinaron y empezaron a expo-
liar los alojamientos de los cortesanos más conspicuos,
a reventar las puertas e, incluso, a destruir la techum-
4 bre del palacio real. Ante estos sucesos, toda la ciudad
estaba llena de clamor y de confusión. Filipo, debida-
mente informado, partió a toda prisa de Lequeo y
5 corrió a la capital. Reunió en el teatro a los macedonios,
a los que aconsejó, sin dejar por eso de reprocharles
6 sus acciones. Se produjo un gran alboroto y perplejidad,
pues unos creían que lo debido era detener y juzgar
a los culpables, mientras que otros pensaban que conve-
7 nía perdonarles y no infligirles ningún castigo. El rey
dejó entrever que éstos le habían convencido, dirigió
a todos unas palabras de admonición y se fue. Sabía
bien quiénes eran los cabecillas del movimiento, pero
ante las circunstancias fingió ignorarlo.

26 Este tumulto dio al traste con la oportunidad que
se había presentado, de dar un golpe de mano contra
2 Fócide. Leontio perdió totalmente las esperanzas que
hasta entonces había abrigado, porque ninguno de sus
planes había prosperado, por lo que recurría a Apeles
y le mandaba continuamente mensajes para que regre-
sara de Calcis: aducía la mala situación en que se en-
contraba y las dificultades que le ocasionaban sus dife-
3 rencias con el rey. Pero, en Calcis, Apeles se había
4 irrogado poderes que rebasaban sus atribuciones; lo
explicaba diciendo que el rey era muy joven todavía,
que en la mayor parte de asuntos dependía práctica-
mente de él y que no ejercía su imperio; se atribuía

92 La *Agema* era un cuerpo escogido de peltastas, compuesto por dos mil hombres.

a sí mismo la dirección de los asuntos y la potestad de
todo. Esto hacía que los magistrados y los gobernantes 5
de Macedonia y de Tesalia le remitieran a él las cues-
tiones y que las ciudades de Grecia, en sus decretos,
concesión de honores y en sus donaciones, casi ni hicie-
ran mención del rey; para ellas, Apeles lo era todo.
Enterado Filipo de ello desde hacía mucho tiempo, lleva- 6
ba a mal lo que ocurría, y aún más porque Arato estaba
a su lado, quien perseguía enérgicamente el logro de sus
propósitos. De momento Filipo se aguantaba, y nadie
pudo adivinar hacia dónde se encaminaba ni cuál era
su intención. Apeles, ignorante de lo que se pensaba 7
acerca de él y persuadido de que si se entrevistaba con
Filipo, lo ordenaría todo según su parecer, corrió desde
Calcis en ayuda de Leontio. Cuando hubo llegado a Co- 8
rinto, Leoncio, Ptolomeo y Megaleas, jefes de los peltas-
tas y de los demás cuerpos más destacados, pusieron
gran empeño en estimular a los jóvenes para que le
tributaran un gran recibimiento. Tras una recepción 9
teatral, debida al gran número de oficiales y soldados
que le salieron al encuentro, Apeles, así que llegó, se
personó en la estancia regia. Iba ya a penetrar en ella 10
según una costumbre inveterada, pero un ujier, que
cumplía órdenes, le impidió el paso, afirmando que el
rey estaba ocupado. Apeles no esperaba esto, que le 11
confundió y desconcertó largo rato; al final se volvió y
se fue. Y los demás le dejaron al instante sin ninguna
clase de disimulo, de manera que acabó por retirarse
a sus aposentos, acompañado sólo de sus servidores.
Pues es muy breve el lapso de tiempo que encumbra a 12
los hombres por todo lo alto y luego los humilla. Esto
pasa más que a nadie a los cortesanos, semejantes de 13
verdad a las fichas del ábaco[93], que, al albur del que

[93] El ábaco era una tablilla para el cálculo; tenía unas ranuras que representaban las unidades, decenas, centenas, etc.;

echa las cuentas, valen una moneda de cobre o un ta-
lento; los cortesanos, si el rey les da su asentimiento,
son felices para luego, al cabo de un momento, caer
14 en desgracia. Megaleas comprobó que el apoyo que es-
peraban de Apeles les salía al revés, se llenó de pavor y
15 se dio a la huida. Apeles, ciertamente, participaba en
las recepciones y en todos los honores, pero era sistemá-
ticamente excluido de los consejos y del trato cotidiano
16 con el rey. Éste, en los días siguientes, se hizo a la mar
otra vez desde Lequeo para sus operaciones en Fócide
y mandó que Apeles le acompañara. Pero fracasó en su
empresa y se retiró de nuevo a Elatea [94].

27 Entonces Megaleas huyó a Atenas, tras dejar a Leon-
tio como fiador de los veinte talentos que adeudaba.
2 Los generales residentes en Atenas no le admitieron,
3 y se vio forzado a regresar a Tebas. El rey zarpó de
Cirra [95] y navegó con sus soldados armados de escudo
hasta el puerto de Sición [96]. Desde allí subió a la ciudad,
declinó la invitación de los magistrados y se alojó en
la residencia de Arato, con quien compartió todo su
tiempo; a Apeles le ordenó navegar de regreso a Co-
4 rinto. Conocedor ya de la huida de Megaleas, el rey en-
vió a los peltastas que antes mandara Leontio a Trifilia,
a las órdenes de Taurión; fingió, para ello, una nece-
sidad urgente. Cuando los peltastas ya hubieron partido,
ordenó encarcelar a Leontio, ello en calidad de fianza.
5 Pero los peltastas supieron lo que ocurría, ya que Leon-

---

haciendo pasar fichas por las ranuras se podían efectuar operaciones aritméticas simples.

[94] Esta ciudad es la más importante de Fócide.

[95] Cirra está junto a la actual Magoula, en la entrada del golfo de Corinto, al S. de Etolia.

[96] Sición había sido destruida en el año 303 por Demetrio Poliorcetes y reedificada a tres kilómetros de distancia, tierra adentro. En el emplazamiento antiguo queda sólo el puerto y un arsenal marítimo.

tio consiguió remitirles un enviado, y entonces ellos
dirigieron intercesores al rey, a pedirle que si la deten-
ción de Leontio obedecía a alguna otra razón, no se le
juzgara de las acusaciones si no era ante ellos, de lo 6
contrario todos se considerarían desdeñados y menos-
preciados en bloque. Los macedonios, en efecto, siem-
pre gozaron de esta libertad de palabra ante sus reyes.
Pero si se trataba de la fianza de Megaleas, ellos mis- 7
mos aportarían el dinero a escote y la abonarían. El rey, 8
enfurecido por el aprecio que los peltastas mostraban
para con Leontio[97], mandó ejecutarle antes del tiempo
en que se lo había propuesto.

Los enviados de Rodas y de Quíos regresaron proce- 28
dentes de Etolia: habían establecido una tregua de
treinta días, y declararon que los etolios se avenían a
concluir una paz. Habían fijado un día, en el que solici- 2
taban de Filipo que se presentara en Río[98]; los etolios,
por su parte, prometían que iban a hacerlo todo a con-
dición de obtener el fin de la guerra. Filipo aceptó la 3
tregua y escribió a los aliados con la indicación de que
enviaran a Patras unos comisionados que deliberarían
con él sobre el tratado a concluir con los etolios. Él
partió de Lequeo y al cabo de dos días arribó a Patras.
Precisamente entonces interceptó unas cartas enviadas 4
desde Fócide por Megaleas a los etolios; contenían una
exhortación a éstos para que no perdieran el ánimo y
perseveraran en la guerra; Filipo, afirmaba, falto total-
mente de recursos, estaba en las últimas. Encima, estas
cartas acusaban al rey y le injuriaban en tono penden-
ciero. Filipo las leyó, se convenció de que detrás de 5
todas estas ruindades estaba Apeles; le puso bajo cus-
todia y le mandó sin dilación a Corinto, junto con su
hijo y su favorito. También mandó a Alejandro[99] a 6

97 Leontio tenía derecho a ser juzgado por un tribunal militar.
98 Cf. la nota 17 del libro IV.
99 Este Alejandro es el que sale en IV 87, 5.

Tebas, a prender a Megaleas, para que respondiera de la
7 fianza delante de los jueces. Alejandro cumplió las órdenes, pero Megaleas se suicidó sin esperar el cumpli-
8 miento de la orden. Aquellos mismos días, más o menos,
9 murieron Apeles, su hijo y su favorito. De este modo, estos hombres dieron con el fin desgraciado del que se habían hecho acreedores; dejaron de existir principalmente por la desvergüenza con que habían tratado a Arato.

Prosecución de la guerra hasta el fin del invierno del año 217

29 A los etolios, agobiados por la guerra, les urgía concluir la paz, tanto más cuanto que las operaciones les salían contra lo que
2 habían planeado. Creían que al encontrarse con Filipo lo harían con un niño, con un chiquillo, por su edad y su inexperiencia, y dieron con un hombre cabal tanto en sus proyectos como en sus realizaciones; fueron ellos los que se mostraron despreciables y pueriles tanto en su política general como
3 en sus iniciativas parciales. Así que les llegó la noticia del tumulto de los peltastas y de la muerte de Apeles y Leontio, creyeron que en la corte de Filipo se produciría una revuelta dura y difícil, y así iban difiriendo
4 y aplazando el día prefijado en Río. Filipo, por su parte, aprovechó complacido este pretexto: en cuanto a la guerra, abrigaba confianza y, puesto que ya de antemano proyectaba no aceptar una avenencia, intimó a los aliados presentes que no se aprestaran a la paz, sino a la
5 guerra. Él zarpó de nuevo y navegó hasta Corinto. Licenció a todos sus macedonios para que atravesaran Tesalia y se fueran a sus casas a pasar el invierno. Se hizo a la mar en Cencreas [100]. Costeó el Ática por el Euripo [101]

---

[100] Para Cencreas, cf. nota 164 del libro II.

[101] El Euripo es un estrecho brazo de mar entre la isla de Eubea (hoy Negroponto) y el continente, a la altura de Calcis.

y abordó en Demetrias[102], donde mandó ejecutar a Pto- 6
lomeo, tras someterle al juicio de un tribunal macedo-
nio. Era el que quedaba todavía de la facción de Leontio.

Sincronismo

Era el tiempo en que Aníbal, 7
lanzado ya sobre Italia, había
acampado frente a las legiones
romanas no lejos del río llamado
Po. Antíoco había sometido la 8
mayor parte de Celesiria y se dirigió, de nuevo, a inver-
nar; por miedo a los éforos, el rey Licurgo huyó de
Lacedemonia a Etolia; resultó que los éforos habían 9
recibido una denuncia calumniosa, según la cual Licurgo
iba a dar un golpe de estado; congregaron de noche a
la juventud y se dirigieron a la residencia del rey, pero
éste, avisado de antemano, logró escapar, acompañado
de sus servidores.

Sobrevino el invierno y el rey Filipo se retiró a Ma- 30
cedonia. El general de los aqueos, Epérato, era objeto
de burlas por parte de las milicias ciudadanas; los mer-
cenarios no le hacían ningún caso. Nadie obedecía sus
órdenes y la defensa del país estaba absolutamente des-
cuidada. Pirrias[103], el general que los etolios habían 2
mandado a Élide, se apercibió de ello. Tenía a su mando
mil trescientos etolios, los mercenarios pagados por los
eleos y, además, un millar de soldados ciudadanos y
doscientos jinetes; en total unos tres mil hombres.
Devastaba continuamente no sólo el país de Dime y el 3
de Farea, sino incluso el de Patras. Acabó por acampar 4
en las alturas de un monte llamado Panaqueo[104], en

---

102 Puerto de la región de Magnesia, situado en el fondo del golfo Pagasético.

103 Este Pirrias, del que no sabemos prácticamente nada, evidentemente sucedió a Agelao y a Escopas. Aquí se le llama general a título personal; el generalato por elección, lo ejerció en los años 210/209.

104 El monte Panaqueo (hoy Voidiá), de 1900 metros de altura, al SO. de Patras.

posición dominante sobre la ciudad de Patras, y taló
5 todo el país que desde Río desciende hacia Egio. En
consecuencia, las ciudades, maltratadas y sin recibir
ayuda, abonaban de mala gana los impuestos, y los sol-
dados, al ver que se les difería el abono de sus pagas,
efectuado siempre con retraso, no se prestaban en ab-
6 soluto a intervenir. Había, pues, represalias mutuas;
las cosas iban de mal en peor y, al final, el cuerpo de
mercenarios se disolvió. Todo esto ocurrió por la in-
7 capacidad de Epérato, el general. La situación de los
aqueos era la que se ha descrito, y al finalizar su período
de mando, Epérato lo resignó; los aqueos nombraron
general a Arato el Viejo; era a principios de verano. Y
ésta era la situación de Europa.

8 Ahora que hemos llegado a un punto oportuno tanto
en la secuencia temporal como en las líneas generales
de nuestra exposición de los acontecimientos, vamos a
trasladarnos a los hechos de Asia ocurridos en la mis-
ma olimpíada que los ya descritos; se hará de ellos la
narración correspondiente.

Historia de Asia; preámbulo sobre el método cronológico y la composición de una historia general

31 Prosiguiendo, pues, el plan ini-
cial, nos proponemos ahora expo-
ner, primeramente, la guerra que
estalló entre Antíoco y Ptolomeo
2 por Celesiria[105]. Sabemos muy
bien que, en esta época en la que interrumpimos la
narración de los hechos de Grecia, esta guerra no se
había decidido ni acabado; sin embargo, realizamos in-
tencionadamente esta detención en el curso del relato.
3 Estamos convencidos de que hemos proporcionado a
los estudiosos conocimientos suficientes para evitar
que en sus lecturas de los hechos parciales yerren en
su datación: hemos recordado el inicio y el acaba-
miento de cada uno, los sucesos de Grecia que les fue-

[105] Cf. III 2, 4.

ron paralelos en la olimpíada respectiva y el tiempo de
ésta en que ocurrieron. Pensamos, en efecto, que la 4
claridad y la facilidad de asimilación exigen, en esta
olimpíada, por encima de todo, no mezclar las acciones
indiscriminadamente, antes bien, separarlas y distinguir-
las hasta donde sea posible, hasta haber alcanzado la 5
olimpíada siguiente; entonces empezaremos a narrar
por años las acciones según hayan sucedido simultá-
neamente. Nuestro propósito no consiste en exponer 6
algunos hechos, sino una historia general: nuestro in-
tento al redactar la historia es más ambicioso que el
de nuestros antecesores, es el máximo, por así decirlo,
como ya hemos aclarado anteriormente en algún otro
lugar[106]. Esto exige poner el máximo cuidado en la 7
composición y distribución de la materia, para que la
ordenación de nuestra obra resulte inteligible tanto
en los detalles como en el conjunto. Así se explica este 8
pequeño retroceso hacia los reinados de Antíoco y Pto-
lomeo: en la narración ahora subsiguiente pretendemos
arrancar de unos inicios conocidos y concordantes,
método éste el más necesario[107].

Ya los antiguos afirmaban que el principio es la 32
mitad de toda la obra[108] y aconsejaban poner la máxima
diligencia, precisamente, en comenzar bien cualquier
trabajo. Quizás dieran la impresión de exagerar, pero 2
a mí me parece lo contrario, que no llegaban al fondo
de la cuestión. Pues se puede asegurar, sin temor a equi-
vocarse, que el principio no sólo es la mitad del todo,

---

106 Cf. I 4, 2-4.

107 Polibio ha explicado aquí el método cronológico y la aplicación a su obra. Lo que aquí anuncia se cumplirá en este mismo libro, caps. 34-57: a) primeros años del reinado de Ptolomeo Filopátor (34-40, 4), b) inicios del reinado de Antíoco (40, 5-57).

108 Esta idea se encuentra, por primera vez en la literatura griega, en Hesíodo, *Trabajos y Días* 40.

3 sino que, además, se extiende hasta el final. En efecto: ¿cómo sería posible iniciar correctamente lo que sea sin tener ya presente en el pensamiento el desenlace de la empresa, sin conocer ni el cómo, ni el cuándo, ni la finalidad, ni el lugar de aquello que, quien sea, se
4 propone realizar? Aún más: ¿cómo sería factible recapitular debidamente los temas, si no nos remontamos al principio y examinamos la causa, el punto de partida y la finalidad que nos han llevado hasta determinadas
5 acciones? De modo que, convencidos de que el inicio no sólo alcanza la mitad de la obra, sino que llega hasta el final, tanto los autores como los lectores de historias universales deben poner su máximo esmero en el principio. Que es lo que ahora, ciertamente, intentaremos hacer.

33 No ignoro, naturalmente, que son muchos más los autores que hacen afirmaciones paralelas a la mía, dicen que redactan una historia universal y que han acometido una empresa superior a la de todos sus antecesores.
2 A excepción de Éforo[109], el primero y el único que realmente se ha propuesto confeccionar una historia universal, omitiré mencionar el nombre y aún más, decir
3 algo acerca de los otros; solamente recordaré que, entre nosotros, algunos historiadores que han compendiado en tres o cuatro páginas la guerra entre romanos y cartagineses, afirman por ello haber compuesto una his-
4 toria universal. ¿Pero quién es tan ignorante que desconozca que entonces en África y en España, en Sicilia y en Italia se llevaban a cabo las empresas más numerosas e importantes y, además, la guerra contra Aníbal, la más conocida y prolongada, si se exceptúa la siciliana[110], guerra que nos vimos obligados a observar

109 Cf. nota 51 del libro IV. Polibio siente verdadero aprecio por este historiador, al que estudia ampliamente en el libro XII.

110 La primera guerra púnica. (Cf. I 13, 3; 13, 10.)

todos[111], por su importancia y por temor a las consecuencias que pudo reportarnos? Hay autores que no 5
han llegado ni tan siquiera a lo que en las cronografías redactan, según las ocasiones, los escribanos de la ciudad en los muros oficiales[112], y afirman haber abarcado todos los hechos de Grecia y de los países no griegos.
La causa de esto radica en que es muy fácil atribuirse, 6
de palabra, los máximos trabajos; es difícil, en cambio, llevar a la práctica tales realizaciones, aunque sean unas
pocas. Lo primero está ahí, en medio, y es algo accesible 7
a todos los que, por así decir, son capaces de tal audacia, pero lo segundo se da raramente, y son pocos, en
esta vida, los que lo han coronado con el éxito. Me ha 8
inducido a declarar todo esto la fanfarronería de los que se engríen de sí mismos y de sus obras. Pero ahora regreso al punto en que interrumpí mi exposición.

Egipto: subida de Ptolomeo IV Filopátor; muerte de Cleómenes

Ptolomeo, el llamado Filopátor, 34
así que murió su padre, eliminó a su hermano Magas[113] y a sus partidarios y se hizo con el poder
en Egipto. Creía que se había 2
deshecho de peligros internos por sí mismo y por el crimen aludido y que, encima, la Fortuna le había libra-

---

111 Seguramente «todos los griegos», pero Polibio no es más explícito.

112 La alusión de Polibio es oscura. Walbank, *Commentary*, ad loc., discute ampliamente este pasaje, para llegar a la conclusión de que se trataba de inscripciones públicas que relataban la versión oficial de la historia de la ciudad. No es enteramente rechazable la sugerencia de Pédech, *Polybe, V*, pág. 81, nota, de que se tratara simplemente de archivos oficiales, como los que el mismo Polibio pudo haber visto en Roma. Más que todo sugiere esto la expresión «a lo que en las cronografías redactan», palabras que Walbank atetiza sin razón suficiente.

113 Magas fue uno de los cuatro hijos de Ptolomeo III Evérgetes y de Berenice, hija de Magas de Cirene. Fue asesinado en fecha incierta a instigación de Sosibio (XV 25, 2).

do de riesgos exteriores, pues Antígono y Seleuco[114] ha-
bían muerto. Antíoco y Filipo, que acababan de acceder
a sus imperios respectivos, eran muy jóvenes, casi casi
3 unos niños; confiado, pues, en tales circunstancias, se
tomó el imperio de manera excesivamente fastuosa.
4 Era inabordable para sus cortesanos y, además, negli-
gente, y no sólo para ellos, sino para los restantes go-
bernadores de Egipto: para con los encargados de los
asuntos exteriores egipcios se mostraba remiso e indi-
5 ferente. Aquí, precisamente, sus antecesores habían
puesto una atención no menor, sino, muy al contrario,
mayor que la que dedicaban al mismo gobierno del
6 país, de modo que, debido a su dominio efectivo sobre
Chipre y Celesiria[115], podían amenazar, por mar y por
tierra, a los reyes de Siria; acechaban al mismo tiempo
a los monarcas asiáticos y, asimismo, a las islas[116] por
el mero hecho de controlar las ciudades, puertos y para-
jes más importantes en la zona costera que va de Pan-
filia al Helesponto, y también por haber sometido la
8 región de Lisimaquia. Vigilaban también los asuntos
de Tracia y de Macedonia, puesto que eran dueños de
las ciudades de Enos y Maronia, y aun de otras más
9 distantes. Esta realidad, la de tener tan extendidos sus
brazos de este modo, la de haber puesto delante suyo,
y a distancia, tantos reinos, lograba que jamás debieran
angustiarse por el imperio de Egipto. Era, pues, lógico,

---

114 Antígono murió en julio del 221 y Seleuco, a fines del 223 a. C. Cuando Filipo V le sucedió tenía diecisiete años y Antíoco, diecinueve.

115 Por Celesiria los griegos originariamente entendieron la larga depresión que hay entre el Líbano y el Antilíbano, a continuación de la cual estaban el valle de Libani, el valle del Jordán y el Mar Muerto. Pero, después, el término se hizo más vago y señalaba, en conjunción con el nombre de «Fenicia», toda el área que hay entre Egipto y Cilicia.

116 Después de la caída de Demetrio Poliorcetes en 285 a. C., Ptolomeo I controló la mayoría de las islas del Mar Egeo.

el gran empeño que ponían en sus asuntos exteriores. Pero el rey citado administró todos estos negocios sin 10
ningún interés por culpa de sus amoríos indecentes y de sus borracheras absurdas y continuas; naturalmente, bastó poco tiempo para que le surgieran asechanzas, no pocas en verdad, contra su vida y contra su imperio. El que las inició fue Cleómenes de Esparta[117].

Cleómenes, en efecto, mientras vivió Ptolomeo el 35
llamado Evérgetes, con quien se había aliado políticamente con un acuerdo y con garantías[118], se mantuvo a la expectativa, confiando siempre en que este monarca le proporcionaría la ayuda necesaria para recuperar el reino de su padre. Pero Ptolomeo murió y, 2
a medida que transcurría el tiempo, las circunstancias de Grecia clamaban por Cleómenes: casi decían su nombre. En efecto: Antígono había muerto[119], los aqueos estaban en guerra, el odio[120] que contra ellos y los macedonios sentían había hecho que etolios y lacedemonios se coaligaran, todo lo cual secundaba ya desde el primer momento los proyectos y los planes de Cleómenes, a quien entonces le apremiaba todavía más darse 3
prisa y salir de Alejandría. Primero gestionó con tena- 4
cidad que Ptolomeo le enviara con un ejército convenientemente pertrechado. Desatendido, pidió y suplicó 5
que le permitiera marchar acompañado únicamente de sus servidores, pues la situación le ofrecía recursos suficientes para recuperar el reino de su padre. Pero el 6
rey ni se atuvo a ninguna de estas razones ni previó lo

[117] Tras el desastre de Selasia, Cleómenes, rey de Esparta, se refugió en la corte de Ptolomeo III, en Alejandría (II 69, 11). PLUTARCO narra también lo que va a seguir aquí y aun con más detalle (*Cleómenes* 31-39).

[118] Cf. II 51, 2.

[119] Antígono murió poco después de la batalla de Selasia (cf. II 70, 6, pero Polibio no habla aquí para nada de Cleómenes).

[120] Cf. IV 16, 5.

que podía suceder: por las causas mencionadas de un modo estúpido e irracional siempre se hizo el sordo a
7 Cleómenes. Sosibio[121], que entonces era el que, más que otros, ejercía el control del gobierno, reunió un consejo, en el que se tomaron las siguientes decisiones,
8 por lo que a Cleómenes se refería. Juzgaban improcedente enviarle con una escuadra equipada debidamente, porque no les interesaban nada los asuntos exteriores; la muerte de Antígono les hacía pensar que cualquier
9 gasto en este aspecto iba a ser inútil. Se temían, además, que, tras la muerte de Antígono, no quedara en Grecia nadie que estuviera militarmente a la altura de Cleómenes, por lo cual éste lograría someterla sin excesivo esfuerzo y se les convertiría en un antagonista
10 duro y difícil: había observado a fondo la situación, despreciaba al rey y había podido comprobar que muchas provincias del reino distaban enormemente entre sí y que en todas partes había muchos cabos sueltos, lo cual podía ofrecer ocasiones estupendas para
11 intervenir. En Samos había muchas naves dispuestas,
12 y en Éfeso, un gran número de soldados. Todas estas causas les hicieron desestimar su petición de mandarle un ejército pertrechado. Pero tampoco creían conveniente menospreciar a un hombre de su talla y dejarle partir, cuando era evidente que les iba a ser hostil y ad-
13 versario. La única solución que quedaba era retenerle contra su voluntad, pero también ésta fue rechazada por acuerdo unánime, y sin discusión; creían poco seguro que el león y los corderos estuvieran juntos en el aprisco. Quien más temía esto era Sosibio, por la causa que sigue.

36 Cuando se tramaban los asesinatos de Magas y de Berenice[122], los conspiradores, temerosos de fracasar

121 Sosibio, hijo de Dioscórides, fue un personaje importante durante el reinado de Ptolomeo IV Filopátor.

122 Esta Berenice, madre de Magas y de Ptolomeo IV Filo-

en su intento, principalmente por la audacia de Berenice, se vieron obligados a lisonjear a todos los cortesanos, y a hacer concebir esperanzas si las cosas se desarrollaban según su voluntad. Entonces Sosibio se 2
apercibió de que Cleómenes, si bien necesitaba del apoyo de los reyes[123], era hombre de prudencia poco común, y muy clarividente para ver la realidad de las cosas. Le hizo abrigar, pues, grandes ilusiones, y al propio tiempo le comunica sus planes. Cleómenes vio, 3
por su parte, que Sosibio andaba vacilante, porque temía grandemente a los extranjeros y a los mercenarios[124]. Y le hizo cobrar ánimos: le prometió que ningún mercenario le haría el menor daño, antes bien, le serían útiles. Sosibio aún se admiró más ante tamaño anuncio, 4
y Cleómenes exclamó: «¿No te das cuenta de que entre los mercenarios hay casi tres mil peloponesios y un millar de cretenses? Sólo con que yo les haga un signo 5
de mi anuencia, todos se prestarán a apoyarte. ¿Si todos éstos se te unen, a quiénes temes? ¿No será claro —prosiguió— que a los soldados sirios o a los carios?»
Sosibio escuchó esto muy complacido, y redobló su 6
ánimo en lo referente a la acción contra Berenice. Junto 7
con esto constataba también la indiferencia del rey, tenía muy en cuenta la audacia de Cleómenes y la adhesión de los mercenarios a la persona de éste. Sosibio, 8
pues, instaba entonces aún más, con el máximo empeño, al rey y a la corte para que Cleómenes fuera detenido

---

pátor, en su juventud había hecho asesinar a su prometido Demetrio el Bello, lo cual, naturalmente, le confirió una mala reputación que ya no se quitó nunca de encima.

123 Es decir, de Ptolomeo IV Filopátor y de su mujer Arsínoe. Ésta jugaba un papel importante en la corte de Egipto, como se puede constatar en el episodio de Agatocles, al final del libro XV.

124 El texto es traducción rigurosa del griego, pero podría significar, simplemente, «de los mercenarios extranjeros», como traduce Paton.

9 y encerrado. Para lograr tal propósito se valió de la
siguiente estratagema:
37 Había un tal Nicágoras de Mesenia, que era hués-
ped paterno de Arquidamo[125], el rey de los lacedemo-
2 nios. Antes de la época mencionada el trato entre am-
bos personajes no era muy frecuente, pero cuando Ar-
quidamo se vio obligado a huir de Esparta por el temor
que le infundía Cleómenes, y acudió a Mesenia, Nicá-
goras no sólo le ofreció cordialmente hospitalidad a él
y a los suyos, sino que, debido al trato continuo, sur-
gió entre ambos una simpatía y amistad mutuas ver-
3 daderamente profundas. Algún tiempo después Cleóme-
nes dejó entrever una esperanza de vuelta y reconcilia-
ción con Arquidamo, y Nicágoras se entregó de lleno a
4 enviar negociadores que pactaran las garantías. Rati-
ficadas éstas, Arquidamo regresó a Esparta, fiado en
5 los tratos que había concluido Nicágoras. Pero Cleó-
menes le salió al encuentro y le mató; perdonó la vida
6 a Nicágoras y a los que le acompañaban. Externamente
Nicágoras fingía gratitud a Cleómenes porque le había
salvado, pero en su interior llevaba muy a mal lo suce-
dido, pues se consideraba a sí mismo causante de la
7 muerte del rey. Este mismo Nicágoras había navegado
poco tiempo antes hasta Alejandría con un cargamento
8 de caballos. Al bajar de la nave se encontró con Cleó-
menes y con Panteo, acompañados de Hipitas[126], que
paseaban por el puerto, junto a los mismos muelles.
9 Cleómenes le vio, fue a su encuentro, le saludó cor-
dialmente y le preguntó por el motivo de su presencia.
10 Nicágoras repuso que había venido con un cargamento
de caballos, a lo cual comentó Cleómenes: «Pues hu-
biera preferido, y mucho, que en vez de caballos te

[125] Cf. nota 88 del libro IV

[126] Sabemos por Plutarco que Panteas era el paje de Cleómenes y que Hipitas era un patizambo (PLUTARCO, *Cleómenes* 37, 3).

hubieras traído gente juerguista y tocadoras de arpa, que es lo que por ahora interesa al rey». Nicágoras se 11
echó a reír, sin hacer ninguna apostilla, pero al cabo de pocos días fue a encontrarse con Sosibio para tratar de los caballos, y le refirió lo que Cleómenes le había dicho. Comprobó que Sosibio le escuchaba con gusto 12
y le manifestó el odio que desde tiempo sentía contra Cleómenes.

Sosibio, pues, se convenció del resentimiento de 38
Nicágoras contra Cleómenes. Hizo ya en aquel momento ciertos regalos a Nicágoras, y le prometió más para el futuro; le convenció de que redactara y firmara una carta en que acusara a Cleómenes; debía dejarla allí sellada. Luego, cuando dentro de unos días Nicágoras 2
hubiera zarpado, un esclavo se la llevaría a él, fingiendo que el remitente era Nicágoras. Éste se avino a tales 3
proposiciones, y cuando la carta fue librada a Sosibio por un esclavo —Nicágoras ya se había hecho a la mar—, Sosibio se presentó al rey con la carta y acompañado 4
del esclavo. Éste aseguró que Nicágoras se la había entregado con la orden de hacerla llegar a Sosibio. El 5
contenido de la carta era el siguiente: si no se le envía inmediatamente con los pertrechos y el dinero necesario, Cleómenes se sublevaría al punto contra el gobierno del rey. Sosibio tomó rápidamente esto como pretexto 6
e incitaba al rey y a la corte a no demorar la detención y la puesta bajo custodia de Cleómenes. Lo cual, efec- 7
tivamente, se hizo, pero se le proporcionó una residencia muy grande, en la cual vivía vigilado. Y esta era la diferencia que le distinguía de los demás encarcelados, que vivía en una prisión más amplia. Cleómenes lo iba 8
considerando todo y, en cuanto a su porvenir, abrigaba malas esperanzas, por lo que decidió intentar lo que fuera, no porque tuviera mucha confianza en salir ade- 9
lante en sus propósitos (pues no disponía de medios razonables para realizar sus planes), sino porque pre-

fería morir valientemente antes de sufrir algo indigno
10 de su audacia de antes; pensaba, me imagino, y tomaba como lema, aquello que habitualmente se impone a los hombres magnánimos:

Pero me niego a morir aquí sin esfuerzo ni gloria,
sino después de una gesta que sepan los hombres fu-
[turos[127].

39 De modo que Cleómenes aguardó a que el rey se hubiera ausentado hacia Canopo[128], y entonces propaló entre sus guardianes el rumor de que el rey iba a ponerle en libertad. Por ello, ofrece un banquete a sus servidores y obsequia a sus vigilantes con coronas, carne y, sobre
2 todo, vino. Sus custodios lo aceptaron sin recelo y llegaron a embriagarse. En aquel momento, Cleómenes tomó a sus amigos que estaban allí y a la gente de su servicio, y en pleno día, sin que los guardias se apercibieran
3 de ello, salieron armados de puñales. Avanzaron y, en medio de una plaza, dieron con Ptolomeo, a quien se había dejado el gobierno de la ciudad. Su escolta quedó pasmada ante tal audacia, por lo cual Cleómenes y los suyos consiguieron hacer bajar del carro a Ptolomeo, a quien pusieron a buen recaudo[129]; al mismo tiempo iban
4 clamando al pueblo que recuperara su libertad. Pero nadie les hacía el menor caso, ni se sublevaba, por lo inesperado del suceso. Entonces, Cleómenes y los suyos se dirigieron a la ciudadela con la intención de forzar las puertas y lograr así que los encarcelados se les su-

127 Son versos de la *Ilíada*, pronunciados por Héctor cuando ve que su muerte es inminente (cf. *Il.* XXII 304-305).

128 Isla y ciudad, junto a la boca occidental del delta del Nilo, que más tarde tendrá fama de ferocidad y aun de canibalismo (cf. JUVENAL, *Sátiras* XV 46).

129 Aquí algunos manuscritos del texto griego escriben «mataron», pero la mayoría de los traductores se inclinan por la variante reflejada en la traducción.

maran. Pero también este empeño les falló, porque los 5
centinelas, precavidos ante la intentona, habían asegurado los batientes. Y al instante dirigieron sus manos contra sí mismos, con una presencia de ánimo no desmerecedora en nada de los laconios. Ésta fue la muerte 6
de Cleómenes, un hombre muy hábil en el trato con la gente, muy dotado para dirigir empresas, en suma, varón con dotes de mando y de índole verdaderamente real.

A continuación, y no mucho después, vino la con- 40
juración de Teodoto, el gobernador de Celesiria, de linaje etolio. Éste, por un lado, despreciaba al rey tanto por su política como por su vida disoluta y, por el otro, 2
no se fiaba de los cortesanos. No hacía mucho tiempo que había prestado al monarca, entre otros servicios inestimables, una gran ayuda en los primeros problemas que surgieron con Antíoco a propósito de Celesiria[130], y no sólo no obtuvo ningún agradecimiento, sino que, al contrario, fue llamado a Alejandría, donde casi corrió peligro su vida. Ello le indujo a entrar en tratos 3
con Antíoco para entregarle las ciudades de Celesiria. Antíoco aceptó complacido esta perspectiva y tomó, al punto, la dirección de la empresa.

Siria: la revuelta de Molón

Para proceder con esta dinas- 4
tía de modo semejante a como lo hicimos con la egipcia, nos remontaremos hasta la época en que Antíoco accedió al poder, a partir de la cual se hará una introducción compendiada a la guerra que nos proponemos historiar[131].

Antíoco era el hijo menor de Seleuco el llamado 5
Calinico[132]. A la muerte de éste le sucedió en el poder

130 Cf. 46, 3.

131 Es la cuarta guerra de Celesiria. Cf. 58-87.

132 Seleuco II Calinico reinó entre los años 247-226.

el hermano de Antíoco, Seleuco Cerauno[133], porque era el mayor. Antíoco fijó su residencia en la zona norte
6 del imperio[134], donde vivió. El rey Seleuco, por su parte, invadió la región del Tauro con un ejército, pero fue asesinado a traición, como ya se indicó más arriba[135]. Entonces, Antíoco le sucedió en el imperio y fue él el
7 rey. Confió el país de acá del Tauro a Aqueo[136], y el de las provincias nórdicas a Molón y al hermano de éste, Alejandro. Molón era sátrapa de Media, y su hermano lo era de Persia.

41 Ambos despreciaban al rey por su corta edad, y abrigaban la esperanza de que Aqueo compartiría sus proyectos. Hermias[137] era entonces gobernador general, y lo que Molón y Alejandro temían más era su sevicia y perversidad: por ello tramaron una revuelta y la se-
2 cesión de las satrapías del norte. Este Hermias procedía de Caria y estaba al frente de la administración: Seleuco, el hermano de Antíoco, le había confiado tal cargo con ocasión de su ausencia por la campaña del
3 Tauro. Se encontró, pues, casi por un azar con esta potestad, y le dominaba la envidia contra los que en la corte ostentaban cargos de alguna preeminencia. Era de índole cruel: castigaba a unos por errores que él calificaba de crímenes, a otros les imputaba culpas falsas e imaginarias; era un juez acerbo e inexorable.

---

133 Seleuco III Cerauno reinó sólo de 226 a 223 a. C., pues murió asesinado en el curso de una campaña contra Átalo I de Pérgamo.

134 Se refiere a las provincias orientales del imperio seléucida: Media, Persia y Susiana.

135 Cf. IV 48, 6.

136 Sobre este Aqueo, cf. IV 48, 5. Debía de ser un gobernador general que regía por delegación personal de Antíoco III, de quien parece que era tío materno.

137 Este Hermias era lugarteniente directo del rey. La exposición detallada de sus atribuciones, en WALBANK, *Commentary*, ad loc.

Su interés principal, en el que puso el máximo empeño, 4
era el de suprimir a Epígenes, que había dirigido la
retirada de las tropas salidas a campaña con Seleuco.
Hermias constataba que Epígenes era hombre capaz de
hablar y de obrar, y que gozaba de gran prestigio entre
el ejército. Proyectó suprimirle, pero de momento se 5
contuvo, pues quería siempre aprovecharse de una ca-
lumnia que le diera soporte contra el hombre citado.
Reunido el consejo[138] para tratar de la defección de 6
Molón, el rey mandó que cada cual expusiera su parecer
acerca de cómo se debía enfocar el problema de los
sediciosos. El primero que disertó fue Epígenes en el 7
sentido de que la cosa no admitía dilaciones: debían
seguirse de cerca los acontecimientos. Lo primordial,
lo principal era que el rey hiciera acto de presencia
en aquellas provincias y que interviniera en persona
precisamente entonces: con ello, o bien Molón, ante 8
la aparición del rey, que se hacía visible a las multi-
tudes al frente de un ejército adecuado, no osaría pro-
mover la defección, o bien, si persistía en su propósito 9
y se atrevía, sus mismos soldados le echarían mano al
instante, le arrastrarían y lo entregarían al monarca.

Todavía estaba Epígenes en el uso de la palabra y **42**
decía esto, cuando Hermias, enfurecido, proclamó que
desde hacía mucho tiempo Epígenes era un traidor
oculto, un conspirador contra la monarquía; ahora, 2
sin embargo, había hecho algo útil: había evidenciado
su intento cuando interesadamente planteaba exponer
al rey, con sólo unos pocos hombres, al albur de los
revolucionarios. Y de momento, como si aquella acusa- 3
ción hubiese sido encendida por un acceso de cólera,
dejó a Epígenes: no le demostró hostilidad, sino más

---

138 Este consejo comprendía los amigos del rey (cf. notas 12 y 71 de este libro, y nota 121 del libro I) y otros personajes importantes del gobierno.

4 bien una dureza intempestiva. En cuanto a él mismo,
su propuesta era desdecirse de la campaña contra Mo-
lón, que le parecía muy peligrosa porque el rey aún no
estaba avezado a empresas guerreras; en cambio, alen-
taba a una salida contra Ptolomeo, pues creía que en
una guerra así no iban a correr peligro: el rey en cues-
5 tión era muy indolente [139]. El consejo quedó impresio-
nado ante tales palabras: se mandó contra Molón un
ejército, al frente del cual marchaban Jenón y Teodoto
Hemiolio [140]. Hermias incitaba a Antíoco continuamente,
convencido de que era preciso ponerse manos a la obra
6 en la cuestión de Celesiria; suponía que sólo si el joven
rey se veía rodeado de guerras por todas partes, él
podría esquivar la rendición de cuentas de sus desma-
nes pretéritos y, además, podría conservar la potestad
de que entonces disfrutaba: lo lograría por las pre-
ocupaciones, luchas y contiendas que rodearían conti-
7 nuamente al monarca. Con el mismo objetivo, final-
mente, falsificó una carta, que fingió enviada por Aqueo,
y la pasó al rey: en ella se declaraba que Ptolomeo le
ofrecía la oportunidad de hacerse con el poder de Ce-
lesiria; se le aseguraba un apoyo de naves y de dinero
si se ceñía la diadema y daba a conocer a todos sus
8 aspiraciones al imperio, detentado ya en realidad por
él ahora, pero que rehusaba ostentar [141] al rechazar la
9 corona que la Fortuna le ofrecía. El rey dio crédito a

[139] Aquí seguramente hay un pequeño fallo por parte de Polibio, que piensa sin duda en Ptolomeo IV Filopátor. Éste reinó entre los años 221-204, mientras que el consejo del que habla Polibio tuvo lugar a finales del 222 a. C., cuando reinaba todavía su antecesor Ptolomeo III Evérgetes. Los datos que poseemos son incompatibles. Una exposición y discusión más amplia de ello, en WALBANK, *Commentary*, ad loc.

[140] El calificativo «Hemiolio» puede referirse, o bien a la baja estatura del personaje, o quizás a que había sido pirata con *hemiolia*, unas naves pequeñas con sólo dos filas de remeros.

[141] Cf. II 2, 9-10.

esta carta y se dispuso con entusiasmo a una campaña contra Celesiria.

Cuando Antíoco se encontraba en Seleucia del Puen- 43
te[142] se presentó el almirante Diogneto, procedente de Capadocia, junto al Ponto Euxino. Tenía consigo a Laódice[143], la hija del rey Mitrídates[144], soltera, como esposa destinada al rey. Mitrídates se gloriaba de ser descen- 2
diente de uno de aquellos siete persas que habían dado muerte al mago[145]; conservaba el reino de sus ascendientes, junto al Ponto Euxino, reino que antaño les fuera conferido por Darío. Antíoco acogió a la doncella 3
con los honores y la pompa convenientes, y celebró al instante las bodas con un aparato y una magnificencia verdaderamente reales. Concluidas las nupcias, bajó 4
hasta Antioquía[146], donde proclamó reina a Laódice; después se dedicó a continuar los preparativos para la guerra.

En este tiempo Molón, por su parte, había hecho de 5
las tropas de su satrapía un ejército decidido a todo, tanto por las esperanzas de lucro como por el terror que había infundido a sus oficiales: les había mostrado unas cartas conminatorias, falsas, que fingía haber recibido del rey. Además, tenía un colaborador dispuesto 6
en su hermano Alejandro. Aseguró, pues, la situación de la satrapía mediante sobornos y por la adhesión de algunos magnates, y él marchó con un gran ejército

142 En la región de Commagene, al S. de Capadocia.

143 Mitrídates II del Ponto (cf. IV 56) se casó con la hija de Seleuco Calinico hacia el año 245. Sobre la boda de su hija menor con Aqueo, cf. VIII 20, 11.

144 Mitrídates II del Ponto.

145 Heródoto explica (III 65-79) que Gaumatas el mago usurpó la realeza, bajo el nombre de Smerdis, tras la muerte de Cambises, en 521 a. C., pero fue muerto por Darío y otros nobles persas. En realidad, Mitrídates descendía de un noble persa que se apoderó del reino del Ponto en 302 (Diodoro, XXX 122, 4).

146 Capital de Siria, junto al río Orontes.

7 contra los generales del rey. Jenón y Teodoto, alarma-
dos ante aquella incursión, se retiraron a las ciudades.
8 Molón se adueñó de la región de Apolonia[147]; sus re-
cursos eran abundantísimos. Pero ya antes le hacía
temible la gran extensión de territorio que dominaba.

Descripción de la Media[148]

44 En efecto: todas las yeguadas
de la caballería real están en
manos de los medos, que dispo-
nen de trigo y de ganado en can-
tidades prácticamente incalcula-
2 bles. Casi nadie podrá exponer acertadamente la exten-
sión del país y el valor estratégico de su situación.
3 La Media se extiende por el Asia central, y, parangona-
da con las demás partes del Asia, las supera tanto por
su extensión como por la altura de sus cordilleras.
4 Además, tiene por vecinos a los pueblos más fuertes
y numerosos. Limita por el norte y el este con las llanu-
5 ras desérticas[149] que hay entre Persia y Partia; controla
y domina las puertas llamadas Caspias, y llega hasta
los montes Tapiros[150], no muy distantes del mar de
6 Hircania. Por el sur llega hasta Mesopotamia y a la
región de Apolonia. Su frontera con Persia está pro-
7 tegida por el monte Zagro[151]. La ascensión hasta su
cumbre es de unos cien estadios, y en él se abren valles
y en alguna parte hondonadas en las que viven los

---

147 Ya en tierras de Babilonia. Cf. cap. 52.

148 Esta digresión geográfica, que responde sin duda a la mano de Polibio, quizás haya sido introducida aquí por un copista inhábil, pues no responde en absoluto al contexto. Por lo demás, contiene inexactitudes de detalle. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

149 El Desierto de Lout y el Gran Desierto Salado, entre los ríos Kirman y Corasan.

150 Las puertas Caspias son el collado de Serdera; los montes Tapiros son el macizo de Elburz, y el Mar de Hircania es el actual Mar Caspio.

151 Son las actuales montañas de Farsistán.

coseos[152], los corbenes, los carcos y muchos otros linajes bárbaros notoriamente excepcionales por sus dotes
guerreras. Media limita por el sur con el país de Sá- 8
trapa[153], relativamente cercano a aquellos pueblos que dan ya al Ponto Euxino. Por el norte la rodean los elimeos[154], los aniaraces, los cadusios[155] y los matianos[156];
por su parte domina las regiones colindantes con el 9
lago Meótico[157]. Media en sí está surcada por numero- 10
sas cordilleras que la recorren de norte a sur; entre tales cadenas montañosas hay unas llanuras atestadas de ciudades y de aldeas.

Dueño, pues, de un país que ya tenía la categoría 45
de reino, Molón se había hecho temible hacía ya largo tiempo, según dije, por la superioridad de su potencia;
sin embargo, entonces, cuando pareció que los genera- 2
les del rey le cedían el campo abierto, que el empuje de sus tropas había crecido porque sus primeras esperanzas habían prosperado según sus cálculos, la impresión que causaba era terrorífica; ningún pueblo del

---

152 Pueblo excepcionalmente salvaje, que vivía en las montañas entre Media y Susiana. Suministraba mercenarios a los ejércitos persas y Alejandro Magno los sometió en el año 324.

153 Es el actual Azerbadjan. Sin embargo, aquí la grafía del griego original no es segura. Casaubon, en su edición ginebrina del texto griego escribió «atropatios» y Gronovio, «saspiros». Con todo, Polibio escribe más abajo, otra vez, «país del sátrapa» (55, 2) y, en este último lugar, el texto es paleográficamente seguro.

154 Estos elimeos no tienen nada que ver con los pueblos bíblicos de Elam (cf. *Hechos de los Apóstoles* 2, 8). Vivían en el N. de la Media, junto a los montes Tapiros. La grafía vuelve a ser incierta; algunos manuscritos griegos escriben «delimeos».

155 Los cadusios vienen citados por fuentes latinas (Plinio el Joven, *Historia Natural* XI 514, 523); eran famosos por su habilidad en luchar con la jabalina. Se ignora su ubicación exacta.

156 Los matianos vivían al E. de Armenia.

157 Es el actual mar de Azov.

3 Asia creyó poder ofrecerle resistencia. Molón primero
quiso pasar el río Tigris y poner cerco a Seleucia[158].
4 Pero Zeuxis[159] se adelantó a retirar las embarcaciones
fluviales, con lo que frustró la travesía. Molón se re-
plegó entonces a un campamento que tenía en el sitio
llamado Ctesifonte[160], y dispuso que sus tropas pasaran
allí el invierno.

5 El rey, informado de la incursión de Molón y de la
retirada de sus generales, se aprestaba, él personalmen-
te, a una segunda campaña contra Molón, dejando de
momento la ofensiva contra Ptolomeo; no quería dejar
6 pasar la oportunidad. Pero Hermias, siempre fiel a su
primer propósito, envió contra Molón a Jenitas el aqueo
a la cabeza de un ejército sobre el cual ejercía el mando
absoluto: decía que contra los sediciosos debían luchar
generales, pero que contra reyes era el rey mismo quien
debía dirigir las operaciones y las batallas decisivas.
7 Debido a la poca edad del rey, tenía avasallado al mu-
chacho, y fue él quien tomó el mando y concentró las
tropas en Apamea. Después levantó el campo y se pre-
8 sentó, desde allí, en Laodicea[161]. Tomando esta ciudad
como base, el rey pasó a la ofensiva con todo su ejér-
cito, atravesó el desierto y llegó al valle llamado de
9 Marsias[162], situado entre las laderas del Líbano y del
Antilíbano. Cuando llega a estos montes, el valle se re-
10 duce a un simple desfiladero. Allí donde alcanza su
máxima angostura, el valle es de paso difícil por haber

---

158 Seleucia del Tigris, por oposición a Seleucia del Puente.

159 Zeuxis, oficial de alto rango, que gozaba de la confianza de Antíoco. Cf. XVI 1, 8; XXI 16, 4; 17, 9-11.

160 Población situada frente a Seleucia del Tigris, en la orilla opuesta del río.

161 Apamea, en la orilla del Orontes, y Laodicea del Líbano, emplazadas en territorio actualmente sirio.

162 Esta ubicación por parte de Polibio es exacta.

en él lagunas y charcas en las que se corta la caña aromática[163].

Controlan el desfiladero, por un lado, la plaza llamada Broquis, y, por el otro, la denominada Guerra[164]; 46
el paso que hay entre ambas es muy angosto. Antíoco 2
marchó bastantes días por el valle citado, y se ganó las ciudades que hay en él; al final se presentó en Guerra.
Pero se encontró que Teodoto el etolio[165] se le había 3
avanzado ocupando Guerra y Broquis; había fortificado con fosos y estacadas la región de los lagos, y había dispuesto guarniciones oportunas. Con todo, Antíoco inicialmente trató de forzar las defensas. Pero tanto la 4
fragosidad del lugar como el hecho de que las fuerzas de Teodoto se mantenían intactas hacían que Antíoco sufriera más pérdidas que las que infligía. Y desistió de su intento. A lo abrupto de aquellos parajes se le 5
sumó la noticia de que Jenitas había experimentado un desastre total y Molón se había adueñado ya del país entero. Antíoco renunció al punto a esta empresa y se aprestó a restablecer la situación de su propio reino.

Desastre de la armada real. Conquistas de Molón

Jenitas, el general enviado con 6
plenitud de poderes, como ya antes se dijo[166], alcanzó con ello una potestad superior a la que hubiera podido esperar y empezó a tratar a sus amigos con excesiva arrogancia y a ser temerario en sus intentos contra el enemigo. Sin em- 7
bargo, cuando alzó su campo contra Seleucia llamó a

[163] Es el *Calamus Aromaticus* de los naturalistas. Pero en la referencia de Polibio hay inexactitudes. Véase la amplia discusión de WALBANK, *Commentary*, ad loc.

[164] Broquis parece ser la actual Al-Baruk; Guerra está a muy poca distancia. Esta última parece ser la capital de la región bíblica de Iturea.

[165] Cf. 40, 1-3.

[166] Cf. 45, 6.

Diógenes, el comandante de Susiana, y a Pitíadas[167], el jefe de la región del Mar Rojo[168]; luego salió con su contingente, utilizó como línea de defensa el río Tigris
8 y acampó frente al enemigo. Muchos se le pasaron a nado desde el campamento de Molón y le explicaron que, si cruzaba el río, el ejército íntegro de Molón se le pasaría, pues era objeto del odio de todos, mientras que la inmensa mayoría experimentaba una gran simpatía hacia el rey. Estimulado por esto, Jenitas se dis-
9 puso a cruzar el Tigris. Primero fingió que iba a tender un puente en cierto lugar de su curso en el que había un islote, pero en realidad no preparaba nada necesario para tal construcción; por lo que Molón no atendió
10 en absoluto a este proyecto fingido. Jenitas juntaba y
11 aparejaba naves, y ponía en ello gran empeño. Seleccionó, de su ejército, a los hombres más robustos y a los caballos más vigorosos, dejó el cuidado del campamento a Zeuxis y a Pitíadas, y *él descendió de noche, por la* orilla del río, unos ochenta estadios[169], alejándose del
12 campamento de Molón. Con las naves cruzó el río sin ningún peligro y acampó, antes de que alboreara, en un lugar estratégico ocupado previamente, circundado en su mayor parte por el río, y asegurado, en la restante, por cenagales y marismas.

47 Avisado de lo ocurrido, Molón envió a su caballería para que obstaculizara a los que aún cruzaban sin dificultad el río y aniquilara a los que ya lo habían tras-
2 pasado. Los jinetes se aproximaron a los hombres de Jenitas, pero no conocían los parajes, por lo que el enemigo no necesitó hacer nada: se hundían por ellos mismos, quedaban sumergidos en los pantanos sin poder

[167] Diógenes y Pitíadas, dos generales de Antíoco cuya titulación exacta se discute. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

[168] El territorio del mar Eritreo es la región mesopotámica que va del SO. de Babilonia hasta el golfo Pérsico.

[169] Un kilómetro y medio.

remediarlo; muchos de ellos perdieron la vida. Por su 3
parte, Jenitas abrigaba la convicción de que si se les acercaba, las fuerzas de Molón se le pasarían, de modo que avanzó junto al río, se aproximó al adversario y estableció su campamento no muy lejos del enemigo.
Entonces Molón, quizás como un ardid de guerra, quizás 4
porque no confiaba totalmente en sus hombres, no le fuera a ocurrir lo que Jenitas esperaba, abandonó su impedimenta en el campamento y lo levantó marchando rápidamente como hacia Media. Era aún de noche.
Jenitas supuso que la fuga de Molón se debía al pá- 5
nico que su propia marcha le había causado y a que desconfiaba de sus fuerzas. Primero se acercó al lugar donde había acampado el enemigo, y lo ocupó; luego trasladó a este campamento, desde el suyo propio, custodiado por Zeuxis, a su caballería con los pertrechos
correspondientes. A continuación reagrupó a sus hom- 6
bres y les arengó: les dijo que cobraran ánimo y que tuvieran las más hermosas esperanzas en todo, porque
Molón había huido. Tras estas palabras, les encargó 7
que se cuidaran y que repusieran fuerzas, pues al día siguiente de madrugada iniciarían la persecución de Molón.

Pero los soldados de Jenitas, confiados y viendo a 48
su disposición provisiones de todo tipo en abundancia, se entregaron a comilonas y a borracheras, y a la negli-
gencia fomentada por tales excesos. Cuando hubo al- 2
canzado un lugar suficientemente distante, Molón ordenó a sus hombres que tomaran el rancho, dio la vuelta y regresó; encontró a los enemigos que yacían ebrios, y con la primera luz del día atacó el campamento.
Jenitas, pasmado por un suceso tan inesperado, no logró 3
despertar a muchos de sus hombres que dormían la borrachera, por lo que se lanzó rabioso contra el ene-
migo, y sucumbió. De los que dormían, la mayoría mu- 4
rió en sus propias yacijas; los restantes se lanzaron al

río e intentaron cruzarlo a nado para alcanzar el otro
5 campamento. Pero en su mayoría se ahogaron. En el
campamento reinaba un desconcierto y una confusión
total e indescriptible, pues el pánico y el temor se ha-
bían apoderado de todos. El campamento del otro lado
estaba a muy corta distancia, y, además, era visible,
por lo que los hombres, en su afán de escapar, olvi-
daron la fuerza de la corriente[170] y las dificultades que
6 ofrecía el río. Estaban como fuera de sí y anhelaban
sólo ponerse a salvo, por lo que se iban tirando al
agua y lanzaban a ella también las acémilas con sus
7 bagajes, como si el río debiera proporcionarles una
ayuda providencial, debiera traspasarles sin peligros al
9 campamento establecido en la orilla opuesta. El es-
pectáculo que ofrecía la corriente era trágico e inusual,
pues lo arrastraba todo, además de los hombres que
nadaban: caballos, bestias de carga, armas, cadáveres
y bagaje de todas clases.
10 Molón, tras apoderarse del campamento de Jenitas,
cruzó el río ya sin peligro, sin que nadie impidiera su
avance, pues todos los hombres de Zeuxis habían huido.
11 Se adueñó también de este segundo campamento. Aca-
bó sus operaciones y se presentó con su ejército en
12 Seleucia. En su incursión tomó esta plaza, porque Zeu-
xis a su vez la había abandonado, y con él Diomedon-
te[171], gobernador de Seleucia; Molón prosiguió ya su
avance y sometió sin ningún esfuerzo las satrapías del
13 norte. Entró en Babilonia y conquistó la región del Mar

---

170 Este río es el Tigris, palabra que parece ser persa, y que, como nombre común, significaría «ímpetu», «fuerza». Este pasaje de Polibio acreditaría plenamente tal etimología.

171 El mismo Polibio vacila cuando quiere especificar el cargo ejercido por este Diomedonte, porque si bien aquí le llama *epistátēs*, algo así como «presidente», más abajo (50, 10) le llama *acrophýlax*, que es un cargo estrictamente militar. Parece que este último prevalece sobre el otro.

Rojo, tras lo cual se presentó en Susa. En su marcha 14
tomó incluso esta ciudad, pero los ataques que lanzó contra su acrópolis resultaron vanos, porque el general
Diógenes se le había anticipado a ocuparla. Molón de- 15
sistió de estas tentativas: dejó allí las fuerzas suficientes para que prosiguieran el asedio, él personalmente levantó el campo sin dilaciones y se dirigió, con el
grueso de su ejército, a Seleucia del Tigris. Allí atendió 16
con sumo cuidado a sus hombres, les exhortó, y les estimuló para las operaciones siguientes; conquistó Paropotamia[172] hasta la ciudad de Europo[173] y Mesopotamia hasta Dura.

Cuando Antíoco supo todo esto, como ya apunté más 17
arriba[174], renunció a sus proyectos sobre Celesiria y se dedicó de lleno a sus nuevas empresas.

Campaña de Antíoco. Desastre de Molón

Entonces el consejo volvió a re- 49
unirse en sesión y el rey ordenó hablar sobre las medidas a tomar contra los preparativos de Molón. Y otra vez fue Epígenes el primero que tomó la palabra y disertó acerca de la situa-
ción presente: dijo que ya antes su recomendación 2
había sido no entretenerse y no permitir que el adversario obtuviera tales victorias; con todo, incluso ahora
debían afrontarse los acontecimientos. Hermias se en- 3
fureció de nuevo de modo tan vehemente como absurdo
y empezó a insultar a Epígenes, al tiempo que se alaba- 4
ba mucho a sí mismo y lanzaba contra él acusaciones calumniosas y falsas. Conjuraba al rey para que una

172 Parapotamia indica unos territorios al O. del Eufrates.

173 Europo (actualmente Dura-Europos), ciudad bien conocida por los arqueólogos, debido a las importantes excavaciones llevadas a cabo en ella, es una fundación de Nicanor, sátrapa de Seleuco I, en Mesopotamia. Ya en la antigüedad hubo aquí dos ciudades, Dura y Europo.

174 Cf. 46, 5.

negligencia inconsecuente no le hiciera dejar sus espe-
5 ranzas sobre Celesiria. Se malquistó con la mayoría de los miembros del Consejo, enojó incluso a Antíoco, y acabó su oposición a duras penas, no sin haber hecho
6 el rey un gran esfuerzo para reconciliarles. La mayoría fue del parecer que las palabras de Epígenes habían sido más precisas y oportunas, por lo que su consejo prevaleció, el de marchar contra Molón, y atender a
7 estas operaciones. Hermias cambió repentinamente de parecer y se atuvo al de los otros: declaró que era indispensable que todos ejecutaran sin excusas lo decidido, y él mismo se mostró muy presto para los preparativos.

50 La concentración de las tropas fue en Apamea, pero allí estalló un motín entre las tropas debido al retraso
2 en la percepción de sus haberes. Hermias cogió al rey consternado y aterrorizado ante aquel movimiento, por la ocasión en que se encontraban, y se ofreció a abonar de su peculio los estipendios debidos a todos, a condición de que se le concediera la exclusión de Epígenes
3 de aquella expedición, pues iba a ser imposible hacer algo razonable en ella cuando había surgido entre los
4 dos tal rencor y enemistad. La petición sentó muy mal al rey, y se empeñó por encima de todo en que Epígenes participara en la campaña: su experiencia bélica era,
5 en efecto, muy grande. Pero al fin, cogido y conquistado como estaba por las intrigas, el cuidado y las lisonjas que la perversidad de Hermias le prodigaba, el rey ya no fue dueño de sí mismo: cedió a las circunstancias
6 y asintió a las exigencias. Epígenes obedeció a las órdenes y se retiró a Apamea[175]; los miembros del consejo

[175] En el texto griego hay aquí una laguna de dos o tres palabras. Me aparto del texto de Büttner-Wobst (que, traducido, daría «inmediatamente») y recojo la vetusta lectura de Casaubon «a Apamea», que me parece más justificada por todo lo que sigue.

temieron ya los celos de Hermias; las tropas, en cam- 7
bio, que habían logrado la satisfacción de sus exigen-
cias, cambiaron de parecer y mostraron su adhesión,
excepto los cirrestes, al que había hecho posible el saldo
de las deudas. Los cirrestes[176] se sublevaron y deser- 8
taron en número de seis mil. Durante mucho tiempo
crearon problemas, pero al final un general del rey les
derrotó en una batalla en la que en su mayoría perecie-
ron; los supervivientes se entregaron a la merced de
Antíoco.

Hermias se había ganado así, por el miedo, a los con- 9
sejeros del rey, y a las tropas, por la liberalidad con
que las había tratado; entonces levantó el campo y
avanzó, siempre en compañía del monarca. En cuanto 10
a Epígenes, le dispuso la trampa siguiente, con la con-
nivencia y colaboración del gobernador militar de Apa-
mea, Alexis. Redactó una carta, que fingió enviada por 11
Molón al dicho Epígenes; luego, sobornándole con gran-
des regalos, convence a uno de sus criados que la intro-
duzca en casa de Epígenes y la mezcle con sus docu-
mentos. Realizado esto, Alexis se presentó al punto en 12
el domicilio de Epígenes y le preguntó si había recibido
alguna carta de Molón. Epígenes lo negó, ofendido[177], 13
y Alexis exigió que se procediera a un registro. Entró
al instante y dio con la carta. La utilizó como pretexto
y ordenó la ejecución inmediata de Epígenes. Ante tales 14
hechos, el rey se convenció de la justicia con que se le
había eliminado. No así los cortesanos, que sospecha-
ban lo ocurrido. Sin embargo, el miedo les retuvo y no
hicieron nada.

---

176 Pueblo en el N. de Siria, en Commagene.

177 El texto griego ofrece aquí una leve ambigüedad: la palabra que significa «ofendido» sintácticamente también puede referirse a Alexis, en cuyo caso la traducción sería: «agriamente» o, quizás, «con malos modos».

51 Antíoco llegó a las orillas del Eufrates, donde concedió un descanso a sus tropas: luego reemprendió la marcha. Alcanzó Antioquía de Migdonia[178] en el solsticio[179] de invierno, y se quedó en esta plaza, con la intención de pasar allí el principio y el período más
2 duro del invierno. Tras una permanencia de cuarenta
3 días, avanzó hacia Liba. Aquí celebró un consejo para deliberar acerca de la ruta por la que se debía avanzar contra Molón, y también sobre el tema del abastecimiento: en qué consistiría y de dónde lo lograrían;
4 Molón se encontraba en la región de Babilonia. Hermias era del parecer que debían marchar paralelamente al Tigris, de manera que este río, el Licos y el Capros[180]
5 les cubrieran el flanco. Zeuxis tenía ante sus ojos la muerte de Epígenes, y exponer su opinión le producía angustia; sin embargo, la ignorancia de Hermias era tan evidente, que se atrevió a aconsejar, aunque a duras
6 penas, la travesía del río Tigris: aducía en su defensa las dificultades que iban a encontrar en una marcha paralela a la corriente fluvial, y que no podrían evitar, tras recorrer territorios muy extensos, otra de seis días a través del desierto para alcanzar el llamado canal
7 real[181]. Si lo encontraban ocupado de antemano por el enemigo, no podrían cruzarlo, en cuyo caso deberían retirarse por el desierto, algo evidentemente peligroso, principalmente por la falta de suministros que iban a
8 sufrir. En cambio, si se pasaba el Tigris, Zeuxis probó

---

178 Antioquía de Migdonia, la antigua Nizibis, que Seleuco Nicátor transformó en ciudad griega. Está al E. de Apamea, no lejos del río Tigris.

179 Del invierno 221/220 a. C.

180 Afluentes por la izquierda del Tigris, llamados hoy el Gran Zab y el Pequeño Zab.

181 Este canal unía el Tigris y el Eufrates en la región de Ariaxos. PLINIO lo llamó *flumen regium* (*Historia Natural* VI 120).

que los pueblos[182] del país de Apolonia cambiarían de partido y se pasarían al rey, pues ahora prestaban obediencia a Molón no porque simpatizaran con él, sino simplemente forzados por el miedo. Además, era claro 9
que el ejército dispondría de provisiones en abundancia, ya que el país era muy fértil. Pero el punto más 10
fuerte de su argumentación fue demostrar que con el paso del río a Molón le quedaría cortada la retirada hacia Media, así como también interceptados los refuerzos procedentes de ella. Todos estos factores obli- 11
garían a Molón a arriesgar una batalla, y, si no se atrevía a librarla, sus tropas cambiarían al punto de opinión y pasarían a compartir las previsiones del rey.

Esta opinión de Zeuxis fue la que se impuso, y An- 52
tíoco dividió a su ejército en tres contingentes que atravesaron el río por tres lugares distintos; pasaron también los bagajes. Se dirigieron en seguida directamente 2
hacia Dura[183], y ya al primer ataque rompieron el cerco a que estaba sometida, pues un general de Molón la asediaba. Después, tras una marcha ininterrumpida de 3
ocho días, rebasaron el monte Órico[184] y alcanzaron los territorios de Apolonia.

La batalla decisiva

Por aquel entonces, Molón fue 4
informado de la presencia del rey. Desconfiaba totalmente de las poblaciones de Susiana y de Babilonia, que había sometido hacía muy poco tiempo y de manera inesperada, temía también que le cortaran la retirada hacia Media, por lo que decidió tender un puente sobre el río Tigris y hacer

---

182 WALBANK, *Commentary*, ad loc., insinúa la posibilidad de que aquí deba traducirse no «los pueblos», sino «las tropas». Sobre Apolonia, cf. nota 149.

183 Sobre Dura, cf. nota 173.

184 El Órico es un monte situado al S. de la confluencia del Tigris y el Pequeño Zab. Su nombre actual es Djebel Hamrin.

5 pasar por él sus fuerzas; su anhelo era, si lo lograba,
adelantarse al rey y ocupar la región montañosa de
Apoloniátide; tenía depositada su confianza en sus hon-
deros, de los que disponía en gran número; se trata
de los llamados cirtios [185]. Realizó sus planes e hizo una
6 marcha rápida, sin detenerse. En el mismo momento que
Molón alcanzaba los lugares antedichos el rey salía de
Apolonia con todo su ejército: las avanzadillas de ambos
bandos, compuestas por infantería ligera, coincidieron
8 en ciertas lomas. En el primer momento trabaron com-
bate y se tantearon mutuamente, pero cuando iban a
entrar en la refriega los gruesos de ambos ejércitos,
desistieron de ello y se retiraron a sus propios campa-
mentos, que habían establecido a una distancia de
9 cuarenta estadios uno de otro. Sobrevino la queda.
Molón había pensado que luchar de día y frente a frente
contra el rey era inseguro y difícil para unos subleva-
dos, de manera que se propuso atacar a Antíoco de
10 noche. Escogió a los hombres más aguerridos y fuertes
de todo su ejército y dio un rodeo por algunos parajes,
pues quería que su arremetida fuera desde lugares más
11 altos. Pero supo que durante la marcha un grupo de
diez jóvenes se le había pasado al enemigo; esto le hizo
12 desistir de sus proyectos. Dio al punto la vuelta y se
replegó; al despuntar el día compareció en su propio
campamento, con lo que todo el ejército se llenó de
13 alboroto y de desconcierto: la llegada de los que regre-
saban interrumpió el sueño de los que dormían en el
campamento, y les llenó de pavor; poco faltó para que
lo abandonaran tumultuosamente. En la medida de lo
posible, Molón iba calmando la perturbación surgida
entre los suyos.

53 El rey tenía preparada ya la batalla, y así que apuntó
el día fue sacando todas sus tropas del campamento.

[185] Población nómada que vivía en el N. de Media y de Persia.

Apostó en el ala derecha, primero a los jinetes armados 2
de lanzas, al mando de Ardis[186], hombre muy ducho en las operaciones bélicas. A continuación dispuso a los 3
aliados cretenses, a los que seguía el contingente de galos rigosagos[187]. Inmediatos a éstos colocó las fuerzas extranjeras y los mercenarios griegos; tocando a ellos, cerraba esta ala la formación de la falange. El ala iz- 4
quierda, la confió a los llamados «compañeros»[188], un cuerpo de caballería. Situó a sus elefantes, diez en número, a cierta distancia unos de otros, delante de toda su formación. Distribuyó entre las alas sus reservas 5
de caballería y de infantería, y él ordenó que, así que se trabara el combate, iniciaran una operación envolvente. Luego recorrió las líneas e iba arengando a todas sus 6
fuerzas con unas breves palabras apropiadas al caso. El mando del ala izquierda lo confió a Hermias y a Zeuxis, y se reservó el del ala derecha.

Molón, por su parte, hizo salir a sus tropas no sin 7
dificultades, y a duras penas si pudo ordenarlas, debido a la confusión de la noche precedente. Con todo, dividió 8
su caballería entre las dos alas, de un modo paralelo a la formación enemiga; colocó a los soldados armados de escudo, a sus galos y el conjunto de su infantería pesada, en el lugar que dejaban libre sus dos formaciones de jinetes. Repartió también entre las alas, pero 9
más allá del lugar que ocupaba la caballería, a honderos, arqueros y a las tropas de este tipo. Dispuso también, a cierta distancia unos de otros, los carros armados

186 Probablemente un lidio. Cf. 60, 4-8. Este nombre era frecuente en Lidia.

187 Tropas mercenarias al servicio de Antíoco.

188 Entiéndase «del rey». Era un título que Filipo II y Alejandro Magno confirieron a la caballería macedonia, y que continuó en uso en los ejércitos de los diádocos.

10 de hoces[189]. Confió el mando del ala izquierda a su her-
mano Neolao, y él se reservó el de la derecha.
54 Los dos ejércitos arremetieron uno contra otro. El
ala derecha de Molón se mantuvo leal y trabó combate
corajudamente contra los hombres de Zeuxis, pero el
ala izquierda, así que vio que iba a pelear contra el
2 propio rey, se pasó al enemigo. Ante ello, las fuerzas de
Molón flaquearon y las del rey redoblaron su moral.
3 Al comprobar lo que pasaba, Molón, rodeado ya por
todas partes, previó los ultrajes a que se vería expuesto
si los hombres del rey llegaban a capturarle vivo, y se
4 suicidó. Los que colaboraban con él en la empresa huye-
ron también, cada uno a su lugar de origen, pero acaba-
5 ron de manera no distinta. Neolao logró sobrevivir a
la batalla y se fue a Persia, a la casa de Alejandro, her-
mano también de Molón. Allí degolló a la madre y a los
hijos de éste; muertos éstos, se infirió la muerte a sí
mismo, no sin antes haber convencido a Alejandro de
que hiciera lo propio.
6 El rey saqueó el campamento de los enemigos, mandó
crucificar el cadáver de Molón y colocarlo en el lugar
7 más visible de toda Media. Los encargados de ello lo
hicieron al punto; trasladaron el cadáver a Caloníti-
8 de[190] y lo crucificaron en las laderas del Zagros. Tras
esto, Antíoco hizo objeto de duros reproches a las tropas
sublevadas, pero acabó tendiéndoles la mano; nombró
a unos oficiales para que las condujeran a Media y, allí,
9 restablecieran la situación. Él bajó personalmente hasta
Seleucia y puso en orden las satrapías circundantes, a

[189] Arma tradicional, aunque según los técnicos poco efectiva. *Eran unos carros con hoces en sus ejes para matar a los hombres que arrollaban.* Cf. Jenofonte, *Anábasis* I 8, 10.

[190] El distrito de Cala, al E. de Apolonia, encrucijada de caravanas. El monte Zagro es el actual Djebel Tak, en la región de Sarpul. La crucifixión era el castigo infligido a los reos de alta traición.

las que trató con tacto y benignidad. Pero Hermias, 10
duro como siempre de carácter, echó las culpas de todo a los habitantes de Seleucia e impuso una multa de mil talentos a la ciudad; expulsó de ella a la familia de los adiganes[191] e hizo matar a muchos seleucianos, tras amputarles los miembros o inferirles torturas de otro tipo.
El rey apaciguó el furor de Hermias y, por otro lado, 11
dispuso de ciertos asuntos según su propio criterio, con lo que al final restituyó la paz y el orden en la plaza; redujo a ciento cincuenta talentos la multa impuesta
por culpa de la necedad de aquella villa. Ya todo en 12
regla, dejó a Diógenes como gobernador militar de Media, y a Apolodoro, de Susiana[192]. Envió a Ticón[193], intendente general del ejército, como comandante de las provincias del Mar Rojo.

Tales fueron la rebelión de Molón, las revueltas que 13
provocó en las satrapías del norte, sofocadas y liquidadas según se ha explicado.

Muerte de Hermias

Al rey le exaltó esta victoria 55
conseguida, y quiso intimidar y llenar de pavor a los reyezuelos bárbaros que tenía más allá de sus satrapías, lindando con ellas. Así evitaría que guerrearan y se pusieran a favor de los que osaran alzarse contra su poder. De modo que

---

191 Aquí la lectura es dudosa y los editores se dividen. WALBANK, *Commentary*, ad loc., propone leer «pediganes», apoyado en lecturas de Hesiquio y de la *Suda*. Büttner-Wobst y Paton se deciden por la lectura «adiganes». La duda se extiende a la localización de estos pueblos, distinta, según se adopte una lectura o otra. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc., y PÉDECH, *Polybe, V*, pág. 108, nota.

192 Sobre Diógenes, cf. 46, 7 y nota 167. Este Apolodoro es un personaje muy borroso. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

193 Ticón; el cargo era muy importante y debía desempeñarlo una persona que gozara de la confianza absoluta del rey. De ahí que éste le mande a un lugar particularmente difícil.

2 organizó una campaña contra ellos, primero contra
Artabazanes [194]. Éste, en efecto, daba la impresión de
ser el más fuerte y el más activo de tales reyes; domina-
ba a los llamados satrapios y a los pueblos lindantes
3 con ellos. En este tiempo Hermias temía una expedi-
ción contra las regiones norteñas por los peligros que
comportaba, y se interesaba, persistiendo en sus planes
4 de siempre, por una campaña contra Ptolomeo. Sin em-
bargo, al llegar la noticia de que a Antíoco le había na-
cido un hijo, juzgó posible que en la zona nórdica pu-
diera pasarle algo al rey a manos de los bárbaros, o
incluso que se le presentara a él la ocasión de supri-
mirle, y así dio su opinión favorable a la campaña,
5 convencido de que si se quitaba de en medio a Antíoco,
él ejercería la tutoría del niño, y, en realidad, sería él
6 quien detentaría el imperio. Tomados en firme estos
acuerdos pasaron el monte Zagro y penetraron en el
7 dominio de Artabazanes, situado junto a Media, de la
cual lo separa una cadena montañosa. Por el norte al-
canza algunas regiones del Ponto, allí donde éste des-
ciende hasta el río Fasis [195]; toca también el mar de
8 Hircania. Dispone de soldados de a pie vigorosos, en
abundancia, y aún más de jinetes; también se basta a
9 sí misma en los pertrechos bélicos restantes. Este im-
perio perduraba desde los tiempos de los persas, pues
desde la época de Alejandro Magno nadie se había fijado
10 en él. A Artabazanes le asustó la expedición del rey.
Era un hombre ya mayor, casi un viejo, y cedió a las
circunstancias: firmó los pactos que a Antíoco le pare-
cieron bien.

---

[194] Gobernador de Atropatene. Cf. 44, 8.

[195] Los antiguos aplicaron este nombre a muchos ríos de la región del Cáucaso, sin que ahí podamos precisar de cuál se trataba.

Se firmó, pues, la paz. El médico Apolófanes[196], persona muy estimada por el rey, comprobaba que Hermias no respetaba ningún límite en el ejercicio de su potestad, por lo que temía por el rey y, lo que es más, recelaba y tenía miedo de lo que pudiera pasarle a él mismo. 56
Por esto, aprovechó la primera oportunidad y habló de 2
ello con Antíoco: le avisó que no se descuidara y que sospechara de la audacia de Hermias, y que no esperara hasta un punto tal que tuviera que afrontar unos hechos
como los que acabaron con su hermano[197]. Insistió en 3
la inminencia del peligro y le pidió que tuviera providencia y que se socorriera a sí mismo inmediatamente
y a sus amigos. Antíoco confesó, por su parte, que tam- 4
bién a él le repugnaba Hermias y que le temía. Le agradeció muchísimo la solicitud con que se había arriesga-
do a hablarle de aquel sujeto, con lo cual Apolófanes 5
cobró ánimo, al comprobar que no se había engañado en cuanto a la opinión y a los sentimientos del rey.
Antíoco, por su parte, rogó a Apolófanes que colaborara 6
no sólo de palabra, sino también de obra, a salvarle a
él y a sus amigos. Apolófanes se declaró dispuesto a 7
cualquier cosa; convinieron en simular que al rey le sobrevenían mareos. Así que como medida curativa alejaron durante algunos días a los que habitualmente
despachaban con él. Pero a los cortesanos que deter- 8
minaron, les dieron permiso para que se entrevistaran con el rey privadamente, bajo el pretexto de visitarle.
En el momento en que ya dispusieron de hombres aptos 9
para la acción —todos ellos obedecían por el odio que sentían contra Hermias— procedieron a ejecutar sus
planes. Los médicos prescribieron a Antíoco salir a pa- 10
sear por la mañana, a tomar el fresco. Hermias acudió

[196] Médico famoso en la antigüedad y maestro de médicos. Probablemente era un *amigo* del rey. Cf. nota 138.

[197] Cf. IV 48, 6-8.

en el momento fijado, y con él, los cortesanos cómpli-
11 ces de lo que se tramaba. Los otros llegaron tarde, por-
que el rey había salido a tomar el aire mucho antes de
12 la hora acostumbrada. Alejaron a Hermias del campa-
mento a un lugar solitario, y entonces el rey se apartó
algo, como para satisfacer cierta necesidad; los otros
13 apuñalaron a Hermias. Así acabó este hombre, quien,
a pesar de ello, no sufrió el castigo que sus crímenes
14 hubieran merecido[198]. El rey, libre ya de miedos y de un
gran embarazo, alzó el campo y regresó a su país. Todos
sus habitantes aprobaban sus acciones y sus proyectos,
pero las máximas felicitaciones las recibió, a su paso,
15 por haber suprimido a Hermias. En aquel mismo tiem-
po, en Apamea, las mujeres mataron a pedradas a la
esposa de Hermias, y los niños, a sus hijos.

Secesión de Aqueo

57 Antíoco llegó a su país y licen-
ció a sus tropas para que pasaran
el invierno[199]; al propio tiempo
2 envió legados a Aqueo: le echaba
en cara y protestaba, primero, de
que hubiera osado ceñirse la diadema y usurpar el
título de rey; en segundo lugar, le advertía que no le
pasaban desapercibidos sus manejos con Ptolomeo[200],
3 y que, en general, se movía demasiado. Aqueo, en efecto,
aprovechando la ocasión que le ofrecía la campaña del
rey contra Artabazanes, convencido de que a Antíoco
podía pasarle algo y, aun si no le pasaba nada, confiando
que, por lo lejos que el rey se encontraba, se le anticipa-
4 ría en la invasión de Siria (máxime cuando podía contar
con la colaboración de los cirrestes[201], que habían de-

---

[198] Esta idea es tópica en Polibio. Sólo a guisa de ejemplo (porque se da en más lugares), cf. XV 38, 6.

[199] Del año 220/219.

[200] Cf. IV 48, 12, y más abajo 66, 3.

[201] Cf. 50, 8, nota 176. Su situación geográfica era óptima para facilitar una invasión de Siria.

sertado del rey) y podría hacerse rápidamente con todo el reino, partió de Lidia con su ejército íntegro. Llegó 5
a Laodicea de Frigia[202] y allí se ciñó la corona, y se atrevió a usar por primera vez el título de rey y escribir a las ciudades[203]; el que le incitaba más a tales cosas era un desterrado, Garsieris[204]. Avanzó sin detenerse y, 6
cuando estaba ya cerca de Licaonia[205], las tropas se le sublevaron, pues les parecía que la campaña era ya inicialmente contra su rey legítimo, y no estaban de acuerdo con ello. Aqueo entendió el cambio que habían 7
hecho sus hombres y desistió de su proyecto; con la intención de convencer a sus tropas de que ni inicialmente se había propuesto atacar Siria, dio un giro y devastó Pisidia[206]. Con ello proporcionó grandes lucros 8
a su ejército: todos le demostraron adhesión y confianza, y así regresó a su país.

Reanudación de la guerra en Celesiria. Toma de Seleucia

El rey estaba minuciosamente 58
informado de todo y enviaba continuamente legados a Aqueo, portadores de amenazas, tal como ya se ha dicho; por lo demás, se había entregado de lleno a los preparativos contra Ptolomeo. Al llegar la primavera[207] concentró sus tropas 2
en Apamea y celebró un consejo con su corte para tratar acerca de cómo debía procederse en la invasión de Celesiria. Fueron muchos los que disertaron sobre el tema, 3

---

[202] Laodicea de Frigia, fundación de Antíoco II. Antes se había llamado Roas (Plinio, *Historia Natural* V 105) y, todavía antes, Dióspolis (ciudad de Zeus).

[203] «Escribir a las ciudades» recubre un término técnico griego, «darles órdenes», «imponerles algo». El texto griego evidencia, pues, por sí mismo y claramente el abuso de autoridad por parte de Aqueo.

[204] Un exiliado que se ganó completamente a Aqueo. Cf. 72, 2.

[205] Región central de la meseta de Anatolia.

[206] Región al S. de Licaonia y de Frigia, y al N. de Panfilia.

[207] Del año 219.

acerca de los parajes, del aprovisionamiento y de la ayuda que se podía esperar de las fuerzas navales. Pero Apolófanes, hombre ya mencionado más arriba, que había nacido en Seleucia[208], atajó radicalmente todas
4 las opiniones expuestas. Explicó que era una necedad interesarse tanto por Celesiria y organizar una expedición contra ella, y no pensar en Seleucia, dominada entonces por Ptolomeo. Se trataba de una capital y casi era, por así decir, el hogar de la dinastía seléucida.
5 Además del deshonor que representaba para la realeza el hecho de que actualmente los reyes de Egipto mantuvieran en ella una guarnición, la plaza ofrecía grandes
6 y muy considerables ventajas prácticas. Mientras estuviera en poder del enemigo sería un obstáculo enorme
7 para todas las operaciones, porque fuera cual fuera el lugar que pensaran invadir, necesitarían proveer a la defensa de su propio país en grado no menor a los preparativos contra el enemigo, y ello, debido al temor
8 que les infundía esta ciudad; en cambio, si la dominaban, añadió, no sólo estarían en situación de defender sin peligros su propia patria, sino que además el emplazamiento tan estratégico de esta ciudad les representaría un gran apoyo para sus planes y proyectos, tanto
9 navales como terrestres. Estas palabras convencieron a todos, y se acordó proceder antes que a nada a la
10 conquista de la ciudad. Seleucia estaba ocupada, todavía entonces, por una guarnición de los reyes de Egipto
11 desde la época de Ptolomeo el llamado Evérgetes, pues el asesinato de Berenice hizo montar en cólera al rey egipcio, quien marchó contra Siria y se apoderó de esta ciudad[209].

---

208 Esta Seleucia no es ninguna de las citadas; cf. notas 142 y 158, sino Seleucia de Pieria, puerto natural de Antioquía. Sobre las vicisitudes que sufrió, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

209 Berenice, hija de Ptolomeo II Filadelfo, se había casado

Éstas fueron las decisiones. Antíoco ordenó al almirante Diogneto[210] que zarpara en dirección a Seleucia; él partió de Apamea con su ejército y, cuando estaba aproximadamente a cinco estadios de la ciudad, acampó junto a su hipódromo. Además, envió a Teodoto Hemiolio[211] con una fuerza suficiente al país de Celesiria, para que ocupara los desfiladeros y le protegiera desde ellos las operaciones. 59 2

La situación de Seleucia y la disposición natural de los parajes que la rodean es la siguiente: está junto al mar, entre Cilicia y Fenicia, al pie de una montaña enorme llamada el Corifeo[212]. En su ladera occidental este monte está bañado por un extremo del mar que se extiende entre Chipre y Fenicia; en sus vertientes orientales domina el país de Antioquía y de Seleucia. La ciudad, pues, está emplazada en su vertiente meridional, pero separada de él por un barranco profundo y de paso difícil[213]. La población desciende hacia el mar describiendo vagamente un arco; la rodean por casi todas partes precipicios y rocas abruptas. La parte que toca al mar es llana: en ella se encuentra el puerto 3 4 5 6 7

---

con Antíoco II (Seléucida) en 252 a. C., que había repudiado a su primera esposa Laódice. Al morir Antíoco, las dos mujeres se disputaron su reino, y la guarnición de Seleucia se declaró a favor de Berenice. Ptolomeo III Evérgetes se dirigió a Seleucia a apoyar a su hermana, pero, cuando llegó a la ciudad, Berenice había sido asesinada. El egipcio se anexionó parte del reino seléucida.

210 Cf. 43, 1.

211 Cf. nota 140.

212 Se trata de la estribación sur del monte Amano. En esta colina había un templo dedicado a Zeus Corifeo. Polibio es aquí algo exagerado; la colina tiene unos 700 metros de altitud.

213 La interpretación del griego aquí no es absolutamente clara. Puede significar también que la misma ciudad está dividida en dos, porque el barranco pasa por en medio de ella. Pero, con WALBANK, *Commentary*, ad loc., prefiero la interpretación reflejada en el texto.

comercial y los suburbios, fuertemente fortificados.
8 Igualmente el conjunto de la ciudad está asegurado por
muros muy costosos y lo exornan con magnificencia
9 templos y palacios suntuosos. Por el lado del mar sólo
tiene un acceso escalonado y artificial, cortado continua-
10 mente por curvas y cuestas en zigzag. El río llamado
Orontes desemboca no lejos de Seleucia; tiene sus
fuentes en la región del Líbano y del Antilíbano, atra-
viesa la llanura denominada Amice[214] y, por ella, llega
11 hasta Antioquía. Fluye por el centro de ella; el gran
caudal de su corriente arrastra los desperdicios domés-
ticos; acaba desembocando cerca de Seleucia, en el mar
ya citado.

60 Antíoco empezó enviando mensajeros a los coman-
dantes de la plaza: les ofrecía dinero y les formulaba
muchas promesas, bajo la condición de tomar Seleucia
2 sin lucha. Fracasado su intento de convencer a los ge-
nerales, logró, con todo, sobornar algunos oficiales de
rango inferior; apoyado en ellos dispuso sus fuerzas;
su propósito era atacar por mar con su escuadra, y por
tierra, con los soldados que tenía en el campamento.
3 Dividió sus tropas en tres cuerpos de ejército, los aren-
gó con palabras adecuadas al momento y prometió
recompensas magníficas y coronas para los hombres,
tanto soldados rasos como oficiales, que se distinguie-
4 ran por su bravura. Asignó a Zeuxis y a sus hombres el
paraje de la puerta de la ruta de Antioquía; a Hermóge-
nes, el lugar llamado Dioscurio; a Ardis y a Diogneto
les encargó el ataque a las atarazanas y al suburbio:
5 con los cómplices de dentro de la ciudad se había acor-
dado que si lograba conquistarlo por la fuerza, le en-
6 tregarían ya la plaza sin más lucha. Dada la señal, se
inició violentamente un duro ataque desde todas partes;

---

214 Antíoco la hará llamar, según su nombre, «llanura antioquena»; actualmente se llama El-'Amq.

con todo, el asalto más audaz lo realizaban los hombres
de Ardis y de Diogneto. Por los otros lugares los ata- 7
cantes sólo lograban avanzar, por decirlo así, a gatas
y no conseguían efectuar el asalto, porque no podían
aplicar las escaleras; en cambio, en el suburbio y en
las atarazanas se podían acercar, alzar y aplicarlas sin
riesgo alguno. Así que las fuerzas de marinería apoya- 8
ron las escaleras a las atarazanas, los hombres de Ardis
hicieron lo propio en el suburbio, y atacaron con de-
nuedo. Los de la ciudad no podían acudir a defender
adecuadamente estos lugares, porque el peligro se les
echaba encima por todas partes; los soldados de Ardis
conquistaron rápidamente el arrabal. Tomado éste, los 9
oficiales sobornados corrieron al encuentro de Leontio,
el jefe supremo, y le dijeron que creían indispensable
enviar legados a Antíoco antes de que la ciudad cayera
por la fuerza. Leontio desconocía que aquellos oficiales 10
habían sido sobornados, se alarmó ante su consterna-
ción y envió legados a Antíoco para que trataran de la
seguridad de todos los ciudadanos.

El rey aceptó la demanda y se acordaron seguridades 61
de todas clases a los hombres libres: eran aproxima-
damente seis mil. Entró en la ciudad y no sólo respetó 2
a los hombres libres, sino que llamó a los desterrados
de Seleucia y les restituyó sus haciendas y el derecho
de ciudadanía. Luego aseguró con una guarnición el
puerto y la ciudadela.

Defección de Teodoto. Antíoco conquista Celesiria

El rey estaba ocupado todavía 3
en tales quehaceres cuando le
llegó una carta de Teodoto, en la
que le llamaba con urgencia:
quería poner en sus manos Cele-
siria. Esto llenó a Antíoco de perplejidad y de indeci-
sión sobre lo que debía hacer y cómo debía interpretar
tales proposiciones. Teodoto era etolio de linaje, había 4
prestado, tal como expuse más arriba, grandes servicios

al reino de Ptolomeo, los cuales no sólo no le fueron
agradecidos, sino que incluso llegó a peligrar su vida
con ocasión de la campaña de Antíoco contra Molón.
5 Entonces odiaba al rey egipcio y no se fiaba en nada
de sus cortesanos, por lo que ocupó, él personalmente,
Ptolemaida[215], hizo que Panétolo[216] conquistara Tiro
6 y llamaba a Antíoco con gran empeño. Este rey dejó
para más tarde sus planes contra Aqueo, puso de lado
todos los demás asuntos, levantó el campo con su ejér-
cito y repitió la marcha que ya hiciera otra vez[217].
7 Atravesó el barranco denominado Marsias, acampó no
lejos del desfiladero de Guerra[218], junto al lago que hay
8 entre los montes. Allí fue informado de que Nicolao[219],
un general de Ptolomeo, estaba junto a Ptolemaida y
asediaba a Teodoto. Dejó su infantería pesada, tras
ordenar previamente a sus jefes que cercaran a Brocos,
el país situado encima del lago y del paso del desfila-
dero; él recogió su infantería ligera y avanzó con la
9 intención de romper el asedio. Pero Nicolao, sabedor
de la presencia del rey, ya se había retirado y había
enviado tropas al mando de Lágoras el cretense y de
Dorímeno, el etolio, para que se anticiparan y ocuparan
10 los desfiladeros de Berito[220]. En su marcha, Antíoco

---

215 Ptolemaida, al S. de Tiro, era la fenicia Ake y hoy, San Juan de Acre, ciudad famosa por el papel que desempeñó en las Cruzadas.

216 El nombre parece indicar que se trataba de un etolio, compañero de Teodoto en este caso. Después pasó al servicio de Antíoco (68, 8) y participó en la campaña oriental (X 49, 11-12).

217 Cf. 45, 8-46, 4.

218 El paso de Guerra está entre Guerra y Broquis, cf. nota 164.

219 Un general etolio que desertó, al igual que, más tarde, Lágoras (VII 15-18). Pero Lágoras era cretense.

220 Berito, la actual Beirut. Los desfiladeros de que aquí se habla son los que atraviesan la cordillera del Líbano.

entró en combate contra estos hombres, les puso en fuga y acampó en la misma cañada.

Allí se le reunió el resto de su ejército, al que arengó con palabras adecuadas a sus proyectos, tras lo cual avanzó con todas sus tropas; tenía la moral alta y las perspectivas que se ofrecían le llenaban de entusiasmo. 62
Teodoto, Panétolo y sus hombres le salieron al encuentro y Antíoco les acogió amablemente; ocupó Tiro y Ptolemaida, y se apoderó de los pertrechos que había 2
en ellas. También, de cuarenta naves, veinte de ellas 3
ponteadas, que sobresalían por sus aparejos. Estas veinte disponían de cuatro hileras de remos; las restantes tenían tres, o dos, o una[221]. Todas ellas fueron confiadas al almirante Diogneto. Informado de que Ptolomeo 4
había llegado a Menfis y de que todas sus tropas se habían concentrado en Pelusio[222], de que además abría los canales del Nilo y cegaba los pozos de agua potable, renunció a un ataque a Pelusio e hizo una marcha para 5

[221] Las segundas naves citadas no responden a ningún tipo clásico de las conocidas en el mundo antiguo. El término *díkroton* viene explicado por el *Greek-English Dictionary* de LIDDELL-SCOTT como «ship with only two banks of oars manned», interpretación que se repite en el *Griechisch-Deutsches Wörterbuch* de PAPE, este último oponiéndolo a un tipo de barco llamado *monókroton*. Pero esto es muy genérico y plantea algunos problemas: ¿la disposición de los remeros era horizontal o vertical? Esto decide su número y, por consiguiente, su velocidad de crucero. WALBANK, *Commentary*, ad loc., se decide por dos hileras de remeros paralelas y horizontales a babor y a estribor, mientras que PÉDECH, *Polybe, V*, pág. 118, en nota, deja la cuestión abierta. Lo que sí parece indiscutible es que estas naves eran de calado notoriamente inferior a las trirremes. En cambio, el último tipo de nave citado es bien conocido: es una falúa rápida que servía para transportar oficiales o para trasladar órdenes.

[222] Pelusio: plaza fuerte fronteriza en el brazo más oriental del delta del Nilo. En tiempos ya cristianos adquiriría fama por haber sido obispo de ella el Padre griego Isidoro Pelusiota.

hacerse suyas las ciudades, unas por la fuerza, otras
6 por la persuasión. Las más pequeñas temieron su expedición y se le entregaron; las restantes, confiadas en sus preparativos y en que estaban emplazadas en lugares escabrosos, resistieron. Antíoco las rindió mediante asedio, lo que le llevó algún tiempo.

Diplomacia y preparativos militares en Egipto

7 Ptolomeo y su corte hubieran debido correr sin dilación a defender sus dominios, atacados con un desprecio tan evidente de los tratados, pero era gente tan incapaz[223] que no podían ni siquiera concebir un plan:
8 hasta tal punto habían descuidado todo lo que afecta a preparativos militares.

63 Agatocles y Sosibio[224] eran, por aquel entonces, los ministros principales del rey y tomaron la única deci-
2 sión posible en aquellas circunstancias. En efecto, determinaron hacer los debidos preparativos para aquella guerra, pero simultáneamente, enviar embajadores que paralizaran a Antíoco, confirmándole en la opinión que
3 ya anteriormente tenía acerca de Ptolomeo. Antíoco pensaba, en efecto, que Ptolomeo no se atrevería a ir a la guerra, sino que por medio de negociaciones llevadas a cabo por amigos intentaría convencerle para que
4 abandonara Celesiria. Éstas fueron, pues, las decisiones tomadas; Agatocles y Sosibio fueron los encargados de ejecutarlas y despacharon prestamente una embajada a
5 Antíoco, al tiempo que enviaban otras a los rodios y a los bizantinos, a los de Cízico y a los etolios, de quienes lograron que remitieran también legados para tratar de
6 una tregua. La llegada de estas delegaciones y sus idas y venidas como embajadoras delante de ambos reyes

223 Aquí el texto griego admite, alternativamente, otra traducción: «pero faltos de potencia militar». Así Paton.

224 Sobre Sosibio, cf. 35, 7; Agatocles es el protagonista del melodramático final del libro XV.

proporcionaron a Sosibio y a Agatocles grandes facilida-
des para ganar tiempo, la demora que exigían los pre-
parativos bélicos. Se habían establecido en Menfis, tra- 7
taban continuamente con estas embajadas y recibían al
propio tiempo las de Antíoco; las entrevistas se des-
arrollaban con suma cordialidad.

Pero a la vez convocaron y concentraron en Alejan- 8
dría a los mercenarios que tenían a sueldo en las ciu-
dades exteriores. Enviaron agentes a reclutar más tropas 9
y dispusieron provisiones para las que ya tenían y para
las que les iban llegando. Con celo no menor atendían 10
al resto de los preparativos; acudían continuamente
y por turno, a Alejandría, para que no fallaran en nada
los suministros necesarios con vistas a sus planes. Con- 11
fiaron la fabricación de las armas y el reclutamiento y
selección de soldados a Equécrates de Tesalia y a Fó-
xidas de Mélite, con quienes colaboraron Euríloco de 12
Magnesia y Sócrates el beocio; se contó, incluso, con
Cnopias de Alaria. La elección de estos hombres cons- 13
tituyó de verdad un gran acierto: habían participado
en campañas con Demetrio y Antígono, tenían un gran
sentido de la realidad y, en general, de lo que exige una
campaña. Estos oficiales, pues, se hicieron cargo de 14
aquel cúmulo de tropas, que entrenaban militarmente
en la medida en que podían.

Primero, las distribuyeron por países y edades y en- 64
tregaron a cada hombre el armamento adecuado; des-
echaron totalmente las armas usadas hasta entonces.
Después, formaron a estas tropas de manera apropiada 2
a las necesidades del momento; para ello, disolvieron
los cuerpos antiguos, formados según las listas de los
pagadores. Inmediatamente comenzaron los ejercicios: 3
habituaban a los soldados a obedecer las órdenes de
mando y les adiestraban en el manejo correcto del ar-
mamento. Finalmente, reunían a los hombres en armas 4
y les arengaban; en este punto fueron de la máxima uti-

lidad Andrómaco de Aspendo y Polícrates de Argos[225].
5 Estos dos hombres, recién llegados de Grecia, estaban
verdaderamente poseídos de un ardor griego y de gran
destreza para cualquier eventualidad. Además, sobre-
6 salían por sus familias y por sus riquezas, en mayor
grado Polícrates, por la antigüedad de su familia y por
la gloria adquirida por su padre Mnesíadas en los jue-
7 gos deportivos. Ambos, pues, en exhortaciones tanto
públicas como privadas, infundían coraje y denuedo
a sus hombres ante la lucha que se avecinaba.

65 Cada uno de los jefes citados ejercía un mando ade-
2 cuado a sus aptitudes. Así pues, Euríloco de Magnesia
mandaba unos tres mil hombres que formaban el cuer-
po llamado de la guardia real. Sócrates el beocio estaba
3 al frente de dos mil peltastas. Fóxidas el aqueo[226] y
Ptolomeo de Trasos, y con ellos Andrómaco de Aspendo
adiestraban en el mismo campo[227] a la falange y los
4 mercenarios griegos; a la cabeza de la falange estaban
Andrómaco y Ptolomeo, a la de los mercenarios, Fóxi-
das; la falange constaba de unos veinticinco mil hom-
5 bres; los mercenarios eran unos ocho mil. La caballería
de palacio[228], unos setecientos hombres, la instruía Polí-
crates, que hacía lo propio con la africana y la de los
6 nativos; en total mandaba unos tres mil hombres. Equé-
crates el tesalio había entrenado muy eficazmente al
contingente griego y al cuerpo de caballería mercena-
ria, en total unos dos mil hombres, y dio un gran ren-
7 dimiento en el momento de la batalla. Pero nadie superó

---

225 Para Polícrates, véase XV 29, 10 y XVIII 55, 6; fue gobernador de Chipre del 202 al 197. De Andrómaco no se sabe nada.

226 Fóxidas de Mélite era un aqueo de Ftiótide.

227 La expresión griega es muy vaga y no todos la interpretan igual. Pédech traduce «con la misma táctica» y Paton, «como una sola unidad».

228 Esta expresión sale únicamente aquí y no se ve claramente qué significa; seguramente, unas tropas de élite.

en el esfuerzo de ejercitar a sus hombres a Cnopias el
alariota, que mandaba el contingente de cretenses, unos
tres mil hombres; entre ellos había mil neocretenses[229]
al mando de Filón de Cnosos. Armaron a tres mil africa- 8
nos a la manera macedonia; los mandaba Ammonio de
Barca. El cuerpo de ejército egipcio constaba de veinte 9
mil soldados de la falange, a las órdenes de Sosibio.
Además habían reunido un conglomerado de tracios y 10
de galos, unos cuatro mil, instalados e instruidos en el
país, y otros recién reclutados, unos dos mil, todos, al
mando de Dionisio de Tracia.

Éste era, pues, el ejército que adiestraba Ptolomeo; 11
el número de sus hombres era el indicado, así como la
naturaleza de su armamento.

Negociaciones entre Antíoco y Ptolomeo

Antíoco había cercado la ciudad 66
llamada Dura[230], pero no lograba
nada, por lo abrupto del terreno y
también por los socorros que la
plaza recibía de Nicolao. Llegó 2
el invierno[231] y consintió en pactar con los embajadores
de Ptolomeo una tregua de cuatro meses; en conjunto
condescendió a unas condiciones más humanas. Esto 3
es lo que hizo, lo cual distaba mucho de su verdadera
intención; su interés radicaba en no estar mucho tiem-
po fuera de su propio país; sus tropas hibernarían en
Seleucia, pues era cosa clara que Aqueo conspiraba
abiertamente contra sus intereses y que favorecía sin
disimulos de ninguna clase a los de Ptolomeo. Fijados 4
tales acuerdos, Antíoco remitió a los embajadores con
el ruego de que le precisaran, a la mayor brevedad po-
sible, las intenciones de Ptolomeo y que acudieran de
nuevo a su encuentro, en Seleucia. Dejó guarniciones 5

229 Cf. nota 19.
230 Pequeña localidad judía al S. del monte Carmelo.
231 Del año 219/218.

suficientes en cada lugar, confió a Teodoto el gobierno
general y partió. Llegó a Seleucia y licenció a sus tropas
6 para que pasaran el invierno. Y desde entonces ya no
se preocupó de ejercitarlas, convencido de que el pro-
blema no se resolvería por una batalla: ciertas partes
de Fenicia y Celesiria ya las controlaba, y esperaba
tomar las restantes, que se avendrían a ello mediante
7 negociaciones. Realmente, Antíoco pensaba que Ptolo-
meo no llegaría, en absoluto, a librar una batalla deci-
8 siva. Y lo mismo pensaban sus embajadores, puesto
que Sosibio, que había fijado su residencia en Menfis,
9 conducía las negociaciones con suma cordialidad, y, por
otro lado, evitó siempre que los legados remitidos a
Antíoco pudieran ver los preparativos bélicos que se
hacían en Alejandría.

67 Pero cuando los embajadores se le presentaron aún
2 otra vez, Sosibio ya lo tenía dispuesto todo. Antíoco,
por su parte, siempre que se entrevistaba con los envia-
dos, ponía el máximo empeño en demostrar su superio-
ridad no sólo militar, sino también en lo concerniente
a su causa, que era más justa que la de los alejandrinos.
3 Cuando los embajadores acudieron a Seleucia, siguieron
las instrucciones de Sosibio y se avinieron a discutir
separadamente cada una de las cláusulas del tratado.
4 El rey negaba que jurídicamente fuera una ilegalidad
el atentado[232] cometido y la aparente injusticia que re-
5 presentaba su ocupación actual de Celesiria: esta acción
no debía en modo alguno ser reputada contraria a de-
recho, pues se limitaba a reclamar unos territorios que
6 ya le correspondían. Afirmaba, en efecto, que la pri-
mera conquista de Celesiria, por parte de Antígono el
Tuerto, y su posterior administración por parte de Se-
leuco[233] eran títulos de propiedad justísimos y supre-

232 Quizás debiera traducirse «el daño inferido».
233 Seleuco I, fundador de la dinastía Seléucida.

mos, por los cuales dicho país le correspondía a él y no
a Ptolomeo. Ptolomeo había hecho la guerra a Antígono 7
sin buscar un provecho propio, sino para entregar a
Seleuco el dominio del país en cuestión. Pero su argu- 8
mento más contundente era el común acuerdo de los
reyes tras su victoria sobre Antígono: en su delibera-
ción coincidieron los tres a la vez, Casandro, Lisímaco
y Seleuco, en que Siria correspondería íntegramente a
este último[234]. Los embajadores de Ptolomeo procura- 9
ban defender la tesis contraria: subrayaban la injusticia
presente y afirmaban que lo sucedido era una enormi-
dad: consideraban que la traición de Teodoto y la in-
vasión de Antíoco significaban una violación de los tra-
tados. Aducían como prueba la ocupación por Ptolomeo 10
Lágida y alegaban que este Ptolomeo había prestado
ayuda a Seleuco en la guerra bajo la condición de con-
ferirle el dominio de toda el Asia, pero reservándose
para él Celesiria y Fenicia. Estos argumentos y otros 11
semejantes fueron repetidos muchas veces por los dos
bandos en las entrevistas de las negociaciones, y al final
no sacaron nada en limpio, porque los tratos los sos-
tenían amigos de los dos monarcas y no había allí un
mediador capaz de refrenar e impedir la predisposición
manifiesta a transgredir los límites de la justicia. La 12
máxima dificultad para ambos bandos la constituía
Aqueo, pues Ptolomeo pretendía incluirle en los pactos,
mientras que Antíoco no quería ni oír hablar de ello: 13
juzgaba escandaloso que Ptolomeo diera protección a
los rebeldes, y aún más que se hiciera mención de un
tipo de éstos.

---

234 Después de la batalla de Iso (301 a. C.).

Reanudación de la guerra de Celesiria. Batalla de Plátano. Toma de Rabatámana

68 Así pues, los dos bandos se hartaron de enviarse mutuamente unas embajadas que no adelantaban ni un paso hacia un tratado. Llegó la primavera y Antíoco concentró sus fuerzas con la intención de invadir por mar y por tierra Celesiria y conquistar las partes restantes
2 de esta provincia. Ptolomeo confió el mando supremo a Nicolao, proveyó de suministros en abundancia la región de Gaza[235] y envió fuerzas terrestres y marítimas.
3 Con estos refuerzos Nicolao reanudó animosamente las hostilidades, presto a ejecutar cualquier orden, pues contaba con la colaboración del almirante Perígenes,
4 colocado por Ptolomeo al mando de una armada que constaba de treinta naves ponteadas y más de cuatro-
5 cientas unidades de transporte. Nicolao era de linaje etolio y, por lo que se refiere a la guerra, no cedía, ni en empuje ni en coraje ante nadie de los que militaban
6 en el bando de Ptolomeo. Se anticipó a ocupar con parte de su ejército el desfiladero de Plátano[236] y, con el resto, mandado personalmente por él, la ciudad de Porfirea[237]; por aquí vigilaba la penetración del rey, al tiempo que su armada había fondeado no muy lejos.
7 Antíoco llegó hasta Márato[238] y allí se le presentó una delegación de los aradios para tratar de una alianza. Antíoco no sólo la aceptó, sino que compuso unas antiguas diferencias surgidas entre ellos y reconcilió a
8 los aradios insulares con los del continente. Inmediatamente entró en territorio adversario por el lugar llama-

---

[235] Estamos en territorio bíblico. Gaza está a unos 10 km. del mar, al SO. de Jerusalén, territorio que hoy se disputan Siria e Israel.

[236] Está casi en la costa, entre Beirut y Sidón.

[237] Al S. del paso de Plátano.

[238] Ciudad al N. de Fenicia, a la altura de Arato, población situada en una isla a tres kilómetros de la costa.

do Teoprosopo[239] y se presentó en Berito; durante su
marcha había ocupado Botris[240] y había incendiado
Triere[241] y Cálamo[242]. Desde allí envió por delante a 9
Nicarco y a Teodoto con la orden de apoderarse de los
pasos angostos que se encuentran junto al río llamado
Lico; él tomó el grueso del ejército, avanzó y acampó
junto al río Damuras[243]; el almirante Diogneto navega-
ba siempre paralelamente a su avance. Allí se reunió 10
con la infantería ligera de su ejército mandada por Teo-
doto y Nicarco, y partió para reconocer los terrenos
abruptos ocupados de antemano por Nicolao. Comprobó 11
las peculiaridades de aquellos parajes y, de momento,
se retiró a su campamento; al día siguiente dejó en él
a la infantería pesada al mando de Nicarco, y él avanzó,
con el resto de sus tropas, para ejecutar sus planes.

En este lugar los contrafuertes de la cordillera del 69
Líbano reducen la zona costera a un espacio angosto y
muy limitado, obstruido además por densos matorra-
les, por lo cual el único paso, junto al mar, es estrecho
y difícil. Éste era precisamente el lugar en el que Nico- 2
lao había tomado posiciones: había ocupado estos re-
ductos con el grueso de sus tropas y había asegurado
otros con fortificaciones hechas a mano; tenía la con-
vicción absoluta de que impediría fácilmente la invasión
de Antíoco. El rey dividió su ejército en tres cuerpos. 3
El primero, lo puso al mando de Teodoto, con la orden
de atacar y de forzar el paso por los mismos contrafuer-

239 Actualmente, cabo Ras es Saqa, antiguo fenicio: *Penuel*, traducido literalmente al griego: *Theoprósopon* (= rostro de Dios).

240 Botris: al S. del cabo citado en la nota anterior, hoy Batroun.

241 Al N. del cabo Theoprósopon, actualmente Heri.

242 Al N. de Triere. Estas tres últimas plazas eran, más bien, fortines militares.

243 El río Lico es el actual Nahr el Kelb, al N. de Beirut. El Damuras fluye entre Beirut y Sidón.

4 tes del Líbano. El segundo cuerpo lo confió a Menede-
mo[244], instándole con vehemencia que intentara abrirse
5 camino por la zona de los matorrales. Apostó junto al
mar al tercer cuerpo de ejército, acaudillado por Dio-
6 cles, el general de Parapotamia[245]. Él se quedó en el
centro, con su escolta[246]: quería abarcarlo todo con la
7 vista, e ir a prestar apoyo allí donde hiciera falta. Al
mismo tiempo, Diogneto y Perígenes, ya dispuestos, se
8 aprestaban a una batalla naval; se aproximaban lo más
posible a tierra; intentaban que la refriega terrestre y
9 el combate por mar ofrecieran un solo frente. Se hizo
una única señal y se dio una sola orden; todos se lan-
zaron al ataque. La batalla naval en su inicio se man-
tenía indecisa, porque el número de naves y los apare-
10 jos eran sensiblemente iguales en ambas escuadras. En
cuanto a la liza terrestre, primero llevaban ventaja las
fuerzas de Nicolao, apoyadas en la aspereza del terreno.
Pero, pronto, Teodoto y sus hombres hicieron retroce-
der a los defensores del contrafuerte y atacaron, desde
posiciones más elevadas, al grueso del ejército enemigo.
Los soldados de Nicolao volvieron la espalda y huyeron,
11 todos, a la desbandada. En la fuga murieron unos dos
mil y otros cayeron prisioneros, en número no inferior.
12 Todos los restantes lograron replegarse a Sidón. Períge-
nes, que en la batalla naval tenía mejores perspectivas,
cuando vio la derrota de los suyos por tierra dio la vuel-
ta y se retiró sin peligro alguno a sus bases.

70 Antíoco tomó sus tropas, llegó a las cercanías de
2 Sidón[247] y plantó allí su campamento. Pero renunció a
tantear la ciudad: ésta poseía recursos abundantes y

---

[244] Menedemo de Alabanda, comandante de un cuerpo de tropas ligeras en la batalla de Rafia (cf. 79, 6; 82, 11).

[245] Cf. nota 172.

[246] IV 87, 5.

[247] Sidón era la capital de Fenicia en tiempos del imperio persa.

una gran masa de hombres, tanto de habitantes propiamente dichos como de refugiados allí. Tomó su ejér- 3
cito e hizo una marcha en dirección a Filoteria[248], y ordenó a Diogneto, su almirante, que regresara a Tiro con su flota. Filoteria está en la orilla misma del lago 4
en el que entra el río llamado Jordán, para volver a salir hacia la llanura de la villa llamada Escitópolis. Se apoderó, mediante negociaciones de las dos ciudades 5
mencionadas, con lo cual cobró ánimo para las empresas inminentes, porque los territorios controlados desde ambas poblaciones podían abastecer fácilmente a su ejército y proporcionarle en abundancia lo necesario para su campaña. Aseguró ambas plazas por medio de 6
guarniciones, rebasó los terrenos montañosos y alcanzó Atabirio[249], que está encima de una loma que tiene forma de pecho: su ascensión exige un recorrido de más de quince estadios. Aquí fue mediante una emboscada 7
y una estratagema como se apoderó de la ciudad; en 8
efecto: provocó a los defensores de la plaza a una escaramuza, e hizo bajar excesivamente a los enemigos que combatían a vanguardia; los que fingían huir se revolvieron, y otros hombres que se habían emboscado se lanzaron a su vez al asalto y mataron a muchos contrarios. Al cabo, acosó al enemigo despavorido y en el 9
ataque logró conquistar la ciudad. Fue en esta ocasión 10
cuando se le pasó Quereas, uno de los oficiales[250] a las

[248] Filoteria quizás sea la Tiberíades bíblica; con toda certeza estaba a orillas del lago de Galilea; Escitópolis estaba en la orilla derecha del Jordán, un poco más al S.

[249] Con toda certeza, el monte Tabor bíblico, al SE. del lago de Galilea. El nombre es el del monte y el de una población que está a sus pies.

[250] La palabra traducida aquí por «oficial» puede tomarse en griego como un participio (la traducción recoge este sentido), o bien como nombre propio, Hiparco, en cuyo caso la traducción sería «y se le pasó Quereas Hiparco, que antes estaba a las

órdenes de Ptolomeo. Antíoco le trató con magnificen-
11 cia y, así, sedujo a muchos oficiales enemigos, pues no
mucho más tarde, también se le presentó Hipóloco el
tesalio con cuatrocientos jinetes del contingente de Pto-
12 lomeo. Asegurada la plaza de Atabirio, Antíoco levantó
el campo, avanzó y se le rindieron las ciudades de Pe-
lla[251], de Camún y de Guefrún.

71 Ante los éxitos alcanzados, los habitantes de Arabia,
región colindante, se aconsejaron mutuamente y se pa-
2 saron todos de golpe a Antíoco. Contra lo que ellos es-
peraban, éste aceptó incluso sus suministros y avanzó.
Llegó a Gálatis[252], donde venció a los ábilos y a los que
les prestaban ayuda; a estos últimos les mandaba Ni-
3 cias, un pariente próximo de Meneas. Quedaba todavía
Gádara[253], plaza que, seguramente, en aquellos lugares,
sobresale por sus fortificaciones. Pero Antíoco acampó
junto a ellas, las batió con sus máquinas, aterró rápida-
mente a los defensores y conquistó la ciudad.

4 Luego fue informado de que una gran cantidad de
enemigos se había concentrado en Rabatámana[254] de
Arabia; recorrían y devastaban el país de los árabes
que se le habían pasado. Lo dejó todo, se dirigió hacia
un otero, junto al cual está emplazada la ciudad, y es-
5 tableció allí su campamento. Dio un rodeo para explo-
rar la colina; comprobó que la ciudad era accesible
sólo por dos puntos. Efectuó una aproximación hacia

órdenes de Ptolomeo». La primera traducción, la del texto, parece más lógica.

251 Pella estaba en la orilla derecha del Jordán, a 32 km. del lago de Genesaret. Camún no sabemos donde estaba. Guefrún es la ciudad de Efrón del *Libro I de los Macabeos* 5, 46.

252 Es la Galaad de la Biblia (cf. *Génesis* 31, 25). Está a la derecha del Jordán, en territorio actualmente jordano.

253 Ciudad de la Decápolis bíblica.

254 Es la actual Ammán, capital del reino de Jordania. Para los griegos, Arabia comprendía el desierto de Siria, hasta el Eufrates.

ellos y montó sus máquinas de guerra en estos parajes. Confió el cuidado de las obras, en parte, a Nicarco y, 6
en parte, a Teodoto; se reservó para sí la dirección general y observaba el celo que cada uno de los dos mostraba en sus operaciones. Ambos oficiales ponían el 7
máximo empeño en su tarea y rivalizaban continuamente acerca de quién sería el primero en abatir el lienzo de muralla que tenía delante de sus obras; al cabo de muy poco tiempo sucedió, inesperadamente, que se derrumbaron los dos a la vez. Logrado esto, lanzaron violentos 8
ataques, de noche y de día, sin descuidar ninguna oportunidad. Las arremetidas contra la plaza eran conti- 9
nuas, mas todas las intentonas fracasaban debido al gran número de hombres que se habían refugiado en la ciudad. Pero un prisionero les señaló el subterráneo por el cual los asediados bajaban a aprovisionarse de agua. Los de Antíoco lo hundieron y lo obstruyeron con piedras y maderas y otros materiales por el estilo. Ante 10
la falta de agua, los de la ciudad cedieron y se entregaron. Así fue la conquista de Rabatámana; Antíoco dejó en ella a Nicarco con una guarnición suficiente y envió a Samaria[255] a Hipóloco y a Quereas, los oficiales que se le habían pasado, al mando de cinco mil hombres de a pie, con la orden de organizar la defensa y velar por la seguridad de aquellos súbditos. Y levantó el campo en dirección a Ptolemaida, pues había decidido hacer hibernar allí a sus tropas.

Campaña de Aqueo en Pisidia: resistencia y sumisión de la plaza de Selgue

En aquel mismo verano los 72
habitantes de Pedneliso[256], cercados por los selgueos, corrían grave peligro y mandaron legados a Aqueo en demanda de ayuda.
Aqueo les atendió gustoso y los pedneliseos soportaban 2

---

255 La región bíblica entre Judea y Galilea.

256 Ciudad de Pisidia cuyo emplazamiento ignoramos. Tam-

con moral el asedio, reconfortados por la esperanza de
3 ayuda. Aqueo eligió a Garsieris[257] y le mandó a la cabeza
de seis mil soldados de infantería y de quinientos jine-
4 tes, empeñado en socorrer a los pedneliseos. Los sel-
gueos, por su parte, sabedores de la presencia de esta
tropa de socorro, se adelantaron a ocupar, con la mayor
parte de sus efectivos, los desfiladeros próximos al
lugar llamado Clímax[258]; se hicieron fuertes en la ruta
de entrada a Sapodra y convirtieron en intransitables
5 todos los restantes caminos y accesos. Garsieris, que
había invadido Milíade[259] y había acampado no lejos
de la ciudad llamada Cretópolis, fue advertido de que
el enemigo había tomado posiciones, cosa que hacía
imposible su avance; entonces urdió el ardid siguiente:
6 levantó el campo y deshizo el camino ya hecho, como
si renunciara a facilitar ayuda, debido a las posiciones
7 tomadas por el enemigo. Los selgueos creyeron que,
efectivamente, Garsieris renunciaba a prestar socorro:
unos regresaron al campamento y otros a su ciudad,
8 porque ya apremiaba la época de la siega. Garsieris,
entonces, dio la vuelta, avanzó a marchas forzadas y
llegó a los desfiladeros. Los encontró abandonados y
los aseguró con guarniciones, al frente de las cuales
9 puso a Faulo. Él mismo, con su ejército bajó hasta
Perge y, desde allí, mandó emisarios a las poblaciones

bién Selgue estaba en Pisidia, en la llanura que hay al O. del río Eurimedonte.

257 Cf. nota 204.

258 No se trata del famoso desfiladero por el que pasó Alejandro Magno, sino de otro que va desde el interior a la costa de Panfilia. Su identificación es incierta. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loe.

259 Milíade es una región montañosa de Lidia, que se extiende desde el paso de Termeso, en el Tauro, hasta Sagalaso y Apamea. Esto, según Estrabón. Véase la discusión correspondiente en WALBANK, *Commentary*, ad loc.

restantes de Pisidia[260] y a Panfilia: exponía la dureza 10
de los selgueos y pedía a todos que se aliaran con Aqueo
y que socorrieran la plaza de Pedneliso.
A la sazón, los selgueos habían enviado un general 73
con un ejército y pensaban que, por su conocimiento
del terreno, podrían sorprender al enemigo y echar a
Faulo de las fortificaciones. Pero no consiguieron sus 2
propósitos, antes bien, perdieron muchos hombres en
sus ataques, por lo que desecharon este objetivo; en
cambio, impulsaron más vigorosamente el asedio y las
obras. Los eteneos[261], habitantes de la región monta- 3
ñosa de Pisidia, encima de Side, enviaron a Garsieris
ocho mil hoplitas y los aspendios, la mitad. Los de Side, 4
con todo, no participaron en esta ayuda, en parte por-
que buscaban la amistad de Antíoco, pero más aún por
el odio que abrigaban contra los aspendios. Garsieris 5
tomó sus propias tropas y las de refuerzo, y se presentó
en Pedneliso, convencido de que al primer ataque rom-
pería el cerco. Pero los selgueos no se dejaron sorpren-
der y Garsieris estableció su campamento a una dis-
tancia prudente. La carestía ponía ya en situación di- 6
fícil a los de Pedneliso; Garsieris, empeñado en hacer
todo lo posible, dispuso dos mil hombres, dio a cada
uno un medimno de trigo y los envió de noche a la
ciudad. Pero los selgueos se apercibieron del intento 7
y cortaron el paso al enemigo: despedazaron a la mayo-
ría de los porteadores y todo el trigo cayó en poder de
los selgueos. Esto les envalentonó e intentaron asediar 8
no sólo la ciudad, sino también el campamento de Gar-
sieris. En la guerra, los selgueos tienen siempre algo
de atrevido y de extraño. También entonces dejaron 9

260 En la parte occidental del imperio seléucida, Perge con Selgue y Aspendo, tres ciudades muy cercanas, forman un triángulo equilátero. La región, propiamente, es Panfilia.

261 Etene, en el traspaís de Side, puerto importante de la costa panfilia.

una defensa suficiente en su atrincheramiento, dispu-
sieron el resto de las tropas en diversos lugares y ata-
10 caron bravamente el campamento enemigo. A éste el
riesgo le cercaba inesperadamente y por todas partes:
había ya puntos en que se habían abierto brechas en
el atrincheramiento; Garsieris seguía los sucesos y
abrigaba esperanzas más bien magras en cuanto al re-
sultado final, por lo que envió a su caballería a un lugar
11 no defendido. Los selgueos pensaron que estos hombres
estaban aterrorizados y que se retiraban por temor al
futuro, de manera que no los tuvieron en cuenta, sino
12 que, simplemente, les desdeñaron. Pero aquellos jinetes
se revolvieron, enfilaron al enemigo por la espalda, ata-
caron y llegaron vigorosamente a un cuerpo a cuerpo.
13 Ante este suceso, la infantería de Garsieris, que estaba
ya en franca retirada, también se revolvió y rechazó a
14 los atacantes. Rodeados por todas partes, los selgueos
15 acabaron dándose a la fuga, al tiempo que los pedneli-
seos arremetieron contra los selgueos que habían que-
16 dado en su atrincheramiento y les echaron de allí. La
huida se hizo, en conjunto, por un espacio muy amplio:
murieron no menos de diez mil selgueos. El resto logró
escapar: los aliados, a sus países, y los selgueos, monte
a través, a su propia ciudad.

74 Garsieris alzó el campo y siguió muy de cerca a los
que huían: su empeño era atravesar los lugares difíciles
y acercarse a la ciudad antes de que los que escapaban
se pararan a deliberar acerca de su propia presencia.
2 De modo que compareció con su ejército a las puertas
3 de la ciudad. Los selgueos, perdida ya totalmente su
confianza en los aliados, pues el desastre había sido
general, aterrorizados en su ánimo por la desventura
sufrida, se temían lo peor no sólo cada uno en privado,
4 sino también para su país. Reunieron la asamblea y
decidieron enviar a uno de sus conciudadanos, Lógbasis,

que era huésped e íntimo amigo de aquel Antíoco[262] que
perdió la vida en Tracia. Se le había confiado la custo- 5
dia de Laódice[263], la que después sería esposa de Aqueo
y a la que él había criado como una hija y había educa-
do con un cariño excepcional. Todo ello hacía que los 6
selgueos consideraran a este hombre como el negocia-
dor más indicado en aquellas circunstancias. Y, efectiva-
mente, lo enviaron. Pero él, en una entrevista privada 7
con Garsieris, distó tanto de prestar apoyo a su patria,
que era lo debido, que, todo lo contrario, aconsejó a
Garsieris que se tomara la molestia de enviar una lega-
ción a Aqueo: él se comprometía a entregarles la ciu-
dad. Garsieris aceptó prestamente esta perspectiva y 8
remitió a Aqueo unos legados que reclamaran su pre-
sencia y que le expusieran, con detalle, las circunstan-
cias actuales; en cuanto a los selgueos, estipuló solamen-
te una tregua e iba difiriendo el momento de concluir
los pactos: aducía problemas de detalle que promovían
vacilaciones; todo era para ganar tiempo y que llegara
Aqueo, y Lógbasis dispusiera de ocasiones para las en-
trevistas y la trama del complot.

En tales circunstancias, cuando se pasaba tanto de 75
uno a otro campo para sostener las negociaciones, los
hombres del campamento se habituaron a acudir a la
ciudad en busca de provisiones, cosa que a muchos y 2
con gran frecuencia les ha sido causa de ruina. Me pa-
rece que el hombre, aunque parezca el más avisado de
los seres dotados de vida, en realidad es el más fácil
de engañar. Porque, ¿cuántos campamentos y fortale- 3
zas, cuántas y cuán grandes ciudades no han sido víc-
timas de una traición por semejantes procedimientos?

---

262 Antíoco Hierax, hijo de Antíoco II, y, por consiguiente, hermano de Seleuco II y tío de Antíoco III.

263 Esta Laódice, mujer de Aqueo, era, al igual que la esposa de Antíoco III, hija de Mitrídates IV. Se trataba, pues, de dos hermanas del mismo nombre.

4 Cuando es evidente que cosas así han sucedido ya de
modo continuo y a la vista de todos, no llego a entender
cómo nos comportamos como jovenzuelos ingenuos ante
5 tales artimañas. La razón de ello estriba en que no
hacemos memoria de las peripecias sufridas, en su caso,
por nuestros antepasados. Con gastos y fatigas nos pre-
paramos trigo y dinero en abundancia para cualquier
eventualidad que pueda surgir, levantamos murallas y
6 hacemos acopio de proyectiles, pero lo que resulta más
fácil y nos da la máxima seguridad en momentos de
peligro, esto, lo omitimos todos, cuando podríamos
aprovechar los momentos de ocio honesto y adquirir
placenteramente esta experiencia y este conocimiento
por medio de la historia.

7 Aqueo se presentó en el momento convenido. Los
selgueos entraron en tratos con él y concibieron grandes
esperanzas de que se verían tratados con una humani-
8 dad total. Mientras tanto, Lógbasis iba reuniendo poco
a poco en su casa a los soldados que entraban en la
ciudad desde el campamento; aconsejaba a sus con-
ciudadanos que no desaprovecharan la oportunidad,
9 sino que se pusieran manos a la obra: debían considerar
la benignidad que les mostraba Aqueo y pactar de una
vez la paz; debían reunir la asamblea general para dis-
10 cutir la situación en que se encontraban. La asamblea
se convocó al instante y llamaron, incluso, para que
estuvieran presentes en las deliberaciones, a todos los
hombres que estaban de guardia, para rematar definiti-
vamente la cuestión.

76 Lógbasis dio la señal al enemigo de que ya era tiem-
po, dispuso a los que había reunido en su casa, se equipó
2 él mismo y a sus hijos, para el combate inminente. En
cuanto al ejército enemigo, Aqueo avanzaba en direc-
ción a la ciudad con la mitad de él; Garsieris tomó el
mando de los restantes y los guió hacia el lugar llamado
Cesbesio. Se trata de un templo de Zeus y ocupa un

lugar muy estratégico con respecto a la ciudad, pues
su disposición es la de una ciudadela. Por pura casuali- 3
dad un cabrero vio lo que sucedía y lo advirtió a los
reunidos en asamblea. Unos se lanzaron a toda prisa a
Cesbesio, otros a los puestos de guardia y la multitud
enfurecida se dirigió a la casa de Lógbasis: su traición 4
era palmaria. Mientras unos se encaramaban al tejado,
otros forzaron las puertas del patio interior y lincharon
a Lógbasis, a sus hijos y a todos los que se encontraban
allí. Inmediatamente proclamaron la libertad para los 5
esclavos, se dividieron en distintos grupos y corrieron
a defender los lugares estratégicos. Garsieris, cuando 6
advirtió que Cesbesio estaba ocupado, desistió de su
propósito. Aqueo intentaba todavía forzar las puertas, 7
pero los selgueos efectuaron una salida, mataron a sete-
cientos misios y pararon el empuje de los restantes.
Tras esta operación, Aqueo y Garsieris se retiraron a 8
su propio campamento. Los selgueos se temían una re- 9
vuelta interna y, además, les alarmaba la proximidad
del campamento enemigo, por lo que enviaron a sus
ancianos con los distintivos de suplicantes[264]. Éstos
consiguieron la paz y la guerra terminó bajo estas con-
diciones: «Entregarían en el acto la suma de cuatro- 10
cientos talentos y los prisioneros pedneliseos que rete-
nían; al cabo de un tiempo añadirían trescientos talentos
más.»

De modo que los selgueos, que habían visto su patria en peligro por la impiedad de Lógbasis, la salvaron por su gran arrojo, no mancharon su libertad ni su afinidad con los lacedemonios.

Aqueo redujo Milíade[265] y la mayor parte de Panfi- 77
lia; luego levantó el campo. Llegó a Sardes, donde sos-
tuvo una guerra continua contra Átalo, amenazaba tam-

264 Con dos ramos de olivo, símbolo de la paz.
265 Cf. nota 259.

bién a Prusias, se convirtió en temible para todos y en una pesada carga para los asiáticos que viven más allá del Tauro.

El reino de Pérgamo: Átalo I y los galos

2 En la época en que Aqueo hacía su campaña contra los selgueos, Átalo con los galos egosaguos[266] había recorrido las ciudades eolias y las colindantes con ellas, que anteriormente se habían pasado a Aqueo por mie-
3 do. La mayor parte de ellas ahora se le aliaron voluntariamente y aun con agradecimiento, aunque unas pocas
4 lo hicieron constreñidas por la fuerza. Las primeras que se pusieron a su lado fueron Cime, Esmirna y Focea[267]; después, despavoridos ante la invasión, hicieron lo pro-
5 pio los de Egas y los temnitas[268]. Llegaron también embajadores de Teos y de Colofón[269]: se entregaron
6 ellos mismos y sus ciudades. También a éstos les admitió en el pacto en las mismas condiciones que a los anteriores y les tomó rehenes; trató con especial benignidad a los legados de Esmirna, porque esta ciudad era
7 la que le había sido más leal. Avanzó sin dilaciones, pasó el río Lico, se dirigió hacia los caseríos de los
8 misios y, partiendo de allí, llegó a Carsea. Llenó de pánico a sus habitantes, así como a los defensores de los Muros Gemelos; conquistó también estos territorios:

---

[266] Cf. nota 113 del libro IV.

[267] Cime era fundación eolia y Focea, jonia. Sobre el segundo topónimo, Büttner-Wobst, Pédech y Paton leen «Esmirna», pero WALBANK, *Commentary*, ad loc., propone, sin ambages, la lectura «Mirina» por razones históricas. Véase su comentario. Mirina era también una fundación eolia. Las plazas están en Lidia.

[268] Egas está en la cima del Pítico, en el área montañosa que hay entre el Caico y el curso inferior del Hermo. El área de operaciones de Átalo en el año 218 puede verse en WALBANK, *Commentary*, pág. 602. Temnos estaba al S. de Egas.

[269] Teos y Colofón son ciudades jonias; la primera, en la costa de Lidia y la segunda, tierra adentro, al SE.

se los entregó Temístocles, que era el que Aqueo había dejado como comandante de toda la región. Partió de 9
allí, devastó la llanura de Apia, rebasó el monte llamado Pelecante y acampó junto al río Megisto[270].

Entonces se produjo un eclipse de luna[271]. Los galos 78
soportaban ya antes difícilmente las penalidades de la marcha, porque tomaban parte en aquella expedición acompañados por sus mujeres e hijos que les seguían en carros. Tomaron lo sucedido como un mal agüero 2
y se negaron a seguir adelante. El rey Átalo, que no 3
extraía de ellos provecho alguno, pues comprobaba que en las marchas siempre iban separados y acampaban también distanciados de los demás, porque eran hombres tan soberbios como desconfiados, no sabía ni mucho menos qué partido tomar. Si por un lado temía 4
que se pasaran a Aqueo y perjudicaran su causa, por el otro no desdeñaba la mala fama que se seguiría del hecho de que rodeara a estos soldados y los exterminara hasta el último, cuando todo el mundo creía que habían pasado a Asia fiados en su lealtad. Aprovechó, pues, 5
como pretexto aquella negativa y les anunció que, de momento, les conduciría hasta el lugar en que habían desembarcado, y que les daría tierras fértiles para vivir; después colaboraría con ellos en lo que le pidieran, siempre que fuera factible y justo. De modo que Átalo 6
condujo a estos galos egosaguos hasta el Helesponto, trató amigablemente con los lampsacenos, los alejandri-

---

270 El Lico es un afluente por la derecha del Hermo, en la región de Tiatira. Los caseríos de los misios no eran, políticamente, ciudades. Carsea no sabemos donde estaba y la posición de los Muros Gemelos es discutida, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc. La llanura de Apia y el monte Pelecante estaban en el valle alto del Megisto (el actual Macestos).

271 Fue el 1.º de septiembre del año 218 a. C.

nos y los ilienses[272], que le habían sido siempre leales,
y se retiró con su ejército hasta Pérgamo.

Fin de la guerra de Celesiria. Batalla de Rafia

79 Al llegar la primavera, Antíoco
y Ptolomeo ya tenían a punto sus
preparativos y se aprestaron a di-
rimir sus diferencias en una ba-
2 talla decisiva. El ejército de Pto-
lomeo partió de Alejandría: constaba de setenta mil
soldados de a pie, cinco mil de caballería y setenta y
3 tres elefantes. Avisado de la incursión, Antíoco concen-
tró sus tropas, en las que formaban daos, carmanios
y cilicios[273], armados al modo de la infantería ligera,
en número de cinco mil; cuidaba de éstos y estaba a
4 su mando Bítaco de Macedonia. Al mando de Teodoto
de Etolia[274], que era el que había hecho traición a Pto-
lomeo, estaba la flor y nata del ejército real, armado
al modo macedonio: unos diez mil hombres. La mayo-
5 ría de ellos eran *los del escudo de plata*[275]. La falange,
en su conjunto constaba de veinte mil hombres, man-
dada por Nicarco y por Teodoto el llamado Hemiolio.
6 A todos éstos se sumaban los agrianos y los persas[276],

---

272 Lámpsaco estaba al N. de la costa de Tróade. Ilium era una fundación eolia no lejos de la ciudad de Troya, en la entrada de los Dardanelos, y Alejandría de la Tróade estaba en la misma costa, bastante más al S.

273 Los daos eran un pueblo iranio famoso por su belicosidad; procedían de la estepa de Jacartes. Los carmanios procedían de la costa norte del golfo pérsico; Cilicia se la habían repartido los seléucidas y los reyes de Egipto los Ptolomeos. La llanura de Cilicia con todo, estaba sometida a Antíoco.

274 Sobre Teodoto de Etolia, que se cambió de bando, cf. 46, 3-4, y nota 165.

275 La palabra griega es *argyráspides*; he preferido poner la traducción, que no hay que tomar al pie de la letra; se trataría de un cuerpo de élite, quizás armado con un escudo (*aspís*) especial.

276 Para los agrianos, cf. II 65, 2. Los persas eran, preferentemente, arqueros.

unos dos mil entre arqueros y honderos. Seguían mil
tracios, a las órdenes de Menedemo de Alabanda[277].
Había también medos, cisios, cadusios y carmanos[278], 7
unos cinco mil en total, que tenía a su cargo el medo
Aspasiano. Formaban también árabes[279] y algunos de 8
las gentes vecinas: diez mil en total, que prestaban
obediencia a Zabdibelo. Mandaba a los mercenarios 9
griegos Hipóloco de Tesalia; en número eran unos cinco
mil. Antíoco disponía también de mil quinientos cre- 10
tenses, los hombres de Eurîloco, y de mil neocretenses,
a las órdenes de Celis de Gortina. De todo el conjunto 11
formaban también parte quinientos lanceros lidios y
mil cardaces[280], a cuya cabeza iba Lisímaco el galo[281].
El contingente de caballería constaba, en total, de seis 12
mil hombres, cuatro mil de ellos al mando de Antípa-
tro[282], el sobrino del rey, y el resto formaba a las órde-
nes de Temiso. Y el ejército de Antíoco constaba de 13
sesenta y dos mil soldados de a pie y, con ellos, seis mil
de caballería; estaba dotado de ciento dos elefantes.

Ptolomeo marchó hacia Pelusio[283] y, de momento, 80
se detuvo en esta plaza. Recogió a los rezagados, dis- 2

---

277 Cf. 69, 4, y nota 245.

278 Los medos eran persas, los cisios habitaban el Elam (¿los elamitas bíblicos?), no lejos de Susa. Para los cadusios, cf. 44, 9, y nota 155; para los carmanios, que no hay que confundir con los del parágrafo 3, se debe pensar que llevaban armamento diferente.

279 Estos árabes vivían en el desierto de Siria y servían a Antíoco. Aquí su lugarteniente era Zabdidelo.

280 Estos lidios procedían de Magnesia y los cardaces habían luchado a favor de Darío en Iso. Aquí luchan en calidad de mercenarios de Antíoco.

281 No sabemos quién es, pero es interesante ver cómo un bárbaro adopta un nombre griego. ¿Y porqué no un griego con apodo?

282 Probablemente es el Antípatro de XVI 18, 7. Era sobrino de Seleuco II, es decir, su madre era hija de Antíoco II y Laódice.

283 Cf. nota 222.

tribuyó víveres al ejército, movió su campo y avanzó paralelamente al monte Casio y al lugar llamado el
3 Báratro[284], debido a que es desértico. Lo atravesó en cinco días y acampó a cincuenta estadios de distancia de Rafia[285], que se encuentra junto a Rinocolura[286], la primera ciudad de Celesiria para los procedentes de
4 Egipto. En el mismo momento, Antíoco se presentó con sus fuerzas, acudió a Gaza, donde hizo descansar a su ejército, y después reemprendió la marcha, lentamente. Rebasó la ciudad aludida, Rafia, y acampó, de
5 noche, a unos diez estadios del enemigo. Inicialmente, estaban a esta distancia cuando acamparon unos frente
6 a otros. Pero, al cabo de unos días, Antíoco, con una doble intención, ocupar una posición más estratégica e infundir ánimo a sus propias tropas, acercó su campamento al de Ptolomeo, de manera que separaban ambos atrincheramientos no más de cinco estadios.
7 Y ya entonces fueron muchos los choques que se produjeron entre forrajeadores y aguadores de ambos bandos, al tiempo que se libraban escaramuzas entre ambos ejércitos, ya de fuerzas de caballería, ya de infantería.

81 En este tiempo, Teodoto[287] intentó un golpe audaz,
2 al modo etolio, no desprovisto de coraje. Por su anterior convivencia con el rey Ptolomeo, conocía perfecta-

---

284 El monte Casio es una montaña arenosa cerca de Pelusio; el Báratro era un desierto arenoso peligroso por las tempestades de arena. En lenguaje bíblico pasará a significar «infierno».

285 Rafia, célebre por la batalla de este nombre, estaba situada a unos veinticinco kilómetros de Gaza, en la frontera entre Egipto y Palestina.

286 Rinocolura está a un día de camino al S. de Rafia.

287 Esta misma gesta de Teodoto se encuentra en el capítulo I del *Libro III de los Macabeos* con detalles muy diferentes; el relato de Polibio parece más digno de fe. Los *Libros III y IV de los Macabeos* jamás han sido reconocidos como canónicos por la Iglesia Católica.

mente las costumbres de éste, su género de vida. A las
primeras luces se introdujo, con dos hombres más,
en el campamento enemigo. La oscuridad hacía aún su
rostro irreconocible. Tampoco por el vestido ni por la 3
silueta podía nadie distinguirles, debido a lo abigarra-
do de las indumentarias de aquel campamento. Por las 4
escaramuzas que se libraban a muy poca distancia, en
los días anteriores Teodoto había procurado averiguar
cuál era la tienda del rey y, ahora, se dirigió audaz-
mente hacia ella. No le reconoció nadie de los hombres
con que se cruzó. Irrumpió en la tienda en la que el 5
rey acostumbraba a recibir las audiencias y a comer,
la registraron toda, pero no dieron con el monarca,
porque Ptolomeo no descansaba en esta tienda, levan-
tada sólo para las recepciones y el aparato real. Hirió 6
a dos de los hombres que descansaban allí, mató al
médico real, Andreas [288], y se retiró, sin correr ningún
peligro, a su propio campamento: sólo le increparon
algo cuando traspasó el atrincheramiento. Si se atiende 7
a su audacia, cumplió bien su propósito, pero falló en
sus previsiones, puesto que no había averiguado correc-
tamente el lugar de descanso del monarca.

Ambos reyes, acampados ya durante cinco días uno 82
frente al otro resolvieron dirimir sus diferencias en una
batalla decisiva [289]. Ptolomeo empezó a hacer salir a sus 2
tropas de su atrincheramiento y, al punto, Antíoco sacó
las suyas para oponérsele. Ambos reyes situaron frente

---

[288] Un médico famoso por la escuela de los herofilios; cf. XII 25d, 3.

[289] Una estela trilingüe, encontrada en Tell'el-Mashkoutah en 1924, menciona el decreto del sínodo de sacerdotes celebrado en Menfis el 15 de noviembre del año 217 a. C. El decreto, en honor de Ptolomeo IV Filopátor, dice que éste salió de Celesiria el 13 de junio y que la batalla tuvo lugar el 22 del mismo mes. Pero la estela plantea numerosos problemas, pues no concuerda con los datos que ofrecen los historiadores. Cf. WALBANK, *Commentary,* ad loc.

a frente a sus falanges y a sus tropas escogidas armadas al modo macedonio.

3 Las dos alas de Ptolomeo presentaban el dispositivo siguiente: Polícrates, con su caballería, mandaba el ala
4 izquierda. Entre éste y la falange, estaban los cretenses, en contacto con la caballería. Seguía, a continuación, la escolta real. Después venían los peltastas de Sócrates y, junto a ellos, los africanos armados al modo
5 macedonio. En el ala derecha estaba Equécrates el tesalio con su contingente de caballería propio, a su iz-
6 quierda formaban los galos y los tracios. A continuación seguían los mercenarios griegos, a las órdenes de Fóxidas, y, pegada a ellos, la falange egipcia.

7 En cuanto a los elefantes, había cuarenta en el ala izquierda, que era donde Ptolomeo iba personalmente a combatir; los treinta y tres restantes fueron situados delante del ala derecha, a la altura de la caballería mercenaria.

8 Antíoco colocó a sesenta de sus elefantes, mandados por Filipo, amigo suyo de la infancia[290], delante del ala derecha, en la cual iba él a pelear contra Ptolomeo.
9 Detrás de los elefantes colocó, en formación lineal, a dos mil jinetes, a las órdenes de Antípatro, y dispuso
10 otros dos mil que formaran ángulo recto con ellos. Al lado de la caballería situó, de frente, a los cretenses. Alineó a continuación a los mercenarios griegos, apoyados, al igual que el cuerpo armado a la macedonia, por
11 los cinco mil hombres del macedonio Bítaco. Emplazó en el extremo del ala izquierda a dos mil jinetes a las órdenes de Temiso. Junto a éstos situó a los cardaces y a los lanceros lidios y, a continuación, la infantería ligera, unos tres mil hombres, a las órdenes de Mene-
12 demo. Seguían los cisios, los medos y los carmanios, y luego los árabes y los pueblos vecinos, en contacto ya

290 Sobre este título, véase 9, 4-5.

con la falange. Al resto de los elefantes, Antíoco lo colo- 13
có delante del ala izquierda; los conducía Muisco, que antes había sido paje real[291].

Ordenados de esta manera los dos ejércitos, ambos 83
reyes recorrieron sus líneas frontales, acompañados de
los oficiales y los cortesanos. Habían depositado sus 2
máximas esperanzas en las falanges, y fue ante estas formaciones donde pusieron el máximo ardor en sus
arengas. Ante las de Ptolomeo hablaron Andrómaco, 3
Sosibio y la hermana del rey, Arsínoe[292]; ante las de Antíoco, Teodoto y Nicarco, pues los oficiales mencionados eran los que las mandaban, en ambos ejércitos.
El contenido de las alocuciones venía a ser en ambos 4
casos muy semejante. Ninguno de los dos monarcas podía aducir alguna hazaña brillante realizada por él: hacía muy poco tiempo que habían asumido el impe-
rio; intentaban infundir en sus falanges coraje y alien- 5
to recordándoles la gloria de los antepasados y las gestas
realizadas por ellos. Pero, por encima de todo, propo- 6
nían las máximas recompensas para el futuro tanto a los oficiales en particular como a todos los que iban a participar masivamente en la lucha, para invitarles y exhortarles, así, a que en la batalla inminente se com-
portaran de manera noble y varonil. Todo esto y otras 7
cosas por el estilo lo decían montados a caballo; o hablaban en persona o por medio de intérpretes.

Cuando, en su marcha, Ptolomeo y su hermana al- 84
canzaron el extremo izquierdo de toda su formación

[291] Los «pajes reales» formaban un cuerpo de servidores del rey que, asimismo, recibían instrucción militar; se formaban en una escuela de oficiales.

[292] Sobre Andrómaco y Sosibio, véanse 35, 7 y 64, 4. Arsínoe, hija de Ptolomeo III y de Berenice, hermana de Ptolomeo IV, que se casó con ella después de la batalla de Rafia, murió violentamente (cf. XV 23, 2, y nota 113).

y Antíoco, con su escuadrón real[293], el derecho, se dio la señal de guerra, y los elefantes iniciaron el choque.
2 No fueron muchas las bestias de Ptolomeo que se trabaron en lucha con los elefantes contrarios[294]; los hombres que luchaban desde las torres se batieron espléndidamente: peleaban casi cuerpo a cuerpo con sus cimitarras y se herían mutuamente. Pero aún fueron más bravos los elefantes, que se arremetían con furor y se
3 embestían de frente. Estas fieras luchan como sigue: se entrelazan y cruzan sus incisivos mutuamente, se empujan con violencia apoyándose firmemente en el suelo, hasta que una de las dos supera a la otra en potencia y
4 le echa la trompa a un lado. Cuando ya la tiene girada y logra cogerla de flanco, entonces la hiere con los incisivos no de otro modo que un toro con los cuernos.
5 Allí la mayoría de los elefantes de Ptolomeo se acobardaron ante la lucha, que es lo que suele ocurrir con los
6 elefantes africanos. Pues no soportan ni el hedor ni el griterío, sino que, horrorizados ante la talla y la potencia, al menos yo pienso así, de los elefantes indios, huyen
7 al instante, que es lo que entonces ocurrió. Desbaratada su línea, presionaron sobre sus propias formaciones, y entonces la guardia real de Ptolomeo empezó a ceder,
8 oprimida por las fieras. Antíoco desbordó con sus jinetes la línea de los elefantes y cargó sobre la caballería
9 mandada por Polícrates. Al propio tiempo, delante de la línea de los elefantes los mercenarios griegos próximos a la falange atacaron a los peltastas de Ptolomeo y les forzaron a retroceder; también los elefantes habían desorganizado por aquí las líneas de estos peltas-
10 tas. De modo que el ala izquierda de Ptolomeo cedió íntegramente, aplastada tal como se ha descrito[295].

---

293 Era una tropa de élite que usaba armamento ligero; la citan tanto Polieno como Tito Livio (*ala regia* XXXVII 40, 11).

294 Los elefantes africanos eran más pequeños que los indios.

295 Según el *Libro III de los Macabeos,* en este momento de

Equécrates[296], que estaba al mando del ala derecha, 85
de momento se limitaba a observar el choque de las alas
citadas, pero cuando vio que la polvareda se levantaba
en dirección hacia él, y que sus elefantes no se atrevían,
ni mucho menos, a atacar a los enemigos, ordenó a 2
Fóxidas[297], comandante de los mercenarios griegos, que
acometiera al enemigo que tenía enfrente. Él, con su 3
caballería y el contingente apostado detrás de los elefantes, se puso fuera del alcance de las bestias enemigas; acosó a la caballería rival por el flanco y por la
retaguardia y la puso rápidamente en fuga. Fóxidas y 4
los suyos lograron algo semejante, pues cayeron sobre
los árabes y los medos[298] y les obligaron a volver la
espalda y a huir atropelladamente. De modo que el 5
ala derecha de Antíoco vencía, pero la izquierda era
derrotada.

Entretanto, las falanges, que de este modo ya no 6
contaban con la protección de las alas, permanecían
intactas en medio de la llanura; sus esperanzas sobre
el desenlace final eran inciertas. Antíoco pugnaba toda- 7
vía para explotar su éxito en el ala derecha; Ptolomeo, 8
por su lado, que se había retirado detrás de su falange,
entonces se adelantó por el centro; su aparición llenó
de pánico al enemigo e infundió gran empuje y coraje
a sus hombres. Andrómaco y Sosibio se lanzaron al ins- 9
tante al asalto, con sus lanzas en ristre. Las tropas de 10
élite sirias resistieron algún tiempo; las de Nicarco re-
trocedieron al punto y se retiraron. Antíoco, joven e 11
inexperto, suponía que por haber vencido él en su ala

---

la batalla, Arsínoe, la hermana del rey, se puso al frente de las tropas que cedían y, con los cabellos sueltos, les suplicaba que reemprendieran la lucha, al tiempo que prometía a cada soldado dos minas de oro (III *Mac.* 1).

[296] Cf. 82, 5.

[297] Cf. 65, 4; 82, 6.

[298] Cf. 82, 2.

la victoria ya era general, y acosaba a los que huían.
12 Pero al final, uno de los suyos, de más edad, le detuvo,
y le hizo ver cómo la polvareda levantada iba desde la
falange hacia su propio campamento. Antíoco compren-
dió entonces lo sucedido, e intentó correr otra vez al
13 lugar de la lucha con su escuadrón real. Comprobó que
todos los suyos habían huido, y entonces se replegó
hacia Rafia, convencido de que en lo que dependía de
él se había triunfado; la derrota se debía a la cobardía
y a la vileza de los demás.

86 De modo que la falange de Ptolomeo, la caballería
de su ala izquierda y su cuerpo de mercenarios logra-
ron la victoria y, en la persecución subsiguiente, mata-
ron a muchos enemigos. Ptolomeo se retiró acto segui-
2 do y pasó la noche en su campamento. Al día siguiente
recogió sus muertos y los enterró, despojó los cadáveres
3 enemigos, levantó el campo y se dirigió a Rafia. Después
de la fuga Antíoco quería acampar fuera de esta ciudad,
tras haber juntado previamente a los que habían huido
en grupos. Pero la mayoría se había refugiado en la
4 población, cosa que le forzó a entrar a él mismo. A las
primeras luces del alba hizo salir la parte salvada de
su ejército y se dirigió a Gaza, donde estableció su cam-
pamento. Desde allí envió legados que trataran la re-
cuperación de sus muertos; logró pactar una tregua
5 para enterrarlos. Las bajas de Antíoco fueron poco
menos de diez mil soldados de infantería y más de tres-
cientos jinetes; más de cuatro mil hombres le cayeron
6 prisioneros. Durante el combate perdió tres elefantes
y, posteriormente, se le murieron dos más a consecuen-
cia de las heridas recibidas. Del bando de Ptolomeo mu-
rieron unos mil quinientos hombres de a pie y unos
setecientos jinetes; le mataron a dieciséis elefantes y
la mayoría de los restantes se los arrebató el enemigo [299].

[299] Parece absurdo que un ejército derrotado consiga arrebatar los elefantes del enemigo. Cf. Walbank, *Commentary*, ad loc.

Éste fue el desenlace de la batalla librada en Rafia 7
entre los dos reyes por la posesión de Celesiria. Des- 8
pués de haber recogido a sus muertos, Antíoco se retiró
a su país con su ejército; Ptolomeo tomó de inmediato
Rafia y el resto de ciudades; todas las poblaciones riva-
lizaban para adelantarse a las vecinas en pasarse a su
bando, o reintegrarse a él. Seguramente todos, en situa- 9
ciones semejantes, acostumbran a adaptarse, como sea,
a las circunstancias, pero precisamente las gentes que
viven en aquellos lugares tienden excepcionalmente y
son muy accesibles a complacencias dictadas por la
oportunidad. En este caso lo ocurrido se debió a la 10
adhesión a los reyes de la casa de Alejandría. Y es na-
tural que fuera así: las gentes de Celesiria han propen-
dido a venerar más, siempre, esta casa real; ahora no 11
omitieron ningún exceso de adulación para honrar a
Ptolomeo: hubo coronas, sacrificios, altares y todo lo
demás por el estilo.

Así que llegó a la ciudad que lleva su nombre, An- 87
tíoco envió sin dilaciones, como legados a la corte de
Ptolomeo, a su sobrino Antípatro y a Teodoto Hemiolio
para negociar un tratado de paz, pues temía una incur-
sión del enemigo. La derrota sufrida hacía que recelara 2
de su propio pueblo; le angustiaba también Aqueo, no
se aprovechara de aquella oportunidad. Pero Ptolomeo 3
ya no pensaba en nada de esto, antes bien, satisfecho
por aquella victoria inesperada y, en suma, por haber
adquirido Celesiria sin imaginárselo siquiera, ahora no
era contrario a la paz, sino partidario de ella más de
lo debido; le arrastraba a ello su vida siempre indo-
lente y depravada. De modo que, cuando se le presentó 4
Antípatro, primero pronunció algunas amenazas y re-
proches por la conducta de Antíoco, pero se avino a
pactar una tregua por un año. Envió a Sosibio con los 5
embajadores para que ratificara lo acordado. Él pasó 6

tres meses en Siria y en Fenicia[300], para poner en orden las ciudades; después dejó allí a Andrómaco de Aspendo[301] como gobernador militar de las regiones citadas y partió con su hermana y con sus amigos hacia Ale-
7 jandría. Había puesto un final a la guerra que resultaba sorprendente a los habitantes de su reino que conocían
8 los hábitos de la otra cara de su vida. Antíoco, por su parte, se aseguró de la tregua con Sosibio y se enfrascó, según su propósito primero, en sus preparativos contra Aqueo.

9 Ésta era la situación de Asia.

88

Digresión: el terremoto de Rodas[302]

Hacia esta misma época los rodios tomaron como pretexto el terremoto que había sacudido su isla poco tiempo antes; les había derribado el gran coloso[303],
2 la mayor parte de los muros y las atarazanas. Sin embargo, trataron con tanta prudencia y sentido práctico lo sucedido, que salieron del desastre más bien bene-
3 ficiados que perjudicados: entre los hombres la ignorancia y la despreocupación difieren tanto de la inteligencia y la atención, así en la vida privada como en los asuntos públicos, que a unos la buena fortuna les produce males, y a otros, en cambio, los desastres les son

---

300 Siria y Fenicia era el nombre oficial de Celesiria en la dinastía Lágida.

301 Cf. 64, 4 y 83, 3.

302 Puesto que Seleuco II Calinico murió en 225, este terremoto tuvo lugar forzosamente antes de esta fecha, con lo cual aquí hay una dislocación cronológica, intencionada por parte de Polibio. Los reyes que le eran contemporáneos fueron muy tacaños para dotar económicamente fiestas religiosas y competiciones deportivas, por lo cual Polibio indirectamente les echa en cara su mezquindad. Véase el amplio comentario de Walbank, *Commentary*, ad loc.

303 El famoso Coloso de Rodas, una de las Siete Maravillas del Mundo, era una estatua de bronce de 32 m.

causa de provecho. Entonces, ciertamente, los rodios 4
se supieron manejar: exageraron el desastre y lo presentaron como algo terrible; en sus embajadas se comportaron con gravedad y dignidad, tanto en las asambleas públicas como en las entrevistas privadas. Así lograron que las ciudades y aún más los reyes no sólo les hicieran donaciones fantásticas, sino que los mismos donantes se les mostraron encima agradecidos. En efec- 5
to: Hierón y Gelón[304] no sólo les entregaron setenta y cinco talentos de plata, en parte al contado y en parte poco tiempo después[305], para que repusieran las provisiones de aceite del gimnasio, sino que les regalaron también calderas[306] de plata con los soportes respectivos y añadieron algunas vasijas para el agua. Les die- 6
ron, además, diez talentos para los sacrificios y otros diez para ayudar a la ciudadanía, de manera que, en conjunto, el obsequio fue de cien talentos. También 7
eximieron de abonar derechos a las naves rodias que entraran en sus puertos y dotaron a la ciudad de cincuenta catapultas de tres codos. Finalmente, tras haber- 8
les hecho tamañas donaciones, como si aún les debieran agradecimiento, levantaron en el mercado de Rodas un grupo escultórico que representaba al pueblo de Rodas coronado por el de Siracusa.

---

304 Para Hierón, cf. I 8, 2-9; para su hijo Gelón, I 8, 3, y sobre su muerte hacia el 216/215, cf. VIII 8, 9.

305 La evidente desproporción entre el dinero entregado y las finalidades consignadas en el texto griego hacen que sus editores supongan con razón una laguna; la mayor parte de ellos piensan en la reconstrucción de las murallas (así, Pédech) o en la de las murallas y los astilleros (Reiske). Véase la discusión en Walbank, *Commentary*, ad loc.

306 Ya en Homero las tinajas o calderas, con los soportes respectivos, eran objetos de mucho valor. (Cf. *Ilíada* IX 122-3; 264-5; XVIII 259, 264, 268, 702, 885.)

89 Asimismo, Ptolomeo[307] les prometió trescientos talentos de plata, un millón de artabas[308] de trigo, madera suficiente para construir seis quinquerremes y diez trirremes y cuarenta mil codos de pino escuadrados, me-
2 didos exactamente, mil talentos en monedas de bronce,
3 tres mil talentos de estopa, tres mil piezas de vela, tres mil talentos[309] para la reconstrucción del coloso, cien carpinteros, trescientos cincuenta ayudantes y catorce
4 talentos para el salario anual de estos artesanos; añadió doce mil artabas de trigo, para los juegos y los sacrificios, y veinte mil, para el mantenimiento de las
5 tripulaciones de diez trirremes. La mayor parte de estos subsidios los entregó inmediatamente y de la totalidad
6 del dinero, una tercera parte. No de manera diferente Antígono[310] les dio diez mil piezas de madera de ocho a dieciséis codos, que podían servir para vigas, cinco mil travesaños de siete codos, tres mil talentos de hierro, mil talentos de colofonia y mil metretas de resina líqui-
7 da; además de esto, les prometió cien talentos de plata. Su esposa Criseida les ofreció cien mil medimnos de
8 trigo y tres mil talentos de plomo. Seleuco[311], el padre de Antíoco, además de la exención de los derechos de aduana a los rodios que entraran en los puertos de su reino y aparte de diez quinquerremes equipados completamente y de doscientos medimnos de trigo, les dio diez mil codos de madera, de resina y de crines[312] y añadió la suma de mil talentos.

---

307 Ptolomeo III Evérgetes.

308 Una artaba tenía la capacidad de 39,6 l.

309 Algunos editores añaden: «de bronce» no amonedado, simplemente el metal para reconstruir la estatua.

310 Antígono Dosón.

311 Seleuco III Calinico.

312 Crines de caballo y de otros animales, que servían para hacer cuerdas.

Donaciones semejantes a éstas les hicieron Prusias, 90
Mitrídates[313] y los reyes que entonces reinaban en el
Asia, me refiero a Lisanias, a Olímpico y a Limneo[314].
Es imposible enumerar con facilidad las ciudades que, 2
cada una según sus posibilidades, colaboraron con los
rodios. Cuando se consideran los orígenes y el tiempo 3
que hace que esta ciudad está habitada, causa gran
sorpresa ver el enorme auge que ha tomado en un período tan breve, tanto en las haciendas privadas como en
la pública de la ciudad; pero si se considera la situa- 4
ción estratégica de su emplazamiento, las aportaciones
y los complementos exteriores de su prosperidad, entonces la admiración desaparece y, más bien, creeríamos que le falta un poco para llegar a la altura debida.

He dicho esto, primeramente, para patentizar la dig- 5
nidad con que manejan los rodios sus finanzas públicas:
son verdaderamente merecedores de elogio y de emulación, y, en segundo lugar, para que salte a la vista la 6
tacañería de los reyes actuales y lo poco que de ellos
reciben hoy las gentes y las ciudades: así ni los reyes 7
que sueltan cuatro o cinco talentos podrán creer que
han hecho una gran cosa, ni se empeñarán en recibir
de los griegos la adhesión y las honras que de ellos
recibieron los reyes de antaño; las ciudades tendrán 8
ante su vista la esplendidez de los dones recibidos en
épocas anteriores y no tributarán, inadvertidamente,
grandes y magníficas honras por pequeños beneficios
recibidos por casualidad[315]. Se esforzarán en dar a cada 9
uno lo que realmente merece, que es lo que distingue
más a los griegos de los demás hombres.

---

313 Para Prusias de Bitinia, cf. IV 47, 7, y para Mitrídates II del Ponto, cf. IV 56, 1; V 43, 1-2.

314 Olímpico era gobernador de Alinda, en Caria; Lisanias y Limneo nos son desconocidos.

315 Con una implícita mezquindad de espíritu.

Grecia: prosecución de la guerra de los aliados. Política de Arato

91 Había empezado la época estival[316]; Agetas era el general de los etolios y Arato el Viejo había tomado el mando de los aqueos (pues éste es el punto en que interrumpimos la narración de la Guerra Social[317]); el espartano Licurgo había regresado a su país desde Eto-
2 lia. Los éforos, en efecto, habían comprobado la falsedad de la acusación por la que se había exiliado y le
3 llamaron con el ruego de que se repatriara. Licurgo, entonces, tramaba con Pirrias el etolio[318], el general de
4 los eleos, una invasión de Mesenia. Arato encontró el cuerpo de mercenarios de los aqueos muy bajo de moral y las ciudades muy poco dispuestas a colaborar económicamente a su sostenimiento. La culpa era del general anterior, Epérato, quien, como expuse anteriormente[319], había tratado erróneamente y con negligencia
5 los asuntos aqueos. Arato, no obstante, estimuló a los aqueos y, apoyado en un decreto de ellos, se dedicó
6 activamente a realizar preparativos bélicos. Los decretos de los aqueos fueron los siguientes: mantener ocho mil soldados mercenarios de a pie y quinientos jinetes; de tropas de élite de los aqueos, tres mil hombres de
7 infantería y trescientos jinetes. Entre estos últimos habría quinientos infantes megalopolitanos que se armaban con escudo de bronce[320] y cincuenta jinetes. For-
8 marían también tropas argivas en igual número. Se decretó, además, que las naves se hicieran a la mar: tres

---

316 Del año 217 a. C. Agetas fue estratego el año 217/216.
317 Cf. 30, 7.
318 Cf. 30, 2.
319 Cf. 30, 1-7.
320 Cf. II 65, 3; IV 69, 4.

se dirigirían a Acte[321] y al golfo de Argólide, y tres hacia Patras[322], Dime y al mar de esta región.

Esto es lo que hacía Arato y éstos eran sus preparativos. 92
Licurgo y Pirrias, tras haberse enviado mutuamente mensajeros para que coincidieran los días en 2
que iban a invadir Mesenia, avanzaron hacia ella. El 3
general de los aqueos, informado de este asalto, se presentó en Megalópolis, con los mercenarios y algunas tropas escogidas; su intención era prestar socorro a los mesenios. Tras su partida, Licurgo se apoderó, gra- 4
cias a una traición, de Calamas[323], un territorio de los mesenios; luego avanzó, deseoso de reunirse con los etolios. Pero Pirrias había salido de Élide con un con- 5
tingente muy pequeño y, así que puso el pie en Mesenia, se vio al punto frenado por los de Cíparis[324] y regresó a su tierra. Por esto, Licurgo no logró juntarse con las 6
tropas de Pirrias y su contingente no bastaba, por lo que, tras un breve ataque contra Andania[325], regresó fracasado a Esparta.

Arato, tras el revés sufrido por el enemigo, hizo algo 7
muy razonable. Previó el futuro y ordenó a Taurión[326] que dispusiera cincuenta hombres de a caballo y quinientos de infantería; mandó a los mesenios que le enviaran igual número de jinetes y de hombres de a pie. Su intención era proteger con estos soldados las regio- 8
nes de Mesenia, de Megalópolis, de Tegea e, incluso, Argos. La razón estriba en que estos territorios limitan 9

321 En la costa oriental de Argólide, entre Trezén y Epidauro.

322 Para Dime, cf. nota 145 del libro II; para Patras, cf. nota 18 del libro IV.

323 La moderna Giannitsa, al pie del Taigeto.

324 Cíparis, en la costa occidental de Mesenia.

325 Andania, en la ruta de Mesenia a Megalópolis; era famosa por sus misterios.

326 Cf. IV 6, 4; 87, 8. Sobre la organización militar de Arato, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

con Laconia y, si la guerra se origina en Lacedemonia, están más expuestos a ella que los restantes pelopone-
10 sios. Arato determinó también custodiar, mediante mercenarios y un contingente escogido de etolios, las partes de la Acaya orientadas a Elea y a Etolia.

93 Dispuestos tales preparativos, se sirvió de un decreto de los aqueos para componer las diferencias in-
2 ternas de los megalopolitanos. Hacía poco que Cleómenes les había desposeído de su ciudad, habían sufrido un desastre total[327], como se dice: carecían de muchas
3 cosas y andaban escasos de las restantes. Conservaban buen ánimo, pero no lograban aprovisionarse de nada
4 ni en particular ni públicamente. De ahí que entre ellos todo estuviera lleno de disputas, envidias y cólera. Esto es lo que, efectivamente, suele pasar, tanto en los negocios públicos como en la vida privada, cuando faltan
5 recursos para cualquier empresa. Primero discutieron por las fortificaciones de la ciudad: unos propugnaban que debían reducirse y hacerlas tales que se pudiera acabar la empresa de terminarlas, y que, ante cualquier eventualidad, fueran realmente defendibles; ahora se habían visto derrotados por sus dimensiones y porque
6 estaban muy poco guarnecidas. Además, juzgaban indispensable que los propietarios cedieran una tercera parte de sus tierras, para que las ocuparan unos colo-
7 nos admitidos a título supletorio. Pero los otros no se avenían a reducir el espacio de la ciudad, ni a despren-
8 derse de la tercera parte de sus terrenos. Con todo, más que nada fomentaban las discordias mutuas las leyes promulgadas por Prítanis[328], a quien Antígono les había nombrado como legislador; era un personaje ilustre de la escuela peripatética y profesaba esta doctrina.

[327] La expresión correspondiente griega es un proverbio.

[328] Filósofo peripatético, famoso por haber sido maestro de Euforión y haber escrito un *Banquete* a imitación del platónico.

Las discusiones eran acerca de lo apuntado; Arato las 9
apaciguó en la medida de lo posible y logró hacer cesar
sus rivalidades. Grabaron en una estela las condiciones 10
bajo las que dirimieron sus diferencias y la depositaron
junto al altar de Hestia, en el Homario.

Después de lograr la reconciliación levantó el campo 94
y él se dirigió a la asamblea de los aqueos; al mando
de los mercenarios dejó a Lico de Fares, que entonces
era el lugarteniente del general del contingente de Pa-
tras[329]. Los eleos, descontentos de Pirrias, eligieron de 2
nuevo como general de los etolios a Eurípidas[330]. Éste 3
aprovechó la asamblea de los aqueos, cogió sesenta
jinetes y dos mil hombres de infantería, partió, atravesó
el territorio de Fares[331] y recorrió el país hasta Egio.
Tras capturar un botín considerable se retiraba en di- 4
rección a Leontio[332]. Lico supo lo sucedido y acudió afa- 5
noso de prestar socorro. Dio alcance al enemigo, le atacó
de improviso, le mató cuatrocientos hombres y le cogió
doscientos prisioneros, entre los que se encontraban 6
personajes ilustres, como Fisias, Antánor, Clearco, An-
dróloco, Evanóridas, Aristogitón, Nicásipo y Aspasio.
Lico se apoderó, además, de todo el bagaje y del arma-
mento enemigo. Por aquellos mismos días, el almirante 7

---

329 Aquí hay un problema de crítica textual que condiciona el significado de la traducción. La correspondiente a la lectura de los manuscritos: «el contingente ancestral», no es satisfactoria, aunque sostengan tal lectura Schweighäuser y Büttner-Wobst, entre otros. Parece que aquí ha de haber un gentilicio. Naber propuso «de Farea», pero Vischer, seguido por WALBANK, *Commentary*, ad loc. (de quien tomo la referencia), y por Pédech, proponen «de Patras», que parece la conjetura más sólida.

330 Cf. IV 59, 1.

331 Cf., para Fares, nota 8 del libro IV y para Egio, nota 122 del libro II.

332 Cf. II 41, 7-8. Está situado a treinta kilómetros al S. de Egio.

de los aqueos hizo una incursión hasta Molicria[333] y
8 regresó con cien prisioneros, o poco menos. Zarpó de nuevo y navegó hasta Calcea. A los que acudieron en su defensa les capturó dos navíos con sus dotaciones; junto al cabo Río[334] de Etolia apresó un esquife[335] con
9 sus soldados y sus remeros. Entonces, ante la afluencia, por tierra y por mar, de un botín que producía sumas y recursos considerables, los soldados ya no dudaron de que recibirían sus pagas, y las ciudades concibieron la esperanza de no verse tan gravadas por impuestos.

95 Simultáneamente con todo lo narrado, Escerdiledas[336], que se creía tratado injustamente por el rey, porque le faltaba cobrar algo de la cantidad acordada en el pacto que hizo con Filipo, envió quince falúas, con la idea de cobrarse el dinero por medio de una astucia.
2 Estas falúas recalaron en Léucade, donde todo el mundo las recibió como amigas, debido a que antes habían
3 formado un frente común. No habían tenido tiempo ni posibilidad de causar ningún daño, pero cuando Agatino y Casandro, que eran de Corinto y navegaban junto a las naves de Taurión, fondearon a su lado, por creerles amigos, con cuatro naves, los de Escerdiledas atacaron a traición, capturaron las naves y los hombres
4 y los enviaron a su jefe. Inmediatamente zarparon de Léucade y pusieron rumbo al cabo de Malea, donde efectuaron pillajes y se llevaban a los comerciantes.

5 Se acercaba ya el tiempo de la mies; Taurión descuidó la vigilancia de las ciudades que acabo de mencionar[337], mientras que Arato, con su contingente de tropas de élite vigilaba la entrada de trigo en Argólide.

---

333 Molicria (Molicreion, en TUCÍDIDES, III 102, 2) y Calquia eran villas etolias a la entrada del golfo de Corinto.

334 Propiamente, Antirrio. Cf. nota 17 del libro IV.

335 Sobre este tipo de nave, véase nota 221.

336 Cf. IV 29, 7 y V 4, 3.

337 Megalópolis, Tegea y Argos.

Eurípidas, por su parte, salió a campaña con los etolios; 6
pretendía devastar el territorio de los triteos[338]. Lico y 7
Demódoco, este último jefe de la caballería de los
aqueos, informados de la incursión de los etolios sali-
dos de Élide, agruparon a los dimeos, a los patreos y a
los farieos, y con ellos y el cuerpo de mercenarios, la
invadieron. Una vez llegados al lugar llamado Fixio, 8
destacaron a su infantería ligera y a su caballería para
que efectuaran una razzia; la infantería pesada, la em-
boscaron en el lugar ya citado. Todas las tropas dis- 9
ponibles de los eleos salieron a defenderse contra los
saqueadores, a los que atacaron en plena retirada. Pero
entonces Lico y sus hombres salieron de su guarida
y asaltaron a la vanguardia enemiga cuando ésta arre-
metía. Los eleos no aceptaron el combate, al contrario, 10
ante la aparición del enemigo emprendieron la fuga.
Lico y los suyos mataron a unos doscientos hombres
y capturaron ochenta prisioneros; se llevaron, además,
sin ningún peligro, el botín ya conseguido. Precisamente 11
en estos mismos días el almirante de los aqueos realizó
repetidos desembarcos en las costas de Calidón y de
Naupacto, taló todos estos territorios y derrotó por dos
veces a las tropas que acudían a defenderlos. Cogió pri- 12
sionero a Cleónico de Naupacto[339], que no fue vendido
porque era próxeno de los aqueos; al cabo de un cierto
tiempo fue puesto en libertad sin rescate de ningún
tipo.

En aquella misma época, Agetas[340], el general etolio, 96
movilizó todas las tropas de la confederación y pene-
tró en el territorio de los acarnanios para efectuar
una correría; traspasó, además, sin ser molestado, todo
Epiro, y lo devastó. Realizadas estas operaciones, Age- 2

338 Cf. nota 18 del libro IV.

339 Sobre este personaje, cf. 102, 4 y IX 37, 4.

340 Cf. nota 316.

tas se replegó y licenció a los etolios hacia sus ciudades
3 respectivas. Pero los acarnanios, a su vez, contraatacaron por el territorio de Estrato, aunque luego, llenos
de pánico retrocedieron vergonzosamente; sin embargo, no sufrieron pérdidas, porque los habitantes de Estrato[341] desconfiaron y no les persiguieron; creían que
la retirada de los otros no era más que una celada.
4 En la población de Fanotea[342] se produjo una doble
traición; fue como sigue: Alejandro[343], nombrado por
Filipo gobernador de Fócide, entabló conversaciones con
los etolios a través de un tal Jasón[344], nombrado por
5 él comandante de la ciudad de Fanotea. Este Jasón envió mensajeros a Agetas, el general etolio, y se declaró
dispuesto a entregarle la ciudadela de la población,
6 acerca de lo cual hizo un pacto juramentado. Llegó la
fecha fijada y Agetas se presentó con los etolios, aún de
noche, ante Fanotea. Escogió a sus cien hombres más
aguerridos y los envió a la ciudadela; él se ocultó en
7 una emboscada con el resto de sus tropas. Jasón ya
tenía presto a Alejandro con sus soldados dentro de la
ciudad; recibió a los jóvenes etolios según el juramento
8 e introdujo a todos en la acrópolis. Los de Alejandro
les atacaron al punto y aquella élite de las tropas etolias cayó prisionera. Ya de día, Agetas comprendió lo
ocurrido y se retiró con los suyos; había caído en la
trampa que él mismo tendiera tantas veces.

---

341 Estrato: plaza importante de Etolia, en la misma frontera de Acarnania.

342 Fanotea, ciudad de Fócide, en el valle del Cefiso.

343 Este Alejandro es el que sale en IV 87, 5.

344 Para este pasaje, cf. X 42, 7.

Operaciones de Filipo en Macedonia y en Tesalia

En estos mismos tiempos, el rey Filipo conquistó Bilazora[345], la ciudad más importante de Peonia, situada muy estratégicamente para invadir Macedonia desde Dardania; con esta operación se vio libre del temor que infundían los dardanios[346]. En efecto, ya no les resultaba fácil a éstos penetrar en Macedonia, si Filipo dominaba los accesos a ella mediante la ocupación de la citada plaza. Filipo la fortificó y envió sin dilaciones a Crisógono[347] a reclutar una leva suplementaria en el norte de Macedonia. Él recogió a los hombres de Botia y de Amfaxítide[348] y, con ellos, se presentó en Edesa[349]: allí se reunió con los macedonios de Crisógono, marchó con sus tropas y, al cabo de seis días, estaba cerca de Larisa. No interrumpió el avance, que continuó aún de noche, y a la mañana siguiente se plantó en Melitea[350]: aplicó sus escaleras a los muros e intentó tomar la ciudad por asalto. Los melitenses habían sido presa del pánico ante un ataque tan súbito e imprevisto, de manera que Filipo se hubiera apoderado fácilmente de la ciudad; sin embargo, fracasó en su intento porque las escaleras no eran tan altas como se hubiera precisado.

97 (margin); 2 (margin: "que infundían los dardanios... re-"); 3 (margin: "la citada plaza..."); 4 (margin: "norte de Macedonia..."); 5 (margin: "cerca de Larisa..."); 6 (margin: "tomar la ciudad por asalto...")

Los fallos de este tipo son los que resultan más imperdonables para los generales. Cuando un general tiene la intención de conquistar una ciudad, pero no ha rea- 98, 2

345 Probablemente la actual Titov-Velès, sobre el río Vardar, en Bulgaria.

346 Cf. II 6, 4; IV 66, 1-7.

347 Cf. 9, 4.

348 Botia estaba entre el Haliacmo y el Axio; Amfaxítide, en la orilla izquierda del río citado en último lugar.

349 Edesa era un segundo nombre de Egas, en la Laconia, algo al N. del puerto de Gitio.

350 Melitea, en la Acaya Ftiótide, al N. del monte Otrix.

lizado ninguna previsión, no ha medido los muros, no
ha inspeccionado los pasos difíciles ni otros lugares
por el estilo, por donde piensa efectuar la penetración,
3 ¿cómo no merecería reproche? También si han tomado
las medidas personalmente, pero después confían la
construcción de las escaleras y la de los aparejos de
este tipo (cuya confección exige, realmente, poco tra-
bajo, pero que son de la máxima importancia en el mo-
mento de su uso) al primero que encuentran, ¿cómo
4 no merecerán reproche unos generales así? Pues para
estas empresas es inevitable no descuidar algo necesa-
5 rio, o bien no sufrir ningún percance[351]. Porque al fra-
caso le siguen las pérdidas, y esto de muchos modos:
en el momento mismo de la acción se arriesgan inútil-
mente los hombres más aguerridos, y aún más en la
retirada, porque entonces el enemigo los desprecia.
6 Ejemplos de esto hay muchos. Cualquiera descubriría
que en empresas como éstas son más los que han per-
dido la vida o se han visto en el máximo peligro que
7 los que han salido de ellas indemnes. Además es noto-
rio que, cara al futuro, fraguan contra sí mismos odio
8 y desconfianza: todo el mundo se pone en guardia
contra ellos. Sea como sea, lo sucedido es un aviso para
precaverse y vigilar, dirigido no sólo a las víctimas,
9 sino a los que lo han sabido de oídas. De ahí que los
encargados de operaciones como las citadas aquí jamás
deben efectuar a la ligera los planteamientos de este
10 tipo. La técnica de medir y de construir estos aparejos

351 Aquí hay un problema de crítica textual que varía el sentido del texto, aunque no fundamentalmente: se trata de la negación, que los editores recientes anteponen al verbo griego que significa «actuar». Pero el editor ginebrino Casaubon pospuso la negación, lo cual parece más lógico. La traducción es según esta conjetura y se aparta, por consiguiente, del texto de Büttner-Wobst.

es fácil e infalible, si se procede con método[352]. Ahora, 11
con todo, debemos reanudar la exposición: si en nuestra
obra encontramos oportunidad y lugar adecuados para
insistir en este punto, intentaremos aclarar cómo se
pueden evitar al máximo este tipo de errores en tales
operaciones.

Filipo, decepcionado por el fracaso de su golpe de 99
mano, acampó junto al río Enipeo[353] y mandó trans-
portar allí, desde Larisa y las demás ciudades, el mate-
rial para el asedio que había mandado fabricar durante
el invierno. El objetivo principal de su campaña era 2
conquistar la ciudad llamada Tebas de Ftiótide[354]. Esta 3
ciudad está no lejos del mar y dista de Larisa unos tres-
cientos estadios. Su emplazamiento es estratégico: do-
mina Magnesia y Tesalia; de la primera, principalmente
la región de Demetrias[355] y de la segunda, las de Farsalo
y Feres[356]. Tebas de Ftiótide estaba entonces en poder 4
de los etolios, que hacían incursiones continuas: los
demetrieos, los farsalos y aun los feriseos salían muy
mal parados. Tales correrías llegaban con frecuencia a 5
la llanura llamada de Amírico[357]. Para Filipo la cosa 6
no era nada desdeñable y, por eso, puso el máximo
empeño en tomar militarmente la plaza. Reunió ciento 7
cincuenta catapultas, veinticinco máquinas lanzapiedras
y avanzó hacia Tebas. Dividió su ejército en tres cuer-
pos y tomó posiciones en torno a la ciudad. El primer 8

---

352 Polibio describe la técnica de medir muros y escaleras en IX 19, 5-9.

353 El Enipeo, afluente por la derecha del Peneo, fluye a dos kilómetros de Melitea, al pie del macizo de Ótrix.

354 Tebas de Ftiótide, en esta región, al S. de la llanura de Halmiro.

355 Cuya capital era Demetrias, puerto importante en el golfo Pagasético, fundado en 293 por Demetrio Poliorcetes. Cf. XVIII 11, 4-7.

356 Fársalo y Feres: dos ciudades al S. de Tesalia.

357 Actualmente Kastri, al E. de Larisa.

cuerpo acampó sobre Escopio; el segundo, en el lugar
llamado Heliotropio; el tercero ocupó un monte que
9 dominaba la ciudad. Obstruyó el espacio intermedio
entre los campamentos mediante un foso y una doble
valla; además, lo fortificó con torres de madera, que,
con la guarnición suficiente, dispuso a la distancia de
10 un pletro unas de otras. Seguidamente juntó todo el
material de guerra y empezó a aproximar las máquinas
a la ciudadela.

100 En los tres primeros días no logró avanzar nada en
las obras, porque los de la ciudad les rechazaban con
2 coraje y audacia. Pero por las escaramuzas continuas
y por lo nutrido de los disparos murieron muchos de
los defensores de la ciudad y otros cayeron heridos;
entonces la resistencia remitió algo y los macedonios
3 pudieron empezar sus trabajos de zapa. Trabajaron
enérgicamente y, aunque el terreno no les favorecía en
nada, debido a su gran esfuerzo al cabo de nueve días
4 llegaron al pie de la muralla. Entonces se pusieron a
excavar por turno, de modo que no cesaban ni de día
ni de noche: en tres días minaron y apuntalaron dos
5 pletros del muro. Pero los puntales no lograron soste-
ner el peso, cedieron y la muralla se derrumbó antes
6 de que los macedonios pudieran incendiarla. Éstos pro-
cedieron con energía a retirar los escombros y se pre-
pararon para un asalto. Cuando ya estaban a punto de
forzar el paso, los tebanos, aterrorizados, rindieron la
7 ciudad. Mediante esta operación Filipo se aseguró Mag-
nesia y Tesalia y privó a los etolios del gran provecho
que extraían de ellas. Además, probó a sus tropas que
eliminó justamente a Leontio, quien antes, en el cerco
de Palea[358], se había comportado con una cobardía fin-
8 gida. Filipo, pues, se apoderó de Tebas, redujo a la
esclavitud a sus habitantes e instaló allí a una pobla-

[358] Cf. 3-4.

ción macedonia; cambió el nombre de la ciudad, Tebas, y la llamó Filipas.

Hacia el final de las hostilidades en Grecia

Cuando acababa de componer 9
la situación en Tebas, se le presentaron de nuevo embajadores de Quíos, de Rodas y de Bizancio, y también de parte del rey Ptolomeo, para concluir la paz[359]. Filipo les contestó más o 10
menos lo mismo que antes; afirmó que él no estaba en contra de la paz, pero los remitió a los etolios, para que tantearan también a éstos. Mas a él mismo la paz 11
le importaba poco, por lo que se dedicó a proseguir sus operaciones.

Supo que los esquifes de Escerdiledas pirateaban **101**
por el cabo de Malea[360], y que trataban a todos los comerciantes a fuer de enemigos; habían roto la tregua y habían capturado algunos de sus propios navíos atracados en Léucade. Aparejó doce naves ponteadas, 2
ocho naves sin cubierta y treinta chalupas, y navegó a través del Euripo[361]: quería a todo trance atrapar a los ilirios, pero se empeñaba aún más en la guerra contra los etolios; desconocía todavía los hechos ocurridos en Italia. Mientras Filipo asediaba Tebas, los 3
romanos eran vencidos por Aníbal en la batalla de Trasimeno[362]; pero la noticia de este suceso no había llegado todavía a tierras de Grecia. Las naves ilirias 4
escaparon a Filipo; éste fondeó en Cencreas y, desde allí, mandó las naves ponteadas con la orden de doblar el cabo de Malea y navegar en dirección a Egio y a Patras; él cruzó el istmo con las restantes y dispuso que todas fondearan en Lequeo. Luego partió a toda prisa 5

359 Cf. 24, 11.
360 En el extremo oriental de Laconia.
361 Cf. nota 101.
362 Junio del 217 a. C.

con sus amigos y se presentó en Argos para asistir a
6 los juegos nemeos. Poco tiempo después de que con-
templara el principio de los ejercicios gimnásticos, llegó
un correo desde Macedonia, con la nueva de que los
romanos habían sido vencidos en una gran batalla y de
7 que Aníbal era dueño del campo. De momento, Filipo
enseñó la carta sólo a Demetrio de Faros, pero le re-
8 comendó que no dijera nada. Éste aprovechó la opor-
tunidad: creía que lo debido en aquellas circunstancias
era terminar, lo más pronto posible, la guerra contra
los etolios e indicaba que debían dedicarse a los pro-
blemas de la Iliria y a una subsiguiente expedición a
9 Italia. Le aseguró que ya ahora toda Grecia estaba bajo
su imperio y que seguiría estándolo: los aqueos lo ha-
rían espontáneamente, por la adhesión que sentían
hacia él; y los etolios, constreñidos por el terror que
les habían causado los hechos de la guerra presente.
10 Una invasión de Italia, afirmó, era el principio del do-
minio universal, cosa que le correspondía a él más que
a cualquier otro. Y éste era el momento, después de la
derrota romana.

102 Con estas palabras enardeció rápidamente a Filipo,
igual que se exaltaría, creo yo, un rey joven, audaz y
mimado por la buena fortuna, quien, encima, procediera
de una dinastía que, a decir verdad, siempre había
aspirado al dominio universal.

2 Filipo, pues, según dije, de momento declaró sólo
a Demetrio el contenido de la carta, pero después re-
unió a sus amigos y se celebró un consejo acerca de
3 la paz con los etolios. Arato no se mostró contrario,
ni mucho menos, a una negociación, porque era evi-
dente que podían concluir la guerra desde una posición
4 de fuerza. El rey ni tan siquiera esperó recibir los lega-
dos que iban a tratar conjuntamente las condiciones
de paz, sino que mandó sin dilaciones a Cleónico de

Naupacto[363] a establecer un contacto con los etolios;
le había encontrado porque, después de su cautiverio[364], 5
esperaba la asamblea de los aqueos; Filipo recogió las
naves que tenía en Corinto y sus fuerzas de tierra, y
con ellas se presentó en Egio. Desde allí avanzó sobre 6
Lasión[365], se apoderó de la fortaleza de Peripia e hizo
un amago de invasión de Élide, para dar la impresión
de que no estaba demasiado dispuesto a dar fin a la
guerra. Luego, después de dos o tres idas y venidas de 7
Cleónico, atendió a los ruegos de los etolios de entablar
conversaciones. Dejó a un lado todas las ocupaciones 8
bélicas y remitió correos a las ciudades aliadas con la
orden de enviar delegados que participaran en la con-
ferencia de paz. Él hizo la travesía con su ejército y 9
estableció su campamento en Panormo, que es un puerto
del Peloponeso situado enfrente de la ciudad de Nau-
pacto; allí aguardó la llegada de los consejeros man-
dados por los aliados. El tiempo de espera para la 10
reunión del consejo lo aprovechó para zarpar hacia Za-
cinto, donde puso en orden personalmente los asuntos
de la isla; se hizo a la mar de nuevo y se presentó en
Panormo[366].

Fin de la guerra con los etolios: conferencia de Naupacto

Cuando los delegados ya es- **103**
tuvieron reunidos, Filipo mandó
a los etolios a Arato y a Tau-
rión[367], acompañados de algunos
etolios que habían acudido a Pa-
normo. Estos aqueos se entrevistaron con los etolios 2
reunidos en asamblea general en Naupacto; tras breves

---

363 Cf. 95, 12, nota 339.

364 Otros interpretan: «a causa de su cautiverio», «porque estaba aún cautivo».

365 Cf. nota 172 del libro IV.

366 Localidad al S. de la isla de Peparetos, que no hay que confundir con Palermo de Sicilia (en griego, también Panormo).

367 Cf. 27, 4; 92, 7; 95, 3-5; nota 326.

conversaciones pudieron comprobar el interés etolio
por llegar a un acuerdo y navegaron de regreso para
encontrarse con Filipo, a fin de exponerle tales disposi-
3 ciones. Los etolios, verdaderamente afanosos de acabar
con aquella guerra, enviaron unos delegados que acom-
pañaran a los legados aqueos: solicitaban de Filipo que
se les presentara con su ejército para que una nego-
ciación directa diera a la situación un ajuste adecuado.
4 El rey, incitado ante tales demandas, zarpó con sus
fuerzas hacia el paraje de Naupacto llamado «La Hon-
donada», distante, todo lo más, veinte estadios de la
5 ciudad. Allí acampó, rodeó las naves y sus fuerzas de
una valla y un foso, y aguardó el momento de la con-
6 ferencia. El ejército etolio se presentó íntegro, pero
desarmado, se detuvo a dos estadios del campamento
de Filipo y envió unos legados a parlamentar sobre la
7 situación presente. Primero el rey envió a todos los de-
legados de los aliados que habían acudido, con el en-
cargo de que ofrecieran la paz a los etolios; la condición
era que cada parte se quedara con lo que poseía en
8 aquel momento. Los etolios aceptaron esta proposición
y, desde entonces, aquello fue un ir y venir continuo de
legaciones. Vamos a omitirlas prácticamente todas, por-
9 que no hicieron nada digno de mención; sin embargo,
recordaremos el discurso de Agelao de Naupacto [368], di-
rigido, en la primera entrevista, al rey y a los aliados
presentes.

Discurso de Agelao de Naupacto

104 Declaró que lo más necesario
era que los griegos no se hicieran
nunca la guerra mutuamente: de-
bían dar muchas gracias a los
dioses si lograban decir todos la
misma cosa y estar de acuerdo, dándose las manos
como los que cruzan un río; con ello, rechazarían las

---

[368] Cf. IV 16, 10-11, y nota 38 del libro IV.

incursiones de los bárbaros, se salvarían ellos mismos
y sus ciudades. En el caso, con todo, de que ello no 2
fuera totalmente posible, pidió que al menos en aquel
momento se pusieran de acuerdo y se precavieran: era
preciso tener en cuenta los formidables ejércitos y la
magnitud de la guerra que se desarrollaba en occiden-
te. Porque es evidente, incluso al que ahora no está 3
muy metido en política, que en esta guerra da lo mismo
que los romanos venzan a los cartagineses o que éstos
triunfen de los romanos, ya que, mírese como se mire,
lo lógico es que los vencedores no se den por satis-
fechos con la posesión de Italia y de Sicilia: acudirán
aquí y ampliarán sus operaciones y desplegarán sus
fuerzas más allá de lo que es justo. Por esto, pidió que 4
todos estuvieron alerta, pero principalmente Filipo. Él 5
constituiría la salvaguardia, si dejaba de destruir a los
demás griegos, convirtiéndolos así en presa fácil de
eventuales asaltantes. Todo lo contrario: debía pre-
ocuparse de los demás griegos como si se tratase de su
propia persona: así, todas las partes de Grecia le serían
afectas y se le unirían. Si afrontaba los problemas de 6
esta manera, todos los griegos le serían colaboradores
fieles y seguros en todos sus proyectos. Los extranjeros
conspirarían menos contra su imperio, admirados por
la lealtad que le profesarían los griegos. Si le atraían 7
las acciones bélicas, le indicó que girara sus ojos a occi-
dente, que se aplicara a las guerras que se libraban en
Italia. Debía convertirse en espectador sagaz e inten-
tar, cuando se ofreciere la oportunidad, hacerse con el
imperio del universo. El momento actual permitía abri- 8
gar esta esperanza. Exhortó a Filipo a aplazar sus dife- 9
rencias con los griegos y sus guerras contra ellos, y a
poner el máximo empeño en esto, para poder reconciliar-
se con ellos o bien hacerles la guerra cuando quisiera.
Porque si aguardaba a que los nubarrones que ahora 10

se levantan por occidente[369] se cernieran sobre parajes griegos, mucho se temía, afirmó, que estas treguas y estas guerras, en una palabra, estos juegos con los que ahora nos entretenemos mutuamente se nos trunquen
11 a todos de un modo tal, que debamos pedir a los dioses la libertad de hacernos la guerra cuando queramos, de hacer las paces igualmente y, en resumen, el ser dueños de nosotros mismos en las disputas que tengamos.

Reflexiones sobre el momento histórico

105 Tal fue el contenido del discurso de Agelao, con el cual incitó a todos los aliados a hacer la paz y, principalmente, a Filipo, pues usó de expresiones apropiadas a la predisposición que en él habían operado los avisos
2 anteriores de Demetrio. Hubo un acuerdo general en todos y cada uno de los puntos, ratificaron los pactos y cada uno se retiró a su país llevando consigo la paz, y no la guerra.

3 Todos estos hechos sucedieron en el año tercero de la Olimpíada ciento cuarenta, me refiero a la derrota de los romanos en la batalla de Trasimeno, a la campaña de Antíoco en Celesiria y al tratado de paz entre los aqueos y Filipo, por un lado, y los etolios, por el otro.
4 La conferencia celebrada entonces enlazó por primera vez los acontecimientos de Grecia, de Italia y aun
5 del África, porque ni Filipo ni los demás hombres de estado griegos, cuando se hicieron la guerra y cuando pactaron la paz, tuvieron como punto de referencia la situación en Grecia, sino que todos tenían la vista pues-
6 ta en objetivos de Italia. Y muy pronto ocurrió algo
7 semejante con los isleños y los habitantes del Asia. En efecto: los que estaban descontentos de Filipo y algunos que tenían diferencias con Átalo ya no se giraron hacia

369 Esta figura se ha hecho famosa: IX 37, 10; XXXVIII 16, 3, con precedentes en HOMERO, *Ilíada* XVII 243; ARQUÍLOCO, fr. 56.

Antíoco o hacia Ptolomeo, ni hacia el sur ni hacia el norte, sino que desde entonces miraron a poniente; unos enviaban legados a los cartagineses, y otros, a los
romanos. Y los romanos hicieron lo mismo con los grie- 8
gos: temían la audacia de Filipo y se previnieron ante un ataque suyo en las circunstancias en que se encontraban.

Nosotros, creo, según el planteamiento inicial[370], 9
hemos mostrado claramente el cómo, el cuándo y las causas que hicieron que los acontecimientos de Grecia
conectaran con los de Italia y los de África[371]. Ahora 10
sólo nos resta continuar la exposición de la historia de Grecia hasta alcanzar el tiempo en que los romanos perdieron la batalla de Cannas. En esta catástrofe interrumpimos la explicación de la historia de Italia; ahora acabaremos este libro haciéndole alcanzar la fecha indicada.

Grecia, Egipto y Asia durante los años 217/216

Los aqueos, tan pronto se des- 106
hicieron de la guerra, eligieron por general a Timóxeno[372] y se reintegraron a sus costumbres y
modo de vida. Igualmente las res- 2
tantes ciudades peloponesias recuperaron sus bienes, cultivaron las tierras, renovaron las asambleas y los sacrificios patrios y los demás ritos, tradicionales en
cada lugar, en honor de los dioses. Las poblaciones casi 3
habían olvidado todo esto debido a las guerras continuas
precedentes. Yo no llego a entender cómo los pelopo- 4

370 I 3, 1 ss.; IV 28, 2-6.

371 El sincronismo que aquí intenta Polibio es bastante forzado; sólo puede fundamentarse, como nota Pédech, *Polybe, V*, pág. 109, en nota, en que Filipo V, en este año 217, *pensaba* invadir Italia. Lo mismo advierte Walbank, *Commentary*, ad loc., para las batallas de Trasimeno y Rafia.

372 Pretor de los aqueos; ya lo había sido anteriormente; cf. II 53, 2 y IV 6, 4.

nesios, que tienen un carácter muy dado a una vida
plácida y humana, son los que menos se aprovechan
de él, al menos en los tiempos pretéritos; más bien,
según los versos de Eurípides, fueron siempre gentes
ardientes en la guerra, que no dan reposo a la lanza[373].
5 Con todo, me parece lógico que les ocurra esto, pues
todos sienten ansias de dominar y, además, tienen un
amor innato a la libertad, lo cual promueve entre ellos
luchas continuas; jamás están dispuestos a ceder una
supremacía.

6 Los atenienses se vieron libres del temor que les in-
fundían los macedonios y dieron la impresión de dis-
7 frutar con firmeza de su libertad. Habían nombrado
magistrados supremos a Euríclidas y a Mición[374], y no
intervinieron para nada en las cuestiones de los demás
griegos. Fieles siempre a las directrices de sus jefes, o
más bien a sus caprichos, adularon a todos los reyes[375]
8 y, más que a todos, a Ptolomeo. Pasaron por decretos
y proclamas de todo género e hicieron caso omiso de
lo razonable, debido todo a la simpleza de sus gober-
nantes.

107 Inmediatamente después de estos sucesos, Ptolomeo
se vio obligado a guerrear contra sus propios súbdi-

---

373 En las obras de Eurípides conservadas no se encuentra ni verso ni expresión semejante. Es el fr. 998 de la edición de Nauck.

374 Estos dos personajes, que eran hermanos, dirigieron la política de Atenas del 242 al 212. Lograron que la guarnición macedonia abandonara la ciudad y rehusaron apoyar a Arato en su guerra contra Cleómenes.

375 Walbank, *Commentary*, ad loc., nota aquí que, aún más que a Ptolomeo, adularon a Átalo de Pérgamo, quien envió a Atenas varias estatuas suyas para que las plantaran para celebrar sus propias victorias contra los galos (cf. XVI 25, 5-9). Pédech, *Polybe, V*, pág. 170, en nota, observa que el tono de Polibio es demasiado hostil, porque el historiador es un entusiasta ferviente de Arato.

tos[376]. Este rey, en efecto, había armado a los egipcios 2
para la guerra contra Antíoco: tal determinación le resultó acertada para el presente, pero equivocada para
el futuro. La victoria de Rafia ensoberbeció a aquellas 3
gentes y ya no soportaron más la autoridad. Se creían capaces de bastarse a sí mismos y se buscaron un capitoste bien figurado, cosa que acabaron por lograr, y muy pronto.

Antíoco hizo grandes preparativos durante el invier- 4
no; luego, al llegar el verano, pactó una acción común con el rey Átalo, rebasó la cordillera del Tauro y entabló una guerra contra Aqueo.

Los etolios de momento quedaron satisfechos de la 5
paz concluida con los aqueos, porque la guerra no se había desarrollado según sus planes (por esto habían elegido por general a Agelao de Naupacto, que parecía ser el hombre que más había colaborado a hacer las
paces), pero, muy poco tiempo después, empezaron a 6
dar signos de desagrado y echaban en cara a Agelao que les había privado de todos los beneficios procedentes del exterior y de perspectivas para el futuro, debido a que había hecho la paz no con sólo algunos griegos,
sino con todos. Sin embargo, el hombre aguantó estos 7
reproches tan necios y refrenó los impulsos de los etolios, de manera que éstos se vieron forzados a contenerse, contra su temperamento.

El rey Filipo, después del tratado, regresó por mar 108
a Macedonia y allí se encontró que Escerdiledas, aun bajo el pretexto del dinero que se le debía, por el cual ya en Léucade[377] había atacado unos navíos a traición, había saqueado la plaza de la región de Pelagonia llama-
da Piseo, y se había anexionado, o por miedo o por pro- 2
mesas, algunas poblaciones de Dasarétide[378], como Anti-

[376] Polibio explica sumariamente esta guerra en XIV 12, 4.
[377] Cf. 95, 1-3.
[378] Pelagonia confinaba con Iliria al O. de Macedonia. Dasa-

patria, Crisondo y Gerunta[379]; además había hecho una
3 incursión por las regiones macedonias limítrofes. Filipo,
pues, salió al punto con su ejército con la intención y
el empeño de recuperar las ciudades que le habían
4 hecho defección. En pocas palabras: decidió hacer la
guerra a Escerdiledas, pues creía que lo más necesario
era poner en orden la Iliria, ello en vistas a proyectos
5 ulteriores, principalmente su paso a Italia. Esta espe-
ranza y este proyecto Demetrio los estimulaba en el
rey continuamente, de manera que Filipo, incluso dor-
mido, soñaba en esto y en que se encontraba ya en
6 plenas operaciones. Demetrio actuaba así no para favo-
recer a Filipo (cosa que en sus cálculos ocupaba el
tercer lugar), sino más bien por su malquerencia contra
los romanos y, lo principal, por las esperanzas que al-
7 bergaba acerca de sí mismo, pues creía que sólo así
8 podría recuperar su reino de Faro. Por lo demás, Filipo
se puso en campaña y recuperó las ciudades citadas;
en Dasarétide, ocupó Creonio y Gerunta, y en las orillas
del lago Licnidio, Enquelana, Ceraca, Sation y Beo; en
el distrito de Calicena, se apoderó de Bantia, y en el
9 de los llamados Pisantinos, de Orgiso. Llevadas a cabo
con éxito estas operaciones, licenció a sus tropas para
que pasaran el invierno[380].

Éste era aquel en el que Aníbal, tras devastar las re-
giones más fértiles de Italia, se disponía a hibernar en
10 Gerunio, en Daunia[381]; los romanos habían nombrado
cónsules a Cayo Terencio y a Lucio Emilio[382].

---

rétide se extendía al O. de los grandes lagos hasta el Apso, río sobre el cual se sitúa Antipatria.

379 Estas ciudades están situadas al SE. de Iliria, pero su localización es difícil.

380 Del año 217/216.

381 Cf. III 100.

382 Son Cayo Terencio Varrón y Lucio Emilio Paulo, los cónsules romanos vencidos en la batalla de Cannas.

Durante el invierno Filipo calculó que para llevar 109
a cabo sus proyectos necesitaba de naves y de un cuer-
po de remeros, no para una batalla naval, pues no se 2
creía capaz de un choque por mar contra los romanos,
sino más bien para transportar los soldados, trasladar-
los más aprisa al lugar propuesto y aparecer inespera-
damente ante el enemigo. En la suposición de que para 3
esto los mejores astilleros eran los de Iliria, les en-
cargó la construcción de cien esquifes, siendo segura-
mente el primer rey macedonio que hizo esto. Los apa- 4
rejó, concentró sus fuerzas y cuando empezó el verano
entrenó a los macedonios por breve espacio de tiempo
en el arte de remar y zarpó. Eran los días en que An- 5
tíoco había atravesado el Tauro. Filipo navegó por el
Euripo, dobló la punta Malea y se presentó en Léucade
y en Cefalenia. Allí fondeó y esperó impaciente la flota
romana. Avisado de que ésta había anclado en el Lilibeo, 6
zarpó con más confianza y avanzó, navegando en direc-
ción a Apolonia.

Cuando estaba ya cerca de la desembocadura del 110
río Aoo, que fluye junto a la ciudad de los apoloniatas,
invadió a su escuadra un pánico semejante al que a
veces se da en los ejércitos de tierra. Lo que sucedió 2
fue que algunos esquifes que navegaban a retaguardia
habían fondeado en la isla de Sasos[383], que está en la
entrada del mar Jonio. Estos esquifes se presentaron de
noche a Filipo y las tripulaciones le advirtieron que
junto a ellos habían echado anclas unas naves proce-
dentes del estrecho de Mesina. Sus dotaciones les ha- 3
bían avisado de que en Regio habían dejado unas pen-
teras romanas que navegaban rumbo a Apolonia para
ayudar a Escerdiledas. Filipo supuso que, a no tardar, 4
una flota formidable se le iba a echar encima y cogió

383 Esta isla, actualmente llamada Sasona, pertenece a Albania.

miedo; mandó levar anclas al instante y deshacer la
5 navegación que ya habían hecho. La operación de zar-
par y la retirada se hicieron en medio de un descon-
cierto general. Al cabo de dos días atracó en Cefalenia;
6 se había singlado sin parar, día y noche. Allí cobró
un poco de ánimo y se quedó, bajo el pretexto de que
7 debía componer ciertos asuntos en el Peloponeso. Pero
en realidad le había sobrevenido un temor sin funda-
8 mento. Es verdad que Escerdiledas, informado durante
el invierno de que Filipo había ordenado la construc-
ción de muchos esquifes, temía que éstos se le presenta-
ran por mar y, por esto, había enviado legados a los
romanos, a ponerles en guardia y en demanda de ayuda.
9 Pero los romanos sólo le mandaron diez naves resta-
das a su escuadra del Lilibeo: eran precisamente las
10 que habían sido vistas en Regio. Si Filipo no hubiera
huido tan absurdamente, presa del pánico, muy proba-
blemente habría alcanzado sus objetivos en Iliria, pues-
to que los romanos sólo pensaban y hacían preparativos
para la batalla de Cannas, contra Aníbal; incluso quizás
11 hubiera capturado aquellas naves romanas. Pero ahora,
confundido por aquel aviso se retiró a Macedonia, in-
demne sí, pero sin gloria.

Prusias y los galos

111 En esta misma época, Prusias
llevó a cabo una gesta digna de
2 mención. Los galos que el rey Áta-
lo había hecho acudir desde Eu-
ropa para su guerra contra Aqueo,
pues tenían fama de valerosos, desertaron del rey cita-
do, por los recelos reseñados más arriba. Devastaron,
de manera salvaje y violenta, las poblaciones del Heles-
3 ponto y acabaron por poner sitio a Ilion. Pero los habi-
tantes de Alejandría, en Tróade, realizaron entonces
4 una hazaña no desprovista de nobleza; enviaron a Te-
misto con cuatro mil hombres, levantaron el cerco de
Ilion, echaron de toda Tróade a los galos, a quienes

interceptaron los suministros, y frustraron los proyec-
tos. Los galos retuvieron la ciudad llamada Arisbe[384], 5
en el país de los abidenos, y desde allí atacaban y ha-
cían la guerra a los habitantes de la región. Prusias 6
salió contra ellos con un ejército, dio una batalla en la
que aniquiló a todos los hombres; masacró a sus mu-
jeres y a sus hijos en su propio campamento, y concedió
a sus soldados todo el bagaje enemigo. Mediante esta 7
operación libró de un gran miedo y peligro a las ciu-
dades del Helesponto y dejó un espléndido ejemplo a
los futuros, para que los bárbaros no pasaran tan fácil-
mente de Europa a Asia.

Epílogo

Ésta era la situación en Grecia 8
y en Asia. En Italia, después de
la batalla de Cannas, la mayoría
de las poblaciones se pasó a los
cartagineses, como ya se ha ex-
puesto más arriba[385]. Nosotros, ahora detendremos la 9
narración en esta fecha, ya que hemos explicado la his-
toria de Asia y la de Grecia que abarca la Olimpíada
ciento cuarenta. En el libro siguiente, tras una breve 10
recapitulación del libro introductorio, pasaremos a tra-
tar de la constitución romana, de acuerdo con la pro-
mesa inicial.

---

384 En Tróade. Ya sale en el «Catálogo de las Naves» homérico, *Ilíada* II 836. Era una colonia milesia o de Mitilene. También la cita Heródoto, I 151.

385 Cf. III 118, 2-5.

LIBRO VI[1]

(FRAGMENTOS)

Fragmentos de la introducción[2]

1 Soy muy consciente de que algunos no van a entender cómo establecemos aquí[3] una solución de continuidad, sin seguir el hilo de la exposición, y situamos en
2 este punto la apología de la constitución[4] citada. Pero

---

[1] Para una recta comprensión de este libro VI de Polibio es necesaria una lectura atenta y detenida, teniendo el texto griego delante, del fundamental artículo de CLAUDE NICOLET, «Polybe et les institutions romaines», inserto en la obra *Polybe. Neuf exposés...* Este libro VI sobre la constitución romana es una digresión útil y necesaria. Su descripción responde a la constitución romana entre los años 218-180 a. C. (Pédech, en la discusión del artículo citado de Nicolet, pág. 264.) Pero la exposición de Polibio es fragmentaria, y ello no sabemos si se debe a una intencionalidad del autor o a que el epitomador ha suprimido lo que le ha parecido menos importante u oportuno. Véase, en el artículo citado de NICOLET, «Les silences de Polybe», páginas 215-222.

[2] El libro VI de Polibio es el primero que se conserva sólo en fragmentos, que, sin embargo, dan una visión cabal de lo que era el libro. Parece, sin embargo, que el orden de los capítulos tal como hoy lo disponen los editores no es el originario de la primera redacción polibiana. Pero fue el mismo Polibio quien posteriormente intercaló el tratamiento de temas condicionados por hechos históricos recientes. Véase NICOLET, *Polybe. Neuf exposés...*, passim, pero especialmente en la pág. 193. Por lo

creo que en muchos pasajes de mi obra ha quedado
claro, ya desde el principio, que esta parte de mi ex-
posición es algo indispensable en el conjunto. Se ha 3
dicho principalmente en la presentación preliminar[5],
en el comienzo de mi historia, donde afirmamos que,
de nuestra obra, lo más bello y, al mismo tiempo, lo
más útil para los lectores en su dedicación sería com-
prender y profundizar cómo pudo suceder y cuál fue
la constitución que lo consiguió, que los romanos llega-
ran a dominar casi todo el mundo en menos de cin-
cuenta y tres años[6], cosa que no tiene precedentes. Lo 4
he estado pensando, y no he encontrado lugar más
apropiado que el presente para someter a la atención
y a la crítica lo que nos disponemos a exponer acerca
de la constitución romana. Del mismo modo que quie- 5
nes pretenden emitir un juicio sobre la vida privada
de personas negligentes o bien muy activas, si se pro-
ponen que este juicio sea correcto, basarán su análisis
no en los períodos tranquilos de su vida, sino en sus
peripecias desafortunadas y en los momentos felices de
los grandes éxitos, en la convicción de que la prueba 6

---

demás, Weil-Nicolet, en su edición *Polybe, VI,* París, 1977, anteponen a estos primeros fragmentos de la introducción una serie de textos extraídos del mismo Polibio, en los que se hace referencia al contenido de este libro VI, primordialmente la constitución romana. Pero no todos los textos ofrecen una referencia indudable; cf. la discusión de Walbank, *Commentary,* pág. 636.

3 La batalla de Cannas (216 a. C.).

4 «Constitución» es una traducción cómoda, pero no totalmente exacta del término griego *politeía,* o bien *politeuma,* que también puede significar «estado», «ciudad». Véase Nicolet, *Polybe. Neuf exposés...,* pág. 223.

5 Es el mismo comienzo de la obra de Polibio.

6 Estos años se cuentan desde 220/219 a. C. (inicio de la segunda guerra púnica) y 168/167 (batalla de Pidna, que para Polibio es el inicio del dominio universal de Roma, cf. Antonio Tovar-Martín Sánchez Ruipérez, *Historia de Grecia,* Barcelona, 3.ª ed., 1972, pág. 339). Cf. Walbank, *Commentary,* I 1, 5.

de la perfección humana consiste únicamente en la capacidad de soportar con nobleza y entereza los cambios de fortuna[7], no de otra manera es preciso con-
7 templar una constitución. Yo no veo cambio mayor o más radical que el que han experimentado[8] los romanos en nuestra época, y por esto he desplazado hasta este lugar el tratamiento de la constitución citada. La magnitud del cambio se puede ver por lo que sigue.

2 Lo que resulta atrayente y, a la vez, útil para los estudiosos es la contemplación de las causas y la selec-
2 ción, en cada caso, de la más convincente. En todo asunto, y en la suerte o en la fortuna adversa, debemos creer que la causa principal es la estructura de la cons-
3 titución, ya que de ella brotan, como de una fuente, no sólo las ideas y las iniciativas en las empresas, sino también su cumplimiento.

Si una mentira resulta inverosímil, no la pueden defender los que yerran.

Las diversas constituciones

3 De aquellos estados griegos que con frecuencia han llegado a ser grandes y, con frecuencia también, han experimentado un cambio[9] total en dirección opuesta, resulta fácil la interpretación del pasado y la predic-
2 ción de su futuro. En efecto: describir lo que ya se sabe no ofrece dificultades, y predecir el futuro no es nada intrincado si nos guiamos por lo que ya ha suce-

---

[7] Pensamiento claramente estoico. Polibio pensaba posiblemente en su propio cautiverio tras la batalla de Pidna.

[8] En rigor, el verbo griego recubierto por esta palabra puede significar también «han sufrido», pero el contexto no parece admitir este significado.

[9] La palabra griega correspondiente (*metabolē*) es un término médico existente aún (en sus derivados) en la medicina actual. Polibio concibe una constitución como un ser viviente. Sobre la culminación y caída de los estados, cf. PLATÓN, *Leyes* III 676b-c.

dido. Pero en el caso concreto de los romanos no es 3
nada sencillo ni comentar la situación actual, debido
a la complejidad de su constitución, ni predecir el fu-
turo, porque ignoramos[10] sus instituciones pretéritas,
tanto las públicas como las privadas. Se precisa, pues, 4
una atención no vulgar en la investigación si se pretende
alcanzar una sinopsis nítida de las cualidades distin-
tivas del régimen romano.

La mayoría[11] de los que quieren instruirnos acerca 5
del tema de las constituciones, casi todos sostienen
la existencia de tres tipos de ellas: llaman a una «rea-
leza», a otra «aristocracia» y a la tercera «democracia».
Pero creo que sería muy indicado preguntarles si nos 6
proponen estas constituciones como las únicas posibles,
o bien, ¡por Zeus!, solamente como las mejores. Me 7
parece que en ambos casos yerran. En efecto, es evi-
dente que debemos considerar óptima la constitución
que se integre de las tres características citadas[12]. De 8
ella hemos encontrado una experiencia no teórica, sino

---

10 Polibio olvida aquí intencionadamente las obras de sus predecesores que han descrito la historia de Roma. Sin embargo, más tarde nos dará, en este mismo libro (11a), una arqueología romana que recuerda la de Tucídides.

11 El origen de la división tripartita parece ser de origen sofista: de Hipódamo de Mileto lo recogió Aristóteles, a quien llegó a través de Ion de Quíos o de ciertos pitagóricos. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc. Pero un debate sobre los tipos de constitución se da ya en HERÓDOTO, III 82, 1.

12 La constitución mixta que, en este libro, Polibio cita aquí por primera vez, no era, naturalmente, un descubrimiento suyo. La primera referencia la encontramos en TUCÍDIDES, VIII 97, 2. ARISTÓTELES nos recuerda que ya algunos tuvieron por mixta la constitución de Gortina (*Política* II 12, 1273b, 35), pero la constitución mixta por excelencia entre los griegos es la de Esparta, como Polibio expone más abajo. Con todo, la fuente inmediata de Polibio, en cuanto a la teoría de la constitución mixta, es Dicearco, en una obra hoy perdida.

práctica cuando Licurgo[13] estructuró la primera constitución de los espartanos, que presentaba estas pe-
9 culiaridades. Sin embargo, tampoco se puede admitir que sólo existan estas tres variedades: hemos visto constituciones monárquicas y tiránicas que, aunque difieran grandemente de la realeza, parece que tengan
10 cierta afinidad con ella: de ahí que todos los monarcas mientan y usen del nombre «realeza» mientras les es
11 posible. Han existido también muchas constituciones oligárquicas que parecen tener alguna semejanza con las aristocracias, cuando, por así decir, distan mucho
12 de ellas. Y la misma afirmación es válida para la democracia.

4 La verdad de lo dicho se demuestra por lo siguien-
2 te: no todo gobierno de una sola persona ha de ser clasificado inmediatamente como realeza, sino sólo aquel que es aceptado libremente y ejercido más por
3 la razón que por el miedo o la violencia. Tampoco debemos creer que es aristocracia cualquier oligarquía; sólo lo es la presidida por hombres muy justos y pru-
4 dentes, designados por elección. Paralelamente, no debemos declarar que hay democracia allí donde la turba sea dueña de hacer y decretar lo que le venga en gana.
5 Sólo la hay allí donde es costumbre y tradición ancestral venerar a los dioses, honrar a los padres, reverenciar a los ancianos y obedecer las leyes; estos sistemas, cuando se impone la opinión mayoritaria, deben ser
6 llamados democracias. Hay que afirmar, pues, que existen seis variedades de constituciones: las tres repetidas por todo el mundo, que acabamos de mencionar, y tres que les son afines por naturaleza[14]: la monarquía[15], la

---

[13] Polibio se apoya aquí en Platón y Aristóteles. Cf. Walbank, *Commentary*, ad loc.

[14] «Afines por naturaleza», porque cada buena constitución comporta en sí el germen que la hará degenerar.

[15] En todo este tratado de las constituciones la palabra «mo-

oligarquía y la demagogia. La primera que se forma 7
por un proceso espontáneo y natural es la monarquía,
y de ella deriva, por una preparación y una enmienda,
la realeza. Pero se deteriora y cae en un mal que le es 8
congénito, me refiero a la tiranía, de cuya disolución
nace la aristocracia. Cuando ésta, por su naturaleza, 9
vira hacia la oligarquía, si las turbas se indignan por
las injusticias de sus jefes, nace la democracia. A su 10
vez, la soberbia y el desprecio de las leyes desembocan,
con el tiempo, en la demagogia. Se puede constatar 11
clarísimamente la verdad de mis afirmaciones, si nos
paramos a pensar en los principios naturales, la génesis
y las transformaciones de cada constitución, porque 12
sólo quien considera cómo nace cada una de ellas podrá
entender también su desarrollo, su culminación, sus
transformaciones, su final y cómo, cuándo y de qué
manera acontecen. He creído que esta es la manera 13
más adecuada a mi exposición, principalmente en lo que
atañe a la constitución romana, porque explica naturalmente, a partir del principio, su estructura y su
crecimiento.

Quizás la exposición de las transformaciones natu- 5
rales de una constitución en otra se profundiza más en
Platón[16] y otros filósofos, pero tales estudios resultan
complicados y muy largos, y, consecuentemente, son
accesibles a pocos; aquí intentaremos sólo llegar a lo 2
que exige la historia política y el nivel medio de la inteligencia; procuraremos recorrer compendiadamente la

---

narquía» ha de ser tomada en el sentido estrictamente etimológico: «gobierno de un solo hombre». Muchas veces este hombre es un tirano. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc. y WEIL-NICOLET, *Polybe, VI*, París, 1977, pág. 72, en nota. Por lo demás, se ve claro que Polibio distingue inmediatamente entre «monarquía» y «realeza».

16 Pero Polibio no se inspira directamente en Platón, sino en algún discípulo más reciente de la escuela peripatética.

3 materia. Si la presentación da la impresión de adolecer de deficiencias por el hecho de ser generalizadora, el examen detallado de los temas tratados a continuación compensará sobradamente las dudas que ahora puedan quedar.

4 ¿A qué[17] orígenes me refiero y de dónde afirmo que
5 surgen las primeras comunidades políticas? Cada vez

[17] Aquí empieza la famosa anaciclosis de Polibio. En esta sección nuestro historiador describe, en esquema, la secuencia del desarrollo político por el que las formas de constitución se suceden unas a otras en un proceso cíclico. En la anaciclosis polibiana parecen confluir dos tradiciones separadas: a) una sobre el origen de la cultura, que se remonta a los sofistas y, especialmente, a Protágoras, y b) otra sobre las causas de la corrupción en los estados (7-9). La primera idea germinal de todas estas teorías se encuentra, seguramente, en Solón cuando dice que la *anomía* (desgobierno) lleva a la tiranía. Pero Platón es el primero en formular explícitamente esta teoría (*Rep.* VIII 544c). No puedo seguir aquí la detalladísima introducción de WALBANK, *Commentary*, ad loc., a esta anaciclosis polibiana; sólo decir que Polibio contempla su exposición íntimamente ligada a la constitución mixta (cf. nota 12) y que la considera un fenómeno biológico de origen, crecimiento, culminación y declive. Pero este declive, esta recaída en el estado caótico inicial no dice Polibio que conduzca necesariamente a la reinstauración del ciclo. Puede que el estado óptimo para Polibio sea el de «rey», por oposición a «monarca», que, como vimos en una nota anterior, para Polibio tiene la connotación de tirano. Pero Polibio no deja de tener ante sus ojos la constitución romana, para él difícilmente explicable por su complejidad y por la ignorancia de su pasado. Su espejo son las ciudades griegas, pero, a pesar de todo, la Roma del s. II a. C. debe ser tenida en cuenta. En la consideración de Polibio hay personajes romanos, principalmente Catón el Censor y Escipión Emiliano, como ejemplos positivos. El contraste de la virtud de estos hombres con la juventud romana corrompida por el lujo y el poder de Roma conduce a Polibio al pesimismo: de la realeza se pasó a la tiranía, de ésta a la aristocracia. Posiblemente, Polibio considera la nación romana ya en declive. Para él, el momento culminante habrían sido las dos primeras guerras púnicas. Con todo, cf. n. 128, la cosa no está muy clara. Como sea, Polibio dedica especial atención a estas dos guerras en su obra.

que por inundaciones, por epidemias, por malas cose-
chas o por otras causas por el estilo se produce un ani-
quilamiento de la raza humana, como los que sabemos
que ya se han dado, razón que hace pensar que se repe-
tirán, incluso con frecuencia, en tal caso desaparecen 6
las costumbres y las habilidades de los hombres. Cuan-
do los supervivientes se multiplican de nuevo como una
simiente y, a medida que transcurre el tiempo, llegan
a ser multitud, entonces ocurre, por descontado, lo 7
mismo que con los seres vivos restantes [18]: los hombres
se reúnen. Es lógico que lo hagan con sus congéneres,
en razón de su debilidad natural. Ineludiblemente el
que sobresalga por su vigor corporal o por la audacia
de su espíritu dominará y gobernará. En efecto: lo que 8
se comprueba en las otras especies irracionales vivien-
tes, debemos considerarlo como obra rigurosamente au-
téntica de la naturaleza. Y entre los demás seres vivos
es notorio que se imponen los más fuertes: así entre
los toros, los jabalíes, los gallos y otras bestias seme-
jantes. Es natural que al principio también las vidas 9
de los hombres discurran así, en manadas, como los
animales: se sigue a los más fuertes y vigorosos. Su
límite en el gobierno es su fuerza; a eso podemos
llamarlo «monarquía». Pero cuando, con el tiempo, en 10
estos grupos de hombres la convivencia hace surgir el
compañerismo se da el inicio de la realeza, y entonces
por primera vez nacen entre los humanos las ideas de
belleza y de justicia, e igualmente las de sus contra-
rios [19].

---

18 La comparación de la sociedad de hombres con grupos de animales era un tópico de la sofística. Pero, en XVIII 15, 16, Polibio señala nítidamente la distinción entre hombres y animales, por lo demás ya insinuada aquí cuando se dice que los hombres siguen al más fuerte, no por ser coaccionados, sino por convicción.

19 Polibio recuerda activamente la máxima aportación de

6 La manera como estas nociones nacen y se des-
2 arrollan es la siguiente: los seres humanos tienden por
naturaleza a la unión sexual, de la que se sigue el naci-
miento de hijos; cada vez que uno de ellos, llegado a la
edad adulta, no agradece ni presta ayuda a los que le
cuidaron en su crecimiento, sino que, por el contrario,
3 les daña y habla mal de ellos, es lógico y natural que
esto desagrade y ofenda a los que lo ven y saben los
cuidados de los progenitores, las angustias que pasa-
ron por sus hijos y cómo los alimentaron y se preocu-
4 paron de ellos. El linaje humano se distingue de los
otros seres vivos en que sólo él puede razonar y calcu-
lar; no sería natural que los hombres no se apercibie-
ran de la diferencia reseñada; los otros seres vivos,
5 ciertamente, la desconocen. Los hombres tienen con-
ciencia de lo sucedido y se indignan al punto, porque
prevén el futuro y piensan que también a ellos les puede
6 ocurrir algo parecido. Y así cuando, para poner otro
ejemplo, alguien que está apurado recibe de otro una
ayuda o un socorro, y no se muestra agradecido a su
bienhechor, antes al contrario, procura dañarle: es claro
y natural que los que se dan cuenta de ello se enojen
contra un hombre así y les repugne, irritados por tal
ofensa al prójimo e imaginándose a sí mismos en aquella
7 situación. De todo esto nace en cada hombre una cierta
noción[20] del deber, de su fuerza y de su razón, cosas
que constituyen el principio y la perfección de la jus-
8 ticia. De modo semejante, siempre que un hombre de-
fienda a los restantes en un riesgo y se oponga y resista
la arremetida de los animales más fuertes, es natural
que la masa del pueblo le otorgue distintivos de honor

Grecia al mundo occidental: la abstracción como principio de cualquier desarrollo científico e intelectual.

[20] Aquí la tradición manuscrita es insegura: quizás deba leerse, en vez de *énnoia* (noción), *theoría* (visión), pero, en cualquier caso, el sentido varía poco.

y de favor, pero de reprobación y de disgusto, a quien
hubiera hecho lo contrario. Y así también es explicable 9
que en las gentes nazca un concepto de lo bueno y de lo
malo, así como de la diferencia que hay entre estas dos
nociones. La primera será objeto de imitación y de emu-
lación, por las ventajas que comporta; la segunda lo
será de repulsa. Cuando, entre estos hombres, el jefe, 10
el que detenta la suprema autoridad, pone su fuerza
de acuerdo con las nociones citadas, en armonía con
los pareceres de la multitud, de modo que sus súbditos
llegan a creer que da a cada uno lo que merece, aquí 11
ya no actúa el miedo a la fuerza bruta; es, más bien, por
una adhesión a su juicio por lo que se le obedece y se
conviene en conservarle el poder incluso cuando enve-
jece; le protegen y combaten a su favor contra los que
conspiran para derrocarlo. De esta manera se pasa in- 12
advertidamente de la monarquía a la realeza[21], cuando
la supremacía pasa de la ferocidad y de la fuerza bruta
a la razón.

Así se forma naturalmente entre los hombres la pri- 7
mera noción de justicia y de belleza, y de sus contra-
rios, éste es el principio y la génesis de la realeza au-
téntica. Y el poder es reservado no solamente a estos 2
reyes, sino también a sus descendientes, al menos en la
mayoría de casos, pues el pueblo cree que los engen-
drados por tales hombres y educados por ellos tendrán
unas disposiciones semejantes. Si eventualmente los des- 3
cendientes de estos reyes son causa de disgusto, la elec-
ción de nuevos reyes y de gobernantes ya no se hace
según el vigor corporal o el coraje, sino según la supe-
rioridad de juicio y de razón, pues las gentes ya tienen
experiencia, basada en las mismas obras, de la diferen-
cia existente entre los dos tipos de cualidades. Antigua- 4

21 La idea implícita es que el crecimiento de los conceptos éticos pasa de la monarquía (= tiranía) a la realeza.

mente, una vez elegidos para la realeza, los que deten-
taban esta potestad envejecían en ella: fortificaban y
amurallaban los lugares estratégicos y adquirían tie-
rras, tanto por razones de seguridad como para garan-
tizar abundancia de lo necesario a sus subordinados.
5 Al propio tiempo, el afanarse por esto les libraba de
toda calumnia y envidia, porque ni en los vestidos ni
en la comida ni en la bebida se distinguían de los demás.
Llevaban una vida muy semejante a la de sus conciu-
dadanos, pues en realidad compartían la del pueblo.
6 Pero cuando los que llegaban a la regencia por sucesión
y por derecho de familia dispusieron de lo suficiente
para su seguridad y de más de lo suficiente para su
7 manutención, entonces tal superabundancia les hizo
ceder a sus pasiones y juzgaron indispensable que los
gobernantes poseyeran vestidos superiores a los de los
súbditos, disfrutaran de placeres y de vajilla distinta
y más cara en las comidas y que en el amor, incluso
8 en el ilícito, nadie pudiera oponérseles. De ahí surgió
la envidia y la repulsa que, a su vez, causó odio y una
irritación maligna. En suma, la realeza degeneró en
tiranía, principio de disolución y motivo de conspira-
9 ciones entre los gobernados. Los complots, los organi-
zaba no precisamente la chusma, sino hombres magná-
nimos, nobles y valientes, porque eran ellos los que
menos podían soportar las insolencias de los tiranos.

8 La masa, cuando recibe caudillos, junta su fuerza
a la de ellos por las causas ya citadas y elimina total-
mente el sistema real y el monárquico; entonces empieza
2 y se desarrolla la aristocracia. El pueblo, en efecto,
para demostrar al instante su gratitud a los que derri-
baron la monarquía, les convierte en sus gobernantes
3 y acude a ellos para resolver sus problemas. Al prin-
cipio, estas nuevas autoridades se contentaban con la
misión recibida y antepusieron a todo el interés de la
comunidad; trataban los asuntos del pueblo, los públi-

cos y los privados, con un cuidado prudente. Pero cuan- 4
do, a su vez, los hijos heredaron el poder de sus padres,
por su inexperiencia de desgracias, por su desconoci-
miento total de lo que es la igualdad política y la liber-
tad de expresión, rodeados desde la niñez del poder y la
preeminencia de sus progenitores, unos cayeron en la 5
avaricia y en la codicia de riquezas injustas, otros se
dieron a comilonas y a la embriaguez y a los excesos
que las acompañan, otros violaron mujeres y raptaron
adolescentes: en una palabra, convirtieron la democra-
cia en oligarquía. Suscitaron otra vez en la masa senti- 6
mientos similares a los descritos más arriba[22]; la cosa
acabó en una revolución idéntica a la que hubo cuando
los tiranos cayeron en desgracia.

Porque si alguien se apercibe de la envidia y del 9
odio que la masa profesa a los oligarcas y se atreve a
decir o a hacer algo contra los gobernantes, encuentra
al pueblo siempre dispuesto a colaborar[23]. Inmediata- 2
mente, tras matar a unos oligarcas y desterrar a otros,
no se atreven a nombrar un rey, porque temen todavía
la injusticia de los pretéritos; no quieren tampoco con-
fiar los asuntos de estado a una minoría selecta, pues
es reciente la ignorancia de la anterior. Entonces se 3
entregan a la única confianza que conservan intacta, la
radicada en ellos mismos: convierten la oligarquía en
democracia y es el pueblo quien atiende cuidadosa-
mente los asuntos de estado. Mientras viven algunos 4
de los que han conocido los excesos oligárquicos[24], el
orden de cosas actual resulta satisfactorio y se tienen
en el máximo aprecio la igualdad y la libertad de ex-
presión. Pero cuando aparecen los jóvenes y la demo- 5

22 A 7, 7 ss.

23 Estas mismas ideas vienen expuestas por PLATÓN al final del libro VIII de la *República*.

24 Literalmente, dice: «el poder excesivo», pero se refiere, evidentemente, al de los oligarcas.

cracia es transmitida a una tercera generación, ésta, habituada ya al vivir democrático, no da ninguna importancia a la igualdad y a la libertad de expresión. Hay algunos que pretenden recibir más honores que otros; caen en esto principalmente los que son más
6 ricos. Al punto que experimentan la ambición de poder, sin lograr satisfacerla por sí mismos ni por sus dotes personales, dilapidan su patrimonio, empleando todos los medios posibles para corromper y engañar al pue-
7 blo. En consecuencia, cuando han convertido al vulgo, poseído de una sed insensata de gloria, en parásito y venal, se disuelve la democracia, y aquello se convierte
8 en el gobierno de la fuerza y de la violencia [25]; porque las gentes, acostumbradas a devorar los bienes ajenos [26] y a hacer que su subsistencia dependa del vecino, cuando dan con un cabecilla arrogante y emprendedor, al que, con todo, su pobreza excluye de los honores públi-
9 cos, desembocan en la violencia. La masa se agrupa en torno de aquel hombre y promueve degollinas y huidas [27]. Redistribuye las tierras y, en su ferocidad, vuelve a caer en un régimen monárquico y tiránico.

10 Éste es el ciclo de las constituciones y su orden natural, según se cambian y transforman para retornar
11 a su punto de origen. Quien domine el tema con profundidad puede que se equivoque en cuanto al tiempo

---

[25] Las dos palabras griegas correspondientes siempre se han tenido por sinónimas y así he traducido yo mismo. Sin embargo, Nicolet, *Polybe. Neuf exposés...*, pág. 221, insinúa que la segunda palabra griega (*kheirokratía*), que es un *hápax*, no significa «violencia, sino «preponderancia de votos». Es curioso que, después, no recoge este matiz en la traducción Weil-Nicolet, *Polybe, VI*, ad loc., que es posterior al libro ginebrino. Detalles de este tipo no faltan en su traducción.

[26] Es el «devorador de presentes» de Hesíodo (*Trabajos y Días* 39, 221, 264).

[27] Todos los comentaristas aluden aquí a la revolución de Cineta, narrada por Polibio en IV 21, 6.

que durará un régimen político, pero en cuanto al cre-
cimiento de cada uno, a sus transformaciones y a su
desaparición es difícil que yerre, a no ser que su juicio
resulte viciado por la envidia o por la animosidad. En 12
lo que, particularmente, atañe a la constitución romana,
es principalmente a partir de estas consideraciones como
llegaremos a entender su formación, su desarrollo y
su culminación, y, al propio tiempo, el cambio en direc-
ción inversa que se producirá a partir de este estado.
Porque si hace poco tiempo que lo he dicho de otras 13
constituciones, la romana posee igualmente un prin-
cipio natural desde sus comienzos, un desarrollo y una
culminación, así que experimentará de modo semejante
una recesión hacia sus principios, cosa que se podrá 14
comprobar por las partes que seguirán a ésta[28].

De momento trataré brevemente la legislación de 10
Licurgo, tema que no se sale del marco de mis desig-
nios. Él llegó a comprender que todas las evoluciones 2
enumeradas se cumplen natural y fatalmente, y así con-
sideró que cada variedad de constitución simple y ba-
sada en un principio único resulta caduca: degenera
muy pronto en la forma viciosa inferior que la sigue
naturalmente[29]. Una comparación: el orín, para el hie- 3
rro, y la carcoma y ciertos gusanos, para la madera,
son enfermedades congénitas que llegan a destruir estos
materiales incluso cuando no sufren ningún daño exter-
no[30]. De modo no distinto, con cada una de las consti- 4
tuciones nace una cierta enfermedad que se sigue de
ella naturalmente. Con la realeza nace el desmejora-

---

28 Polibio repite ideas ya expuestas (cf. IV 13-14).

29 Polibio supone, anacrónicamente, que Licurgo, el legislador espartano, conocía ya el tipo de constitución mixta.

30 Aquí hay una reminiscencia clara de PLATÓN, *República* X 608e-f, precisamente en su demostración de la inmortalidad del alma. Pero hay muchas diferencias de detalle. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

miento llamado tiranía; con la aristocracia, el mal lla-
mado oligarquía, y con la democracia germina el salva-
5 jismo de la fuerza bruta. Y es inevitable que con el
tiempo todos los regímenes políticos citados anterior-
mente no degeneren en sus inferiores, según el razona-
6 miento que acabo de apuntar. Licurgo lo previó y pro-
mulgó una institución no simple ni homogénea, sino que
juntó en una las peculiaridades y las virtudes de las
7 constituciones mejores. Así evitaba que alguna de ellas
se desarrollara más de lo necesario y derivara hacia su
desmejoramiento congénito; neutralizada por las otras
la potencia de cada constitución, ninguna tendría un
sobrepeso ni prevalecería demasiado, sino que, equili-
brada y sostenida en su nivel, se conservaría en este
estado el máximo tiempo posible, según la imagen de la
8 navegación con viento contrario [31]. La realeza no podía
ensoberbecerse por temor al pueblo, porque a éste se
le había concedido competencia [32] suficiente en la cons-
9 titución; el pueblo, por su parte, no podía aventurarse
a despreciar a los reyes por el miedo que le infundían
los ancianos, quienes, elegidos por votación, según sus
méritos, se aprestaban siempre a decidir con justicia.
10 Así la parte venida a menos debido a que se mantuvo
fiel a sus normas, acabó por convertirse en superior y
más fuerte por el soporte que recibía de los ancianos.

---

[31] Aquí los manuscritos griegos presentan la palabra *áploia*, que en toda la literatura griega sólo sale aquí (*hápax legómenon*). Su sentido exacto es muy obscuro; Hultsch interpreta: «agua que se mantiene al mismo nivel dentro de un tubo que apunta al horizonte», pero este sentido es muy alambicado. Pöschl propone: «orzar en dirección a». Otros proponen (como Weil-Nicolet) sustituir la palabra por otra, y traducen: «según el principio de compensación» (*antipátheia*).

[32] Tanto Weil-Nicolet como Paton traducen el término griego *meris* por «parte», pero el propio NICOLET, *Polybe. Neuf exposés*... en la pág. 226, traduce el término por «competencia», «atribución», que da un sentido más riguroso y adecuado.

Licurgo, pues, estructuró así la constitución espartana 11
y la aseguró entre los espartanos el tiempo más largo
que conocemos [33].

Licurgo promulgó esta constitución de modo pací- 12
fico, porque de alguna manera había previsto el origen
y las etapas naturales de cada estatuto: los romanos
acabaron por conseguir para su patria una situación
idéntica, pero no por alguna previsión, sino con muchas 13
luchas y peligros; una reflexión sobre las peripecias 14
que sufrieron les enseñó a escoger lo mejor; así llega-
ron al mismo resultado que Licurgo, al sistema mejor
entre las constituciones actuales.

La arqueología romana [34]

Esta ciudad la llaman Palantio [35], 11a
nombre tomado de su propia metrópolis, en Arcadia... Dicen algunos historiadores, entre ellos Polibio de Megalópolis, que el nombre deriva de un niño llamado Palantio, que murió en este lugar. Era hijo de Heracles y de Launa, la hija de Evandro; su tío materno le

---

[33] Polibio piensa que la decadencia de Esparta empieza con la derrota de Leuctra (371 a. C.).

[34] La obra de Polibio no carece de contradicciones y aquí hay una muy clara: en este mismo libro, en 3, 3, el autor dice que el desconocimiento del pasado de Roma es una de las causas que imposibilitan predecir la evolución futura de su constitución. Sin embargo, el estado de formación y de crecimiento de la república romana se da en 4, 13 de este libro, y en IX 13-14. La tradición indirecta atestigua sin ambages que Polibio había tratado la fundación de Roma, y Cicerón declara que Polibio investigó con más cuidado que nadie la historia de los reyes romanos primitivos. Es posible que el que, a partir del libro VI, seleccionó los fragmentos polibianos, cada vez más escasos a medida que avanza la obra, se diera cuenta de la contradicción y suprimiera personalmente esta parte. Es seguro que Polibio no escribió de una sola vez y de corrido este libro VI, sino que efectuó en él, tras una primera redacción, intercalaciones posteriores. Pero el problema subsiste: ¿qué sentido tienen entonces sus afirmaciones en cuanto a la ignorancia de la antigua historia romana? La explicación más obvia es que se refiera

amontonó un túmulo en lo alto de un otero y denominó el lugar Palantio, según el nombre del niño (DIONISIO DE HALICARNASO, *Antigüedades romanas* I 31, 32).

2 Porque yo no he creído suficiente lo que hace Polibio de Megalópolis; se limita a afirmar: «Estoy convencido de que Roma fue fundada en el año segundo de la séptima olimpíada», ni apoyar esta convicción en el solo y único testimonio, sin verificación, de la tablilla custodiada por el Pontífice Máximo (DIONIS. I 74)[36].

3 Cuando tratan de Aristódemo de Elea, dicen algunos historiadores que la inscripción de atletas empezó en la olimpíada veintisiete, de los vencedores naturalmente; en épocas anteriores no se inscribía a nadie porque las gentes de antes no lo hacían. El primer vencedor inscrito, Corebo de Elea, vencedor de la carrera en el estadio, lo fue en la Olimpíada veintiocho, y ésta es la Olimpíada en la que los griegos establecen el inicio de su cronología; Polibio da la misma versión que Aristódemo (EUSEBIO, *Crónica* 194)[37].

---

a un conocimiento insuficiente, aunque la afirmación de Cicerón no cuadraría mucho. Es más, en su amplio comentario, WALBANK, *Commentary*, ad loc., afirma que, aun para los historiadores latinos, Polibio ha sido la fuente más importante, y hace de ello una interesante discusión. Pero la contradicción existe: lo que podemos pensar es que Polibio, en este caso concreto, no limó lo suficiente su afirmación, que quedó desnivelada.

35 Palantio: la alusión a él se discute. WALBANK, *Commentary*, ad loc., cree que se trata directamente de la colina romana del Palatino; véase su discusión que explica la relación del mito con la ciudad arcadia de Palantio. Weil-Nicolet, en cambio, piensan que se trata de la ciudad arcadia, indirectamente relacionada con Roma a través de los protagonistas del mito, Evandro y Launa (la Lavinia de Virgilio).

36 Esta opinión de Polibio sitúa la fundación de Roma en el año 773 a. C., pero parece poco fundamentada, y, desde luego, los autores de la antigüedad no la apoyan. La fecha más comúnmente admitida es la del año 753 a. C. (véase *The Oxford Classical Dictionary*, Oxford, 3.ª ed., 1972, pág. 926) o, con una pequeña variación, el 751 a. C. (cf. PAUL PÉDECH, *Neuf exposés*..., pág. 53).

37 Es el año 776 a. C., fecha normalmente aceptada como correcta. Véase WALBANK, *Commentary*, ad loe.

Entre los romanos, como dice Polibio en el libro sexto, se 4 prohíbe a las mujeres beber vino; ellas beben el llamado «passos», elaborado con pasas, parecido al vino dulce que se bebe en Egóstenes[38] y al vino de Creta[39]; por eso, cuando la sed las abrasa, toman este sucedáneo. Y es imposible que pase desapercibida la mujer que ha tomado vino: en primer lugar, nunca disponen de él, y, además, debe besar a sus padres, a sus suegros y aun a sus sobrinos, y esto cada día, en el mismo instante que los ve por primera vez. Asimismo, al no saber con quién conversará, con quiénes se encontrará, toma sus precauciones, porque la cosa, sólo con que haya probado un poco de vino, no necesita acusación ante el juez (ATENEO X 56)[40].

Así, Numa Pompilio, después de haber gobernado con gran 5 paz y concordia durante treinta años (seguimos principalmente a nuestro Polibio, pues no ha habido nadie más diligente que él en la investigación de este período) murió (CICERÓN, *De la República* II 14, 27)[41].

Dice Polibio en el libro sexto: «también fundó la ciudad de 6 Ostia, en la orilla del Tíber» (ESTEBAN DE BIZANCIO)[42].

---

[38] Ciudad de la región de Mégara.

[39] El vino de Creta es dulce y de gran consistencia; todavía hoy el viajero que recorre el centro de la isla puede ver, en verano, los granos de uva cuidadosamente depositados sobre esteras, en el suelo de la propia viña, para que les dé el sol, o bien colgados los racimos en los travesaños de los arriates. El satírico latino Juvenal ya conocía su cualidad: «*pingue antiquae de littore Cretae*». (XIV 270-271.)

[40] Esta curiosa noticia de la prohibición de beber vino a las mujeres en Roma la dan, también, otros autores de la antigüedad y debe de ser cierta; PLINIO, *Historia Natural* XIV 89, llega a citar el caso de un ciudadano romano que mató a su mujer porque había bebido vino. La única finalidad de Polibio al exponer esta ley es cumplir su propósito (III 3) de dar noticia de las costumbres públicas y privadas.

[41] Esta noticia es universalmente aceptada y puede, además, me parece, sugerir dos cosas: quizás Polibio compusiera este libro VI como una historia completa de la monarquía romana y, en segundo lugar, quizás fuera él, es decir Numa Pompilio, quien prohibiera beber vino a las mujeres.

[42] Polibio vivió largamente en Roma; Ostia no está en la orilla del Tíber, sino a unos veinticinco kilómetros del río. Por

7 Lucio[43], el hijo de Demárato el corintio, zarpó hacia Roma fiado de sí mismo y de sus riquezas. Estaba convencido de que alcanzaría el número uno entre los ciudadanos, debido a ciertas circunstancias. Su esposa[44] estaba dotada de una habilidad innata y colaboraba en todas las acciones emprendidas por su marido. Llegó a Roma, consiguió la ciudadanía e, inmediatamente, se adaptó a los gustos del rey. Congenió con él muy pronto, por los suministros que le proporcionaba, también por su habilidad connatural y, principalmente, por la educación recibida desde niño, de manera que gozó de gran aceptación y confianza. Con el tiempo se introdujo de tal modo, que Marcio le asoció a la dirección y a la administración de los asuntos. En ello colaboró siempre

---

lo demás, la frase de Polibio, tal como nos ha sido transmitida, carece de sujeto gramatical, pero si fuera Numa, aquí Polibio habría incurrido en un error, pues consta, ciertamente, que el fundador de Ostia fue Anco Marcio. Cf. Walbank, *Commentary*, ad loc. También puede consultarse, en cuanto a la ubicación de Ostia, *Weltatlas*, I, pág. 40.

43 Lucio Tarquinio. Es el primero de los Tarquinios. El pasaje siguiente refuerza la idea de que Polibio escribió una historia de la monarquía romana. Pero es dudosa la tradición de que Tarquinio fuera de ascendencia griega (hijo de Demárato), con lo cual se querría patentizar que la cultura romana procedía de la griega. El nombre «Tarquinio» recuerda fuertemente el etrusco *Tarcón* y, además, es más verosímil que un rey de Roma fuera de procedencia etrusca que griega. La idea de que Polibio escribió verdaderamente una historia de la monarquía romana viene corroborada por Domenico Musti, *Polibio e la storiografia romana. Neuf exposés...*, pág. 132, quien añade que Polibio trata, incluso sistemáticamente, la historia de los primeros siglos de la república romana. Según él, su fuente sería el historiador romano Fabio (que escribió en griego). Cf. la nota 16 del libro I.

44 Parece que el nombre de la mujer era Tanaquil, que después pasó a significar sistemáticamente «esposa». Cf. Juvenal, *Sát.* VI 566: *consulit te Tanaquil tua.* Sin embargo, Varrón la llama Caya Cecilia.

y, cuando se presentaban necesidades, siempre organizó algo útil. Al mismo tiempo, en la provisión de subsistencias, actúo en todo caso de manera generosa y acertada. En muchos halló agradecimiento y todos le mostraron su adhesión. Por su bondad, gozó de buena fama y, finalmente, llegó a ser rey.

Hacía algo propio de un hombre sensato y prudente 8
cuando reconocía, según dice Hesíodo, que es mejor la mitad que el todo[45].

Aprender a ser sinceros con los dioses es un aguijón que nos incita a decirnos mutuamente la verdad[46].

En la mayor parte de los asuntos humanos los hom- 9
bres tienen una tendencia natural a velar por lo que han adquirido y a perder lo que han recibido sin esfuerzo.

La plenitud de la República romana[47]

A partir de esta fecha, treinta 11
años[48] después de la invasión de Grecia por Jerjes, la organización de los diversos elementos del régimen se perfeccionó continuamente[49] y alcanzó su culminación, su cúspide en los

---

45 El verso es de HESÍODO, *Trabajos y Días* 40.

46 ¿Tras leer esto, se puede negar la creencia religiosa de Polibio? Ya en el primer volumen cité mi artículo sobre el tema.

47 Tras haber expuesto el crecimiento de la constitución mixta, Polibio, en los capítulos 11-18, la examina, diríamos, a pleno rendimiento. También aquí parece haber sido Fabio la fuente de Polibio. Cf. la nota 42.

48 Los editores, hasta Weil-Nicolet exclusive, han supuesto una laguna antes de la expresión griega «treinta años», la cual origina problemas de difícil solución (cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.). Pero Nicolet afirma, en las notas suplementarias a su edición, *Polybe, VI*, pág. 146, que nunca ha habido tal laguna, sino que simplemente hubo una distanciación excesiva de las palabras por parte de un copista en el original griego (cf. aparato crítico de su edición griega), lo que corta de raíz toda discusión; las fechas concuerdan exactamente: treinta años después del paso de Jerjes a Grecia (480 a. C.), o sea, hacia el 450,

tiempos de Aníbal, en los que hemos iniciado nuestra
2 digresión. Por eso ahora que se ha descrito su origen,
intentaremos exponer la situación[50] del tiempo en que,
perdida la batalla de Cannas, Roma corría el riesgo
3 de una ruina definitiva. Me doy clara cuenta de que
mi explanación parecerá, más bien, deficiente a los na-
cidos ya en la época de plena vigencia de esta consti-
4 tución, porque omito ciertas particularidades. Éstos la
conocen íntegramente (desde su niñez les han sido fa-
miliares tales costumbres y leyes), y no se maravillarán
5 de lo expuesto, sino que buscarán lo que falta; supon-
drán que el autor no ha omitido intencionadamente
pequeñas diferencias, sino que no las declara por igno-
rancia; desconoce las causas y conexiones de este ré-
6 gimen. Si yo las hubiera mencionado, no lo habrían
admirado, diciendo que son detalles superfluos, pero
puesto que las omito, las buscan y las declaran indis-
pensables, porque quieren parecer más sabios que los
7 historiadores. Pero un crítico justo no puede valorar a
los autores según sus omisiones, sino según sus afirma-
8 ciones. Si en ellas dan con algo falso, pueden concluir
que las omisiones se deben a ignorancia, pero si todo

---

empieza la fase de «perfección» de la constitución romana. Es la época del decemvirato, exactamente el 449 a. C., en el consulado de Lucio Valerio Potito y Marco Horacio. La mención al paso de Jerjes se ha hecho en atención a los lectores griegos.

49 El texto de este pasaje ha sido discutido porque la construcción sintáctica griega aquí no es impecable, debido seguramente a un descuido del que hizo la selección. Walbank, *Commentary*, ad loe., traduce: «after the details of the roman political order had, from this time onwards and prior the Hannibalic war, continued to be ever more well arranged», pero propone alternativamente otra traducción: «one of those (details) receiving particular elucidation». Aquí he aceptado la traducción de Weil-Nicolet.

50 En una constitución, Polibio distingue: *sýstasis* (origen) *sýstēma* (situación en un tiempo determinado) y *katástasis* (estabilidad). Cf. Nicolet, *Polybe. Neuf exposés...*, págs. 248-9.

lo que dicen es exacto, han de conceder que las omisiones no se deben a ignorancia, sino que se han hecho con toda intención.

Esto es lo que yo he pretendido aclarar sobre los 9
que juzgan a los autores interesadamente, y no con justicia.

Un tema examinado oportunamente puede ser apro- 10
bado o desaprobado con toda razón, pero si su examen es inoportuno y se hace no en su contexto adecuado, la afirmación más exacta y verdadera hecha por un autor no sólo parecerá inaceptable, sino incluso absurda.

Así, pues, estas tres clases de gobierno que he cita- 11
do dominaban la constitución y las tres estaban ordenadas, se administraban y repartían tan equitativamente, con tanto acierto, que nunca nadie, ni tan siquiera los nativos, hubieran podido afirmar con seguridad si el régimen era totalmente aristocrático, o democrático,
o monárquico. Cosa muy natural, pues si nos fijáramos 12
en la potestad de los cónsules, nos parecería una constitución perfectamente monárquica y real, si atendiéramos a la del senado, aristocrática, y si consideráramos el poder del pueblo, nos daría la impresión de encon-
trarnos, sin ambages, ante una democracia. Los tipos 13
de competencia que cada parte entonces obtuvo y que, con leves modificaciones, posee todavía en la constitución romana se exponen a continuación.

Los cónsules, mientras están en Roma y no salen 12
de campaña con las legiones, tienen competencia sobre
todos los negocios públicos. Los magistrados restantes 2
les están subordinados y les obedecen, a excepción de los tribunos; también corresponde a los cónsules pre-
sentar las embajadas al senado. Además de lo dicho, 3
deliberan, asimismo, sobre asuntos urgentes, en caso de presentarse, y son ellos los que ejecutan íntegra-
mente los decretos. Igualmente, las cuestiones concer- 4
nientes a tareas del estado que hayan de ser tratadas

por el pueblo, corresponde a los cónsules atenderlas, convocar cada vez la asamblea, presentar las proposiciones y ejecutar los decretos votados por la mayoría.
5 Su potestad es casi absoluta en lo que concierne a preparativos bélicos y a la dirección de las campañas:
6 pueden impartir las órdenes que quieran a las tropas aliadas, nombrar los tribunos militares, alistar solda-
7 dos y escoger a los más aptos. Además, en campaña, tienen la potestad de infligir cualquier castigo a sus
8 subordinados. Disponen a su arbitrio de los fondos públicos: les acompaña siempre un cuestor, presto a
9 cumplir las órdenes recibidas. Si se considerara sólo este aspecto, no sería inverosímil decir que esta cons-
10 titución es simplemente monárquica o real[51]. Y si alguno de los puntos concretados o que se concretan a continuación se modifica ahora o dentro de algún tiempo, esto no podrá ser tenido como argumento contra esta exposición mía actual.

13 La atribución principal del senado es el control del erario público, porque ejerce potestad sobre todos los
2 ingresos y sobre la mayor parte de los gastos. Aparte de lo que abonan a los cónsules, los cuestores no pueden disponer de fondos públicos sin autorización del senado.
3 Éste dispone también el dispendio mayor, el más costoso, que ordenan cada cinco años los censores para restaurar y reparar los edificios públicos; los censores
4 deben recabar la autorización del senado. De modo semejante, caen bajo la jurisdicción del senado los delitos cometidos en Italia que exigen una investigación pública, como son traiciones, perjurios, envenenamientos,
5 asesinatos. También en Italia, si la conducta de un individuo o de una ciudad reclama un arbitraje, un in-

---

[51] Recuérdese que, en Polibio, «monarquía» y «realeza» no son sinónimos y que la primera es una forma inferior (a veces una degeneración) de la segunda.

forme pericial, una ayuda o una guarnición, de todo
esto cuida el senado. Es incumbencia de éste enviar 6
embajadas a países no italianos, cuando se necesita ya
sea para lograr una reconciliación, para hacer alguna
demanda o, ¡por Zeus!, para intimar una orden, para
recibir la rendición de alguien o para declarar la gue-
rra. Cuando llegan embajadores a Roma, el senado 7
decide lo que debe contestárseles y el comportamiento
que debe seguirse con cada uno. En todo lo que se ha
relacionado hasta ahora, el pueblo no tiene participa-
ción alguna, de modo que a quien llegue a Roma en 8
ausencia de los cónsules, la constitución romana le
parecerá perfectamente aristocrática. Esta convicción
la tienen muchos griegos, y algunos reyes[52], porque han
tratado sus asuntos únicamente con el senado.

Después de todo esto, nos podremos preguntar, ra- 14
zonablemente, cuáles son las atribuciones reservadas al
pueblo en esta constitución y cómo son, ya que el sena- 2
do tiene jurisdicción sobre todo lo descrito, y prin-
cipalmente dispone los ingresos y los gastos; por su
parte, los cónsules tienen un poder autárquico para
disponer los preparativos de guerra y, durante las cam-
pañas, detentan la autoridad suprema. Con todo, al pue- 3
blo no le falta su parcela, que es precisamente la más
pesada. En la constitución romana el pueblo, y sólo el 4
pueblo, es el árbitro que concede honores o inflige
castigos[53], el único puntal de dinastías y constituciones
y, en una palabra, de toda la vida humana. En las na- 5
ciones en las que estos valores no se diferencian o,
aunque sean conocidos, no se aplican cabalmente, es
imposible que haya algo administrado con rectitud:

---

52 De monarquías helenísticas.

53 Sobre el paralelo: honor (*timḗ*) y castigo (*timōría*), puede leerse NICOLET, *Polybe. Neuf exposés...*, págs. 236 ss., quien observa un leve desajuste legal, vista la legislación romana: en rigor no corresponde al pueblo juzgar, sino a los tribunales.

¿sería lógico que lo fuera, si buenos y malos gozan de
6 la misma estimación? Con frecuencia el pueblo juzga
las multas que se deben imponer para resarcirse de los
daños sufridos, lo cual ocurre principalmente cuando
la multa es importante y los reos han detentado altos
cargos; el pueblo es el único que puede condenar a
7 muerte. En tales ocasiones rige entre ellos una ley con-
suetudinaria muy digna de elogio y de recuerdo: cuando
alguien es juzgado y condenado a muerte, la costumbre
le permite exiliarse a la vista de todo el mundo e irse
a un destierro voluntario, a condición de que, de las
tribus que emiten el veredicto, una se abstenga y no
8 vote; los exiliados gozan de seguridad en Nápoles, en
Preneste, en Tíbur[54] y en otras ciudades confederadas.
9 Además, el pueblo es quien confiere las magistraturas
a aquellos que las merecen: es la más hermosa recom-
10 pensa de la virtud en un estado. El pueblo es soberano
cuando se trata de votar las leyes; su máxima atribu-
ción es deliberar sobre la paz y la guerra, y también
sobre las alianzas, tratados de paz y pactos; es el pue-
11 blo quien lo ratifica todo, o lo contrario. De manera
que no es un error decir que el pueblo goza de grandes
atribuciones en la constitución romana y que ésta es
democrática.

15 He aquí, pues, cómo queda distribuido[55] el poder
político entre las diversas formas de régimen; ahora
se tratará de cómo cada una de éstas puede, a voluntad,
2 cooperar, o bien oponerse a las demás[56]. Los cónsules,

[54] Ciudades del Lacio.

[55] Este «distribuir» es un término técnico.

[56] Las discusiones entre la división de atribuciones entre cónsules, senado y pueblo son enormemente prolijas y serían impropias de este comentario. Cf. Walbank, *Commentary*, ad loc., págs. 673-697, y Nicolet *Polybe. Neuf exposés...*, passim, pero, especialmente, págs. 238-243. El mismo Nicolet tiene una nota muy interesante en la edición de Weil-Nicolet, *Polybe, VI*, pá-

cuando han alcanzado la potestad descrita[57] y salen de
campaña, dan la impresión de detentar un poder abso-
luto para el cumplimiento de su misión, pero en reali- 3
dad necesitan del senado y del pueblo, y sin ellos son
incapaces de realizar totalmente su cometido. Es evi- 4
dente que las tropas deben recibir suministros continua-
mente, y sin un decreto del senado los campamentos
no pueden recibir provisiones ni de trigo, ni de vino,
ni de pan, de manera que si el senado se propusiera 5
ser negligente o entorpecer las cosas, los designios de
los generales no podrían cumplirse. Depende también 6
del senado que los planes o las decisiones de los gene-
rales se cumplan o no, porque, transcurrido un año,
es él quien envía un segundo general, o bien prorroga
el mando del que está en activo. Asimismo, es de su 7
incumbencia celebrar con pompa y esplendor los éxitos
de los generales, o, al contrario, quitarles importancia
y atenuarlos. Lo que, entre los romanos, se llama el 8
«triunfo», mediante lo cual se pone a la vista de los
ciudadanos una imagen clara de las hazañas realizadas
por los generales, no se puede organizar con toda su
magnificencia y, a veces, ni tan siquiera organizarse,
sin el consentimiento del senado, que concede la asigna-
ción correspondiente para tal celebración. A los cón- 9
sules les es imprescindible gozar de popularidad, incluso
cuando su ausencia de la ciudad es ya muy prolongada,

ginas 149-150, cuya tesis general apunto: contra lo creído comúnmente, el investigador italiano P. CATALANO, en su artículo «La divisione del potere in Roma, a proposito di Polibio e di Catone», en *Studi Grossi*, Turín, págs. 667-691, demuestra que hay una divergencia entre la exposición polibiana y la de Catón, de cuya obra quedan escasos fragmentos; Polibio, en este aspecto, coincide hasta en lo más mínimo con Cicerón. Pero esto no es lo que pensaba Nicolet anteriormente, quien veía en la exposición de Polibio un fiel reflejo de la obra catoniana. Cf. NICOLET, *Polybe. Neuf exposés...*, pág. 246.

[57] Cf., más arriba, 12, 5 ss.

porque el pueblo, como dije más arriba, es quien rati-
10 fica, o no, los tratados de paz y los pactos. Lo más prin-
cipal es que al dejar el cargo deben rendir cuentas de
11 su actuación, de manera que los cónsules no pueden, en ningún caso, confiarse y descuidar la adhesión del pueblo o del senado.

16 Éste, por su parte, por más que disponga de un poder tan vasto, en las cuestiones públicas debe tantear
2 al pueblo y atraérselo: si el pueblo no ratifica sus decisiones, no puede realizar ni aun las investigaciones más graves e importantes concernientes a delitos contra
3 la constitución[58] castigados con pena de muerte. Lo mismo pasa con ciertos asuntos que, al senado, le afectan directamente: el pueblo es soberano de proponer, o no, leyes que menoscaben de alguna manera sus potestades tradicionales, las precedencias y honores de que los senadores disfrutan e, incluso, ¡por Zeus!, pue-
4 de cercenar sus propiedades personales. Y lo que es más importante: si un tribuno se opone, el senado no puede ejecutar sus propios decretos y ni tan siquiera constituirse en sesión o reunirse de alguna otra ma-
5 nera. Los tribunos han de atender siempre al parecer del pueblo e inquirir previamente, en cualquier caso, cuál es su voluntad. De manera que, según todo lo dicho, el senado ha de respetar y tener siempre en cuenta al pueblo.

17 De modo no distinto, éste está subordinado al senado y debe explorar cómo piensa éste acerca de los asun-
2 tos públicos y también de los privados. En efecto, son muchas las obras que los censores adjudican en toda Italia para dotar y restaurar los edificios públicos. La

---

58 El texto griego es algo ambiguo y es posible otra traducción: «...las investigaciones más graves e importantes que se pueden llevar a cabo referentes a asuntos de estado». Ello implica una leve modificación en el texto griego, posibilidad vista ya por Casaubon. Consúltese una edición crítica del texto griego.

enumeración no es fácil: ¡son tantos los ríos, puertos,
jardines, minas, campos, en resumen, todo lo que ha
pasado a la dominación romana! Todo lo administra 3
el pueblo y se podría decir que prácticamente todo el
mundo depende del trabajo y de lo que se gana en esto:
unos adquieren en persona las adjudicaciones, a través 4
del censor; otros son socios de los primeros; otros salen
como avaladores, y otros, todavía, en nombre de éstos,
depositan su hacienda en el erario público. Todo lo que 5
se ha dicho cae bajo la incumbencia del senado, porque
puede conceder una prórroga; si ocurre algún acciden-
te, puede aligerar al deudor, y si pasa algo irremedia-
ble, puede rescindir el contrato. Hay también otras 6
muchas cosas en las que el senado favorece, o perjudica
a los que administran la hacienda pública, pues el im-
puesto que grava las cosas citadas lo percibe el senado.
Sin embargo, lo más importante es que para la mayo- 7
ría de asuntos, tanto públicos como privados, cuando
la acusación es de cierta importancia, los jueces son
senadores. De modo que los ciudadanos, sin excepción, 8
dependen del beneplácito del senado y temen la posibi-
lidad de encontrarse en apuros: por eso van con mucho
tiento si se trata de resistir o de entorpecer sus deci-
siones. Asimismo, difícilmente se oponen a las de los 9
cónsules, ya que, si se da el caso de una campaña, caen
bajo su potestad tanto particular como colectivamente.

Éste es el poder de cada uno de los elementos del 18
sistema en lo que se refiere a favorecerse o a perjudi-
carse mutuamente. En cualquier situación esta estruc-
tura se mantiene debidamente equilibrada, tanto, que
resulta imposible encontrar una constitución superior
a ésta. Siempre que una amenaza exterior común obliga 2
a estos tres estamentos a ponerse de acuerdo, la fuerza
de esta constitución es tan imponente, surte tales efec-
tos, que no solamente no se retrasa nada de lo impres- 3
cindible, sino que todo el mundo delibera sobre el aprie-

to y lo que se decide se realiza al instante, porque los ciudadanos, sin excepción, en público y en privado, ayu-
4 dan al cumplimiento de los decretos promulgados. De ahí que llegue a ser increíble la fuerza de esta constitución para llevar siempre a buen término lo que se
5 haya acordado. Sin embargo, cuando los romanos se ven libres de amenazas exteriores y viven en el placer de la abundancia conseguida por sus victorias, disfrutando de gran felicidad, y, vencidos por la adulación y la molicie, se tornan insolentes y soberbios, cosa que
6 suele ocurrir, es cuando se comprende mejor la ayuda
7 que por sí misma les presta su constitución. En efecto, cuando una parte empieza a engreírse, a promover altercados y se irroga un poder superior al que le corresponde, es notorio que, al no ser los tres brazos independientes, como ya se ha explicado, ninguno de ellos llega a vanagloriarse demasiado y no desdeña a los restantes.
8 De modo que todo queda en su lugar, unas cosas, refrenadas en su ímpetu, y las restantes, porque desde el comienzo temen la interferencia de otras próximas[59].

El ejército romano[60]

19 Primero, designan a los cónsules y, después, nombran a los tribunos militares, catorce, extraídos de los hombres que han cumplido un mínimo de cinco años de servicio militar, y diez más, de los que han
2 cumplido diez años en él. Este último es el tiempo

---

[59] En este último capítulo 18, Polibio culmina su visión, diríamos, «biológica» de la constitución romana: señala su estado de salud, sus peligros de enfermedad e, implícitamente, la posibilidad de su muerte.

[60] La exposición se divide claramente en dos secciones: 19-26, que describe la organización de la armada, y 27-42, el campamento romano. Es indudable que la exposición de Polibio responde a una experiencia personal, pues acompañó muchas veces a las legiones romanas, pero también se sirvió de fuentes y, además, tuvo múltiples ocasiones de tratar el tema con mili-

que debe servir un soldado de caballería; el de infan-
tería, dieciséis años[61]; en ambos casos, forzosamente
antes de cumplir los cuarenta y seis de edad, con la
excepción de los que tienen un censo inferior a cuatro-
cientos dracmas; éstos se alistan todos en la marina[62].
En casos de emergencia, los soldados de infantería han 3
de servir veinte años. Nadie puede ser investido de 4
cualquier magistratura, si no ha cumplido diez años
íntegros de servicio. Cuando los magistrados que deten- 5
tan el poder consular se aprestan a realizar una leva de
soldados, anuncian al pueblo reunido en asamblea el
día en que deberán presentarse todos los romanos en
edad militar. Esto se hace anualmente. Llegado el día 6
prescrito, todos aquellos que legalmente el ejército pue-
de alistar se dirigen a Roma y se concentran en el Capi-
tolio[63]. Los tribunos militares más jóvenes se reparten, 7
según el orden en que han sido elegidos por el pueblo
o por los cónsules, en cuatro grupos, porque entre los
romanos la división primera y principal de sus efectivos
militares es en cuatro legiones. Los cuatro tribunos más 8
antiguos vienen asignados a la legión llamada la pri-

---

tares romanos profesionales. Un buen artículo sobre la materia, pero muy genérico y poco aprovechable para un comentario, es el de E. W. Marsden, «Polybius as a military storian», en *Polybe. Neuf exposés...*, págs. 269-301. Puede verse también Nicolet en las «Notes complementaires», págs. 153-154, donde más que nada se da bibliografía útil.

61 Aquí el texto griego es paleográficamente inseguro, lo cual hace variar la indicación de años de servicio. Algunos manuscritos ponen sólo seis, pero ya Casaubon, en su edición ginebrina del texto griego, vio que la cifra era poco adecuada y puso «diez» delante.

62 Para servir a la vez de infantería de marina y de remeros.

63 Parece que aquí Polibio ha compendiado excesivamente; en todo caso, no era imposible que todos los hombres convocados se presentaran en un solo día en el Capitolio. Cf. Nicolet, «Notes Complementaires», de la edición Weil-Nicolet, *Polybe, VI*, págs. 155, y Walbank, *Commentary*, ad loc.

mera, los tres siguientes a la segunda, los cuatro siguien-
9 tes a la tercera y los tres últimos a la cuarta. De los
tribunos más antiguos, los dos primeros son asignados
a la primera legión, los tres siguientes se sitúan en la
segunda, los dos siguientes en la tercera y los tres últi-
mos en la cuarta.

20 Concluida la elección y la asignación de tribunos,
de manera que cada legión tenga el mismo número de
2 oficiales, éstos se reúnen en seguida, separadamente y
agrupados según las legiones, para echar suertes sobre
las tribus y las llaman según el orden que ha arrojado
3 el sorteo. De cada tribu escogen cuatro jóvenes solda-
dos que tengan, más o menos, físico y edad similares.
4 Les mandan aproximarse y, primero, escogen los oficia-
les de la legión primera, después, los de la segunda, a
continuación, los de la tercera y, finalmente, los de la
5 cuarta. Presentados cuatro jóvenes más, ahora son los
oficiales de la segunda legión los primeros en seleccio-
nar, y así sucesivamente; los últimos en elegir son los
6 oficiales de la primera legión. Se adelantan otros cua-
tro soldados, y ahora eligen, los primeros, los oficiales
de la tercera legión y, en último lugar, los de la segunda.
7 Hecho de esta forma cíclica el encuadramiento de los
soldados, cada legión recibe un conjunto de hombres
8 muy similar. Cuando se llega al número decretado (que
es casi siempre cuatro mil doscientos soldados de infan-
tería por legión, pero alguna vez cinco mil, esto si el
9 riesgo que se corre es excepcional), antiguamente se
seleccionaba la caballería después de la elección de los
cuatro mil doscientos soldados, pero ahora se empieza
por aquí: la elección la hace el censor según las for-
tunas personales; a cada legión le vienen asignados tres-
cientos jinetes[64].

---

64 Si bien una parte de los jinetes poseía su propio caballo, los demás lo recibían del estado (*equites equo publico*).

Después del alistamiento, realizado tal como se ha 21 descrito, los tribunos correspondientes reúnen a los elegidos para cada legión, escogen al hombre más capaz y le toman el juramento de que obedecerá a los oficiales 2 y cumplirá sus órdenes en la medida de lo posible. Entonces, todos los restantes se van adelantando y 3 juran, uno por uno, declarando que harán exactamente lo mismo que el primero.

Simultáneamente, los magistrados que detentan la 4 potestad consular pasan aviso a las autoridades de las ciudades confederadas de Italia cuya participación en la campaña se ha determinado: se les señala el número, el día y el lugar al que han de acudir los seleccionados. Las ciudades realizan un alistamiento no muy distinto 5 al que se ha descrito, se toma el juramento, se nombra un general y un cuestor y se envía la tropa.

En Roma, mientras tanto, después del juramento, 6 los tribunos militares indican a cada legión la fecha y el lugar en que deberán presentarse los hombres sin armas; inmediatamente les mandan a sus casas. Los 7 hombres se presentan en el día fijado y los tribunos eligen de entre ellos los más jóvenes y los más pobres para formar los *velites*, los siguientes para los llamados *hastati*, los hombres más vigorosos forman el cuerpo de *principes*; los de más edad el de los *triarii*. Entre los romanos, éstos son los nombres de las cuatro clases de tropa de cada legión, distintos en edad y en equipo. Su distribución es como sigue: los de más edad, los llamados *triarii*, son seiscientos, los *príncipes* mil doscientos, y también mil doscientos los *hastati*; los restantes, que son los más jóvenes, son los *velites*. Si la legión supera los cuatro mil hombres[65] se hace una dis-

[65] Exactamente, los cuatro mil doscientos. Cf. 20, 8.

tribución proporcional, a excepción de los *triarii*, cuyo número es siempre invariable[66].

22 A los más jóvenes los ordenan armarse de espada,
2 jabalinas y de un escudo ligero, de construcción muy sólida y de tamaño suficiente para una defensa eficaz; es de forma abombada y tiene un diámetro de tres
3 pies[67]. Los *velites* usan un casco sin penacho, pero recubierto por una piel de lobo o de una bestia semejante, tanto para su defensa como para servir de distintivo: así cada jefe de línea[68] puede comprobar claramente
4 los que se arriesgan con valor y los que no. La parte de madera de la jabalina tiene, aproximadamente, una longitud de dos codos, un dedo de espesor y su punta mide un palmo; esta punta es tan afilada y aguzada, que al primer choque se tuerce y el enemigo no puede dispararla; sin esto, la jabalina serviría a los dos ejércitos.

23 A los que siguen en edad, los llamados *hastati*, se
2 les ordena llevar un equipo completo[69]. El romano consta, en primer lugar, de un escudo de superficie convexa, de dos pies y medio de longitud y de cuatro

---

66 Tito Livio hace una descripción en VIII 8, 1-7. Excepto el de *velites* (*grosphómakhoi*), los nombres son transcripciones del latín: *hastati*, los que combaten con *hasta* (= lanza), *principes* (= los que van en primera línea). Pero aquí sí que la terminología no refleja la situación de la época de Polibio, pues en ella los *principes* ocupaban la segunda línea, y eran los *triarii* los que, armados de *hasta*, ocupaban la retaguardia. Polibio se limita a transmitirnos la nomenclatura sin precisar más. Ciertamente, en su época el orden de las tropas en la batalla se condicionaba por su edad y vigor, a la vez que por su armamento; los *triarii*, los combatientes de edad más avanzada, constituían una especie de reserva que no siempre entraba en combate. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

67 Algo menos de treinta centímetros.

68 O bien, oficial subalterno, subordinado.

69 Una descripción completa de todo este armamento, en WALBANK, *Commentary*, ad loc.

de anchura. El espesor de su reborde es, más o menos, 3
de un palmo[70]. Está construido por dos planchas circu-
lares encoladas con pez de buey; la superficie exterior
está recubierta por una capa de lino y, por debajo de
ésta, por otra de cuero de ternera. En los bordes supe- 4
rior e inferior, este escudo tiene una orla de hierro que
defiende contra golpes de espada y protege el arma
misma para que no se deteriore cuando se deposita
sobre el suelo. Tiene ajustada una concha metálica 5
(*umbo*) que lo salvaguarda contra piedras, lanzas y, en
general, contra choques violentos de proyectiles. A este 6
escudo le acompaña la espada, que llevan colgada sobre
la cadera derecha y que se llama «española». Tiene una 7
punta potente y hiere con eficacia por ambos filos, ya
que su hoja es sólida y fuerte. Hay que añadir dos ve- 8
nablos (*pila*), un casco de bronce y unas tobilleras.
Hay dos clases de venablos, los delgados y los gruesos. 9
De los pesados, unos son redondos y tienen un diáme-
tro de un palmo; otros tienen una sección cuadrangu-
lar de un palmo de lado. Los delgados, que se llevan
además de los otros, son como espadas de caza, de una
longitud media. Todos estos venablos tienen un asta 10
que mide aproximadamente tres codos; a cada uno se
le ajusta un hierro en forma de anzuelo, de la misma
longitud del asta. Su inserción y su uso viene tan ase- 11
gurado por el hecho de ir atado hasta media asta y
fijado por una tal cantidad de clavos, que, en el com-
bate, antes de que ceda la juntura se rompe el hierro,
aunque éste, en su base, por donde se implanta en la

---

70 Aquí el texto griego es de lectura difícil por lo borroso del único manuscrito, pero se trata, en definitiva, de un escudo (*scutum*) mayor que el escudo de los *velites* (*parma*). El texto griego, tal como se puede adivinar, indicaría dos clases de escudos de este tipo, pero Büttner-Wobst modificó la lectura, en el sentido de la traducción dada aquí. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

madera, tiene un grosor de un dedo y medio; tal es el
12 cuidado que ponen los romanos en esta inserción. Además, los *hastati* se adornan con una corona de plumas[71], con tres plumas rojas o negras, de un codo cada una.
13 Cuando se la ponen en la cabeza y empuñan las armas, dan la impresión de ser el doble de altos, su figura es
14 arrogante e infunde pánico al enemigo. La mayoría de estos soldados completan su armamento con una plancha rectangular de bronce, de un palmo de lado, que se colocan a la altura del corazón; esta pieza se llama «pectoral», con la cual completan su equipamiento.
15 Pero los que tienen un censo superior a los diez mil dracmas no añaden este pectoral al resto de sus armas, sino que se revisten de una coraza fijada por cadenas.
16 Y un armamento igual a éste es el de los *principes* y de los *triarii*, sólo que estos últimos utilizan lanzas en vez de venablos.

24 De cada una de las clases ya citadas de soldados se escogen diez taxiarcos[72] en orden a sus méritos. Después se lleva a cabo una segunda elección, de diez más.
2 Taxiarco, efectivamente, es el título que se les da; el que ha sido elegido en primer lugar tiene el derecho de asistir a los consejos. Los taxiarcos se adjudican, a continuación, un número igual de oficiales de retaguar-
3 dia[73] (*optiones*). Seguidamente cada categoría de soldados viene dividida en diez secciones correspondientes a los diez taxiarcos primeros. De esta división se exceptúan los *velites*. A cada sección se le asignan dos
4 taxiarcos y dos oficiales de retaguardia. En cuanto a los *velites*, son distribuidos a partes iguales entre todos los grupos, habiéndose efectuado previamente su divi-

---

71 Para distinguirlos de los *velites*.

72 Es el equivalente exacto a centurión.

73 El *optio* era un centurión sin funciones administrativas, es decir, sólo militares.

sión. Estos grupos son llamados «compañías» (*ordi-* 5
nes), «manípulos» (*manipuli*) o bien «estandartes» (*ve-*
xilla), y sus comandantes, «centuriones» (*ordinum*
ductores). Estos últimos, en cada sección, escogen los 6
dos hombres más vigorosos y los nombran «portaestan-
dartes» (*vexillarii*). Es muy lógico que sean dos los 7
comandantes nombrados, porque lo que va a hacer un
comandante o lo que le va a suceder es imprevisible;
las operaciones bélicas no admiten excusas y no se
quiere, absolutamente nunca, que una sección se quede
sin el jefe correspondiente. Cuando los dos centuriones 8
están en su lugar, el elegido en primer término manda
el ala derecha de la sección; corresponde al segundo
el mando de los hombres del ala izquierda. Cuando
falta uno, el restante toma el mando de la unidad ín-
tegra. Es deseable que los centuriones, más que osados 9
y temerarios, sean buenos conocedores del arte de man-
dar, que tengan presencia de ánimo y que sean firmes
no sólo para atacar con sus tropas aún intactas, o bien
al principio del combate, sino también para resistir
cuando están en inferioridad de condiciones o en un
aprieto y para morir sin abandonar su puesto.

De manera semejante se habían distribuido los jine- 25
tes en diez escuadrones (*turmae*); tres hombres de
cada uno son elegidos decuriones, que se escogen, ellos
personalmente, tres subalternos. El decurión elegido en 2
primer lugar manda toda la unidad; los otros dos ejer-
cen las funciones de jefe de decena; sin embargo, a los
tres se les llama «decuriones». Si falta el primero, el
segundo le releva en sus funciones de jefe de la unidad.
El armamento de los jinetes romanos es ahora muy 3
semejante al de los griegos. Pero aquéllos, antes, no
usaban coraza y entraban en combate simplemente con
sus vestidos. Esto les facilitaba descabalgar con rapidez 4
y destreza y volver a montar, pero en los choques en
formación cerrada se veían en inferioridad de condicio-

nes por el hecho de combatir a pecho descubierto.
5 Además, sus lanzas eran ineficaces por dos motivos:
primero, porque las fabricaban muy delgadas y, frági-
les como eran, nunca alcanzaban el blanco propuesto;
antes de clavar su punta en lo que fuera, los movimien-
tos bruscos del caballo bastaban las más de las veces
6 para romperlas. Además, los romanos no aguzaban las
puntas de estas lanzas, por lo que servían sólo para la
primera arremetida, después de la cual, rotas, se les
7 convertían en inútiles y vanas. Los jinetes romanos usa-
ban también antes unos escudos confeccionados con
piel de toro, muy semejantes a las tortas en forma de
ombligo que se ofrecen en los sacrificios. Pero estos
escudos eran casi inservibles en caso de ataque, por-
que no tenían ninguna solidez; cuando las lluvias han
enmohecido la piel y ésta se destroza, pierden la poca
8 utilidad que antes tenían. Por eso, porque la experien-
cia no les recomendó aquellas armas, los jinetes roma-
9 nos adoptaron muy pronto el equipo griego, en el cual
la primera herida de la punta de las lanzas resulta recta
y eficaz, debido a su factura; la lanza es estable y re-
sistente; además, el hierro de su base permite invertir
10 el arma y usarla con firmeza y con fuerza. Lo mismo
cabe decir de los escudos griegos: resisten bien los
golpes que vienen de lejos[74] y los asestados de cerca;
11 son escudos con los que se puede contar. Los romanos
lo comprobaron y lo imitaron al punto. Ellos, más que
cualquier otro pueblo, cambian fácilmente sus costum-
bres e imitan lo que es mejor que lo suyo.

26 Lista esta distribución e impartidas las órdenes re-
ferentes a las armas, los tribunos despiden a los solda-
2 dos para que se dirijan a sus casas. Llegado el día en
que juraron congregarse todos en el lugar designado
3 por los cónsules (cada cónsul ordena un lugar distinto

[74] Son los impactos de los proyectiles.

a sus legiones; a cada uno de ellos le corresponden dos,
y una parte de los aliados), todos los alistados se pre- 4
sentan sin excusa que valga; la única causa eximente es
un mal agüero o una imposibilidad física. Cuando ya 5
se han reunido todos, romanos y aliados, los toman a
su cargo y los organizan unos oficiales nombrados por
los cónsules, los llamados *praefecti sociorum*, doce en
total[75]. Estos prefectos empiezan por elegir para los 6
cónsules, de entre todos los aliados presentes, los jine-
tes y los soldados de infantería más aptos para el ser-
vicio activo; se les llama *extraordinarii*, término que en
nuestra lengua significa «escogidos». El número de alia- 7
dos, en total, resulta casi idéntico al de los romanos, en
la infantería, pero en la caballería éstos acostumbran
a ser triplicados por aquéllos. De todo este conjunto 8
se escoge como *extraordinarii*, de los jinetes, aproxi-
madamente la tercera parte, y de los soldados de infan-
tería, la quinta. Todo el conjunto viene distribuido en 9
dos grupos, llamados, uno, «ala derecha» y, el otro,
«ala izquierda».

Cuando ha concluido todo debidamente, los tribunos 10
toman a los romanos y a los aliados y empiezan a ins-
talar el campamento. Para esta instalación, los romanos
disponen de un esquema único y simple, que aplican
en todo tiempo y lugar. Por esto me parece convenien- 11
te, en este punto, en la medida en que las palabras lo
hagan claro, hacer comprensible a mis lectores la dis-
posición de las fuerzas en marcha, acampadas y en
orden de combate[76]. Porque, ¿quién mostraría tan poco 12

---

75 Doce para el conjunto de las cuatro legiones: cada una dispone de tres prefectos para mandar a los aliados que le son asignados. Estos prefectos eran ciudadanos romanos y no deben confundirse con los oficiales y pagadores ya mencionados en 21, 5.

76 Este orden de combate no se nos ha conservado como descripción genérica en los extractos del libro VI, pero Polibio

interés hacia las obras bellas y preclaras, que no deseara conocer un poco más profundamente cosas tales que, una vez asimiladas, le hacen sabedor de una de las materias más dignas de mención y conocimiento?

27 *El campamento romano*

El campamento de los romanos[77] es como sigue: se elige un lugar para acampar y, en el sitio más adecuado para la observación y para transmitir órdenes,
2 se planta la tienda del general (*praetorium*). En el sitio donde se va a plantar se clava su banderín y, en torno a él, se marca un espacio rectangular cuyo centro es el banderín citado, los lados equidistan de él; miden unos cien pies; el área total resulta de unos cuatro pletros.
3 Las legiones romanas se establecen siempre por el lado exterior de esta figura y en la dirección que parece la más indicada para aprovisionarse de agua y de forra-
4 je; el orden es el siguiente. He dicho un poco más arriba que cada legión tiene seis tribunos. Cada cónsul está al mando de dos legiones; evidentemente, serán doce los
5 tribunos que salen a campaña con cada cónsul. Las tiendas de éstos se plantan en línea recta, paralela al lado elegido del rectángulo, a cincuenta pies de él: así queda un espacio suficiente para los caballos, las mulas
6 y todo el bagaje restante[78] de los tribunos. Estas tiendas se plantan con su parte trasera encarada hacia el rectángulo en cuestión y miran hacia el exterior, parte que

---

nos narra dispositivos de combate de diversas batallas en las que intervinieron los romanos.

[77] Esta descripción del campamento romano es la más clásica y completa de que disponemos, aunque no deja de presentar algún problema.

[78] Como antes no se ha hablado de bagaje, no se puede saber en qué ha consistido «el bagaje restante», pero se debe de tratar de lo que no son las tiendas en sí y todo lo que se cobija en ellas.

el lector debe considerar como anterior, el frontal de
toda la figura, que es así como lo llamaremos siempre.
Las tiendas de los tribunos están plantadas a la misma 7
distancia unas de otras y de forma tal que abarcan toda
la anchura de las legiones romanas.

A partir de la línea frontal de estas tiendas, a cien 28
pies de distancia se traza una recta paralela a ellas,
que marca el principio de la acampada, que se hace de
la manera siguiente: se divide en dos partes la recta 2
en cuestión y, a lo largo de una perpendicular a esta
línea, trazada desde su punto central, se instala la caba-
llería de las dos legiones, frente a frente y separadas
por un intervalo de cincuenta pies; la mediana perpen-
dicular pasa por el punto medio de este intervalo. El 3
campamento de la caballería y el de la infantería son
análogos; tanto para un estandarte como para un es-
cuadrón, el conjunto forma un rectángulo. Estos rec- 4
tángulos están siempre orientados de cara a las calles
(*viae*) y tienen una longitud de cien pies; casi siempre
procuran que su anchura sea la misma, pero no en los
aliados. Cuando las legiones superan la cifra más habi- 5
tual, los jefes amplían proporcionalmente la anchura
y la longitud.

El espacio de la caballería forma, pues, a la altura 29
del punto medio de las tiendas de los tribunos, una es-
pecie de perpendicular a la recta indicada[79] ahora mis-
mo y a la superficie que se extiende delante de los tri-
bunos, porque realmente, la apariencia de todos estos 2
pasillos es la de una calle[80], ya que las compañías y los
escuadrones han establecido su acampada a ambos
lados y siguiendo la línea. Detrás de la caballería, que 3
ya hemos citado y, ofreciéndole la espalda, se sitúan
los *triarii* de cada una de las legiones, en una disposición

---

[79] Cf. 28, 1.

[80] El nombre técnico romano es *via*.

similar; a cada escuadrón corresponde un manípulo, situados en una figura idéntica, pero éstos se tocan entre sí, orientados ambos de cara al espacio ocupado
4 por la caballería. La anchura de cada manípulo es sólo la mitad de su longitud, debido a que los *triarii* en nú-
5 mero son la mitad de las otras clases. Aunque el número de hombres no es siempre el mismo, la longitud del campamento no varía, debido a la diferencia de pro-
6 fundidad. Seguidamente, a cincuenta pies de distancia de los *triarii* y de cara a ellos, acampan los *principes.*
7 Como también éstos están orientados hacia los espacios intermedios que hemos citado, de nuevo se forman dos calles que parten del mismo origen que las de la caballería y desembocan, paralelamente, en aquel espacio libre de cien pies delante de las tiendas de los tribunos; acaban en aquel lado fortificado opuesto a estas tiendas, que al principio expliqué que era el frontal del
8 plano, en su conjunto [81]. A continuación de los *principes,* detrás de ellos y dándoles la espalda, sin dejar espacio entre los rectángulos, se instalan de la misma manera
9 los *hastati.* Puesto que hay diez manípulos en todas las clases, en virtud de la repartición inicial, el resultado es que todas las calles son de igual longitud y desembocan de la misma manera en el lado fortificado que está enfrente; los manípulos de esta extremidad están orientados hacia este lado cuando se planta el campamento.

30 A una distancia de cincuenta pies de los *hastati* y de cara a ellos, viene situada la caballería de los aliados, que empieza y acaba en las mismas líneas que los *has-*
2 *tati.* Ya he dicho antes [82] que el número de soldados de infantería aliados es similar al de las legiones romanas, pero hay que deducir de su número a los «escogidos»;

[81] Cf. 27, 6.
[82] Cf. 26, 7.

el número de jinetes es doble, aun después de deducir
a los «escogidos», que son aquí una tercera parte. Por 3
esto, cuando forman su campo, aumentan proporcio-
nalmente la profundidad asignada a la caballería alia-
da, porque[83] intentan siempre que la longitud sea la
misma que la de las legiones romanas. Pero cuando se 4
han completado las cinco calles, sitúan entonces los
manípulos de la infantería aliada, al igual que los jine-
tes, en forma que aumenta la profundidad proporcio-
nalmente a su número, orientados hacia la línea prin-
cipal y hacia los dos flancos del campamento. En cada 5
manípulo, la primera tienda de cada uno de ambos cos-
tados es la de los centuriones. Acampados de la forma
que se ha descrito, a los dos lados el escuadrón sexto
está situado a una distancia de cincuenta pies del quin-
to, y las filas de la infantería a distancias similares, de 6
manera que aún se forma otra calle en medio del cam-
pamento, paralela a las tiendas de los tribunos. Es la
vía llamada quintana[84], porque discurre entre las quin-
tas distribuciones.

El espacio de detrás de las tiendas de los tribunos, 31
el que queda a ambas partes de la tienda del cónsul,
sirve, uno, para foro, y el otro lo ocupa el cuestor con
toda su impedimenta. Y desde la última tienda de los 2
tribunos, por cada lado, en formación divergente y orien-
tada hacia las tiendas, acampan los «escogidos» de los
jinetes y algunos de los voluntarios que van a combatir

---

83 Paton interpreta: «para hacer su espacio en el campo igual al que ocupan las legiones romanas», pero es poco concebible que una parte de los aliados ocupe tanta superficie como la que ocupa la fuerza principal del campamento.

84 Esta palabra existe en castellano y, precisamente, con esta acepción. Véase el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua*. Parece que algunas lenguas románicas carecen del término en cuestión.

por amistad con el cónsul[85]. Todos éstos acampan a los
dos lados del campamento y están orientados, una parte,
hacia el espacio reservado al cuestor y, los restantes,
3 hacia el foro. Se trata de que no se limiten a acampar
en las proximidades del cónsul, sino que, además, du-
rante las marchas o cuando se emprende cualquier otra
operación, atiendan a sus órdenes, o a las del cuestor.
4 Dando la espalda a éstos y de cara a la estacada, vienen
situados los soldados de infantería que tienen un come-
5 tido similar al de los jinetes mencionados. A continua-
ción queda un pasaje de cien pies de ancho, paralelo
a las tiendas de los tribunos, pero al otro lado del foro,
del cuartel general y de los servicios del cuestor; se ex-
tiende a lo largo de todas estas partes del campo que
6 he mencionado. En la parte superior de este pasaje
acampan los jinetes «escogidos»[86] de los aliados, orien-
tados hacia el foro, la tienda del general y la del cues-
7 tor. En la mitad de la acampada de estos jinetes, a la
altura del emplazamiento del cuartel general, se deja
un pasaje de unos cincuenta pies, que conduce hasta el
extremo inferior del campamento y que forma ángulo
recto con el pasaje más ancho mencionado ahora mis-
8 mo. Por su parte, los soldados «escogidos» de la in-
fantería aliada vienen situados detrás de los jinetes ci-
tados, de cara a la estacada, el extremo posterior de
9 todo el campamento. El espacio que queda a derecha
y a izquierda de estas tropas se reserva a los extran-
jeros y a aliados que, eventualmente, puedan acudir
como refuerzo.

10 Todo es cual se ha dicho y la figura del campamento
resulta cuadrada; su distribución, sus calles y su es-

---

[85] En el texto conservado, Polibio no ha mencionado anteriormente para nada a estos hombres.

[86] Estos «escogidos» (en latín *extraordinarii*) son los que no han sido seleccionados (31, 2): acampan delante de la infantería también «escogida».

tructura le hacen parecer una ciudad. Entre la estacada 11
y las tiendas hay, en todas direcciones, un espacio constante de doscientos pasos. Este espacio vacío es muy
importante y muy útil. Se presta ventajosamente a la 12
entrada y a la salida de los ejércitos; cada unidad desemboca en este espacio por sus propias calles, y así no se dirigen todos a la misma vía y no se pisan los
unos a los otros. Sitúan en este lugar los animales del 13
campamento y todo el botín arrebatado al enemigo,
guardado aquí con seguridad durante la noche. Pero lo 14
más importante es que si se da un ataque nocturno, no hay proyectil, inflamado o no, que alcance a las tropas; las excepciones son raras y, si alguna vez las alcanza, los daños sufridos son nulos, debido a la gran distancia y al contorno[87] de las tiendas.

Dados los efectivos de infantería y de caballería en 32
las dos hipótesis, según que cada legión tenga cuatro o cinco mil hombres, dadas igualmente la profundidad, la longitud y el número de estandartes, dadas además las dimensiones de las vías y de los espacios libres e, igualmente, todos los demás elementos necesarios,
basta con reflexionar para saber las medidas del área 2
del terreno y de su perímetro. Puede darse el caso de 3
que los efectivos de los aliados sean superiores en número, tanto si se trata de aliados que forman parte del ejército desde el principio de la campaña o de otros que las circunstancias hacen comparecer como refuer-
zo. Para estos aliados añadidos por las circunstancias 4
se llena, además de los emplazamientos mencionados, el espacio que queda a ambos lados del cuartel general, reduciendo el foro y la instalación del cuestor a las

[87] La palabra griega correspondiente (*perístasis*) indica o el emplazamiento mismo de las tiendas, o, quizás, la estacada, a distancia considerable de ellas, que prácticamente las preserva de efectos de un ataque enemigo.

dimensiones estrictamente necesarias para el servicio;
5 para los aliados que participan en la expedición desde
el principio, cuando su número es considerable, se añaden dos calles, una a cada lado de las legiones romanas, a lo largo de sus líneas laterales.

6 Cuando las cuatro legiones y los dos cónsules se encierran en un mismo atrincheramiento, no se puede pensar otra cosa sino que hay dos ejércitos acampados de la forma descrita, pero que se dan la espalda; la conjunción de ambos se efectúa a lo largo de la instalación de los «escogidos» respectivos, orientados, tal como se ha indicado ya, hacia la parte posterior del conjunto
7 de la acampada. Desde entonces el dispositivo toma
la forma de un rectángulo; el terreno tiene una superficie doble del precedente y el perímetro se aumenta
8 en una mitad. De modo que cuando los dos cónsules
acampan juntos, el campamento siempre es así; si acampan separadamente, lo hacen de manera no distinta; la única particularidad es que el foro, los servicios del cuestor y el cuartel general están situados entre los dos campamentos.

33 Lista ya la acampada[88], los tribunos congregan a
todos los hombres, tanto libres como esclavos, y les
2 toman juramento, uno por uno. El juramento es: no
robar nada dentro del campamento, al contrario, entregar a los tribunos cualquier cosa que encuentren.
3 Inmediatamente después, ordenan a dos manípulos de
los *príncipes* y de los *hastati* de cada legión que tomen a su cuidado los lugares de delante de las tiendas de
4 los tribunos, porque la mayor parte de los romanos
pasan el día en este espacio: de ahí que lo cuiden mucho
5 y lo rieguen y lo embellezcan solícitamente. De los die-
ciocho manípulos restantes, cada tribuno obtiene tres por sorteo; según mi descripción anterior, en cada cam-

[88] Aquí se empieza a tratar de la disciplina en el campo.

pamento son dieciocho los manípulos de los *hastati* y
de los *principes*, y los tribunos son seis. Cada uno de 6
estos manípulos, por turno, prestan al tribuno los ser-
vicios siguientes: cuando han acampado, le montan la
tienda y alisan la tierra que la rodea. Si, por razones
de seguridad, se debe construir un cerco para una parte
del bagaje, son ellos los que lo disponen. También hacen 7
dos guardias [89] (una guardia consta de cuatro hombres,
dos de los cuales están apostados en la puerta de la
tienda y dos detrás, donde están los caballos). Puesto 8
que cada tribuno tiene a su mando tres manípulos,
cada uno de los cuales consta de más de cien hombres,
incluso descontando los *triarii* y los *velites*, que no pres-
tan servicios, este trabajo no resulta pesado; sólo cada 9
tres días corresponde a un manípulo estar de turno; los
tribunos lo necesitan no únicamente por la comodidad
que ofrece, sino también para conferir prestigio y au-
toridad, según lo que se ha descrito, al lugar de honor
que detentan. Los manípulos de los *triarii* están exentos 10
del servicio a los tribunos: son ellos los que vigilan
los escuadrones de caballería, y cada manípulo hace
una guardia diaria del escuadrón que tiene enfrente.
Su quehacer principal, dejando aparte otros, es tener 11
cuidado de los caballos, que no se enreden con sus ata-
duras y que no se hagan daño, con lo cual quedarían
inútiles; deben procurar también que no se desaten y
que no se ataquen mutuamente: llenarían el campa-
mento de alboroto y confusión. Cada uno de los maní- 12
pulos, por turno, hace un día de guardia al cónsul:
garantiza su seguridad contra posibles atentados y, al
mismo tiempo, confiere esplendor a la majestad del
mando.

---

[89] Había guardias diurnas (*excubiae*) y nocturnas (*vigiliae*). Polibio trata exclusivamente de las nocturnas.

34 A los aliados que acampan a los dos lados les corresponde la construcción de la fosa y la estacada de su lado correspondiente, y los dos restantes, a los roma-
2 nos mismos, uno a cada legión. Cada lado viene distribuido en sectores, uno para cada manípulo; los centuriones lo inspeccionan todo personalmente. La supervisión general de todo un lado la hacen dos tribunos.
3 A cargo de ellos corre también la inspección de todo lo restante del campamento. Se dividen por parejas, que están de turno dos meses cada semestre; a los que lo están incumbe atender a todo lo que pasa en el cam-
4 pamento. Los prefectos de los aliados ejercen su cargo
5 de la misma manera. Los jinetes y los centuriones se presentan a primera hora de la mañana en las tiendas de los tribunos, y éstos comparecen delante del cónsul,
6 quien da a los tribunos las consignas urgentes; éstos, a su vez, pasan las órdenes a la caballería. Ésta transmite las órdenes a la tropa, a medida que va llegando el momento oportuno de cada cosa.

7 La transmisión correcta de la contraseña nocturna, la aseguran como sigue: de cada clase de tropa, tanto de infantería como de caballería[90], se escoge a un hombre del manípulo décimo, que es el acampado al final
8 de la calle correspondiente. Este hombre, que durante la guardia queda libre de cualquier otro servicio, se presenta cada día al anochecer en la tienda del tribuno, recibe de él la contraseña (que es una tablilla de ma-

---

90 El texto es aquí conjetural y ofrece cierta dificultad. Véase una edición crítica griega. De todos modos, al hablar de «clase de tropa», tanto se puede entender lo relativo a su división específica, *hastati, triarii,* etc. como su clasificación por edades. La dificultad que ofrece el texto griego se refiere a si se trata del manípulo décimo, acampado al final de la vía correspondiente. En cuanto a la división de la clase de tropa, cf. WALBANK, *Commentary,* ad loc., se decide sin vacilar por la primera posibilidad citada.

dera, escrita) y se retira. Regresa a su propio manípulo, 9
donde, en presencia de testigos, entrega la tablilla y otro trocito de madera al comandante del manípulo siguiente; éste hace lo propio con el que le es próximo.
Todos hacen lo mismo, hasta que se llega a las primeras 10
tiendas del campamento, que están a continuación de las de los tribunos. Este manípulo debe devolver las
tablillas al tribuno cuando todavía hay algo de luz. Si 11
lo devuelto es todo lo que fue entregado, el tribuno constata que la contraseña ha sido transmitida a todos y
que, a través de todos, regresa a él. Si falta alguna 12
tablilla, se puede investigar lo sucedido, porque por la madera pequeña se sabe la sección que no ha librado la tablilla. Aquel que ha sido encontrado culpable de la retención es castigado con la sanción correspondiente.

Los romanos organizan las guardias nocturnas como 35
sigue: el cónsul y su tienda son vigilados por el manípulo más próximo, y las tiendas de los tribunos y los 2
escuadrones de caballería, por los hombres de cada
manípulo ordenados tal como se apuntó. Pero también 3
cada compañía organiza su propia guardia; las restantes, las dispone personalmente el cónsul. Para la cus- 4
todia del cuestor se designan normalmente tres guardias, y para cada uno de los consejeros y legados [91], dos.
Los *velites* [92] vigilan la parte exterior del campamento; 5
se pasan todo el día en la estacada. Éste es el servicio

91 Sobre estos legados, véase XXXV 4, 5. El consejo comprendía a todos los que habían alcanzado la dignidad consular y al primer centurión de cada legión (24, 2).

92 Los *velites* no deben acampar aquí, pero lo cierto es que Polibio no ha señalado dónde acampan. Hay una variante textual griega que dice, ciertamente, «acampan», pero parece que el espacio asignado es demasiado angosto, y algunos estudiosos distinguen entre estos *velites* que ejercen una función pasajera de vigilantes y el resto del cuerpo de ellos. Amplia discusión del tema, en WALBANK, *Commentary*, ad loc.

que tienen asignado; diez de ellos hacen guardia en
6 cada portal. De los hombres apostados para la guardia,
en cada sitio, al anochecer un oficial conduce al soldado
del manípulo que debe efectuar la primera a la presen-
7 cia del tribuno; éste entrega, para cada guardia, la con-
traseña, que es pequeña, con un grabado. Los centinelas
la toman y se dirigen a los lugares que les han sido asig-
nados.
8 La responsabilidad de las rondas la toma la caballe-
ría. El primer decurión de cada legión debe dar a uno
de sus suboficiales, ya de mañana, la orden de que de-
signe, antes del desayuno, cuatro soldados de su escua-
9 drón, a los que corresponderá hacer la ronda. El mismo
decurión debe advertir al comandante del escuadrón
próximo, al anochecer, que es él a quien le correspon-
derá organizar las rondas a la mañana del día siguiente.
10 Este segundo decurión, al recibir el comunicado, ha de
hacer, al día siguiente, lo que ya se ha descrito. Y de
igual modo los decuriones de los escuadrones restan-
11 tes. Los cuatro hombres escogidos por los suboficiales
del primer escuadrón se sortean, entre ellos, los turnos
de ronda y acuden, luego, a la tienda del tribuno, quien
les entrega, por escrito, el turno que corresponde a cada
12 uno, es decir, los lugares que debe recorrer. Tras lo
cual, los cuatro se retiran a descansar en el lugar del
primer manípulo de los *triarii*, porque es su centurión
el que, al son de la trompeta, debe indicar los turnos.
36 Llegado el momento, el hombre a quien ha corres-
pondido el primer turno hace el recorrido que le corres-
ponde y se lleva algunos amigos que eventualmente le
2 servirán de testigos. Recorre los lugares indicados, no
solamente los que hay al pie de la estacada, también
las puertas y los guardias que hay en cada manípulo
3 y en cada escuadrón. Si encuentra a los centinelas de
la primera vela despiertos, recoge de ellos el trocito
de madera citado, pero si encuentra algún hombre dor-

mido o que ha abandonado el lugar, toma por testigos a sus acompañantes, y se va. Exactamente igual sucede 4
con el resto de los hombres que hacen las rondas. Ya 5
he señalado que la indicación, al son de la trompeta, de cada turno, para que los que han de hacer la ronda inspeccionen los puestos en el momento oportuno, corresponde al centurión del primer manípulo de *triarii* de cada una de las dos legiones, a días alternos.

Cada uno de los hombres de la ronda devuelve, al 6
despuntar el día, las contraseñas al tribuno. Si éstas coinciden, en número con las que habían sido distribuidas, los hombres se retiran sin más. Pero si uno de 7
ellos devuelve un número de contraseñas menor al de los puestos inspeccionados, por las maderas se investiga cuál es la del puesto que falta. Efectuada la correspon- 8
diente comprobación, el tribuno convoca al centurión y éste acude con los centinelas del turno correspondiente, y se efectúa un careo judicial con los que hicieron la ronda. El testimonio aducido por los acompa- 9
ñantes del que hacía la ronda constata inmediatamente si la culpabilidad recae en los que hacían la guardia, pues están obligados a declararlo. Si no es así, la culpa recae sobre el que hacía la ronda.

Se convoca al punto el consejo de tribunos, se cele- 37
bra el juicio y, si el hombre es declarado culpable, se le apalea. El procedimiento[93] es el siguiente: el tribuno, 2
provisto de una vara, roza suavemente al condenado. Pero inmediatamente todos los miembros de la legión 3
le apalean y le apedrean; en la mayoría de los casos el reo muere allí mismo. Y aunque sobreviva, esto no re- 4
presenta para él garantía alguna. ¿Porqué, cómo se podrían salvar? No les está permitido repatriarse y ningún pariente suyo se atrevería a dar cobijo a un individuo así. De modo que los que han caído una vez en esta

[93] Es el castigo llamado, entre los romanos, *fustuarium*.

5 desgracia, en realidad no tienen salvación. Un castigo
igual al descrito es infligido al suboficial o al jefe de
escuadrón de caballería, si no transmiten las consignas
correspondientes en el momento oportuno: el primero,
a los que hacen la ronda, y el segundo, al decurión del
6 escuadrón siguiente. El hecho de que el castigo sea tan
fuerte e inexorable logra que, entre los romanos, las
guardias nocturnas se hagan de la manera debida.
7 Los soldados están subordinados a los tribunos y
8 éstos, a los cónsules. El tribuno tiene la potestad de
imponer multas, de tomar cosas en prenda y de mandar
azotar; sobre los aliados tiene su potestad el prefecto.
9 Se azota, como se describió, a los que roban algo dentro
del campamento[94], a los que deponen un testimonio
falso, a los jóvenes que, en la flor de su edad, son sor-
prendidos haciendo un mal uso de su cuerpo y también
al hombre al que, por el motivo que sea, se le impone
10 tres veces el mismo castigo. Todo esto, pues, lo castigan
en calidad de crímenes, pero se consideran como laxitud
contraria al honor militar las faltas siguientes: anunciar
mentirosamente a los tribunos una heroicidad propia
11 para recibir honores, que los apostados en alguna em-
boscada abandonen por miedo su lugar, o si alguien tira
12 cobardemente las armas en pleno combate. Por eso ha
habido emboscados que han muerto noblemente, ataca-
dos por un enemigo superior en número: han preferido
no abandonar su puesto por temor al castigo habitual.
13 Algunos que durante la lucha tiraron el escudo, la es-
pada o el arma que sea se meten enloquecidos entre
las filas enemigas con la esperanza de recobrar lo que
tiraron, o bien de escapar, por la muerte, a una ver-
güenza segura y al odio de los suyos.
38 Si alguna vez una falta así es cometida por muchos,
y manípulos enteros, al verse en un aprieto, han aban-

---

[94] Cf. 33, 2.

donado su lugar, entonces los romanos creen imprudente azotar o ejecutar a las unidades íntegras y, para este delito, han ideado un castigo que es a la vez eficaz e
impresionante. El tribuno congrega a la legión, manda 2
avanzar a los que huyeron, les recrimina duramente y, al final, de entre todos ellos escoge uno de cada cinco, o de cada ocho, o incluso de cada veinte, calculando siempre que resulte, como máximo, la décima parte de
los que cometieron la falta. Estos elegidos al azar son 3
azotados tal como se dijo, inexorablemente; a los restantes se les suministran raciones de cebada en vez de trigo y se les manda acampar fuera del atrincheramien-
to, en un lugar ya inseguro. De modo que el riesgo y 4
el temor a este sorteo afectan a todos, porque es incierto sobre quiénes van a recaer. También el oprobio de tener que comer harina de cebada retiene a todo el mundo; de todas las prácticas, los romanos han ideado éstas para inspirar horror y reparar los daños.

Pero también exhortan admirablemente a la juventud 39
a afrontar los riesgos. Siempre que se ha librado un 2
combate en el que algunos jóvenes se han batido bravamente, el general congrega la legión en asamblea y hace adelantar a los que se han señalado por alguna gesta notable. Primero hace el elogio de cada uno, y de su coraje, y de las cosas de su vida que resulten dignas de
memoria por su buena conducta. A continuación dis- 3
tribuye las recompensas: al hombre que ha herido a un enemigo, una lanza, al que le ha dado muerte y despojado, si es soldado de infantería, se le da una copa y si es un jinete, una fálera[95]. (Primero sólo se le daba

[95] La fálera era un escudo con una pintura de una escena guerrera o de un guerrero. Así, WALBANK, *Commentary*, ad loc., aunque dos textos del satírico latino JUVENAL parecen indicar que se trata de adornos de caballos, *Sát.* XI 103: *ut phaleris gauderet ecus*, y XVI 60: *ut laeti phaleris*, donde se trata, posiblemente, de jinetes contentos por el adorno de sus caballos, sin

4 una lanza.) Estas recompensas no se otorgan al que ha
herido o despojado a un enemigo en una batalla en toda
regla, o en el asalto de una ciudad, sino al que en una
escaramuza o en ocasión semejante, sin verse forzados
a la lucha cuerpo a cuerpo, se arriesga a ella volunta-
5 riamente y por propia decisión. Aquellos que en el asalto
de una ciudad han sido los primeros que han escalado
6 los muros, reciben una corona de oro[96]. También los
que con su escudo han protegido y salvado a algún ciu-
dadano o bien a algún aliado son distinguidos por el
general con una recompensa, y los tribunos indican a
los salvados que coronen a sus salvadores; si éstos se
negaran, los tribunos les forzarían a ello en virtud de
7 una sentencia. Y el salvado debe honrar ya por toda
la vida, como a un padre, a su salvador y debe hacer
8 por él todo lo que un hijo hace por su progenitor. No
únicamente los que están presentes y lo escuchan, sino
también los que quedaron en sus casas resultan estimu-
lados a rivalizar con hombres así y a emularles en los
9 peligros, espoleados de esta manera. Los que han al-
canzado tales recompensas, además de su fama en el
campamento y de su predicamento en la familia, cuando
regresan a su país tienen lugar de preferencia en los
cortejos. Sólo ellos, debido a su coraje, pueden usar
10 los vestidos que los generales les hayan permitido. En
sus casas cuelgan el botín en el lugar de más honor, y
11 así se convierte en señal y testimonio de su arrojo. De
tales afanes y cuidados por lo que se refiere a honores
y castigos militares, es natural que a los romanos el
resultado de sus empresas bélicas sea siempre afortuna-
do y brillante.

12 El estipendio diario de un soldado de infantería es
de dos óbolos; el de los centuriones es el doble, y el

---

que se pueda precisar, porque precisamente aquí se acaba el texto de Juvenal.

[96] Es la llamada *corona muralis*; cf. Tito Livio, X 46, 3.

de los jinetes, un dracma. La ración de víveres de un 13
soldado de infantería es de dos terceras partes de un
medimno ático[97], y la de un jinete, de siete medimnos
mensuales de cebada y dos de trigo. La ración de la in- 14
fantería aliada es la misma, la de los jinetes, de un me-
dimno y un tercio de trigo y cinco de cebada. Los alia- 15
dos reciben sus raciones gratuitamente, pero a los ro-
manos el cuestor les deduce la suma establecida para
comer y vestir, y eventualmente para la reparación de
alguna arma.

Para levantar el campo se procede de la manera si- 40
guiente: cuando se da la señal desmontan las tiendas 2
y todos hacen su equipaje. Sin embargo, nadie puede
desmontar ni montar su tienda antes de que lo hayan
sido las de los tribunos y la del cónsul. Cuando se 3
da la segunda señal, colocan los bagajes sobre las bes-
tias de carga; cuando se da la tercera, los primeros
deben ponerse en marcha, y se han de poner en movi-
miento todas las fuerzas. Abren la formación casi siem- 4
pre los «escogidos»; detrás de ellos marcha el ala de-
recha de los aliados y, a continuación, sus acémilas.
Esta columna viene seguida por la primera legión ro- 5
mana, que lleva detrás suyo su bagaje. A continuación 6
avanza la legión segunda, seguida también de su impe-
dimenta y de las bestias de carga de los aliados, que
caminan en fila al final de la columna, porque el ala
izquierda aliada cierra siempre este dispositivo. Los 7
jinetes, a veces, siguen al cuerpo de infantería que les
corresponde y, otras veces, cabalgan flanqueando las
acémilas, para contenerlas y conservarlas en seguridad.
Si esperan un ataque a retaguardia, los «escogidos» de 8
los aliados abandonan su posición delantera y se sitúan

97 Véase, en concreto, la nota 44 del libro II, y para la valoración de los estipendios y de las raciones en general, WALBANK *Commentary*, ad loc.

9 al final; las demás partes siguen invariables. Cada una
de las legiones va delante a días alternos, y también
las alas, y las otras, detrás: así todos participan por
igual del aprovisionamiento intacto de agua y de vi-
tuallas, por este cambio por turno en el orden de los
que abren la marcha [98].
10 Pero hay otra formación cuando la situación es in-
11 cierta y se marcha por lugares planos: avanzan en para-
lelo las tres falanges de los *hastati*, de los *principes* y
de los *triarii*, precedidas por las acémilas de los maní-
pulos que van en primera posición, las que preceden a
los segundos manípulos van detrás de los primeros, y
así sucesivamente, alternando siempre acémilas y maní-
12 pulos. En este orden de marcha, si son atacados, giran a
la derecha o a la izquierda y hacen avanzar los maní-
pulos, dejando atrás las acémilas, en dirección hacia
13 el lugar por donde ha salido el enemigo. Así, en muy
poco tiempo y con un solo movimiento, toda la infan-
tería se encuentra en orden de combate, ello cuando
no es preciso que los *hastati* hagan un movimiento de
14 rotación. Las acémilas y la masa de hombres que les
acompañan, situados detrás de las filas de los comba-
tientes, ocupan un lugar adecuado, fuera de la lucha.
41 Cuando, en la marcha, se acercan al lugar en el que
se debe acampar, el tribuno y los centuriones a los que
2 por turno corresponde esta tarea se adelantan. Después
de inspeccionar el terreno, primero determinan el lugar
en que se plantará la tienda del cónsul, según antes se
expuso, y también, alrededor de esta tienda, el lado del

[98] La marcha normal era en columna de a uno (*ire viritim*). Pero cuando se sospechaba algún peligro, o se acercaban al enemigo, los cónsules ordenaban marchar en tres filas (*acie triplici instituta*): la columna central la ocupaban los *triarii*, y los *hastati* la tropa considerada más potente, se colocaba del lado en que se esperaba el peligro; del otro se colocaban los *principes*.

perímetro a lo largo del cual se instalarán las legiones;
establecido esto, señalan el perímetro de la tienda, des- 3
pués la línea recta en la que se colocan las tiendas de
los tribunos e, inmediatamente, la paralela a partir de
la que se inicia la instalación de las legiones. Del mismo 4
modo trazan las líneas al otro lado de la tienda del cón-
sul, según se ha expuesto más arriba prolijamente y con
detalle. Todo esto se hace en muy poco tiempo, porque 5
el trabajo de medición es fácil, ya que los espacios in-
termedios son constantes y familiares. Entonces plan- 6
tan en el suelo un primer estandarte, en el lugar donde
se alzará la tienda del cónsul, un segundo en el lado
determinado, un tercero en el punto medio de la línea
sobre la cual levantan las tiendas de los tribunos y un
cuarto en el lugar donde acamparán las legiones. Los 7
estandartes son de color rojo, a excepción del estan-
darte del cónsul, que es blanco. Al otro lado de la tien-
da del cónsul fijan estacas desnudas y, alguna vez, estan-
dartes de colores diversos. Hecho esto, miden en seguida 8
las calles y plantan las estacas correspondientes a cada
calle. Es natural que cuando llegan las legiones, des- 9
pués de la marcha, y ven el lugar de la acampada, todo
el mundo sepa el lugar que le corresponde: lo deduce
fijándose en el estandarte del cónsul. Todos conocen 10
exactamente su calle y el lugar de ella donde deben
plantar su tienda, porque siempre les corresponde el
mismo lugar en la acampada, por lo que el conjunto da
la impresión de un ejército que retorna a su ciudad
nativa. En este supuesto todos, desde la puerta de la 11
ciudad, se van rápidamente en dirección a sus propios
hogares, pues todos los soldados conocen, naturalmente,
el lugar de la ciudad donde tienen su residencia. Pues 12
algo muy semejante a esto es lo que ocurre en las acam-
padas de los romanos.

Éstos, en el establecimiento de sus campamentos, 42
buscan la facilidad y, en esto, me parece que siguen un

2 criterio totalmente opuesto al de los griegos, quienes creen que lo más importante en acampar es adaptarse a los accidentes del terreno, tanto porque esto ahorra los trabajos de atrincheramiento, como porque consideran que no son comparables las seguridades creadas artificialmente con las que ofrece la naturaleza con los
3 accidentes propios del lugar. Por esto, cuando estructuran un campamento se ven siempre forzados a variar su plano, a adaptarlo al terreno, y a modificar la distribución de sus partes, a veces en lugares poco adecua-
4 dos. El resultado es que nadie tiene nunca seguro el lugar y tampoco es fijo el que corresponde a las diversas
5 partes del campamento. Los romanos, en gracia a la facilidad, prefieren la fatiga de hacer los atrincheramientos y lo que ello comporta, porque así el campamento les resulta siempre idéntico y conocido.

6 Y esto es lo más importante sobre el ejército romano y, principalmente, sobre la teoría de los campamentos[99].

43 *Comparación de la constitución romana con otras, principalmente con la espartana y la cartaginesa*

Casi todos los autores[100] nos han transmitido la fama de la excelencia de constituciones como las de los lacedemonios, cretenses, mantineenses e, incluso, de la constitución cartaginesa. Algunos mencionan también
2 las constituciones de Atenas y de Tebas. Pero estas últimas yo voy a omitirlas; estoy convencido de que no pueden exigir una disquisición muy larga, porque no han tenido ni un desarrollo lógico, ni un florecimiento

99 Aquí traduzco según Schweighäuser y Weil-Nicolet, pero Walbank, *Commentary*, ad loc., interpreta en sentido más genérico: «sobre la ciencia militar».

100 Los más importantes son Platón y Aristóteles, pero no faltan otros de menor categoría, como Diágoras de Melos, que trató de la constitución de Mantinea; Isócrates trató, aunque brevemente, de Cartago (*Nic.* 24), Eratóstenes, etc.

prolongado, ni sus evoluciones se han dado con mo-
deración, sino que, después de haber brillado por la 3
coyuntura de una prosperidad súbita —como vulgar-
mente se dice—, cuando la creencia popular era de
que todavía florecían y que, por eso, debían gozar
de buena fama, experimentaron una suerte adversa.
Los tebanos adquirieron entre los griegos fama de 4
valientes porque los lacedemonios fueron muy im-
prudentes y porque sus mismos aliados les odiaban,
pero fueron sólo uno o dos tebanos quienes se dieron
cuenta de lo dicho y les ganaron entre los griegos esta
reputación de valor. Que no fue la estructura de su 5
constitución, sino el valor de sus gobernantes la causa
de los éxitos tebanos, lo hizo patente la fortuna que
siguió a todos aquellos acontecimientos, ya que el flore- 6
cimiento, la culminación y el fracaso de las hazañas de
los tebanos se corresponden exactamente con la vida de
Pelópidas y de Epaminondas[101]. Hay forzosamente que 7
pensar que el esplendor de que gozó la ciudad de Tebas
tuvo por causa no la constitución tebana, sino la pers-
picacia de los dos hombres citados.

Y lo mismo cabe creer de la constitución de los ate- 44
nienses, que tuvo, sin duda alguna, muchos momentos 2
de esplendor —el más alto se debió al valor de Temís-
tocles—, pero por la incoherencia de su estructura[102]
experimentó rápidamente una suerte desfavorable. Al 3
pueblo ateniense le ocurre siempre lo que a una nave
sin capitán. En efecto: en las naves, mientras los mari- 4

---

[101] Aunque triunfó en la batalla de Leuctra, Epaminondas murió en ella (371 a. C.); Pelópidas había muerto asesinado en 364. Con ello, acababa la hegemonía de Tebas, el llamado «meteoro tebano».

[102] Walbank, *Commentary*, ad loc., interpreta el texto griego de una manera algo distinta: «por la inconstancia de los atenienses». Un lector partidario de Demóstenes corroboraría esta interpretación.

neros se incitan a no promover discordias y a obedecer al piloto, ya sea por el miedo que les infunda el estado de la mar o la proximidad del enemigo, todo el mundo
5 cumple su deber estupendamente; pero, cuando toman confianza y empiezan a desdeñar a los que ejercen el mando y a disputar defendiendo opiniones contrapues-
6 tas, en tal caso unos marineros prefieren proseguir la navegación, otros instan al piloto que fondee la nave, otros pretenden desplegar las velas, otros quieren im-
7 pedirlo a brazo partido y les mandan dejarlas. El espectáculo es vergonzoso para los que lo contemplan desde fuera, por las diferencias y disputas surgidas entre los marineros, que, además, convierten en arriesgada la navegación para todos aquellos navegantes.
8 Más de una vez unos que han superado los mares más vastos y los temporales más formidables naufragan
9 cerca de la costa o en la misma bocana del puerto. Esto es lo que con frecuencia ha ocurrido al estado ateniense [103]: después de haber vencido las más grandes y terribles peripecias por la bravura del pueblo y la de sus jefes, en los intervalos pacíficos se ha hundido, al azar,
10 incomprensiblemente. He aquí el motivo por el cual no se debe tratar ni esta constitución ni la de los tebanos. En ellas lo maneja todo a su antojo el pueblo, que, en el primer caso, se distingue por su viveza y su acritud, mientras que los tebanos han sido educados en la ira y en la violencia [104].

45 Pasemos ahora a la constitución de los cretenses [105]. Merece la pena considerarla por dos características, tal

---

[103] Polibio piensa, sin duda alguna, en la constitución ateniense de los siglos V/IV a. C.

[104] Polibio piensa en la Tebas de su época; cf. WEIL-NICOLET, *Polybe, VI*, págs. 42 ss.

[105] Según la leyenda más antigua, las constituciones de Esparta y de Creta fueron un regalo de Zeus a Radamanto: el legislador consideró que el máximo bien era la libertad y que

como nos lo han transmitido los autores antiguos más
eruditos, Éforo, Jenofonte, Calístenes y Platón. Comien- 2
zan por afirmar que esta constitución es similar a la
de los lacedemonios; dicen, además, que es digna de
alabanza. Mi opinión es que en todo ello no hay nada
de verdad, lo cual se puede constatar por lo que sigue.
En primer lugar, no se parece en nada a la constitu- 3
ción espartana. En efecto, la particularidad más original
de ésta es la de los lotes de tierra: todos los ciudadanos
cultivan uno exactamente igual al de los demás, pero
las tierras son propiedad del estado; a nadie es lícito
disponer de un lote mayor. En segundo lugar, el apre- 4
cio del dinero, que entre los lacedemonios acabó por
tener un valor nulo; esto hizo que en el régimen espar-
tano desaparecieran las envidias por poseer más o
menos. Citemos, en tercer lugar, que entre los lacede- 5
monios los reyes detentan un poder hereditario; los
componentes de la gerusía lo son a título vitalicio; sus
miembros administran soberanamente los asuntos de
estado.

Entre los cretenses, todo lo contrario; sus leyes les 46
permiten, expresamente, adquirir tierras de labranza en
cantidad infinita, como se dice, y el dinero entre ellos 2
tiene tanta importancia, que su adquisición les parece
no ya necesaria, sino la actividad más bella. En efecto, 3
en este país el lucro inmoral y la estafa han arraigado
tanto, que de todos los hombres sólo entre los creten-
ses no hay ganancia que resulte infame. Entre ellos las 4
magistraturas son anuales y democráticas. Así que 5
muchas veces no he acabado de entender cómo se pro-

---

sólo se podía mantener por la concordia y el coraje, cualidades establecidas por la convivencia (seguramente, en sentido homosexual) entre hombres y jóvenes, que debían practicar vida en común, y por el entrenamiento militar. Parece que estos usos pasaron de Creta a Esparta. Cf. WALBANK, *Commentary,* ad loc., con una exposición y discusión muy detalladas.

clama la similitud de ambas constituciones y su afini-
6 dad, cuando sus índoles son tan opuestas. Se pasan por alto diferencias tan significativas, y luego los que propugnan esta tesis se extienden prolijamente en consideraciones y concluyen que Licurgo es el único mortal que ha entendido lo que es verdaderamente importante.
7 Dos son los presupuestos necesarios para salvar cualquier ciudad: el coraje contra eventuales enemigos y la concordia ciudadana; Licurgo, afirman, cuando eliminó la avaricia, con ella suprimió también, natural-
8 mente, cualquier discordia y revolución. Por esto, los lacedemonios, exentos de estos males, se gobiernan a sí mismos con un hermoso entendimiento y siempre
9 están de mutuo acuerdo. Tales autores efectúan las aseveraciones apuntadas y, a pesar de que, por la comparación, comprueban que los cretenses, por una tacañería innata, se ven arrastrados a peleas en privado y en público, a asesinatos y a contiendas civiles, creen poder hacer caso omiso de estos extremos y se atreven a afirmar que las dos constituciones son similares.
10 Éforo usa una terminología distinta, pero a fin de cuentas cuando describe ambas constituciones viene a decir lo mismo; si prescindiéramos de los nombres propios, no podríamos adivinar de qué constitución trata.

11 He expuesto las razones por las cuales las dos constituciones no me parecen idénticas; ahora vamos a explicar el motivo por el cual la constitución cretense no nos parece ni laudable ni envidiable.

47 Creo que toda constitución posee dos elementos que la convierten en preferible o rechazable en sus cualidades y su estructura: estos elementos son las costum-
2 bres y las leyes. De ellas se debe admitir todo aquello que convierte la vida de los hombres en virtuosa y prudente, y cambia los usos de la ciudad en humanitarios
3 y equitativos; se debe rehusar todo lo contrario. Del mismo modo que, cuando vemos en un pueblo costum-

bres y leyes laudables, deducimos sin temor a equivo-
carnos que sus ciudadanos y su constitución también
han de ser laudables, cuando advertimos que la vida 4
privada está llena de ruindad y los asuntos públicos
rebosan injusticia, aseguraremos, lógicamente, que las
leyes y las costumbres privadas del pueblo en cuestión,
su constitución íntegra, es perversa. Difícilmente se 5
encontrarán hábitos privados más malignos que los de
los cretenses, exceptuando a muy pocos, ni, por consi-
guiente, más injusticia en las actividades del estado[106].
Esta apreciación nos permite deducir que la constitu- 6
ción de los cretenses no es envidiable ni preferible y,
además, que no se parece en nada a la de los lacede-
monios.

Sin embargo, no sería justo, tampoco, aducir la re- 7
pública platónica, aunque algunos filósofos la alaban.
Entre los artesanos o los atletas, no se admite en las 8
competiciones a los que no se han inscrito, o no se han
entrenado; tampoco podemos admitir esta constitución
a concurso con las demás antes de que exhiba alguna
realización palpable[107] de sus obras. Por ahora, una ex- 9
posición sobre ella, comparándola con la romana, la
lacedemonia o la cartaginesa, parecería la exhibición
de una estatua cotejada con hombres vivos, que se mue-
ven. Puede que la constitución platónica artísticamente 10
resulte laudable, pero la comparación de seres inanima-
dos con otros animados es lógico que resulte deficiente
y totalmente inadecuada para los espectadores.

Por esto ahora, prescindiendo de ambas, pasamos a 48
la constitución espartana. Me da la impresión de que, 2

[106] La inmoralidad de los cretenses era proverbial y llega a salir, incluso, en el Nuevo Testamento, en la carta paulina a Tito, 1, 11, que cita al poeta Epiménides: «Dijo uno de ellos, su propio profeta: los cretenses, siempre embusteros, malas bestias, panzas holgazanas.»

[107] Esto remite, en cierto modo, al lugar 5, 8.

en lo que atañe a la concordia ciudadana, a la seguridad del territorio espartano y a la preservación de la libertad de los lacedemonios, la legislación de Licurgo y la previsión que demostró fueron tan fascinantes, que casi me veo forzado a admirar estas instituciones como de
3 origen divino más que humano. La igualdad de propiedades y las comidas en común, muy frugales, hacían necesariamente moderados a aquellos hombres en sus vidas privadas y preservaban de turbulencias la vida pública; el entrenamiento físico y las penalidades for-
4 maban hombres nobles y valientes. La concurrencia de estas dos virtudes, la moderación y el coraje, en un mismo ánimo y en una misma ciudad, dificultaba en todos los ciudadanos el nacimiento de la ruindad; impedía también que sus vecinos les dominaran fácil-
5 mente. Licurgo, cuando estructuró así y dotó de tales medios al régimen espartano, proporcionó a toda Laconia una seguridad nada frágil y dejó en herencia a
6 los lacedemonios una libertad perdurable[108]. Pero, en lo que atañe a apropiarse de posesiones ajenas, a la hegemonía y, en general, a las ambiciones imperiales, mi opinión es que, en cuanto a esto, Licurgo no previó absolutamente nada ni en los sectores privados ni en
7 la organización general. Le faltó legar a sus conciudadanos un proyecto[109] o una contención que proporcionara a su ética pública a la vez moderación y autarquía, del mismo modo que hizo a los lacedemonios
8 libres y moderados en su vida privada. Pero si, privadamente, los espartanos fueron poco ambiciosos y muy prudentes, incluso en la legislación interna del estado, sin embargo, en lo que se refiere a los demás griegos,

---

108 Cf. 10, 11, y nota 105.

109 WALBANK, *Commentary*, ad loc., interpreta, con algo más de vigor: «principio ya establecido». Yo me atengo aquí a Weil-Nicolet y a Schweighäuser.

Licurgo hizo de los lacedemonios los hombres más ambiciosos y ávidos de poder y de riqueza.

¿Quién ignora, en efecto, que fueron ellos los pri- 49
meros griegos que por codicia de las tierras de sus
vecinos declararon la guerra a los mesenios[110] y los
esclavizaron? ¿Quién no ha leído en los historiadores 2
que su obstinación fue tal que se juramentaron a no
levantar el asedio de Mesenia sin tomar por la fuerza
esta plaza? También es de dominio público que la ambi- 3
ción de dominar a todos los griegos hizo que se avinie-
ran a ejecutar los designios de aquellos mismos a quie-
nes habían vencido en la guerra[111]. Salieron en campaña 4
contra los persas, les derrotaron en una guerra en que
se ventilaba la libertad de todos los griegos, pero por 5
la paz llamada de Antálcidas entregaron traidoramente
a los invasores vencidos las ciudades griegas. Con ello
se hicieron con el dinero necesario para sojuzgar Grecia
entera. Esto precisamente es lo que patentiza los fallos 6
de su constitución. En efecto, mientras se limitaron a 7
ambicionar los dominios de sus vecinos o, como máxi-
mo, del Peloponeso, les bastaban los suministros y con-
tribuciones percibidas en la propia Esparta, porque
tenían siempre al alcance de la mano el equipo necesa-
rio y podían efectuar desplazamientos rápidos a su pro-
pio país para abastecerse. Pero cuando empezaron, por 8
mar, a enviar flotas, a salir con cuerpos de ejército fuera
del Peloponeso, evidentemente, su moneda, de hierro,
no les bastó, ni la permuta que con ella hacían para
adquirir las cosechas anuales, cosa permitida por la

[110] En la segunda mitad del s. VIII a. C., pero los años exactos se discuten. Cf. G. Bengston, *Griechische Geschichte*, Munich, 1950, pág. 74, quien la sitúa muy a fines de siglo. Las guerras mesenias son las cantadas por el poeta ateniense que escribió en Esparta, Tirteo.

[111] La referencia es a la paz de Antálcidas. Cf. nota 20 del libro I.

9 legislación de Licurgo. Desde entonces, para sus opera-
ciones precisaron una moneda común y recursos ex-
10 tranjeros. El resultado fue que se vieron obligados a
llamar a la puerta de los persas, a imponer tributos a
las islas y contribuciones a todos los griegos. Entonces
reconocieron que con la legislación de Licurgo eran
incapaces no ya de imponer su hegemonía sobre Grecia,
sino incluso de afrontar sus propios problemas.

50 ¿A qué viene esta digresión? Para que los mismos
hechos hagan evidente que la legislación de Licurgo
se basta por sí misma para conservar en seguridad los
2 bienes propios y para mantener la libertad. A los que
afirman que ésta es la única finalidad de una constitu-
ción, debemos concederles que no existe ni ha existido
otra superior en ordenación y estructura a la de los
3 lacedemonios. Pero si nos proponemos fines más am-
plios, si vemos que resulta atrayente y de más prestigio
gobernar a muchas gentes, dominar y ejercer un seño-
río sobre muchos hombres, ser el blanco de las miradas
4 de todos, que nos rindan acatamiento, en tal caso de-
bemos confesar que la constitución espartana es defi-
ciente y que la de los romanos le es superior, porque
5 tiene una estructura más dinámica [112]. También esto lo
demostraron los mismos hechos. Cuando se dispusieron
a imponer su hegemonía sobre todos los griegos, los
lacedemonios vieron peligrar al punto su propia inde-
6 pendencia. Los romanos, en cambio, lograron dominar
a todos los italianos y, en poco tiempo, se enseñorearon
del universo entero; coadyuvó no poco a que llevaran
a buen término sus propósitos la facilidad con que re-
cibían abundantes suministros [113].

---

[112] Aquí hay una contradicción parcial de Polibio consigo mismo: en 10, 14 había equiparado totalmente las constituciones espartana y romana.

[113] Llegados a este punto, creo que puede decirse que, a

La constitución de los cartagineses [114] me parece que 51
originariamente tuvo una estructura acertada precisa-
mente en sus aspectos más característicos. Entre los 2
cartagineses había reyes, un consejo de ancianos dotado
de potestad aristocrática, y el pueblo decidía en los
asuntos que le afectaban; en conjunto se parecía mucho
a la de los romanos y a la de los lacedemonios. Pero 3
en la época de la guerra anibálica se mostró superior la
constitución romana e inferior la cartaginesa. Tanto en 4
un cuerpo como en una constitución, cuando hay un
crecimiento natural de las actividades y sigue un perío-
do de culminación, tras el cual viene una decadencia,
lo más importante de todo el ciclo es el período de
culminación. Y concretamente en él se diferenciaron
las constituciones de Cartago y de Roma. La constitu- 5
ción cartaginesa floreció antes que la romana, alcanzó
antes que ésta su período culminante e inició su deca-
dencia cuando la de Roma, y con ella la ciudad llegaba
a un período de plenitud precisamente por su estructu-
ra. Por entonces era el pueblo quien en Cartago decidía 6
en las deliberaciones; en Roma era el senado el que
detentaba la autoridad suprema [115]. En Cartago, pues, 7
era el pueblo el que deliberaba, y entre los romanos la
aristocracia; en las disputas mutuas prevaleció esta
última. En efecto: Roma sufrió un desastre militar [116] 8
total, pero acabó ganando la guerra a los cartagineses

---

pesar de ver sus aspectos negativos, la valoración que Polibio hace de la constitución espartana es, más bien, positiva.

[114] Junto con los textos de Aristóteles: *Pol.* II 11, 1272b 37, y VII 12, 1316b 5, la fuente principal para el conocimiento de la constitución cartaginesa es este lugar de Polibio.

[115] Aquí el texto griego es susceptible de otra interpretación: «el senado (romano) estaba en la cumbre, en la madurez de su poder...».

[116] La tantas veces mencionada batalla de Cannas.

porque las deliberaciones del senado romano fueron muy atinadas.

52 Pasemos a tratar algunos puntos particulares, por
ejemplo, las cosas de la guerra. Empecemos por la
guerra naval. En ella los cartagineses se ejercitan y se
entrenan mejor, porque de tiempo inmemorial se trans-
miten de padres a hijos esta técnica y, además, se de-
dican más que los demás hombres a la vida del mar;
2 en la infantería, en cambio, se entrenan mucho mejor
3 los romanos que los cartagineses. Aquéllos ponen todo
su interés en la infantería, que éstos descuidan total-
mente; se preocupan también muy poco de la caballe-
4 ría. La causa de todo esto radica en que los cartagine-
ses echan mano de tropas mercenarias, a sueldo; los
romanos, de ciudadanos y de soldados procedentes de
5 sus campiñas. Desde esta perspectiva, su constitución
es preferible a la cartaginesa: éstos depositan siempre
su esperanza de libertad en el coraje de sus mercena-
rios; los romanos, en el suyo propio y en la ayuda que
6 les prestan los aliados. Así, aunque al principio sufran
algún descalabro, los romanos insisten en la guerra
casi siempre con ejércitos enteros, al contrario de los
7 cartagineses. Cuando luchan por su patria y por sus
hijos, los romanos casi nunca ceden en coraje; normal-
mente mantienen su espíritu belicoso hasta haber de-
8 rrotado a sus adversarios. Incluso en las operaciones
navales, en las que, como he advertido, tienen una pre-
paración inferior, acaban por triunfar debido al valor
9 de sus hombres. En los combates navales ayuda no
poco, ciertamente, la experiencia náutica, pero en vis-
tas a la victoria el máximo peso recae en los soldados
10 de cubierta. Por su propia naturaleza todos los italianos
aventajan a los fenicios y a los africanos tanto en fuerza
corporal como en intrepidez de espíritu, pero también
la constitución romana coadyuva enormemente a esta
11 valentía de los jóvenes. Un solo ejemplo bastará para

señalar el cuidado que pone el estado romano para que sus jóvenes se conviertan en hombres así, dispuestos a sufrirlo todo para alcanzar, en su propio país, fama de valientes.

Cuando, entre los romanos, muere un hombre ilustre, 53
a la hora de llevarse de su residencia el cadáver, lo conducen al ágora con gran pompa[117] y lo colocan en el llamado foro; casi siempre lo ponen de pie, a la vista de todos, aunque alguna vez lo colocan reclinado.
El pueblo entero se aglomera en torno del difunto y, 2
entonces, si a éste le queda algún hijo adulto y residente en Roma, éste, o en su defecto algún otro pariente, sube a la tribuna y diserta acerca de las virtudes del que ha muerto[118], de las gestas que en vida llevó a
cabo. El resultado es que, con la evocación y la memo- 3
ria de estos hechos, que se ponen a la vista del pueblo —no sólo a la de los que tomaron parte en ellos, sino a la de los demás—, todo el mundo experimenta una emoción tal, que el duelo deja de parecer limitado a la
familia y pasa a ser del pueblo entero. Luego se procede 4
al enterramiento y, celebrados los ritos oportunos, se coloca una estatua del difunto en el lugar preferente de
la casa, en una hornacina de madera. La escultura es 5

---

117 El sentido es extraño y difícil y, además, el texto griego ofrece dificultades críticas; una variante textual, en vez de «pompa», permite traducir «muy adornado». Lo que parece extraño es su manifestación en posición vertical. WALBANK, *Commentary*, ad loe., estima que hay paralelos, en los que no es el cuerpo del difunto lo que se expone, sino su reproducción en cera (HERODIANO, IV 2, 19). Sin embargo, insiste en que Polibio parece hablar del cadáver mismo, ya que hay, más abajo, una mención explícita de su imagen, corroborada por el satírico latino JUVENAL, *Sát.* VIII 2-3, que, en un tono burlesco, dice:

«ad cuius effigiem non tantum meiere fas est»,

a lo que el escoliasta añade sarcásticamente: «sed etiam cacare».

118 Es la *laudatio funebris*, institución típicamente romana.

una máscara que sobresale por su trabajo; en la plás-
tica y el colorido tiene una gran semejanza con el di-
6 funto. En ocasión de sacrificios públicos se abren las
hornacinas y las imágenes se adornan profusamente.
Cuando fallece otro miembro ilustre de la familia, estas
imágenes son conducidas también al acto del sepelio,
portadas por hombres que, por su talla y su aspecto,
7 se parecen más al que reproduce la estatua. Éstos, lla-
mémosles representantes, lucen vestidos con franjas
rojas si el difunto había sido cónsul o general, vestidos
rojos si el muerto había sido censor, y si había entrado
en Roma en triunfo o, al menos, lo había merecido; el
8 atuendo es dorado. La conducción se efectúa con carros
precedidos de haces, de hachas y de las otras insignias
que acostumbran a acompañar a los distintos magistra-
dos, de acuerdo con la dignidad inherente al cargo que
9 cada uno desempeñó en la república. Cuando llegan al
foro, se sientan todos en fila en sillas de marfil; no es
fácil que los que aprecian la gloria y el bien contemplen
10 un espectáculo más hermoso. ¿A quién no espolearía
ver este conjunto de imágenes de hombres glorificados
por su valor, que parecen vivas y animadas? ¿Qué es-
pectáculo hay más bello?

54 Además, el que perora sobre el que van a enterrar,
cuando, en su discurso, ha acabado de tratar de él,
entonces habla de los demás representados, comenzan-
do por el más viejo, y explica sus gestas y sus éxitos.
2 Así se renueva siempre la fama de los hombres óptimos
por su valor, se inmortaliza la de los que realizaron
nobles hazañas, el pueblo no la olvida y se transmite
a las generaciones futuras la gloria de los bienhechores
3 de la patria. Y lo que es más importante, esto empuja
a los jóvenes a soportar cualquier cosa en el servicio
del estado para alcanzar la fama que obtienen los hom-
4 bres valerosos. Esta afirmación la confirman los hechos:
muchos romanos se batieron voluntariamente en duelo

para decidir una batalla; no pocos escogieron una muer-
te segura, unos en tiempos de guerra, para salvar a
sus camaradas, y otros en tiempo de paz, para asegurar
el interés de la comunidad. Hubo magistrados que, 5
contra toda costumbre y ley, mandaron ejecutar a sus
propios hijos porque estimaban en más las convenien-
cias de la patria que el amor natural a los allegados
más próximos. La historia de Roma narra muchas gestas 6
así realizadas por ciudadanos, pero aquí será suficiente
aducir un solo caso que, a guisa de ejemplo, me hará
digno de crédito.

Se cuenta que Horacio, de sobrenombre Cocles[119], 55
luchaba contra dos enemigos en el extremo ulterior del
puente tendido sobre el río Tíber, delante de Roma.
Observó que por allí se acercaba un grupo numeroso
de enemigos para apoyar a aquellos dos; temió una
derrota y que el enemigo irrumpiera en la ciudad. Se
volvió a los suyos y les mandó hundir el puente cuando
ellos mismos lo hubieran pasado. Fue obedecido y, 2
mientras el puente era destrozado, él mantuvo a raya
al adversario, a costa de muchas heridas. Logró repeler
el ataque del enemigo, pasmado no tanto de su vigor
corporal como de su audacia y su empeño. La destruc- 3
ción del puente desbarató el ataque de los rivales;
Cocles se arrojó con sus armas al río y se ahogó
voluntariamente; dio preferencia a la seguridad de la
patria y a la gloria que se seguiría de su gesta, pospo-
niendo su existencia actual y el tiempo que le quedaba
de vida. Éste es, si no me equivoco, el anhelo y la avidez 4
de honor que en los jóvenes romanos engendran las
instituciones de Roma.

---

119 La gesta de Horacio Cocles era proverbial entre los romanos, aunque los distintos autores la ofrecen con ciertas variantes: DIONISIO DE HALICARNASO, V 23; TITO LIVIO, II 10. Véase el amplio comentario de WALBANK, *Commentary*, ad loc.

56 También entre los romanos los usos y costumbres referidos al dinero son superiores a los de los cartagi-
2 neses. Entre éstos nada hay vergonzoso si produce un lucro; entre aquéllos nada hay más afrentoso que la
3 venalidad o el hacerse con ganancias ilícitas. Los romanos alaban tanto la riqueza adquirida honradamente como desprecian el provecho extraído por medios in-
4 confesables. Prueba de esto es el hecho de que entre los cartagineses se llevan las magistraturas los que distribuyen sobornos sin disimulos; esto, entre los roma-
5 nos está castigado con pena de muerte. De donde resulta que, si en los dos pueblos se proponen premios opuestos para la virtud, han de ser desiguales también los medios para llegar a ella.

6 Pero la diferencia positiva mayor que tiene la constitución romana es, a mi juicio, la de las convicciones
7 religiosas. Y me parece también que ha sostenido a Roma una cosa que entre los demás pueblos ha sido
8 objeto de mofa: me refiero a la religión[120]. Entre los romanos este elemento está presente hasta tal punto y con tanto dramatismo, en la vida privada y en los asuntos públicos de la ciudad, que es ya imposible ir
9 más allá. Esto extrañará a muchos, pero yo creo que
10 lo han hecho pensando en las masas. Si fuera posible constituir una ciudad habitada sólo por personas inte-
11 ligentes, ello no sería necesario. Pero la masa es versátil y llena de pasiones injustas, de rabia irracional y de coraje violento; la única solución posible es contenerla con el miedo de cosas desconocidas y con fic-

---

120 Aquí los traductores y, también, Walbank en su comentario traducen unánimemente por «superstición» la palabra griega correspondiente, pero este sentido no es el único posible. La palabra griega *deisidaimonía*, la usa San Pablo, dirigida precisamente a los atenienses (*Hechos* 7, 22), y su traducción exacta en el texto bíblico es «religión». Cf. Ferdinand Prat, *La Teología de San Pablo*, vol. I, México, 1947, pág. 72.

ciones de este tipo. Por eso, creo yo, los antiguos no 12
inculcaron a las masas por casualidad o por azar las imaginaciones de dioses y las narraciones de las cosas del Hades; los de ahora cometen una temeridad irracional cuando pretenden suprimir estos elementos. Para 13
no explicar otras cosas: entre los griegos, a los que tienen la administración, si reciben un talento en depósito, en presencia de diez escribanos, sellado con diez sellos y delante de veinte testigos, a pesar de todo, no
se les pueden exigir garantías; en Roma, por el con- 14
trario, estos mismos depositarios pueden entregar una suma mucho más fuerte de dinero a los magistrados o a unos legados y, por la sola fuerza del correspondiente juramento, el depósito se conserva intacto. Entre 15
los demás pueblos es difícil encontrar un hombre político que se haya mantenido alejado del dinero público y esté limpio de delitos de este tipo, pero entre los romanos es difícil hallar un político que no haya observado una conducta así.

Conclusión de la exposición sobre la constitución romana

No precisa insistir en la de- 57
mostración del hecho de que todas las cosas sufren cambios y llegan a decaer; la misma naturaleza, en efecto, nos impone esta convicción. Ahora bien: las constituciones perecen, alter- 2
nativamente, por dos procesos, uno inherente y otro ajeno a ellas. Este último es difícilmente determinable, pero el inherente es un proceso regular. El primer tipo 3
de constitución que se origina, el segundo y el paso de uno a otro ya los hemos expuesto[121], de manera que los 4
que sean capaces de conectar el principio y el final de la exposición podrán indicar también el futuro; de esto no cabe la menor duda. Siempre que una constitución 5
ha superado muchos y grandes peligros y alcanza una

121 Es el ciclo de los capítulos 4-9.

supremacía y una pujanza incontestadas, es claro que se produce una gran prosperidad que convierte a los ciudadanos en enamorados del lujo y en pendencieros fuera de lo común, por su afán de desempeñar cargos
6 y de otras ventajas. Estos defectos irán en auge y empezará la involución hacia un estadio inferior, por la apetencia de magistraturas, por la vergüenza de no ser famoso y, además, por la soberbia y el despilfarro.
7 Sin embargo, el que hará culminar la evolución será el pueblo, cuando opine que hay quien gana injustamente y le hinche la adulación de otros que aspiran a
8 obtener sinecuras [122]. Enfurecido, entonces, y en su rabia codicioso de todo, el pueblo creerá que los gobernantes no están a su altura, se negará a obedecer, se tendrá a sí
9 mismo por el todo, dueño del poder soberano. El estadio siguiente recibirá el nombre más bello de todos, libertad y democracia, pero la denominación de la realidad será lo peor, la demagogia.

10 Damos por expuestos el desarrollo y la estructura de la constitución romana, su disposición en su período culminante y, luego, sus diferencias, positivas y negativas, respecto a las demás constituciones, de modo que aquí cerramos el estudio de esta temática.

58 Sin embargo, vamos a mencionar breve y resumidamente un suceso [123], ocurrido en este tiempo, perteneciente a la historia inmediatamente posterior a los hechos que han motivado esta digresión, para poner en claro, no sólo de palabra, sino también de hecho, al modo como de entre las obras de un artesano presentaríamos una a guisa de ejemplo, la fuerza de la constitución romana en su período culminante, que se dio

---

122 Este capítulo parece confirmar la creencia polibiana de que la constitución romana está todavía en fase de auge.

123 En la batalla de Cannas habían quedado diez mil soldados romanos para proteger el campamento: no llegaron a combatir y cayeron prisioneros.

en aquella época. Aníbal, vencedor de los romanos en 2
la batalla de Cannas, apresó a los ocho mil hombres que
se habían quedado en el campamento para defenderlo.
Les perdonó la vida e, incluso, les permitió que envia-
ran demanda a sus familias de un rescate para salvarse.
Estos prisioneros eligieron de entre ellos a diez de los 3
hombres más notables; Aníbal les tomó juramento de
que regresarían y les mandó. Uno de los delegados, cuan- 4
do ya habían abandonado el campamento, dijo que
había olvidado algo y regresó para recogerlo, tras lo
cual se fue, convencido de que con aquel retorno ya
había cumplido la palabra dada y de que el juramento
ya no le obligaba. Los enviados llegaron a Roma y ro- 5
garon e imploraron del senado que no denegara la sal-
vación a los prisioneros, antes bien, permitiera que sus
parientes les salvaran al precio de tres minas por pri-
sionero. Expusieron que Aníbal se avenía a ello y que 6
los soldados en cuestión merecían salvarse, ya que no
habían sido cobardes en una batalla ni habían hecho
nada indigno de Roma; se les había dejado para pro-
teger el campamento. Si los demás habían muerto en la
batalla, ellos habían sobrevivido gracias a tal circuns-
tancia, pero habían caído en poder del enemigo. Los 7
romanos estaban maltrechos por derrotas militares
enormes, habían desertado de ellos casi todos sus alia-
dos, y esperaban deber afrontar muy pronto el riesgo
supremo de la patria. Pese a todo, oyeron las palabras 8
de los enviados sin ceder a su desgracia ni manchar su
decoro; en sus cálculos no descuidaron nada que fuera
conveniente. Comprendieron las intenciones de Aníbal, 9
que pretendía con ello mejorar su economía y debilitar
el ardor del enemigo en aquellas circunstancias, de-
mostrando que los vencidos podían aún esperar su sal-
vación. Por esto, el senado distó tanto de acceder a 10
aquellas peticiones, que no se apiadó de los parientes
ni concedió importancia a la crítica situación en que

11 se encontraban aquellos capturados. El senado romano demostró que eran infundados tanto los cálculos de Aníbal como las esperanzas depositadas en ellos. Negó el rescate a aquellos hombres y legisló para los soldados que quedaban en Roma o vencer o morir, puesto que,
12 de resultar vencidos, no les quedaba ya esperanza. Tras haber tomado esta decisión, permitieron regresar voluntariamente al campamento de Aníbal a los nueve legados que lo habían jurado, pero al que había ideado el truco para no cumplir el juramento, a éste, le ataron
13 y le expusieron al enemigo, de manera que Aníbal no se alegró tanto de su victoria sobre sus rivales como le pasmó y admiró la fortaleza y la grandeza de ánimo de aquellos hombres en sus resoluciones.

Fragmentos de situación incierta

59 Es preciso que los que se ejercitan cual se debe en las virtudes lo hagan ya desde la infancia, principalmente si se trata del valor militar (CÓDICE TURONENSE, fol. 109v).

Holquio[124], ciudad del mar Tirreno, dice Polibio en el libro sexto (ESTEBAN DE BIZANCIO).

Y este lugar se llama Rinco, cerca de Estrato, en Etolia, según dice Polibio en el libro sexto[125] de su Historia (ATENEO, III 48).

---

[124] Esta palabra no consta en el nomenclátor del *Weltatlas*, I. Lo mismo cabe decir de la ciudad de Rinco, citada a continuación.

[125] No es seguro que la mención sea del libro VI; el texto griego en este lugar está muy deteriorado.

LIBRO VII[1]

(FRAGMENTOS)

La guerra contra Aníbal

Polibio, en el libro séptimo, dice que 1
los capuanos, en Campania, amontonaron muchas riquezas por la fertilidad de su suelo[2]; se dieron al lujo y a la opulencia, y llegaron a superar la fama, en cuanto a esto, que nos ha llegado de Crotona y de Síbaris[3]. No podían, añade, con tanta prosperidad[4] presente 2
y llamaron a Aníbal, por lo cual los romanos les hicieron sufrir

---

1 La cronología de Polibio se basa en el cómputo de las olimpíadas divididas en cuatro años y sobre un sistema de sincronismos. A partir de este libro VII, Polibio ha regulado su *Historia* con la siguiente disposición cronológica: cada libro trata ya de una olimpíada entera, o bien de sólo dos años o, incluso, de uno, según la importancia del tema.

2 Cf. II 17, 1; III 91, 2; XXXIV 11, 1-7.

3 La prosperidad de Crotona culminó en el s. VI a. C. Sobre su prosperidad, véase X 1, 6. Síbaris fue destruida por los crotoniatas; para su historia posterior, cf. II 39, 6. La estancia de Pitágoras en Crotona fue famosa; cf. WILHELM CAPELLE, *Historia de la Filosofía griega* (traducción de EMILIO LLEDÓ), Madrid, 1958, pág. 42.

4 Esta idea es un tanto tópica en Polibio; cf. VIII 24, 1, donde se dice que Tarento, debido a su enorme prosperidad, llamó a Pirro para que la gobernara. Quizás el trasfondo sea una idea más general en nuestro autor, y es que cuando un estado alcanza un punto culminante, busca un jefe, al que luego echará al cabo de poco. Cf. la conocida anaciclosis polibiana.

3 daños insoportables. Los petelinos [5], en cambio, se mantuvieron leales a Roma y llegaron a padecer tantas privaciones, que, mientras Aníbal los asedió, se comieron todo el cuero que había en la ciudad, la corteza de los árboles y ramas tiernas. Resistieron el sitio durante once meses sin recibir ayuda de nadie y acabaron por rendirse, con la anuencia de los romanos (ATENEO, XII 36).

4 Capua se pasó a los cartagineses y, con su peso, arrastró a otras ciudades [6] (SUDA, art. *Capua*).

Historia de Sicilia: Jerónimo de Siracusa [7]

2 Después de la conspiración contra Jerónimo [8], rey de Siracusa, quitaron de en medio a Trasón, y Zoipo y Adranódoro [9] convencen a Jerónimo de que envíe
2 sin dilaciones legados a Aníbal. Jerónimo escogió a Policleto de Cirene y a Filodemo de Argos [10] y les remitió a Italia con la orden de tratar sobre una acción combinada con los cartagineses; simultáneamente des-

---

[5] Petelia está a ocho kilómetros al N. de las fuentes del río Neto, y a cinco del mar. Era una ciudad griega.

[6] Estas dos otras ciudades son Atela y Calatia, en Campania, según Tito Livio. La primera era famosa por sus farsas atelanas. Cf. WALBANK, *A historical Commentary on Polybius, II,* Oxford, 1967, *ad loc.* (citado desde ahora, WALBANK, *Commentary,* ad loc.).

[7] Es ya el último episodio, casi una pura anécdota, inmediatamente anterior a la caída de Siracusa bajo la dominación romana. Estamos hacia el año 210 a. C.

[8] Este Jerónimo no fue hijo de Gelón, quien murió antes que su padre Hierón II, en octubre del 216 a. C. La conspiración aquí citada se cuenta detalladamente en TITO LIVIO, XXIV 4, 6.

[9] Zoipo era yerno de Hierón y jefe de la guardia de cincuenta hombres de Jerónimo. Pero Adranódoro detentaba un poder aún mayor. Cf. WALBANK, *Commentary,* ad loc.

[10] Defensores de Siracusa contra los romanos. Cf. TITO LIVIO, XXV 28, 5.

pachó a sus hermanos[11] a Alejandría. Aníbal[12] acogió 3
afablemente a Policleto y a Filodemo, dio al joven rey
muy buenas esperanzas e hizo regresar inmediatamente
a los legados acompañados de Aníbal de Cartago, pre-
fecto de las trirremes, y de los siracusanos Hipócrates
y Epícides, su hermano menor. Estos dos últimos acom- 4
pañaban, desde hacía mucho, a Aníbal en sus campa-
ñas y habían convertido a Cartago en su segunda pa-
tria[13] desde que su abuelo se había exiliado de Siracusa,
por recaer sobre él la sospecha de haber asesinado a
Agatarco, el hijo de Agacleón. Llegados a Siracusa, 5
Policleto informó debidamente, mientras que el carta-
ginés hablaba según las instrucciones recibidas de Aní-
bal. Jerónimo se mostró dispuesto a colaborar inme-
diatamente con los cartagineses; a aquel Aníbal que 6
había acudido a Siracusa le rogó que regresara inme-
diatamente a Cartago y ordenó que marcharan con él
los que habían de tratar con los cartagineses.

En aquellos mismos días, el general romano des- 3
tacado en Lilibeo[14], informado de todo esto, envió unos
legados a Jerónimo para renovar los pactos[15] que sus
antepasados habían hecho con Roma. Jerónimo, cuando 2
tuvo delante a aquella embajada que le causaba autén-
tica repugnancia, le manifestó que los romanos le daban
lástima, porque, en su cobardía[16], habían sucumbido

---

11 Se ignoran los nombres de estos hermanos. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

12 Este Aníbal no es el famoso general cartaginés de las guerras púnicas segunda y tercera contra Roma, ni tampoco Aníbal el Gladiador, que sale en IX 24, 5, sino un prefecto de los trirremes cartagineses enviado por la ciudad de Cartago a tratar con Jerónimo de Siracusa. Cf. Índice onomástico.

13 Aquí el sentido del texto griego es algo vago. Paton traduce: «having adopted Carthage as their country».

14 Era el pretor Apio Claudio.

15 Cf. I 16, 9 ss.

16 WALBANK, *Commentary*, ad loc., traduce aquí con un sentido mucho más fuerte: «vileza».

miserablemente en las batallas libradas en Italia, ven-
3 cidos por los cartagineses. Los romanos quedaron sorprendidos ante tal imprudencia. Sin embargo, preguntaron quién hacía de ellos tales afirmaciones, y Jerónimo señaló a los cartagineses presentes[17], indicando a los romanos que les refutaran si habían dicho algo
4 falso. Los romanos contestaron que no era costumbre suya dar crédito al enemigo y que, además, se diera por avisado: no debía hacer nada que infringiera los tratados, porque esto, además de ser lo justo, era lo que más le convenía. El rey repuso que pensaría en
5 ello y que ya les comunicaría lo decidido. Además, les preguntó por qué, antes de la muerte de su abuelo, los romanos habían navegado con cincuenta naves hasta
6 el cabo Paquino, para replegarse después. Esto era verdad: hacía poco que los romanos, en la creencia de que Hierón había fallecido, temieron que en Siracusa ocurriera algo, por subestimación del heredero del trono, casi un adolescente. En consecuencia, hicieron aquella navegación, pero cuando supieron que Hierón continuaba con vida, regresaron inmediatamente al
7 Lilibeo. Los enviados romanos declararon sinceramente que habían hecho la navegación con la intención de protegerle contra su propia juventud y la de conservarle el imperio. Por eso, cuando supieron que su abuelo
8 vivía, se retiraron. Dijeron esto y el joven les interrumpió, exclamando: «Pues permitid que sea yo mismo, oh romanos, quien me conserve el imperio. Ahora doy marcha atrás, y deposito mis esperanzas en los carta-
9 gineses.» Los romanos notaron su enojo, y se retiraron sin decir palabra. Dieron cuenta de todo a los que les

[17] Aquí traduzco según la variante de Büttner-Wobst, que se aparta del manuscrito griego, cuyo texto es sintácticamente absurdo. PATON, *Polybius*, III, págs. 410-411, imprime el texto griego de Büttner-Wobst, pero luego *no lo traduce* («*in the presence of this embassy*»).

habían enviado y, desde entonces, Roma le vigiló y se
guardó de él como de un enemigo.
Jerónimo escogió a Agatarco, a Onesígenes y a Hi- 4
póstenes y los envió con Aníbal a Cartago, con la orden
de concluir un pacto en los términos siguientes: «Los 2
cartagineses le ayudarían, tanto por mar como por tie-
rra, a condición de que, después de haber expulsado,
por su esfuerzo combinado, a los romanos de Sicilia,
dividieran la isla de modo que el río Himera[18], que la
divide en dos partes casi iguales, fuera la frontera entre
los dos imperios.» Los legados llegaron a Cartago e 3
hicieron tratos con los cartagineses, que aceptaron las
cláusulas propuestas.
Pero, en el ínterin, Hipócrates y su hermano, que 4
trataban al joven con franqueza e intimidad, primero
se lo hicieron suyo explicándole las campañas de Aníbal
en Italia, sus tácticas militares y sus batallas; a con- 5
tinuación le insinuaron que el imperio de toda la isla
de Sicilia le correspondía a él más que a nadie, en pri-
mer lugar porque era hijo de Nereida, la hija de Pirro[19],
el único hombre que todos[20] los sicilianos, sin sufrir

---

18 En Sicilia antiguamente había dos ríos llamados Himera. El más septentrional nacía al SO. del actual Monte Salvatore, fluía en dirección noroeste, y desembocaba al E. de Palermo; es el actual Fiume Grande. El otro es el actual Fiume Salso: nace en las montañas de Herea y fluye en dirección sur; desemboca al mar en la actual Licate. La alusión del texto es claramente a este segundo río.

19 Este Pirro I luchó en Sicilia contra los cartagineses desde el otoño del 278 a la primavera del 275. En realidad era un rey del Epiro que los tarentinos llamaron para que les ayudara contra los romanos. Les venció en Heraclea (280 a. C.) y en Ausculum (279). Entonces fue nombrado presidente de la Liga Siciliana. Cf. la nota siguiente. Pasó al continente, pero los romanos le vencieron en Beneventum (275).

20 No fueron todos; esto es una exageración aduladora de Hipócrates y su hermano (cf. Walbank, *Commentary*, ad loc.)

coacción de ninguna clase, habían votado para que fuera su rey y general, y en segundo, por el linaje de
6 su abuelo Hierón. Hipócrates y su hermano se ganaron tanto al muchacho, que éste seguía sus consejos más que los de cualquier otro. Era versátil por naturaleza, pero ahora estos dos hombres le habían engreído más.
7 Cuando las negociaciones de Agatarco en Cartago estaban en pleno desarrollo, Jerónimo envía una segunda embajada a manifestar que el imperio de Sicilia debe corresponderle exclusivamente a él. Pide a los cartagineses que le ayuden en Sicilia; él, a su vez, promete
8 apoyar sus operaciones de Italia. Los cartagineses se dieron clara cuenta de la volubilidad y del poco seso del joven rey; sin embargo, pensaban que en modo
9 alguno les convenía abandonar Sicilia, por lo cual se avienen en todo a las demandas de Jerónimo y hacen pasar naves con sus fuerzas a la isla, pues ya las tenían dispuestas.

5 Informados de todo, los romanos, enviaron una segunda embajada a Jerónimo para protestar contra la infracción de los pactos estipulados por sus abuelos.
2 Jerónimo convocó el consejo[21] y consultó qué era lo
3 procedente. Los naturales del país callaron, porque temían la falta de discernimiento del rey[22], pero Aristómaco de Corinto, Dámipo de Esparta[23] y Autónoo de Tesalia pidieron que se respetaran los pactos con Roma.
4 Adranódoro fue el único en afirmar que era preciso no

---

que puede tener un aparente fundamento en lo dicho en la nota anterior.

[21] Cf. IV 23, 5.

[22] Aquí el texto griego ofrece una variante textual que modifica el sentido; su traducción sería: «su fogosidad», «su intemperancia», su falta de autodominio. La traducción que doy sigue el texto de Büttner-Wobst.

[23] Para Dámipo de Esparta, cf. VIII 37, 1. Los otros dos personajes nos son desconocidos.

perder aquella oportunidad y que, sólo entonces, había una posibilidad real de hacerse con el imperio de toda la isla de Sicilia. Cuando acabó de hablar, Jerónimo 5
preguntó a Hipócrates de qué opinión era. Éste respondió: «De la de Adranódoro.» Y se levantó la sesión.
Así se decidió la guerra contra los romanos. Pero trató 6
de dar a los legados la impresión de que no les contestaba desfavorablemente; sin embargo, cometió un error tan craso, que no sólo desagradó a los romanos, sino que les infirió una ofensa grave. Les declaró que res- 7
petaría los pactos, siempre y cuando los romanos le devolvieran el oro que habían recibido de su abuelo Hierón; además debían resarcirle del avituallamiento y de los donativos que éste les había hecho; en tercer lugar, debían reconocer como pertenecientes al imperio siracusano las ciudades y el país del Este del río Himera. Los legados y el consejo se separaron; Jerónimo 8
empezó los preparativos militares; concentró y armó a sus fuerzas, y dispuso los restantes pertrechos necesarios.

La ciudad de Leontino[24]

La ciudad de Leontino, en el 6
conjunto de su disposición, está orientada hacia el Norte. La cru- 2
za por en medio una hondonada llana, en la que están los edificios de gobierno, los de la administración de justicia y el ágora. A ambos lados de la hondonada se extienden dos 3
líneas de colinas, con precipicios continuados; la superficie plana que hay en las cumbres de esta cadena rebosa de palacios y de templos. La ciudad tiene dos por- 4
tales, uno en el extremo occidental de la hondonada aludida; éste conduce hacia Siracusa. El segundo portal

[24] La actual Lentini. Sobre su disposición topográfica en la antigüedad, cf. amplia exposición en WALBANK, *Commentary*, ad loc.

está en el extremo norte y conduce a la llamada llanura
5 leontina, a las tierras de labranza. Al pie de uno de los
6 precipicios occidentales fluye el río llamado Liso. Paralelamente a él y al pie de la cadena montañosa, hay una hilera considerable de casas adosadas unas a otras; todas son equidistantes respecto al río[25]; entre ellas y él discurre la hondonada que dijimos.

Juicio de Polibio acerca de Jerónimo, de su abuelo Hierón y de su padre Gelón

7 Algunos de los historiadores[26] que han tratado la muerte de Jerónimo lo han hecho muy extensamente, han introducido en ella muchos prodigios[27], han expuesto los signos acaecidos entre los siracusanos antes de su gobierno y han narrado las desgracias que les
2 sobrevinieron. Han exagerado, hasta darle caracteres de tragedia, la crueldad de su carácter y la impiedad de sus actos, y, por encima de todo, lo extraño y terrible de los sucesos que rodearon su muerte. Según estos autores, ni Fálaris[28], ni Apolodoro[29], ni tirano alguno
3 fue peor que Jerónimo. Pero éste recibió el imperio en su primera juventud y murió al cabo de trece meses.
4 Es posible que durante este tiempo haya mandado torturar a dos o tres personas y que mandara matar a alguno de sus amigos, pero la crueldad hiperbólica y la impiedad extraordinaria que se le atribuyen resultan
5 inverosímiles. No cabe la menor duda de que fue un

---

[25] El río que cruza el actual valle de San Eligio.

[26] Walbank, *Commentary*, ad loc., traduce el término de forma algo más vaga: «prosistas», por oposición a poetas, seguramente.

[27] Aquí Polibio se repite casi literalmente: cf. II 17, 6.

[28] Polibio expondrá más tarde su crueldad: cf. XII 25, 1-5.

[29] También Apolodoro, líder democrático que se alzó con el poder después de la muerte de Ptolomeo Cerauno (I 6, 5), fue ejemplo proverbial de crueldad, pero Polibio, al menos en lo que nos queda de su obra, no trata más de él.

hombre caprichoso[30] e injusto, pero no hay punto de
comparación con ninguno de los tiranos citados. Creo 6
que a los autores de monografías cuando se topan con
relaciones breves y reducidas, la miseria del tema les
fuerza a transformar en importantes cosas que no lo
son y a extenderse prolijamente en puntos que no son
ni dignos de mención. Hay quien incurre en faltas se-
mejantes por su poca capacidad de discernir. ¡Con cuán- 7
ta más razón, el que llena libros con la exposición de
hechos como los aludidos se hubiera debido dirigir a
Hierón[31] y a Gelón, dejando de lado a Jerónimo! A los 8
que gustan de escuchar, tal narración les sería más agra-
dable, y a los deseosos de aprender, más útil.

Hierón fue el primero que logró por su propio es- 8
fuerzo el imperio sobre Siracusa y los aliados sin la ayu-
da ni de riqueza ni de fama ni de otra disposición de la
fortuna. Y lo que resulta más admirable es que se hizo 2
rey de los siracusanos sin asesinar a nadie, sin perjudi-
car a nadie, sin desterrar a nadie. Y no sólo adquirió 3
el imperio así, sino que lo mantuvo de la misma manera.
Reinó cincuenta y cuatro años y mantuvo su país en 4
paz. No hubo ningún complot contra su gobierno y no
le acosó la envidia que suele perseguir a los máximos
magistrados[32]. Incluso intentó más de una vez abdicar 5
del gobierno efectivo, y se lo privó la asamblea de ciu-
dadanos. Para los griegos fue el hombre más liberal y, 6
a la vez, el que más codició la fama entre ellos; con-
quistó la gloria para su nombre y legó a los siracusanos
un bienestar poco común. Se rodeó de lujos, de placeres 7
y de abundancia; pasó de los noventa años, conservó
siempre el uso de los sentidos y mantuvo intactas todas

---

[30] WALBANK, *Commentary*, ad loc., propone como alternativa a esta traducción «iracundo» o bien «imprudente».

[31] Sobre cómo Hierón llegó al poder, cf. I 8, 3.

[32] Un conocido tópico. Cf. I 36, 3; IX 10, 6.

8 las partes de su cuerpo. Esto me parece que es un indicio no pequeño de que vivió con templanza.

9 Gelón[33] vivió más de cincuenta años y fijó, como finalidad más bella de su vida, la obediencia al padre; creía que es más importante la fidelidad y amor al progenitor que la riqueza, la grandeza del poder o cualquier otra cosa.

Grecia: pacto de Filipo V con Aníbal[34]

9 «Juramento de Aníbal, el general, de Magón, de Mircano, de Barmócar[35], de todos los ancianos de Cartago presentes, de todos los soldados cartagineses presentes, prestado ante Jenófanes, hijo de Cleómaco,

---

[33] Sobre Gelón, cf. I 8, 3.

[34] La victoria cartaginesa de Cannas determinó una aproximación entre Filipo V y Aníbal. Sobre el tenor verbal del tratado parece tener un marcado sabor oriental, de modo que estaríamos (siempre refiriéndonos más que nada al texto griego) ante una redacción cartaginesa, que quizás llegó a manos de los romanos porque capturaron a un emisario cartaginés portador del texto. Un análisis detallado de éste, de sus características, lo ofrece Walbank, *Commentary*, ad loc. Por lo demás, estamos en el año 215 a. C. Filipo V reinó en Macedonia durante los años 222-179 a. C. Este pacto con Aníbal debe colocarse en el año 215 a. C., lo cual, naturalmente, le enemistó con Roma, que hacia el año 230 a. C. se había apoderado de la isla de Corcira, poniendo así por primera vez el pie en el territorio griego. Filipo se alió también con la Liga Aquea, y guerreó contra la Liga Etolia, aliada de los romanos; son las llamadas guerras macedonias, la primera de las cuales duró el período 215-205 a. C. Más tarde, aprovechando que Egipto estaba prácticamente sin rey, pactó secretamente con Antíoco III Seléucida para conquistar el reino egipcio y dividírselo. Esto le enemistó con Átalo de Pérgamo y con Atenas (segunda guerra macedonia, 200-197 a. C.). A pesar de ciertos éxitos iniciales, la intervención romana le fue decididamente adversa. Tras perder la batalla de Cinoscéfalo (197 a. C.), Macedonia renunció definitivamente a sus aspiraciones hegemónicas sobre Grecia.

[35] Magón, Mircano y Barmócar: seguramente senadores cartagineses presentes en el campamento de Aníbal y que formaban

ateniense, enviado a nosotros como embajador por el rey Filipo, hijo de Demetrio, en nombre suyo, de los macedonios y de los aliados de éstos, juramento pres- 2
tado en presencia de Zeus, de Hera y de Apolo, en presencia del dios de los cartagineses, de Heracles y de Yolao, en presencia de Ares, de Tritón y de Posidón, en presencia de los dioses de los que han salido en campaña, del sol, de la luna y de la tierra, en presencia de los ríos, de los prados [36] y de las fuentes, en presencia 3
de todos los dioses dueños de Cartago, en presencia de los dioses dueños de Macedonia y de toda Grecia [37], en presencia de todos los dioses que gobiernan la guerra [38]

---

parte de su consejo. Este Magón no es el hermano de Aníbal (cf. III 71, 5, etc.), que ahora estaba en Cartago, sino el Magón que acompañó a Jenófanes cuando regresaban al campamento de Filipo y fueron ambos capturados por los romanos (Tito Livio, XXIII 34, 2 ss.). Bickermann (cf. Walbank, *Commentary*, ad loc.) piensa que antes del nombre de Magón ha debido haber una laguna en la que se especificaba el cargo de estos personajes.

36 Los manuscritos griegos tienen aquí: «de los puertos», pero ya Casaubon, en su edición ginebrina de los textos lo enmendó en el sentido dado en la traducción.

37 Para la validez del pacto deben mencionarse divinidades de los dos bandos contratantes, y algunos que sean comunes. Que aquí hay dioses de Cartago es indudable (cf. III 25, 6). El Zeus cartaginés es el conocido Baal de la Biblia; cf. el episodio del profeta Elías, 1 *Reg.* XVIII 1-46. Etimológicamente su nombre significa «señor de los cielos». Sobre las equivalencias de las deidades cartaginesas, cf. Walbank, *Commentary*, ad loc.

38 Pasaje de significación muy discutida: ¿ante qué clase de genitivo estamos? Véase Walbank, *Commentary*, ad loc. Hay quien ve aquí un orientalismo claro, semejante al «Señor de los ejércitos» bíblico y litúrgico, al «Dios de las batallas». Otros ven un concepto más griego, más racional: «dioses que dirigen la guerra», sin omitir la concepción homérica de que los dioses combaten personalmente en las batallas. No se puede excluir el que la referencia sea a imágenes de dioses pintados en los estandartes.

4 y de los que ahora sancionan este juramento[39]. Aníbal,
el general, dijo, y todos los senadores de Cartago pre-
sentes y todos los soldados cartagineses presentes: por
voluntad vuestra y nuestra prestamos este juramento
de amistad y de noble adhesión para ser amigos, pa-
5 rientes y hermanos, bajo las cláusulas siguientes: que
el rey Filipo, los macedonios y los demás griegos[40] que
les son aliados protegerán a los cartagineses y a sus
magistrados supremos[41], y a Aníbal, su general, y a los
que le acompañan y a todo el imperio de Cartago, que
vive bajo sus leyes, y también al pueblo de Útica[42], y
también a todas las ciudades y pueblos sometidos a
6 Cartago, y a nuestros soldados y aliados, y a todas las
ciudades y poblaciones de Italia, de Galia[43] y de Ligu-
ria, con las cuales tenemos amistad, y a aquellas ciuda-
des de esta última región con las que lleguemos a tener
7 amistad y confianza. Y también el rey Filipo y los ma-
cedonios y los demás aliados griegos serán protegidos
y salvados por los cartagineses, que saldrán con ellos
a campaña, y por los uticenses, y por todas las ciudades
y linajes sometidos a Cartago, y por los aliados, y por
las tropas, y por todos los linajes y ciudades que hay
en Italia, en Galia, en Liguria, y por todos los que se
8 les alíen de la región de Italia. No maquinaremos nada
unos contra otros, ni diremos nada unos contra otros,

39 Aparentemente son distintos de los otros.

40 Esto parece ser una alusión a que los macedonios también son griegos: cf. IX 37, 7, donde se dice que aqueos y macedonios son del mismo linaje que los espartanos.

41 Aquí la traducción es dudosa: unos quieren ver una alusión a todos los cartagineses, otros a los ciudadanos de rango más elevado, y no falta quien traduce «señores cartagineses», dando al primer término un mero valor de cortesía. Cf. Walbank, *Commentary*, ad loc.

42 Útica gozaba de un *status* privilegiado dentro del imperio cartaginés.

43 Es la Galia Cisalpina.

y con todo afán y lealtad, sin engaño, seremos todos
enemigos de los que hagan la guerra contra Cartago,
a excepción de los reyes, ciudades y linajes[44] con los
cuales tengamos juramento de amistad. También nos- 9
otros seremos enemigos de los que hagan la guerra al
rey Filipo, a excepción de los reyes, las ciudades y los
linajes con los cuales tengamos juramento de amistad.
Nos seréis también aliados en esta guerra contra los 10
romanos, hasta que los dioses nos cedan a todos la vic-
toria. Nos ayudaréis como convenga, en la forma que 11
acordemos[45]. Y si los dioses hacen que esta guerra que 12
hacemos todos contra los romanos y sus aliados la aca-
bemos con buen éxito y ellos buscan nuestra amistad,
accederemos[46], pero de manera que esta amistad valga
también para vosotros, y así no les sea nunca lícito 13
declararos la guerra, ni dominar Corcira, ni Apolonia,
ni Epidauro, ni Faros, ni Dimale, ni Partino, ni Atinta-
nia. Restituirán a Demetrio de Faros sus amigos que 14
ahora se encuentran en poder de los romanos. Y si 15
éstos os declaran la guerra, o nos la declaran a nosotros,
nos ayudaremos mutuamente, según precisemos unos
y otros. Y también si la declaran a terceros, a excepción 16
de aquellos reyes, ciudades o linajes con los cuales ten-
gamos juramento de amistad[47]. Y si nos parece nece- 17
sario añadir o suprimir algo de este juramento, lo su-
primiremos o añadiremos, según parezca bien a las dos
partes.»

---

44 Aquí el manuscrito griego tiene la palabra «puertos», difícilmente sostenible, y que debe ser un error, pues ya van incluidos en las ciudades. Los distintos editores proponen diversas soluciones; aquí se ha recogido la lectura de Büttner-Wobst.

45 Parece haber una alusión a un convenio posterior, puramente militar.

46 Aquí se reconoce el papel preponderante de Aníbal en la negociación: es él quien incluye a los macedonios en el tratado.

47 Tanto Filipo como los cartagineses debían temer un ataque de otros griegos, principalmente procedente de la Liga Etolia.

10 *Grecia: Mesenia y Filipo V*[48]

Establecida la democracia en Mesenia, desterrados los hombres de más prestigio, se hicieron con el poder los que habían repartido en lotes la hacienda de aquéllos, y a los ciudadanos antiguos que quedaban les desagradaba aquella igualdad (SUDA, art. *Isegorei*).

Gorgo de Mesenia[49] fue el primer mesenio tanto por sus riquezas como por su linaje; cuando alcanzó la flor de la edad sus éxitos deportivos le convirtieron en el hombre más ilustre de los que luchaban por coronas
2 en los certámenes gimnásticos. Tanto por su prestancia, como por la dignidad con que vivió y por el número
3 de coronas, fue el primero entre sus coetáneos. Cuando abandonó el deporte para dedicarse a la vida política y a los intereses de la ciudad, también aquí obtuvo una
4 gloria no inferior a la que antes había alcanzado; fue evidente que distó mucho de la mala educación[50] de muchos atletas y que fue tenido por muy hábil y prudente en el enjuiciamiento de los problemas políticos[51].

11 Filipo, rey de los macedonios[52], se había metido en la cabeza apoderarse de la acrópolis de Mesenia[53]. Ma-

---

48 Estamos en el año 215 a. C.

49 Cf. V 5, 8.

50 Aquí traduzco con Büttner-Wobst, según la enmienda textual de Toup; el texto manuscrito griego da la palabra «combate», «lucha atlética» (*agonía*), que proporciona un sentido inaceptable. La enmienda es *anagonía*. Sin embargo, la duda está en si el antónimo *paideía* no ha banalizado el profundo sentido que hubiera tenido, sin duda, en textos de Platón.

51 Aquí hay una laguna en el texto causada por el epitomador. Debía de tratar de la virtud en el sentido, aproximadamente, en que lo hace en IV 77, 4; cf. también V 10, 11 y XVIII 33, 6.

52 Algunos editores, y Walbank en su comentario, invierten el orden de los capítulos 11 y 12.

53 Era el monte Itome, actual Vourkano, que tiene tres picos, dos de los cuales constituían la antigua ciudadela de Mesenia.

nifestó a los magistrados de la ciudad sus deseos de
visitarla para ofrecer en ella un sacrificio a Zeus. Subió
a ella con su comitiva [54] y ofreció el sacrificio [55]. Cuando,
según el rito, le entregaron parte de las entrañas de la
bestia sacrificada, él las tomó en sus manos y se in-
clinó levemente hacia Arato, preguntándole su opinión
acerca de lo que aquellas entrañas indicaban: si se debía
retirar de la acrópolis, o bien si debía conquistarla.
Juzgando por lo que ya había conseguido, Demetrio le 2
dijo: «Si tu espíritu es de adivino, retírate de inmedia-
to, pero si eres un rey práctico, debes tomarla ahora,
no sea que si omites esta oportunidad, luego debas
buscar otra más favorable; si dominas los dos cuernos, 3
serás el único que tendrás el toro a tu merced.» Para
él los cuernos eran Itómata y el Acrocorinto; el toro
era el Peloponeso. Filipo se volvió a Arato y le pregun- 4
tó: «¿Qué? ¿Me aconsejas tú lo mismo?» Arato callaba,
pero el rey le rogó que expusiera su opinión. Entonces, 5
puesto en un aprieto, Arato contestó: «Si te es posible
ocupar este lugar sin romper tu trato con los mesenios,
te aconsejo que lo tomes, pero si tomarlo ahora con 6
tu comitiva te representa perder las demás acrópolis y
la guardia que has recibido de Antíoco para vigilar a
los aliados (quería decir que fueran leales), mira no te 7
valga más ahora retirar a tus hombres de aquí, pero
dejar intacta tu palabra: conservarás a los mesenios y
también a los otros aliados.» Filipo estaba predispuesto, 8
en su primer impulso, a romper la tregua, como se vio
claramente por los hechos que siguieron. Pero Arato 9
el Joven muy poco antes le había increpado duramente
por el asesinato de unos hombres, y ahora Arato el Vie-

[54] Debía de ser su guardia personal, aunque la palabra griega significa realmente «comitiva». De lo contrario, no se explica lo que sigue.

[55] El sacrificio es de un toro. Esto explica la metáfora, que sigue, de los cuernos.

jo, le hablaba con franqueza y dignidad, rogándole vivamente que atendiera a su consejo. Y Filipo, en efecto, cambió de parecer, tomó a Arato por la diestra y exclamó: «Pues larguémonos de aquí por donde vinimos.»

12 Aquí voy a interrumpir el hilo de mi narración para tratar brevemente de Filipo; en este momento empieza su decadencia[56] y la mutación de su carácter a peor.
2 Estoy convencido de que este ejemplo es el más claro para los hombres emprendedores que deseen, aunque sea sólo mínimamente, enmendar su conducta mediante
3 el estudio de la historia. El empuje de este rey para el bien y para el mal ha sido el más notorio y evidente entre todos los griegos, cosa que se debió, tanto al esplendor de su posición como a la brillantez de su genio; de mi explicación se deducirá el resultado de
4 este doble empuje. Después de hacerse con el imperio de Tesalia y de Macedonia, en resumen, con el reino que le correspondía, se inclinó y se entregó a la benignidad como ningún rey de los anteriores lo había hecho; nótese que era extremadamente joven cuando recibió el imperio de los macedonios. Mi afirmación es fácil de
5 ver por lo que sigue. Cuando, por causa de la guerra emprendida contra los etolios y los lacedemonios[57] estuvo mucho tiempo ausente de Macedonia, no sólo no se revolucionó ninguno de estos pueblos, sino que ni tan siquiera ninguno de los pueblos bárbaros se atrevió a
6 tocar los límites de Macedonia. No hay palabras para describir adecuadamente la inclinación hacia su persona y el aprecio que le profesaron Alejandro, Crisó-
7 gono[58] y otros amigos. De los peloponesios, de los beocios, y, a la vez, de los epirotas y de los acarnanios

[56] En su sentido moral: su degradación.
[57] La guerra social, descrita en IV 3-37; 57-87; V 1-30; 91-106.
[58] Para Alejandro, su chambelán, cf. II 66, 7 ss.; para Crisógono, padre de Samos, cf. V 9, 4 ss.

* * *[59] los grandes beneficios que en poco tiempo hizo
a todos. En breves palabras, si se me permite hablar 8
un poco hiperbólicamente, se podría afirmar de Filipo que fue como un amante para todos los griegos, por
su ánimo de hacer favores. El ejemplo más claro y 9
notorio de lo que puede la voluntad de lealtad y de benevolencia es que todos los cretenses, y también sus aliados, coincidieron en nombrar a Filipo único soberano de la isla[60]; esto se hizo no por medio de las armas; nadie corrió ni el mínimo riesgo. Es difícil encontrar en épocas pretéritas algún caso comparable.
Pero, después de su incursión contra Mesenia, todo le 10
salió al revés, lo cual es muy explicable. Adoptó en su 11
vida una mentalidad opuesta a la anterior y, desde aquel momento, obró de acuerdo con el cambio. Fue, pues, natural que las opiniones de los demás respecto de él mismo giraran también hacia el lado opuesto y que el resultado de sus empresas fuera el contrario que
antes. Es exactamente lo que le sucedió. Lo verán claro 12
los que me sigan atentamente en los hechos que reseño a continuación.

Cuando se apercibió de que había decidido declarar 13
la guerra a los romanos y de que su conducta para con los aliados iba a ser totalmente distinta, Arato le hizo reflexiones y puso ante su vista las dificultades futuras. Sin embargo, le fue muy difícil hacerle variar
de intento[61]. Aquí queremos recordar a los lectores 2
atentos de nuestra obra lo que en el libro quinto[62] ex-

59 Schweighäuser, en su traducción latina del texto griego dindorfiano llena esta laguna con un texto latino que, traducido, dice así: «podrá ver fácilmente el afán que tuvo de beneficiar a los locros quien considere los favores que hizo a todas sus ciudades». A este respecto, véase el comentario de WALBANK, *Commentary,* ad loc.

60 Aquí Polibio exagera (véase WALBANK, *Commentary,* ad loc.).

61 Es decir, atacar Itome.

62 V 12, 7-8.

pusimos de manera previa y con una promesa[63]; ahora los hechos han constatado que nuestras afirmaciones
3 eran no ya demostrables, sino indiscutibles. Cuando en la historia llegamos a aquel punto de la guerra etolia en el que explicamos cómo Filipo destruyó salvajemente los pórticos y las ofrendas votivas de Termo, dijimos que la culpa de esto debía imputarse no tanto al rey, por su extremada juventud, como a los amigos
4 que le rodeaban. Ya entonces afirmamos que Arato el Viejo, mientras vivió, le aconsejó no hacer nada malo, todo lo contrario de Demetrio de Faros, que le sugería
5 lo opuesto. Prometimos demostrar esto en alguna parte posterior de la obra y aplazamos la demostración de
6 esta afirmación para ahora, cuando, en presencia de Demetrio, pues Arato retrasó un día su llegada, Filipo empezó a perpetrar las impiedades más monstruosas;
7 y como uno que ha probado sangre humana, que ha asesinado, que ha hecho traición a sus aliados, se convirtió no ya en lobo, de hombre[64] que era, según la fábula de la Arcadia narrada por Platón, sino que de rey
8 se transformó en el tirano más terrible. La prueba más convincente del carácter de ambos hombres es el consejo que cada uno de ellos dos le dio referente a la acrópolis de Mesenia, de manera que no caben dudas respecto de la guerra etolia.

14a Si aceptamos esto de una vez por todas, resulta fácil colegir la diferencia existente entre los dos procederes.
2 De la misma manera que hasta ahora Filipo había seguido los consejos de Arato y había sido leal a los mesenios en lo de la acrópolis y, por decirlo así, había

---

63 De cumplimiento, naturalmente.

64 Había una fábula arcadia, narrada por PLATÓN en *República* VIII 565d, según la cual el que gustaba de una entraña humana desmenuzada entre las de otras víctimas, ése fatalmente ha de convertirse en lobo. Cf. también PAUSANIAS, VIII 2, 3.

aplicado un remedio suave a aquella herida terrible, me refiero a lo sucedido en las matanzas, ahora, en los 3
asuntos etolios, siguió los consejos de Demetrio y ultrajó a los dioses porque hizo añicos los exvotos purificatorios, y además ofendió a los hombres porque violó las normas de la guerra[65]. Pero cuando se mostró violento e implacable para con sus enemigos, con ello no alcanzó en absoluto sus propósitos. Lo cual vale tam- 4
bién para los acontecimientos de Creta. En efecto, con los cretenses atendió totalmente a los consejos de Arato y no cometió ninguna injusticia, no perjudicó a nadie de la isla. Tal fue el dominio que ejerció sobre los cretenses, con lo que se ganó las simpatías de todos los griegos, ya que obraba según principios justos. Pero 5
más tarde atendió a Demetrio y ocasionó a los mesenios las desgracias citadas: así perdió a la vez la adhesión de los aliados y la confianza de los griegos. ¡De manera 6
tan decisiva influye en los reyes jóvenes, de cara a sus éxitos o a sus fracasos, la elección de los amigos y los juicios que éstos emiten! Sin embargo, la mayor parte de estos monarcas, no sé por qué clase de negligencia no se preocupan de ello en absoluto.

Sicilia

Envían algunos cretenses al pillaje; 14b
les dan una carta preparada (SUDA)[66].

Grecia

Órico[67]: es del género masculino, 14c
como dice Polibio en el libro séptimo: «Los que habitan por el Órico, que son los más próximos a su desembocadura en el Adriático, en su margen derecha» (ESTEBAN DE BIZANCIO).

[65] Cf. II 58, 6 y IV 62, 3.

[66] Véase, en WALBANK, *Commentary*, ad loc., el comentario sobre este incidente, más ampliado por Tito Livio.

[67] Órico es la actual Paleocastro, en el extremo meridional de la bahía de Valona. Según la tradición es una fundación eu-

15 *Asia: guerra de Antíoco contra Aqueo*[68]

En torno a Sardes[69] se libraban continuamente combates y escaramuzas; día y noche los soldados ideaban toda clase de emboscadas, de estratagemas y de asaltos unos contra otros; una descripción detallada re-
2 sultaría prolija e inútil. Al final, en el segundo año del asedio, Lágoras de Creta[70], hombre muy ducho en prácticas militares, que con frecuencia había visto cómo las ciudades más fortificadas son conquistadas fácilmente por sus enemigos, debido al descuido de sus habitantes, quienes, confiados en sus fortificaciones naturales o artificiales, hacen negligentemente las guar-
3 dias y llegan a no hacerlas; consciente, además, Lágoras, de que la toma se efectúa precisamente por los lugares más fortificados, donde parece que el atacante
4 no puede tener esperanzas, comprobó también entonces que la opinión más extendida era que las fortificaciones de Sardes impedían conquistarla por una acción militar; la única esperanza real era reducirla por hambre;
5 concretamente por esto, Lágoras se obstinaba en explorar todos los lugares, ávido de encontrar una buena
6 oportunidad. Se dio cuenta de que en el sitio llamado Príone[71] la vigilancia de la muralla flojeaba; aquí es

---

bea. Cf. Walbank, *Commentary*, ad loc. Sin embargo, el nombre no consta en el nomenclátor del *Weltatlas*, I.

68 Estamos en el año 213 a. C. Antíoco III Seléucida guerrea contra su virrey Aqueo, que se le había sublevado en el Asia Menor. La muerte de Aqueo se narra en VIII 15-21, pero se tiene la impresión de que Polibio no ha conseguido refundir perfectamente dos tradiciones parcialmente divergentes.

69 Sardes estaba situada en la colina más septentrional de una estribación del monte Tmolo, en la orilla derecha del Pactolo, y dominaba la fértil llanura de Hermo.

70 Un desertor de Ptolomeo IV; cf. V 61, 9.

71 El término, etimológicamente, significa «lugar en forma

donde se tocan la ciudad y la acrópolis. Centró en ello su reflexión y depositó aquí su esperanza. Se apercibió 7
del descuido de los centinelas por lo que sigue: el punto 8
es muy abrupto, y hay en él una hondonada profunda, en la cual echaban los difuntos de la ciudad y las entrañas de los caballos y demás bestias que se les morían: en aquel paraje se juntaban siempre grandes bandadas de buitres y de otras aves. Lágoras comprobó 9
que cuando estas aves se habían hartado, descansaban en los peñascos contiguos a la muralla y en la muralla misma; de esto dedujo[72] que ésta por aquí estaba poco vigilada y la mayor parte del tiempo abandonada. Se 10
acercó allí de noche sin demora y examinó atentamente los pasos y los lugares donde se podían apoyar las escaleras. Halló un peñasco que se prestaba a esto y lo comunicó al rey.

Éste aceptó sus propuestas y rogó a Lágoras que 16
llevara a cabo su intento; prometió que, por su lado, él haría todo lo posible. Lágoras le pidió como ayu- 2
dantes a Teodoto el etolio[73] y a Dionisio, el general de los soldados escudados; debía exhortarles a participar en la operación porque ambos parecían tener tanto el vigor corporal como la audacia precisos para la hazaña proyectada. El rey cumplió su deseo y los hombres cita- 3
dos, tras discutir los detalles, se pusieron de acuerdo. Esperaron una noche en la que poco antes de la amanecida la luna no brillara. El día anterior al que debían 4
operar porque la noche se presentaba así, al oscurecer escogieron de todo el campamento a los quince hombres

de sierra»; se debería referir a la configuración natural del lugar o de la muralla.

72 Probablemente, después de devorar sus carnes; el hambre debía ya apretar a los asediados.

73 Igual que Lágoras, desertó de Ptolomeo IV en favor de Antíoco; cf. V 40, 1-3.

más fuertes de cuerpo y de ánimo; eran los que debían
colaborar con ellos en su osada gesta: transportar las
5 escaleras y luego encaramarse por ellas. A continua-
ción eligieron a treinta hombres más, que apostarían
a cierta distancia, para que cuando ellos mismos hu-
bieran escalado el muro y se llegaran al portal más
cercano, ellos lo asaltaran por la parte exterior e in-
tentaran romper las trancas y las bisagras, mientras
los primeros procurarían forzar las cerraduras y que-
6 brar los barrotes. Seleccionaron todavía a dos mil hom-
bres más que debían seguir a éstos para irrumpir por
el espacio que rodeaba al teatro, lugar estratégico tanto
7 para atacar la acrópolis como la ciudad. Para que nadie
sospechara el verdadero motivo de esta selección de
hombres, el rey esparció el rumor de que los etolios
querían introducirse en la ciudad por una hondonada:
se precisaba de una vigilancia especial para que no
ocurriera aquello de que había sido informado.

17 Dispuestos ya todos los preparativos, así que la
luna se hubo ocultado, los hombres de Lágoras llega-
ron con sus escaleras al roquedal sin haber sido obser-
vados; se echaron cuerpo a tierra bajo el saliente de
2 una roca. Ya de día, los centinelas de aquel lugar lo
abandonaron y Aqueo, según su costumbre, enviaba
hombres a las emboscadas: concentraba y ordenaba la
mayor parte de sus efectivos en el hipódromo [74]. Inicial-
3 mente, nadie se dio cuenta de lo que ocurría. Pero
cuando ya se habían aplicado las dos escaleras y por
una trepaban los hombres de Dionisio y por la otra los
de Lágoras, en el campamento se produjo una gran
4 emoción y excitación. Lo que pasaba era que ni los de
la ciudad ni los de la acrópolis (éstos rodeaban a
Aqueo) podían ver a los que subían por los peldaños,
debido al saliente de una roca, pero los que estaban en

---

[74] Con toda certeza fuera del recinto amurallado de la ciudad.

el campamento veían la audacia de los que se exponían
a aquella ascensión. De manera que el pasmo y la sor- 5
presa, y, por otro lado, el miedo y el temor ante el des-
enlace les tenían en suspenso, no exento, sin embargo,
de alegría. Antíoco se dio cuenta de la conmoción de 6
su campamento y puso en movimiento a todas sus tropas
hacia las puertas opuestas, las llamadas «las persas»;
con ello pretendía distraer de lo que estaba ocurriendo
tanto a sus hombres como a los de la ciudad. Desde su 7
acrópolis, Aqueo vio la maniobra enemiga, nada habi-
tual, y se encontró muy incómodo e indeciso, porque
no podía adivinar en modo alguno la finalidad de lo que
había ocurrido. Sin embargo, envió una defensa hacia 8
aquella puerta; los hombres debían descender por un
sendero angosto y escarpado, de modo que llegaron
tarde. Aríbazo[75], el comandante de la acrópolis, avanzó 9
sin sospechar nada hacia la puerta atacada por Antíoco,
hizo que algunos soldados subieran a la muralla y man-
dó a otros directamente hacia la puerta, para rechazar
a los que se acercaban; a éstos les ordenó establecer
contacto con el enemigo.

En el ínterin, Lágoras, Teodoto y Dionisio con sus 18
hombres ya habían superado las rocas y llegaron a la
puerta de la muralla que había allí. Unos combatieron 2
contra los que les ofrecían resistencia, otros consiguie-
ron romper los barrotes. Entonces se lanzaron al asalto
los que estaban apostados allí por la parte externa e
hicieron lo propio. La apertura de las puertas fue in- 3
mediata, los dos mil hombres penetraron en la ciudad
y ocuparon la explanada del teatro. Simultáneamente, 4
desde las murallas y las puertas llamadas «las persas»,
se lanzaron todos a apoyar a los hombres de Aríbazo
para rechazar a los que penetraban por allí. Al ocurrir 5
esto la puerta quedó abierta y algunos de la armada real

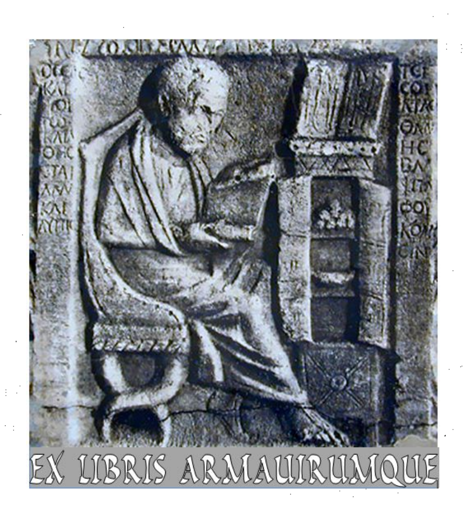
[75] Cf. 18, 4 y 7; VIII 21, 9.

persiguieron a los de la ciudad que se replegaban, aden-
6 trándose en ella. Ocuparon también esta puerta y, a
continuación, unos iban entrando, mientras los otros
7 forzaban las puertas contiguas. Tanto los hombres de
Aríbazo como la guarnición de la ciudad, tras un breve
choque con los asaltantes, huyeron hacia la acrópolis.
8 Los hombres de Teodoto y de Lágoras permanecieron,
sin alejarse de ella, en la explanada del teatro: espera-
ban el desenlace de una manera práctica y prudente;
el resto de las fuerzas efectuó un asalto general y se
9 apoderó de la ciudad. Iban matando a cualquier per-
sona que encontrasen; otros se dedicaban al pillaje y
al botín. La ciudad quedó totalmente saqueada y des-
10 truida. De esta manera, Antíoco se apoderó de Sardes.

19

Fragmento geográfico

Los marselleses son de raza africana. Polibio, en el libro séptimo les llama «masilios» (Esteban de Bizancio).



LIBRO VIII

(FRAGMENTOS)

Del Proemio

1 Me parece que no cae fuera de nuestro propósito general ni del plan originario el hecho de llamar la atención de los lectores sobre la magnitud de las hazañas de las dos repúblicas, la romana y la cartaginesa, y sobre la emulación que ambas pusieron en la persecución de sus objetivos. En efecto: ¿quién no creerá digno de 2 admiración que, a pesar de sostener una guerra tan costosa en la que se disputaban Italia y otra no inferior a ésta, por la posesión de España, y eso, cuando las dos repúblicas estaban en su apogeo, con una esperanza incierta en cuanto al futuro y en el presente con un riesgo parecido, con todo, digo, no les bastaban las empresas 3 intentadas, sino que, encima, porfiaban por Sicilia[1] y

---

[1] Sobre Sicilia, véase más abajo 3-7. El choque en Cerdeña ya debía haber acabado. Una mujer, Hampsícora, se había sublevado contra Roma en el año 215 a. C., sin esperar la llegada de refuerzos cartagineses. Derrotada por un ejército romano mandado temporalmente por Tito Manlio Torcuato, fuerzas cartaginesas que llegaron forzaron a éste a la defensiva, pero al cabo los romanos vencieron y aseguraron para Roma la posesión de la isla. Esto se sabe por TITO LIVIO, XXIII 34, 10-15; en lo que nos queda de Polibio no hay nada al respecto.

Cerdeña, y no con esperanzas hueras, sino con prepara-
4 tivos y aprovisionamientos? Esto es lo que más admira-
rá a quien considere las cosas en detalle. Los romanos
habían dispuesto en Italia dos ejércitos íntegros, con
sus respectivos cónsules, y dos más, igualmente, en
España; la infantería de estos últimos la mandaba Cneo
Cornelio Escipión y la flota, su hermano Publio Cornelio
5 Escipión. Algo no distinto ocurría con los cartagineses.
6 Una flota romana, mandada, primero, por Marco Vale-
rio y después, por Publio Sulpicio, había zarpado hacia
7 Grecia para vigilar las intenciones de Filipo. Al mismo
tiempo, Apio, con cien quinquerremes, y Marco Claudio,
con las tropas terrestres, estaban apostados en Sicilia.
8 Amílcar hacía lo mismo con los cartagineses.

2 Esto me hace suponer que, ahora, realidades cons-
tatables hacen verdaderamente creíble lo que afirma-
2 mos repetidamente[2] al principio de esta obra, que es
imposible comprender el conjunto del proceso histórico
3 a través de los autores de monografías. ¿Cómo sería
posible que quien lea solamente los hechos de Sicilia o
de España comprenda y llegue a entender o bien la mag-
nitud de los sucesos ocurridos o bien, lo que es más
importante, la forma y el tipo de constitución que ha
usado la fortuna para cumplir entre nosotros la obra
4 más admirable y no realizada hasta ahora, someter todo
el mundo conocido al gobierno de un solo imperio?
5 Naturalmente, también a través de los autores de mo-
nografías se puede conocer cómo los romanos conquis-
6 taron Siracusa o cómo conservaron España, pero cómo
lograron la hegemonía universal, los hechos concretos
que les estorbaron la prosecución de esta finalidad últi-
ma y los que, al revés, les ayudaron, las circunstancias
que colaboraron con ellos, todo esto es difícil de ver

---

2 Cf. III 32, y con referencia a ello, WALBANK, *Commentary*, ad loc.

sin una historia universal de todos los hechos. Las mis- 7
mas causas hacen que no sea fácil de ver la grandeza
de las hazañas ni la fuerza de la constitución. El que 8
los romanos pretendieran España, o bien Sicilia, y salieran en campaña por mar o por tierra, en sí no tiene
nada de admirable. Pero si todo esto sucede al mismo 9
tiempo y, encima, el mismo imperio y la misma república realizan otras múltiples gestas, y, junto con todo esto, se consideran las revoluciones en el propio país y las otras guerras sostenidas por los que ya hacían todo
lo anterior, sólo así será claro y admirable[3] lo ocurrido, 10
y sólo así se podrá efectuar una explanación adecuada. Éstas son las objeciones que proponemos a los que afirman que a través de las historias monográficas se puede alcanzar una experiencia de la historia común y universal.

Sicilia: el asedio de Siracusa

Así la mayor parte de los hom- 3
bres lo que menos soporta es lo más fácil, me refiero al silencio.

Era el tiempo en que Epícides e Hipócrates[4] tomaron el gobierno de Siracusa; ellos, personalmente, se apartaron de la amistad de los romanos e hicieron que se apartara de ella el resto de los siracusanos. Los romanos conocían ya la caída de Jerónimo[5], el tirano de Siracusa, y nombraron propretor a Apio Claudio, a quien confirieron el mando de las fuerzas de tierra; la flota, la
dirigía Marco Claudio. Plantaron su campamento no 2
lejos de la ciudad, porque proyectaban realizar incursiones con su infantería contra el lugar llamado «Las Seis Puertas» y por mar contra la puerta llamada es-

[3] Para la doble exigencia de pedir claridad y de suscitar admiración, cf. IV 28, 6; aquí resuenan ecos de teorías literarias helenísticas.

[4] Cf. VII 14b.

[5] Fue en el año 214 a. C.

cítica, de Acradina, paraje por el que los muros alcan-
3 zan la playa. Aparejaron sus cubiertas de mimbre, pro-
yectiles y todo el material restante que se utiliza en
casos de asedio. Suponían que, debido a la abundancia
de mano de obra de que disponían, en cinco días su-
perarían los preparativos enemigos. No pensaban en la
habilidad de Arquímedes ni preveían que alguna vez
el genio de un hombre es superior a una gran cantidad
de manos[6]. En nuestro caso los romanos comprendie-
ron la verdad de esta afirmación por los propios hechos.
4 La ciudad estaba muy fortificada. La circundaba la
muralla incluso por lugares muy elevados, por las cres-
tas de los altozanos. Aun en el caso de no haber aposta-
dos defensores era difícil acceder a aquellos sitios, a
5 no ser por unos pocos lugares muy concretos; por otro
lado, Arquímedes, en la ciudad, había montado unos
dispositivos tales, también contra los que atacaban por
mar, que los defensores nunca perdían tiempo y podían
oponerse inmediatamente a cualquier intento del ene-
6 migo. Apio intentó transportar las cubiertas de mim-
bre y las escaleras a la parte de la muralla siracusana
que, por el Este, es contigua al lugar de «Las Seis Puer-
tas».

4 Marco navegaba hacia Acradina con sesenta quin-
querremes abarrotadas de arqueros, de honderos y de
vélites: su misión era desalojar a los defensores de las
2 almenas. También tenían ocho naves quinquerremes, a
las que en parte habían desmontado los remos, en unas
a estribor y en otras a babor; habían juntado a pares
estas naves por los flancos desprovistos de remos. Las
hicieron avanzar por medio de los remos que quedaban
por la parte exterior, hacia la muralla; estos buques es-
3 taban dotados de unos ingenios llamados «arpas»[7], cons-

---

6 Cf. II 7-8.

7 La palabra griega (y latina) es *sambuca,* que era un arpa

truidos como se expone a continuación: los marineros 4
disponen una escalera de cuatro pies de ancho que llegue a la altura del muro del sitio donde van a desembarcar. Montan a cada lado de esta escalera unas barandas de mimbre y, por encima, la protegen con escudos volados; luego la abaten transversalmente sobre los flancos de las naves en cuestión; con todo, queda
bastante por encima de la proa. En las puntas de las 5
vergas han dispuesto previamente unas pequeñas po-
leas con sus correspondientes cables. Cuando se acerca 6
el momento en que se deben utilizar estos artefactos, atan los cables a la parte superior de las escaleras y unos hombres situados en la punta de la popa tiran de ellos, mientras que otros, por el otro lado, apoyan la erección de la escalera por medio de puntales y la ase-
guran. Luego bogan con los remos que han quedado 7
por la parte exterior de los navíos, los acercan a tierra
e intentan adosar la escalera a la muralla. Por su parte 8
superior la escalera tiene una plataforma protegida por unas rejas de mimbre por delante y por los lados; desde esta plataforma cuatro hombres luchan contra los defensores de las almenas que intentan impedir la
aproximación del ingenio. Aplicadas ya la escalera y la 9
plataforma, que rebasa la altura de la muralla, entonces sueltan las rejas laterales de mimbre y los hombres
saltan a las almenas o a las torres. El resto de los sol- 10
dados les sigue por la misma arpa, cuya escalera ha quedado fijada firmemente a ambas naves mediante unas
cuerdas. Todo este conjunto recibe con razón el nom- 11
bre de «arpa», porque cuando se ha alzado la escalera, la figura que forma con las naves tiene un gran parecido a este instrumento musical.

---

triangular con muchas cuerdas. La comparación de este ingenio de asedio con un arpa también se da en Vegecio, con la particularidad de que éste la aplica a un ingenio terrestre.

5 De modo que los romanos se habían preparado de esta manera y pensaban aproximarse así a las torres.
2 Pero Arquímedes, de quien he hablado un poco antes, había dispuesto unas máquinas de guerra construidas para que alcanzaran a bastante distancia y ya desde lejos hería a los asaltantes con catapultas que disparaban proyectiles pesados; ponía al enemigo en situación
3 difícil y desagradable. Pero cuando las catapultas ya disparaban por encima de las cabezas de los atacantes, para este caso había aparejado otras de menor calibre, siempre proporcionales a la distancia en que se encontraba el enemigo; infundió un tal desánimo en los romanos, que les impidió totalmente la arremetida y la
4 penetración. Marco, bien a pesar suyo, se vio forzado a retirarse de noche, ocultamente.
5 Cuando tuvo a los romanos que atacaban por tierra al alcance de sus máquinas de guerra, entonces ideó
6 otras contra los que atacaban por mar. Practicó en las murallas muchos agujeros a la altura de un hombre. Por la parte de fuera tenían un palmo de diámetro; por la de dentro apostaba arqueros y escorpiones que con
7 sus tiros inutilizaban a los agresores. Así, fuera cual fuera la distancia, grande o pequeña, no sólo frustraba las arremetidas de los enemigos, sino que mataba a la
8 mayoría de éstos. Para cuando los romanos se disponían a levantar sus arpas, había ideado unos artilugios que normalmente quedaban ocultos dentro del recinto amurallado; al llegar la oportunidad se alzaban muy por
9 encima de la muralla y aun de las almenas. Estas máquinas transportaban piedras que pesaban, como mínimo, diez talentos y también grandes pellas de plomo.
10 Cuando las arpas se aproximaban, por un sistema de rotación se orientaban adecuadamente los ingenios[8]

[8] Un dibujo esquemático de este artilugio, en WALBANK, *Commentary* pág. 76.

ideados por Arquímedes, que soltaban su carga contra
el arpa enemiga. El resultado era que no sólo ésta reci- 11
bía el golpe, sino que incluso las naves y los tripulantes
corrían grave peligro.

Todavía había otros ingenios contra los asaltantes 6
que se protegían con las rejas de mimbre, lo cual les
amparaba de los tiros lanzados desde la muralla y no
les pasaba nada. Las máquinas citadas disparaban pie- 2
dras contra los hombres de proa que combatían, y les
forzaban a huir. Además, disponían de unos garfios de
hierro sujetos a unas cadenas, los cuales descendían
cuando el hombre rival que manejaba el arpa o el timón
había adosado la proa lo máximo posible a la muralla,
y el artefacto de la nave romana quedaba dentro de
ésta. El ingenio siracusano levantaba la proa y la nave 3
quedaba inclinada de proa a popa, lo cual inutilizaba
los instrumentos de proa. Entonces, mediante un sis-
tema de una polea y una cadena, aflojaba ésta súbita-
mente: unas naves se escoraban y se hundían, otras 4
volcaban y, en su mayor parte, levantadas hacia arriba
por la proa, se inundaban y el agua las llenaba; la con-
fusión en ellas era total.

Marco, puesto en apuros por las defensas de Arquí- 5
medes, veía como los defensores rechazaban sus ataques
y le causaban daños y vergüenza. Se llevó un gran dis- 6
gusto, pero al cabo bromeó sobre sus propias acciones
y dijo que Arquímedes se aprovisionaba de agua con
las naves romanas para mezclarla con su vino y que
sus arpas, caídas en desgracia, habían abandonado el
banquete. Éste fue el final del asedio por mar. 7

También Apio, puesto en un aprieto semejante, aban- 7
donó el ataque. Cuando aún se encontraban a distancia, 2
se vieron golpeados y diezmados por ballestas y por
catapultas; el suministro de las municiones y su eficacia
eran algo prodigioso. Hierón lo había sufragado todo;
el técnico que inventó aquellos recursos fue también

3 Arquímedes. Siempre que los romanos efectuaban una
aproximación a la ciudad, unos, como ya he indicado
antes, cesaban en su avance, hostigados continuamente
desde las aspilleras; los que se protegían con rejas de
mimbre e intentaban forzar el paso, morían por las
piedras o por las vigas que les tiraban desde arriba.
4 No pocos romanos sufrieron heridas por las zarpas de
los ingenios que antes he mencionado, porque levanta-
5 ban en vilo a los hombres y luego los soltaban. Al final
se retiraron todos al campamento; Apio celebró un con-
sejo con sus tribunos y decidieron todos, de común
acuerdo, que el asedio era la única manera de conquis-
6 tar Siracusa, cosa que al final lograron. Durante ocho
meses rodearon la ciudad y no se abstuvieron de estra-
tagemas ni de temeridades, pero nunca más se atrevie-
ron a asaltarla.

7 Así un solo hombre y un solo espíritu dotado espe-
cialmente para algunas empresas resulta de una eficacia
8 grande y admirable. Los romanos, con un ejército tan
nutrido tanto por mar como por tierra, hubieran podido
esperar conquistar rápidamente Siracusa, si no se lo
9 hubiera estorbado un siracusano ya viejo, pero la pre-
sencia de éste hizo que ni tan siquiera osaran asaltar
la ciudad, al menos de una manera tal que Arquímedes
10 pudiera rechazarles. Pero siguieron convencidos, puesto
que residía en la ciudad una gran multitud, de que por
la falta de víveres llegarían a hacérsela suya, de modo
que, con esta esperanza, la flota romana impedía que
por mar llegara socorro a los asediados; lo mismo hacía
11 la infantería por tierra. No se avinieron los romanos
a que fuera un tiempo perdido el que pasaban asedian-
do Siracusa; querían también extraer algún provecho
en otros lugares; los generales se repartieron el ejér-
12 cito y se dividieron. Con las dos terceras partes de él,
Apio siguió el asedio de la ciudad; los romanos restan-

tes, al mando de Marco, atacaron a los partidarios de los cartagineses que había en Sicilia.

Grecia: juicio acerca del historiador Teopompo[9]

Filipo se dirigió a Mesenia y 8
devastó salvajemente el país; le
empujaba mucho más la ira que
la reflexión. Según creo, opinaba 2
que, incluso en el supuesto de
que infiriera daños a los demás continuamente, los per-
judicados ni se irritarían ni le profesarían odio. Tanto 3
ahora como en el libro anterior[10] me han inducido a
tratar con más detalle estos temas no sólo las causas
indicadas ya antes, sino también el hecho de que ciertos
historiadores han omitido totalmente los acontecimien-
tos de Mesenia, y otros, por sus tendencias monárqui- 4
cas, o bien, al contrario, por el miedo que les infunden
los reyes, nos han presentado los crímenes y los sacri-
legios[11] perpetrados por Filipo en Mesenia no como un

[9] Es notable la referencia de GUSTAV A. LEHMANN, *Polybe. Neuf exposés...*, págs. 154-155, a los capítulos 8-12. Debido a la fragmentación del libro XII, los autores habían supuesto que la crítica ejercida por Polibio a los autores contemporáneos era un *totum revolutum* de detalles inconexos, hasta que P. Pédech, en su edición de les Belles Lettres polibiana ha logrado demostrar que el libro XII poseía una composición racional y una secuencia lógica de pensamiento. Aparentemente, y este es hallazgo de Lehmann, se podría pensar lo mismo de la crítica ejercida a Teopompo. Pero la idea de Polibio es profunda: si Filipo V en la guerra de Mesenia ha cambiado de carácter, esto debía reflejarlo Teopompo en su obra, y no continuar en sus loores a Filipo V. Es decir, el historiador debe ser imparcial. Esta referencia a Teopompo no es gratuita, es una lección de ética profesional puesta en su punto preciso. Y la introducción de este excurso sobre Teopompo es un ejemplo muy instructivo de cómo Polibio en sus digresiones asciende a cuestiones de principio y de método, en confrontación crítica con historiadores prominentes anteriores a él.

[10] Cf. VII 11-14.

[11] Las mismas palabras vienen aplicadas a los actos de piratería de Dicearco en XVIII 54, 10.

error, sino todo al revés, como algo digno de elogio, o
5 como un castigo justo. Y no sólo en lo referente a los
mesenios es posible ver que los historiadores han hecho
esto, sino también al tratar otras acciones de Filipo;
6 su obra no merece tanto el nombre de historia como
7 el de encomio. Pero yo digo que no se debe vituperar
a los reyes injustamente, pero tampoco alabarlos sin
motivo, cosa que algunos han realizado. También debe
haber concordancia entre lo dicho ahora y lo afirmado
anteriormente, y ajustar los discursos a la índole del
8 personaje que los pronuncia. Esto es fácil decirlo, pero
muy difícil de hacer, porque son muchas las circuns-
tancias y condicionamientos de la vida a que los hom-
bres atienden, y así no se puede ni decir ni escribir las
9 propias opiniones. Aunque podamos absolver a algunos
historiadores, a todos no, en absoluto.

9 Teopompo[12] es quien, desde esta perspectiva, merece
una reprensión más dura, porque al principio de su
historia de Filipo II de Macedonia afirma que le ha
espoleado a emprender su tarea el hecho de que Eu-
ropa[13] no ha producido nunca un hombre como Filipo
2 hijo de Amintas, y al punto, después de esto, en el mis-
mo prólogo y a lo largo de su obra nos lo muestra como
hombre extraordinariamente mujeriego[14], tanto, que

---

12 Para este historiador, cf. XII 25f 6; XVI 12, 7-9; XXXVIII 6, 2. Teopompo de Quíos nació hacia el año 378 a. C., se exilió con su padre, Damasístrato, y en 333 se repatrió por la influencia de Alejandro Magno. Tras la muerte de éste encontró refugio difícilmente en Egipto. La tradición hace de él y de Éforo discípulos de Isócrates. Su obra, de la que sólo se conservan fragmentos, fue muy retórica. La crítica de Polibio es principalmente contra su excesiva virulencia; procede de sus observaciones generales acerca de las propensiones mostradas por los autores que han tratado de Filipo V.

13 Por Europa, Teopompo entendía la península de los Balcanes.

14 Este vicio de Filipo V fue proverbial en la antigüedad, que

sus vicios en este aspecto y sus pasiones[15] llegaron a arruinar a su familia. Además nos muestra su perver- 3
sidad injusta cuando trata de encontrar amigos y aliados, nos cuenta cómo, o por la violencia o arteramente, hizo suyas muchas ciudades y, luego, redujo a la esclavitud[16] a sus habitantes. Nos explica aun su afición a 4
la bebida: muchas veces los amigos lo encontraban claramente ebrio en pleno día. Si alguien quiere leer el 5
principio de su libro cuarenta y nueve, se admirará de la extravagancia de este historiador, quien, aparte de otras cosas, se atrevió a aseverar lo que sigue; la cita es literal: «Si entre los griegos, o incluso entre los bár- 6
baros, había algún hombre desvergonzado o disoluto, todos éstos se reunían en Macedonia, en su corte, donde eran llamados 'los amigos del rey'. Filipo, efectivamente, 7
despreciaba a las personas de costumbres honestas y a los que cuidaban de sus haciendas; en cambio prefería y condecoraba a los dilapidadores y amigos de comilonas y del juego. No sólo les predisponía a prac- 8
ticar estos vicios, sino que les ejercitaba en todo tipo de injusticia y ruindad. ¿Qué[17] vergüenza o maldad no 9
existía entre ellos? ¿Qué cosa amable o bella no faltaba? Unos eran hombres que se depilaban y se rapaban la cabeza, otros, barbudos, se dedicaban a prácticas

---

practicó una auténtica poligamia. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

15 El texto griego es aquí algo difícil por la palabra *prostasía*, que sólo en Polibio tiene el significado de «situación ilegal», «opinión absurda», «pasión», frente al sentido más frecuente y característico «presidencia».

16 En lo de la esclavitud, Polibio es algo exagerado. Filipo II tomó a traición las ciudades de Anfípolis, Pidna y Olinto, pero esclavizó sólo a la población de esta última plaza.

17 A partir de aquí, Norden señala, en el texto griego, naturalmente, una fuerte influencia de la retórica de Gorgias (E. NORDEN, *Die antike Kunstprosa*, I, reimpresión fotomecánica, Stuttgart, 1950, págs. 122 y sigs.).

10 homosexuales e iban siempre en compañía de dos o
tres adolescentes, aunque otras veces eran ellos los que
11 voluntariamente se entregaban, de manera que con
razón se les hubiera tenido por amigas y no por ami-
gos; el nombre que más les correspondía era el de
12 rameras, no el de soldados. Asesinos por naturaleza,
13 eran, sin embargo, unos afeminados. En resumen, para
acabar en breves palabras, principalmente cuando tengo
delante un diluvio de temas, creo que estos amigos y
compañeros de Filipo se transformaron en seres tan
feroces y de índole tal, que llegaron a ser peores que
los centauros habitantes del Pelión[18], y que los lestrí-
gones[19] que vivían en la llanura leontina, o peores que
cualquier ser comparable a éstos.»

10 ¿Quién no condenaría la acritud y charlatanería de
2 este escritor? Es digno de reprensión no sólo porque
hace afirmaciones opuestas a sus propósitos iniciales,
sino también porque cuelga falsedades a Filipo II y a
sus amigos, e incluso porque expone la mentira de ma-
3 nera vergonzosa, sin el menor decoro. Si tratara de
Sardanápalo[20] y de sus comensales, no osaría utilizar
expresiones tan libertinas como éstas, dándose el caso

---

[18] Los centauros del monte Pelión, mitad hombres y mitad caballos, son ya conocidos desde HOMERO por sus disputas con los lapitas (*Il.* I 267 ss.; II 742-3; *Od.* XXI 295), pero la leyenda del asalto contra mujeres y niños en el banquete de bodas de Hipodamía sale por primera vez en PÍNDARO, fr. 166. La palabra «centauro» connotaba entre los griegos un insulto obsceno.

[19] Los lestrígones eran gigantes devoradores de hombres que destruyeron toda la flota de Ulises menos la nave de éste (*Od.* X 77-132); habitaban en la ciudad de Telépilos, a una distancia de ocho días y ocho noches de navegación desde la isla de Éolo. Tras varias vacilaciones entre los autores de la antigüedad, los lestrígones fueron situados en Sicilia.

[20] Sardanápalo, rey de Nino (¿la Nínive bíblica? Los biblistas tienden a negar la existencia de esta ciudad, simplemente fabulosa), fue famoso porque vivía con lujo y con lujuria, y vestía ropas de mujer. Cf. HERÓDOTO, II 150.

de que aquí la inscripción funeraria de Sardanápalo nos da testimonio de la intemperancia de su vida. En 4 efecto, el epitafio reza:

«Poseo lo que he comido, lo que he estafado
y los placeres del amor que he disfrutado»[21].

Hay que poner cuidado y no tildar de afeminados 5 ni a Filipo[22] ni a los miembros de su corte[23], ni de cobardes, ni de imprudentes. De otro modo, cuando se pase a su alabanza no se podrá hablar adecuadamente de su coraje, de su aguante, ni, en resumen, del valor de los hombres citados, que con su fortaleza y audacia 6 transformaron visiblemente el imperio de los macedonios, pequeño como era, en el más grande y glorioso. Añadidas a las gestas de Filipo, las que tras su muerte 7

---

[21] Polibio sólo cita el penúltimo verso entero y la mitad del último; Diodoro, II 23, 3, nos transmite íntegramente el epitafio, compuesto quizás por Ctesias:

«Sábete bien que naciste mortal: levanta tu ánimo
y gózate de convites; cuando hayas muerto no ganarás nada.
Yo ahora soy polvo, y fui rey de la gran Nino.
Poseo lo que he comido, lo que he estafado, y los placeres
del amor que disfruté. Ahora estas cosas, muchas
y preclaras, yacen en el abandono.»

Otros autores, como Estrabón, XIV 672, dan el mismo epitafio con ligeras variantes.

[22] La reputación de Filipo fue contradictoria en Grecia; cf. los discursos de Cleneas el etolio y Licisco el acarnanio en IX 28 y 33. La opinión de Polibio es favorable a Filipo II: liberó al Peloponeso oprimido por Esparta y trató a Atenas con benignidad (V 10, 1; XVIII 14; XXII 16). Esta opinión es comprensible porque las relaciones entre Megalópolis y Macedonia eran estrechas, pero Polibio debió de verse en un aprieto cuando los aqueos abandonaron a Filipo V y se pasaron a Roma.

[23] Son los diádocos, que en su mayoría sucederán luego a Alejandro: Ptolomeo, Antípatro, etc. Teopompo les profesó un odio mortal.

cumplió Alejandro han otorgado a los dos una fama
8 muy notoria de valor. Sin duda, hay que atribuir mucho mérito al jefe supremo, Alejandro, a pesar de que era muy joven, pero no se puede menospreciar la contri-
9 bución de sus amigos y colaboradores, que derrotaron increíblemente a sus enemigos en muchas batallas, soportaron duras y grandes penalidades, peligros y fatigas. Lograron apoderarse de un botín enorme y, cuando dispusieron de provisiones abundantes para satisfacer sus pasiones, no por eso perdieron el vigor corporal ni torcieron el afán de su ánimo hacia la impiedad y la
10 injusticia. Digamos de una vez que los que habían convivido con Filipo y, después, con Alejandro fueron verdaderamente reales por su grandeza de ánimo, por su prudencia y por su audacia; aquí no es preciso citar
11 los nombres. Tras la muerte de Alejandro, su pugna para dominar la mayor parte de la tierra llegó a proporciones tales, que su fama mereció ser transmitida
12 en muchas historias[24], de manera que la maledicencia del historiador Timeo[25] contra Agatocles, el tirano de Sicilia, por más que parezca exagerada, no deja de ser razonable, porque acusa a un hombre enemigo, perverso y tirano, pero la de Teopompo ni tan siquiera da en el blanco.

11 Se propuso escribir sobre un rey muy afín a la vir-
2 tud... ¡y no hay crimen ni vileza que no le impute! O bien, al principio, en el mismo prefacio de su historia, Teopompo parece inevitablemente adulador y falso, o bien, en los hechos concretos, irreflexivo y pueril. En efecto, da la impresión de haber supuesto que una injuria infundada y forzada le haría más digno de con-

---

24 Sería más exacta la palabra *memorias*, pero hay que evitar la anfibología.

25 Sobre Timeo, cf. I 5, 1-5 y todo el libro XII, dedicado casi exclusivamente a la crítica de este historiador.

fianza y convertiría en más merecedores de crédito sus elogios dirigidos a Filipo II.

Ni tan siquiera podemos estar de acuerdo con el es- 3
quema general trazado por este historiador. Pretende
enlazar su historia de Grecia allí donde la dejó Tucídi-
des, pero una vez que ha llegado a los hechos de Leuc-
tra, gestas las más famosas entre los griegos, entonces
rompe con su intento inicial, modifica sus planes y se
pone a narrar las gestas de Filipo[26]. Lo más justo y 4
honrado habría sido incluir las hazañas de Filipo en
la historia de Grecia, y no acomodar ésta a aquéllas.
Nadie que se proponga historiar una monarquía dejará 5
de enlazarla al nombre y a la historia de Grecia, si en-
cuentra oportunidad de hacerlo; pero si comienza por
aquí, en el supuesto de que esté en su sano juicio, bajo
ningún concepto la enlazará a la historia de un monarca.
¿Qué es lo que fuerza a Teopompo a pasar por alto 6
tantas contradicciones, si no es, ¡por Zeus!, que el pro-
pósito que subyacía a su plan originario era honrado,
pero que al exponer las gestas de Filipo buscaba su
propio interés? Con todo, pienso que el error de Teo- 7
pompo de mudar la perspectiva de su obra en el trans-
curso de la misma quizás pudiera explicarse entablando
un diálogo con él; pero la maledicencia contra los ami- 8
gos difícilmente puede justificarse; en este punto debe-
ría confesar que se apartó mucho de lo debido.

[26] La polémica de Polibio contra este cambio de plan refleja la actitud de los historiadores que viven en ciudades libres (los cuales escriben historias generales de Grecia), frente a la de los autores de monografías, siempre laudatorias, que viven en ciudades de régimen monárquico. Por lo demás, las *Helénicas* de Jenofonte acaban en el año 394, y la batalla de Leuctra se libró en el 371. Lo que quiere subrayar Polibio, pasando por alto estos veintitrés años de diferencia, es la actitud de Teopompo, que para halagar a Filipo omite sucesos trascendentales de la historia griega, como la fundación de Megalópolis y el apogeo de la Liga Arcadia.

Grecia: Filipo V

12 Filipo no consiguió inferir grandes daños a los mesenios cuando éstos ya le eran enemigos, aunque intentó devastar su país; sin embargo, donde demostró una brutalidad sin límites fue con sus amigos más íntimos.
2 Esperó un poco e hizo envenenar a Arato el Viejo, porque éste se había disgustado por los crímenes[27] de Mesenia; el autor material fue Taurión, gobernador[28]
3 por aquel entonces del Peloponeso. Los demás, de momento, no se dieron cuenta, porque la fuerza del veneno no obraba de golpe, sino que necesitaba tiempo y mina-
4 ba la salud. Pero Arato lo comprendió inmediatamente,
5 según se desprende de lo siguiente: lo ocultó a todos los servidores, pero a uno, Cefalón, que él apreciaba mucho, se lo dijo, sin poder contenerse. En una ocasión en que, durante su enfermedad, el criado en cuestión le servía solícitamente, él le mostró unos esputos sanguinolentos que estaban en la pared y le comentó: «Cefalón, esto es el premio de la amistad que recibo
6 de Filipo.» La moderación de espíritu es algo tan bello y tan grande que, de este crimen, se avergonzó más que el autor su propia víctima, que había participado al lado y en provecho de Filipo en numerosas y formidables empresas, y que ahora recibía esta paga a su ad-
7 hesión. Muchas veces había sido general en jefe de los aqueos y había hecho grandes beneficios a su linaje[29]; por eso, con motivo de su muerte, se le rindió el home-

---

27 Por su ataque y toma a traición de la ciudad por Demetrio de Faros (otoño del 214 a. C.).

28 Seguramente, a continuación se describía la muerte de su hijo Arato el Joven, también asesinado por Filipo, pero el epitomador ha omitido tal narración. Sobre Taurión, cf. IV 6, 4. Se dice en IX 23, 9 que él y Demetrio de Faros ejercieron una gran influencia sobre Filipo V.

29 Fue el creador e impulsor de la Liga Aquea.

naje debido, tanto en la patria[30] como en la comunidad aquea. Se le decretaron los sacrificios y los honores 8
correspondientes a un héroe y, en resumen, todo lo que contribuye a inmortalizar la memoria de un hombre, de manera que si los muertos, en alguna forma, son todavía capaces de percepción[31], es natural que a él le agradara el agradecimiento de los aqueos y que no le causaran pesar los riesgos y penalidades que soportó durante su vida.

Filipo volvió a pensar en Liso y en Acróliso[32]; se 13
dirigió con su ejército contra estas ciudades con el ánimo de apoderarse de ellas. Hizo la marcha en dos días 2
y, después de atravesar un desfiladero, acampó en los márgenes del río Ardáxaro[33], no lejos de la ciudad. Vio 3
que, tanto por el lado del mar como por el de tierra firme, Liso era una ciudad muy fortificada por accidentes geográficos y también por defensas construidas.

---

30 La ciudad de Sición.

31 En mi artículo: M. Balasch, «La religiosidad de Polibio», *Helmántica* 72 (1972), 387, cito este lugar y el de XXXVI 9, 15, donde se habla de «pecar contra los muertos», para inferir la probabilidad de que Polibio creyera en la inmortalidad del alma. Por lo demás, en su época, las opiniones estaban divididas: mientras el estoico Panecio negaba totalmente tal inmortalidad, Cleantes y Crisipo pensaban en la inmortalidad de algunos elegidos. Pero aún en esta época estaban muy en boga en Grecia las doctrinas pitagóricas que defendían la inmortalidad del alma y la metempsícosis. WALBANK, *Commentary,* ad loc., y Álvarez de Miranda (citado en mi artículo) concluyen que Polibio fue un agnóstico.

32 Cf. II 12, 3; III 16, 3. Sobre la situación y la historia de ambas ciudades, cf. WALBANK, *Commentary,* ad loc. En la pág. 91 de esta obra hay un mapa en el que se describe la campaña de Filipo V.

33 Este río quizás sea el actual Arzen, que desemboca al N. de Durazzo. Otros insinúan que es el actual río Mati, y otros, finalmente, que es el río Drin, que fluye cerca de la ciudad. Véase la amplia discusión del tema en WALBANK, *Commentary,* ad loc.

Acróliso, que es una plaza contigua, es elevada y difícilmente accesible, por lo que tiene la fama de ser inexpugnable. Filipo no optó por la violencia, pero no por
4 ello renunció a apoderarse de la ciudad. El rey había visto que el espacio despoblado entre Liso y el pie del monte donde está Acróliso era propicio para un ataque[34], de modo que proyectó iniciar allí las hostilidades, usando de una estrategia adecuada a las circuns-
5 tancias. Concedió un día de descanso a sus macedonios y les arengó con palabras apropiadas a aquella coyuntura. Seguidamente emboscó, aún de noche, la mayor y mejor parte de su infantería ligera en unas gargantas boscosas, en las cercanías del poblado que dijimos que
6 está en el Sur. Al día siguiente, él mismo con los peltastas[35] y la infantería ligera restante se dirigió al ex-
7 tremo opuesto de la ciudad, por el lado del mar. Llegó al lugar citado[36] y rodeó por allí la población, con lo
8 que dio la impresión de que quería atacar por allí. La presencia de Filipo no era desconocida y se había congregado en Liso una muchedumbre de toda la Iliria cir-
9 cundante. En Acróliso dejaron una guarnición suficiente, fiados en las dificultades naturales del lugar.

14 Así que los macedonios se aproximaron, los defensores de la ciudad salieron inmediatamente, fiados en
2 su gran número y en lo abrupto del terreno. El rey situó en la llanura a los peltastas y ordenó a su infantería ligera avanzar contra las colinas y establecer con-
3 tacto con el enemigo sin recelo alguno. La infantería cumplió las órdenes y, durante algún tiempo, la lucha

---

34 El término griego es más exacto, pero intraducible: significa el ataque por sorpresa de la infantería ligera mediante armas arrojadizas (*akrobolismós*).

35 Los peltastas se usaban con frecuencia, junto con la infantería ligera, como agrupaciones de fuerzas para misiones especiales: cf. IV 75, 4; 80, 8; V 13, 5-6.

36 El espacio libre entre la ciudad y la ciudadela.

se mantuvo equilibrada, pero, al cabo, los hombres de
Filipo, debido a las dificultades del terreno y a su in-
ferioridad numérica, cedieron y se lanzaron a la fuga.
Se replegaron hacia el lugar en que estaban los peltas- 4
tas y, entonces, los de la ciudad avanzaron y bajaron
desdeñosamente para entablar combate con ellos. La 5
guarnición de Acróliso, cuando vio que las unidades[37]
de Filipo retrocedían ininterrumpidamente, aunque lo
hicieran de modo alternativo, las creyó definitivamente
derrotadas; sin darse cuenta se dejaron llevar por su
confianza en la escabrosidad del lugar. En la plaza que- 6
daron muy pocos; los demás se lanzaron monte abajo
hacia la llanura, en grupos pequeños, fuera del camino;
creían al enemigo ya derrotado y que el botín era se-
guro. Entonces los emboscados por la parte sur se le- 7
vantaron sin ser vistos y atacaron enérgicamente; los
peltastas se revolvieron y presentaron combate al ad-
versario. Esto desbarató a los defensores; los de Liso 8
se retiraron desordenamente y se refugiaron en su ciu-
dad, pero los que habían abandonado Acróliso se en-
contraron con que los de la emboscada les cerraban el
paso. O sea que sucedió lo más inesperado: Acróliso 9
cayó inmediatamente y sin ningún riesgo para los asal-
tantes; Liso, al día siguiente, después de luchas feroces
y de grandes e imponentes ataques macedonios. Diríase 10
que Filipo se apoderó de estas plazas milagrosamente;
su gesta le valió someter a los vecinos y, además, se le
pasaron voluntariamente la mayor parte de ciudades
ilirias. Desde entonces, no hubo fortificación que pare- 11
ciera segura contra Filipo y nada fue tenido por sufi-
ciente por sus adversarios, después que el rey logró
conquistar estos fortines.

[37] Sobre las unidades macedonias de combate, cf. V 4, 9.

Antíoco captura a Aqueo en Sardes[38]

15 Bolis[39] era un hombre perteneciente a un linaje cretense, que había desempeñado durante mucho tiempo una jefatura militar en la corte de los Ptolomeos; era notorio que poseía muchos conocimientos y audacia, y un interés no inferior al de nadie por lo que
2 respecta a la guerra. Sosibio[40] se ganó su confianza con muchas palabras; cuando estuvo seguro de su adhesión y de su coraje, le confió la empresa, diciéndole que en aquellas circunstancias lo que más complacería al rey
3 era que pensara cómo salvar a Aqueo. Oído lo cual, Bolis le aseguró que reflexionaría sobre la operación y
4 se fue. Meditó sobre el encargo y, al cabo de dos o tres días, regresó y manifestó a Sosibio que aceptaba. Dijo que había vivido mucho tiempo en Sardes, de modo que conocía muy bien sus rincones; además, Cámbilo, el comandante de los cretenses de Antíoco, no era sólo conciudadano suyo, sino también pariente y amigo.
5 Cámbilo y los cretenses que tenía a sus órdenes custodiaban uno de los lugares de guardia situado en la parte externa de la acrópolis, sitio que no podía ser fortificado y, por esto, era vigilado continuamente por
6 los hombres citados. El plan agradó a Sosibio, quien se convenció de que, en aquellas circunstancias, o era imposible salvar a Aqueo, o, si era posible, nadie podía lograrlo mejor que Bolis. A éste le acuciaba el mismo afán, de manera que el proyecto se puso en marcha in-
7 mediatamente. Sosibio anticipó dinero para que no fallara nada en la empresa y prometió que, en caso de

38 Los hechos narrados aquí son de los años 214/213 a. C.

39 Este personaje, que aquí juega un papel tan importante, nos es totalmente desconocido.

40 Sobre Sosibio, cf. V 35, 7; XV 25, 1-2; era el privado de la corte alejandrina. Sobre la alianza de Filipo con Aqueo, cf. V 67, 12-13.

éxito, le daría una cantidad mucho mayor. Exageró 8
hiperbólicamente la gratitud del rey[41] y la del mismo salvado, y logró que Bolis se hiciera muchas ilusiones.
Éste, dispuesto a la empresa, no perdió tiempo: zarpó 9
hacia Rodas con escritos cifrados de recomendación para Nicómaco, quien sentía un gran afecto hacia Aqueo; le era tan fiel como lo hubiera sido hacia su padre. Bolis, después, se dirigió a Éfeso para entrevistarse con Melancomas. Estos dos eran aquellos a quie- 10
nes antes Aqueo había confiado, tanto los asuntos que se referían a Ptolomeo como, en general, los concernientes al extranjero.

Después de haber acudido a Rodas y a Éfeso y de 16
haber establecido contactos con los hombres citados, dispuestos favorablemente para lo que les pedían, escogió a un tal Ariano, que formaba parte de sus tropas,
y le envió a tratar con Cámbilo: debía decirle que le 2
remitían desde Alejandría a reclutar mercenarios y que él, Bolis, quería entrevistarse con él para tratar asuntos muy urgentes. De modo que se debía señalar día y
lugar para un encuentro secreto. Ariano encontró in- 3
mediatamente a Cámbilo y le transmitió el encargo de que era portador; Cámbilo se mostró de acuerdo con aquellas sugerencias y fijó fecha y lugar en que él se encontraría por la noche. Y despidió al punto a Ariano.
Bolis era cretense, lo cual significa ser versátil por na- 4
turaleza[42]; sopesó el asunto y tanteó la lógica de los
diversos planes. Al final se reunió con Cámbilo, según 5
la gestión de Ariano, y le entregó la carta. Con ella a la vista, discutieron las circunstancias desde un punto
de vista cretense: no trataron de la situación del que 6
corría peligro, ni hablaron tampoco del que había hecho

41 Del rey de Egipto, Ptolomeo Filopátor.

42 En cuanto a la enemiga de Polibio contra los cretenses, cf. la nota 106 del libro VI.

el encargo, sino de su propia seguridad y conveniencia.
7 Eran cretenses y, desde luego, coincidieron totalmente
en sus pareceres. Éstos eran, de momento, adjudicarse
a partes iguales los diez talentos avanzados por Sosi-
8 bio, participar a Antíoco lo que estaban tramando y
declarársele aliados, con la promesa de poner a Aqueo
en sus manos si les ofrecía más dinero, y, para el futuro,
9 una perspectiva proporcional a la gesta realizada. Se
establecieron los pactos oportunos. Cámbilo se encargó
de comunicarlo todo a Antíoco y Bolis prometió que,
al cabo de pocos días, enviaría a Ariano a visitar a Aqueo,
con las cartas de contraseña de Nicómaco y de Melan-
10 comas; previno a Cámbilo que velara para que Ariano
pudiera introducirse sin peligro en la plaza asediada y
11 salir de ella impunemente. Si Aqueo daba su conformi-
dad al proyecto y respondía a las cartas de Nicómaco
y de Melancomas, en tal caso Bolis intervendría y se
12 reunirían otra vez con Cámbilo. Cuando se hubieron
repartido las tareas, se separaron y ambos las llevaron
a término.

17 En la primera oportunidad, Cámbilo lo comunicó
2 todo al rey. Antíoco se alegró muchísimo ante promesa
tan extraordinaria y tan fuera de lugar y, a su vez, hizo
grandes ofrecimientos. Sin embargo, no se fiaba e in-
3 vestigó con detalle planes y preparativos. Entonces sí,
cobró confianza, se convenció de que la empresa tendría
éxito como si la dirigiera un dios y rogaba e instaba a
4 Cámbilo que la realizara. Bolis hacía lo mismo con Nicó-
maco y Melancomas. Éstos creían que la operación era
llevada de buena fe y, a través de Ariano, enviaron a
Aqueo unas cartas escritas en clave, según es costum-
bre entre ellos, de modo que si alguien las coge no puede
leer nada de lo escrito en ellas. Se le decía que podía
5 confiar absolutamente en Bolis y en Cámbilo. Ariano
penetró en la ciudad por la posición de Cámbilo y en-
6 tregó las cartas a los cortesanos de Aqueo. Había vivido

los hechos desde su mismo comienzo, de modo que pudo dar razón exacta y detallada de todo. Le interrogaron, largamente y desde muchos enfoques, sobre Sosibio y Bolis, y también mucho, sobre Nicómaco y Melancomas.
Ariano superó la prueba con nobleza y pasión, debido 7
más que nada a que ignoraba el verdadero núcleo de
lo tratado entre Cámbilo y Bolis. Aqueo, convencido 8
por las respuestas de Ariano y, todavía más, por los escritos de Nicómaco y de Melancomas, les contestó y
reexpidió en el acto a Ariano con la misiva. Después 9
de una correspondencia continua entre ambas partes, Aqueo se confió a Nicómaco, porque ya no tenía otra esperanza de salvación, y pidió que en una noche sin luna entrara en la ciudad también Bolis; él se ponía
en sus manos. La intención de Aqueo era, primero, su- 10
perar el riesgo presente y, luego, dirigirse a Siria sin
escolta de ninguna clase, con la convicción de que si 11
se presentaba de repente a la población siria, cuando nadie lo podía esperar, y Antíoco se encontraba todavía en Sardes, provocaría un gran movimiento y le recibirían con entusiasmo tanto los antioquenos como las gentes de Fenicia y de Celesiria[43].

Con tales esperanzas y planes, Aqueo esperaba an- 18
siosamente la presencia de Bolis. Melancomas, que ha- 2
bía recibido otra vez a Ariano y había leído la carta mandada por Aqueo, envió ahora a Bolis con muchas exhortaciones y grandes promesas, si la empresa se
llevaba a buen término. Bolis mandó delante suyo a 3
Ariano y anunció a Cámbilo su presencia; por la noche
se dirigió al lugar convenido. Permanecieron allí todo 4
el día; determinaron lo que debía hacer cada uno y,

[43] Aquí no es seguro que se trate de Celesiria, al menos en el sentido habitual de la palabra (cf. nota 6 del libro III); se ha visto aquí en el adjetivo griego *koilê* una transcripción falsa del arameo *kol*, en cuyo caso se trataría de toda Siria, y no solamente de Celesiria.

5 al oscurecer, entraron en el campamento. El orden de
actuación era el siguiente: si Aqueo salía solo de la for-
taleza, o escoltado por un único hombre, descontando
a Ariano y a Bolis, naturalmente, podían despreocupar-
6 se, porque sería presa fácil para los emboscados. Pero
si salía con más gente, resultaría difícil, a aquellos a
quienes habían confiado la ejecución de sus planes,
llevarlos a buen término, máxime si se tenía en cuenta
que querían cogerle vivo, pues esto les garantizaba más
que nada la confianza que habían depositado en An-
7 tíoco. Era imprescindible que, cuando Aqueo saliera,
Ariano fuera el guía del grupo, porque conocía bien el
camino, que había hecho numerosas veces, y la entrada
8 y la salida. Bolis, naturalmente, debía acompañarles,
pero cerrando la marcha. Al llegar al lugar donde Cám-
bilo había emboscado a sus hombres, él debía sujetar
y retener a Aqueo, evitando así que, a favor de la noche
y de la confusión, se escapara por los lugares boscosos
o, desesperado, se tirara de una roca. De acuerdo con
los planes previstos, debía caer vivo en manos de sus
9 enemigos. Éstos fueron los acuerdos; Bolis salió otra
vez al encuentro de Cámbilo y, en la noche siguiente,
Bolis fue presentado por éste a Antíoco, sin haber tes-
10 tigos de ello. El rey le acogió amablemente y le con-
firmó las recompensas prometidas. Les exhortó prolija-
mente a no demorar la acción; luego, cada uno se re-
11 tiró a su campamento. Era todavía de noche, pero pró-
xima ya la aurora, cuando Bolis y Ariano penetraron
en la ciudad.

19 Aqueo recibió a Bolis de manera cordial y amable,
pero le hizo muchas preguntas sobre cada punto con-
2 creto. Cuando comprobó que aquel hombre, tanto por
su prestancia como por sus palabras, tenía una firme-
za a la altura de aquel intento, por un lado exultó de
alegría ante la esperanza de salvación, pero por el otro
estaba como pasmado y acongojado ante la magnitud

de las consecuencias. Aqueo no era inferior a nadie en 3
prudencia y, además, era hombre muy experimentado,
por lo que juzgó que no debía depositar toda su con-
fianza en Bolis. De ahí que le dijera que de momento 4
le era imposible salir, pero que enviaría con él a tres
o cuatro amigos que conectarían con Melancomas para
prepararle la salida. Ciertamente, Aqueo previó todo lo 5
imaginable, pero desconocía el refrán que reza: «hacer
el cretense con un cretense». Tampoco Bolis había des-
cuidado nada de las cosas en las que en tamaña empre-
sa se podía atinar. La noche en que Aqueo señaló que 6
enviaría a sus amigos, había mandado previamente a
Ariano y a Bolis a la salida de la fortaleza con la orden
de esperar a los que debían emprender la marcha con
ellos. Ariano y Bolis cumplieron lo acordado y, en 7
aquel momento, Aqueo participó el intento a su esposa
Laódice, la cual se desesperó ante lo absurdo del pro-
yecto. Su marido necesitó un cierto tiempo para cal-
marla y confortarla con las esperanzas que se intuían.
Luego repartió ropas lujosas a cuatro de sus amigos 8
y él mismo se vistió con harapos, de manera que pare-
ciera de condición muy humilde. Y se inició la ruta.
Había ordenado a uno de sus amigos que respondiera 9
él, siempre que los hombres de Ariano hablaran de
Aqueo, y que preguntara siempre él qué se debía hacer;
de los demás debía declarar que no sabían griego.

Cuando se juntaron con los hombres de Ariano, éste 20
abría la marcha, pues era él quien conocía la ruta, y
Bolis, según se había determinado antes, la cerraba,
pero molesto y apurado por lo que sucedía. A pesar de 2
ser cretense (por esto desconfiaba de todo lo que ocu-
rría a su alrededor), debido a la oscuridad no lograba
adivinar quién era Aqueo y ni tan sólo si figuraba en la
comitiva. La bajada era abrupta, las más de las veces 3
difícil, y en algunos parajes había precipicios muy peli-
grosos, porque el terreno era resbaladizo. Cuando llega-

ban a un sitio de éstos, algunos cogían a Aqueo de la
4 mano y otros le apartaban del riesgo. Se habían acos-
tumbrado a dar a Aqueo muestras de respeto, y cuando
llegaba el caso, no lo podían evitar. Bolis comprendió
en seguida quién era Aqueo y el lugar que ocupaba.
5 Llegados al sitio indicado por Cámbilo, Bolis hizo la
señal convenida, que era un silbido. Los emboscados
aprisionaron inmediatamente a los otros. Aqueo ocul-
6 taba sus manos en el vestido; Bolis, personalmente, le
sujetó por las ropas por temor de que se suicidara ante
lo ocurrido; en efecto, llevaba una espada oculta entre
7 sus ropas. Rodeado en un momento por todos lados,
cayó en poder de sus enemigos; él, con sus compañe-
ros, fue conducido inmediatamente a presencia de An-
8 tíoco. Éste aguardaba, con gran tensión en su mente,
el desenlace de los acontecimientos. Había despedido
a todos sus acompañantes y se había quedado solo en
la tienda, velando con dos o tres miembros de su guar-
9 dia personal. Cuando llegaron los hombres de Cámbilo
y arrojaron a Aqueo por los suelos, atado de pies y
manos, primero fue incapaz de proferir palabra, ante
un hecho tan inexplicable; permaneció mudo un buen
rato. Aqueo acabó inspirándole compasión y le salta-
10 ron lágrimas de los ojos[44]. Creo que le sucedió esto
porque se dio cuenta de lo imprevisibles y absurdos
11 que son los golpes de la fortuna. En efecto: Aqueo era
hijo de Andrómaco, hermano de Laódice[45], esposa ésta

[44] Un rasgo teatral de Polibio, que se repetirá en XXXVIII 22, 1 con Escipión llorando ante las ruinas de Cartago. Es la expresión del *páthos* que tan magistralmente reflejan los escultores helenísticos.

[45] Aquí hay una clara confusión por parte de Polibio: una Laódice es la hermana de Aqueo, y otra es la hermana de su padre Andrómaco, que fue la que se casó con Seleuco II (cf. IV 48, 5).

de Seleuco; se había casado con Laódice[46], la hija del
rey Mitrídates, y se había convertido en rey de toda el
Asia acá del Tauro[47]. Y ahora, cuando pensaba que sus 12
fuerzas y también las rivales se encontraban en el lugar
más fortificado del mundo, se veía atado y tirado por
los suelos, en manos de sus adversarios. Nadie sabía
exactamente lo ocurrido, a excepción de los protago-
nistas de los hechos.

Según la costumbre, así que apuntó el día, los ami- 21
gos[48] del rey se reunieron en la tienda real. Vieron con
sus propios ojos lo que había ocurrido y les sucedió lo
mismo que al monarca: extrañados por el suceso, no
daban crédito a sus ojos. El consejo se reunió en sesión 2
y fueron muchas las opiniones sobre el suplicio que se
debía inferir a Aqueo. La decisión tomada fue mutilar, 3
primero, las extremidades de aquel infeliz; luego, de-
capitarlo y coser su cabeza al pellejo de un asno, y,
finalmente, crucificar el cadáver. La sentencia se cum- 4
plió al instante y fue, entonces, cuando el ejército de
Antíoco se enteró de todo. En el campamento hubo tal
entusiasmo y alboroto, que Laódice, que era la única
que en la ciudad conocía la marcha de su marido, adi-
vinó lo ocurrido por la algazara y los gritos del cam-
pamento enemigo. Muy poco tiempo después llegó un 5
mensajero a Laódice que comunicó el infortunio de
Aqueo y ordenó prescindir de cualquier intento y rendir
ya la fortaleza. Primero, los de la ciudad ni respondían 6
ni reprimían unos ayes y unos lamentos nunca oídos,
no tanto por el amor que profesaban a Aqueo, sino por-

---

46 Si esto es correcto, se trata de la hija de Mitrídates II del Ponto. Sobre su educación por Lógbasis, cf. V 74, 5. Véase un más amplio comentario sobre este personaje en WALBANK, *Commentary*, ad loc.

47 Cf. IV 48, 10-12.

48 El Consejo Real. Sobre las distintas categorías de sus miembros, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

que el desenlace había sido tan inesperado como absur-
7 do. Los asediados, indecisos, se encontraban en un apu-
8 ro. Fuera de combate Aqueo, Antíoco urgía a los de la fortaleza, convencido de que ellos mismos le darían la ocasión, principalmente los soldados, cosa que al fin
9 sucedió, puesto que hubo una revuelta interna: los sitiados se escindieron en dos partidos, el de Aríbazo[49] y el de Laódice. Empezaron a desconfiar unos de otros y acabaron por acordar rendir la fortaleza y entregarse ellos mismos.

10 Aqueo, pues, había obrado razonablemente, pero fue vencido y murió por la vileza de aquellos en quienes confiaba. Es un ejemplo muy útil para las generaciones futuras, y esto, desde dos puntos de vista: no debemos confiarnos alegremente al primero que pase y no debemos vanagloriarnos de nuestra prosperidad: puesto que somos humanos, debemos esperar cualquier cosa.

Cávaro, rey de los galos de Tracia

22 Cávaro, rey de los galos de Tracia, tenía por naturaleza un aspecto verdaderamente real y era hombre muy magnánimo. Proporcionó gran seguridad[50] a los mercaderes que navegaban hacia el Ponto Euxino
2 y fue, también, muy útil a los bizantinos en las guerras que éstos sostuvieron contra los tracios y los bitinios[51].

3 Polibio afirma en el libro octavo de su *Historia* que Cávaro, el galo, fue un hombre irreprochable desde otros puntos de vista, pero se dejó pervertir por Sóstrato, persona de linaje calcedonio, que le adulaba (ATENEO, VI 60).

---

[49] Era el jefe de la guarnición de la ciudadela; cf. VII 17, 9.

[50] Contra piratas galos y tracios, aunque les cobraba esta protección (cf. IV 45-46).

[51] Prusias, rey de Bitinia, ayudó a los rodios en su guerra contra Bizancio, cf. IV 47, 7; 49, 1-52, 10) y apoyó los ataques tracios contra los bizantinos en Europa.

Antíoco y la ciudad de Armósata

Jerjes [52] era el rey de la ciudad de Armósata, situada en la llanura llamada «la Hermosa» [53], entre el Tigris y el Éufrates. Antíoco acampó delante de la población y se dispuso a asediarla. Al ver los preparativos del rey, Jerjes primero se dio a la fuga, pero al cabo de un tiempo temió que, si el enemigo le conquistaba la capital, las demás provincias de su reino le harían defección. Cambió de parecer y envió legados a Antíoco, que le comunicaran que quería entrar en tratos con él. Sus amigos más leales aconsejaban a Antíoco que no soltara al adolescente ahora que le tenía al alcance de la mano, pues no le convenía; al contrario, lo indicado era que se apoderase de la ciudad y la entregara a la soberanía de Mitrídates, que era hijo de una hermana uterina [54] suya. Pero el rey no les atendió, antes bien llamó al jovencito a su presencia, deshizo la enemistad anterior y le condonó la mayor parte del dinero, que, en calidad de tributo, le adeudaba su padre. El rey recibió de Jerjes trescientos talentos al contado, mil caballos y mil mulas con los arreos correspondien-

23
2
3
4
5

52 Este Jerjes es el hijo de Arsames que ayudó a Antíoco Hiérax cuando éste invadió Mesopotamia en su guerra contra Seleuco II; seguramente es él el fundador de Armósata. Sobre la ubicación de la ciudad, véase la correspondiente discusión en WALBANK, *Commentary,* ad loc., pero la ciudad no viene reseñada en el nomenclátor del *Weltatlas,* I.

53 La actual llanura de Karput.

54 La traducción «uterina» no es segura. Quizás el término griego quiera decir «hermana efectivamente de», en el sentido de que no era hija adoptada; la misma expresión griega sirve, en I 64, 6, para decir que Aníbal fue hijo de Amílcar Barca. Sin embargo, nuestros conocimientos acerca de los lazos familiares de estos personajes son inseguros. PATON, *Polybius,* III, *ad loc.,* deja la expresión sin traducir, ya sea por error involuntario, ya sea por omisión intencionada.

tes; por su parte puso en orden su reino y casó a Jerjes con su hermana Antióquida[55]. Así se ganó a los habitantes de aquella región y se reconcilió con ellos; pareció a todos que trataba los asuntos con magnanimidad, tal como conviene a un rey.

La guerra contra Aníbal: Tarento

24 Los tarentinos, orgullosos de sus riquezas, llamaron a Pirro[56] de Epiro, porque la democracia[57] que mantiene, durante mucho tiempo, el poder es natural que se canse de estar siempre en las mismas condiciones y se busca un soberano. Ahora bien, cuando lo ha encontrado, lo detesta inmediatamente, porque es notorio que el cambio ha sido grande y a peor. Esto es lo que ocurrió en Tarento.

2 El futuro parece que ha de ser siempre mejor que el presente.

3 Al llegar esta noticia a Tarento y a los habitantes de Turis[58], el pueblo se enfureció (SUDA).

25 Primero salieron de la ciudad[59] fingiendo una expedición. Era ya de noche cuando se acercaron al campamento cartaginés y se apostaron en un lugar boscoso, no lejos del camino, a excepción de Filémeno y Nicón,

---

55 Aquí es WALBANK, *Commentary*, ad loc., quien hace de esta Antióquida la hermana uterina de Antíoco. Paton aquí vuelve a fallar; la palabra griega significa claramente «hermana», y él traduce «hija».

56 Cf. I 6, 5; II 20, 6. Estamos en el año 281 a. C.

57 El texto griego dice exactamente «libertad», pero PATON (*Polybius*, III, *ad loc.*) y WALBANK (*Commentary*, ad loc.) traducen por «democracia». Sobre esta idea, cf. VII 1, 2, donde se dice que los capuanos, incapaces de disfrutar su prosperidad, llamaron a Aníbal.

58 Porque Turis, igual que hasta ahora Tarento, era ciudad fervorosamente aliada de los romanos.

59 La narración del episodio comienza *in medias res*, aunque no se debe haber perdido mucho del principio.

que se dirigieron a la acampada. Los centinelas los pren- 2
dieron y los llevaron a la presencia de Aníbal; no habían
manifestado ni su nombre ni quiénes eran; lo único que
habían dicho era que querían conversar con el general.
De modo que fueron conducidos sin dilación a su es- 3
tancia. Dijeron que querían hablarle a solas. Aníbal se 4
prestó a esta demanda y ambos se despacharon acerca
de sí mismos y de sus patrias. Y para que no pareciera
absurda la acción que iban a emprender, lanzaron
muchas y diversas acusaciones contra los romanos.
Aníbal les alabó, aceptó sinceramente su interés y les 5
despidió, pero pidiéndoles que regresaran, que acudie-
ran pronto a su encuentro. Para aquel momento, les 6
indicó que, cuando se hubieran alejado algo del cam-
pamento, siguieran a los primeros rebaños y a los hom-
bres que los conducían a los pastos. Podían irse sin
temores en su compañía, ya que él velaría por su segu-
ridad. Obró así porque quería tener tiempo para sopesar 7
los planes de aquellos jóvenes y para lograr, además,
que sus conciudadanos creyeran que salían con la mejor
intención, la de hacer botín. Nicón y sus compañeros 8
atendieron las instrucciones de Aníbal, de lo cual éste
se alegró mucho, porque finalmente tenía ocasión de
llevar a buen término sus intentos. Filémeno y sus ami- 9
gos tuvieron aún más interés en cumplir sus proyectos:
ahora se veía que la operación no comportaba riesgo:
Aníbal les era favorable y la perspectiva de un botín
abundante les avalaba de modo suficiente ante los suyos.
Vendían una parte del botín y la restante la empleaban 10
en banquetes, de modo que no sólo se ganaron la con-
fianza de los tarentinos, sino también la envidia de bas-
tantes de ellos.

Después hicieron una segunda salida, dispuesta en 26
todos los detalles como la anterior; dieron palabra a
Aníbal y la tomaron de él en los términos siguientes:
los cartagineses liberarían a los tarentinos, no les im- 2

pondrían tributos de ninguna clase, ni les mandarían nada[60]; al entrar en la ciudad, los cartagineses podrían saquear las casas y las hospederías de los romanos.
3 Establecieron una contraseña para que los centinelas les dejaran paso libre hacia el campamento siempre
4 que ellos llegaran. Además recibieron autorización para entrevistarse con Aníbal muchas más veces: o bien simulaban que se disponían a una incursión, o bien que
5 salían de caza. Todo estaba ya presto para la operación próxima; la mayor parte de los hombres acechaban una oportunidad; Filémeno era el encargado de salir
6 de caza. Se decía de él que lo primero que había hecho en su vida era salir de cacería; esta diversión le apa-
7 sionaba muchísimo. Le encargaron que, con la carne de las piezas cobradas, se ganara ante todo al comandante romano de la ciudad, Cayo Livio[61], y también, a los centinelas de la guardia apostada en las puertas
8 llamadas Teménides. Filémeno aceptó esta misión y entraba en la ciudad[62] con mucha frecuencia con piezas cobradas por él mismo o que le habían sido entregadas por orden de Aníbal; con una parte, obsequiaba a Cayo y, con la otra, a los centinelas de la puerta, para que
9 le abrieran siempre la portezuela, ya que las más de las veces entraba y salía de noche, alegando el miedo que le infundía el enemigo; en todo esto se ajustaba al plan
10 trazado. Cuando Filémeno hubo acostumbrado a los centinelas del portal a que no se extrañaran, sino que cuando, de noche, él estuviera cerca del puesto y silbara, los otros le abrieran la portezuela inmediatamen-

60 Esta condición parece asegurar implícitamente la no imposición de una guarnición cartaginesa.

61 Según Tito Livio (XXV 39), el nombre completo era Cayo Livio Macato.

62 En Walbank, *Commentary*, II, pág. 103, hay un plano de Tarento; en él se puede ver la situación de las puertas Teménides.

te, entonces procuró averiguar el día en que el comandante romano de la ciudad acudiría, con una comitiva muy numerosa, al lugar llamado el Museo, no lejos del ágora, e indicó este día a Aníbal.

Éste había propalado el rumor de que estaba enfer- 27
mo, para que los romanos no se extrañaran de que
parara tanto tiempo en el mismo sitio. Entonces exage- 2
ró todavía más la simulación; el campamento cartagi-
nés estaba a tres días de marcha de Tarento. En el día 3
convenido hizo preparar unos diez mil hombres, entre
la tropa escogida por su audacia y su ligereza; eran
jinetes y soldados de infantería. Aníbal les ordenó tomar
consigo vituallas para cuatro días. Esta fuerza selecta 4
levantó el campo al romper el día y avanzó a marchas
forzadas en dirección a Tarento. Se había impartido la
orden de que ochenta jinetes seleccionados se adelanta-
ran treinta estadios al resto de la fuerza e hicieran
incursiones a ambos lados de la ruta. Con ello, se evi- 5
taba que alguien viera todas las tropas: de los que en-
contraran dispersos, unos caerían prisioneros y los que
consiguieran escapar en la ciudad delatarían sólo la
incursión de los númidas. Cuando el grueso de aquella 6
tropa llegó a ciento veinte estadios de la ciudad, Aní-
bal hizo que los soldados cenaran en la orilla de un río
escabrosa y difícilmente divisable. Después reunió a 7
sus oficiales, a los que no manifestó explícitamente sus
planes; simplemente les exhortó a ser hombres valien-
tes, porque les aguardaban recompensas mayores que
nunca. Les mandó que durante la marcha hicieran man- 8
tener la disciplina debida a todos los hombres y que
reprendieran duramente a los que se salieran de su fila.
Finalmente, les intimó que atendieran estrictamente las 9
órdenes que les llegaran y que no hicieran nada por
iniciativa propia; sólo debían cumplir los mandatos
recibidos. Dicho esto, les despidió; caída ya la noche 10
cerrada, hizo avanzar la primera unidad, con el intento

de llegar al pie de la muralla a medianoche. Los guiaba Filémeno, que tenía dispuesto un jabalí para usarlo, como siempre, cuando recibiera la consigna.

28 Según las previsiones de los jóvenes, Cayo Livio pasó el día con sus amigos en el Museo; precisamente cuando las libaciones alcanzaban el momento culminante, le avisaron, al caer la tarde, de que unos númidas
2 devastaban el país. Él tomó medidas sólo contra esta incursión; llamó a algunos de sus oficiales y les ordenó que, a la mañana siguiente, al alborear, salieran con la mitad de la caballería y rechazaran el destacamento enemigo que talaba sus plantaciones. Y, precisamente, esto
3 le impidió ver el conjunto de la operación. Los que estaban con Nicón y Tragisco, así que oscureció, se agruparon en la ciudad y acecharon el momento en que
4 Livio y sus amigos salían del banquete. Éstos se levantaron pronto, porque el festín se había celebrado durante el día. Los jóvenes se dividieron: unos se apostaron en cierto lugar; el resto se cruzó, como por casualidad, con Cayo Livio; se desplegaron delante suyo jugando,
5 fingiendo salir también de un banquete. Cuando el romano y los suyos estuvieron todavía más ofuscados por la bebida, entonces los dos grupos se mezclaron y todo
6 eran risotadas y juegos. Los jóvenes torcieron su camino y acompañaron a Cayo Livio a su casa. Éste se fue a dormir totalmente borracho y no pensaba en nada inesperado o amargo, como es natural que no lo piensen los que se han pasado el día bebiendo; le embargaba
7 una alegría lasciva. El grupo de Nicón y Tragisco se reunió con los jóvenes restantes y, entonces, se dividieron en tres grupos para vigilar las entradas más accesibles al ágora; querían que no les pasara por alto nada de lo que ocurriera en el exterior, o dentro de la
8 ciudad. Algunos vigilaban también la casa de Cayo, porque sabían muy bien que, si surgía alguna sospecha de lo que iba a suceder, le avisarían inmediatamente y

sería él quien tendría la iniciativa en las operaciones.
Cuando todos los comensales se habían reintegrado a 9
sus casas y todo el alboroto era ya cosa pasada, la
noche había avanzado ya mucho y casi todos los ciu-
dadanos dormían. Las ilusiones de los jóvenes conju-
rados permanecían intactas. Entonces formaron un solo
grupo y se dispusieron a ejecutar sus planes.

Lo que los jóvenes habían establecido con los car- 29
tagineses era que Aníbal aproximaría a la ciudad tropas 2
por el lado de Oriente, que es tierra firme, hacia las
puertas Teménides; harían arder una hoguera encima
del sepulcro que unos llaman de Jacinto y otros de
Apolo Jacinto. Cuando se apercibieran de ella, Tragisco 3
y los suyos debían encender otra dentro. Entonces los 4
de Aníbal debían apagar la suya y dirigirse a toda prisa
hacia la puerta. Esto era lo convenido; los jóvenes atra- 5
vesaron la parte habitada de la ciudad y llegaron a su
cementerio. La parte oriental de Tarento está llena de 6
sepulcros, porque los tarentinos todavía hoy entierran
a sus muertos no lejos de ellos y dentro del recinto de
sus murallas, debido a un oráculo antiguo. Se cuenta 7
que un dios les vaticinó que les iría mejor y gozarían
de más prosperidad, si edificaban sus casas allí donde
estaba su mayoría. Ellos interpretaron el oráculo en el 8
sentido de que vivirían óptimamente, si dentro del re-
cinto de su muralla retenían incluso a sus muertos; por
esto, les entierran todavía hoy en la parte interior de las
puertas. Los jóvenes en cuestión llegaron al sepulcro
de Pitiónico y aguardaron allí. Cuando Aníbal y los 9
suyos se aproximaron e hicieron la señal convenida,
Nicón, Tragisco y los suyos vieron el fuego y cobraron
confianza en sus ánimos; encendieron también su ho-
guera. Cuando la de los cartagineses se hubo extinguido,
corrieron impetuosamente hacia la puerta, con la in- 10
tención de anticiparse y matar por sorpresa a los cen-
tinelas que montaban la guardia: los cartagineses mar-

11 chaban con calma, a paso lento. Aquéllos no tuvieron
mayores obstáculos en la ejecución de sus propósitos:
aprisionaron a los centinelas y, mientras un grupo de
los jóvenes les daba muerte, los restantes astillaban
12 los barrotes. Abrieron rápidamente las puertas y los
de Aníbal, que habían realizado una marcha precisa,
llegaron en el momento oportuno. Nadie se dio cuenta
de la incursión contra la ciudad.

30 Llegados a la entrada según el plan preestablecido,
con toda seguridad y orden, convencidos de que ya
habían superado lo más difícil de sus propósitos, se
dirigieron hacia el ágora por la calle que conduce a ella
2 desde la puerta Batea [63]. Con todo, dejaron la caballería
fuera de las murallas, no menos de dos mil jinetes que
les defendieran si eran atacados desde el exterior, o
que les fueran útiles en los imprevistos que suelen
3 ocurrir en estos intentos. Cerca ya del ágora, Aníbal
mandó detener la marcha, preocupado por lo que había
ocurrido a Filémeno, protagonista de la segunda parte
de su plan.

4 Después de encender su fogata y de iniciar su ida
contra la puerta, Aníbal había enviado a Filémeno, que
tenía al jabalí en unas parihuelas, junto con dos mil
soldados africanos, hacia la puerta más cercana. Ya
desde el principio había sido su intención que la empresa
dependiera no de una sola posibilidad, sino de diver-
5 sas. Filémeno se acercó a la muralla y silbó, según su
costumbre. El centinela bajó inmediatamente al por-
6 tón. Filémeno le dijo, desde afuera, que abriera al pun-
to, puesto que el jabalí que transportaban les pesa-
ba mucho. El centinela abrió gustoso y alegre, con la
ilusión de que también él sería partícipe de la cacería
de Filémeno, ya que siempre lo era de las piezas entra-
7 das. Filémeno iba delante con la carga y le acompañaba

[63] Aquí la topografía es confusa.

un hombre disfrazado de pastor; parecía un habitante
de aquellos labrantíos. Detrás de éstos, dos hombres
más transportaban la fiera por la parte posterior. Cuan- 8
do los cuatro habían ya traspasado el umbral mataron
de un solo golpe al que les había abierto, que se había
acercado sin recelos a palpar el jabalí. Luego metieron
por el portón, sin prisas y tranquilamente, a los que
les seguían y que, a su vez, guiaban a los demás, apro-
ximadamente unos treinta africanos. Al punto, lo que 9
ya llegó a ser usual: mientras unos mataban a los cen-
tinelas, los restantes astillaban los barrotes de las puer-
tas; algunos llamaban mediante contraseñas convenidas
a los africanos que esperaban afuera. Éstos penetraron 10
sin ningún riesgo y se dirigieron también al ágora; era
lo establecido. Cuando éstos se le juntaron, Aníbal, re- 11
bosante de alegría porque todo le salía a derechas, si-
guió el plan previsto.

Dividió a sus dos mil galos en tres secciones y asig- 31
nó, a cada una de ellas, dos de los jóvenes que habían
facilitado la empresa. Les acompañaban también algu- 2
nos oficiales: la orden era ocupar las calles más impor-
tantes que convergen en el ágora. Hecho ya todo, 3
indicó a los jóvenes tarentinos que salvaran a sus con-
ciudadanos y les libraran de la muerte; debían gritar,
ya desde lejos, que los de Tarento se encerraran en sus
casas; así quedarían seguros. A los oficiales galos y car- 4
tagineses, les mandó matar a cualquier romano que
encontraran. Los aludidos se dispersaron y cumplieron
inmediatamente la orden. Cuando los tarentinos se en- 5
contraron con el enemigo dentro de su ciudad, el clamor
y la confusión fueron extraordinarios. Cayo Livio, in- 6
formado de la entrada del enemigo, comprendió que la
borrachera le había incapacitado. Salió al punto de su
casa, con sus servidores, y se encaminó a la salida que
daba al puerto. El centinela le abrió el portón, él pasó y
tomó una de las embarcaciones del fondeadero, saltó

7 adentro y se dirigió a la acrópolis. En este preciso mo-
mento, Filémeno y algunos más, que se habían apo-
derado de unas cornetas romanas y sabían tocarlas, ya
que habían adquirido este uso, se fueron al teatro y
8 tocaron a rebato. Interpretándolo como una orden, los
9 romanos salieron armados a defender la fortaleza. Y
ocurrió todo según las previsiones cartaginesas, porque
los romanos salían dispersadamente por las calles, sin
ningún concierto; unos murieron a manos de los car-
tagineses, otros a manos de los galos; sucumbieron casi
todos.

10 Ya en pleno día, los tarentinos permanecían todavía
sin moverse de sus casas; no acababan de entender
11 lo que había pasado. Primero el tañido de las cornetas,
y el hecho de que no se producían crímenes ni pillaje
les indujo a pensar que se trataba de un movimiento
12 de romanos, pero cuando vieron a muchos de éstos
muertos por las calles y que los galos se dedicaban a
despojar los cadáveres, empezaron a sospechar la pre-
sencia de los cartagineses.

32 Cuando Aníbal hubo concentrado todas sus fuerzas
en el ágora (los romanos se habían refugiado en la acró-
polis, que ocuparon para defenderse) y era ya mediodía,
se proclamó que todos los tarentinos se dirigieran des-
2 armados al ágora. Los jóvenes recorrían la población
gritando: «¡Libertad!», y exhortaban a que nadie des-
confiara, pues los cartagineses querían solo favorecer-
3 les. Los tarentinos más partidarios de los romanos, al
comprobar lo ocurrido, se refugiaron en la fortaleza;
el resto se reunió desarmado, según la proclama. Aníbal
4 les dirigió unas palabras muy amables. Ante aquella es-
peranza imprevista, los tarentinos le aplaudieron uná-
nimemente. Aníbal despidió al pueblo con la orden de
que cada uno, al llegar a su casa, pusiera en seguida el
5 letrero: TARENTINO. Decretó la pena de muerte a
6 quien colgara el letrero en casa de un romano. Él, per-

sonalmente, cogió a los más experimentados en estos menesteres y se lanzó a saquear las casas de los romanos, con la orden de considerar tales a todas las desprovistas del letrero. Mantuvo en orden al resto de sus tropas, para apoyar a los saqueadores.

Amontonaron muchos y variados objetos proceden- 33
tes de la rapiña; los cartagineses alcanzaron una ganancia no inferior a lo que se esperaban. Aquella noche 2
durmieron sobre las armas; al día siguiente, Aníbal deliberó con los tarentinos y determinó fortificar la ciudad por el lado de la acrópolis; así no deberían temer a los romanos que todavía la ocupaban. Mandó primero cons- 3
truir una empalizada paralela a la muralla de la acrópolis y defenderla con un foso. Sabía bien que el ene- 4
migo intentaría estorbarlo y que haría una demostración de fuerza por el lugar menos pensado, de modo que mantuvo al acecho la flor y nata de sus tropas, en la convicción de que, para el futuro, lo más imprescindible era infundir pánico a los romanos y ganarse la confianza de los tarentinos. Cuando éstos clavaban los 5
primeros palos, los romanos les atacaron, al punto, con audacia y con coraje. Aníbal ofreció una breve resistencia y, después, se replegó para provocar al enemigo. Cuando la mayor parte de los romanos había ya traspasado el foso, el cartaginés dio la señal y contraatacó. La lucha era encarnizada, porque se combatía en un 6
espacio reducido y fortificado, pero a la postre los romanos fueron vencidos y se dieron a la fuga. Muchos 7
cayeron en la acción misma, pero murieron todavía más al verse rechazados, porque se precipitaban en el foso.

Desde entonces, Aníbal continuó sin riesgos el tra- 34
bajo de la estacada y, después, no operó más; la cosa le había salido según sus cálculos; había conseguido 2
rodear al enemigo y lo forzaba a mantenerse dentro de la fortaleza; los romanos temían por sí mismos y por la acrópolis. A los de la ciudad, les infundió tal coraje, 3

que llegaron a creerse suficientes, por sí solos, para
4 hacer frente a los romanos. Después, a corta distancia
de la empalizada y en dirección a la ciudad, excavó un
foso paralelo a la dicha trinchera y a la muralla de la
5 acrópolis. Desde el foso, por su lado opuesto a la ciu-
dad, hizo amontonar tierra en dirección contraria y
clavó encima una segunda empalizada; el conjunto que-
6 dó muy seguro, poco menos que una muralla. Además,
al lado de esta segunda estacada y en dirección a la ciu-
dad, había dejado un espacio libre, estratégico, en el
que mandó edificar un muro, que se iniciaría en la puer-
ta llamada «Salvadora» y acabaría en la puerta Batea.
7 Incluso sin defensores, aquellas fortificaciones por sus
propios dispositivos eran capaces de ofrecer seguridad
a los tarentinos.

8 Aníbal dejó una fuerza suficiente, adecuada para la
defensa de la ciudad, y un cuerpo de caballería que pro-
tegiera las murallas. Estableció su campamento a cua-
renta estadios de la población, en la orilla de un río que
algunos llaman Galeso, pero la mayor parte Eurotas,
nombre tomado del Eurotas que fluye por tierras de
9 Esparta. Los tarentinos tienen muchos nombres así,
tanto en su ciudad como en los contornos; es cosa sabi-
da que Tarento es fundación espartana; ambas ciudades
10 están muy unidas por lazos de sangre. La muralla se
acabó rápidamente, por el afán y el ardor de los taren-
tinos, así como por la ayuda que recibieron de los car-
tagineses. Fue entonces cuando Aníbal se dispuso a con-
quistar la acrópolis.

35 Había preparado ya todo lo necesario para asediarla,
cuando a los romanos bloqueados en ella les llegó ayuda
por mar, desde Metaponto. Con ello, cobraron algo de
ánimo, atacaron de noche las obras del enemigo y des-
truyeron todo lo ya aparejado, las construcciones y las
2 máquinas de guerra. Ante esto, Aníbal renunció a ase-
diar la fortaleza. Una vez concluidas las obras del muro,

reunió a los tarentinos y les hizo comprender que en
aquella situación lo decisivo era el dominio del mar,
ya que la acrópolis dominaba la bocana del puerto, 3
como he dicho algo más arriba[64]. Los tarentinos no po-
dían utilizar sus naves para nada, ni sacarlas del puer-
to; en cambio, los romanos recibían por mar, sin
peligro alguno, todo lo necesario. Así las cosas, era im- 4
posible liberar totalmente la ciudad. Cuando Aníbal lo
comprobó, hizo notar a los tarentinos que los defenso- 5
res de la fortaleza se rendirían, se entregarían y des-
alojarían el lugar, y ello, en un plazo muy breve, si
llegaban a perder la esperanza de recibir ayuda por
mar. Al oírle, los tarentinos estaban de acuerdo con 6
sus afirmaciones, pero no entendían cómo, en aquella
situación, podrían lograrlo si no comparecía una flota
cartaginesa, cosa impensable en aquellos momentos.
No alcanzaban tampoco a conjeturar hacia dónde les 7
llevaba Aníbal cuando les hablaba de estas cosas. Y 8
cuando les dijo que, aun sin la ayuda de los cartagine-
ses, ellos mismos eran muy capaces de dominar el mar,
entonces su desconcierto llegó al colmo; no veían la
intención de Aníbal. Éste había notado la existencia de 9
una calle de la que se podía disponer; estaba dentro
del recinto amurallado y conducía, paralelamente a la
muralla, desde el puerto al mar exterior. Pensó que las
naves tarentinas podían ser transportadas desde el puer-
to a la parte meridional de la ciudad. Cuando insinuó 10
esta idea a los tarentinos, éstos no sólo la aprobaron,
sino que su admiración por aquel hombre creció ex-
traordinariamente: pensaban que nada estaba por en-
cima de su imaginación y de su audacia. Dispusieron 11
inmediatamente unos carromatos con ruedas que faci-
litarían el transporte. La cosa resultó tan pronto dicha

[64] En lo que poseemos de Polibio no se explica la topografía del puerto de Tarento.

como hecha; tal fue la multitud de hombres y el ardor
12 que pusieron en la empresa. Los tarentinos remolcaron, como queda dicho, las naves hasta el mar abierto, y asediaron firmemente a los romanos de la acrópolis,
13 privados ahora de cualquier socorro del exterior. Aníbal dejó una guarnición en la ciudad y alzó el campo con sus fuerzas. En una marcha de tres días alcanzó el primer campamento y pasó lo que quedaba de invierno en aquella comarca.

La suerte en la guerra[65]

36 Ya se ha narrado que Tiberio, el cónsul romano, cayó en una emboscada, resistió virilmente y murió él y todos los que le acom-
2 pañaban[66]. Generalmente, es difícil determinar si hay que perdonar o condenar a los que sufren peripecias de este tipo; con frecuencia ocurre que los que lo disponen todo razonablemente caen bajo el poder de otros siempre dispuestos a transgre-
3 dir el derecho entre los humanos. Pero no por eso podemos desistir perezosamente de emitir nuestro juicio, sino que, vistas las oportunidades y circunstancias, comprenderemos a unos generales y condenaremos a otros. Mi afirmación se demuestra por lo que sigue.
4 Arquidamo, rey de Esparta[67], primero receló del interés que Cleómenes ponía en gobernar y huyó de la ciudad. Poco tiempo después opinó lo contrario y regresó
5 para ponerse a disposición de Cleómenes. En ello per-

---

65 Walbank, *Commentary*, ad loc., piensa que los capítulos 36-37 pertenecían originariamente al proemio de este libro y que el redactor los ha trasladado aquí.

66 En lo conservado de Polibio esto no se cuenta en ninguna parte, pero Tito Livio (XXV 15, 18 - 16, 24) cuenta que el cónsul romano Tiberio Sempronio Graco, cónsul en 215 y en 213 a. C., cayó en una emboscada que le tendió Flavo, un caudillo lucano, mediante un engaño previo. Su muerte fue valiente y viril.

67 Cf. V 37, 1.

dió el gobierno y la vida, y ni tan siquiera legó a las generaciones futuras algo que le defendiera. En efecto, 6
las circunstancias no habían variado, pero el poder y la codicia de Cleómenes habían ido en aumento. Arquidamo mismo se puso en manos de aquel de quien antes había escapado, salvando la vida de milagro. ¿No era natural que tropezara con lo dicho? También Pelópidas 7
de Tebas se apercibía de la locura del tirano Alejandro; sabía muy bien que cualquier tirano considera que sus enemigos más pésimos son los caudillos de la libertad. Fue él quien convenció a Epaminondas de que propugnara un régimen democrático no sólo para Tebas, sino para Grecia entera. Después se dirigió a 8
Tesalia en son de guerra, con el propósito de destruir la monarquía de Alejandro. A pesar de ello, acudió a entrevistarse con él dos[68] veces en calidad de embajador. Naturalmente, cayó en manos del enemigo y per- 9
judicó enormemente a los tebanos. Confió en aquel de quien menos podía fiarse; fue necio y temerario, y destruyó el gran prestigio de que antes había gozado entre los tebanos. Lo mismo ocurrió a Cneo Cornelio, 10
el cónsul romano que en la guerra de Sicilia se dejó cazar estúpidamente por el enemigo. Y hay muchos otros casos.

Los que se entregan irreflexivamente al enemigo son 37
dignos de reprensión, no, en cambio, los que obraron con una prudencia normal. Si no se tiene confianza en 2
nadie, no se hace nada; pero si se actúa tras haber tomado las precauciones exigibles, ello no es reprensible. Las precauciones posibles son los juramentos, los 3
hijos, las esposas y, más que nada el historial anterior. Errar y derrumbarse, incluso habiendo tomado estas 4
cautelas, no es culpa de las víctimas, sino de los causantes. De ahí la importancia de buscar unas pren- 5

[68] Murió asesinado en la segunda entrevista.

das tales que no permitan al fiador violar la lealtad.
6 Sin embargo, no es fácil encontrarlas. Hay todavía un segundo camino: pensar en las cosas que, razonablemente, nos pueden suceder, para que, si fracasamos en alguna empresa, al menos alcancemos la comprensión
7 de los demás [69]. También esto ha ocurrido muchas veces en tiempos pasados, pero el caso de Aqueo [70] es nota-
8 bilísimo y cercano a la época que tratamos. Este hombre, en efecto, no descuidó nada de lo posible, ni en precauciones ni en seguridad. Previó todo lo que la prudencia humana puede prever, y, así y todo, cayó en
9 manos de sus enemigos. Lo que le ocurrió produjo piedad y comprensión hacia la víctima de parte de los no afectados, y odio y recriminaciones, hacia los causantes.

38

Sicilia: caída de Siracusa [71]

Enumeró [72] las calles; la torre se había levantado con piedras escuadradas, de manera que se podía calcular muy bien desde tierra la distancia de las almenas (SUDA).

2 Pocos días más tarde, Marcelo supo, por un desertor, que todos los siracusanos celebran una fiesta que dura tres días, en honor de Ártemis, y que, por más que comían muy pobremente, porque los víveres escaseaban, disponían de vino en abundancia, porque Epícides y los siracusanos residentes fuera del territorio lo habían llevado en grandes cantidades. Marco examinó el lugar por donde la muralla era más baja; pensaba que lo lógico era que los de dentro se hubieran

---

69 Resurge aquí, aunque matizado, el viejo ideal épico: dejar memoria de las gestas propias.

70 Tratado en este mismo libro, caps. 15-21.

71 Estamos en el año 212 a. C.

72 En sus contactos para la liberación de Dámipo, que, legado de Siracusa a Filipo V, había caído prisionero de los romanos; éstos enviaron disimuladamente técnicos que exploraran las condiciones de la muralla siracusana.

embriagado, porque habrían bebido sin tomar nada
sólido, así que decidió tantear sus posibilidades. Mandó 3
aplicar inmediatamente a la muralla dos escaleras ade-
cuadas y se dispuso a proseguir la operación. Comunicó
su proyecto a los hombres más aptos para trepar y
afrontar el primer riesgo, el más visible, y alimentó
sus ilusiones. Escogió a los que debían ayudarle en el 4
transporte de las escaleras, pero no les explicó sus pla-
nes; sólo les mandó que cumplieran las órdenes recibi-
das. Lo cual se hizo a rajatabla. En el momento opor-
tuno de la noche, despertó a los primeros y envió a los 5
portadores de las escaleras, acompañados de un tribuno
y un manípulo. Previamente había precisado las recom-
pensas que se llevarían los más valientes. Luego des-
pertó a todo el ejército y envió a intervalos a los pri-
meros hombres, formados en manípulos. Cuando hubo 6
enviado, más o menos, mil soldados, dejó transcurrir
algún tiempo y, luego, siguió él con el grueso de sus
fuerzas. Los que transportaban las escaleras lograron 7
aplicarlas a la muralla sin riesgo alguno, porque los
defensores no se dieron cuenta. Los hombres escogidos
se encaramaron por ellas sin vacilar. También éstos 8
consiguieron pasar desapercibidos y se irguieron sin
correr peligro en lo alto del muro. Los demás corrieron
hacia las escaleras sin observar el orden del principio,
cada uno por donde podía. En su primer recorrido no 9
dieron con nadie, porque los que se habían congregado
en las torres, para los sacrificios, unos estaban a medio
banquete, y otros yacían totalmente bebidos. Cayeron 10
súbitamente y sin hacer ruido sobre los de la primera
torre y los de la segunda, y mataron a la mayoría sin
que nadie lo notase. Descendieron hasta el lugar llama- 11
do «Las Seis Puertas», abrieron la primera practicada
en el muro y, por ella, penetraron el general y el resto
del ejército. Así fue como los romanos tomaron Sira-
cusa.

12 Ningún ciudadano se apercibió de lo ocurrido debido a las distancias; Siracusa es enorme (SUDA).

13 Los romanos cobraron ánimo cuando dominaron las Epípolas [73] (SUDA).

España

39 Dio orden a la infantería de coger las acémilas con las albardas y el equipaje atado a ellas; debían preceder a los soldados de a pie, y no seguirles, como hasta ahora. Así resultó una defensa más eficaz que cualquier muralla (SUDA) [74].

Fragmentos de lugar incierto

40 Ancara [75], ciudad de Italia. El gentilicio es ancáratas, como dice Polibio en su libro octavo (ESTEBAN DE BIZANCIO).

2 Los dasaretas son un pueblo de la Iliria; Polibio, libro octavo (ESTEBAN DE BIZANCIO) [76].

3 Hiscana, ciudad de la Iliria; el nombre es neutro. Polibio, en el libro octavo (ESTEBAN DE BIZANCIO).

4 Fiado en esperanzas vanas, creía que ante la perspectiva de un castigo todo permanecería igual (*Excerpta Vaticana*).

---

[73] Las Epípolas ya juegan un papel importante en la campaña de los atenienses contra Sicilia narrada en los libros VI y VII de la *Historia* de TUCÍDIDES. Polibio debió de continuar la narración de la campaña romana en Sicilia, pero el redactor la ha interrumpido aquí.

[74] Por TITO LIVIO, XXV 36, 7, sabemos que este fragmento se refiere a medidas de defensa tomadas por Cneo Cornelio Escipión para proteger a sus fuerzas, atrapadas por el enemigo en lo alto de un monte.

[75] Este topónimo no ha podido ser localizado.

[76] Este fragmento, que Walbank sitúa tras el cap. 14 (como 14b), junto con el siguiente, tratan de lugares de ubicación difícil. Con todo, cf. V 108, 2, para los dasaretas y su capital Berat, y XXVIII 8, 1 (texto conjetural; véase una edición crítica); los nombres no están incluidos en el nomenclátor del *Weltatlas*, I. Para los dasaretas, cf. la nota 378 del libro V.

LIBRO IX

(FRAGMENTOS)

Del Proemio

1 Éstos son los hechos principales incluidos en la Olimpíada[1] mencionada, que es el espacio de cuatro años que abarca una olimpíada: procuraremos narrarlos en dos libros[2]. 2 Soy consciente de que nuestro trabajo comporta una cierta austeridad y que la uniformidad de su composición sólo un tipo de lectores la aprobará y la encontrará indicada. 3 Todos los demás autores, o al menos su mayoría, tratan todos los géneros históricos y atraen a gentes de todas las clases sociales a la lectura curiosa de sus obras. 4 El estilo genealógico[3] cautiva a los que escuchan por puro gusto; el tratamiento de colonias, de fundaciones de ciudades y de parentescos, que Éforo describe ininterrumpidamente, atraen a los curiosos y a aquellos a quienes les da por las tradiciones

[1] Es la Olimpíada 142; la presente teorización seguramente iba seguida de una narración de hechos que la ejemplificaban, pero el epitomador los ha suprimido.

[2] Son los libros IX y X. Cf. XIV 1, 5 y la nota 1 del libro VII.

[3] Comprende fábulas y mitos en las narraciones de fundaciones de ciudades; de ello no está exenta totalmente la *Historia* de Hérodoto. Polibio, como ya antes Tucídides, reafirma su proceder estrictamente racional.

antiguas; mientras que el que estudia la política se interesa por los hechos de pueblos, ciudades y monar-
5 cas[4]. Por esto, nosotros, al preocuparnos sólo de estos últimos temas, los únicos que tratamos en esta obra, nos acomodamos a un único tipo de público; lo he dicho ya. Hemos dispuesto una lectura poco placentera
6 para la mayoría de lectores. Aunque en otros lugares hemos expuesto detalladamente la causa que nos ha inducido a describir los hechos ocurridos y a desdeñar otros géneros históricos, con todo, nada hay que impida ahora recordarlo brevemente a los lectores, para que reflexionen.

2 Han sido muchos los que han tratado, de diversas maneras, genealogías, mitos, colonizaciones e, incluso,
2 parentescos y fundaciones de ciudades; el que pretenda tocar estos temas, o bien expondrá la obra de otros como si fuera suya propia (¡vergüenza mayor no existe!), o, si rehusa hacerlo, en este caso perderá notoriamente el tiempo en poner en orden y reflexionar sobre aquello de lo que él mismo es consciente que los antepasados aclararon suficientemente y legaron a su des-
3 cendencia. Por esta causa, además de muchas otras, no
4 se han tratado estos géneros históricos. Hemos escogido, en cambio, redactar la historia de hechos actuales, primero, porque la materia se renueva continuamente y se hace necesaria una exposición renovada, ya que a los antiguos les era imposible exponer los hechos en-
5 tonces futuros, y, en segundo lugar, porque este género histórico ha sido el más útil ya en los tiempos pasados, y hoy lo es con más razón porque en nuestros días la experiencia y las artes han alcanzado un punto de tal perfección, que los estudiosos disponen de un método

4 Aquí se da el verdadero concepto polibiano de historia, al menos según D. MUSTI, en su capítulo «Polibio e la storiografia romana», *Polybe. Neuf exposés...*, pág. 130.

adecuado para tratar cualquier suceso. Por esto no nos 6
hemos dejado llevar, tanto por el goce que puedan experimentar los futuros lectores como por el provecho de quien nos lea atentamente. Hemos omitido los demás géneros históricos y nos hemos dedicado sólo a la historia política y militar. En cuanto a todo esto, los que 7
lean con atención estos comentarios serán los que den el testimonio más seguro de estas afirmaciones de ahora [5].

El asedio de Capua; Tarento [6]

Aníbal rodeó el campamento de 3
Apio e inició unas escaramuzas de tanteo; pretendía provocarle [7]
a una batalla campal. Pero no le 2
prestaron atención y sus intentos acabaron pareciéndose a un asalto al campamento:

[5] En la discusión que sigue al capítulo mencionado en la nota anterior, del libro citado, pág. 140, el profesor GABBA sostiene que estos dos primeros capítulos del libro IX son un intento consciente, por parte de Polibio, de distanciarse de la historiografía romana contemporánea, y también de Catón, cosa que WALBANK, en su respuesta (pág. 141), acepta sólo parcialmente, principalmente con respecto a Catón. En la misma discusión, PÉDECH dice que él lo que cree es que es difícil adivinar contra quién se dirige Polibio. El propio profesor Musti sintetiza todas las intervenciones diciendo que Polibio quiere, tanto defenderse contra posibles críticas como contra críticas ya realizadas por lectores, porque su obra no saldría a la luz íntegra de golpe, sino a medida que se iba escribiendo. Con un matiz distinto insiste, dentro del mismo libro, el profesor G. A. LEHMANN en su capítulo «Polybius und die griechische Geschichtschreibung», *Polybe. Neuf exposés...*, pág. 160: el proemio del libro IX, en su sobriedad antirretórica, que atiende sólo al «qué» de la exposición histórica, separa tajantemente el género de Timeo y de sus secuaces y la historia política de Polibio (cf. la nota anterior). De modo que, en rigor, Polibio se esfuerza por ser una personalidad enteramente nueva.

[6] Estamos en el año 211 a. C. La causa romana ha sufrido en Italia un cierto declive con la caída de Tarento (VIII 23-24) y de Metaponto y de Heraclea (VIII 34 ss.).

[7] TITO LIVIO explica esto mismo (XXVI 5, 4-6, 8), pero con

la caballería cartaginesa cargaba formada en escuadrones y lanzaba jabalinas al campo enemigo en medio de un gran alboroto, mientras que la infantería atacaba formada en manípulos e intentaba destrozar la empa-
3 lizada romana. Sin embargo, Aníbal no logró apartar a los romanos del propósito que se habían formulado: su infantería ligera rechazaba a los asaltantes de la estacada y, con sus armas pesadas, se defendían contra los tiros; nunca rompían su formación y cada hombre
4 conservaba su puesto en su manípulo. Aníbal, contrariado porque no había conseguido forzar la entrada en la ciudad ni provocar a los romanos a una batalla, deliberó sobre lo que le convenía más en aquellas circuns-
5 tancias. Pienso que lo que ocurría habría puesto en apuros no sólo a los cartagineses, sino a cualquier otro
6 hombre sabedor de ello. ¿Quién creería, en efecto, que los romanos, vencidos en tantas batallas por los cartagineses, que no se atrevían a encararse frontalmente con el enemigo, sin embargo, no se retiraban [8] y mucho
7 menos cedían el campo abierto? Añádase encima que hasta entonces sólo habían salido a campaña por las faldas de los montes, pero ahora habían bajado a la llanura, al lugar más abierto de Italia, y asediaban una ciudad muy fortificada, aunque a su vez les había rodeado un enemigo que eran incapaces de mirar cara a
8 cara [9]. En las batallas habían vencido siempre los cartagineses, pero al presente, en algunos aspectos, se encontraban en una situación tan enojosa como la de

---

mucho más detalle; a Polibio, lo que aquí, como en otras partes le interesa más, es dar a entender cómo Aníbal no se salió con la suya y cómo los romanos resistieron con éxito.

[8] Es la misma táctica de Fabius Cunctator después de la derrota romana de Trasímeno. Cf. III 90, 1.

[9] Esto es literalmente lo que dice el griego; la idea es que los romanos no se atrevían a una confrontación campal contra los cartagineses.

aquellos a los que habían derrotado. Opino que la causa 9
de este proceder, por ambos bandos, era que tanto ro-
manos como cartagineses se habían dado cuenta de que
era la caballería de estos últimos la que decidía las
derrotas y los éxitos de uno y otro bando. Después de 10
las batallas eran lógicas las salidas de los campamentos
de los vencidos, porque se hacían por lugares tales, que
la caballería enemiga no podía infligirles ningún daño.
Por eso la conducta de ambos ante Capua era la única 11
que se podía esperar.

Las fuerzas romanas, ciertamente, no osaban presen- 4
tar batalla por miedo a la caballería enemiga, pero en 2
cambio permanecían sin temores dentro de su campo,
porque sabían bien que la que en las confrontaciones
campales siempre les vencía, en estas condiciones resul-
taba inofensiva. Los cartagineses, por su parte, no po- 3
dían permanecer ni acampar cómodamente más tiempo
en la región, porque los romanos habían talado inten-
cionadamente los forrajes; a los cartagineses les era
imposible transportar a hombros, desde un lugar tan
distante, cebada y forraje suficientes para una cantidad
tan enorme de caballos y de acémilas. Y sin la caballe- 4
ría, acampar y asediar al enemigo no les ofrecía nin-
guna seguridad; los romanos se defendían con una em-
palizada y un foso; desprovistos los cartagineses de sus
caballos y en igualdad de condiciones, el riesgo era in-
deciso. Además, temían la llegada de los cónsules ro- 5
manos recién nombrados, que posiblemente acampa-
rían ante ellos y les pondrían en situación muy apurada,
ya que les interceptarían los aprovisionamientos. Todo 6
esto indujo a pensar a Aníbal que era imposible forzar
a los romanos a levantar el asedio y cambió de táctica.
Supuso que si lograba hacer desapercibidamente una 7
marcha sobre Roma, presentándose de repente por sus
alrededores, tal sorpresa atemorizaría a los habitantes
de la urbe, extraería algún provecho de la misma ciu-

8 dad o, por lo menos, obligaría a Apio a correr en de-
fensa de su patria, levantando el asedio, o, en último
término, le forzaría a dividir sus fuerzas, con lo cual
se convertirían en enemigos fáciles, tanto los que que-
daran en Capua como los que corrieran en auxilio de
Roma.
5 Con este proyecto envió un mensajero a Capua; pidió
a uno de sus africanos que fingiera desertar de su campo
y se pasara a los romanos, y desde allí procurara pene-
trar en la ciudad, porque le preocupaba la seguridad
2 de su mensaje. Aníbal temía que, si los capuanos veían
que él desaparecía, se asustaran, se desesperaran y se
3 rindieran a los romanos. Por eso en su carta les exponía
su ardid. Al día siguiente al que levantó el campo les
envió al africano. Así los de Capua conocerían sus planes
y la causa que le hacía alejarse, y soportarían el asedio
4 sin caer en el desánimo. Cuando la noticia de lo que
pasaba en Capua llegó a Roma: que Aníbal había acam-
pado y que asediaba a sus propias fuerzas, el desánimo
y la excitación cundieron entre los ciudadanos; les pare-
5 cía que la crisis inminente era ya la definitiva. Por eso
ponían todo su ardor y toda su dedicación en esta em-
6 presa únicamente y enviaban refuerzos continuos. Los
capuanos, por su lado, recibieron de manos del africa-
no el mensaje de Aníbal; sabedores de las intenciones
de los cartagineses, decidieron tantear todavía esta es-
7 peranza y permanecer firmes en sus decisiones. Aníbal,
cinco días después de su llegada a Capua, cuando la
tropa hubo cenado mandó levantar el campamento y
que se pusiera en marcha, pero dejó las fogatas ardien-
do, para evitar que el enemigo se apercibiera de la ma-
8 niobra. Recorrió a marchas forzadas el país de los
samnitas[10], tomando siempre la precaución de hacer

[10] Expresión vaga para nosotros, pues Polibio tenía por samnitas a los marsios, a los pelignos y a los sabelios (I 6, 4).

explorar y conquistar previamente los parajes de su
ruta por sus avanzadillas. Cuando los romanos se figu- 9
raban que Aníbal estaba todavía en Capua, ocupado en
lo que ocurría allí, Aníbal cruzó, sin ser visto, el río
Anión[11] y se aproximó a Roma; plantó su campamento
a no más de cuarenta estadios de la ciudad.

La noticia del suceso llegó a Roma, y el pánico y la 6
confusión invadieron a todos los que estaban en la ciu-
dad: la cosa era tan repentina como inesperada. Aníbal 2
no se había acercado[12] nunca tanto a la urbe: lo que
se pensaba era que si lo había hecho con tanta confian-
za era porque las legiones romanas de Capua habían
sido aniquiladas. Los hombres se apostaron en los muros 3
y en los lugares estratégicos del exterior de la ciudad;
las mujeres acudían a los templos y rogaban a los dio-
ses: con sus cabelleras barrían el suelo; ésta es cos- 4
tumbre que rige entre ellas cuando un riesgo total ame-
naza al país. Pero muy poco después de que Aníbal 5
hubiera acampado, cuando el cartaginés ya proyectaba
tantear la ciudad al día siguiente, se dio un signo im-
previsto y fortuito de salvación para los romanos[13].

De todas formas, WALBANK, *Commentary*, pág. 122, indica en un mapa la posible ruta de Aníbal sobre Roma el año 211 a. C. Véase, además, su amplísimo comentario, *op. cit.*, ad loc.

11 La narración de Tito Livio y la de Polibio en cuanto al desarrollo de la operación y, más concretamente, en cuanto al cruce de este río, son divergentes; la exposición del escritor latino parece más coherente. Pero aquí es imposible, por razones obvias, reproducir la detalladísima discusión de WALBANK, *Commentary*, ad loc.

12 Parece que el sentido es el apuntado. Sin embargo, aquí la expresión de Polibio (me refiero al texto griego, claro está) es extraña y alambicada; la traducción literal podría ser: «debido al hecho de que Aníbal jamás había estado (*en griego el verbo está en tema de perfecto*) a tal distancia de la ciudad».

13 Este golpe de fortuna que da un vuelco a la situación es típicamente helenístico: es un rasgo del *páthos* de la época.

6 Los oficiales de Cneo Flavio y de Publio Sulpicio[14] hacía poco que acababan de alistar una legión[15] y habían tomado a los soldados el juramento de presentarse, precisamente aquel día, con las armas en Roma[16];
7 mientras tanto reclutaban y entrenaban otra. Ello hizo que aquel día se reuniera espontáneamente en Roma una gran cantidad de hombres, en un momento muy oportuno por cierto: los generales cobraron ánimo y les hicieron salir, los formaron delante de la ciudad y
8 rechazaron el ataque de Aníbal. Los cartagineses lo habían iniciado, incluso, con alguna esperanza de entrar en Roma, pero cuando contemplaron la formación enemiga y uno que aprisionaron les informó de lo ocurrido, desistieron de asaltar la ciudad y recorrieron el país;
9 lo devastaban y pegaban fuego a las alquerías. El botín que recogieron fue enorme y lo trasladaron a su campamento; el pillaje había sido tal que nadie jamás lo hubiera creído en un enemigo.

7 Pero, luego, los cónsules romanos decidieron osadamente acampar a diez estadios de los cartagineses. Aníbal había capturado un gran botín, pero había perdido
2 la esperanza de tomar la ciudad. Además supuso, según sus propios cálculos iniciales, que aquellos días Apio, sabedor del peligro que corría Roma, o bien habría, simplemente, levantado el sitio de Capua para lanzarse con todas sus fuerzas a socorrer la patria, o habría dejado algunas de sus tropas allí y habría corrido
3 con la mayor parte de ellas a defender la ciudad: creyó

Además, Polibio, que no puede ocultar ciertas simpatías por Aníbal, de este modo mitiga y explica razonablemente su fracaso.

14 Los cónsules del año 211 a. C.

15 El texto es ambiguo, porque Polibio usa el término griego *stratópedon,* indistintamente, para una legión o para un ejército. De modo que no podemos precisar el alcance numérico de las legiones que aparecieron.

16 Cf. VI 21, 6.

que, en ambos casos, lo mejor que podía hacer era le-
vantar el campamento así que alboreara. Los soldados 4
de Publio destruyeron los puentes tendidos sobre el río
que antes cité y obligaron a los cartagineses a cruzarlo
vadeándolo. Durante la travesía los hostigaron y los
pusieron en grandes apuros. Pero no lograron nada de- 5
cisivo, debido a la gran cantidad de jinetes y porque
los númidas se adaptan bien a cualquier terreno. Sin
embargo, los romanos recuperaron buena parte del botín
y causaron al enemigo unos trescientos muertos; des-
pués se replegaron a su propio campamento. Más tarde 6
creyeron que los cartagineses se retiraban tan rápida-
mente por miedo y los persiguieron por las raíces de
los montes. Pero las prisas de Aníbal respondían a que 7
quería ejecutar completamente sus planes[17]. Cuando,
al cabo de cinco días, supo que Apio continuaba ase-
diando Capua se detuvo y estableció contacto con sus
perseguidores, a los que asaltó, en plena noche, en su
propio campamento. Mató a la mayoría de ellos y echó 8
a los restantes de su acampada. Ya de día, comprobó 9
que los romanos se habían refugiado en una colina muy
defendida y no intentó expulsarlos de ella. Marchó por 10
la Apulia Daunia[18] y por los Abruzos, y descendió ines-
peradamente hasta Reggio, de manera que casi se apo-
dera de la ciudad. Hizo prisioneros a todos los que
habían salido por los campos, de modo que a su llega-
da cayeron en su poder la mayoría de ciudadanos re-
ginos.

---

17 Probablemente, no desamparar la ciudad de Capua, a la que pensaba que volverían los romanos.

18 Es la parte norte de Apulia, no lejos del monte Gárgano (III 88, 3 ss.). Pero el texto griego ha sido impugnado, y De Sanctis propone «por la Leucania». Esta última región está al N. del Brucio, cf. *Weltatlas*, I, págs. 40-41, y la correspondiente discusión, en WALBANK, *Commentary*, ad loe., que está de acuerdo con la impugnación de De Sanctis.

8 Me parece muy propio que, precisamente en este punto, evidencie y proclame dignos de admiración el coraje y el pundonor de romanos y cartagineses en la
2 guerra. Una admiración similar es la que se siente por el tebano Epaminondas. Éste llegó a Mantinea con sus aliados y vio que los lacedemonios ya estaban allí con el ejército completo; contempló también que los aliados de éstos se habían congregado en torno a la ciu-
3 dad; todos estaban dispuestos contra los tebanos. Sin embargo, Epaminondas ordenó a los suyos tomar el rancho a su hora habitual e hizo salir al ejército a primera hora de la noche, fingiéndose interesado en ocupar
4 algunos lugares estratégicos para la batalla. Esto es lo que hizo creer a la mayoría, cuando la realidad era que
5 marchaba directamente contra Esparta[19]. Ante la extrañeza de todos, llegó a la ciudad a la hora tercera del día y, puesto que no había defensores, forzó el paso hasta el ágora; conquistó la parte de la ciudad que da
6 al río[20]. Por puro azar llegó, de noche, un desertor a Mantinea, quien explicó al rey Agesilao[21] lo ocurrido. Los socorros llegaron a Esparta cuando su caída total
7 era inminente. Epaminondas vio frustrado su intento; sus tropas tomaron todavía un rancho a orillas del Eurotas; recuperadas de sus penalidades, deshicieron
8 el camino que les había llevado allí; el tebano pensaba lo que iba a ocurrir: los lacedemonios y sus aliados correrían a salvar a Esparta y Mantinea volvería a que-
9 dar desamparada. Que es lo que, efectivamente, pasó. Epaminondas arengó a los tebanos, que hicieron, de noche, una marcha forzada. Llegaron a Mantinea al mediodía siguiente: la ciudad carecía en absoluto de de-

19 Cf. II 65, 7.
20 El Eurotas.
21 Reinó en Esparta del 399 al 360 a. C.; cf. III 6, 13 ss. Polibio no sentía por él demasiada simpatía; cf. 23, 7, de este mismo libro.

fensores. Y en aquel instante se presentaron los ate- 10
nienses[22], afanosos de participar en la lucha contra los
tebanos, según un pacto que habían concluido con Es-
parta. Las avanzadillas tebanas habían alcanzado ya 11
el templo de Posidón[23], situado a siete estadios de la
ciudad, cuando los atenienses —¡la cosa parecía hecha
exprofeso! — aparecieron en una colina que hay encima
de Mantinea, cuyos habitantes, los que habían quedado 12
en la ciudad, al comprobar la llegada de los atenienses,
cobraron un poco de coraje, se subieron a sus murallas
e impidieron la entrada de los tebanos[24]. Cuando los 13
historiadores tratan estas operaciones, las lamentan con
razón y aclaran que el general tebano hizo lo posible y
lo imposible, como conviene a un buen militar: Epami-
nondas, dicen, venció a sus enemigos, pero fue vencido
por la mala suerte.

Pues lo mismo cabe afirmar de lo que ocurrió a 9
Aníbal[25]. En efecto: atacar a los enemigos e intentar 2
forzarles a levantar un cerco mediante combates par-
ciales, al fallar este intento dirigirse contra la propia 3
Roma, y al fracasar la tentativa por una peripecia for-
tuita[26], en la marcha de retirada no sólo rechazar[27] a

---

22 Según JENOFONTE (*Helénicas* VII 5, 15), un cuerpo de caballería ateniense.

23 El templo de Poseidón Hipio, al pie del monte Alesio, en la ruta de Tegea, un kilómetro y medio al S. de Mantinea.

24 En realidad aquí se libró un duro combate de ambas caballerías, la tebana y la ateniense, en el que murió un hijo del propio Jenofonte, llamado Grilo. Esta batalla fue, además, famosa porque la representó en una pintura el pintor Eufranor; en esta pintura estaban los retratos auténticos de Grilo y de Epaminondas; una copia de ella la vio aún Pausanias en el gimnasio de Mantinea (PAUSANIAS, VIII 9, 8; 11, 6).

25 En efecto, a grandes rasgos, aunque desviándose en ciertos detalles, la maniobra de Aníbal recuerda la de Epaminondas.

26 Siempre la intervención de la Fortuna.

27 Aquí hay una variante textual que modifica totalmente el sentido del texto; la traducción sigue la lectura de Büttner-

los perseguidores, sino también tender una celada, por
si se producía, como parecía lógico, algún movimiento
4 de los que asediaban Capua, y, finalmente, no cejar en
su intento, lanzarse a aniquilar al enemigo, sin limitarse
únicamente a expulsar de su territorio a los reginos,
5 ¿quién no lo aplaudiría, y admiraría al general que lo
realizó?

6 Aquí hay que pensar, sin embargo, que los romanos
7 fueron superiores a los lacedemonios[28], ya que éstos
al primer aviso se esparcieron para ir a salvar a Esparta,
y Mantinea, al menos en lo que dependía de ellos,
8 quedó desamparada. Pero los romanos salvaron su patria
sin levantar el asedio; se mantuvieron firmes en
sus intentos con coraje y tenacidad, y desde entonces
9 atacaron Capua con más ánimo. Esto no lo digo tanto
para alabar a romanos y cartagineses, cosa que he hecho
ya con frecuencia, como para dirigirme a los gobernantes
actuales de los dos pueblos[29] y a los que, en

Wobst; tras una larga discusión del texto, WALBANK, *Commentary*, ad loc., traduce, aceptando la lectura del manuscrito griego (de la que Büttner-Wobst se apartan): «Aníbal emprendía la persecución del enemigo sin perder el contacto con él, y lo vigilaba de manera tal que en la eventualidad de que las tropas que asediaban Tarento hicieran algún movimiento, él pudiera ganarles por la mano.» La discusión que del lugar hace Walbank es un magnífico ejemplo de trabajo filológico.

28 Esta afirmación, aun con ser cierta, es interesada, porque Polibio sentía simpatías hacia Roma y como partidario de la Liga Aquea, era contrario a los lacedemonios.

29 Desde un punto de vista estrictamente sintáctico el texto admite aquí dos interpretaciones: a) la dada en la traducción, según la cual el libro IX habría sido redactado anteriormente al año 146 a. C., fecha de la destrucción de Cartago, o b) la del filólogo alemán Erbse (citado por WALBANK, *Commentary*, ad loc.): «...la mayor parte de mis indicaciones se esforzó en un enjuiciamiento laudatorio de los dos generales en aquella ocasión». Erbse opina claramente que el libro IX se redactó después de la destrucción de Cartago.

ambos, dirigirán, en el futuro, los asuntos públicos. Es[30] preciso que recuerden unas cosas, que consideren 10
bien otras y se conviertan en émulos no de empresas absurdas y arriesgadas, sino, todo lo contrario, de audacias razonables y de ingenios dignos de admiración. Las hazañas son siempre memorables tanto si constituyen un gran éxito como si no, a condición de haber tenido una finalidad noble y de haber sido proyectadas con tino y prudencia.

Atela[31], ciudad italiana de los ópicos, entre Capua y Nápoles. 11
Su gentilicio es «atelanos», como dice Polibio en el libro noveno: los atelanos se rindieron (ESTEBAN DE BIZANCIO).

Mientras los romanos continuaban el asedio de Tarento, el 12
almirante cartaginés Bomílcar llegó con una nutrida fuerza de socorro. Pero no logró apoyar a los defensores, porque los romanos habían establecido su campamento con gran solidez. Casi sin darse cuenta agotó sus provisiones, y si antes le habían obligado a acudir con grandes ruegos y promesas, ahora los sitiados le pidieron que se retirase (HERÓN, *De repellenda obsidione*, pág. 321).

El asedio de Siracusa

No es un esplendor externo lo 10
que adorna una ciudad, sino la virtud de sus habitantes...

Los romanos, pues, decidieron, 2
por eso[32], llevarse a su ciudad todo lo que hemos citado y no dejar nada en Siracusa[33].

Sería muy largo discutir si obraron de forma justa y, 3
además, conveniente para ellos, o al revés, pero pre-

[30] Desde el § 10 hasta el final del capítulo WALBANK, *Commentary*, advierte aquí rasgos de la retórica helenística.

[31] Cf. la nota 6 del libro VII.

[32] Las razones por las cuales los romanos saquearon Siracusa no vienen aducidas porque el epitomador las ha suprimido, pero debían de ser simplemente el *vae victis*, es decir, las leyes generales de guerra.

[33] La referencia es a los ajuares de las casas siracusanas, muy lujosos.

ponderarían las razones en el sentido de que obraron equivocadamente; tampoco ahora una conducta así les
4 sería favorable. Si fuera a base de estas cosas como se hace mejorar a un país, hubiera sido lógico y natural que se hubieran llevado a sus casas esto que hace pros-
5 perar. Pero si vencieron a los siracusanos por su vida más austera, alejados al máximo del lujo y de la elegancia de ellos, que cultivaban tal género de vida con gran lujo y refinamiento, ¿podríamos emitir un juicio distinto y decir que su conducta de entonces no fue
6 un error? Todo el mundo puede afirmar que es un error de los vencedores abandonar su propio género de vida e imitar el de los vencidos, no solamente arrebatarles sus riquezas, sino atraerse su envidia, siempre inseparable de un tal proceder; un comportamiento así es peligrosísimo para los que han alcanzado una situación de
7 preeminencia. Quien contemple acontecimientos de este tipo no admirará a los que han logrado hacerse con bienes ajenos, sino que los envidiará, al tiempo que experimentará una conmiseración por las víctimas que inicial-
8 mente sufrieron la pérdida. Y si el éxito de los vencedores va aumentando y van acumulando bienes ajenos, lo cual, en cierto modo, congregará a todos los despojados a contemplarlo, el mal resultante de todo ello
9 será doble. En efecto: los que lo vean no se apiadarán de sus vecinos, sino de sí mismos, pues recordarán lo
10 que han perdido. De eso se inflamará no sólo una cierta envidia, sino aun rabia contra los afortunados, ya que el recuerdo de las desventuras propias impulsa el odio
11 contra los que las causaron. Es cierto que acumular oro y plata puede tener una cierta explicación[34], porque

---

[34] Véase Walbank, *Commentary*, ad loc. Este acumular oro y plata no tiene nada que ver con las «leyes de guerra»; lo que afirma Polibio es que la potencia que busca el dominio universal debe reforzar sus recursos y debilitar los recursos de los

es imposible aspirar a dominar el universo si no deja-
mos a los demás en la impotencia y se procura acapa-
rar todo el poder; con todo, si hubieran dejado en sus 12
lugares de origen lo que no eran los metales preciosos
habrían evitado la envidia, habrían hecho más ilustre
su propia patria y la habrían adornado no con pinturas
y bajorrelieves[35], sino con una conducta digna y mag-
nánima. Digo esto como advertencia para los que se 13
adueñan de imperios ajenos, para que no despojen las
ciudades, convencidos, encima, de que la desgracia ajena
es una honra para su país. Los romanos se llevaron a
su ciudad todo lo que antes dijimos, y, con los objetos
de uso privado, embellecieron sus casas y, con los ador-
nos públicos, hermosearon su ciudad.

España[36]

Los generales cartagineses[37], 11
tras haber vencido al enemigo, no
lograron vencerse a sí mismos.
Creían que la guerra contra los 2
romanos había concluido y se en-
zarzaron en peleas entre ellos, acuciados por la ambi-
ción y el afán de dominio, verdaderamente innatos en
los cartagineses. Asdrúbal, hijo de Gescón[38], se apoyó 3
en su autoridad y llegó a un extremo tal de sordidez
que exigió una cantidad enorme de dinero al amigo más
leal del que, a la sazón, disponían los cartagineses en
España. Se trataba de Indíbil[39], expulsado de su reino

---

demás, pero esto, contra la interpretación de von Scala, no tiene nada que ver con las leyes de guerra.

35 Que es lo que los romanos se llevaron de la ciudad, además de los metales preciosos.

36 Estamos en el año 211 a. C.

37 Asdrúbal, el hijo de Gescón (cf. nota 3), y los hermanos de Aníbal, Asdrúbal y Magón; sobre sus rivalidades, cf. X 7, 3, y sobre el encuadramiento general del pasaje, cf. VIII 38 ss.

38 Éste aparecerá por primera vez en España el año 214 a. C.

39 Indíbil, el caudillo ilérgete. Cf. III 35 ss. y 76, 7, en referencia a su lealtad hacia Cartago.

por los romanos, y que por el afecto que profesaba a los cartagineses[40] pudo recuperar. En un principio Indíbil no le atendió, pues confiaba en su lealtad, demostrada, a los cartagineses, pero Asdrúbal le tildó de falso y le obligó a entregar como rehenes[41] a sus propias hijas.

Italia

11a Los romanos enviaron legados a Ptolomeo[42] con la intención de aprovisionarse de trigo, que entre
2 ellos andaba muy escaso. Los ejércitos lo habían devastado todo hasta las mismas puertas de Roma y no se recibían subsidios desde fuera[43], porque en todo el mundo habían estallado guerras y se habían establecido ejércitos; la
3 única excepción era Egipto. En Roma la escasez llegó a tal punto, que un medimno siciliano valía quince drac-
4 mas. A pesar de lo crítico de la situación en que se encontraban, no descuidaron la guerra.

[40] Aquí hay un problema de interpretación: mi traducción sigue la de Schweighäuser en la edición dindorfiana, y a la de Paton (que da idéntico sentido), pero WALBANK, *Commentary*, ad loc., llega a calificar esta versión de absurda: dice que fueron los cartagineses los que privaron a Indíbil de su reino, pero no totalmente, simplemente le redujeron a vasallaje. Luego, su independencia total, otorgada también por los cartagineses, por Asdrúbal, hijo de Gescón, fue la recompensa por la colaboración en la aniquilación de los Escipiones en España. Se debe reconocer que el texto griego presenta cierta ambigüedad y que se ofrece a ambas interpretaciones, más a la de Schweighäuser y Paton que a la de Walbank, pero que éste tache de absurda la interpretación contraria es excesivo.

[41] Sobre el tratamiento dado a estos rehenes, cf. VIII 36, 3 ss.

[42] Es incierto si fue en el año 211 o 210 a. C.

[43] Sicilia era la fuente principal para aprovisionar a Roma de trigo, pero ahora en esta isla había guerra, lo cual interceptaba los envíos a Roma.

El arte militar

Lo que sucede en las empresas 12
bélicas necesita de mucha refle-
xión, y es posible tener éxito en
las operaciones si los proyectos
se llevan a cabo con tino. Por lo 2
ya sucedido será fácil aprender, a quien lo desee, que
son menos las hazañas guerreras llevadas a feliz tér-
mino de una manera abierta y por la fuerza, que las
que han llegado a buen fin debido a la astucia de haber
aprovechado la ocasión. Algunos hechos pretéritos harán 3
fácil darse cuenta de que, incluso de las empresas mi-
litares realizadas en su tiempo oportuno, son más las
fracasadas que las exitosas. No cabe la menor duda de 4
que la mayor parte de los fallos son debidos a la igno-
rancia o a la imprevisión de los jefes militares. Hay 5
que investigar en qué consisten estas negligencias [44].
Lo que en la guerra ocurre inesperadamente no 6
debemos llamarlo acciones, sino peripecias o coinciden-
cias. Este tema, lo dejamos, porque no hay nada sis- 7
temático ni fijo. Trataré, en cambio, de lo que se reali-
za según propósitos; es el objeto de mis consideracio-
nes inmediatas.

Toda acción militar tiene un tiempo oportuno y de- 8
limitado, y también un lugar, pero es indispensable que
permanezcan secretos; deben existir, además, unas con-
signas determinadas que indiquen las personas, los me-
dios y cómo se llevarán las cosas a cabo. Evidentemente, 9
el que acierte en todo esto no fracasará en su empresa;
en cambio, quien desatienda una sola de aquellas con-
diciones no coronará ni uno de sus proyectos. Tal es la 10

[44] El sentido de esta frase no es claro debido a la oscuridad de su término principal *diáthesis*. Aquí sigo la versión de Paton («we must therefore inquire in what such faults consist») coherente con el texto anterior, pero no es imposible la traducción propuesta por Walbank, *Commentary*, ad loe.: «in what manner such competence is to be attained we may now consider».

disposición de la naturaleza: un solo detalle, quizás el más trivial, si falla, es suficiente para echarlo todo a perder; el éxito se logra a duras penas aun en el supuesto de que todo funcione bien.

13 De modo que es necesario que los jefes militares
2 no descuiden ningún detalle en sus operaciones. La primera referencia es al secreto [45]: ni la alegría por una esperanza inesperada, ni el miedo, ni la franqueza ni el afecto que se sienta por alguien deben hacer que se descubra algo de una empresa militar a los ajenos a
3 ella. Sólo debe comunicarse a aquellos que resultan indispensables para la operación proyectada, y, además, a éstos no se les debe participar la cosa en seguida,
4 sino cuando llegue el momento necesario. Es preciso
5 callar con la boca y, aún más, con el espíritu, porque hay muchos que sin decir palabra dejaron traslucir sus intenciones por la expresión de sus rostros o, incluso más, con su proceder.

6 En segundo lugar, se deben conocer bien las rutas, tanto de noche como de día, y el tiempo que lleva recorrerlas, y esto no sólo por tierra, sino también por mar.

7 En tercer lugar, y eso es lo más importante, se deben conocer los tiempos [46] y las estaciones y saber aprovechar estas nociones en pro de los proyectos propios.
8 Se debe conceder mucha importancia al lugar en que se desarrollará la acción: muchas veces este detalle ha hecho que lo que parecía imposible se haya convertido
9 en posible, y viceversa. Por último, no se deben olvidar las señales ni las contraseñas: se deben elegir aquellas mediante cuyo concurso y colaboración el proyecto llegará a buen término.

45 Cf. VIII 3a.
46 El tiempo atmosférico de cada estación del año.

Las cosas mencionadas, unas las enseña la experien- 14
cia, otras la historia y otras la investigación científica.
Lo más importante es que el general conozca personal- 2
mente los caminos, el punto de llegada y su disposición;
además, los hombres con quienes deberá operar. Sus 3
averiguaciones deben ser cuidadosas y no debe dar
crédito al primero que encuentre; es de todo punto
necesario que los guías hayan dado prendas como garan-
tía a los que les siguen en lo concerniente a todo lo
que antes he citado. Los generales sólo tendrán tales 4
conocimientos, o por su propia experiencia militar, o
por el estudio de la historia; la cosa no admite duda.
Lo que cae fuera de la experiencia se debe investigar 5
mediante algunas leyes, principalmente de astronomía
y geometría. Sin embargo, para lo que aquí me pro-
pongo no se requiere un estudio muy profundo de ellas,
por más que son muy importantes y capaces de rendir
grandes servicios en proyectos como los aludidos. La 6
ciencia más necesaria, la astronomía, es la que trata
de la duración de los días y las noches. Si ésta fuera
siempre invariable, su conocimiento no exigiría esfuer-
zo: sería común a todo el mundo. Pero el día y la noche 7
no tienen sólo una única diferencia, sino que no duran
siempre lo mismo; es lógico que el jefe militar deba
conocer sus crecimientos y sus menguas. ¿Cómo sería 8
posible calcular correctamente la marcha de una etapa
diurna o nocturna, si se desconocen las diferencias en
cuestión? Nadie llegará en el momento preciso si carece 9
de esta experiencia: inevitablemente llegará, o demasia-
do pronto, o demasiado tarde. Las operaciones milita- 10
res son las únicas en las que es peor adelantarse que
retrasarse. En efecto, el que se retrasa se ve frustrado 11
en sus esperanzas, pero se da cuenta de que ha fallado
en su intento cuando todavía está lejos, y puede retirar-
se con toda seguridad; el que se anticipa, en cambio, 12

descubierto cuando ya ocupa el lugar, cae en un riesgo total.

15 La oportunidad es la que lleva a buen término todas
las empresas humanas[47], pero principalmente las bé-
2 licas. Por eso, un general debe estar familiarizado con
las fechas de los solsticios de verano y de invierno, con
los equinoccios y, también, con los crecimientos y men-
3 guas de los días y las noches. Sólo así podrá determinar
sin error la marcha de una jornada, tanto por mar como
4 por tierra. También es imprescindible conocer las par-
tes integrantes del día y de la noche, para determinar
el tiempo en que se debe tocar diana y aquel en que se
5 deben alzar los estandartes. No puede coronar la obra
6 el que ha fallado el principio. La hora del día es posible
deducirla por las sombras, por el curso del sol o por
7 su posición, su altura en el cielo. Por la noche es más
difícil conocer la hora, salvo que se esté familiarizado
con el sistema y el orden de los doce signos del Zodía-
co[48], cosa fácil para los que han estudiado estos fenó-
8 menos. Las noches son desiguales, pero en el trans-
curso de cada una de ellas, pasan por el horizonte seis
de los doce signos zodiacales, de modo que, en cada
parte de la noche pasan siempre los mismos signos de
9 entre los doce del Zodíaco[49]. Durante el día siempre
se sabe donde está el sol: es natural que cuando se
pone se haga visible la parte del cielo que le está dia-
10 metralmente opuesta. Por consiguiente, por el signo
del Zodíaco que ha subido después de ésta se podrá
11 deducir siempre la hora de la noche. El conocimiento

---

[47] Éste es un tópico de la literatura griega; se encuentra ya en Hesíodo, *Trabajos y Días* 694.

[48] Cosa que los griegos conocían bien; cf. la amplia ilustración de Walbank, *Commentary*, ad loe.

[49] Aquí Polibio yerra porque no todos pasan a la misma hora ni por la misma órbita celeste. Véase la detalladísima exposición de Walbank, *Commentary*, págs. 140-141, y la breve nota *ad loc.*

de los signos del Zodíaco, el de su número y el de su
magnitud, permite calcular la parte de noche que co-
rresponde a cada uno de ellos. En las noches nubosas 12
se debe recurrir a la luna; debido a su gran volumen,
su luz es siempre visible en cualquier lugar del cielo
en que se encuentre. A veces podemos guiarnos por 13
el tiempo en que sale por el lado de Oriente y por el
lugar donde se encuentra, y otras veces por su puesta,
ello en el caso de que previamente se tenga una noti- 14
cia adecuada y suficiente de las diferencias de tiempo
que los días tienen en cuanto a la salida de la luna.
También aquí hay un indicio fácil, pues su ciclo nor- 15
mal es de un mes, y los meses son sensiblemente iguales.

Debemos alabar al poeta[50] que nos presenta a Ulises, 16
el jefe más capacitado[51] de todos los aqueos, calculando
por los astros[52] no sólo sus navegaciones, sino incluso
sus acciones terrestres, porque son muchas las cosas 2
que ocurren de improviso, que no podemos prever de
manera oportuna y exacta, y que con frecuencia nos
ponen en gran apuro: se trata de lluvias, desbordamien- 3
tos de ríos, heladas muy fuertes, nevadas, el aire nuboso
y como cargado de humo, y otras cosas semejantes a
éstas[53]. Si descuidamos incluso lo que es previsible, 4
¿no será natural que las más de las veces estos fenó-
menos nos hagan fracasar? En resumen, no debemos 5
desdeñar nada de lo que he citado y, así, evitaremos
caer en los mismos errores en que, nos cuentan, han

---

50 El poeta por antonomasia es Homero.

51 Ulises fue siempre entre los griegos el prototipo de hombre enérgico y astuto.

52 La referencia es al canto X de la *Ilíada* («La Dolonía»), cuando Ulises y Diomedes, tras matar a Dolón, se acercan al campamento de los tracios (vv. 251-253). Aquí el cálculo es para una ruta terrestre. Para una marítima, cf. *Odisea* V 271 ss.

53 Estas cosas se deberán a la fortuna. Es la constante de Polibio. Y esta fortuna está por encima de la divinidad. Esto le conecta directamente con la religión homérica.

caído muchos otros, además de los que ahora citaremos a guisa de ejemplo.

17 Arato, el general aqueo, tenía el proyecto de conquistar por sorpresa la ciudad de los cinetes; juntamente con sus partidarios residentes en la plaza fijó una fecha en la que llegaría, de noche, a un río que fluye cerca de Cineta, por su parte oriental, y se quedaría
2 allí a la expectativa con sus fuerzas[54]. Los de dentro, hacia el mediodía, cuando fuera la hora oportuna, enviarían sigilosamente un conjurado, vestido con una túnica, por una puerta; el hombre avanzaría y se situaría, delante de la ciudad, en un sepulcro determinado[55].
3 Los restantes debían apoderarse de los polemarcos que habitualmente custodiaban las puertas, pero que en
4 aquella hora del día se echaban una siesta. Entonces los aqueos saldrían rápidamente de la emboscada hacia
5 la ciudad. Esto era lo acordado. Arato se presentó en el momento debido y, escondido con los suyos no lejos
6 del río, esperaba la contraseña. Hacia la hora quinta[56] un propietario de ovejas de lana fina, de los que normalmente las sacan al pasto no lejos de la ciudad[57], quería saber algo importante de cierto pastor; salió por la puerta vistiendo una túnica, se colocó precisamente en la tumba señalada y oteaba buscando al ove-
7 jero. Arato y los suyos creyeron que se les daba la contraseña y se dirigieron rápidamente hacia la ciudad.
8 Los centinelas atrancaron al instante las jambas de las

[54] Este intento tuvo lugar el año 241 a. C. El río aludido es el antiguo Cerinites, actualmente el Calaurita.

[55] Colocado en una eminencia: el texto no lo dice, pero se debe deducir de todo lo que sigue.

[56] Hacia las once de la noche, hora solar.

[57] Así Walbank, *Commentary*, ad loc. Pero otros (entre ellos, Paton) entienden «ovejas de lana fina, aquellas que normalmente pastan cerca de las ciudades». El texto griego permite las dos interpretaciones.

puertas, porque los conspiradores todavía no habían
preparado el golpe. Lo que sucedió fue que no sólo
falló el plan de Arato, sino que en la ciudad sospecha-
ron y recelaron de los conjurados. La cosa al final se
puso en claro y aquellos hombres fueron detenidos,
juzgados y ejecutados en el acto. ¿Qué podríamos adu- 9
cir como causa de aquella calamidad? El hecho de que
el general estableciera una única contraseña: todavía
era joven, y no tenía experiencia de la exactitud de las
contraseñas dobles[58] y de las adicionales. Verdadera- 10
mente, en las empresas guerreras el éxito o el fracaso
dependen de pequeñas cosas.

También Cleómenes de Esparta[59] quiso tomar a 18
traición la ciudad de Megalópolis y se puso de acuerdo
con los centinelas que había en la muralla en un lugar
llamado Fóleo: se aproximaría de noche, con sus fuer-
zas, a la tercera guardia, porque la hacían unos parti-
darios suyos. Sin embargo, no previó que, en la época 2
del orto de las Pléyades, las noches son ya muy breves,
y partió de Lacedemonia en el ocaso. Encima no pudo 3
realizar una marcha rápida[60] y se le hizo de día. En-
tonces intentó forzar la entrada en la ciudad por la
violencia, pero fue vergonzosamente rechazado, sufrió
muchas bajas y se vio en un gran peligro. De haber 4
atendido a la oportunidad según el acuerdo previo, ha-
bría podido introducir sus fuerzas sin fracasar en el
intento, pues habrían sido hombres suyos los centine-
las de las puertas.

---

58 Una contraseña doble hubiera sido, por ejemplo, que el hombre, además de subirse a la tumba, hubiera hecho un gesto determinado.

59 Cleómenes III de Esparta, que atacó Megalópolis el 22 de mayo del año 223 a. C.; cf. II 55, 5.

60 De Megalópolis a Esparta hay, en línea recta, unos cincuenta kilómetros, trayecto difícil de recorrer a pie en una marcha nocturna, aun contando con que la noche sea larga.

5 He explicado ya más arriba[61] que, de modo semejan-
te, el rey Filipo V había convenido con ciertos meli-
tenses tomar por sorpresa su ciudad, pero padeció un
doble error, porque llegó allí con unas escaleras dema-
6 siado cortas y, además, en tiempo inoportuno. Lo acor-
dado era que él llegaría a medianoche, cuando todo el
mundo estuviera durmiendo, pero salió de Larisa de-
masiado pronto. Cuando penetró en el país de Melita
no pudo permanecer en él, temeroso de que le delata-
ran a los de la ciudad, y no logró evadirse sin ser visto.
7 De modo que se vio forzado a avanzar. Llegó a la ciu-
dad cuando la gente todavía no había ido a dormir;
8 no pudo penetrar por la fuerza, porque sus escaleras
no alcanzaban, ni introducirse por las puertas, porque
sus partidarios de dentro no lograron ayudarle sufi-
9 cientemente. Lo único que consiguió fue provocar a
los megalopolitanos; sufrió muchas bajas y se retiró
con la vergüenza de no haber conseguido nada. Aquella
acción suya le delató ante todos, que desconfiaron y
ya se guardaron de él.

19 También Nicias, el general ateniense, cuando todavía
podía salvar al ejército que asediaba Siracusa, escogió
ciertamente el momento oportuno de la noche en que
podía pasar desapercibido y retirarse a un lugar seguro,
pero sobrevino un eclipse de luna[62]. Él era supersticio-
so[63], tomó aquello como un mal agüero y decidió apla-
2 zar la retirada. Después sucedió que, a la noche siguien-
te[64], cuando efectivamente se retiraban, el enemigo se

---

61 Cf. V 97, 5-98, 11; el hecho se dio en primavera o a principios del verano del año 217 a. C.

62 Cf. Tucídides, VII 50, 4.

63 Aquí sí que el término *deisidaimonía* significa «superstición». Cf. nota 120 del libro VI.

64 Nicias interpretó el mal agüero en el sentido de que los atenienses debían quedarse veintisiete días allí. Esto proporcionó a los siracusanos la oportunidad de acosar a los atenienses

dio cuenta y todo el ejército, juntamente con los gene-
rales, cayó prisionero de los de Siracusa. Ciertamente, 3
si en aquel trance Nicias se hubiera dejado guiar por
hombres experimentados, eso le hubiera permitido no
dejar su propia oportunidad y aprovecharla como alia-
da, ante la ignorancia del enemigo. A los hombres ex- 4
perimentados, la impericia del adversario les resulta
de gran valimiento.

De la astronomía, es preciso estudiar todas las cosas 5
citadas. La manera como debe comprobarse si las esca-
leras valen es la siguiente: si a uno de los conjurados
de dentro le parece que tienen la altura del muro, ello
significa que la escalera sirve. Si dividimos perpendicu- 6
larmente el muro en diez partes iguales, la escalera
deberá medir doce partes de éstas. El espacio que se- 7
pare de la muralla el pie de la escalera será adecuado
a los que suben, si mide la mitad de la longitud de la
escalera en cuestión; si excede esta medida, al ser más
separado ofrece un blanco fácil, y si no llega a ella, la
posición resulta tan poco inclinada que los que suben
sufren grave riesgo de caerse. Si no es posible medir 8
la muralla ni acercarse a ella, la altura de un objeto
perpendicular a una superficie plana se puede medir a
distancia. La manera de calcular esta altura es posible, 9
e incluso fácil, cuando se quieren estudiar matemá-
ticas[65].

Aquí es otra vez notorio que los que quieran tener 20
éxito en empresas y operaciones militares han de saber
geometría, no en el sentido de ser grandes maestros de
ella, sino en un grado que les permita tener nociones
de la semejanza, y dominar la teoría de las ecuaciones.

---

hasta aniquilarles. De modo que aquí Polibio, seguramente por citar de memoria, falla: los atenienses no se retiraron a la noche siguiente.

65 Un amplísimo comentario a todo esto, avalado incluso con demostraciones geométricas, en WALBANK, *Commentary*, ad loc.

2 Y no solamente para eso, sino que para los cambios en
la distribución de los campamentos se necesita la geo-
metría, para conservar la simetría de los elementos de
3 una acampada cuando se modifica su estructura y, tam-
bién, cuando se conserva la habitual, pero las dimen-
siones del campamento deben aumentarse o reducirse,
proporcionalmente al número de los recién llegados, o
4 al de los que lo abandonan. Todo esto se ha tratado
más apliamente en nuestra obra *Comentarios tácti-*
5 *cos*[66]. No creo que nadie, razonablemente, nos pueda
objetar que exigimos demasiados conocimientos en el
arte de la estrategia por el hecho de que se pidan unas
nociones de astronomía y de geometría en los que aspi-
6 ran al generalato. Personalmente desprecio sobremanera
lo que se añade superfluamente a una disciplina sólo por
ostentación y charlatanería, y lo mismo hago con lo
que rebasa el grado de conocimientos que en verdad
se necesita; en cambio, lo que es indispensable lo tengo
7 en gran estima, me interesa enormemente[67]. Una com-
paración: sería absurdo que los que quieren aprender
a tocar la flauta o el arte de la danza aprendan el arte
del ritmo y el de la danza, pero también el de la palestra,
creídos de que la perfección en las dos disciplinas aludi-
das primeramente no puede alcanzarse sin la ayuda de
8 la otra; sería ilógico también que los que pretenden
ejercer un mando militar se enojaran de tener que es-
9 tudiar algo que les resulte imprescindible. Nadie que
esté en su sano juicio podrá estar de acuerdo en que
los que ejercen profesiones no liberales[68] pongan más
afán e interés en ellas, que los que se ocupan de cosas

---

66 Una obra primeriza de Polibio que se ha perdido.

67 La ciencia cultivada por motivos estrictamente utilitarios parece ser un ideal estoico.

68 Aquí se puede pensar en el viejo verso de Jenófanes de Colofón: «pues mi (dedicación a la) ciencia vale más que la fuerza bruta de hombres y de caballos».

más trascendentales e importantes. Acerca de este tema, 10
baste con lo que se ha dicho hasta aquí.

Éstas eran las disposiciones respectivas de romanos 21
y cartagineses, quienes, alternativamente, habían probado los extremos más opuestos de la fortuna; era natural, como dice el poeta[69], que el temor y la alegría se adueñaran, de golpe, de los pensamientos de ambos.

Aníbal

Para ambas naciones, me refie- 22
ro a romanos y cartagineses, un hombre era la causa y el alma de lo que les ocurría, quiero decir
Aníbal. A todas luces, él dirigía 2
personalmente las operaciones de Italia, y las de España a través del mayor de sus hermanos, Asdrúbal[70], y, tras la muerte de éste, a través de Magón el Viejo[71].
Entre los dos aniquilaron a los generales romanos[72] 3
destacados en tal península. También dirigía las opera- 4
ciones de Sicilia, primero a través de Hipócrates[73], y
después a través del africano Mitón[74]. Algo semejante 5
cabe decir acerca de Grecia e Iliria: debido a su alianza

[69] El poeta vuelve a ser HOMERO, pero aquí es inseguro el lugar a que se refiere Polibio; quizás sea a *Odisea* XIX 471: «y se apoderó de él a la vez el gozo y el dolor». Cf., además, XV 32, 4.

[70] Pero Aníbal era mayor que él, de modo que es falsa la traducción de Patón: «through his elder brother».

[71] Este Magón hizo la campaña cartaginesa hasta Cannas. Entonces Aníbal le envió a Cartago a anunciar la victoria, y en el año 215, al frente de un ejército de doce mil infantes y mil quinientos jinetes, fue enviado como refuerzo a los cartagineses que se batían en España.

[72] Eran los hermanos Publio y Cneo Cornelio Escipión, padre y tío, respectivamente, de Escipión el Africano.

[73] Cf. VII 2, 3; VIII 3, 1.

[74] Éste era un libiofenicio enviado por Aníbal a Sicilia como jefe supremo de la caballería cartaginesa destacada allí. Por Tito Livio sabemos que más tarde traicionó a los cartagineses, pactó con los romanos y llegó a ser ciudadano romano.

con Filipo también había puesto en jaque y atemoriza-
6 do a los romanos de guarnición en estos países. La obra que realiza un hombre dotado de una mente apta para ejecutar cualquier proyecto humano es grande y admirable; tales cualidades son siempre ingénitas.
7 El curso de los acontecimientos nos ha llevado a conocer la actuación de Aníbal; la oportunidad exige que hagamos notorios ahora aquellos rasgos suyos más
8 discutidos. Unos le han creído excesivamente cruel, otros no menos avaricioso. Pero, al tratar de él, es difícil dar con la verdad, como lo es, en general, averiguarla acerca de los que han andado en negocios públicos.
9 Hay quien afirma que la índole de cada persona se evidencia en circunstancias determinadas: unos la patentizan cuando ejercen la autoridad, por más que anteriormente la hayan disimulado; otros, al contrario, la
10 manifiestan en épocas de mala suerte. Afirmaciones como éstas me parecen inexactas: no sólo alguna vez, antes bien casi siempre, los hombres se ven constreñidos a hablar y a actuar contra sus propias inclinaciones, tanto por los consejos de los amigos como por la complejidad de los hechos[75].

23 Esto puede comprobarlo quien se detenga a meditar
2 sobre una multitud de sucesos. En efecto: ¿quién no ha oído hablar de Agatocles[76], el tirano de Sicilia? En sus primeras empresas, cuando aseguró el implantamiento de su dinastía, fue un auténtico salvaje; cuando ya se vio firme en el imperio de Sicilia, fue el hombre

---

75 Los §§ 9-10 encierran pura doctrina estoica.

76 Sobre este Agatocles de Sicilia, que no hay que confundir con el Agatocles egipcio que cierra el libro XV, los pareceres son opuestos. Mientras Calias de Siracusa y Antandro, historiadores de poca categoría, le son favorables, Timeo nos lo presenta como hombre sumamente injusto y cruel. Para más detalles, WALBANK, *Commentary*, ad loc.

más manso y más afable. Cleómenes de Esparta[77] fue 3
un rey hábil y un tirano cruel; como ciudadano privado
había sido el hombre más cortés y generoso. No es 4
verosímil que un mismo modo de ser tenga disposicio-
nes tan contradictorias. Más bien lo que sucede es que
algunos reyes se han visto forzados por las circunstan-
cias a estos cambios y, con frecuencia, muestran a los
demás unas conductas opuestas a sus caracteres per-
sonales, de manera que en estos casos no evidencian
su modo de ser propio y dejan entrever otro. Normal- 5
mente sucede lo mismo por la influencia de los amigos
no ya sólo a generales, príncipes y reyes, sino también
a ciudades. Entre los atenienses, en tiempos del gobier- 6
no de Arístides y de Pericles apenas si se encuentran
hechos crueles; la mayoría son laudables y bondadosos,
todo lo contrario, en cambio, en tiempos de Cleón y de
Cares[78]. Durante el tiempo en que los espartanos go- 7
zaron de la hegemonía de Grecia, el rey Cleómbroto
actuó siempre de acuerdo con la opinión de los aliados;
la conducta de Agesilao fue diametralmente opuesta;
también las costumbres de las ciudades cambian según 8
las tendencias de sus gobernantes[79]. El rey Filipo V fue
el más impío mientras Taurión y Demetrio fueron sus

---

77 Cleómenes sale repetidamente en la obra de Polibio: II 45, 2; IV 81, 14; V 39, 6.

78 Polibio da aquí, a vista de pájaro, una visión de la historia de Atenas durante el s. v a. C. Arístides, llamado por antonomasia «el bueno», tuvo gran influencia en Atenas desde el año 490 al 477 (aunque fuera condenado por dos veces al ostracismo, en los años 483-2 y 480). Pericles gobierna Atenas en el período 461-429. Le sucede Cleón (429-422) que muere en Anfípolis, y Cares fue un militar influyente desde el año 366. Primero luchó contra Filipo II (cf. IV 43, 6), y luego se pasó a los persas para luchar contra Alejandro Magno.

79 Tras tratar de Atenas, se debía, naturalmente tratar de Esparta. La serie se acaba en Filipo V de Macedonia.

consejeros; había sido muy benigno, en cambio, cuando lo fueron Arato o Crisógono.

24 Me parece que el caso de Aníbal es exactamente el
2 mismo. Se encontró con las circunstancias más diver-
sas e imprevisibles y con amigos de carácter radical-
mente opuesto, de manera que, por sus hechos en Ita-
lia, resulta imposible comprender su verdadero carác-
3 ter. Si se atienden mis presupuestos de antes, es fácil
adivinar lo que se debe a las circunstancias en que se
encontró, pero no debemos omitir el asesoramiento de
sus amigos, principalmente porque es posible alcanzar
una noción suficiente de ello mediante un solo ejemplo.
4 Cuando proyectaba marchar de España a Italia con un
ejército, Aníbal preveía la gran dificultad de avituallarlo
y de disponer siempre de víveres, ya que, por su dura-
ción, la marcha era casi inacabable y, encima, había
que contar con el número y la ferocidad de los bárbaros
5 que vivían a lo largo de ella. En el consejo esta dificul-
tad se debatió ampliamente y uno de sus miembros,
llamado también Aníbal, por sobrenombre «el gladia-
dor», hizo evidente que había sólo un único medio para
6 poder llegar a Italia. Aníbal le pidió que lo expusiera
y él contestó que era preciso enseñar al ejército a comer
7 carne humana, habituarle a ello. Aníbal fue incapaz de
oponerse razonadamente a la audacia y a la eficacia de
esta idea, pero nunca la tomó en serio y no intentó con-
8 vencer a sus amigos. No falta quien afirma que los
actos de salvajismo cometidos por Aníbal en Italia se
deben imputar al otro Aníbal, pero en gran medida se
debieron también a las circunstancias [80].

---

80 Walbank, *Commentary*, ad loc., supone que muchas de las brutalidades imputadas a Aníbal durante la campaña de Italia se deben simplemente a calumnias sin fundamento de sus enemigos.

Parece, en cambio, que fue muy codicioso y que tuvo 25
un amigo que lo fue tanto como él, Magón[81], que diri-
gía las operaciones en la región de Brucio[81 bis]. Es cosa 2
que he leído en los mismos historiadores cartagineses,
quienes, por el hecho de ser del país conocen no sólo 3
la dirección de los vientos, como dice el refrán, sino
también, y aún más, la de sus compatriotas. La noticia 4
la he tomado exactamente de Masinisa[82], quien aduce
pruebas de la avaricia general que dominaba a todos
los cartagineses, pero principalmente a Aníbal y a Magón
el samnita[83]. El historiador[84] aludido explica que estos 5
dos generales cartagineses colaboraron noblemente
contra el enemigo ya desde su juventud: conquistaron
muchas ciudades en Italia y en España, unas a la viva
fuerza y otras mediante traiciones. Sin embargo, no
participaron nunca juntos en una misma empresa: más 6
que contra los enemigos maniobraban contra sí mis-
mos, para no encontrarse nunca en una ciudad conquis-
tada. Así evitaban discutir entre ellos por los hechos y
no tenían que repartirse el botín; se consideraban a sí
mismos investidos de la misma dignidad.

Lo que he dicho, pues, y lo que seguirá evidencian 26
que la naturaleza de Aníbal fue forzada y cambiada por

---

81 La identidad de este Magón no es segura; los nombres entre los cartagineses se repiten continuamente. Parece que nos encontramos ante el Magón que destruyó un cuerpo de ejército en Turium el año 212 a. C. (Tito Livio, XXV 15, 8 ss.), con lo que los cartagineses tomaron la ciudad. Si se trata de éste, tenía el sobrenombre de «el samnita».

81 bis Actual Calabria.

82 Büttner-Wobst indican una laguna en el texto griego delante del nombre propio, para llenar la cual proponen las palabras «el rey», pues Masinisa realmente lo era de Masila, al N. de la Numidia.

83 Cf. la nota 81.

84 Sólo en este lugar de Polibio se declara que Masinisa fuera, además, historiador.

los consejos de los amigos, y todavía con más frecuen-
2 cia, por las circunstancias. Así, cuando los romanos tomaron Capua, las restantes ciudades empezaron, lógicamente, a vacilar en su alianza con los cartagineses y acechaban ocasiones y pretextos para pasarse a Roma.
3 Parece que Aníbal, entonces, se encontró en una situación muy incómoda y en un gran apuro por el giro que
4 tomaban los acontecimientos. Si se quedaba en un lugar fijo, no podía vigilar a todas las ciudades, muy distantes unas de otras; se enfrentaba a muchos ejércitos enemigos y no podía dividir demasiado a sus fuerzas.
5 Corría el riesgo de caer en manos de un enemigo muy superior en número y él no podía acudir a la vez a todas
6 partes. Se vio forzado a abandonar sin disimulo algunas ciudades y a retirar las guarniciones cartaginesas de otras: temía que si las cosas cambiaban perdería, in-
7 cluso, a sus propios soldados[85]. Alguna vez llegó a la violación de los tratados, deportó ciudadanos a otras
8 poblaciones y cedió sus propiedades para botín. De ahí
9 que unos le acusen de impío y otros de cruel. Lo que se ha dicho fue acompañado de expoliaciones de dinero, de asesinatos y de pretextos para la violencia, tanto por parte de los soldados que entraban en las ciudades como por parte de los que salían, porque todos sospechaban que los nativos iban a pasarse a los romanos.
10 Los consejos de sus amigos y las circunstancias que le rodearon hacen aventurada la definición del carácter de
11 Aníbal. Entre los cartagineses era corriente la afirmación de que era avaro, y entre los romanos, la de que era cruel.

85 Porque los romanos le habían asestado un golpe definitivo al aniquilar en Salapia a la caballería cartaginesa. Esto lo sabemos por TITO LIVIO (XXVI 38, 12-14). Es extraño que el redactor de Polibio no nos haya conservado la narración polibiana de esta batalla que dio un vuelco a la segunda guerra púnica.

Sobre la extensión de las ciudades

La mayoría de los hombres 26a
calculan la magnitud de las ciu-
dades sólo por su perímetro[86].
Así, si alguien afirma que la ciu- 2
dad de Megalópolis tiene un perí-
metro de cincuenta estadios y que Esparta lo tiene de
cuarenta y ocho, pero que en realidad duplica en ex-
tensión a Megalópolis, tal aseveración a muchos les
parece increíble. Y si se quiere todavía agrandar el 3
enigma y se dice que es posible que una ciudad o un
campamento de cuarenta estadios de circuito dupliquen
en extensión a otros de cien estadios, la mayoría tendrá
esta afirmación por totalmente absurda. Sin embargo, 4
esto se deberá a que han olvidado lo que de niños se
les enseñó en la escuela sobre geometría. Me ha indu- 5
cido a hablar así la constatación de que no ya el pueblo,
sino incluso algunos de los que detentan el gobierno o
ejercen cargos militares, se extrañan de ello y se admi-
ran de la posibilidad de que la ciudad de los lacedemo-
nios sea muy extensa, concretamente mucho más que
Megalópolis, aunque Esparta tenga un perímetro infe-
rior; otras veces se quiere deducir el número de hom- 6
bres que alberga un campamento a base de su períme-
tro. Un error[87] muy similar es debido a la silueta que 7
ofrecen las ciudades. La mayoría de hombres cree que
las construidas sobre quebradas o terrenos montaño-
sos tienen más casas que las edificadas sobre el llano.
Sin embargo, no es así, ya que los edificios que se levan- 8
tan en estos lugares no forman ángulo recto con las in-

86 En general, las teorías de Polibio en este capítulo son correctas, aunque algún ejemplo falle: así, por ejemplo, ni tan siquiera en la antigüedad Esparta duplicaba a Megalópolis en extensión.

87 Algunos filólogos han conjeturado aquí la palabra griega que significa «ignorancia», pero la variante no parece necesaria ni indicada.

clinaciones del terreno, sino sólo con las superficies pla-
9 nas sobre las cuales se levantan las mismas colinas. La
10 razón de esto la entienden incluso los niños. Si se
supone que las casas edificadas sobre una superficie
en pendiente tienen todas una misma altura, es evidente
que, de la misma manera que los tejados forman un
plano único, éste será paralelo al otro sobre el cual se
han cimentado los edificios, o sea, la ladera de la colina.
11 Y basta acerca de los que pretenden asumir cargos
políticos o militares e ignoran esto.

27 *Sicilia*

Agrigento se diferencia de la
mayor parte de las otras ciuda-
des no sólo por lo antedicho[88],
sino también por sus fortificacio-
nes y, principalmente, por la be-
2 lleza de sus edificios. Está construida a dieciocho esta-
dios del mar, de manera que no carece de ninguna
3 utilidad de las que éste ofrece. Su perímetro[89] es ex-
cepcionalmente seguro, tanto debido a la naturaleza
4 como a defensas artificiales. Su muralla se levanta
sobre una cadena rocosa, alta y abrupta, la cual a
5 trechos es natural y a trechos construida. La ciudad,
además, está rodeada por ríos. Por el Sur fluye uno
que se llama igual que la ciudad; por el Este y el
6 Sudoeste, otro llamado Hipsas. La acrópolis de la ciu-
dad está situada en una prominencia, rodeada por un
abismo impracticable; sólo tiene un acceso interior
7 desde la ciudad. En su cumbre están situados el tem-

---

88 Seguramente había una ligazón más estrecha entre los análisis de topografía conservados aquí en la obra de Polibio, y lo que sigue a continuación sobre Agrigento, pero la obra del epitomador aquí ha introducido tal confusión que los mismos editores no dan todos estos capítulos en un mismo orden. Aquí se sigue el orden insinuado por Walbank en su comentario.

89 Walbank, *Commentary*, pág. 158, ofrece un plano de Agrigento en esta época.

plo de Atena[90] y el de Zeus Atabirio, que es el que tienen todos los rodios. Agrigento es fundación rodia 8
y es lógico que el dios tenga allí el mismo epíteto que tiene entre los rodios. Por lo demás, la ciudad está 9
adornada magnificentemente con templos[91] y pórticos. El templo de Zeus Olímpico está inacabado; por sus planos y su extensión, quizás supere todos los templos de Grecia.

Polibio dice que tanto el río como la ciudad se llaman Acra- 10
gas[92] porque la tierra es fértil (ESTEBAN DE BIZANCIO).

Agatirna[93] es una ciudad de Sicilia dice Polibio en el libro 11
noveno (ESTEBAN DE BIZANCIO).

Marco Valerio les dio seguridades sobre su salvación y les 12
convenció de que pasaran a Italia, a condición de que talaran la región de Brucio. Los regineses les darían una recompensa[94] y ellos podrían quedarse con lo que pillaran del campo enemigo (SUDA).

Grecia: discursos de Cleneas de Etolia y de Licisco de Acarnania en Esparta[95]

«¡Espartanos! Estoy convenci- 28
do de que nadie se atrevería a negar que el imperio macedonio ha sido para todos los griegos el inicio de la esclavitud; la cosa 2
puede verse como sigue: existían antes en Tracia un

[90] El templo de Atena Lindia. Agrigento se fundó hacia el 580 a. C. por rodios que habían colonizado previamente Gela. La ciudad juega un papel importante en el libro VI de TUCÍDIDES, es decir, en la primera parte de la campaña ateniense contra la ciudad de Siracusa, en la guerra del Peloponeso.

[91] Los templos son de estilo dorio y, todavía hoy, se conservan sus ruinas.

[92] El nombre griego de Agrigento es Acragas; mientras Tucídides afirma que la ciudad ha tomado simplemente el nombre del río que la rodea, Polibio explica su nombre por *akra gãs* «tierra fértil», pero podría tratarse de una etimología popular.

[93] Ciudad situada en la costa norte de Sicilia, al N. de los Montes Nebrodes.

[94] WALBANK, *Commentary*, ad loc., interpreta: «los regineses les proporcionarían raciones».

grupo de ciudades griegas fundadas por los atenienses y
por los calcidios; entre ellas, Olinto[96] alcanzó gran es-
3 plendor y potencia. Filipo II redujo a la esclavitud a
sus habitantes como escarmiento, con lo cual se apoderó
no sólo de las ciudades tracias, sino que incluso las de
4 la Tesalia se alarmaron y se le sometieron. Muy poco
después derrotó a los atenienses en el campo de batalla,
y, por más que administró magnánimamente su victoria,
no lo hizo en absoluto para favorecer a los atenienses,
sino para inducir a los demás a obedecer sus órdenes
sin rechistar, a la vista de la benignidad de su conducta.
5 Entonces el prestigio de vuestra ciudad quedaba aún
intacto y parecía que, llegada la ocasión, debíais acau-
6 dillar Grecia entera. Por eso, Filipo se aprovechó del
primer pretexto y se dirigió aquí con su ejército, taló y
devastó vuestros cultivos e incendió vuestros hogares.
7 Al fin, cuando ya hubo aniquilado vuestras ciudades y
vuestros labrantíos, repartió estos últimos entre los ar-
givos, los tegeatas, los de Megalópolis y los mesenios;
los quería favorecer a todos de manera absolutamente
injusta; su único intento era perjudicaros a vosotros.
8 Alejandro le sucedió en el reino, quien supuso que la
ciudad de Tebas era todavía una centella de Grecia;
supongo que todos sabéis cómo la extinguió.

29 »¿Acaso debo exponer con detalle cómo han tratado
2 a los griegos los sucesores en este imperio? No hay

---

95 Estos dos discursos están ampliamente comentados desde un punto de vista histórico por WALBANK, *Commentary*, ad loc., pero sería totalmente impropio trasladar su examen aquí. Por lo demás, son casi los únicos discursos en estilo directo que nos quedan de la obra de Polibio.

96 Olinto estaba en la cabeza del golfo de Torone, cf. *Weltatlas* I, en diversos mapas, a unos cinco kilómetros del mar, protegida por el N. por las lomas de la cadena llamada Poligiro. Alcanzó una gran prosperidad comercial hasta que Filipo II de Macedonia la atacó, motivando con ello las famosas *Olintíacas* de DEMÓSTENES.

nadie tan despreocupado por los hechos acaecidos que
ignore el trato que Antípatro dio a los infelices atenien-
ses, tras vencer a los griegos en la batalla de Lamia.
Y a los demás helenos no los trató mejor: llegó a un 3
extremo tal de insolencia y crueldad, que instituyó unos
cazadores de exiliados y los envió a las ciudades para
que atraparan a los que habían hablado contra la casa
real de Macedonia, o bien le habían causado algún daño.
Unos se vieron desalojados violentamente de los tem- 4
plos, otros fueron arrancados de los mismos altares y
murieron entre torturas, otros huían de una parte a otra,
pero eran expulsados de cualquier lugar de Grecia; su
único refugio seguro era el territorio de la liga etolia.
¿Quién desconoce los crímenes de Casandro y de Deme- 5
trio, y, sumados a ellos, los de Antígono Gonatas? No
ha transcurrido tanto tiempo que el recuerdo de ellos
se pueda haber debilitado. Algunos de los diádocos im- 6
ponían guarniciones, otros colocaban tiranos en las ciu-
dades; ninguna de éstas quedó sin catar el nombre de
la esclavitud. Pero dejo todo esto y paso a tratar del 7
último Antígono[97], para evitar que alguien de vosotros
considere sus hechos con excesiva ingenuidad y crea
que debe agradecimiento a los macedonios. ¡Si este 8
Antígono os ha declarado la guerra, no ha sido con la
intención de salvar a los aqueos y, mucho menos, para
liberaros a vosotros, espartanos, enojado por la tiranía
de Cleómenes! Aquel de vosotros que lo haya creído 9
es un tonto de remate. Lo que Antígono ha visto es que 10
su reino peligrará, si vosotros erigís un imperio en el
Peloponeso. Ha visto que Cleómenes es el hombre pin-
tiparado para conseguirlo y que, además, habéis tenido
mucha suerte. Se ha presentado aquí con temor y envi- 11
dia, no para apoyar a los peloponesios, sino para arrui-
nar vuestras ilusiones y rebajar vuestro prestigio. No 12

[97] Antígono Dosón (cf. II 45, 2 ss.).

debéis ninguna gratitud a los macedonios, aunque, tras conquistar vuestra ciudad, no la pillaran. ¡Muy al contrario! Debéis considerarles enemigos y odiarles, porque vosotros habríais podido disfrutar de la hegemonía de Grecia, y ellos os lo han estorbado continuamente.

30 »¿Para qué continuar hablando de la iniquidad de
2 Filipo? Los sacrilegios[98] que cometió en los templos de Termo son prueba suficiente de cómo se burlaba de lo divino; su perfidia y deslealtad contra los mesenios
3 testifican su crueldad contra los hombres. De todos los griegos, sólo los etolios[99] osaron desafiar a Antípatro en pro de los que se veían despojados injustamente de su seguridad. Sólo ellos se opusieron a la incursión de
4 Brenno[100] y de sus bárbaros; fueron los únicos que combatieron a vuestro lado cuando les solicitasteis, cuando queríais recuperar la hegemonía de Grecia, detentada ya antes por vuestros padres.

5 »Pero, ¡basta de esto! En lo que se refiere a la deliberación presente, debemos decretar y votar como si ahora discutiéramos sobre una guerra, pero debemos
6 no perder de vista que la guerra aún no existe. Los aqueos, derrotados, no están en situación, ni mucho menos, de devastar vuestras tierras y creo que han de dar muchas gracias a los dioses si consiguen conservar intactas las suyas, rodeados como están por guerras contra los eleos y los mesenios, y también contra nos-
7 otros, debido al juego de alianzas. Estoy convencido de

---

98 Para los sacrilegios de Filipo V en Termo, cf. V 9, 1-7, y en cuanto a su crueldad para con los mesenios, cf. VII 2, 1; 13, 6-7.

99 Büttner-Wobst opina que, en el texto griego, tras las palabras: «sólo los etolios», hay una laguna, cosa que reconocen también otros editores, pero no consiguen conjeturar su probable contenido, por lo que no se ha indicado ninguna traducción.

100 En cuanto a la incursión de Brenno y de los galos, cf. I 6, 5; II 35, 7; IV 46, 1.

que ahora Filipo dejará a un lado sus ímpetus, ya que por tierra le combaten los etolios, y por mar, los romanos y el rey Átalo. Si se considera el pasado, es fácil 8
adivinar el futuro: si cuando hacía la guerra sólo contra 9
los etolios fue incapaz de someterlos, ¿cómo podrá soportar ahora esta guerra, si todos los pueblos citados se unen[101] contra él?

»Esto es lo que he pensado que os debía decir ya 31
desde el principio, para que todos os deis cuenta de que, aun en la hipótesis de que no estuvierais aliados con nadie, sino que deliberarais en una situación inicial, os conviene más aliaros con los etolios que con los macedonios. Pero si ya os habéis decidido, si ya habéis 2
tomado partido, ¿qué palabra os podría decir todavía? Si os hubierais aliado a nosotros antes de que Antígono 3
os hubiera hecho algún beneficio, quizás sería natural que dudarais si os conviene inclinaros a favor de los últimos y no considerar algunos hechos anteriores. Pero 4
si deliberáis después de esta libertad y esta salvación tan cacareadas que os ha otorgado Antígono y que éstos ahora os retraen a todos y a cada pueblo en particular, si habéis reflexionado muchas veces sobre el partido que os conviene tomar, el etolio o el macedonio, y os habéis decidido por el etolio, al cual habéis ofrecido seguridades —y las habéis recibido de nosotros—, e 5
incluso habéis combatido a nuestro lado en la guerra que hicimos a los macedonios, ¿quién podría aún dudar razonablemente? La amistad que hubierais podido tener con Filipo o con Antígono ya caducó entonces. Sólo 6
podríais aducir o una injusticia sufrida por parte de

---

101 En el texto griego este verbo carece de sujeto (es un genitivo absoluto). Las posibles soluciones a esta falta se pueden ver en WALBANK, *Commentary*, ad loc.: a) «si nosotros nos unimos», b) «si pueblos tan grandes se unen», c) «si se le unen en contra enemigos desde todas partes». En la primera posibilidad, «nosotros» equivale a «romanos y etolios».

los etolios, o un beneficio de los macedonios; si no ha ocurrido ninguna de ambas cosas, ¿cómo podríais ahora atender a aquello que en vuestras deliberaciones iniciales desestimasteis razonablemente y violar los pactos y juramentos, las máximas fianzas que se dan entre los hombres?»

7 Tal fue el discurso de Cleneas, y su parlamento creyeron todos que era irrefutable.

32 Entonces avanzó Licisco, embajador de los acarnanios. Primero se mantuvo en silencio, porque los es-
2 partanos discutían sobre el discurso anterior. Luego que se hizo la calma, empezó a hablar como sigue:
3 «¡Espartanos! En realidad, quien nos ha mandado es la Liga[102] Acarnania, pero, atendido el hecho de que siempre hemos participado de los ideales macedonios, en esta embajada creemos representarles también a
4 ellos. Así como en los peligros que corremos nos salva la potencia del numeroso ejército macedonio, es decir, nuestra salvación reposa en su fuerza, de igual modo en las contiendas oratorias la conveniencia de los acar-
5 nanios se incluye en los intereses macedonios. De modo que no os deberá extrañar que la mayor parte de mi
6 discurso verse sobre Filipo y los macedonios. Hacia el fin de su bravata, Cleneas ha hecho una recapitulación muy esquinada de la parte legal que os une sólo a los
7 etolios. Afirmó que si, después de cerrar vuestra alianza con ellos, los etolios os hubieran dañado o molestado, o, en otra hipótesis, ¡por Zeus!, los macedonios os hubieran beneficiado en algo, esto hubiera podido constituir una causa justificada de que os replantearais la
8 cuestión en sus términos iniciales, pero si nada de esto ha ocurrido y ellos pueden aducir los hechos de Antígono a la par que las resoluciones ya tomadas por vos-

[102] Aquí hay una variante textual que, aceptada, significa: «la asamblea acarnania».

otros, y, a pesar de todo, nosotros creemos que se pue-
den romper pactos y juramentos, en tal caso, asevera,
somos los más sandios de los hombres. Yo, por mi 9
parte, admito que supero a todos en idiotez y que voy
a pronunciaros un discurso inútil, si es verdad que no
ha sucedido nada de lo que Cleneas decía y si resulta
innegable que entre los griegos las cosas ahora están
del modo que estaban cuando pactasteis con los etolios.
Ahora bien, si las cosas han tomado un sesgo muy dis- 10
tinto, como os voy a demostrar en mis palabras de
manera irrefutable, entonces creo ser yo quien os in-
dica lo que os conviene; Cleneas lo ignora. Hemos llega- 11
do aquí poseídos por la convicción de que, en nuestra
disertación, debemos persuadiros de que os es a la vez
honesto y útil, dado que os sea posible, prestarnos aten-
ción en lo que decimos sobre el peligro que amenaza a
Grecia[103], y tomar decisiones dignas y que no os per-
judiquen haciéndoos partícipes de nuestros ideales.
Si ello no es factible, al menos guardad la neutralidad 12
en esta circunstancia.

»Ya que éstos han osado atacar, incluso, a los pri- 33
meros reyes de la dinastía macedonia, me parece im-
prescindible que ante todo hable brevemente para di-
sipar la ignorancia de los que dan crédito a sus afirma-
ciones.

»Cleneas ha empezado afirmando que Filipo, el hijo 2
de Amintas, se adueñó de la Tesalia gracias al infortunio
de Olinto. Pero yo sostengo lo contrario: Filipo II no 3
sólo salvó a los tesalios, sino a Grecia entera. Cuando 4
Onomarco y Filómeles, tras conquistar Delfos, se apo-
deraron de manera ilegal y sacrílega de los tesoros del
dios, ¿hay alguien de vosotros que no sepa que cons-

103 La traducción literal es: «el estado actual de Grecia», pero el *sentido sin duda intentado* por Polibio es el que se da en la traducción.

tituyeron una fuerza tal que ningún griego ni tan sólo
5 con la vista se atrevía a desafiar? Cuando profanaron
6 al dios, por poco conquistan Grecia entera. Entonces
Filipo se dedicó voluntariamente a derrocar a los tira-
nos, puso en seguridad el templo délfico y todos los
griegos conservaron su libertad gracias a él, de lo cual
dieron testimonio los hechos, incluso a las generaciones
7 futuras. Todo el mundo tuvo a Filipo no por aniquila-
dor de los tesalios, que es lo que este infeliz ha osado
decir, sino por bienhechor de toda Grecia. Le nombra-
ron generalísimo por mar y por tierra de todos los grie-
gos; anteriormente a él nadie lo había conseguido.
8 ¡Pero, por Zeus, después de esto se dirigió con sus
9 tropas a Laconia! Cierto, pero no con las intenciones
que le suponía éste (lo sabéis muy bien), sino porque
se lo pedían y suplicaban con instancia sus amigos y
aliados del Peloponeso[104]; a él, le costó mucho acceder.
10 Y tú, Cleneas, debes considerar cómo se comportó a su
llegada. Se habría podido aprovechar de la enemiga que
los limítrofes de los espartanos les profesaban para de-
vastar sus cultivos, humillar la ciudad... ¡y encima se
11 lo hubieran agradecido! Filipo, sin embargo, rechazó
esta propuesta, la repudió enérgicamente; aterrorizó
por igual a los dos bandos y les forzó a constituir una
asamblea de arbitraje sobre los puntos en disputa; bus-
12 caba el interés común. Incluso se negó a ser juez en
las discusiones, sino que, por el contrario, nombró un
tribunal compuesto por griegos de todos los estados.
13 ¡Vaya crimen digno, por cierto, de cualquier reproche
y vituperio!
34 »Después has criticado duramente a Alejandro por-
que destruyó la ciudad de los tebanos cuando creyó
2 que ésta le perjudicaba. En cambio, has olvidado ex-
presamente el justo castigo que infligió a los persas

104 Cf. XVIII 14, 5-6.

porque habían ultrajado toda Grecia; que nos libró a 3
todos de grandes desgracias cuando sometió a los bárbaros; les interceptó los suministros de que se servían para aniquilar a los griegos; ya embrollaban a los atenienses ya a los tebanos contra los antepasados de estos espartanos, pero él, en una palabra, ha sujetado el Asia
a Grecia. ¿Por qué os atrevéis a hablar, incluso, de los 4
diádocos? Éstos fueron causa, con frecuencia, ya de bien, ya de mal, según las circunstancias, para unos o
para otros. Los males que infligieron seguro que a otros 5
les sería lícito recordarlos, pero a vosotros no os honraría en absoluto hacerlo, porque en el bien que hicieron jamás les prestasteis soporte, sí, en cambio, en los
grandes y frecuentes estragos que causaron. ¿Quiénes 6
fueron los que instigaron a Antíoco, el hijo de Deme-
trio[105], para que disolviera la Liga Aquea? ¿Quiénes 7
fueron los que pactaron y se juramentaron con Alejandro de Epiro para deportar a los acarnanios y repartirse
sus tierras? ¿No fuisteis vosotros? ¿Quién eligió públi- 8
camente unos generales como los vuestros, y los envió, que osaron poner sus manos en templos todavía intac-
tos? Timeo saqueó el templo de Posidón en Ténaro y 9
el de Ártemis en Luso[106]; Fárico y Polícrito devastaron, 10
el primero, el santuario de Hera en Argos, y el segundo,
el de Posidón en Mantinea. ¿Qué hicieron Látabo y Ni- 11
cóstrato? En tiempos de paz violaron la santidad de los juegos pambeocios y llevaron a término hazañas más

---

105 Cf. II 43, 10; 45, 1; IX 38, 9.

106 Todos los desmanes citados aquí se cometieron, seguramente, entre el 244 y el 240 a. C.; sobre el templo de Ártemis, véase IV 18, 9-10. El de Poseidón estaba en un barranco angosto en la punta de la bahía de Porto Asomato, en el extremo sur de la península que culmina en la punta de Ténaro, y era creencia común que, por una cavidad existente allí, Heracles había descendido al Hades.

bien propias de escitas y de galos[107]. A eso, jamás llega-
ron los diádocos.
35 »Bien es verdad que, de estos crímenes, no podéis
justificar uno solo, pero, a pesar de todo, os jactáis de
que en Delfos cerrasteis el paso a los bárbaros[108] y
afirmáis que esto todos los griegos deben agradecéros-
2 lo. Si por una sola cosa los etolios ya merecéis gratitud,
¿cuál deberá ser la que nos pueden exigir los macedo-
nios, que en la mayor parte de su vida lo único que han
hecho ha sido emplear su tiempo en luchar contra los
3 bárbaros para asegurar Grecia? No hay quien ignore
que los griegos nos encontraríamos continuamente en
el mayor riesgo, si no dispusiéramos de la defensa de
4 los macedonios, del afán de gloria de sus reyes. Una
buena prueba de esto la tenemos en el hecho de que
cuando los galos vencieron a Ptolomeo Ceraunio y me-
nospreciaron a los macedonios, ya hicieron caso omiso
de todo y bajaron, al mando de su general Brenno, hasta
el corazón de Grecia. Y esto habría pasado muchas
veces, de no estar en medio los macedonios.
5 »Podría hablar todavía largamente acerca de hechos
6 ocurridos, pero creo que con lo dicho basta. De los
hechos de Filipo, reprochan con impiedad la destruc-
ción de un templo[109], pero no añaden su propia insolen-
cia y crimen con que actuaron en los templos de la
ciudad de Dio y en el de Dodona, y en los recintos
7 sagrados de otros dioses. Hubierais debido empezar
por aquí. Vosotros, etolios, habéis narrado a éstos vues-
tros sufrimientos, bien es verdad que exagerándolos
extraordinariamente; en cambio, de las ofensas que

[107] Para la proverbial violencia de los galos, cf. XVIII 37, 9; los escitas se nombran aquí sólo a efectos retóricos, porque en realidad eran tan afectos a los griegos que en Atenas constituían la policía; en el lugar citado se menciona a los tracios.

[108] Fue en el año 279/278 a. C.

[109] En Termo.

habíais inferido antes, muchas y enormes, no habéis
hecho ni la mención más mínima: sabéis muy bien que 8
el reproche por la injusticia y los ultrajes todo el mundo
lo dirige a los que los iniciaron.

»En cuanto a Antígono [110] y a sus hechos, quiero re- 36
cordarlos de un modo tal que os percatéis de que yo
los valoro justamente; efectivamente, aquella acción no
la tengo por marginal, ni mucho menos. Creo de verdad 2
que hasta ahora no se ha descrito nunca un beneficio
mayor que el que Antígono os hizo a vosotros; de hecho,
me parece algo insuperable. Se puede deducir de lo si- 3
guiente: Antígono os había declarado la guerra y os
derrotó en una batalla en toda regla, apoderándose por
las armas de vuestra ciudad y vuestros campos. Habría 4
podido aplicaros el derecho de guerra, pero distó tanto
de trataros con dureza que, entre otras cosas, expulsó
al tirano, restituyó las leyes antiguas y la constitución
tradicional. Vosotros, en justa reciprocidad, en las 5
asambleas panhelénicas disteis testimonio de ello ante
todos los griegos y proclamasteis que Antígono era
vuestro bienhechor y salvador. ¿Es que podíais hacer 6
otra cosa? Os voy a declarar lo que opino, lacedemonios.
Y vosotros, no os enojéis. Si lo hago, no es con el intento
de injuriaros intempestivamente en alguna cosa; me
fuerzan a ello la situación actual y el interés común. 7
¿Qué es, pues, lo que os voy a decir? Que ya en la guerra
anterior [111] os debierais haber aliado no con los etolios,
sino con los macedonios, y que ahora que sois objeto
de solicitud, debéis inclinaros hacia Filipo y no hacia
los etolios. ¡Por Zeus! ¡Si esto representa una viola- 8
ción de los tratados! ¿Pero qué acción resultará peor 9

110 Para la victoria de Antígono Dosón en Selasia, su toma de Esparta y la expulsión de Cleómenes, cf. II 65, 1-70, 1 y V 9, 8-10.

111 La Guerra Social.

para vosotros? ¿Violar unos pactos que privadamente
habéis concluido con los etolios, o el pacto sagrado de
10 todos los griegos, grabado en una estela? ¿Y cómo es
posible que os neguéis ahora a romper unos pactos que
tenéis con éstos, de quienes no habéis recibido ningún
beneficio, y, en cambio, no respetéis en nada ni a Filipo
ni a los macedonios, a quienes debéis, incluso, ahora
11 el poder deliberar? Quizás penséis que es necesario con-
12 servar la lealtad para con los amigos[112]. ¿No es igual-
mente tan sagrado no violar los pactos refrendados por
escrito, como impío guerrear contra los salvadores? Y
esto último es lo que los etolios solicitan de vosotros.
37 »Bien, aunque he dicho todo esto, puede que algún
juez excesivamente severo crea que nada de ello viene
a cuento. Me limitaré, pues, al problema estricto que
2 éstos[113] plantean, que si las cosas estuvieran tal como
estaban cuando cerrasteis la alianza, vosotros debéis
permanecer en vuestra actitud de siempre; es cuestión
3 de principios. Pero si ha variado totalmente, es justo
que os planteéis nuevamente el problema de qué es lo
4 que se solicita de vosotros. De modo que os pregunto,
Cleónico y Cleneas, qué aliados teníais cuando pedis-
teis a los espartanos su colaboración. ¿No eran todos
5 los griegos? Y ahora, ¿con quién compartís los ideales?
¿Con quién exigís de éstos[114] que hagan una alianza?
6 ¿No es con los bárbaros? ¿Y os parece que las cosas
están como antes?[115]. ¿No es exactamente lo contrario?

---

112 Algunos editores suponen aquí una laguna que llenan con la expresión: «pero no a los que simplemente os han hecho algún bien». WALBANK, *Commentary*, ad loc., niega la existencia de esta laguna.

113 Los etolios. El texto griego denota un sentido fuertemente despectivo.

114 Los espartanos.

115 Aquí me aparto de Büttner-Wobst en cuanto a la puntuación del pasaje, pues estos editores no imprimen signo de inte-

Antes disputabais la hegemonía y el prestigio a aqueos 7
y a macedonios, que son linaje vuestro, concretamente
a su caudillo, Filipo, pero en la guerra de ahora unos
hombres bárbaros, extranjeros, pretenden esclavizar a
Grecia entera. Vosotros creéis que os aguijonean contra 8
Filipo, y no os apercibís de que os empujan contra
vosotros mismos y contra toda Grecia. Ahora los etolios 9
se comportan como aquellos que están en guerra e in-
troducen dentro de sus ciudades guarniciones más po-
tentes que su mismo ejército para asegurarse y para
disipar el pánico que les infunden sus enemigos. Pero
con ello se convierten en súbditos de este ejército ami-
go. En su intento de derrotar a Filipo y de humillar a 10
Macedonia, les pasa desapercibido el nubarrón que nos
viene de Occidente, el cual, quizás sí, primero oscure-
cerá Macedonia, pero inmediatamente después causará
un estrago general en Grecia.

»Esto se acerca y lo han de prever todos los griegos, 38
pero principalmente los lacedemonios. ¿Qué creéis que 2
es, en efecto, espartanos, lo que indujo a vuestros ante-
pasados, cuando Jerjes les envió un legado a exigirles
tierra y agua, a arrojar a un pozo al que había llegado,
a echarle tierra encima y, así, hacer anunciar a Jerjes
que ya tenía tierra y agua, como había demandado?
¿Qué es lo que movió a Leónidas y a los suyos a afron- 3
tar voluntariamente una muerte cierta[116]? ¿No es que 4
se querían arriesgar, en primera fila, no sólo por su
libertad, sino por la de todos los griegos? Sería cosa 5
digna, si descendéis de unos hombres como aquéllos,
que ahora os aliarais con los bárbaros y lucharais contra
epirotas, aqueos, acarnanios, beocios, tesalios, casi

---

rrogación, con lo cual prefieren un sentido irónico que debería marcarse con dos signos de admiración.

[116] Es el famoso episodio de las Termópilas. Lo narra HERÓDOTO, VII 204 ss.

contra todos los griegos, a excepción de los etolios?
6 Éstos ya están habituados a hacerlo y no les avergüen-
za, a condición de que extraigan provecho. Pero vos-
7 otros no sois así. ¿Cómo no debemos desconfiar de
ellos y pensar que son capaces de todo, si se han aliado
8 incluso con los romanos, aquellos precisamente que
después de lograr refuerzos de los ilirios intentaron
forzar por traición la plaza de Pilos? Por tierra asedia-
ron la ciudad de Clítoris y esclavizaron la de Cineta[117].
9 Y si primero, según ya dije, los etolios se aliaron con
Antígono contra aqueos y acarnanios, ahora se han
aliado con los romanos contra toda Grecia.

39 »¿Hay alguien que, sabedor de todo esto, no tema
la venida de los romanos y no se indigne contra la
locura de los etolios, que se han atrevido a tales pactos?
2 Éstos, los etolios, nos han robado a los acarnanios las
islas Eníade y Nasos[118], y ya antes habían retenido la
ciudad de los pobres anticireses, tras reducir a la es-
3 clavitud a sus habitantes con la ayuda romana. Los
romanos deportaron a mujeres y niños, quienes sufrie-
ron lo que lógicamente padecen los que han caído bajo
la potestad extranjera; el suelo y los edificios de aque-
4 llos desventurados son ahora de los etolios. ¡Bello espec-
táculo si os unís, precisamente vosotros, lacedemonios,
5 con toda intención a esta alianza! Cuando los tebanos
se vieron forzados a decretar, ellos solos entre los grie-
gos, neutralidad en la campaña contra los persas, vos-
otros votasteis imponerles un diezmo y consagrarlo a

117 Para estos ataques, cf. IV 16, 11-19, 6.

118 A finales del año 211 a. C. Para la importancia de la isla Eníade, cf. IV 65, 8-10. Se trata de dos pequeñas islas que cierran la entrada del golfo profundo que presenta el S. de la isla de Zacinto. Es poco probable la interpretación de otros que trasladan totalmente el escenario geográfico correspondiente y lo establecen en la isla de Nasos, en la costa de Acarnania. Sería, en tal caso, una de las islas Equínades.

los dioses cuando se hubiera ganado la guerra contra los bárbaros.

»¡Espartanos! Lo bello y decoroso para vosotros es 6
que no olvidéis a vuestros antepasados, que os alertéis ante la incursión de los romanos, que receléis de la maldad de los etolios y, por encima de todo, que recordéis los hechos de Antígono, que odiéis también ahora a los hombres malvados y que os apartéis de la amistad etolia. ¡Participad de los ideales de aqueos y macedonios! Pero si los hombres más preeminentes de 7
entre vosotros no son de esta opinión, al menos sed neutrales y no os hagáis partícipes de la perversidad de los etolios.»

La ciudad de Atenas quiere conservar esta costum- 40
bre para siempre[119].

La buena voluntad de los amigos, si llega oportuna- 2
mente, es muy útil, pero si llega lenta y tarde, convierte la ayuda en inútil. Si desean no sólo por escrito sino 3
por las obras hacer real la alianza...

Los acarnanios, informados de que los etolios les habían in- 4
vadido el territorio, en parte por desconfianza y en parte por indignación, tomaron una decisión desesperada: si alguien sobre- 5
vivía por haber retrocedido, se vería expulsado de la ciudad y privado del uso del fuego. Esto lo juraron para todos, pero 6
principalmente para los epirotas: nadie debería acoger en su propia ciudad a los desertores (SUDA).

Grecia: Filipo en Equina

Filipo proyectaba atacar dos 41
torreones de la ciudad, contra los cuales dispuso tortugas y arietes; ante el lienzo de muro que los separaba construyó una gale-
ría entre dos arietes, paralela a la muralla. Cuando 2
terminó estos trabajos, la figura de sus obras se pare-

[119] Cf. VI 47, 2. Pero, al desconocer el contexto más amplio, no podemos precisar de qué costumbre se trata.

3 cía a una fortificación. Los dispositivos que había entre las tortugas, debido a sus entretejidos de mimbre, tenían todo el aire y el parecido de unas torres; la parte de muro que había entre ellas, también, porque los mimbres que cubrían las puertas parecían almenas por
4 la manera como estaban enlazados. En la base de las torres había hombres que alisaban los accidentes del terreno y los rellenaban de tierra: abrían paso a los
5 ingenios que otros hombres empujaban. En el segundo nivel había unos cántaros y lo que se acostumbra a preparar contra incendios; además, estaban allí las
6 catapultas. En el tercer nivel había un número considerable de soldados que combatían contra los que pugnaban para destruir las máquinas de guerra; este nivel
7 era el de las torres de la ciudad. En la galería que hemos citado, construida entre los dos arietes, había dos ori-
8 ficios a la altura media del muro. Allí dispusieron tres ballestas lanzapiedras: una de ellas disparaba pedruscos de un talento de peso, las dos restantes, de treinta
9 libras. Desde el campamento hasta las tortugas y los demás ingenios, Filipo hizo unas galerías cubiertas, para evitar que los hombres que iban o volvían de las obras resultaran heridos por tiros arrojados desde la ciudad.
10 Las obras se acabaron en pocos días, porque el país tiene recursos abundantes para construcciones de este
11 tipo; los equineses están situados en el golfo de Malea, orientados a poniente y opuestos al país de los tronios; sus tierras de cultivo son muy feraces. De ahí que a Filipo no le faltara nada de lo que necesitaba para sus
12 planes. Como he dicho, pues, cuando hubo montado las máquinas de guerra, atacó con los dispositivos de éstas y con los de los orificios.

42 Mientras Filipo asediaba la ciudad de Equina y ya había logrado instalar sólidamente los ingenios cerca del muro y había fortificado, además, el exterior de su campamento con un foso y una empalizada, Publio Sul-

picio Galba[120], general romano, y Dorímaco, general etolio, se presentaron allí: Galba, al mando de una es- 2
cuadra naval, y Dorímaco, con fuerzas de infantería y de caballería. Éste atacó la empalizada, pero fue rechazado. Filipo prosiguió el asedio con más energía y los 3
equineses se rindieron, pues no veían salvación posible:
Dorímaco no logró interceptar los avituallamientos de 4
Filipo, pues éste los recibía por mar, y no logró forzarle a levantar el asedio.

Cuando los romanos conquistaron Egina, los egine- 5
tas que no habían logrado escaparse se congregaron en sus naves y rogaron al general vencedor que les permitiera ir a buscar rescate en las ciudades[121] de linaje
afín. Primero, Publio les contestó con dureza; les dijo 6
que era antes, cuando todavía eran dueños de sí mismos, cuando debían enviar embajadas a los más potentes en demanda de salvación, y no ahora, que ya
eran esclavos. Además, prosiguió, ¿no era ridículo que 7
ellos, que hacía poco no se habían ni dignado atender a los legados que les envió, ahora, que habían perdido la libertad, pidieran remitir algunos a ciudades amigas?
Con tales palabras echó a los que habían salido a su 8
encuentro. Pero al día siguiente congregó a todos los prisioneros y les dijo que los eginetas no merecían piedad; sólo en atención a los griegos restantes les permitía enviar embajadores en busca de rescate, cosa habitual entre los griegos.

120 Publio Sulpicio Galba es uno de los cónsules romanos del año 211 a. C., y Dorímaco es el general etolio que protagoniza buena parte del libro IV de Polibio.

121 Probablemente, las ciudades dorias cercanas al Istmo.

Asia

43 El río Eufrates nace en Armenia y fluye por Siria y los países
2 inmediatos, como Babilonia. Algunos afirman que desemboca en el mar Rojo[122], pero esto no es exacto: se agota por acequias[123] abiertas entre los cam-
3 pos y no llega al mar. Es por esto por lo que el Eufrates tiene la naturaleza contraria a la mayoría de los ríos. En efecto: todos aumentan su caudal a medida que van recorriendo países y, en el invierno, alcanzan su nivel máximo, mientras que en verano fluyen con el
4 mínimo. Pero la corriente del Eufrates alcanza su cota máxima en el orto del Perro, y eso ocurre en Siria; a
5 medida que avanza, su caudal disminuye. La causa de esto es que crece no por la afluencia de las lluvias de invierno, sino por el deshielo de las nieves. Y disminuye por la diseminación de las aguas hacia los cultivos, ya
6 que se reparte en regadíos. Por eso resultó muy lento el transporte de las tropas, porque las embarcaciones navegaban abarrotadas y el río no era muy profundo; además, la poca fuerza de la corriente no ayudaba la navegación.

Fragmentos de lugar incierto

44 Los que no entran en guerra con ardor y coraje no es posible que sean aliados verdaderos en las empresas.

2 Es verdad lo que ya he dicho muchas veces, que no es posible captar ni contemplar el conjunto de nuestra mente, visión la más bella de lo sucedido, me refiero a la estructura del todo, por la lectura de los autores de monografías.

---

[122] La afirmación opuesta a la de Polibio se encuentra, entre otros, en Heródoto, I 180. Para Polibio, el Mar Rojo es el Golfo Pérsico; es dudoso que Heródoto se refiera al mismo mar.

[123] Cf. V 51, 6.

Polibio, en el libro noveno de su *Historia* habla de un río llamado Quíato, cerca de Arsínoe[124], ciudad de Etolia (ATENEO). 3

Arsínoe[125], ciudad del Africa... el gentilicio es arsinoita, y Arsinoeo se forma sobre etólico, como dice Polibio, en el libro noveno (ESTEBAN DE BIZANCIO). 4

Sinia[126], ciudad de Tesalia. Polibio noveno (ESTEBAN DE BIZANCIO). 5

Fóruna[127], ciudad de Tracia. Polibio, noveno (ESTEBAN DE BIZANCIO). 6

---

124 Es un topónimo frecuentísimo en Grecia. Véase el nomenclátor de *Weltatlas,* I. Aquí se trata del de Etolia, pero en el mapa correspondiente de la obra citada, la ciudad situada en la punta oeste del lago Triconio, lleva el nombre entre corchetes, lo cual significa ubicación insegura. El mapa tiene marcado un río minúsculo desprovisto de denominación.

125 Esta Arsínoe parece ser la denominada también con el nombre de Canopo. En tal caso, cf. la nota 128 del libro V.

126 Sinia; *Weltatlas,* I, la coloca en Ftiótide, junto al lago del mismo nombre. Con ello concuerda WALBANK, *Commentary,* ad loc., pero no indica si la coloca en dominio tesalio o de Ftiótide. Está relativamente cerca del límite entre ambas regiones y, por ello, no es improbable que avatares bélicos la hicieran cambiar alguna vez de manos.

127 Ciudad de situación desconocida.

LIBRO X

(FRAGMENTOS)

1 *Italia* Desde el estrecho de Sicilia y la ciudad de los reginos hasta Tarento hay más de dos mil estadios[1]; esta parte de la costa de Italia no tiene ni un solo puerto[2],
2 si descontamos los de Tarento[3]. Esta parte de Italia da hacia el mar de Sicilia[4] y está orientada hacia las tierras de Grecia; en ella conviven las tribus bárbaras más numerosas con las ciudades griegas más conoci-
3 das. Este distrito[5] de Italia está formado por los bru-

---

[1] Unos trescientos kilómetros a lo largo de la costa.

[2] En la época de Polibio esta afirmación es exacta; se refiere, naturalmente, a puertos dignos de mención; pequeños puertos no aptos para el gran cabotaje y operaciones militares, sí había.

[3] Tarento, en efecto, tenía dos puertos, el llamado en latín *Mare Grande*, fuera ya del recinto de la ciudad, al N. de ella, y el llamado en latín *Mare Parvum*, a continuación del anterior, con el que tenía alguna comunicación, por lo que algunos ven aquí, en el texto griego, la figura: «plural por singular».

[4] Cf. II 14, 5 y nota 28 del libro V. El mar de Sicilia está separado del Jonio, al N., por el cabo Cocinto (hoy Punta di Stilo), pero aquí Polibio parece seguir una tradición más diferente que incluiría el golfo de Tarento en el mar de Sicilia.

[5] La palabra griega correspondiente (*klĩma*) tiene el sentido técnico apuntado. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

cios, los lucanos[6], algunas ramas de los daunios[7], los calabreses[8] y por muchas otras tribus. En este país 4
marítimo están radicadas bastantes ciudades griegas: Regio, Caulonia, Lócride, Crotona, y también Metaponto y Turio. Todos[9] los que desde Sicilia o desde Grecia 5
se dirigen a cualquier lugar de los citados deben atracar forzosamente en uno de los puertos de Tarento para realizar en él los intercambios y transacciones con los habitantes de esta parte de Italia. Sería posible 6
intuir lo favorable del emplazamiento de la ciudad por la opulencia a que llegaron los de Crotona[10]. Éstos recibían naves sólo en el verano, y, por medio de una aduana muy módica, alcanzaron una gran prosperidad, más que nada por lo estratégico de sus lugares, los cuales, así y todo, no admiten comparación ni mucho menos con los puertos y los distritos de Tarento. Su 7
situación todavía hoy es ventajosa si se compara con los puertos del Adriático, pero antes lo era todavía

---

[6] Los brucios eran una organización osca que ocupaba la parte de Italia al S. del río Laino. Su capital era Consentía (la actual Coscenza). También los lucanos eran oscos, pero muy helenizados; sus territorios iban desde el río Laino hasta el Sílaro y limitaban con Campania.

[7] Aquí hay un problema de crítica textual. Los manuscritos griegos dicen: «y algunas partes de los daunios», texto aceptado en la traducción. Gronovio propuso un texto griego que, traducido, dice: «y algunas ramas de los samnitas y de los daunios», texto aceptado, entre otros editores por Büttner-Wobst, del cual, como se ve, me aparto, porque samnitas y daunios distaban mucho del golfo de Tarento y no hay evidencia de que los samnitas llegaran a la costa del golfo de Tarento. Polibio piensa en las tribus bárbaras que ocupaban el traspaís (*hinterland*) de las ciudades griegas.

[8] Parte de los mesapios (cf. II 24, 11; III 83, 3).

[9] Esto es exagerado. Tarento difícilmente serviría como puerto a las ciudades más occidentales como Regio, la de los locros e, incluso, Crotona.

[10] Sobre la proverbial prosperidad de Crotona, véase VII 1, 1.

8 más, ya que todo el que acudía desde las costas de enfrente, desde el cabo Yapigio hasta Sipunte, para fondear frente a Italia, hacía la travesía hasta Tarento y utilizaba esta ciudad como mercado para intercam-
9 bios y transacciones[11]. Brentesio[12] no se había fundado todavía. Por esto, Fabio[13] atribuyó gran importancia a
10 la operación; dejó lo restante y se dedicó a meditar sobre estos planes.

España

2 Ahora vamos a historiar los hechos de Publio Cornelio Escipión en España y añadiremos un resumen de todas las gestas de su vida. Nos parece, pues, indispensable que los lectores conozcan anticipadamente algo del carácter, de la manera de ser de este persona-
2 je[14]. Fue quien gozó de más fama en los tiempos pasados y, por ello, todo el mundo se empeña en saber quién fue, en conocer su modo de ser y sus tendencias, peculiaridades que le empujaron a coronar tantas y tan

---

11 La traducción del § 9 es algo difícil, pero para comprender la dificultad habría que ver el texto griego. La traducción ofrecida presenta una concreción rechazada por WALBANK, *Commentary*, ad loc., quien ve aquí una indicación incidental de que las naves griegas cruzaban el Adriático para atracar en diversos puntos de la costa italiana, entre Sipunte y Tarento, y que no se limitaban a efectuar la travesía más recta (que es lo indicado en mi traducción). Pero no hay razones sintácticas decisivas a favor de ninguna de las dos posibilidades. Por lo demás, Sipunte era una ciudad daunia al S. de las lomas del monte Gárgano sobre el cabo Yapigio, hoy Santa Maria di Leuca, cf. II 14, 5, y XXXIV 11, 11.

12 Brentesio (Brindisi) era una ciudad mesapia que los romanos tomaron en el 266 a. C. Durante la primera guerra iliria se convirtió en base de operaciones de la flota romana que operó hacia el E. Cf. II 17, 7.

13 Se trata de Quintus Fabius Maximus Verrucosus. La operación citada es la recuperación de Tarento.

14 Puntos en que Polibio discrepa de sus predecesores.

grandes hazañas. Sin embargo, es difícil evitar la igno- 3
rancia o la opinión falsa, porque los que han tratado
de este personaje se han apartado de la realidad. A los 4
que sean capaces de profundizar en las más hermosas
y valientes de sus gestas, nuestra narración les eviden-
ciará que lo que decimos es auténtico. Los demás tra- 5
tadistas nos presentan a Cornelio Escipión como a un
hombre que coronó sus intentos por una cierta casua-
lidad, la mayor parte de las veces inesperadamente y
por azar, convencidos de que estos varones son más 6
divinos y admirables que los que obran de manera ra-
cional. No saben que, de estas dos cosas citadas, la
última es elogiable y la primera sólo logra que consi-
deremos feliz al agraciado con ella. Esta postrera se 7
da incluso entre el vulgo, pero la primera, la elogiable,
sólo es propia de personas prudentes y con seso; son
éstos los que en realidad debemos considerar más di-
vinos y predilectos de los dioses. Siempre he creído 8
que Publio Cornelio Escipión tuvo una naturaleza y unos
principios muy afines a los de Licurgo[15], el legislador

---

15 Licurgo estableció su constitución mixta sobre bases enteramente racionales, pero para darles credibilidad las atribuyó al oráculo de Delfos (VI 10, 12); un proceder semejante es el de Escipión. ¿Implica esto, por parte de Polibio, un uso cínico de la religión? La materia es ampliamente discutida por WALBANK, *Commentary*, págs. 195 y sigs., en el estudio preliminar de toda esta sección de la obra de Polibio; la conclusión es negativa: Polibio no era un cínico (no en el sentido filosófico de la palabra, tampoco en el peyorativo), y el cumplimiento de la «profecía» de Escipión de que Neptuno ayudaría en algo muy concreto a los romanos como es el reflujo de la marea, Escipión podía saberlo (es decir, podía saber el fenómeno de la marea y atribuirlo al dios), pero, con toda certeza, no sus soldados romanos. Aquí hay algo de coincidencia, mucho de previsión e, innegablemente, un apoyarse en la fe de la masa sencilla. Visto con ojos muy actuales, esto quizás sea reprobable, pero yo no me atrevería a ser un juez tan severo de Escipión, ni, por descontado, de Polibio.

9 espartano. No debemos pensar que éste fuera tan religioso que, al redactar la constitución espartana, atendiera sólo a la Pitia [16], así como tampoco debemos imaginarnos que, si Cornelio Escipión proporcionó a su patria [17] un imperio tan enorme, lo hiciera movido por
10 sueños y agüeros. Ambos personajes se dieron cuenta de que la mayoría de los hombres no admite fácilmente hechos paradójicos y que, si no es con una confianza fundada en los dioses, no se atreven a acometer empresas
11 difíciles; Licurgo avaló sus concepciones con el oráculo pítico y convirtió en más creíbles y aceptables sus opi-
12 niones; de modo no distinto, Cornelio Escipión divulgó siempre, entre el pueblo, que realizaba sus proyectos por inspiración divina y, así, infundía confianza y ánimo
13 en sus subordinados ante las empresas difíciles. Sin embargo, lo que se va a exponer evidencia que lo hizo todo con cálculo y reflexión; coronó con éxito sus acciones de una manera perfectamente lógica.

3 Todo el mundo está de acuerdo en que fue un hombre magnánimo y amigo de hacer el bien; en cambio, sólo los que convivieron con él y constataron sus modos de proceder concederán que fue sagaz, sobrio y que meditaba mucho sus planes; esto, los más lo niegan.
2 Uno de sus más allegados fue Cayo Lelio [18], que, desde

---

[16] Cosa que, sin embargo, afirman Platón (*Leyes* I 624a) y Jenofonte (*Constitución de los Lacedemonios* VIII 3). De modo que aquí Polibio cumple lo implícitamente indicado en la nota 13.

[17] Aquí Paton traduce «de su patria», es decir, con los medios que le proporcionaba su patria, pero, visto el griego, su traducción es decididamente falsa.

[18] G. A. Lehmann, «Polybios und die griechische Geschichtschreibung», en *Polybe. Neuf exposés...*, pág. 197, piensa que Polibio recibió personalmente las noticias de Cayo Lelio acerca de Escipión en la vejez de aquél, muchas veces deformadas, y en la nota al pie de página nota el lugar X 3, 2 como prueba de ello. Sin ninguna connotación peyorativa se refiere, en el mismo libro, E. W. Marsden, «Polybius as a military Historian», pág. 281.

su juventud hasta el fin de sus días[19], participó en lo
que Cornelio Escipión razonó y realizó. Él es quien nos
ha imbuido esta opinión referente a Publio Cornelio:
sus palabras son sensatas y consuenan con los hechos
de referencia. Lelio narraba que el primer hecho nota- 3
ble de Cornelio Escipión tuvo lugar en cierta ocasión
en que su padre había trabado un combate de caballería
contra Aníbal a orillas del Po[20]. Parece que fue enton- 4
ces —Cornelio Escipión tenía diecisiete años— cuando
salió a campaña por primera vez. Su padre le confió
el mando de un escuadrón de hombres de a caballo
selectos, que en realidad debían protegerle. Pero él vio
que su progenitor corría peligro, herido gravemente y
rodeado de dos o tres jinetes enemigos. Primero ex-
hortó a los que estaban con él para que prestaran ayu-
da, pero éstos se echaron atrás, ante el gran número 5
de adversarios que les rodeaban; entonces, él solo avan-
zó audazmente afrontando el riesgo y atacó a los jinetes
que les acometían. Así obligó a sus hombres a arreme- 6
ter, con lo cual los rivales se diseminaron, presos por
el pánico. Publio, a salvo contra toda esperanza, fue
el primero que en persona saludó a su hijo como su
salvador, y esto lo oyeron todos. Le sobrevino una fama 7
de valor fundada en la gesta reseñada y, desde entonces,
en los tiempos que siguieron se entregó sin reservas al
riesgo personal siempre que la patria depositó en él

WALBANK, *Commentary*, ad loc., piensa que, como sea, Cayo Lelio fue una fuente importante para Polibio en lo referente a Escipión el Africano.

19 Aquí el texto griego es anfibológico: «desde la juventud hasta el fin de sus días», puede aplicarse, sintácticamente a Escipión y a Lelio. Pero es claro que se trata del primero.

20 Fue en el 218 a. C.; cf. III 65. Algunos han supuesto que se trata de una invención, pero no lo parece. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

su última esperanza[21]. Esto es propio de un general prudente, que no confía en el azar.

4 Cornelio Escipión tenía un hermano mayor que él. Después del hecho ya narrado, este hermano presentó su candidatura a la dignidad edilicia[22], que es prácticamente la máxima magistratura que entre los romanos
2 puede alcanzar un joven. Lo acostumbrado era nombrar a dos patricios[23], y en aquella ocasión había bastantes pretendientes. Al principio, Cornelio no se atrevía a
3 aspirar a la misma magistratura que su hermano, pero a medida que se iba acercando el día de las elecciones, la inclinación del pueblo le hizo comprender que su hermano gozaba de pocas posibilidades. Se dio cuenta también de que el pueblo sentía una gran simpatía por él y supuso que, únicamente si lo intentaban los dos a la vez, su hermano obtendría lo que se proponía. En-
4 tonces tuvo la ocurrencia siguiente: se apercibió de que su madre recorría los templos y ofrecía sacrificios a los dioses pidiendo por su hermano: esperaba an-
5 siosamente los acontecimientos. Ella era la única que se preocupaba por su hijo mayor porque el padre había zarpado hacia España[24]; le habían nombrado gene-

---

21 Esto no contradice los lugares en que afirma que un buen general debe protegerse, y no arriesgarse en el combate; cf. el cap. 33 de este mismo ilbro.

22 La sección 4, 1-5, 8 (dignidad edilicia de Escipión) presenta desajustes históricos que quizás no evidencien falsedad en lo aquí narrado, pero sí deficiencias en su transmisión hasta Polibio. Exponerlas sería demasiado para este comentario. Remito a WALBANK, *Commentary*, ad loc.

23 Es la única vez en que, en la obra conservada de Polibio, se menciona la dignidad patricia. No es muy clara, con todo, la referencia de Polibio: había dos dignidades edilicias, la curul y la patricia. Cf. la entrada *aediles* del *The Oxford Classical Dictionary*, Oxford, 1972, págs. 11-12.

24 El padre de Escipión el Africano zarpó hacia España el 217 a. C., y los hechos aquí aducidos se sitúan en el 213 a. C.; una de las muchas incoherencias que presenta este relato.

ral de las operaciones narradas anteriormente. Publio
dijo a su madre que había tenido por dos veces el
mismo sueño: le había parecido que le habían elegido 6
edil junto con su hermano, que subían desde el ágora
y que ella salía a recibirles a la puerta, les abrazaba y
les besaba. Ella experimentó un deseo muy maternal 7
y exclamó: «¡Ojalá pudiera ver yo este día!» «¿Quie-
res, madre, que lo intentemos?» preguntó él. Ella asin- 8
tió, convencida de que su hijo no se atrevería y que
aquello era una broma, pues Publio Cornelio era casi
un adolescente. Pero él mandó que le confeccionaran
una túnica blanca[25]: los que pretenden magistraturas 9
acostumbran a vestirlas.

La madre había olvidado por completo su consen- 5
timiento y, mientras ella todavía estaba en la cama,
el joven tomó su vestido blanco y se fue al ágora. El 2
pueblo, ante algo tan inesperado, y como además ya
sentía una gran simpatía por aquel joven, le acogió
con admiración. Luego Publio avanzó hasta el lugar 3
indicado y se puso al lado de su hermano. Salieron
votados por mayoría para la magistratura no sólo Pu-
blio Cornelio, sino también su hermano Cneo, gracias
al otro, de modo que los dos regresaron a su casa con el
nombramiento de ediles. La madre se enteró de impro- 4
viso; loca de alegría salió hasta la puerta y saludó,
llena de gozo, a sus dos hijos. Esto hizo que los que 5
ya antes habían oído hablar de sus ensueños creyeran
que Publio Cornelio tenía tratos con los dioses no sólo
dormido, sino en pleno día y en vigilia. La verdad es 6
que tales ensueños eran inexistentes, pero Publio Cor-
nelio, persona propicia a hacer favores, generosa y ama-
ble, previó que en aquella confrontación tenía al pueblo

---

25 El texto griego recubre un tecnicismo: se trata de la *toga candida*. La explanación se hace de cara a los lectores griegos.

7 de su lado. Supo explotar hábilmente la oportunidad que
le ofrecieron el pueblo y su misma madre, y no sólo
vio coronados sus planes por el éxito, sino que además
8 pareció que actuaba por una inspiración divina. Los
que son incapaces, o bien por torpeza natural, o por
inexperiencia o negligencia, de adivinar con precisión
sus oportunidades atribuyen a los dioses o a la suerte
la causa de lo que se ha cumplido por un cálculo pre-
visor.

9 Me he extendido en todo esto en atención a mis
lectores, para evitar que den crédito fácil a las opi-
niones más corrientes acerca de Publio Cornelio Es-
cipión, con lo cual no verían lo más bello y admirable
de su personalidad[26], me refiero a su destreza y a su
10 diligencia, lo cual los mismos hechos convertirán en
más evidente.

6 En resumen, entonces reunió a sus tropas y las ex-
hortaba a que no se alarmaran por la derrota ante-
2 rior[27], puesto que los romanos jamás habían sido ven-
cidos por la potencia de los cartagineses, sino por la
traición de los celtíberos[28], y también por la temeridad
de los dos generales romanos, que se habían separado
demasiado uno del otro, fiados en la alianza con aquellos
3 de quienes he hecho mención. Las dos cosas afirmó
que ahora ocurrían al enemigo, porque éste había dis-
tanciado mucho sus campamentos y, además, habían
tratado con soberbia a sus aliados, enajenándoselos y
4 convirtiéndolos en enemigos. Esto había hecho que al-
gunos ya le hubieran enviado mensajeros y que otros,
cuando cobraran más confianza al ver que ellos, los

---

26 Es evidente que en tiempos de Polibio había en Roma una fuerte campaña contra la figura de Escipión el Africano.

27 La derrota y muerte de su padre y de su tío a manos de los cartagineses, narrada en VIII 38 y IX 11.

28 Cf. 7, 1.

romanos, habían cruzado el río[29], se le presentaran espontáneamente, no por sentimientos de adhesión hacia él, es cierto, pero sí para rechazar al máximo la insolencia de los cartagineses para con ellos. Afirmaba que, 5
sin embargo, lo más importante era que los generales adversarios se habían enemistado y que se negaban a presentar batalla conjuntamente contra los romanos; si se arriesgaban separadamente, eran fácilmente superables. Les exhortaba a pensar eso y a atravesar el 6
río con confianza; él y los demás comandantes les prometían cumplir la parte que les concernía a ellos. Con 7
estas palabras dejó a Marco Silano, su lugarteniente, con tres mil soldados de infantería y quinientos jinetes, para que patrullaran por los lugares por donde se había hecho la travesía y vigilaran los aliados de acá del río; él hizo pasar a las fuerzas restantes sin dejar prever sus intenciones. Su verdadera determinación era 8
no hacer nada de lo que había dicho delante de todos; lo que se proponía era asediar de repente la ciudad española de Cartagena[30]. Y he aquí la primera gran 9
prueba de nuestra opinión[31], hace poco expuesta. Más 10
que nada, porque a sus veintisiete años se entregó totalmente a empresas que la gente creía desesperadas ante la magnitud de los desastres ocurridos y, además, por- 11
que en esta dedicación dejó a un lado los planes vulgares, que le podían venir a la mente a cualquiera, y pensó y se propuso hacer lo que [ni amigos] ni enemigos[32] podían sospechar. Y todo lo realizaba con los 12
cálculos más precisos.

---

29 El Ebro.

30 Sobre Cartagena, cf. II 13, 1 ss.

31 Es decir, que hacía las cosas con cálculo y previsión, que obraba de acuerdo con planes prefijados

32 El texto griego ofrece aquí una laguna; el sentido de lo omitido por negligencia del copista es claro: la contraposición *amigo/enemigo*, aunque el tenor verbal de la restitución difiere

7 Ya de buenas a primeras, cuando todavía estaba
en Roma, había hecho averiguaciones, había investiga-
do con detalle la traición de los celtíberos y la separa-
ción de las legiones romanas, y dedujo que en todo ello
radicaba la causa de los desastres sufridos por los
2 hombres de su padre; los cartagineses ni le impresio-
naron ni le desanimaron, como habían causado im-
3 pacto y desalentado a sus gentes. Después supo que los
aliados de más allá del Ebro[33] se mantenían fieles a los
romanos y, también, que los generales cartagineses an-
daban a la greña y que trataban desdeñosamente a los
pueblos sometidos. Todo ello le hizo cobrar ánimo para
la expedición, en la que fio no de la suerte, sino del
4 cálculo. Llegado ya a España, lo removió todo[34] para
indagar sobre los enemigos. Pudo enterarse de que las
fuerzas de los cartagineses se habían dividido en tres
5 grupos: Magón[35] estaba más allá de las columnas de

---

en los diversos editores del texto griego. Aquí me aparto de la lectura de Büttner-Wobst (que, traducida, dice: «lo que ni aun los amigos podían esperar»), que me parece desafortunada. Mi traducción responde a la restitución del texto griego de Paton, creo que injustamente criticada por Walbank, *Commentary*, ad loc., cuando dice que adolece de la falta de un participio, ya que éste es fácilmente sobreentendible, amén de no poder descartar del todo un simple error tipográfico.

33 Polibio sitúa su pensamiento en Cartagena: los aliados «de más allá del Ebro» son los del N. del río. Cf. III 14, 19 ss.

34 Aquí doy una traducción aparentemente infiel; el sentido no sufre en lo más mínimo y gana el estilo castellano; la traducción rigurosamente literal sería: «removió a todas las personas». Lo que no entiendo es cómo Walbank, *Commentary*, ad loc., propone la traducción «by questioning everyone», pues el verbo griego *anakinéō* no admite en absoluto el sentido «preguntar». Pueden, a este respecto, consultarse las entradas correspondientes del diccionario griego-inglés de Lidell-Scott, o el griego-alemán de Pape.

35 Hermano de Aníbal; cf. IX 11, 1; 22, 2.

Heracles, entre el pueblo llamado de los conios[36]; Asdrúbal, hijo de Gescón[37], estaba en Lusitania[38], en la desembocadura del Tajo[39], y el segundo Asdrúbal[40] asediaba una ciudad en la región de los carpetanos; los tres se encontraban a más de diez días de marcha de Cartagena[41]. Se convenció de que si se decidía a presentar 6
batalla al enemigo, enfrentarse a los tres en bloque le era altamente inseguro, ya que sus antecesores habían salido derrotados y el adversario era muy superior en número. Por otro lado, si provocaba a batalla a un 7
grupo solo, incluso si lograba ponerlo en fuga, acudirían las fuerzas cartaginesas restantes y él, de uno u otro modo, se vería rodeado, así que temía sucumbir a la misma desgracia que su tío Cneo Escipión o que su padre Publio.

---

36 Son los *conii* latinos, llamados *cynetes* por los griegos (Heródoto, II 33), que habitaban en la región que va de la desembocadura del Guadiana hasta el cabo San Vicente. Sin embargo, la lectura del griego no es absolutamente segura; hay quien lee, en el griego, naturalmente, «más acá de las columnas de Heracles», sin variar la alusión a los conios, cuya ubicación quedaría modificada. Walbank, *Commentary*, ad loc., opina que esta segunda posibilidad no debe desecharse totalmente y que así, cree él, la referencia a las columnas de Heracles gana en relevancia.

37 Cf. IX 11, 3.

38 Los lusitanos habitaban la parte de Portugal entre el Duero y el Tajo, pero más tarde extendieron sus dominios y llegaron a la cuenca del Guadiana.

39 El texto griego comprueba aquí simultáneamente la acuidad de los filólogos y la ignorancia de los copistas griegos bizantinos acerca de España, ya que aquí el copista griego acepta estoicamente el absurdo de poner dos palabras que no significan nada (porque él mismo desconocía la existencia del río Tajo), pero ya Casaubon, en su edición ginebrina restituyó en el texto griego la lectura genuinamente polibiana.

40 El hermano pequeño de Aníbal. Cf. IX 22, 2.

41 Cf. XI 3, 1.

8 Por esto ya desde el principio descartó una opera-
ción de este tipo. Sabía, en cambio, que la ciudad de
Cartagena, que ya he citado, era muy útil al enemigo
y que, precisamente en la guerra de entonces, perjudica-
ba mucho a los romanos. Durante el invierno[42] había
reunido informaciones de gente que conocía bien sus
2 peculiaridades. Lo primero que supo fue que era prác-
ticamente la única ciudad de España dotada de un
puerto[43] capaz de albergar una flota, es decir, fuerzas
navales; averiguó, además, que su situación era ex-
cepcionalmente favorable para los cartagineses, para
sus navegaciones desde el África y sus travesías por
3 mar. En segundo lugar se enteró de que los cartagine-
ses guardaban en este sitio prácticamente todos sus
fondos y los bagajes de sus ejércitos, además de sus
4 rehenes procedentes de toda España. Lo más impor-
tante era que hombres verdaderamente expertos en la
guerra allí había sólo mil como guarnición de la ciuda-
dela, porque jamás nadie llegó a sospechar que hubiera
quien planeara asediar la plaza, dominando, como do-
minaban, prácticamente, los cartagineses toda España.
5 Le informaron de que allí había un gran número de
hombres, pero eran artesanos, obreros o marineros, sin
ninguna experiencia bélica. Supuso que esto, más bien,
embarazaría a la ciudad en el caso de una aparición
6 inesperada. No ignoraba la situación geográfica de Car-
tagena, ni sus defensas, ni la configuración de un lago
7 que la rodea. Algunos pescadores que habían faenado
allí le indicaron que el lago era muy fangoso y que se
podía vadear casi por todas partes cada día, principal-
mente a la hora del crepúsculo vespertino, en que nor-

42 Del año 210/209.

43 En rigor el texto griego pone «puertos», pero Cartagena no ha tenido nunca más de un solo puerto, por lo que aquí, en el texto original, se debe ver la figura «plural por singular».

malmente hay un reflujo[44]. De este cúmulo de informaciones dedujo que si el éxito coronaba sus planes no sólo perjudicaría al enemigo, sino que se haría con 8

[44] Este reflujo ha llevado de cabeza a los comentaristas y ha hecho llenar páginas y páginas; cf. la introducción general, a esta sección del libro X, de WALBANK, *Commentary*, págs. 192-196. Muy en resumen, he aquí lo que apunta Walbank: en general, las mareas en el Mediterráneo no se notan. Si Polibio atribuye este reflujo a una marea normal, se equivoca. Por lo demás, se compaginan mal la hora del reflujo (el atardecer) y el asalto contra la plaza. La solución más cómoda es pensar que lo del reflujo es una leyenda. Pero las fuentes de Polibio son fidedignas y todas hablan de este reflujo, del que es difícil pensar que es algo inventado; seguramente Polibio dispuso de una información directa del texto de una carta mandada por Escipión el Africano a Filipo V de Macedonia, en la que se habla de esta operación militar y del reflujo. No hay razones para pensar que Escipión no lanzó el ataque decisivo aprovechando el reflujo, que podía producirse por los vientos de una determinada época del año, cosa sabida por Escipión y anunciada a sus soldados como una profecía de Neptuno para darles moral. Evidentemente Escipión se exponía a que, precisamente en el día del asalto, los vientos no soplaran y que no se produjera el reflujo, pero el riesgo, que no pasó de tal, se debía correr y, además, el asalto por el lugar del reflujo podía tener un carácter eminentemente psicológico. Todo lo expuesto hasta aquí es más importante de lo que parece, porque, por un lado, atestigua la extrema seriedad de Polibio como historiador, la destreza de Escipión el Africano, su audacia (no su temeridad) como militar y su religiosidad pragmática, lejos de todo misticismo, y, por otro lado, el profundo respeto de Polibio hacia esta posición y, quizás, sus propias convicciones. ¿Son éstas de un racionalismo a ultranza, como parece indicar el lugar XVI 12, 9, donde se dice que estas narraciones de milagros son útiles porque inspiran la piedad popular? Yo, personalmente, creo que no. Ello está suficientemente documentado en mi artículo: «La religiosidad en Polibio», citado ya tantas veces.

Digamos, finalmente, algo con lo que quizás se hubiera debido empezar: el texto de Büttner-Wobst (que es el adoptado; propuesto anteriormente por Benseler) no es el del manuscrito griego, cuya traducción sería: «hay un enorme reflujo», lo cual condicionaría ineludiblemente el reflujo y el asalto; Benseler

9 grandes ingresos para sus propias operaciones; si, por
el contrario, fracasaba en sus intentos, con sólo lograr
asegurar su campamento (cosa fácil, porque las fuer-
zas enemigas se encontraban muy lejos) podría poner
10 a salvo sus soldados, porque era dueño del mar. Así que
abandonó cualquier otro proyecto y, durante el invierno,
se dedicó a estos preparativos.

9 A su edad, que he apuntado un poco más arriba, ya abrigaba estos proyectos, pero los ocultó a todo el mundo, a excepción de Cayo Lelio, hasta que creyó oportuno hacerlos públicos.

2 Los historiadores[45] están de acuerdo en todas estas
previsiones, pero, siempre que llegan al final de su
hazaña, no alcanzo a entender por qué no atribuyen al
hombre y a su prudencia el éxito obtenido, sino a los
3 dioses y a la suerte, eso sin el testimonio de sus íntimos
y de los que convivieron con él, incluso cuando existe
una carta del propio Publio Escipión a Filipo, en la
cual aquél expone claramente que fue con la ayuda de
las previsiones citadas arriba como él emprendió las
operaciones de España y, principalmente, el asedio de
Cartagena[46].

4 Entonces dio secretamente órdenes de navegar hacia
la ciudad citada al almirante de la escuadra, Cayo Lelio,
5 que era el único que conocía los planes, como se indicó
6 más arriba; él tomó las fuerzas de infantería e hizo la
marcha muy rápidamente. El número de soldados de

vio con agudeza que el ataque romano no dependía en modo alguno del reflujo, y propuso la lectura adoptada por Büttner-Wobst y defendida por Walbank como genuinamente polibiana.

45 Seguramente, Sileno y Fabius Pictor. Sobre este último, cf. notas 16 y 45 del libro I. En cuanto a Sileno, fue un historiador siciliano que acompañó a Aníbal en su campaña de Italia y escribió una historia de la segunda guerra púnica. También redactó una historia de Sicilia (*Sikeliká*).

46 Polibio incide, una vez más, en su defensa a ultranza de Escipión el Africano.

infantería era de unos veinticinco mil; los jinetes eran
dos mil quinientos. Llegó al lugar en siete días[47] y puso 7
su campamento en las afueras, al lado norte de la ciu-
dad[48]. Al lado opuesto del perímetro del campamento
trazó un foso y una empalizada doble, que iban de mar
a mar[49]. Por el lado que daba a la ciudad no puso nada,
pues la misma configuración del lugar[50] le ofrecía segu-
ridad suficiente. Puesto que nos disponemos a narrar el 8
asedio y la toma de la ciudad en cuestión, nos parece
indispensable describir a los lectores, con algún detalle,
el paraje en que está la población y la disposición de
ésta[51].

Está situada hacia el punto medio del litoral español, 10
en un golfo orientado hacia el Sudoeste. La profundi-

---

47 El texto de Polibio da a entender que la marcha de siete días empezó a orillas del Ebro, no lejos de su desembocadura (quizás en las inmediaciones de Tortosa); cf. 6, 7 de este mismo libro. Pero los comentaristas han notado que un ejército como el romano, dotado de un gran bagaje, seguramente con un número muy crecido de soldados, difícilmente podría en siete jornadas trasponer la distancia entre el Ebro y Cartagena, por lo que se propone como alternativa el Júcar, alguna vez confundido por Polibio con el Ebro, por ejemplo en el episodio de Sagunto (II 13, 7). Otros proponen una variante textual: «a diez días».

48 Escipión planta su campamento horizontalmente al istmo que unía la ciudad con tierra adentro. Era un modo simplicísimo de asediarla.

49 Literalmente, esto es lo que dice Polibio, pero si insertamos la frase en el conjunto de datos ofrecido, el sentido es: «del lago al mar».

50 Aquí está la colina llamada hoy «Castillo del Moro».

51 Aunque es seguro que Polibio estuvo en España e, incluso, en Cartagena, no parece que acompañara a Escipión el Africano precisamente en esta operación; su conocimiento personal del paraje no le exime de errores evitables sólo por la contemplación de un buen mapa. Cf. la interesante introducción general a la operación de Cartagena, WALBANK, *Commentary II*, págs. 205-207, con un plano de Cartagena en tiempos de Polibio.

dad del golfo es de unos veinte estadios y la distancia entre ambos extremos es de diez; el golfo, pues, es
2 muy semejante a un puerto[52]. En la boca del golfo hay una isla[53] que estrecha enormemente el paso de penetra-
3 ción hacia dentro, por sus dos flancos. La isla actúa de rompiente del oleaje marino, de modo que dentro del golfo hay siempre una gran calma, interrumpida sólo cuando los vientos africanos se precipitan por las
4 dos entradas y encrespan el oleaje. Los otros, en cambio, jamás remueven las aguas, debido a la tierra firme
5 que las circundan. En el fondo del golfo hay un tómbolo, encima del cual está la ciudad, rodeada de mar por el Este y por el Sur, aislada por el lago al Oeste y en parte por el Norte[54], de modo que el brazo de tierra que alcanza al otro lado del mar, que es el que enlaza la ciudad con la tierra firme, no alcanza una anchura
6 mayor que dos estadios. El casco de la ciudad es cóncavo; en su parte meridional presenta un acceso más plano desde el mar. Unas colinas ocupan el terreno restante, dos de ellas muy montuosas y escarpadas, y tres no tan elevadas, pero abruptas y difíciles de escalar[55].
7 La colina más alta está al Este de la ciudad y se pre-

---

52 La disposición que da Polibio es exacta, pero no las distancias. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

53 Era un islote, hoy unido a la tierra firme formando un estrecho brazo de tierra mar adentro, que cierra el golfo de Cartagena por el lado oriental. Cf. *Gran Atlas Aguilar*, I, pág. 121, y el plano de la ciudad púnica de Cartagena, en WALBANK, *Commentary*, pág. 206.

54 Aquí la localización de este lago (hoy desecado) es correcta: la llanura marismeña de Almajar, al N. de Cartagena.

55 Los dos montes más altos son el monte Concepción y el monte Molinete; los tres más bajos son el monte Sacro, el monte de San José y el castillo de Despeñaperros, identificados estos últimos con las colinas de Cronos, Aletes y Hefesto, respectivamente. Hefesto y Cronos gozaban de gran veneración entre las estirpes púnicas; Aletes, como el mismo Polibio indica, debía de ser una divinidad local. Cronos era el Baal de los fenicios.

cipita en el mar; en su cima se levanta un templo a
Asclepio. Hay otra colina frente a ésta, de disposición 8
similar, en la cual se edificaron magníficos palacios rea-
les, construidos, según se dice, por Asdrúbal, quien as-
piraba a un poder monárquico. Las otras elevaciones 9
del terreno, simplemente unos altozanos, rodean la
parte septentrional de la ciudad. De estos tres, el orien- 10
tado hacia el Este se llama el de Hefesto, el que viene
a continuación, el de Altes, personaje que, al parecer,
obtuvo honores divinos por haber descubierto unas
minas de plata; el tercero de los altozanos lleva el nom-
bre de Cronos. Se ha abierto un cauce artificial entre 11
el estanque y las aguas más próximas, para facilitar el
trabajo a los que se ocupan en cosas de la mar. Por 12
encima de este canal que corta el brazo de tierra que
separa el lago y el mar se ha tendido un puente para
que carros y acémilas puedan pasar por aquí, desde el
interior del país, los suministros necesarios.

Ésta es, pues, la configuración del lugar. Por el lado 11
que daba al mar los romanos no dispusieron nada,
pues el estanque aseguraba su campamento y el mar
completaba su defensa[56]. En el espacio abierto entre 2
el mar y el estanque, el que unía la ciudad con la tierra
firme, Escipión no erigió ningún atrincheramiento; este
espacio era el centro de su propio campamento. Lo 3

---

[56] En 9, 7 se dice que la otra parte del campamento tenía fortificaciones artificiales, pero no ésta, porque la configuración del lugar era defensa suficiente. El paraje presente lo contradice, por cuanto: a) la inexistencia de defensas artificiales se explica por motivos tácticos, es decir, poder avanzar y retirarse rápidamente; b) aquí se ve el campo romano opuesto a la vez a tres frentes, puerto, istmo y lago. Entonces se presenta el problema de dónde está la razón, aquí o en 9, 7. En último lugar se dice que el campamento de Escipión ocupaba toda la anchura del istmo. Véase WALBANK, *Commentary*, ad loc.: entre estos dos lugares no hay composición posible, y aquí hay un desajuste no notado por Polibio en su exposición.

hizo o bien para alarmar al enemigo o porque convenía
a sus planes, para disponer lo más libremente posible
4 de las entradas y salidas de su acampada. Inicialmente
el perímetro de la ciudad medía no más de veinte esta-
dios, aunque sé muy bien que no faltan quienes han
hablado de cuarenta, pero no es verdad. Lo afirmamos
no de oídas, sino porque lo hemos examinado personal-
mente y con atención; hoy es aún más reducido.
5 La flota romana llegó en el momento preciso, y Es-
cipión congregó a aquella muchedumbre y la arengó:
echó mano de los argumentos en que él confiaba y no
de otros; los hemos expuesto detalladamente algo más
6 arriba, en lugar oportuno [57]. Demostró que la empresa
era factible; resumió las pérdidas que experimentaría
el enemigo, si ellos alcanzaban la victoria, y cómo pro-
gresaría su propia causa; por lo demás, prometió coro-
nas de oro [58] a los primeros que escalaran los muros
y los premios habituales a los que se distinguieran por
7 su coraje; acabó señalando que, ya desde el principio,
Poseidón se le había aparecido en sueños y que le había
sugerido este intento [59]; además, le había declarado que,
cuando la acción se llevara a cabo [60], su ayuda sería tan
manifiesta, que nadie del ejército podría dudar de su
8 cooperación. Mezcló, pues, argumentos irrefutables con
palabras de exhortación, prometió coronas de oro y
mencionó la providencia del dios [61], con lo cual infundió
a toda aquella juventud gran empuje y ardor.

---

57 Cf. 7, 1-8, 9.

58 Los romanos llamaban a estas coronas *praecipuum muralis coronae decus.*

59 Esta «profecía» y su cumplimiento forman el núcleo de la narración polibiana de la toma de Cartagena y contribuyeron, seguramente, a la narración sobre la leyenda de Escipión.

60 La referencia principal es al cruce del lago.

61 Walbank, *Commentary* ad loe., niega rotundamente cualquier paralelo entre esta providencia y el sentido cristiano de la providencia de Dios.

Al día siguiente hizo fondear las naves, al mando 12
de Cayo Lelio, delante del litoral; llevaban proyectiles
de todas clases. Por tierra, seleccionó a sus dos mil
hombres más fornidos y los apostó conjuntamente con
los que portaban las escaleras. El asalto empezó hacia
la tercera hora[62] del día. Magón[63], el comandante de 2
la ciudad, dividió su cohorte de mil hombres; dejó la
mitad en la acrópolis[64] y situó los restantes al pie de la
colina oriental. Tomó a los demás y armó a los más 3
robustos, unos dos mil, con las armas que quedaban en
la ciudad. A éstos los situó en la puerta[65] que conducía
al brazo de tierra y hacia el campamento enemigo. Y
mandó a los que quedaban socorrer con todas sus fuer-
zas donde fuera preciso de la muralla. En el mismo 4
momento en que Escipión a toque de corneta ordenó
el asalto, Magón hizo salir por la puerta a su gente ar-
mada, creído que así aterrorizaría al enemigo y haría
fracasar totalmente su tentativa. Estos hombres arre- 5
metieron vigorosamente contra los romanos que salían
de su acampada y que se iban alineando a lo largo del
istmo. Se entabló un combate encarnizado y, en los
dos bandos, se podían oír las exhortaciones propias de
la guerra; las mismas salían de los que se encontraban
en el campamento y de los que quedaban en la ciudad;
todo el mundo animaba a los suyos. Sin embargo, la 6
eficacia de los refuerzos que afluían no era la misma,
porque a los cartagineses sólo les llegaban a través de
un portón y, además, debían recorrer casi dos estadios;
los romanos, en cambio, los tenían al alcance de la mano
y, además, por muchos sitios. Esto convertía la lucha

62 A las nueve de la mañana.

63 Este Magón, del que sólo conocemos este episodio, no debe ser confundido con los restantes personajes de este nombre.

64 Es el ya citado monte Molinete.

65 Puerta situada, posiblemente, entre el castillo de Despeñaperros y el monte de San José.

7 en desigual. Publio Escipión había colocado intencio-
nadamente a sus hombres al lado mismo del campa-
mento, para atraer lejos al enemigo: veía claramente
que, si lograba aniquilar a éstos, la flor y nata[66] de la
guarnición de la ciudad, lo desorganizaría todo y, desde
entonces, nadie se atrevería a salir por aquella puerta.
8 Durante largo rato la pugna fue indecisa, ya que lucha-
ba por ambos lados la tropa escogida, pero al final el
empuje de los refuerzos que afluían desde el campa-
mento rechazó a los cartagineses, que se volvieron de
9 espaldas. Ya durante la batalla muchos de ellos habían
perecido, pero cuando se precipitaron huyendo hacia la
portezuela murieron aún más, al pisotearse mutuamen-
10 te. Esto desatinó tanto a los de la ciudad, que los que
11 guarnecían la muralla llegaban a abandonarla. Poco
faltó para que, en su acoso, los romanos entraran en la
plaza junto con los que huían delante de ellos. Pero
lograron apoyar las escaleras en el muro sin correr
peligro.

13 Escipión, personalmente, no rehuyó el riesgo, pero
2 lo hizo con la máxima seguridad posible[67]. Llevaba
con él tres escuderos que le cubrían con sus adargas
3 y, así, le protegían del lado del muro. Se presentaba
personalmente en los flancos y subía a los lugares más
elevados, con lo cual colaboraba grandemente a la
4 acción. Comprobaba lo ya realizado, y, además, el hecho
de que los otros le vieran en persona infundía coraje
5 a los combatientes. Y a eso se debió el que en aquella
batalla no se omitiese nada de lo necesario, ya que
siempre que se mostraba la urgencia de algo para la

66 Aquí se ha traducido por un modismo castellano otro modismo griego, que, traducido al pie de la letra, dice: «la punta» (referida a un arma, es decir, lo que está delante, lo prominente). En griego, la figura se remonta a Homero (*Ilíada* X 8; XX 359).

67 Cf. 3, 7 de este mismo libro; cf. 32, 11.

ocasión, todo se hacía al punto, según correspondiera.
Los primeros empezaron a trepar por las escaleras 6
corajudamente, pero aquella invasión se convirtió en muy arriesgada, no tanto por lo nutrido de los defensores como por las grandes dimensiones de las murallas.
Cuando vieron que los atacantes se veían en dificulta- 7
des, los de arriba cobraron ánimo. En efecto, bastan- 8
tes escaleras se rompían porque eran muy altas y subían por ellas muchos a la vez. Los que guiaban la escalada debían ascender casi en vertical, y esto les mareaba; para arrojarles al vacío bastaba una mínima resistencia por parte de los defensores. Cuando éstos, apos- 9
tados en las almenas, disparaban vigas o palos, los
asaltantes eran rechazados y devueltos al suelo. Pero 10
ni estas contrariedades bastaron para atajar el ataque vigoroso de los romanos; cuando los primeros eran rechazados, ya los siguientes subían por el sitio que
cada vez quedaba libre. El día había avanzado mucho, 11
los soldados estaban rendidos por las penalidades y el general de los asaltantes mandó tocar a retirada.

La guarnición de la plaza exultaba, creída de que 14
ya habían anulado el peligro, pero Publio Escipión es- 2
peraba la hora del reflujo[68]. Dispuso en la orilla del lago[69] quinientos hombres con sus correspondientes
escaleras e hizo descansar al resto cerca de la puerta 3
y del istmo. Tras una arenga, les entregó más escaleras que las que tenían antes, de manera que en el muro
pulularan asaltantes por todas partes. Así que se dio 4
la orden de combate y los romanos hubieron aplicado sus escalas al muro, subiendo al punto con gran atrevimiento, los de dentro de la ciudad experimentaron

[68] Que, según Polibio, era al anochecer. Pero ya se ha visto en la nota 44 que el problema del reflujo no es claro, aunque importante en la valoración de Polibio como historiador.

[69] Al N. del lago, posiblemente en el lugar llamado hoy «Molino de Truchas».

5 una grande confusión y desánimo. Creían haber alejado
el riesgo, y ahora veían cómo se les iniciaba otra vez
6 por este segundo asalto. Andaban escasos de proyec-
tiles y, además, les descorazonaba el gran número de
bajas que sufrían. Contrariados por lo sucedido, ofre-
7 cían, sin embargo, tenaz resistencia. Precisamente cuan-
do la lucha en las escaleras alcanzó su máxima inten-
8 sidad, se inició el reflujo. Poco a poco, el agua iba
desalojando los niveles más altos[70] del lago y se pro-
ducía una corriente fuerte e intensa por la desemboca-
dura hacia el mar inmediato; a los que miraran aquel
fenómeno sin reflexionar, la cosa les debía parecer in-
9 creíble. Cornelio Escipión había dispuesto unos guías;
ordenó a sus hombres meterse en el agua; dijo, por
encima de todo, a los que había encomendado tal mi-
10 sión, que no tuvieran miedo. Si había algo en lo que
tenía una habilidad innata, era en infundir coraje y en
transmitir su estado de ánimo a aquellos a quienes
11 arengaba. Los hombres obedecieron y atacaron corrien-
do a través de la marisma; todo el ejército creyó que
12 ello se hacía por la providencia de un dios: les recordó
lo de Poseidón y el anuncio de Publio en su primer par-
lamento. Se excitaron tanto en sus espíritus, que se
apretujaron, forzaron el paso hacia un portal e inten-
taron, desde fuera, astillar las puertas con la ayuda de
13 hachas y de machetes. Los que se habían aproximado
al muro a través del estanque encontraron unas alme-
nas desguarnecidas, y no sólo aplicaron sus escalas sin
ningún peligro, sino que subieron y ocuparon aquel
14 lienzo de muralla sin necesidad de combatir. Los de-
fensores se habían diseminado por otros lugares, prin-
cipalmente por el istmo y por la puerta de aquel lado:
no podían esperar que el enemigo los asaltara desde el

70 O, equivalentemente, «las extremidades del lago». La traducción parece más técnica y exacta.

estanque. El conjunto de sucesos hacía que, entre los 15
defensores, nadie pudiera oír ni ver nada de lo necesario, a lo que contribuía el desorden, el griterío y la confusión de aquella mezcla de combatientes.

Los romanos, pues, conquistaron el muro. Recorrie- 15
ron su cresta y la limpiaron de enemigos. Para este tipo de operaciones les ayudaban mucho sus armas.
Cuando llegaron a la altura de los portales[71], unos ba- 2
jaron para astillar los barrotes, los de fuera penetraron por allí y los que habían forzado el paso por medio de las escaleras en el paraje del istmo, derrotados ya los
defensores, tomaron las almenas. Así fue la conquista 3
de la muralla; los que habían entrado por la puerta se dirigieron a la colina oriental[72], expulsaron a los defen-
sores y la ocuparon. Cuando Publio Escipión creyó que 4
el número de los suyos que había entrado era ya respetable, envió, según la costumbre de los romanos, a la mayoría contra los de la ciudad, con la orden de matar a todo el mundo que encontraran, sin perdonar a nadie; no podían lanzarse a recoger botín hasta oír
la señal correspondiente. Creo que la finalidad de esto 5
es sembrar el pánico. En las ciudades conquistadas por los romanos se pueden ver con frecuencia no sólo per-
sonas descuartizadas, sino perros y otras bestias. Aquí 6
esto se dio sobremanera, pues el número de los atrapa-
dos era enorme. Publio Cornelio se dirigió personal- 7
mente contra la acrópolis, al frente de un millar de hombres. Estaba ya cerca, y Magón inicialmente se resistió. Sin embargo, comprobó que la ciudad había caído ya totalmente; envió mensajeros que cuidaran de su
propia seguridad y rindió la fortaleza. Ante esto, Publio 8
Cornelio mandó dar la señal de cesar en la matanza y
los romanos se lanzaron al botín. Llegó la noche y los 9

[71] Los orientales, que daban al campamento romano.

[72] El monte Concepción.

romanos que tenían orden de ello se quedaron en la
acampada. Publio Cornelio y sus mil hombres vivaquea-
ron en la acrópolis de Cartagena y, a través de los
oficiales, mandó a los demás salir de las casas, reunir
el botín en el ágora, el que correspondía a cada maní-
10 pulo, y pernoctar a su lado. Ordenó que los vélites
salieran del campamento y les apostó en la colina de
la parte oriental.
11 Y esta es la manera como los romanos, en España,
conquistaron Cartagena.
16 Al día siguiente[73] los romanos amontonaron en el
ágora los bagajes de los soldados cartagineses, así como
los ajuares de los ciudadanos y de los obreros. Según
el uso romano, los tribunos lo distribuyeron entre sus
2 legiones. Cuando toman una ciudad, obran como sigue:
de cada unidad eligen un número fijo de hombres, según
la importancia de la plaza, para coger el botín; algunas
3 veces seleccionan manípulos enteros. Sin embargo,
nunca escogen a más de la mitad; los restantes per-
manecen en sus líneas, vigilantes, ya dentro, ya fuera
de la plaza, de modo tal, sin embargo, que sean vistos
4 por todos. Como sus ejércitos las más de las veces se
componen de dos legiones romanas y otras dos alia-
das, y las cuatro legiones resultantes rara vez se juntan,
todos los que han sido enviados a reunir botín regresan
5 con éste, cada hombre a su propia legión, y, después
de la venta[74] de lo aprehendido, los tribunos reparten

---

[73] Aquí empieza una digresión acerca de la justicia y la habilidad con que los romanos reparten el botín. Ello convierte a las tropas en más eficaces.

[74] Aquí hay una variante textual propuesta por Casaubon y seguida por Büttner-Wobst; la refleja la traducción del texto: «después de la venta de lo aprehendido». El texto del manuscrito dice simplemente: «realizado esto, los tribunos». Casaubon introdujo su variante debido a sus brillantes conocimientos de las instituciones romanas.

su producto a partes iguales entre todos, no sólo entre
los que habían permanecido como fuerza protectora,
sino que incluyen también a los vigilantes de las tien-
das, a los enfermos y a los enviados a cualquier ser-
vicio. Ya describimos detalladamente[75], cuando trata- 6
mos la constitución, que nadie puede escamotear nada
del botín, sino que han de ser fieles al juramento que 7
prestan cuando se juntan por primera vez en el campa-
mento. La consecuencia es que cuando la mitad va en 8
busca del botín y la otra mitad, conservando la forma-
ción, realiza una misión de cobertura, a los romanos
la avaricia no les hace peligrar la situación. Sus espe- 9
ranzas de obtener lucro no les infunden recelos mutuos,
sino que son exactamente las mismas en los que quedan
a la expectativa y en los que se dedican a la rapiña.
Nunca abandona nadie su lugar y esto normalmente per-
judica al enemigo.

La mayoría de los hombres soportan riesgos y pena- 17
lidades de cara a las ganancias. Es natural que, cuando
llega una oportunidad, los que quedan en campamentos
y guarniciones permanezcan allí de mala gana, ya que
en la mayoría de las naciones el botín queda en pro-
piedad de quien lo captura. Aunque los reyes y los 2
generales pongan gran empeño en ordenar que todo el
mundo entregue sus presas, sin embargo la creencia
general es que lo que uno logre escamotear le perte-
nece. De ahí que, cuando son muchos los que se dirigen 3
a reunir botín, si no se ejerce sobre ellos un dominio
férreo, peligre la empresa íntegra. Son muchos los que 4
han visto cómo un éxito inicial corona totalmente sus
propósitos, ya sean éstos el asalto de un campamento
enemigo, o la toma de una ciudad, y, sin embargo, aca-
baron fracasando y lo perdieron todo; la causa es la
aducida. Éste es el aspecto, pues, que más deben velar 5

[75] Cf. VI 33, 1.

los generales, para que, en la medida de lo posible, todos
tengan la certeza de que el botín, si llega la oportuni-
dad, será repartido entre todos por igual.
6 Mientras los tribunos estaban repartiendo los des-
pojos, el general romano mandó concentrar a los pri-
sioneros, que eran muchos, casi diez mil. Puso aparte
a los habitantes de la ciudad, con sus mujeres e hijos,
7 e hizo un grupo también con los artesanos. A los pri-
meros les exhortó a ser amigos de Roma, a que no olvi-
8 daran aquel beneficio, y los despachó a sus casas. Ante
salvación tan inesperada, éstos rompieron a llorar y
se fueron dando vivas muestras de veneración para con
9 el general. A los artesanos, les dijo que de momento
eran esclavos públicos de Roma, pero prometió la liber-
tad a todos los que evidenciaran prácticamente su ad-
hesión e interés para con los romanos, esto si la guerra
contra los cartagineses se desarrollaba según sus de-
10 signios. Les ordenó a todos inscribirse en las listas del
cuestor y, para cada grupo de treinta, nombró un pro-
curador romano. El número total era de unos dos mil.
11 Seleccionó a los más fornidos de los prisioneros res-
tantes, a los más distinguidos por su edad y por su figu-
12 ra, y los mezcló con sus tripulaciones. Así duplicó los
efectivos de su marinería y tripuló también las naves
capturadas. Faltó poco para que cada nave tuviera una
13 dotación doble de la anterior. Las naves apresadas fue-
ron dieciocho, que sumó a las treinta y cinco de que ya
14 disponía[76]. Publio Cornelio prometió la libertad también
a estos hombres para después, tras la victoria definitiva
sobre los cartagineses, si colaboraban con interés y bue-
15 nas intenciones. Con estos tratos dados a los prisione-
ros infundió confianza entre los ciudadanos, que se le
adhirieron, tanto a su persona como a las operaciones
generales. También los artesanos se interesaron mucho,

[76] Cf. III 56, 5.

dadas las esperanzas de libertad. Con sus previsiones, 16
Publio Cornelio aprovechó la oportunidad de incrementar su escuadra casi en un cincuenta por ciento.

A continuación separó a Magón y a los cartagineses 18
que éste mandaba. Dos de estos prisioneros pertenecían al «Consejo de Ancianos»[77] cartaginés y quince
eran senadores. Los colocó bajo la custodia de Cayo 2
Lelio, a quien ordenó que vigilara adecuadamente a
aquellos hombres. Luego llamó a los rehenes, más de 3
trescientos en número. Hizo que los niños se le acercaran, uno por uno, los acarició y les dijo que no tuvieran miedo: no tardarían mucho en volver a ver a sus padres.
También exhortó a los demás a cobrar confianza. Les 4
dijo que escribiera cada uno a sus parientes de su propia ciudad. Debían comunicarles, en primer lugar, que 5
estaban a salvo, que no les había pasado nada y, a continuación, que los romanos se avenían a restituirles a todos a sus patrias con toda seguridad, si las ciudades
aceptaban su alianza. Esto fue lo que dijo. Previamente 6
había dispuesto, del botín, lo más práctico para sus fines y, entonces, repartió obsequios correspondientes a las edades y a los sexos: regaló a las niñas joyas y
brazaletes, y a los niños espadas y puñales. La mujer 7
de Mandonio, hermano de Indíbil[78], rey de los ilérgetes, salió del grupo de mujeres rehenes para arrodillársele a los pies; le rogaba entre lágrimas que respetara su dignidad mejor de lo que la habían respetado los carta-
gineses. El romano, compadecido, preguntó si les fal- 8
taba algo necesario; ella era una mujer ya madura, de

---

77 Constaba de treinta miembros; el Senado cartaginés (a continuación se citan senadores) constaba de unos centenares de miembros; cf. I 27, 6, sin duda los aquí citados constituían la representación del gobierno cartaginés en España.

78 Sobre Indíbil, cf. IX 11, 3; sobre la deserción posterior de Indíbil y de Mandonio, cf. XXXV 6-8; sobre los ilérgetes, cf. III 35, 2.

9 evidente preeminencia y majestad; a tal demanda se mantuvo en silencio. Publio Cornelio mandó llamar a los cartagineses que habían cuidado de aquellas muje-
10 res; los reclamados arguyeron que les habían dado en abundancia lo que necesitaban. La matrona se aferró más que antes a las rodillas de Publio Escipión repitiendo las mismas palabras, lo que ponía al romano en un aprieto mayor. Empezó a sospechar negligencia por parte de los cartagineses y que los encargados de ellas, a quienes había interrogado, le habían respondido
11 falsamente. Por consiguiente, dijo a las mujeres que cobraran ánimo, porque él personalmente nombraría a unos que cuidarían que no les faltara nada necesario.
12 La mujer guardó un breve silencio y, luego, exclamó:
13 «¡General! Si crees que pedimos algo para nuestro estómago es que no has comprendido correctamente mis palabras.» Entonces Publio Cornelio entendió cabalmente lo que quería decir la mujer. Recorrió con la mirada la espléndida belleza de las hijas de Indíbil[79] y de las de muchos otros reyes, y se le saltaron las lágrimas tras aquella tímida insinuación, por parte de la
14 ibera, de sus afrentas. Y entonces demostró haber adivinado: tomó a la mujer por la mano y le dijo que ni ella ni las demás debían desconfiar: él velaría por ellas como si le fueran hermanas e hijas y que, tal cual ya había manifestado, nombraría para esto a unos hombres de confianza.

19 Después, Publio Cornelio entregó a los cuestores[80] el dinero que había constituido el erario público de los
2 cartagineses. Éste rebasaba los seiscientos talentos, que, sumados a los cuatrocientos que él llevaba consigo desde

[79] Cf. IX 11, 4.

[80] El plural del texto griego es indudable, pero falso: había un solo cuestor.

Roma, arrojaron un total de más de mil: constituían
los fondos de que disponía.

Fue en aquella ocasión cuando unos soldados roma- 3
nos muy jóvenes encontraron a una muchacha en la
flor de la edad y que, en belleza, superaba a las demás
mujeres. Sabían que Publio Cornelio era mujeriego, y
fueron a su encuentro con la joven, diciéndole que se
la entregaban. Él se sorprendió; admirado de aquella 4
beldad, les dijo que de ser soldado raso[81], no hubiera
habido regalo que hubiera aceptado más complacido.
Sin embargo, él era el general, y no había obsequio que
pudiera aceptar menos. Con ello dio a entender —al 5
menos a mí me lo parece— que estas cosas proporcio-
nan a los jóvenes un gusto y un pasatiempo alguna
vez, a saber, en tiempos de ocio y de relajación; en
cambio, en épocas de acción son un gran obstáculo
tanto corporal como espiritual para los que las llevan
a cabo. A sus soldados les dijo que les quedaba agrade- 6
cido; mandó llamar al padre de la joven y se la entregó
con la recomendación de que la casara con el conciuda-
dano que le pareciera bien. Con tal mesura y continen- 7
cia, se ganó la estima de sus subordinados.

Así lo administró todo. Confió a los tribunos los pri- 8
sioneros restantes y remitió a Cayo Lelio a Roma, en
una pentera con los prisioneros más insignes. Debía
proclamar aquellos éxitos en su patria, en la que casi 9
nadie confiaba, por lo que se refería a las operaciones
en España. Publio Cornelio sabía bien que ante tamañas
noticias los romanos se repondrían y se entregarían
con más ardor a las operaciones.

Él se quedó todavía algún tiempo en Cartagena, 20
donde ejercitó intensamente a las fuerzas navales ro-
manas y adiestró a los tribunos acerca de cómo debían

---

81 Traduzco según la interpretación de WALBANK, *Commentary*, ad loc.; estrictamente, el texto griego dice: «hombre privado».

2 instruir a las fuerzas de tierra. El primer día hizo
correr a sus hombres, armados, unos treinta estadios,
el segundo día les hizo limpiar las armas, custodiarlas
y vigilar sus panoplias al aire libre. Al día siguiente les
3 concedió un descanso para que se relajaran. En la cuar-
ta jornada dispuso que unos lucharan con espadas de
madera emboladas y recubiertas de cuero, mientras el
resto disparaba dardos también embolados. Al día
quinto repitió las carreras y todo lo que se había ido
4 haciendo. Le preocupaban mucho los artesanos para
que no fallara nada en el cuidado de las armas ni en
5 los mismos combates. De modo que dispuso a unos
hombres adecuados que debían velar sobre lo que he
indicado antes; él hacía un recorrido diario y disponía
6 personalmente el material para todos. Alrededor de la
ciudad las fuerzas terrestres se ejercitaban en manio-
bras militares, las marítimas, en el mar, remaban y se
dedicaban a otras prácticas; las gentes de la ciudad
afilaban armas, trabajaban el bronce y construían uten-
7 silios. Todo el mundo se afanaba en preparativos béli-
cos; cualquiera que lo hubiera observado se habría visto
forzado a considerar la ciudad, según el dicho de Jeno-
8 fonte [82], como un taller de guerra. Cuando le pareció
que todo el mundo se había entrenado de modo sufi-
ciente con vistas a la prosecución de las operaciones,
aseguró la ciudad con una guarnición y con diversas
reparaciones en los muros. Mandó alzar el campo,
tanto a sus fuerzas de tierra como a las de mar, y em-
prender la marcha en dirección a Tarragona; consigo
llevaba los rehenes.

82 Jenofonte, *Agesilao* I 26.

Grecia: a) Filopemén

El comandante supremo de los 21
aqueos, Eurileón[83], era remiso y
poco entendido en el arte de la
guerra. Ahora que el curso de mi 2
narración nos ha llevado a tratar
las operaciones de Filopemén[84], parece conveniente
hacer con él algo semejante a lo que intentamos a propósito de otros hombres ilustres[85]: poner en claro su
preparación y su carácter. En efecto, resulta absurdo 3
que los tratadistas nos narren con detalles cómo y cuándo fueron fundadas las ciudades[86], quiénes fueron sus
fundadores y, encima, las dificultades de la empresa, y
que, en cambio, pasen por alto la formación y los ideales de las personalidades que lo dispusieron todo, a
pesar de que esto último tiene una utilidad más preclara: en la misma medida en que se puede emular e 4
imitar más a los hombres vivientes que a los seres
inanimados es natural que tratar sobre los primeros
convenga más para la formación de los lectores. Ahora 5
bien: si antes no hubiéramos compuesto una obra acerca
de Filopemén[87], en cuyo estudio esclarecimos de quién
se trataba (tanto de él mismo como de sus padres) y
el carácter que manifestó ya en su juventud, ahora

[83] Eurileón, presumiblemente general aqueo en los años 210/209.

[84] Este personaje aparece por primera vez en II 40, 2, y, durante una sección larga de la obra de Polibio, será un personaje decisivo.

[85] Por lo que sabemos, principalmente con Escipión el Africano.

[86] Cf. IX 1, 4.

[87] Por razones obvias de espacio, no se puede reproducir aquí el estudio de Walbank, *Commentary*, ad loc., pero sí sus conclusiones: a) Polibio escribió una obra acerca de Filopemén, b) que pertenecía al género encomiástico, c) que fue hacia el año 146, y d) que, por consiguiente, los capítulos 21-24 en el libro X son una interpolación tardía debida al mismo Polibio.

6 deberíamos dar noticia de todo ello. Pero puesto que ya anteriormente, en un trabajo en tres libros, no incluido en esta historia, hemos tratado este personaje, aclarado su índole juvenil y expuesto sus hazañas más
7 notorias[88], es lógico que en este comentario actual compendie, bien que sólo parcialmente, el carácter y hazañas en cuestión, y añada, en cambio, ciertos detalles a las proezas llevadas a cabo en su madurez, reseñadas allí únicamente en extracto. Así esta obra y la otra conser-
8 varán su decoro. Aquélla pertenece al género encomiástico, y exigió un tratamiento resumido e hiperbólico de las gestas; el trabajo actual es histórico: reparte por igual reproche y elogio[89], y va en busca de un método correcto, que demuestre cómo uno y otro son justificados.

22 Diré, pues, para empezar, que Filopemén procedía de linaje noble: descendía de los hombres más ilustres de Arcadia. Creció bajo la educación de Cleandro de Mantinea, huésped suyo paterno, la personalidad más insigne de la ciudad citada, pero que a la sazón se veía
2 exiliado. Llegado a la juventud, se convirtió en admirador de Écdemo y de Demófanes[90], de estirpe megalopolitana, quienes rehuyeron a los tiranos y convivieron con el filósofo Arcésilas. Después de su exilio conspiraron contra el tirano Aristódemo y consiguieron liberar
3 a su patria. También cooperaron al derrocamiento de Nicocles, el tirano de Sición[91], asociándose a la inten-

---

[88] Sus hazañas más notorias antes de alcanzar la hiparquía. Pero el contenido de la obra de Polibio sobre Filopemén es irreconstruible.

[89] En opinión de Polibio, esto es esencial para el propósito moral y didáctico de la historia; cf. VIII 8, 7.

[90] Los nombres de estos dos personajes, por lo demás desconocidos, son vacilantes en la tradición manuscrita griega, y aun en los otros autores que tratan de Filopemén, como Plutarco.

[91] Cf. II 43, 3.

tona de Arato. En otra ocasión fueron reclamados por
los cirenenses y ellos, velando por la libertad de Cirene,
los dirigieron sin ocultarlo. En su primera juventud, 4
Filopemén los trató mucho y no tardó en destacar,
entre los que les frecuentaban[92], tanto en las penalida-
des de la caza como en los peligros de la guerra. En 5
cuanto a su género de vida, era austero y de apariencia
sencilla; los hombres citados le habían imbuido la
idea de que es imposible gobernar la ciudad, si se des-
cuida la vida privada, y de que debemos abstenernos
de los bienes públicos aun en el caso de que se viva
de una manera más lujosa de lo que permite la hacien-
da particular.

En la época historiada[93] ahora, los aqueos le nom- 6
braron general de su caballería. Recibió unos escuadro-
nes totalmente destrozados; la moral de sus hombres
andaba por los suelos, y en poco tiempo hizo que se 7
superaran no sólo a sí mismos, sino que les convirtió
en superiores al enemigo; los había espoleado mediante
un entrenamiento correcto y un afán de emulación efec-
tivo. La mayoría de los demás nombrados para este 8
cargo desconocen el arte de la equitación y no se atre-
ven a ordenar nada, aunque sea imprescindible, ni tan
siquiera a sus subordinados más próximos; otros, in- 9
cluso competentes, aspiran al generalato y se ganan a
los soldados[94] desde este puesto: así se hacen con su
adhesión para el futuro. No reprenden cuando sería

---

92 El texto griego se ofrece a la interpretación restringida que se da en la traducción, pero WALBANK, *Commentary*, ad loc., propone, más ampliamente: «entre sus contemporáneos».

93 En los años 210/209.

94 De caballería. Procedían de las clases económicamente altas y, por eso, tenían influencia en la política, principalmente en procesos electorales. Por lo demás, el texto griego pone en rigor, «jóvenes», pero Polibio usa este término muchas veces como sinónimo de «soldados». Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

preciso (así se salvan los intereses públicos), y este pequeño favor perjudica mucho a los que creían en ellos. Si alguna vez salen generales verdaderamente eminentes, dotados corporalmente para este oficio y con la decidida voluntad de abstenerse del erario público[95], sus rivalidades mezquinas[96] son más perjudiciales aún que los generales incompetentes; salen dañados el ejército de tierra y, principalmente, la caballería.

23 Éstos eran los movimientos[97] en que se debían ejer-
citar los jinetes, pues Filopemén los creía útiles para
2 cualquier oportunidad: hacer girar los caballos a dere-
cha e izquierda y hacerles dar la vuelta en redondo para
3 volver a la posición inicial. En lo que atañe a los es-
cuadrones, les hacía girar rotativamente en un solo tiem-
po o les hacía describir curvas mediante una o dos
4 inflexiones. También efectuaba salidas rápidas desde
ambas alas; se destacaban escuadrones sencillos o do-
bles, alguna vez por el centro. Después se reconstituía
su cuerpo frenando la carrera; Filopemén formaba es-
5 cuadrones, compañías y regimientos de caballería. Ade-
más ponía ambas alas en disposición de luchar, o re-
llenando los vacíos que presentaban o incluyendo en
6 ellas hombres de las hileras próximas: decía que for-
mar en orden de batalla en la inflexión táctica común
no precisaba de ejercicios especiales: tenía práctica-

---

95 La corrupción pública fue un mal endémico en Grecia. Cf. VI 56, 13.

96 El término griego correspondiente (*kakozēlosía*) es de traducción difícil; no se refiere a grandes rivalidades que conduzcan por sí solas a grandes peligros, sino a un «dandismo inadecuado y a una afectación que van en detrimento de la disciplina militar» (WALBANK, *Commentary*, ad loc.).

97 Todos los movimientos señalados aquí los explana ampliamente WALBANK, *Commentary*, ad loc., pero sería excesivo trasladar aquí su comentario. Digamos sólo que parte de los ejercicios reseñados aquí los realizó en acción la infantería cartaginesa en la batalla de Cannas (III 115, 9-10).

mente la misma configuración que el orden de marcha.
Con todo esto pretendía imbuirles la idea de que, tanto 7
en las arremetidas como en las retiradas, habían de
acostumbrarse, en sus movimientos, a congregarse con
gran rapidez, de manera que quedaran siempre en su
grupo y en su fila, pero conservando los espacios im- 8
prescindibles entre los escuadrones, ya que no hay nada
tan peligroso e inútil como el que los jinetes prefieran
arriesgarse al combate abandonando su formación en
unidades.

Después de enseñar todo esto a los jefes y a la masa 9
de soldados, Filopemén recorrió de nuevo las ciudades
para comprobar, primero, si sus pobladores se habían
ceñido a sus instrucciones y, en segundo lugar, si los
jefes militares dominaban el arte de impartir sus órde-
nes a tiempo y con claridad; estaba convencido de que 10
a la hora de la verdad no hay nada tan urgente como la
pericia de los jefes militares en sus cometidos.

Dispuesto previamente todo lo ya reseñado, Filope- 24
mén mandó congregar en un sitio la caballería proce-
dente de todas las ciudades, ordenó personalmente los
movimientos y dispuso las maniobras. Pero no se situó 2
delante, como hacen los generales hoy, convencidos de
que éste es el lugar más propio de un jefe militar. ¿Qué 3
hay más estúpido y, al propio tiempo, más peligroso
que un general contemplado por todos sus subordina-
dos, sin que él vea a ninguno? En las operaciones el 4
general de caballería ha de poner en claro no su auto-
ridad militar, sino su destreza en el mando, situándose
ya delante, ya detrás [98], ya en medio. Y es lo que hizo 5

[98] «Autoridad militar» es la traducción rigurosamente literal del texto griego, pero WALBANK, *Commentary*, ad loc., interpreta (que no traduce): «las calificaciones de rango ordinario y de soldado raso», y tacha de falsa la traducción de Paton, que coincide con la que se da aquí (en su sentido, no literalmente). Esta toma de posición de Walbank parece gratuita, pues el texto

Filopemén; cabalgaba de uno a otro lado: efectuaba las revistas personalmente, aclaraba lo que no se en-
6 tendía y cortaba de raíz los errores. Éstos, sin embargo, fueron pocos y de escasa importancia, ya que todo el mundo había tenido gran interés en lo que le corres-
7 pondía[99]. Demetrio Faléreo[100] puso esto de relieve, al menos de palabra[101]. En efecto, dijo que, así como en las construcciones se colocan debidamente los ladrillos y, en cada casa, se fijan bien en todas las hileras[102], también en los ejércitos la minuciosidad, hombre por hombre y unidad por unidad, da una gran fuerza al conjunto.

b) Fragmento de un discurso de un orador macedonio[103]

25 «Lo que ahora ha sucedido es muy semejante a la dirección y
2 al dispositivo de una batalla. En ésta, la parte del ejército que se arriesga más y sucumbe primero es la infantería ligera, por ser la sección más ágil de

griego es lo suficientemente claro como para no ser comentado desde este punto de vista. Quizás se podría modificar levemente el sentido del griego con algo que éste, en rigor, no entraña: «no sólo su autoridad militar, sino también su destreza...».

99 Aquí sí que el texto griego es susceptible de otra traducción: «gran interés en todos los detalles».

100 Demetrio Faléreo gobernó diez años Atenas, inmediatamente después de las disputas de los Diádocos (318-308). Su figura es interesante, pero sombría. Promovió la cultura y la economía atenienses, cultivó la retórica y la filosofía, pero por otro lado fue un dictador tiránico. Si exceptuamos los breves fragmentos que nos dan otros autores, sus obras se han perdido.

101 Es decir, jamás lo puso por obra. En el haber positivo de Demetrio Falereo debe contabilizarse el hecho de que apartó a Atenas de luchas externas e internas.

102 Esta comparación procede de Jenofonte, *Memorables* III 1, 7. Sin embargo, aquí se traduce según el texto de Büttner-Wobst, que acepta una variante sugerida por Casaubon la cual difiere del texto griego. La traducción de éste da un sentido difícilmente ajustable al contexto.

103 Este fragmento procede, probablemente, de un discurso

las fuerzas; sin embargo, el crédito se lo llevan la falange y la infantería pesada. Ahora, de un modo para- 3
lelo, los etolios y sus aliados del Peloponeso afrontan el primer riesgo, y los romanos hacen el oficio de la falange: se limitan a espiar. Si los etolios son derrota- 4
dos y aniquilados, los romanos se retirarán y esta guerra no les habrá dañado en absoluto. En cambio, si los 5
etolios vencen (¡no lo permitan los dioses!), los romanos nos someterán a todos, sin perdonarles a ellos: sojuzgarán a todos los griegos.»

Toda alianza con una democracia exige una gran amistad, porque el pueblo es muy irracional.

c) Filipo V

Después de los juegos Nemeos, 26
Filipo, rey de los macedonios, regresó a Argos. Se despojó de la diadema y de la túnica de púrpura, porque pretendía asemejarse a los hombres corrientes y ser más accesible y popular. Pero, a medida que usaba de ropajes más 2
sencillos, se irrogaba un poder cada vez mayor y más tiránico. No se limitaba a tantear a las viudas ni le 3
satisfacía totalmente fornicar con las casadas, sino que mandaba que acudiera a él cualquiera que se le ofreciera a la vista. Afrentaba notoriamente a las que no le complacían organizándoles bailes orgiásticos a domicilio. Llamaba a sus maridos e hijos y los alarmaba 4
con pretextos sin base. Demostró gran locura e insolencia. Por sus alardes de excesiva licencia[104] durante 5

en Egio el año 209 a. C. El orador macedonio pretendía apartar a los etolios de su alianza con Roma.

104 El término griego significa literalmente «potestad» pero el sentido es claramente peyorativo, «licencia». Tras esta palabra Büttner-Wobst suponen una laguna (porque el texto griego presenta un hiato, y Polibio los evitaba cuidadosamente) que rellenan con las palabras griegas que significan «ferozmente». Pero como el editor no introduce su palabra en el texto y sólo

su estancia en la región, molestó sin tregua a muchos
6 aqueos, en su mayoría hombres modestos. Constreñidos por la guerra que los amenazaba por todas partes, los aqueos se veían forzados a aguantarse y a soportar aquello tan antinatural.

7 Ninguno de los reyes anteriores a Filipo aportó cualidades superiores a las de él a su reino, pero tampoco
8 vicios peores[105]. Me parece que sus cualidades eran congénitas y que los vicios le sobrevinieron a medida que se iba haciendo mayor, lo mismo que pasa con los
9 caballos viejos[106]. Nosotros no metemos en los prólogos[107] estos temas, como hacen otros escritores, sino que, cuando llegamos al punto mismo, adaptamos a él una exposición adecuada para esclarecerlos, tanto si
10 se trata de reyes como de hombres ilustres, convencidos de que es el procedimiento más útil, tanto para los lectores como para los autores.

Campaña de Antíoco en Media

27 Media[108] constituye, tanto por las dimensiones del país como por el número y las características de sus habitantes y de sus caballos, el principado[109] más no-
2 table de Asia. Proporciona caballos a casi toda esta parte del mundo, porque incluso los reyes se han habituado a tener en Media sus remontas, [debido a las cua-

lo da en el aparato crítico, no incluyo el adverbio en la traducción.

105 En esta sección 7-10, hay reflejos de la *Ética a Nicómaco*: el hombre se deteriora no naturalmente, sino por la influencia de los malos amigos; cf. VII 14, 6; IX 22, 10.

106 Aquí hay que ver una experiencia personal de Polibio.

107 Walbank interpreta no «prólogo», sino «fuera de lugar».

108 Polibio se repite, al menos parcialmente. Cf. V 44, 4-11.

109 Según Walbank, *Commentary*, ad loc., es la traducción exacta (término técnico) del vocablo griego correspondiente. Históricamente, Media había sido un país independiente, pero ahora era una provincia seléucida.

lidades][110] de estos parajes. Está rodeada de ciudades 3
griegas[111] por la precaución de Alejandro: así se ve de-
fendida contra los bárbaros que la circundan. La única
ciudad no griega es Ecbatana, edificada en la parte 4
septentrional de Media. Esta urbe detenta el gobierno
de las regiones asiáticas del Ponto Euxino y de Meótide.
Fue, desde el principio, la residencia real de los medos 5
y parece que superó mucho a las demás ciudades por la
riqueza y el lujo de sus edificios. La plaza está situada 6
en la región montañosa cercana al río Orontas[112]. Carece
de murallas, pero en cambio tiene una ciudadela cons-
truida como una fortificación muy eficaz. Los palacios 7
reales están situados al pie de esta ciudadela y es una
cuestión difícil de decidir si es ahora el momento de
decir algo acerca de ellos[113] o si, más bien, hay que
omitirlos, porque para aquellos que están avezados a 8
proponer narraciones sorprendentes y a anunciar algu-

---

110 El texto intercalado responde a una laguna del griego, convincentemente sanada por Büttner-Wobst.

111 En realidad no se trataba de ciudades, sino de fortines militares, que aseguraban el núcleo central de esta provincia seléucida; otros emplazamientos eran simples cuarteles generales de los gobernadores o regimientos de las satrapías. Pero en Media había ciudades genuinamente griegas como Apamea, Ragiana, Heraclea, Laodicea, y ciudades pregriegas repobladas con población griega, como Ecbatana y Raga, que al repoblarse recibieron nombres griegos: Epifanía, la primera, y Europo, la segunda. En cuanto a la ubicación de estas ciudades, cf. *Weltatlas*, I, pág. 13, mapa A. Ecbatana, la capital de Media, era la actual Hamadan, en la ruta principal Teherán-Bagdad, en las estribaciones del antiguo monte Zagro, actualmente la cadena de Elvend.

112 Es el río llamado actualmente Elvend, que tiene el mismo nombre que la cadena montañosa citada en la nota anterior.

113 Paton traduce, a mi entender erróneamente: «de tratarlos con detalle». No es la alternativa que encaje con el texto siguiente; el griego aquí es muy genérico y la frase aislada admite las dos traducciones.

nas cosas con cierta exageración[114], la ciudad de Ecbatana es materia muy apta; en cambio, para aquellos que, si hacen afirmaciones contrarias a las creencias comunes de las gentes, proceden con cautela, esta pobla-
9 ción les incomoda y les pone en apuros. A pesar de todo, diré que el palacio real tiene un perímetro de casi siete estadios y que la magnificencia de todos sus edificios evidencia la prosperidad de los que antaño los levanta-
10 ron. La parte de madera era íntegramente de ciprés y de cedro, pero jamás estaba en contacto directo con el aire; las vigas, los techos y las columnas de los pórticos y de los peristilos estaban forradas de plata o de
11 oro; las tejas eran todas de plata. En su mayor parte, estos forros fueron robados durante la campaña de Alejandro y de los macedonios; lo que quedó se lo llevaron durante el dominio de Antígono y el de Seleuco,
12 el hijo de Nicanor. A pesar de todo, durante la estancia de Antígono, el templo llamado de Aine[115] conservaba todavía el dorado de la superficie circular de las columnas, la mayor parte de las tejas de plata e, incluso, algunos ladrillos de oro; no se había perdido casi ninguno
13 de los de plata. De todo lo dicho se reunió lo suficiente para acuñar unos cuatro mil talentos con la efigie del rey.

28 Arsaces[116] suponía que Antíoco llegaría a este lugar, pero que no se atrevería a penetrar con un ejército tan

[114] Sin embargo, el mismo Polibio no renuncia a veces a ello; cf. el largo episodio del fin del libro XV, sobre la caída y muerte de Agatocles de Egipto.

[115] Nombre helenizado de la diosa persa Anahita, divinidad de las aguas fertilizantes; su culto se había extendido ampliamente en Grecia. Sobre él puede consultarse MARTIN NILSSON, *Geschichte der griechischen Religion*, I, Munich, 1950, págs. 497-498.

[116] Arsaces II sucedió a su padre Arsaces I en los años 211/210 y gobernó hasta el 191 a. C.; Arsaces I se hizo con el poder en el año 238 y se irrogó el título real en el 231.

enorme en el desierto inmediato, principalmente por la falta de agua. En tal región no ha aflorado nunca agua 2
a la superficie, pero, incluso en la parte desértica, hay muchos canales subterráneos con sus pozos, cosa no sabida por los que desconocen el país. Sus indígenas 3
lo explican de un modo convincente: en los tiempos en que los persas dominaban Asia, a los que condujeran el agua desde una fuente hasta un sitio de secano les concedían disfrutar del cultivo durante cinco generaciones. La montaña del Tauro[117] tiene muchos y gran- 4
des manantiales de agua y no se ahorraron ni gastos ni fatigas para hacer canales desde lejos, de manera que en la época que ahora nos ocupa los que se aprovechaban de las aguas no sabían ni dónde empezaban los canales ni qué manantiales los alimentaban. Cuando 5
Arsaces vio que Antíoco emprendía la marcha por el desierto mandó cegar inmediatamente los pozos y destruirlos. El rey fue informado de esto y remitió nueva- 6
mente a Nicomedes[118] al mando de mil jinetes, quienes se encontraron que Arsaces con sus fuerzas ya había abandonado aquellos parajes; sólo quedaban algunos jinetes que destruían las bocas de los canales. Se llegaron a ellos, los atacaron y los forzaron a la huida; luego volvieron a reunirse con Antíoco. El rey cruzó el de- 7
sierto y llegó a la ciudad llamada Hecatómpilos[119], situada en el centro del país de los partos; la plaza tiene

117 Actualmente, los montes Elburz.

118 Nicomedes de Cos, un capitán mercenario; cf. 29, 6 de este mismo libro.

119 En WALBANK, *Commentary*, pág. 237, hay una ilustración de la ruta de Antíoco a través del Tauro. En cuanto a Hekatómpilos, su ubicación es dudosa: unos la colocan entre las localidades de Sharud y Damghan más cerca de esta última. El nombre ha sido claramente helenizado por los diádocos; se desconoce su nombre pregriego. Si se conociera esto ayudaría a su localización.

este nombre porque coinciden en ella todos los caminos que conducen a las regiones limítrofes.

29 Allí hizo descansar la tropa. Calculó que, si Arsaces hubiera sido capaz de afrontar una batalla contra él, no se habría retirado dejando su propia tierra ni habría buscado lugares más favorables para sus fuerzas que los alrededores de Hecatómpilos ante la eventualidad
2 de una batalla. Puesto que se había retirado, era evidente, para los buenos observadores, que Arsaces era
3 de otro parecer. Esto decidió a Antíoco a avanzar hasta Hircania[120]. Llegó a Tagas[121], donde los nativos le informaron sobre la dificultad de los territorios que debía invadir para alcanzar las cimas de las montañas de Labos[122], orientadas hacia Hircania, y sobre la multitud de los bárbaros apostados en los accidentes del terreno.
4 Resolvió distribuir en cuerpos separados su infantería ligera y asignar a cada general el lugar por donde debía avanzar; les repartió también convenientemente las tropas auxiliares que debían acompañarlos y que debían convertir los lugares conquistados por la infantería en transitables para los soldados de la falange y las acémi-
5 las. Éstos eran sus planes. Asignó el primer cuerpo a Diógenes[123] y puso a sus órdenes arqueros, honderos y los montañeses que sabían disparar piedras y jabalinas. Estos últimos no iban en formación[124]: se arriesgaban siempre aisladamente adaptándose al lugar y a la ocasión; en los terrenos escarpados el servicio que pres-
6 taban era muy útil. Antíoco ordenó que siguieran a

120 En la costa sudeste del mar Caspio, región paralela a los valles del Elburz.

121 Es la actual Taq, nueve kilómetros al N. de Damghan.

122 El paso de Labos puede ser o el desfiladero de Quzluz o el de Conolly, ambos en la cadena del Elburz.

123 Gobernador de Susa.

124 Por un error mecánico, Paton ha omitido esta frase en su traducción.

éstos dos mil cretenses armados de coraza, al mando de Polixénidas de Rodas[125]. Cerraban toda la marcha soldados armados de loriga y de escudo, mandados respectivamente por Nicomedes de Cos y Nicolás de Etolia.

Se inició la progresión y se encontraron que las di- 30
ficultades y la estrechez de los lugares eran más considerables de lo que el rey había imaginado. La ascensión 2
se debía hacer, casi en toda su longitud (unos trescientos estadios), por el cauce de un torrente profundo e impetuoso hacia el cual se abalanzaban muchas rocas de peñascales más altos y árboles que aumentaban aún más la dificultad del paso por el barranco. Y, además, los bárbaros habían añadido más obstáculos. Habían 3
cortado árboles en todo el recorrido, habían hecho montones de piedras enormes y ellos mismo espiaban, a lo largo de la torrentera, en las eminencias estratégicas que les proporcionaban seguridad. Si no hubieran errado, a Antíoco se le hubieran agotado los recursos y se habría visto obligado a desistir de su intento. Los bár- 4
baros se habían preparado y habían ocupado aquellos lugares, en la idea de que la única posibilidad del enemigo era hacer subir toda su fuerza por aquel barranco. No se apercibieron de que, si bien la falange y los 5
bagajes sólo podrían pasar por donde ellos habían calculado (en efecto, no podían realizar la penetración por las proximidades de los montes), los soldados ligeros y la infantería, sin embargo, podían trepar, incluso, por las rocas peladas. Por esto, en el mismo instante 6
en que los hombres de Diógenes ascendieron por fuera del torrente y establecieron contacto con la primera guardia, la operación tomó un cariz muy distinto. Tra- 7
bado el combate, la situación por sí misma orientó a los

125 Éste llegó a ser un militar muy famoso, que más tarde luchará como almirante de Antíoco contra Roma.

hombres de Diógenes que evitaron la lucha ascendiendo por el flanco del enemigo[126]. Alcanzaron un lugar más alto que el de éste y causaron a los bárbaros pérdidas enormes por una lluvia de dardos y de piedras lanzadas a mano, si bien los honderos, que disparaban a
8 cierta distancia, les infligieron daños aún mayores. Cada vez que los hombres de vanguardia forzaban una posición enemiga y la ocupaban, sus auxiliares tenían la oportunidad de allanar todo lo que había por delante y remover los obstáculos sin ningún peligro. Trabajaban intensamente, de modo que la cosa se hacía en un es-
9 pacio de tiempo muy breve. De este modo los honderos, los arqueros e, incluso, los lanceros recorrían los lugares más altos ya diseminadamente, ya reuniéndose y ocupando posiciones estratégicas; los soldados de la infantería pesada estaban siempre alerta y avanzaban lentamente, sin deshacer su formación, por la misma torrentera. Los bárbaros no les aguardaron, sino que abandonaron sus posiciones y se agruparon en la cumbre.

31 Los hombres de Antíoco cruzaron sin riesgo, de la manera dicha, el lugar accidentado, aunque la marcha fue lenta y venciendo grandes dificultades. Casi siete
2 días les costó coronar el collado de Labos, en el que se habían concentrado los bárbaros, seguros de atajar allí la ofensiva del enemigo. Se trabó un combate encarnizado y los bárbaros acabaron siendo rechazados; fue
3 como sigue: conservaron su formación y lucharon corajudamente dando la cara a la falange. Pero la infan-

126 El griego da un sentido dudoso; Paton traduce: «avanzaron y se dirigieron sesgadamente por el flanco del enemigo», pero, aduciendo textos paralelos, WALBANK, *Commentary*, ad loc., da como preferible la traducción propuesta. Naturalmente, en esta interpretación los hombres que, de momento, rehuyen el combate, son los de Diógenes solamente, o sea la infantería ligera, no la de Polixénidas de Rodas.

tería ligera de Antíoco había hecho un gran rodeo, aún
de noche, para ocupar unas posiciones más altas, detrás
del enemigo. Cuando los bárbaros se apercibieron de
ello, se dieron a la fuga, presas del pánico. Al rey le 4
fue difícil retener el impulso de los perseguidores, que
querían seguir adelante. Les llamó mediante sus cor-
netas, pues quería efectuar el descenso hacia Hircania
con su ejército reagrupado y en cierta formación. Esta- 5
bleció la deseada y emprendió la marcha. Llegó a las
proximidades de Támbraca[127], ciudad no amurallada y
muy populosa que tenía palacio real; allí acampó. La 6
mayoría de los enemigos supervivientes de la batalla
y mucha gente del país circundante se habían refugiado
en la ciudad llamada Sirinx, no muy lejos de Támbraca.
Sirinx[128] venía a ser la capital de Hircania, tanto por sus
defensas como por su situación privilegiada. Antíoco
decidió conquistarla por la fuerza. Concentró a sus 7
tropas y las guió hacia allí; acampó cerca de la ciudad
y se puso a asediarla. Los medios principales que em- 8
pleó fueron las tortugas para los zapadores[129]. Había
tres fosos, de anchura no inferior[130] a treinta codos y
de una profundidad de quince, cada uno defendido, en
sus márgenes, por una empalizada doble; detrás había
un muro muy resistente. Encima de estas obras había 9
choques continuos y los dos bandos no daban abasto
para retirar sus propios muertos y heridos, porque se
luchaba sin cesar no sólo en la superficie, sino también
bajo tierra, en las perforaciones. La superioridad nu- 10
mérica del rey y su energía hicieron que muy pronto

---

127 No lejos de la actual Sari, a ciento cuarenta kilómetros de Astrabal.

128 La actual Siroq.

129 Cf. IX 41, 1.

130 Una fortificación formidable que recuerda la del Eurífalo de Siracusa. Evidentemente, la proyectaron ingenieros griegos al servicio de los partos.

los fosos fueran rellenados y que los muros, minados,
11 se vinieran abajo. Con ello los bárbaros perdieron toda esperanza: degollaron a los griegos que vivían en la ciudad[131], cogieron lo más valioso de los ajuares y de
12 noche se escaparon. A Antíoco la cosa no le pasó desapercibida y mandó contra ellos a Hiperbas, al frente de sus mercenarios. Establecido el contacto, los bárbaros tiraron los ajuares y se refugiaron de nuevo en
13 la ciudad. Los peltastas atacaron ferozmente a través de las ruinas de los muros, y los bárbaros, desesperados, se entregaron.

14 Acriana, ciudad de Hircania. Polibio, libro décimo.

15 Calíope[132], ciudad de los partos. Polibio, libro décimo.

Muerte del cónsul Claudio Marcelo

32 Los cónsules[133] querían reconocer cuidadosamente la parte de la colina que daba al campo enemigo. Ordenaron a sus hombres no salir del campamento y permane-
2 cer cada cual en su puesto; ellos dos tomaron sendos destacamentos de caballería y, además, algunos vélites con los lictores y se dirigieron a inspeccionar los luga-
3 res. Unos númidas ya habituados a tender celadas a los escaramuzadores o, en general, a los enemigos que salían del campamento, se habían apostado por pura ca-
4 sualidad al pie de la colina. Un centinela les advirtió de la aparición de algunos adversarios en la cumbre, encima mismo de su posición. Los númidas se levantaron, marcharon contra un flanco romano, lograron aislar a los generales y los separaron de su propio campa-

131 En calidad de colonos.

132 Los nombres de Acriana y de Calíope no constan en el *Weltatlas*, I.

133 Los cónsules fueron Marco Claudio Marcelo (cónsul en los años 222, 215, 214, y 210; cf. II 34, 1 ss.; VIII 1, 7, 37) y Tito Quinto Lucio, de quien no se sabe gran cosa.

mento. Mataron inmediatamente a Claudio y a algún 5
otro con él; los hombres restantes, heridos, hubieron de
escapar, cada uno por donde pudo, por un terreno tan
fragoso. Los acampados romanos contemplaban lo que 6
sucedía, pero se vieron impotentes para socorrer a los
que corrían el peligro; cuando todavía gritaban y mien-
tras, alarmados ante aquellos hechos, los unos se arma-
ban y los otros ponían el freno a los caballos, el inci-
dente ya había concluido. Y el hijo de Claudio, herido,
se salvó del riesgo inesperadamente y con grandes difi-
cultades.

Marco, pues, actuó con más coraje[134] que arte mili- 7
tar y sucumbió en el desastre reseñado.

A lo largo de este tratado me he visto constreñido 8
muchas veces a recordar esto a mis lectores. Veo que
los generales yerran en todos los apartados del arte
militar, incluso en éste, por más que aquí el error salta
tanto a la vista. ¿Qué se puede esperar de un jefe mili- 9
tar, de un general que no llega a entender que el que
ejerce el mando supremo debe alejarse lo más posible
del peligro en los riesgos parciales, en los que no se
juega el todo por el todo? ¿Qué se puede esperar del 10
que no sabe que, cuando las circunstancias le obligan
a algo, deben caer muchos de los que le rodean antes
de que el riesgo se acerque a los jefes supremos? Dice 11
el refrán que la prueba debe hacerse en un cario[135], no
en el comandante. Exclamar: «¡Jamás lo hubiera creí- 12
do!», o bien «¿Quién podía pensar en esto?», es la má-
xima prueba de inexperiencia militar y de ineptitud.

Son muchas las razones que me inducen a creer que **33**
Aníbal fue un buen general; he aquí el argumento que 2
lo demuestra más que los restantes. Pasó temporadas

---

[134] Paton traduce más severamente: «con más simpleza».

[135] Es un refrán que se encuentra también en EURÍPIDES, *Cíclope* 654, y en un escoliasta del lugar, PLATÓN, *Laques* 187b.

muy largas en territorio enemigo, se encontró con los
avatares más diversos y, con su agudeza, burló a sus
rivales muchas veces en choques no decisivos. Dispuso
un gran número de batallas, y nunca cayó en una tram-
3 pa; como es lógico, veló siempre por su propia seguri-
dad, cosa acertada, porque si el jefe supremo queda
sano y salvo aunque se dé una derrota total, la fortuna
proporciona muchas ocasiones para recuperar lo per-
4 dido en los azares, en cambio, si muere, como el timonel
de una nave, aunque la fortuna proporcione la victoria
sobre una multitud de enemigos, no se gana nada con
vencerles, ya que la esperanza se había depositado en
5 el jefe supremo. Estas afirmaciones valen para los que,
por ligereza o por un ímpetu pueril, por inexperiencia o
6 por vanidad, caen en tamaños absurdos; uno de los
citados acostumbra a ser siempre la causa de tales
contratiempos.

Intento de Aníbal de capturar Salapia[136]

7 Soltaron de golpe los rastrillos que habían elevado por medios mecánicos, atacaron a los intrusos y les capturaron, crucificándolos al punto delante de los muros.

España: grave derrota cartaginesa

34 Ya se ha explicado antes que en España Escipión, el general supremo de los romanos, pasó el invierno en Tarragona[137]. Primero logró la amistad y confianza de los iberos, mediante la devolución de los rehenes.

---

136 Tito Livio cuenta la intentona con detalle (XXVI 38). Aníbal logró saber la contraseña y apoderarse de un sello de Escipión, con los que pretendió penetrar en la ciudad de Salapia (puerto en la costa norte de Apulia); pero, descubierto el golpe a tiempo, los romanos lograron aprehender a los cartagineses que ya habían entrado en la plaza y los crucificaron. Fue en el año 208 a. C.

137 Una leve alusión a esto se da en 20, 8 de este mismo

En esto encontró un colaborador espontáneo en Ede- 2
cón[138], rey de los edetanos, quien, así que supo de la
caída de Cartagena y que Escipión retenía a su mujer
y a sus hijos, calculó al punto que los iberos cambia-
rían de bando y resolvió convertirse en adalid de aquel
movimiento: confiaba mucho en que así recuperaría 3
a los suyos y que daría la impresión de que había abra-
zado la causa romana por principios y no por necesi-
dad. Y dio ciertamente en el clavo. Poco después de 4
que las fuerzas romanas hubieran sido enviadas al
campamento de invierno se presentó en Tarragona con
un cortejo de parientes y amigos. Allí se entrevistó 5
con Escipión y le dijo que daba muchas gracias a los
dioses por el hecho de que había podido ser él el pri-
mero del país que había acudido a verle: los demás 6
iberos todavía se entendían con los cartagineses y les
enviaban embajadas; él, en cambio, se dirigía a los
romanos: había ido allí a entregarse a su lealtad, y no
él solo, sino con parientes y amigos. De modo que si 7
aceptaba su amistad y alianza le iba a ser muy útil tanto
en el presente como en el futuro, porque los iberos 8
restantes, al ver que había sido admitido como amigo
y que había sido atendido en sus demandas, actuarían
de manera semejante; también ellos deseaban recobrar
a sus familiares y aliarse con Roma; para el futuro, el 9
honor y la humanidad romanos les obligarían, y así les
serían aliados incondicionales en lo que quedaba de

---

libro, pero los hechos ocurridos, durante el invierno narrado por TITO LIVIO (XXVII 17), el epitomador los ha omitido.

138 El texto griego «Edecón» se debe a una restitución textual de Schweighäuser aceptada por Büttner-Wobst y los demás editores; Tito Livio da el nombre de «Edesco», y a la tribu, la llama de los «Sedetani». Sea cual fuere su denominación, eran gentes que vivían entre el Júcar y el Ebro, al N. de los bastetanos y de los oretanos. Estrabón y Plinio los llaman también «edetanos».

10 operaciones. Por eso pedía que le fueran restituidos hijos y esposa, y poder volver a su casa con el título de amigo, para demostrar al máximo posible un motivo razonable de su adhesión a Publio Cornelio en persona
11 y a la causa romana. Edecón dijo esto y, luego, guardó silencio.

35 Escipión, ya predispuesto a ello y que había pensado, más o menos, lo mismo que le había dicho Edecón, le devolvió la mujer y los hijos, y le confirmó su
2 amistad. Y no se limitó a eso, sino que, durante los días que permanecieron con él, se ganó al ibero y a sus acompañantes de múltiples maneras; les infundió grandes esperanzas para el futuro y los despidió así
3 hacia sus casas. El hecho se difundió rápidamente y todos los que habitaban al Norte del Ebro adoptaron de golpe, como movidos por un resorte, la causa de Roma; me refiero a los que no le eran todavía amigos.

4 A Escipión le salía todo según sus cálculos. Cuando
5 los cartagineses hubieron partido, comprobó que por mar no tenía adversarios y disolvió sus fuerzas navales; escogió, de su marinería, a los hombres más dotados, y los distribuyó en manípulos, con lo que aumentó sus efectivos terrestres.

6 Indíbil y Mandonio[139] eran los príncipes más importantes de entre los iberos y eran considerados los amigos más leales de los cartagineses. Sin embargo, hacía tiempo que se sentían molestos y, desde que Asdrúbal fingió desconfiar de ellos y, como ya narré más arriba, les exigió mujeres e hijos en calidad de rehenes, además de una fuerte suma de dinero, buscaban oca-
7 sión para dejarle. Creyeron que entonces era el momento: hicieron salir a sus fuerzas del campamento de los cartagineses y, de noche, se retiraron a unas fra-
8 gosidades que les ofrecían seguridad. Esto hizo que la

[139] Cf. IX 11, 3-4.

mayoría de iberos desertara del partido cartaginés. Hacía mucho tiempo que se sentían ofendidos por la soberbia de los cartagineses, pero hasta entonces no habían dado con una oportunidad de hacer evidente su decisión.

Algo así ha sucedido ya a muchos. Es, en efecto, 36
importante —lo hemos repetido insistentemente[140]— coronar con éxito las operaciones y superar al enemigo en las tentativas, pero para explotar los éxitos se necesita gran atención y experiencia. Podemos comprobar 2
que son más los que han alcanzado victorias que los que las han aprovechado debidamente. En este punto los cartagineses fueron del primer grupo. Empezaron 3
por derrotar a los romanos[141] e, incluso, dieron muerte a sus dos generales, Publio y Cneo Escipión, lo que les hizo suponer que se apoderarían de España sin combatir; de ahí que trataran desdeñosamente a los nativos, a los que con tal conducta convirtieron en unos 4
enemigos sometidos, no en aliados ni en amigos. Tal 5
resultado fue lógico: pensaban que una es la manera de conquistar un imperio y otra, la de conservarlo. No habían asimilado que los que conservan mejor su supremacía son los que se mantienen en los mismos principios por los cuales la establecieron. Se ha demostrado 6
muchas veces, y muy claramente, que los hombres logran el poder si tratan con benignidad e infunden esperanzas a sus vecinos; si, tras conseguir lo que se 7
deseaba, estos mismos hombres observan una mala conducta y gobiernan despóticamente a los que sometieron, es natural que un cambio así en los dominadores haga cambiar de partido a los dominados. Es lo que ocurrió a los cartagineses.

---

140 Cf. III 4, 5 sobre la explotación de los éxitos.
141 Por ejemplo, en el año 211 a. C., cf. VIII 38.

37 En tales circunstancias, Asdrúbal planeó muchos y muy diversos proyectos referentes a lo que se le
2 echaba encima. Le acongojaba la deserción de Indíbil, también la enemistad[142] y la hostilidad hacia su persona que sus mismos generales no disimulaban, y le
3 ponía en aprieto la presencia de Escipión. Recelaba que éste acudiría con su ejército y, al ver que los iberos le habían abandonado y que se habían pasado a la vez
4 a los romanos, llegó a la resolución siguiente: pensó que era lo más atinado prepararse lo mejor posible y presentar batalla al enemigo. Si la suerte[143] le daba la victoria, reflexionaría sin peligro acerca de lo que de-
5 bía hacerse luego, pero si le era adversa se retiraría con los que lograra salvar a la Galia, donde reclutaría el máximo número posible de bárbaros, para dirigirse a Italia, donde reforzaría a su hermano Aníbal y participaría en sus mismas esperanzas.
6 Éstos eran los planes y las ocupaciones de Asdrúbal; Escipión recibió a Cayo Lelio, atendió las órdenes del senado, hizo salir sus fuerzas del campamento de invierno y se puso en marcha con ellas. En la ruta, los iberos le salieron al encuentro y se incorporaron gus-
7 tosamente y con todo interés a la campaña. Indíbil hacía tiempo que había mandado legados a Escipión; cuando éste se aproximaba a su territorio él acudió desde su propio campo, acompañado por sus amigos. En una entrevista justificó su amistad anterior con los cartagineses y explicó la confianza que había deposita-
8 do en ellos, y sus logros. A continuación relató las in-

142 Aquí Polibio usa un término técnico militar (*antiparagōgē*), que propiamente significa «carga en tenaza contra el enemigo», para significar simplemente «enemistad». La expresión griega tiene una fuerza difícil de reflejar en castellano.

143 Aquí, de acuerdo con la observación de WALBANK, *Commentary*, ad loc., de que la palabra *týchē* se da en un uso puramente verbal, traduzco por «suerte» y no por «fortuna».

justicias y los desprecios que les habían inferido los
cartagineses. Ahora Indíbil pretendía que el mismo Pu- 9
blio se erigiera en juez de lo narrado. Si se demostraba
que había calumniado injustamente a los cartagineses,
esto evidenciaría que tampoco sería leal para con los
romanos, pero si tantas injurias como las enumeradas 10
le forzaban a dimitir de la amistad cartaginesa, en tal
caso Escipión debía tener fundada esperanza de que,
si él ahora se acogía al bando de los romanos, les sería
firme y leal en su adhesión.

Hablaron todavía más prolijamente del tema; cuan- 38
do acabaron, tomó la palabra Escipión y les aseguró
que daba crédito a sus palabras, que conocía muy bien
la soberbia de los cartagineses por la crueldad con que
habían tratado a los otros iberos, principalmente a las
mujeres y a las hijas, a quienes encontró con el aspecto 2
no de rehenes, sino de prisioneras y de esclavas; añadió
que él, en cambio, las había respetado de tal modo, que
no ya ellos, sino sus mismos padres no lo hubieran
igualado. Los iberos reconocieron que estaban de acuer- 3
do con ello, y empezaron a adorarle [144] y a llamarle «rey».
Los presentes [145] aplaudieron ante tal palabra, y Esci-
pión, conmovido, les exhortó a tener confianza; les
aseguró que los romanos los tratarían muy bien. Les 4
entregó sus hijas inmediatamente y, al día siguiente,
concluyó un pacto con ellos. Lo esencial de este pacto 5
fue que los iberos seguirían a los jefes romanos y que
obedecerían sus órdenes. Tras esto, los jefes iberos 6
se retiraron a sus campamentos, tomaron sus fuerzas
respectivas y se incorporaron al ejército de Escipión.
Acamparon junto a los romanos y marcharon contra
Asdrúbal.

---

144 Era la acción ritual de sumisión (*adoratio*) con que se honraba a los reyes. Paton traduce, más libremente: «le prestaron obediencia».

145 No romanos, naturalmente.

7 El general cartaginés recorría entonces los parajes
de Cástulo, alrededor de la ciudad de Bécula[146], no
8 lejos de sus minas de plata. Informado de la proximi-
dad de los romanos, cambió de lugar su campamento
y se procuró seguridad por un río que fluía a sus es-
paldas. Delante de la empalizada había un llano defen-
dido por un escollo lo suficientemente hondo para
ofrecer protección; el llano era tan ancho que cabía
en él el ejército cartaginés formado. Asdrúbal perma-
neció en este sitio; apostó día y noche centinelas en
9 el escollo. Escipión se acercó, empeñado en trabar
combate, pero comprobó que las posiciones del ene-
migo eran estratégicas y seguras, lo que le tenía inde-
10 ciso. Esperó dos días, pero temía la llegada de los hom-
bres de Magón y del otro Asdrúbal, el hijo de Gescón,
con lo que se vería rodeado de enemigos. Decidió, pues,
probar su suerte y tantear al adversario.

39 Así que preparó su ejército, hizo salir del campa-
mento a los vélites y a una tropa escogida de infantería;
dispuso también el resto de sus fuerzas, pero de mo-
2 mento lo retuvo dentro de la acampada. Sus órdenes
fueron cumplidas con coraje. Primero, el general car-
taginés permanecía a la expectativa de lo que iba ocu-
rriendo; cuando comprobó que el arrojo de los romanos
ponía a los suyos en situación desventajosa, hizo salir
a su ejército y lo aproximó al escollo, fiado en aquel
3 paraje. En aquel mismo momento, Escipión hizo entrar
en combate a su infantería ligera, que debía apoyar a
los que iniciaron la acción. El resto de sus fuerzas, lo
tenía ya dispuesto, la mitad directamente a sus órde-

[146] Siete kilómetros al S. de Linares, en la orilla norte del Guadalimar, afluente del Guadalquivir; Bécula es la actual Bailén, quince kilómetros al N. de Cástulo. Es el paso natural (Despeñaperros) de Andalucía a la meseta castellana. Dos batallas decisivas más se libraron aquí: la de las Navas de Tolosa y la de Bailén.

nes; con estos hombres dio un rodeo por el escollo y
arremetió contra los cartagineses. El mando de la se- 4
gunda mitad, lo confió a Lelio, con la orden de marchar
contra el flanco derecho del enemigo. Estas operaciones 5
se encontraban ya en pleno desarrollo, cuando Asdrúbal
hacía salir todavía a sus hombres del campamento.
Confiado en su posición, no se había movido de él, con-
vencido de que el enemigo no se atrevería a atacar. Pero
éste atacó, contra las previsiones del cartaginés, quien
desplegó sus fuerzas demasiado tarde. Los romanos 6
acometieron por las alas, en lugares donde el enemigo
no había establecido posiciones, de modo que no sólo
treparon sin riesgo por el escollo, sino que se estable-
cieron en formación, se lanzaron contra los que les
agredían sesgadamente y los mataron [147]; los cartagine-
ses que, a su vez, entraban también en formación se
vieron forzados a revolverse y a emprender la huida.
Según sus propósitos iniciales [148], Asdrúbal no luchó 7
hasta el final; cuando vio a sus fuerzas huir derrota-
das tomó su dinero y sus fieras, reunió el máximo nú- 8
mero de fugitivos que le fue posible y se retiró siguien-
do el río Tajo aguas arriba, en dirección a los puertos
pirenaicos y a los galos que viven allí. Escipión no 9
creyó oportuno acosar de cerca a los hombres de As-
drúbal, ya que él mismo temía el ataque de los otros
dos generales, por lo que envió a sus soldados a sa-
quear el campamento enemigo.

---

147 Aquí el texto griego es sintáctica y estilísticamente impecable; Schweighäuser lo respeta, pero, por razones del desarrollo de la batalla, Büttner-Wobst lo modifican en el sentido propuesto en la traducción. Véanse WALBANK, *Commentary*, ad loe., y el texto griego en alguna edición crítica. Dar aquí las traducciones posibles y razonarlas sería exponer con detalle la operación y las distintas situaciones de sus dispositivos, cosa evidentemente excesiva.

148 Cf. 37, 5.

40 Al día siguiente reunió a todos los prisioneros, unos diez mil soldados de infantería y más de dos mil jine-
2 tes[149], y dispuso personalmente de ellos. Los iberos que, en las regiones citadas[150], anteriormente habían sido aliados de los cartagineses, fueron y se entregaron a la lealtad de los romanos; a medida que se iban
3 encontrando con Escipión le llamaban «rey»[151]. El primero que lo hizo, que le veneró, fue Edecón y, a continuación, Indíbil y los suyos. Hasta aquel momento,
4 Escipión no hizo caso de la palabra. Pero después de la batalla le llamaba «rey» ya todo el mundo, y la cosa
5 llegó a sus oídos. Entonces congregó a los iberos y les manifestó su deseo de tener la fama de real en todas partes por el hecho de serlo, pero no quería ser rey y, mucho menos, que le llamaran así. Luego ordenó
6 que todo el mundo le llamara «general»[152]. Indudablemente, es de justicia subrayar aquí la grandeza de ánimo de este hombre: era aún muy joven, pero la suerte[153] le había acompañado hasta tal punto que sus subordinados se vieron inducidos a tal estimación y a darle este nombre; él, en cambio, no se ensoberbeció

---

149 Número a todas luces excesivo, según los comentaristas.

150 La región donde se libró la batalla y las contiguas.

151 Es preciso señalar con Aymard (Walbank, *Commentary*, ad loc.) que, probablemente, estos iberos imaginaban que Escipión el Africano era verdaderamente un rey. Pero es evidente que Edecón, Indíbil y los suyos conocían la verdad. Es importante lo que se advierte en la nota siguiente.

152 Domenico Musti «Polibio e la storiografia romana», en *Polybe. Neuf exposés...*, pág. 135, piensa que en Roma había una campaña contra Escipión y que Polibio insiste en su elogio de manera que puede parecer excesiva, precisamente para contrarrestar la campaña. Si se tratara de la denominación, diríamos ritual de *imperator*, parece ser ésta la primera vez que se documenta en la historia romana. Cf. Walbank, *Commentary*, ad loc.

153 Aquí Polibio contradice su propia tesis de que los éxitos de Escipión el Africano no se deben a la fortuna.

y rechazó la tendencia a tales fantasías. Y, a pesar de 7
ello, resulta aún más admirable la excepcional magnanimidad de este hombre en su vejez, cuando sumaba a sus triunfos en España la destrucción de los cartagineses, el sometimiento de la mayor parte de las regiones de África[154], precisamente las más bellas, desde los altares filenios[155] a las columnas de Heracles, y el derrocamiento de los reyes de Siria[156], en Asia: en resumen, había uncido a la obediencia romana la parte mayor y más hermosa del universo. Tampoco de aquí tomó pretexto para aspirar a una dinastía real en alguno de
los lugares del mundo que había invadido. Cuando se 8
puede aducir todo esto, uno puede presumir no ya de
una naturaleza humana, sino incluso divina. Escipión, 9
en cambio, superó en moderación a los demás hombres hasta tal punto que, cuando la fortuna se lo ofrecía, rechazó lo máximo que nadie se atrevería a pedir a los dioses: me refiero a la dignidad real[157]. Escipión tuvo en mucho más la patria y la lealtad que le es debida, que un poder monárquico, centro de todas las miradas y considerado fuente de felicidad.

Puso aparte a los prisioneros iberos y les expidió 10
sin rescate a sus ciudades. Mandó que los hombres de Indíbil se quedaran con trescientos caballos y repartió

---

154 Exageración evidente. La victoria de Zama destruyó a Cartago, pero no sometió a Roma todo el N. de África ni mucho menos.

155 Los altares filenios estaban en la misma ciudad de Cartago; cf. III 39, 2, y nota 86 del libro III.

156 Los Seléucidas. Su sucesión dinástica se puede ver en H. Bengston, *Griechische Geschichte*, Munich, 1950, págs. 596/597. En realidad se trata de Antíoco III, derrotado en Magnesia en 189 a. C. El griego presenta la figura retórica llamada «plural por singular».

157 Polibio está pensando aquí con mentalidad griega; a un romano de su época jamás se le hubiera ocurrido pretender ser rey.

11 el resto entre los que carecían de ellos. Por lo demás, él personalmente ocupó el campamento de los cartagineses, por la configuración tan estratégica del terreno, y se quedó allí; esperaba la llegada de los otros dos generales adversarios. Sin embargo, mandó a algunos de los suyos a observar el paso de los Pirineos por
12 parte de Asdrúbal[158]. Pero el fin del verano ya se echaba encima y, entonces, se retiró con sus tropas a Tarragona, en cuyo territorio quería pasar el invierno.

Grecia y Filipo V

41 Los etolios vieron claramente alimentadas sus esperanzas por la presencia de los romanos y la de Átalo: alarmaban a todo el mundo y tendían celadas por tierra contra todos; por mar lo hacían los hombres de
2 Átalo y los de Publio. Esto hizo que los aqueos acudieran a Filipo en demanda de ayuda; temían no sólo a los etolios, sino también a Macánidas[159], que se había plan-
3 tado con todas sus fuerzas en la frontera argiva. Los beocios temían a la flota enemiga y solicitaban de Filipo socorros y un general. Sin embargo, eran los habitantes de Eubea los que le rogaban con más insistencia que tomara medidas contra el adversario. Y los acarnanios
4 le pedían más o menos lo mismo. Llegó también una embajada de los epirotas con la información de que Escerdiledas y Pléurato[160] habían movilizado a sus hombres, y de que, además, los tracios que limitaban con Macedonia y, especialmente, los medos proyectaban invadir aquella región por poco que el rey se alejara
5 de sus dominios. Los etolios habían ocupado los puer-

158 Algunos comentaristas han visto aquí una velada insinuación de que Escipión intentó atajar a los cartagineses, pero fracasó.

159 Cf. IX 38-39.

160 El segundo era hijo del primero; en cuanto a éste, cf. la nota 18 del libro II y la 23 del libro V.

tos de las Termópilas: habían excavado fosos en ellos,
los habían fortificado con empalizadas y habían apos-
tado guarniciones potentes, seguros de que así ataja-
ban a Filipo, quien no podría ayudar a sus aliados del
otro lado. Me parece razonable señalar y hacer notar 6
a los lectores estas dificultades, que avalan, como au-
téntica piedra de toque, el empuje mental y la resisten-
cia física de los generales. Así como, en las cacerías, 7
el vigor y la potencia de las fieras se hacen evidentes
cuando el riesgo las rodea por todas partes, lo mismo
ocurre con los generales. Y se vio principalmente por
lo que ocurrió a Filipo. Éste despidió a todas las em- 8
bajadas con la promesa de que haría lo posible y lo im-
posible; se entregó totalmente a la guerra, pensando por
dónde y contra quién efectuaría el primer ataque.

Precisamente entonces le informaron de que la flota 42
de Átalo había zarpado, había fondeado en Peparetos[161]
y había conquistado el país. Filipo envió una fuerza
que defendiera la ciudad. Contra los focenses y Beocia 2
envió a Polifanto al frente de un contingente idóneo.
Remitió a Menipo con mil peltastas y quinientos agria-
nos para proteger a Calcis y al resto de Eubea. Y él 3
personalmente también salió en campaña: marchó hacia
Escótusa[162]; había dado orden de que allí se le junta-
ran los macedonios. Supo que Átalo había atracado con 4
su flota en Nicea[163] y que los jefes militares etolios[164]
se habían reunido en Heraclea[165] para tratar de la si-

161 Pequeña isla al NO. de Eubea.

162 Escótusa, ciudad de Pelasgiótide en las lomas al O. de Karadaghi; cf. XVIII 20, 2.

163 Nicea era un puerto locro sobre el golfo de Malea, cerca de las Termópilas, pero su ubicación exacta se desconoce; quizás sea la moderna Hagia Tríada.

164 Sobre la categoría exacta de estos militares hay dudas; cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

165 Heraclea de Traquis, a once kilómetros de Lamia, en las lomas del Eta.

tuación. Entonces retiró sus fuerzas de Escótusa y
avanzó a marchas forzadas; quería anticiparse e impe-
5 dir esta reunión por miedo. Pero llegó demasiado tarde.
Sin embargo, taló los cultivos y se replegó tras haberse
apropiado de buena parte de los víveres de los que vi-
6 vían en el golfo de Eniane[166]. Situó sus fuerzas otra
vez en Escótusa, pero él personalmente acampó en De-
metrias con la infantería ligera y el escuadrón real; se
7 proponía espiar las operaciones del enemigo. Quería
que nada le pasara desapercibido: envió agentes suyos
a Peparetos, a Fócide y a Eubea; tenían la orden de
informarle de lo sucedido mediante hogueras encendi-
8 das en la cumbre de la montaña del Tiseo[167], que se
yergue en Tesalia, bien orientada hacia los lugares ya
citados.

Señales con fuego

43 Ya que hasta ahora no existe
una exposición clara del tema,
creo que no debo desentenderme,
antes al contrario, estudiar, cual
se merece, la técnica de las seña-
les con el fuego, utilísimas en las operaciones bélicas.
2 Es sabido que la oportunidad de una acción contribuye
enormemente al éxito de las operaciones, principal-
mente si son de guerra, y las señales de fuego son lo
3 más eficiente entre los ingenios que ayudan a esto. Lo
que acaba de suceder, o lo que está sucediendo, puede
saberlo quien esté interesado en ello, aunque se en-
cuentre a tres o cuatro días de camino, e incluso más
4 lejos. Es siempre sorprendente la ayuda que se puede
prestar mediante mensajes por fuego cuando la situa-
5 ción lo requiere. Estos mensajes antes eran muy sim-

166 En el golfo de Eniane, que también se denominaba así.

167 Es la transición natural al estudio de las señales con fuego; aquí no se puede menos que pensar en el impresionante monólogo que inicia el *Agamenón* de Esquilo.

ples y casi siempre eran muy poco útiles para sus
usuarios. En efecto: los signos eran preestablecidos. Y 6
como los azares son incontables, la mayor parte de
ellos no entraba en las señales decididas, cosa que ocu-
rrió, concretamente, en la acción bélica aquí en cues-
tión. Con signos convenidos de antemano es fácil noti- 7
ficar que la flota enemiga se encuentra en Óreos, en
Peparetos o en la Península Calcídica, pero que algunos 8
ciudadanos han hecho traición, o bien que han cambia-
do de partido, o que en la ciudad se ha producido una
matanza, o cosas por el estilo, que ocurren con frecuen-
cia, pero que son totalmente imprevisibles (precisa- 9
mente lo que ocurre de imprevisto es lo que requiere
una decisión y una intervención más inmediatas), esto
está totalmente al margen del campo de las señales de
fuego: era imposible tener un código para cosas que 10
no se podían prever.

Eneas Táctico[168], el autor del libro *Tratado de estra-* 44
tegia, quiso remediar este defecto y progresó algo, pero
todavía quedó muy lejos del mínimo indispensable que
se había propuesto[169], como se verá por lo que sigue.
Propone que los que deben comunicarse mutuamente 2
cosas urgentes por medio de señales de fuego han de
preparar unas vasijas de arcilla, de dimensiones abso-
lutamente idénticas en anchura y profundidad. Sin em-
bargo, ésta no debe nunca rebasar los tres codos, y la

[168] Eneas Táctico, escritor del s. IV, poco hábil literariamente, pero importante por las noticias que da. El título que de su obra le atribuye Polibio (*Tratado de estrategia*) no parece ser exacto, sino, traducido algo barrocamente, pero al pie de la letra: «Cómo deben resistir unos asediados».

[169] La verdad es que aquí no logro entender el comentario de WALBANK, *Commentary*, ad loc.: «his invective». ¿No habrá un error tipográfico por «inventive»? Pero esta última palabra, en inglés, parece ser sólo adjetivo. Sea como sea, mirado el texto griego, el comentario de Walbank, aquí, es extravagante en el sentido etimológico de la palabra.

3 anchura, uno. A continuación deben prepararse unos
corchos casi tan anchos como la abertura de las vasijas.
En su centro deben fijarse unos palos divididos en sec-
ciones iguales, cada una de tres dedos, las cuales han de
4 poder distinguirse muy nítidamente. En cada sección
deben constar, por escrito, los acontecimientos más
propios y ordinarios, habituales en los tiempos de gue-
5 rra, como, por ejemplo, en la primera sección: «en esta
región hay caballería enemiga», en la segunda: «infan-
tería pesada», y en la tercera: «infantería ligera». Luego:
«infantería y caballería», a continuación: «una flota»,
6 y, todavía: «víveres». Se sigue de esta manera hasta
haber anotado en todos los espacios lo que es más
probable que ocurra, según las previsiones de los en-
tendidos, y lo que las circunstancias condicionan en
7 tiempos de guerra. Listos ya estos preparativos, nues-
tro autor manda perforar todas las vasijas de manera
absolutamente idéntica. Los orificios deben ser iguales
y deben evacuar la misma cantidad de agua. Una vez
llenos los recipientes, deben colocarse encima de ellos
los corchos provistos de los palos; entonces deben
abrirse los orificios para que manen ambos a la vez.
8 Es evidente que, al ser todo igual y su disposición idén-
tica, a medida que mane el agua descenderá el nivel
de los corchos y los palos se irán ocultando en las va-
9 sijas. Siempre que se haya comprobado prácticamente
que todo lo mencionado funciona al unísono, ya se pue-
den recoger las dos vasijas y transportarlas al sitio des-
de donde dos destacamentos deben emitir las señales.
10 Entonces, cuando se dé algo de lo anotado en los palos,
Eneas indica que los que han de comunicar la noticia
levanten una antorcha, esperando que los receptores
hagan lo mismo. Cuando las dos antorchas sean bien
visibles, los que dan la señal deben bajar su hachón,
y ambos equipos deben destapar inmediatamente los
11 orificios para que salga agua. El corcho bajará de nivel

y lo anotado en el palo que se quiere comunicar llegará
a la altura del borde superior de la vasija. En este ins-
tante, el que da la señal ha de levantar la antorcha y 12
los receptores taponarán el orificio de su recipiente para
examinar cuál es la parte del palo que se ha nivelado
con su borde. Y esto será lo comunicado, puesto que 13
en ambas partes todo se mueve a velocidad idéntica.

Aunque este sistema es algo superior al de las con- 45
traseñas convenidas, no deja de ser muy difuso. Evi- 2
dentemente, no es posible prever todos los hechos futu-
ros, y, aunque lo fuera, es imposible grabarlos en el
palo; además, cuando por azar pase algo insospechado,
es notorio que por tales medios no se podrá comunicar.
E incluso, en las cosas grabadas en el palo no se con- 3
creta nada. El número de jinetes o de soldados de in-
fantería atacantes, el paraje preciso de la región, cuán-
tas naves o la cantidad de víveres, todo esto resulta
imposible de comunicar. No se puede establecer antici- 4
padamente una contraseña de aquellas cosas futuras
que no han sucedido aún. Y esto sería precisamente lo
más importante. ¿Cómo se podrá deliberar sobre unos 5
refuerzos, si no se sabe el número de enemigos o dónde
están éstos? ¿Cómo se podrá cobrar buen ánimo, o,
diversamente, reflexionar sobre algo, si se ignora el nú-
mero de naves o la cantidad de víveres que envían los
aliados?

El último sistema inventado por Cleóxenes y Demó- 6
clito[170], que nosotros mismos hemos perfeccionado[171],
es muy concreto y puede comunicar claramente cual-
quier urgencia; su empleo reclama, ciertamente, mayor
cuidado y atención. Es como sigue: hay que coger las 7
letras del alfabeto ordenadamente y distribuirlas en

170 Excepcionalmente anotamos que de estos personajes no sabemos nada.

171 Posiblemente, cuando asistió al cerco de Numancia.

cinco grupos de cinco letras cada uno. En el último
grupo faltará una letra, pero esto no constituye estorbo.
8 Los dos grupos que deben transmitirse las señales deben
preparar cinco tablillas[172] y grabar en cada una de ellas
9 una de las secciones del alfabeto. Deben ponerse de
acuerdo mutuo: el hombre que debe emitir las señales
levantará, primero y a la vez, dos antorchas y quedará
con ellas en el aire hasta que el receptor, a su vez,
10 levante también dos: esto se hará para comunicarse,
mediante las antorchas, que los dos grupos ya se atien-
11 den. Bajadas las antorchas, el emisor alzará otra vez
una antorcha con su mano izquierda: con ello se indica
12 la tablilla que se debe coger, por ejemplo, si es la pri-
mera, se levantará la antorcha una sola vez, si es la
segunda dos, y así sucesivamente. Luego, con la mano
derecha levantará otra antorcha. El sistema es el mis-
mo: se indicará la letra que el receptor de la señal de
fuego debe escribir, de la tablilla fijada previamente.

46 Puestos de acuerdo en estos extremos, cuando los
dos grupos se separen es preciso que cada uno en su
puesto disponga de un anteojo con dos pínulas[173], de
manera que el receptor de la señal de fuego pueda dis-
tinguir con una el lado derecho y con la otra el izquier-
2 do. Las tablillas deben quedar clavadas, erguidas y
3 siguiendo su orden, junto al anteojo. Es preciso situar
también una pantalla a cada lado tan alta como un
hombre, a unos diez pies de distancia; las antorchas
se elevarán detrás de ella y, así, darán una señal nítida,
4 que desaparecerá cuando se bajen. Supongamos que
todo ya está listo en ambas partes. Se quiere hacer una
comunicación, por ejemplo: «algunos de nuestros sol-

[172] Cf. VI 34, 8.

[173] O en lenguaje más moderno: «un telescopio con dos tubos». Naturalmente, no se trata de aumentar la visión, sino únicamente de fijarla en un punto determinado. Sobre este anteojo, cf. IX 19, 9.

dados, más o menos un centenar, se han pasado al
enemigo». Primero se deben escoger las palabras, para
transmitirlo con el menor número posible de letras,
por ejemplo, en vez de lo que se ha dicho, «han de- 5
sertado de nosotros cien cretenses». Ahora el número
de letras es inferior a la mitad del de antes, y, sin em-
bargo, el sentido es el mismo. Escrito en una tablilla, 6
se comunicará mediante las antorchas como sigue: la 7
primera letra es una cappa[174]; se encuentra, por con-
siguiente, en la segunda sección, en la segunda tablilla:
se elevará la antorcha dos veces por la izquierda, de
modo que el receptor del parte comprenda que debe
mirar la segunda tablilla. Luego levantará cinco veces 8
una antorcha por su lado diestro, con lo que comunica-
rá la letra cappa: ésta ocupa, efectivamente, el lugar
quinto de la segunda sección y es la letra que deberá
anotar en una tablilla el que recibe la señal. A continua- 9
ción levantará la antorcha cuatro veces a su izquierda,
porque la rho se encuentra en la sección cuarta, y se-
guidamente, otras dos veces a su derecha, porque el
signo rho es el segundo de su sección. El receptor de la 10
señal de fuego anotará una rho. Y a sí sucesivamente.
Este invento permite comunicar cualquier eventualidad 11
de manera muy exacta.

Se necesitan muchas antorchas, porque para cada 47
letra se deben hacer dos signos. Pero si se prepara 2
adecuadamente lo necesario para la tarea, ésta se puede
llevar a buen término. En tales misiones los operadores 3
deben haber hecho prácticas, para evitar errores cuando
se hagan mutuamente las señales. Muchos ejemplos 4
hacen fácil comprender, al que lo desee, la gran dife-
rencia que hay en una misma actividad cuando se eje-
cuta por primera vez y cuando se ha convertido en algo
rutinario. Multitud de cosas que, en principio, parecen 5

---

174 La referencia es al texto griego, naturalmente.

no difíciles, sino imposibles, al cabo de un tiempo la
6 costumbre las convierte en lo más fácil de todo. Pode-
mos hacer creíble esta afirmación: dejando aparte
otras pruebas, lo más claro es lo que pasa con la lec-
7 tura[175]. En cuanto a ésta, si ponemos, uno junto a otro,
a un hombre que no sepa leer, aunque hábil en otros
menesteres, y un muchacho que sí sepa leer, y se les da
un libro, mandándoles leer lo que hay escrito en él,
8 es evidente que el hombre no podría creer que el que
lee primero debe fijarse en la forma de cada letra, des-
pués en su valor fonético y, todavía, deletrear; cada
9 una de estas operaciones exige algún tiempo. Cuando
compruebe que el muchacho lee de corrido y sin res-
pirar, siete u ocho líneas, le será difícil creer que no
10 había leído ya antes el libro, y no lo creerá en absoluto
si el muchacho es capaz de observar las pausas, las
11 inflexiones y los espíritus, ásperos o suaves. Las dificul-
tades previsibles no deben hacer que nadie retroceda
ante las cosas útiles. Debemos adquirir el hábito, que
hace accesibles al hombre todas las cosas bellas y, prin-
cipalmente, aquellas en las que muchas veces radica,
esencialmente, nuestra salvación.
12 Nos ha movido a esta exposición la promesa del
principio. Afirmamos que, en nuestra época, todas las
artes han progresado tanto, que la mayor parte de
ellas se han convertido, de algún modo, en ciencias
13 metódicas. Aquí hay, pues, una de las partes más útiles
de una historia escrita convenientemente[176].

---

175 El ejemplo que sigue es bastante frecuente: cf. PLATÓN, *Rep.* II 368d, entre otros.

176 El optimismo de Polibio es notorio y paralelo al de los sabios de la Ilustración.

El río Oxo[177]

Los apasíacos[178] viven entre los 48
ríos Oxo y Tanais. El primero
desemboca en el mar de Hircania, y el segundo, en el mar Meótico. Ambos ríos son muy anchos
y son navegables; parece extraño, pero la verdad es 2
que los nómadas cruzan el Oxo y van a Hircania a
pie enjuto, con sus caballos. De esto hay alternativa- 3
mente dos explicaciones, una razonable y la otra sorprendente, pero, con todo, no imposible. El río Oxo 4
tiene las fuentes en el Cáucaso y, en la llanura de Bactria, crece mucho, debido al gran número de corrientes
que afluyen a él. Corre por un terreno llano y su corriente es caudalosa y turbia. Luego llega a un berrocal 5
cortado a pico que hay en el desierto, y allí, debido al
caudal, a la fuerza de la corriente y a la altura de la
escabrosidad, proyecta el agua con tanto vigor, que
desde la peña el líquido salta a más de un estadio de
distancia. Y se dice que es por aquí por donde los apa- 6
síacos, junto al roquero y por debajo de la cascada,
van a pie enjuto con sus caballos hacia Hircania. La 7
segunda explicación parece más normal que esta primera. Se dice que en el lugar por donde salta la cascada
hay unas plataformas grandes. El río se estrella en ellas;
la fuerza de la corriente las excava, y ha practicado ya

177 Este excurso descriptivo sobre el río Oxo responde, probablemente, a la campaña asiática de Antíoco III en los años 209/208 a. C.

178 Sin poder precisar exactamente su identidad, debe de tratarse de un pueblo escita que vivía en las orillas septentrionales del curso bajo del Oxo. Sobre la identificación de los dos ríos, el Tanais es con toda seguridad el Don, mientras que el Oxo parece ser el actual Amu-Darya que desemboca en el mar de Aral. Pero si el Oxo y el Araxo (citado por Heródoto) son el mismo río cosa que sostienen algunos comentaristas y estudiosos de la geografía de la antigüedad, entonces se trataría de un brazo del mismo río que desemboca en el mar Caspio.

un orificio profundo. Durante un breve trecho el agua
8 fluye subterráneamente y, luego, vuelve a aflorar. Los bárbaros conocen bien los parajes y hacen la travesía a pie enjuto, con sus caballos, hacia Hircania.

Campaña de Antíoco en Bactria[179]

49 Cuando le llegó la noticia de que Eutidemo[180] estaba con sus fuerzas en Tapuria[181] y de que mil jinetes se habían apostado para vigilar los vados del río Ario[182], Antíoco decidió dejar el asedio[183] y acomodarse
2 a la situación. El río estaba a tres jornadas de marcha. Los dos primeros días, Antíoco marchó moderadamente; al tercer día, después de cenar mandó a los que se quedaban levantar el campo a las primeras luces del
3 alba, y él tomó a sus jinetes, a su infantería ligera y a diez mil peltastas y emprendió por la noche una
4 marcha forzada. Había averiguado que la caballería enemiga, durante el día, vigilaba apostada en la misma orilla del río; de noche, se retiraba a una ciudad dis-
5 tante por lo menos veinte estadios. Antíoco hizo, pues, de noche el resto de la ruta que le quedaba, porque las llanuras se prestaban al galope; cuando alboreó, ya se

179 Estamos en el año 208 a. C.

180 Un griego de Magnesia que arrebató el reino de Bactria a Diodoto II. Para información sobre estos personajes y estos sucesos, cf. H. Bengston, *Griechische Geschichte*, Munich, 1950, págs. 385/86.

181 Tapuria: la grafía, en el texto griego, no es segura y, por consiguiente, no lo es la ubicación de la población. Quizás se trate de la actual Guriana. *Weltatlas*, I, no habla de Tapuria, pero sí de los tapurios, que sitúa en el extremo sur del mar Caspio. Si la ciudad debe identificarse con Guriana, entonces se trata de la actual Guria, al O. de Herat, en la región central de la frontera entre el Irán y el Afganistán, ya en territorio afgano. Cf. *Gran Atlas*, II, págs. 212 J 19.

182 El río actualmente llamado Hari-rud.

183 No sabemos de qué ciudad.

había anticipado y había hecho cruzar el río a la mayor
parte de las fuerzas que estaban con él. Los vigías anun- 6
ciaron lo sucedido a la caballería bactriana, que acudió
a toda brida, y aún en el camino ya estableció contacto
con el enemigo. Antíoco comprendió que debía necesa- 7
riamente aguantar la primera arremetida del adversario.
Alineó a dos mil jinetes avezados a combatir junto a
él, ordenó que los demás formaran allí mismo en es-
cuadrones y destacamentos, y que todo el mundo se si-
tuara en el orden habitual; él personalmente se enfren- 8
tó al enemigo con sus jinetes y atacó la vanguardia de
los bactrianos. Parece que en este combate Antíoco 9
peleó con más ardor que los mismos hombres que le
rodeaban. Las bajas fueron numerosas en ambos ban- 10
dos, pero los del rey derrotaron al primer escuadrón
enemigo. Acudieron en su socorro los escuadrones se-
gundo y tercero bactrianos, y entonces los de Antíoco
se vieron en situación desventajosa y cedían terreno
vergonzosamente. La mayor parte de jinetes había per- 11
dido ya su orden cuando Panétolo dio orden de avanzar:
recogió al rey y a sus hombres, que corrían peligro, y
forzó a revolverse y a replegarse a los bactrianos que
les acosaban desordenadamente. Éstos, perseguidos 12
ahora por los hombres de Panétolo[184], no se detuvieron
hasta reunirse con Eutidemo, pero perdieron la mayoría
de sus efectivos. La caballería del rey mató a muchos 13
adversarios y capturó a muchos prisioneros; luego se
retiró y acampó allí mismo, a la orilla del río. En este 14
choque el caballo de Antíoco fue herido de muerte, y
a Antíoco mismo le dieron en la boca y perdió algunos
dientes. Fue principalmente aquí donde se ganó su fama
de valentía. Después de esta batalla, Eutidemo, presa 15

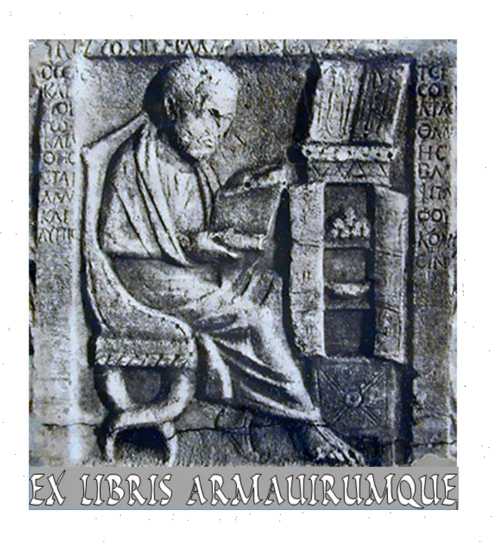
---

[184] Sobre este personaje, cf. V 61, 5; era un mercenario que se pasó de Ptolomeo a Antíoco.

del miedo, se retiró con sus fuerzas a Zariaspa [185], ciudad de Bactria.

---

185 Bactra, capital de Bactria, tenía por segundo nombre Zariaspa.



LIBRO XI

(FRAGMENTOS)

Del Prefacio

Seguramente no faltará quien inquiera por qué en este libro[1] no hemos redactado un título[2] semejante a como los hacían los autores anteriores a nosotros, sino que, simplemente, hemos compuesto resúmenes de los hechos de cada olimpíada. En realidad, no creo inútil la redacción de aquellos títulos; lleva al conocimiento de los que gustan de leer, excita y espolea a los 1a
2

[1] Concretamente el undécimo. Büttner-Wobst sospechan que las palabras: «en este libro», son un añadido del epitomador.

[2] El lector debe distinguir cuidadosamente entre el sentido del término *prographê* y el de *proékthesis*. El primer vocablo señala la breve anotación compendiada en la parte externa del rollo, que indicaba su contenido: equivale al título que imprimimos en las cubiertas de nuestros libros, pero es más explícito. El segundo vocablo era un índice algo más ampliado del libro y redactado ya en el interior del rollo (recuérdese el *scriptus et in tergo necdum finitus Orestes* del principio mismo de las sátiras de JUVENAL). Polibio dice aquí expresamente que nunca tituló los rollos que contenían sus obras, pero que, en cambio, redactó resúmenes preliminares a algunos libros en particular, o a series. Aquí tenemos, indirectamente, una buena indicación de cómo funcionaban la fabricación y circulación de libros en la época polibiana. Ejemplos claros de *prographê* los tenemos en los libros II-VI de la *Anábasis* de JENOFONTE.

que se topan con ellos, y, además, los títulos posibilitan
3 encontrar ordenadamente lo que se busca. Sin embargo, he visto descuidados estos títulos, porque se han degradado por muchas causas, algunas de ellas fortuitas. Esto me ha empujado a la otra posibilidad alternativa[3].
4 Un resumen previo no sólo tiene el mismo valor de un título, sino que su eficacia es algo superior: su situación es más segura, puesto que viene entrelazado con
5 el argumento. He aquí el motivo que nos ha hecho usar el segundo género en toda esta obra, a excepción de sus seis primeros libros, para los que compusimos títulos. En efecto: en ellos el género de los resúmenes no venía muy a cuento[4].

El desastre definitivo de los cartagineses[5]

1 La llegada de Asdrúbal a Italia resultó muy fácil y rápida[6]. Por eso la ciudad de los romanos jamás había estado tan excitada y alarmada como cuando esperaba lo que ahora podía suceder * * *.

2 Todo esto desagradó a Asdrúbal[7]. Pero las circunstancias ya no le concedían ninguna tregua: vio que el

---

[3] G. A. LEHMANN, «Polybios und die griechische Geschichtsschreibung», en *Polybe. Neuf exposés...*, pág. 193, por la combinación de este lugar con el grupo de libros I-IV llega a concluir que Polibio hizo una primera edición de los seis primeros libros (I-VI) la cual quizás llegó a ser más amplia y abarcó hasta el XII (primera edición I-XII) en los años 145-144 a. C.

[4] Hay razones claras para no componer *proéktheseis* en los libros I-VI. Los libros I-II son simplemente introductorios, los III-V tratan de la Olimpíada 140. Sin embargo, Polibio compuso algo así como una introducción a toda su obra en III 1, 5 ss.

[5] Estamos en el año 207 a. C.

[6] Paton interpreta: «más fácil y rápida que la de Aníbal». Puede estar en lo cierto, por el número mucho menor de sus efectivos. Quizás la interpretación más correcta fuera la de «mucho más fácil y rápida de lo que se esperaba».

[7] Hay aquí una laguna que hace incierto lo que desagradó a Asdrúbal. Quizás sea el hecho de que los galos eran demasiado aficionados a la bebida.

enemigo avanzaba, dispuesto en orden de combate, y
se vio forzado a ordenar también a los iberos y los
galos que se le habían alistado. Colocó en primera línea 3
a sus diez elefantes, aumentó la profundidad de sus
filas, aprestó todas sus tropas en un espacio reducido
y él mismo se situó en el centro de su formación, a
vanguardia, a la altura de sus elefantes. Decidido ya de
antemano a vencer o a morir en aquel choque, arreme-
tió contra el flanco izquierdo adversario. Pero el asalto 4
de Livio[8] fue también formidable: atacó con sus hom-
bres y la refriega se tornó encarnizada. Claudio se ha- 5
bía ordenado para la lucha en el ala derecha, pero las
dificultades del terreno le impedían avanzar y envolver
al enemigo; era porque confiaba en ellas por lo que
Asdrúbal se había lanzado contra el ala izquierda ad-
versaria. A Claudio le apuraba el no poder cooperar en 6
nada, pero los mismos acontecimientos le enseñaron
qué debía hacer[9]. Por detrás del lugar donde se com- 7
batía recogió a sus soldados del ala derecha, rebasó el
muro izquierdo de su propio campamento y atacó de
flanco a los cartagineses a la altura de los elefantes.
Hasta aquel momento la lucha había sido indecisa, por- 8
que en ambos bandos los hombres luchaban con un
arrojo idéntico. Si salían vencidos, a los romanos no les
quedaba esperanza de salvación, pero tampoco, en el
mismo caso, ni a iberos ni a cartagineses. Los elefantes
prestaron un mismo servicio a los dos bandos en lucha:
abandonados en medio y heridos por los tiros, habían 9
desbaratado tanto las filas romanas como las cartagine-
sas. Cuando al frente de los suyos, Claudio cayó sobre 10
la retaguardia enemiga la lucha se convirtió en desigual,
porque los iberos se vieron atacados de frente y por la
espalda. La mayor parte de ellos pereció en la misma 11

---

8 Marco Livio Salinator, cónsul con Claudio Nerón.

9 La misma idea se repite en X 30, 7.

batalla. Murieron también seis elefantes junto con los
12 hombres que les conducían; los cuatro restantes se
abrieron paso a través de las hileras y los romanos les
capturaron más tarde, pero no a los indios que cuida-
ban de ellos.

2 Asdrúbal fue siempre un hombre valiente, y lo fue
también en esta ocasión suprema. Murió en este choque,
y no merece que le dejemos sin una palabra de alaban-
2 za. Ya expuse antes que era hermano de Aníbal y que,
cuando éste marchó a Italia, dejó a su cargo las opera-
3 ciones de España. También se han reseñado sus múl-
tiples combates contra los romanos. Debido a los gene-
rales que desde Cartago le remitían a España en calidad
de colaboradores tuvo que vérselas con circunstancias
muy diversas [10], que siempre afrontó de una manera
digna de su padre Barca, es decir, con nobleza y coraje;
me refiero a las adversidades y a las derrotas que su-
frió. Todo esto se ha consignado en capítulos anterio-
4 res. Ahora trataré de sus últimas acciones, en las que
me parece particularmente digno de respeto y emula-
5 ción. Se puede comprobar que, en su mayoría, los reyes
y generales que llegan a afrontar una batalla decisiva
se ponen sin cesar ante los ojos la gloria y el provecho
que les reportará la victoria, y monologan acerca de
cada punto si la operación progresa según sus cálculos.
6 En cambio, no colocan en absoluto ante su vista la
derrota, ni piensan qué deberán hacer después de ella.
Lo uno es muy sencillo, y lo otro requiere una gran
7 atención. Son muchos los que por cobardía o por una
abulia innata han convertido en infames unos reveses,
cubriendo así de deshonor sus gestas anteriores. Sus
soldados habían luchado noblemente, pero ellos trans-
8 formaron en ignominioso el resto de su vida. Aquí han

10 Porque estos generales se peleaban entre sí, apunta con
razón Büttner-Wobst.

fallado muchos jefes militares; quien quiera darse cuen-
ta de ello verá que en este punto es máxima la diferencia
que va de hombre a hombre. El tiempo pretérito nos
ha ofrecido muchos ejemplos. Mientras tuvo una es- 9
peranza razonable de realizar una gesta a la altura de
su vida anterior, Asdrúbal cuidó no menos que nadie
de su seguridad en la batalla, pero cuando la fortuna
le retiró cualquier esperanza para el futuro y le ató a
aquella circunstancia extrema, ciertamente no omitió 10
preparativo alguno de cara a la victoria ante tal riesgo,
pero, previendo igualmente la derrota, trató de afrontar
esta eventualidad de modo que no se viera obligado a
tolerar algo indigno de su vida pasada.

Hemos dicho todo esto en atención a los que se 11
ocupan de los asuntos públicos. No deben arriesgarse
temerariamente ni deben defraudar la confianza de los
que creen en ellos, pero no deben tampoco estimar su
vida más de lo conveniente y convertir así en vergon-
zosos y reprochables sus desastres[11].

Tras su victoria, los romanos saquearon en el acto 3
el campamento enemigo y mataron a muchos galos ten-
didos, ebrios, en sus literas; parecía que degollaran
víctimas para el sacrificio. Luego reunieron el resto de 2
prisioneros, de los cuales el erario común ingresó más
de trescientos talentos. Entre cartagineses y galos, en 3
la batalla murieron no menos de diez mil hombres; los
muertos romanos fueron dos mil. Algunos próceres car-
tagineses fueron capturados vivos; el resto[12] murió.
Cuando la noticia llegó a Roma, primero no fue creí- 4
da: tan grande era el deseo de ver el triunfo consuma- 5
do. Pero se presentaron otros que refirieron lo ocurrido
y con detalle; entonces la ciudad se llenó de una ale-

11 WALBANK, *Commentary*, ad loc., dice que aquí hay, sin rodeos, una apología del suicidio, pero la cosa no parece tan clara.

12 Es decir los próceres restantes.

6 gría loca. Se adornaron los templos, los santuarios se llenaron de holocaustos, de tartas de oblación y libaciones. Los romanos cobraron tal ánimo y confianza que ni tan siquiera les importaba ya que Aníbal, hasta entonces su máximo terror, estuviera todavía en Italia[13].

Grecia: discurso de un embajador[14]

7 Les dijo que el discurso que les habían pronunciado tenía mucha fantasía, pero que no contenía la verdad, sino todo lo contrario.

4 «¡Hombres de Etolia! Los hechos evidencian por sí mismos, creo, que ni el rey Ptolomeo[15], ni la ciudad de los rodios, ni la de los bizantinos, ni Quíos ni Mitilene tienen por algo marginal
2 hacer las paces con vosotros. No es la primera ni la segunda vez que tratamos con vosotros de un entendimiento y, desde que encendisteis la guerra, lo hemos hecho insistentemente; hemos aprovechado todas las
3 oportunidades para recordároslo. Ahora nos guiamos por la ruina que la guerra ha producido entre vosotros y los macedonios, y pensamos en la salvación futura de
4 nuestro propio país y de toda Grecia. Aquí pasa lo

---

[13] Esta derrota de los cartagineses es uno de los desastres militares más absolutos de la historia. A algunos autores, incluso, las cifras que da Polibio le parecen muy moderadas. León Homo, *Historia de Roma* (traducción de J. Farrán y Mayoral), 2.ª ed. Barcelona, 1949, pág. 264, piensa que el ejército cartaginés perdió aquí sesenta mil hombres, de los cuales cincuenta y seis mil quedaron tendidos sobre el mismo campo de batalla.

[14] En la discusión subsiguiente al capítulo de H. H. Schmitt, «Polybios und die Gleichgewicht der Mächte», en *Polybe. Neuf exposés...*, pág. 96, el profesor Pédech nota que ya a Polibio le preocupa la política del equilibrio de fuerzas y que, entre otros lugares, este discurso, que sabemos por Tito Livio que lo pronunció Trasícrates de Rodas, es un buen testimonio de ello.

[15] Ptolomeo IV, que ya quiso mediar entre Etolia y Filipo en el 209 a. C.; cf. Tito Livio, XXXVII 30.

mismo que con el fuego[16]: si alguien lo prende a algo
combustible, las llamas se extienden fortuitamente,
dirigidas más que nada por los vientos y por la com-
bustibilidad[17] de los materiales; muchas veces atacan
inopinadamente al mismo que las inició[18]. La guerra 5
no es algo distinto: a veces pierde, antes que a los otros,
a los mismos que la han promovido. Otras veces se
esparce y la cabeza huera de los pueblos limítrofes hace
que, siempre renovada e insuflada como por los vientos,
destruya injustamente aquello con que da. ¡Etolios! 6
Imaginaos que ahora todos los isleños y todos los grie-
gos de Asia están aquí y que os ruegan que dejéis la
guerra y os inclinéis por la paz: también a ellos les
importa lo que aquí ocurra. Sed prudentes y atended
a las exhortaciones. Si, por un azar, hicierais una guerra 7
estéril, como lo son la mayoría de las guerras, pero
noble por los propósitos que la iniciaron y también por
el esplendor de sus resultados, se os podría perdonar
vuestra ambición. ¿Pero, y si la guerra os llena de opro- 8
bio, de infamia y de maldición? Si es así, ¿no debierais
pensarlo mucho? Os voy a decir con toda franqueza lo 9
que opino; vosotros, si sois prudentes, me escucharéis

---

16 Polibio debe de pensar, ante todo, en los incendios forestales; por pura casualidad, el traductor vio iniciarse uno en la isla de Creta en el verano del año 1977, y en breves instantes las llamas alcanzaron dimensiones pavorosas.

17 Walbank, *Commentary*, ad loc., traduce «por la consunción», que responde a la letra del texto griego, pero creo que mi traducción es más fiel al genio de la lengua castellana. Lo que no puede admitirse es la interpretación de Gronovio: «según la variedad de fuegos», pues presupone una alteración del texto griego que no permiten sus fuentes.

18 Aquí sí que el texto griego permite dos interpretaciones: a) la dada en la versión, y b) «se giran antes que contra otro contra aquél...». Esta segunda establece un paralelismo absoluto con lo que sigue, pero desde un punto de vista sintáctico la primera es totalmente admisible.

10 con calma, ya que es preferible que, aunque ahora quedéis corridos de vergüenza, os salvéis, a que os halaguen los oídos para desplomaros muy poco después, arrastrando en vuestra caída a todos los demás griegos.

5 »Poneos ante los ojos vuestra propia ignorancia. Afirmáis que lucháis contra Filipo en pro de Grecia entera, la cual, una vez liberada, no deberá obedecer las órde-
2 nes de aquél. La verdad es, sin embargo, que combatís para arruinar y esclavizar a todos los griegos. Esto es lo que dice vuestro pacto[19] con los romanos, establecido primero en la letra, pero que ahora vemos traslada-
3 do a la realidad. Ya entonces lo escrito os llenó de oprobio, pero ahora los hechos lo han hecho perceptible a
4 todos. Filipo es sólo un pretexto nominal para la guerra. Él no corre riesgo. Se ha aliado con la mayoría de peloponesios[20], con los beocios, los eubeos, los focenses, los locros, los tesalios y los epirotas, y es contra todos estos últimos contra los que vosotros habéis pactado
5 en los términos que siguen: 'las personas y los ajuares corresponderán a los romanos, las tierras y las ciuda-
6 des, a los etolios'. Si fuerais vosotros los que tomarais las ciudades no toleraríais que sus habitantes fueran maltratados ni que se pegara fuego a las poblaciones. En efecto, estáis convencidos de que esto es cruel y
7 salvaje. Pero con los pactos que habéis suscrito ahora entregáis gratuitamente a todos los demás griegos[21], víctimas de la soberbia y de la arbitrariedad peores.
8 Antes esto no era cosa sabida; ahora vuestros intentos son notorios debido a los oreítas[22] y a los desgraciados

---

[19] Cf. IX 28-39.

[20] Contra la Confederación Aquea. Sobre ésta cf. H. BENGSTON, *Griechische Geschichte...*, págs. 494 y sigs.

[21] Excepto los propios etolios, una evidente exageración.

[22] Óreo, al N. de Eubea, destruida por el general romano Sulpicio, a consecuencia de una traición del oreíta Plátor, un

eginetas. Parece como si la fortuna lo hubiera hecho exprofeso: ha subido vuestra confusión a la plataforma
de la escena. Éste fue el principio de la guerra y ya 9
veis lo que ha sucedido hasta ahora. Y si todo discurre según vuestros planes, ¿qué final podemos prever? ¿No hay aquí el principio de grandes desastres para todos los griegos?[23].

»Si los romanos se desembarazan de la guerra de 6
Italia, cosa que sucederá de inmediato, porque Aníbal se encuentra acorralado en una región muy pequeña
de los Abruzos, lo lógico será que ataquen con todas 2
sus fuerzas las tierras de Grecia; aparentemente ayudarán a los etolios contra Filipo, pero en realidad nos someterán a todos. Mucho me temo que esto sea demasia-
do claro. Cuando nos hayan aherrojado, si se proponen 3
tratarnos humanamente, los romanos cosecharán crédito y gratitud; si se conducen con nosotros duramente, se aprovecharán de las muertes y de las haciendas de
los supervivientes. Vosotros entonces tomaréis a los 4
dioses por testigos, pero ni los dioses os querrán socorrer ni los hombres podrán hacerlo.

»Esto, hubierais debido verlo al principio, lo cual os 5
hubiera llenado de honor. Pero son muchas las cosas 6
futuras que escapan a las previsiones humanas, por lo que al menos ahora, cuando los hechos os han evidenciado ya lo que va a ocurrir, deberíais deliberar con
más acierto de cara al futuro. En el presente no hemos 7
omitido ni decir ni hacer nada de lo que conviene a nuestros amigos verdaderos; en cuanto al futuro, hemos
dicho con sinceridad lo que pensamos. Os pedimos an- 8
helantes que no seáis avaros de vuestra libertad y salvación, y que no estorbéis las de los demás griegos.»

---

comandante de Filipo. El mismo general romano tomó la isla de Egina en el año 210 a. C.

[23] Cf. XVIII 39, 1.

9 Al parecer, esto causó una gran impresión en el pueblo. A continuación entraron los embajadores de Filipo, quienes pospusieron el tratar los puntos uno por uno, y dijeron que se presentaban con dos instrucciones:
10 «si los etolios se decidían por la paz, él la aceptaba gustoso; de lo contrario, ponía por testigos a los dioses y a los embajadores de toda Grecia, allí presentes, de que no Filipo, sino los etolios iban a ser culpables de lo que en adelante sucediera a los griegos.»

7 Casi cogió prisionero a Átalo, que al fin se le escapó, cosa que lamentó mucho[24].

Filipo V en Termo

2 Filipo marchó hacia el lago Tricónico y llegó a Termo[25], donde estaba el templo de Apolo. Ahora, en su segunda incursión, destruyó todos los exvotos que antes había respetado[26]; tanto en aquella ocasión como ahora obró erróneamente cuando dio rienda suelta a
3 su pasión. Es prueba de una necedad máxima tratar sacrílegamente a los dioses[27] cuando uno se ha enfurecido contra los hombres.

4 Elopio[28], ciudad de Etolia. Polibio, libro undécimo.
5 Fiteo, ciudad de Etolia. Polibio, libro undécimo.

---

24 En el año 208, Filipo V tomó Cino, puerto de Opunte, en el cual se encontraba Átalo, quien, avisado a tiempo, escapó por los pelos.

25 Centro federal etolio, donde estaba el templo de Apolo Termio.

26 En el año 218 a. C.

27 Sobre lo que Polibio piensa acerca de la inviolabilidad de los templos, cf. IV 62, 3 ss.

28 Elopio; según WALBANK, *Commentary*, ad loc., se trata de la actual Mesorouni, en el extremo este del lago Triconio, pero el nombre no consta en el nomenclátor del *Weltatlas*, I; Fiteo es la actual Paleocora; cf. V 7, 7-8, 4.

Filopemén y los generales aqueos

Tres son las maneras[29] por las 8
que los que ambicionan llegar a
generales pueden intentarlo razonablemente: la primera, por la
historia y por los conocimientos
que ella proporciona, en segundo lugar por un método 2
y por la enseñanza de hombres experimentados y, en
tercero, por la experiencia práctica en los asuntos bélicos. Los generales aqueos no sabían nada de esto. 3
La mayoría de ellos desplegaba una rivalidad infeliz 4
ante las pretensiones inoportunas de otros[30]. Ansiaban 5
fuera de lo común cortejos y vestimentas, y muchos
ostentaban una elegancia superior a lo que les permitían sus haciendas. De las armas, en cambio, no habla- 6
ban lo más mínimo.

La masa no intenta imitar las características esencia- 7
les de los favorecidos por la fortuna, sí en cambio, las cosas secundarias, y así convierte en espectáculo su propia falta de discernimiento, lo cual la perjudica.

Dijo Filopemén[31] que el fulgor de las armas contri- 9
buye a sembrar el pánico en el enemigo; también ayuda
mucho que ya de fabricación[32] se adapten a su uso.
Los aqueos alcanzarían lo conveniente, principalmente 2
si cuidaban de las armas tal como hasta ahora de los

29 Compárese este lugar con IX 14, 1-5.

30 Polibio no especifica más, pero debe tratarse, muy en general, de gobernantes y prohombres aqueos.

31 Aquí se reproduce en estilo indirecto el discurso de Filopemén habido en un consejo (9, 8), cuyos miembros posteriormente trasladaron a sus ciudades (10, 7). El discurso debió de ser pronunciado en Egio. Aunque no sea totalmente seguro, la fecha debió de ser la del otoño de 208 a. C. La palabra «Filopemén» no está en el texto griego, pero comentaristas y traductores la introducen sistemáticamente en sus textos.

32 Aquí es posible otra traducción: «que se reparen para adaptarlas más a su uso». WALBANK, *Commentary*, ad loc., se inclina por esta segunda interpretación.

vestidos y si la negligencia que entre ellos reinaba, en
lo que se refiere al armamento, la pasaban a su indu-
3 mentaria. De ello se aprovecharía su hacienda, a la par
que el pueblo reconocería que ellos todavía estaban en
4 situación de salvar la causa común. Por esto, añadió,
es imprescindible que quien se dirija a una revista o a
una campaña procure, cuando se ponga las tobilleras,
que se le ajusten bien y que brillen aún más que su
5 calzado, que sus botas; cuando coja el escudo, la coraza
y el casco, debe esmerarse para que sean más limpios
6 y lujosos que su manto y que su túnica[33]. El que pre-
fiera su lucimiento a lo necesario para una batalla, de
tal preferencia puede deducirse lo que le sucederá en
7 la liza. Filopemén exigía que todos se convencieran de
que el lujo en el vestir es propio de mujeres sin dema-
siado seso. En cambio, la riqueza y la distinción en las
armas son propias de hombres rectos, empeñados en
salvar brillantemente la patria y en salvarse a sí mis-
8 mos. Todos los presentes se manifestaron de acuerdo
y admiraron tanto el buen juicio de aquella exhortación,
que cuando abandonaron el edificio del consejo señala-
ron inmediatamente los que vestían con lujo excesivo
9 y obligaron a algunos a abandonar el ágora. Y en todo
lo dicho se vigilaron más mutuamente, tanto en las in-
cursiones como en las expediciones.

10 De modo que una sola palabra dicha oportunamente
por un hombre digno de crédito muchas veces no sólo
retrae de los hábitos más viles, sino que además em-
2 puja a los hombres a las acciones más gloriosas. Si el
que hace la exhortación tiene una vida privada confor-
me con lo que dice, su consejo tendrá efectivamente la
máxima credibilidad. Y se puede comprobar que esto

---

33 Parece que Filopemén hizo cambiar las tácticas de los aqueos, lo que debió de comportar un cambio total en su armamento. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

se daba grandemente en Filopemén. En cuanto a comi- 3
da y vestido era sencillo y poco exigente; lo mismo en su servicio personal; en su trato era liberal y nada ceremonioso. La máxima preocupación de toda su vida fue 4
decir siempre la verdad. Por eso hablaba poco, pero atinadamente; inspiraba una gran confianza en los que le escuchaban. Aducía como ejemplo su tenor de vida, 5
para lo cual se precisaba hablar muy poco. Ocurría 6
con frecuencia que por la fe depositada en él y por su conocimiento de los temas con pocas palabras rebatió largos discursos de sus adversarios políticos que habían dado la impresión de haber hablado con gran elocuencia.

Finalizó el consejo y todos los delegados regresaron 7
a sus ciudades. Habían aceptado sinceramente tanto al hombre como a su alegato; se habían convencido de que bajo su mando no iban a sufrir ningún desastre. Filopemén acudió en seguida a todas las ciudades; su 8
recorrido estuvo lleno de interés y de energía. Después 9
concentró a los contingentes y los puso en orden. No habían transcurrido aún ocho meses dedicados a tales cuidados y preparativos cuando reunió sus fuerzas en Mantinea para luchar contra el tirano, en favor de la libertad de todos los peloponesios.

Desastre y muerte de Macánidas[34]

Seguro de sí mismo y creído 11
que el ataque de los aqueos le venía como obtenido por un voto, así que fue informado de la concentración de Mantinea, Macáni- 2
das exhortó a los lacedemonios, en Tegea, lo adecuado a aquellas circunstancias y, al alba del día siguiente, marchó hacia Mantinea. Dirigía personalmente la falan- 3
ge del ala derecha y llevaba a sus mercenarios, en dos columnas paralelas, a ambos lados de su vanguardia;

[34] Para Macánidas, cf. X 41, 2 ss.

detrás seguía el bagaje, una gran cantidad de ingenios
4 de asedio y de proyectiles de catapulta. En aquel mismo momento, Filopemén había dividido sus fuerzas en tres cuerpos y las hacía salir de Mantinea [35]: a los ilirios, a los coraceros [36], a los mercenarios y a la infantería ligera por la ruta que conduce al templo de Poseidón [37], por la siguiente, la occidental, salían los soldados de la falange y, por otra inmediata a ésta, la caballería aquea.
5 Su infantería ligera se anticipó y ocupó un altozano que hay delante de la ciudad; se yergue sobre la ruta Jénida [38] y sobre el templo citado. A continuación emplazó a los coraceros, hacia el Sur, y seguidamente, a
6 los ilirios. Luego situó la falange, distribuida a intervalos sobre una línea recta a lo largo de un foso que alcanzaba el santuario de Poseidón por la parte central de la llanura de Mantinea, y que conectaba con las mon-
7 tañas limítrofes del país de los elisfasios [39]. En la entrada de la llanura apostó, en el ala derecha, la caballería aquea, al mando de Aristáneto de Dime [40], y en la izquierda él personalmente se puso al mando de sus mercenarios formados en líneas paralelas.

---

35 En Walbank, *Commentary*, pág. 284, hay un plano con el dispositivo de las fuerzas en esta batalla de Mantinea del 207 a. C.

36 Para estos coraceros, cf. X 29, 6 ss. Paton interpreta que se trata de tropas de caballería, pero es poco probable. Véase su traducción en ese lugar.

37 Cf. IX 8, 11.

38 Ruta Jénida; el nombre quizás indica que guiaba hacia tierras no sometidas al dominio de Mantinea.

39 Este país de los elisfasios, no citado por otras fuentes, pero cuya existencia es segura por un bronce que contiene la leyenda «de los elisfasios aqueos», debía extenderse en dirección oeste desde las montañas citadas.

40 Este nombre no es paleográficamente seguro (en el texto griego); quizás deba leerse «Aristeno», lo cual concordaría con XVIII 1, 4 y con XXIV 11, 4.

Cuando la llegada de las tropas enemigas ya fue 12
clara, Filopemén recorrió las unidades de la falange,
a las que arengó brevemente, aunque con énfasis, ante
el choque inminente. Sin embargo, apenas si le enten- 2
dieron en lo que les decía. Sus hombres le apreciaban
tanto y confiaban tanto en él, aquella masa llegó a un
punto tal de ímpetu y de ardor, que su respuesta fue
como una explosión de entusiasmo: le invitaba a que
tomara el mando sin recelo. En general, si venía a 3
cuento, Filopemén intentaba hacer comprender que
mientras el enemigo luchaba bajo una esclavitud infa-
mante e ignominiosa, ellos lo hacían bajo una libertad
gloriosa e inextinguible.

Primero, Macánidas dio la impresión de que con su 4
falange en línea recta quería arremeter contra el ala
derecha aquea, pero cuando se hubo aproximado más
imprimió a sus tropas un giro hacia la derecha, para lo
cual se tomó el espacio necesario, y las desplegó en una
longitud tal que su ala derecha coincidió con la izquier-
da de los aqueos; además emplazó sus catapultas de-
lante de su propio ejército, a intervalos iguales una de
otra. Filopemén le adivinó la intención: Macánidas pre- 5
tendía barrer con las catapultas a sus secciones de sol-
dados de la falange, herirle los hombres y desordenarle
el ejército. Y no le dio tiempo ni respiro: por medio 6
de sus tarentinos [41] inició violentamente el choque cerca
del templo de Poseidón: allí el terreno era llano y muy
apto para las operaciones de la caballería. Ante lo que 7
ocurría, Macánidas se vio forzado a hacer lo mismo y
mandó entrar en liza a los tarentinos que formaban
en su ejército.

El choque inicial de estos tarentinos fue encarniza- 13
do, y al cabo de poco tiempo la infantería ligera [42] ya

[41] Cf. IV 77, 7. Se trata de mercenarios, claramente distintos de la caballería aquea.

[42] De ambos bandos.

se aproximaba para reforzar a los que estaban en situa-
ción difícil; los mercenarios de uno y otro bando anda-
2 ban ya revueltos. En efecto: en el combate no se seguía
ningún orden y se peleaba cuerpo a cuerpo, de modo
que se mantuvo mucho tiempo indeciso; las fuerzas
restantes esperaban ver hacia dónde iba a decantarse
la polvareda, ya que no podían conjeturarlo: los dos
contingentes que se combatían permanecían, en la re-
3 friega, pegados a su posición inicial. Pero a la larga los
mercenarios del tirano empezaron a ganar terreno, por-
que eran superiores en número y, además, por su habi-
4 lidad, pues habían sido adiestrados. Esto es normal y
5 acostumbra a ocurrir siempre: en las guerras, en el
mismo grado en que las tropas de las democracias su-
peran en coraje a los súbditos de un tirano, es lógico
que los mercenarios de un tirano superen y se distingan
6 de los de las democracias. La razón es que, de los ciu-
dadanos, unos luchan libremente y los otros lo hacen
esclavizados, y, paralelamente, unos mercenarios am-
bicionan mejorar su situación, mientras que los otros
7 sólo quieren rehuir un daño manifiesto. Cuando ha
destruido a los que la asediaban, la democracia no nece-
sita de mercenarios que velen por su libertad; la tiranía,
en cambio, precisa de tantos más mercenarios cuanto
8 más grande es su ambición: en la misma medida en
que maltrata es acechada. La seguridad de los tiranos
descansa totalmente en la adhesión y en la fuerza de
sus mercenarios.

14 También entonces sucedió que los mercenarios de
Macánidas se emplearon con tal coraje y vigor, que ni
los ilirios ni los coraceros que habían acudido a re-
forzar a los mercenarios aqueos lograron aguantar la
embestida, y huían atropelladamente y con apuros hacia
la ciudad de Mantinea, a siete estadios de distancia.
2 En aquella ocasión resultó claro y notorio algo que hay
quien pone en duda: en la guerra la mayoría de cosas

que ocurren se deben a la habilidad o a la torpeza de
los generales. Indudablemente, es algo importante que 3
quien cobra una superioridad inicial eche el resto, pero
es algo más importante todavía que quien ve fallidos
sus primeros intentos no pierda la cabeza, procure ver
dónde los afortunados han obrado irreflexivamente y
explote sus errores. Muchas veces podemos contemplar 4
que los que parecían triunfantes al cabo de poco se
ven totalmente derrotados, y los que de buenas a pri-
meras parecían perdidos irremisiblemente se revuelven
y consiguen hábilmente restablecer su situación cuando
nadie lo esperaba. Parece que en esta ocasión a los dos 5
generales les ocurrió esto. La desbandada de los mer- 6
cenarios aqueos era ya total y su ala izquierda se había
difuminado; Macánidas no perseveró en la ejecución
de sus planes primeros, que consistían en acosar el
flanco y atacar [43] frontalmente al resto, decidiendo aquí
la batalla. Pero no hizo nada de esto, sino que no se 7
dominó y se desbravó puerilmente acosando a los fugi-
tivos con sus propios mercenarios, como si el terror no
se bastara para perseguir hasta las puertas a los que
ya habían cedido una vez.

El general de los aqueos procuró sostener a sus mer- 15
cenarios mientras le fue posible: llamaba por su nom-
bre a los oficiales y les acuciaba. Al contemplarles 2
totalmente derrotados no huyó presa del pánico ni se
desalentó; mucho menos abandonó su intento. Cuando
los perseguidores ya le habían rebasado y el espacio
en que se había librado el combate quedó vacío, él mis-
mo se puso al frente del ala de su falange, mandó girar
rápidamente hacia la izquierda a las primeras unidades
de la falange y avanzó corriendo, pero sin perder la

[43] Aquí acepto la lectura de Büttner-Wobst: «atacar» (en el griego, naturalmente), frente a la de los manuscritos, que dice, simplemente, «conducir» (se sobreentiende a sus tropas).

3 formación. Ocupó a toda prisa el espacio abandonado, aisló a los perseguidores enemigos y rebasó el ala de-
4 recha adversaria. Ordenó a la falange que permaneciera allí sin recelo hasta que él diera la orden de ataque
5 general. Mandó a Polieno[44] de Megalópolis que concentrara a los ilirios, a los mercenarios y a los coraceros supervivientes que antes habían huido para que flanquearan esforzadamente el ala de la falange y acecharan
6 a los que regresaban de la persecución. Sin haber recibido órdenes al respecto, pero engreídos en sus mentes por su triunfo sobre la infantería ligera, los macedonios bajaron sus espadas y cargaron contra el enemigo.
7 Avanzando en su ataque, llegaron al margen del foso. Tanto porque ya les era imposible retroceder, ya que
8 estaban a tiro del adversario, como porque desdeñaban el mismo foso, de pendiente muy suave y sin agua ni ninguna maleza, se lanzaron dentro irreflexivamente.

16 Filopemén había previsto ya mucho antes aquella coyuntura contraria al enemigo; entonces ordenó a su
2 falange atacar con las espadas en alto. Los aqueos arremetieron todos a la vez con un griterío formidable; los lacedemonios, al entrar en el foso, habían roto sus filas y ahora, que debían subir contra el enemigo
3 que tenían encima, se acobardaron y huyeron. En su mayor parte perecieron allí, unos a manos de sus riva-
4 les, otros a manos de sus propios compañeros. Y esto no fue ni por casualidad ni por azar. Se debió a la perspicacia del general aqueo, que ya de antemano ha-
5 bía dispuesto un foso delante suyo. Filopemén no rehuía el combate, como algunos suponían, sino que lo calculó todo exactamente, con gran arte militar: si Macánidas al llegar hacía avanzar sus fuerzas sin aten-

[44] Algunos editores y comentaristas leen aquí el nombre del propio Polibio, pero es muy improbable que él interviniera personalmente en la batalla.

der al foso, a su falange le ocurriría precisamente lo
que se acaba de describir y que en realidad pasó; si 6
preveía la dificultad del foso y modificaba sus planes,
debería deshacer la formación de sus fuerzas, dando
así una impresión de cobardía y exponiéndose en una
marcha muy larga. Aunque no se librara un choque
decisivo, él tendría muchas más oportunidades de vic-
toria que Macánidas. Es cosa ya ocurrida a muchos: 7
tras haber adoptado un dispositivo de combate se han
creído en inferioridad de condiciones para luchar contra
el enemigo, ya sea por la configuración del terreno, ya
por creerle superior numéricamente, ya sea por otras
causas, y se han arriesgado a marchar en una columna 8
prolongada, por la confianza de salir victoriosos gracias
al arrojo de la retaguardia; otros creían que se desem-
barazarían sin peligros del enemigo. En cuanto a esto, 9
a los generales les ocurre casi siempre * * *.

De modo que Filopemén no erró en sus previsiones 17
acerca de cómo irían las cosas, ya que de parte de los
lacedemonios se produjo una desbandada general. Cuan- 2
do comprobó el triunfo de su falange y que la operación
le prosperaba espléndidamente, emprendió la ejecución
de la parte restante de su plan: era que Macánidas no
se le escapara. Había visto que éste y sus mercenarios, 3
en la excitación de su caza, habían quedado copados
en el espacio existente entre el foso y la ciudad y es-
peró su regreso. Macánidas, ya de vuelta, comprobó 4
cómo sus fuerzas huían. Vio que había avanzado ex-
cesivamente y perdió toda esperanza. Condensó en torno
suyo a los mercenarios que iban con él e intentó sin
dilaciones irrumpir, con los hombres que había reunido,
por en medio de los diseminados y de sus perseguido-
res. Algunos que lo vieron de momento le esperaron, 5
pues confiaban poder salvarse así. Pero cuando se acer- 6
caron a la pasarela tendida sobre el foso y constataron
que los aqueos la vigilaban, entonces perdieron los

ánimos y dejaron solo a Macánidas; cada uno buscó
7 por sí mismo su salvación. También el tirano dejó el
sendero del puente y cabalgaba por el borde del foso:
todo su interés radicaba en dar con un paso.
18 Filopemén reconoció a Macánidas por su vestido de
púrpura y por los arreos del caballo. Confió a Anaxída-
mo y a sus hombres la custodia de la pasarela, con la
orden de no perdonar a mercenario alguno, pues han
sido siempre éstos los que, en Esparta, han sostenido
2 las dictaduras; él tomó a Polieno de Cipáriso y a Simias,
sus ayudantes de turno, y se lanzó por el lado opuesto
del foso a la persecución del tirano y de sus escasos
3 acompañantes, pues se le habían juntado dos hombres,
4 Arexídamo y un segundo mercenario. Macánidas encon-
tró un lugar por donde el paso era fácil, espoleó a su
caballo y le forzó a avanzar. Entonces Filopemén se
volvió y lo atacó, lo hirió certeramente con su lanza y
lo remató con la contera, matando así al tirano en una
5 escaramuza. Los que acompañaban a Filopemén mata-
ron a Arexídamo. El tercer hombre ya no intentó atra-
vesar y, mientras los otros dos morían, él se puso a
6 buen recaudo. Así cayeron los dos; los de Simias des-
pojaron a los muertos, les cogieron las armas y se diri-
gieron rápidamente hacia los suyos, empeñados aún en
7 la persecución; ansiaban evidenciar a sus camaradas
la muerte del general enemigo y conseguir, con ello,
que acosaran con más coraje y más despreocupación
8 al enemigo hasta la ciudad de Tegea. Todo ello contri-
buyó mucho al ardor de los soldados y no fue la menor
causa por la que los aqueos se apoderaron de esta plaza
ya en el primer ataque. En los días siguientes acampa-
ron a orillas del Eurotas; dominaban indisputadamente
9 la región. Durante mucho tiempo habían sido incapaces
de expulsar al enemigo de su propio territorio, y ahora
10 devastaban sin miedo Laconia. En la batalla los aqueos
sufrieron pocas bajas, y, en cambio, dieron muerte a

más de cuatro mil lacedemonios, capturaron un número aún mayor de prisioneros y se apoderaron de todo el bagaje y del armamento enemigo.

Italia; elogio de Aníbal

Lo dice Polibio[45]: ¿Qué ganan 19a
los lectores con seguir combates y guerras, el asedio y el pillaje de las ciudades, si no llegan a conocer las causas por las que, en cada hecho, unos han alcanzado el éxito, mientras
que otros se han hundido? El resultado de las acciones 2
interesa a todos los lectores, pero las decisiones previas de los responsables[46] si la investigación se hace
como es debido, aprovechan a los estudiosos. Lo más 3
fructuoso para los que se toman estas cosas muy en serio es el tratamiento que lo demuestra todo con detalle.

¿Quién no alabaría el saber militar, el coraje y el 19
vigor de Aníbal en sus campañas, si considera el largo 2
tiempo que duraron, si piensa en las batallas que libró, de menor o mayor envergadura, en los asedios que emprendió, en las ciudades que desertaron de uno y otro bando[47] y reflexiona, además, sobre el alcance del con-
junto de sus planes, sobre su gesta, en la que Aníbal 3
guerreó ininterrumpidamente dieciséis años contra Roma en tierras de Italia, sin licenciar jamás las tropas de sus campamentos? Las retuvo, como un buen piloto, bajo su mando personal. Y unas multitudes tan enormes jamás se le sublevaron ni se pelearon entre ellas, por más que echaba mano de hombres que no eran ni del

---

45 Estas palabras son del epitomador.

46 Traduzco según la convincente interpretación de WALBANK, *Commentary*, ad loc.

47 También aquí se traduce según la interpretación de WALBANK, *Commentary*, ad loc., preferible, a mi entender, a la traducción de Paton y de Schweighäuser: «a sus pasos de ciudad a ciudad».

4 mismo linaje ni de la misma nacionalidad. En efecto, militaban en su campo africanos, iberos, ligures, galos, fenicios, italianos, griegos, gentes que nada tenían en común a excepción de su naturaleza humana, ni las
5 leyes, ni las costumbres, ni el idioma. A pesar de todo, la habilidad de Aníbal hacía que le obedecieran, a una sola orden, gentes tan enormemente distintas, que se sometieran a su juicio aunque las circunstancias fueran complicadas o inseguras, y ahora la fortuna soplara estupendamente a su favor, y en otra ocasión al revés.
6 Desde este punto de vista es lógico que admiremos la eficiencia de este general en el arte militar. Sin temor a equivocarnos podemos decir que si hubiera empezado atacando las otras partes del mundo y hubiera acabado por Roma, no habría fallado en sus propósitos [48].
7 Pero empezó dirigiéndose contra los que hubieran debido ser los últimos: inició y acabó sus gestas peleando contra los romanos.

20

Desastre de Asdrúbal, hijo de Gescón, en España: batalla de Ilipa

Asdrúbal concentró las tropas cartaginesas desde las ciudades donde pasaban el invierno [49]. Avanzó y acampó en las cercanías de la población llamada Ilipa [50]; mandó excavar un foso al pie de sus montañas. Disponía de una llanura muy favorable para un choque o una
2 batalla campal. Contaba con setenta mil soldados de infantería, cuatro mil jinetes y treinta y dos elefantes.
3 Escipión mandó a Marco Junio [51] a Cólicas a recoger las fuerzas que había reclutado para él, tres mil hombres
4 de a pie y quinientos de a caballo. Él personalmente tomó a los aliados restantes e inició la marcha: avan-

[48] De dominio universal, arrebatándola a Roma.

[49] No lejos de Cádiz; cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

[50] La actual Carmona.

[51] Marco Julio Silano.

zaba hacia la realización de sus planes. Se aproximaba 5
ya a Cástulo por los parajes de Bécula[52], donde pro-
yectaba reunirse con sus tropas de Cólicas, al frente
de las cuales iba Marco Junio. Pero allí las circunstan-
cias le pusieron en una situación difícil. Las fuerzas 6
romanas de que disponía no le bastaban para arriesgar
por sí solas un choque, sin el apoyo de los aliados; por
otra parte le parecía inseguro y absurdo empeñar una
batalla decisiva en la que debería depositar íntegra-
mente sus esperanzas en los aliados. Pero en medio 7
de sus vacilaciones las circunstancias le apremiaban y
se vio obligado a echar mano de sus iberos para causar
impresión en el enemigo. Sin embargo, la lucha la enta-
blaría con sus propias legiones. Tal era su proyecto. 8
Alzó el campo con todos sus hombres, unos cuarenta y
cinco mil infantes y tres mil jinetes. Se aproximó a los 9
cartagineses y, cuando los tuvo a la vista, acampó de-
lante de ellos, en unas lomas[53].

Magón creyó que se les ofrecía una oportunidad 21
magnífica para atacar a los romanos cuando todavía
acampaban. Tomó consigo la mayor parte de su caba-
llería y, además, a Masinisa[54] con sus africanos, y se
lanzó contra la acampada romana, convencido de que
cogería desprevenido a Escipión. Éste, sin embargo, ha- 2
bía adivinado el futuro y había apostado detrás de una
loma un número de jinetes no inferior al de los carta-
gineses, que se vieron atacados cuando no lo espera- 3
ban. Ante lo imprevisto de aquella aparición romana,
muchos cartagineses se dieron a la fuga y cayeron de

---

52 Cástulo era una población importante de los oretanos, actualmente Cazlona, junto a Linares, provincia de Jaén; sobre Bécula, cf. nota 146 del libro X.

53 Llamada actualmente de Pelagatos; cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

54 Cf. IX 25, 4.

los caballos [55], aunque otros establecieron contacto con
4 el enemigo y lucharon bravamente. Pero los jinetes ro-
manos eran muy hábiles y descabalgaban, por lo que
los jinetes cartagineses, que sufrían muchas bajas, ce-
5 dieron tras una breve resistencia. Primero se retiraban
sin romper su formación, pero, cuando los romanos
apretaron, disolvieron sus escuadrones y huyeron des-
6 ordenadamente a su campamento. Esto hizo que los
romanos cobraran más ánimos para la lucha, mientras
7 que entre los cartagineses cundía el desánimo. Luego,
durante unos días, ambos bandos hacían salir sus tropas
a la llanura que mediaba entre los dos campamentos;
se tanteaban mutuamente con escaramuzas de caballería
y de infantería, y así acabaron por lanzarse a la batalla
campal decisiva.

22 Parece que en aquella ocasión Escipión usó de dos
2 estratagemas. Había observado que Asdrúbal hacía salir
a sus fuerzas ya bastante entrado el día, situaba en
medio a sus africanos y distribuía a los elefantes por
3 las dos alas. Él hacía salir a sus tropas más tarde toda-
vía, situaba a los romanos en el centro de la formación
enfrentados a los africanos y, en el extremo de ambas
alas, emplazaba a los iberos. El día en que había deci-
dido dar la batalla hizo todo lo contrario de lo reseña-
do, con lo que facilitó mucho el triunfo de sus hom-
4 bres, al poner en inferioridad al enemigo. Apenas al-
boreó, mandó a sus ayudantes con la orden, impartida
a tribunos y a soldados, de que tomaran un rancho y,
luego, salieran al campo con las armas; debían colo-
5 carse delante del foso. Naturalmente, fue obedecido, y

55 Algunos comentaristas no creen en una caída de jinetes de sus caballos tan masiva que obligara a consignarla por escrito, pero la lectura del manuscrito griego no ofrece dudas. A pesar de ello, algunos editores del texto griego han propuesto la lectura «se dispersaron».

aun con buen ánimo, porque todo el mundo se imaginaba lo que iba a suceder. Entonces mandó avanzar a su caballería y a su infantería ligera: debían aproximarse al campamento enemigo e iniciar una escaramuza audaz. Así que hubo salido el sol, apareció él personal- 6
mente con la infantería pesada, avanzó y, cuando alcanzó el centro de la llanura, allí formó a los suyos, pero con un dispositivo distinto al habitual: colocó en medio a los iberos y a los romanos en las alas. Los car- 7
tagineses apenas si tuvieron tiempo de armarse: la caballería enemiga se había acercado súbitamente al foso y el resto de las tropas romanas había ya formado. Todo 8
esto forzó a los oficiales de Asdrúbal, cuyos hombres estaban todavía en ayunas, a enviar, sin ningún tipo de preparación para tal eventualidad, a la llanura, a enfrentarse con la caballería romana, a su propia caballería y a la infantería ligera, mientras que Asdrúbal ordenó para el combate a la infantería pesada cartaginesa en el llano no muy distante del pie de las lomas, que era donde habitualmente se colocaba. Pasó algún tiem- 9
po hasta que los romanos se movieran. Ya entrado el día, el choque de las dos infanterías ligeras seguía indeciso y equilibrado, porque los que se encontraban en apuros se replegaban hacia sus falanges y, allí, se revolvían para regresar al combate. Entonces, Escipión 10
empezó a recoger en los espacios libres que quedaban entre los destacamentos a los que se retiraban de las escaramuzas, los distribuyó detrás de los que habían formado en las dos alas, primero los vélites y detrás de éstos los jinetes, y empezó el ataque en toda regla avanzando en una fila que trazaba una línea recta. Cuando 11
estaba a un estadio de distancia del enemigo ordenó avanzar también a los iberos dispuestos del mismo modo. En el ala derecha las unidades de infantería y los escuadrones de caballería debían girar hacia su

derecha, y en el ala izquierda las tropas correspondientes, a la izquierda[56].

23 Él en persona tomó a su mando, en el ala derecha, los tres escuadrones de caballería que abrían la marcha; Lucio Marco y Marco Junio mandaban los de la izquierda; delante avanzaban, como es normal, los vélites y tres secciones, que entre los romanos se llaman
2 cohortes. Así pues, los romanos avanzaron a paso ligero en columna contra el enemigo: Escipión giraba hacia la derecha y los otros[57] hacia la izquierda; las líneas de detrás seguían siempre la inflexión de las de
3 delante. Cuando los romanos estaban ya casi tocando al enemigo, la primera línea frontal de los iberos, que avanzaban al paso, quedaba todavía lejos. Las dos alas romanas enfilaron contra los rivales, que era lo que
4 respondía a los cálculos iniciales de Escipión. Los movimientos siguientes, que posibilitaron a los que iban detrás alinearse a la misma altura de los que les precedían y establecer contacto con el enemigo en vistas a la batalla, fueron en direcciones contrarias tanto en las dos alas como en la caballería y en la infantería.
5 En efecto, la caballería y la infantería ligera del ala derecha viraron en su misma dirección, procurando envolver al adversario; la infantería pesada, al revés, giró
6 a la izquierda. En el ala izquierda los manípulos[58] torcieron hacia la derecha y la caballería y los vélites a la
7 izquierda. Este último movimiento hizo que, en ambas alas, la derecha de la caballería y de la infantería ligera
8 se convirtiera en la izquierda. A este detalle, Escipión no le prestaba demasiada importancia; preveía algo más decisivo, que era desplegarse en una línea que re-

[56] En Walbank, *Commentary*, pág. 301, hay un esquema del dispositivo del avance romano.

[57] Lucio Marco y Marco Junio.

[58] Es decir, la infantería.

basaría los flancos enemigos. Su cálculo resultó exacto.
Un general debe saber siempre lo que ha sucedido y 9
utilizar unas maniobras tácticas que favorezcan su
acción.

Como consecuencia de este choque, los elefantes, 24
heridos por los tiros de la caballería y de los vélites,
hostigados desde ambos frentes, lo pasaron muy mal
y dañaron, por igual, a romanos y a cartagineses: co-
rrían al azar por ambos bandos y aplastaban a todos
los que hollaban. En las alas, la infantería cartaginesa 2
estaba en situación difícil y el centro, donde forma-
ban los africanos, la flor y nata de aquel ejército, no
podía hacer nada: no podía ir en socorro de las alas, 3
porque así habría dejado un espacio libre para la arre-
metida de los iberos, ni, si permanecían en su sitio,
llegaban a ser útiles, porque el enemigo que tenían
delante no estaba a su alcance. Con todo, durante algún 4
tiempo las alas cartaginesas lucharon bravamente, ya
que en ambas el choque era decisivo. Sin embargo, 5
cuando el calor llegó a su grado máximo los cartagine-
ses ya estaban extenuados, porque habían salido no por
propia iniciativa y no se habían podido preparar debida-
mente. Los romanos, con una moral más alta, eran 6
superiores también físicamente, con más razón aún por-
que sus soldados mejores peleaban contra los más flojos
del adversario, debido a la previsión de su general. Los 7
hombres de Asdrúbal empezaron a retroceder, lenta-
mente, a pesar del apuro en que se hallaban; después
giraron todos en redondo y se retiraron hacia el pie
de la montaña; cuando el ataque romano se generalizó
huyeron en desorden hacia su foso. De no salvarles un 8
dios, los romanos les hubieran echado, incluso, del
campamento. Pero precisamente entonces se formó en 9
la atmósfera un aguacero extraordinario, descargaban
lluvias continuas y torrenciales, tanto, que los romanos

se las vieron y se las desearon para alcanzar su campamento.

10 Ilurgia[59], ciudad de España. Polibio, libro undécimo.

11 La mayor parte de las muertes romanas se debieron a quemaduras recibidas mientras buscaban oro y plata fundidos.

24a Cuando hubo expulsado a los cartagineses de España, todo el mundo felicitaba a Escipión y le rogaba que descansara y que se entregara al ocio, puesto que había concluido la guerra. Él repuso que les envidiaba,
2 ya que creían esto; él, sin embargo, pensaba ahora más que nunca cómo podría empezar la guerra contra
3 Cartago, ya que hasta entonces eran los cartagineses los que habían hecho la guerra a los romanos, pero, en el presente, la suerte había concedido a éstos la iniciativa en la guerra contra los cartagineses.
4 Escipión dialogó con Sífax[60] y fue tan noble, habló con tanta humanidad y acierto, que días más tarde Asdrúbal[61] le dijo a Sífax que Escipión le parecía más temible aún en la conversación que en el campo de batalla.

Motín en el ejército romano

25 En el campamento romano algunos se amotinaron y Escipión, a pesar de que tenía una experiencia más que suficiente, sin embargo se vio en un apuro y en una dificultad superiores a las de otras veces. Lo cual
2 era lógico. Las causas externas que dañan nuestros cuerpos, quiero decir el frío, el calor, el cansancio, las

---

[59] Seguramente, Lorca.

[60] Lo cual significa que pasó al N. de África; en efecto, Sífax era rey de los masasilios, y su capital era Sifa, ciudad que unos comentaristas identifican con Orán, y otros, con Argel.

[61] El hijo de Gescón, que también estaba en Sifa.

heridas, contra todo esto es fácil precavernos, y si,
con todo, lo sufrimos, el remedio está a nuestro alcan-
ce; en cambio, las úlceras que se forman en nuestros
organismos, las enfermedades que contraemos son difí-
ciles de prever y, cuando nos asaltan, arduas de com-
batir: lo mismo ocurre, debemos suponerlo, en la polí- 3
tica y en los campamentos. En efecto, el remedio contra 4
asechanzas externas y guerras, su antídoto, es bien sa-
bido, si es que de verdad se está alerta[62]; en cambio, 5
las revueltas internas, las civiles, las revoluciones y los
desórdenes públicos son de curación difícil; exigen
gran habilidad y una perspicacia enorme, excepción 6
hecha de una sola regla que, por lo menos yo lo creo
así, se acomoda a todo, a campamentos, ciudades y
hombres: es la norma de no tolerar nunca una ociosi- 7
dad excesiva, una holganza de las que reseñé en otra
ocasión, que se da, principalmente, cuando las cosas
marchan bien y se nada en la abundancia.

Escipión, que era muy activo, como ya se dijo al 8
principio[63], era también perspicaz y expeditivo. Reunió
a sus tribunos y les explicó el plan que sigue para salir-
se de aquel mal paso: les dijo que era preciso prometer 9
a los soldados el cobro de sus haberes y que, para hacer
creíble tal anuncio, debían empezar por exigir a las
ciudades el pago de las contribuciones impuestas para
el sostenimiento del ejército; debían poner interés en
reunir estos fondos, como si los preparativos se enca-
minaran realmente a solucionar el problema de las
pagas. A continuación los tribunos harían un segundo 10
recorrido para rogar y exhortar a los soldados que sa-
lieran de su error y se dirigieran a él para cobrar sus
sueldos personalmente, ya en grupos, o todos a la vez.

---

62 Aquí se podría traducir con un giro castellano, que recubre exactamente el griego: «si es que se está encima».

63 Cf. X 3, 1.

11 Una vez realizado esto, aclaró Escipión, sería la hora de pensar cómo se procedería ulteriormente.

26 Con esta intención, los tribunos al día siguiente em-
2 pezaron a recaudar fondos[64] * * *. Cuando los tribunos comunicaron la decisión a Escipión, éste se dio por en-
3 terado y participó al consejo[65] lo que procedía. Se señaló el día en que se debían presentar los soldados. Se perdonaría a la masa, pero los promotores serían castigados duramente. Eran, en número, unos treinta
4 y cinco. Llegó el día fijado y los amotinados acudieron
5 para reconciliarse y percibir su soldada. Escipión había ordenado secretamente a los tribunos a los que se había encomendado este cometido que precedieran personalmente a los sediciosos y que, cada uno de ellos, eligiera a cinco cabecillas de los amotinados: debían tratarles cordialmente e invitarles a que les acompañaran, si podían lograrlo, a sus tiendas respectivas, o de lo contrario, al menos a una cena con la correspondiente so-
6 bremesa. Tres días antes ordenó a los de su propio campamento que dispusieran víveres para bastante tiempo, con el pretexto de dirigirse, bajo las órdenes
7 de Marco Silano, contra el desertor Indíbil[66]. Esto hizo que los amotinados cobraran más confianza; creyeron que cuando trataran con el general, lo harían desde una

---

64 De las ciudades aliadas. Pero seguramente nos encontramos ante una laguna bastante extensa en el texto griego, pues Tito Livio cuenta que los soldados se reunieron en asamblea para decidir si acudían a Cartagena a cobrar sus haberes en grupos pequeños o el contingente entero; se decidieron por esto último. (Tito Livio, XXVIII 24, 15).

65 Sobre la composición de este consejo de guerra, cf. XIV 2, 11.

66 Aquí traduzco según el texto conjetural de Büttner-Wobst, al que añado la palabra del manuscrito griego (suprimida por los editores alemanes): «desertor». Creo que así queda plenamente explícita la situación.

situación de fuerza, dado que las tropas del otro campamento se habían ausentado.

27 Llegaron cerca de la ciudad, cuando Escipión ordenó a los demás soldados que al día siguiente se pusieran en marcha al alborear, con sus bagajes; a los tribunos 2 y a los oficiales les mandó que, así que hubieran salido de la ciudad, hicieran que la tropa se descargara del equipaje y quedara, armada, junto a las puertas; después, ellos mismos debían repartirse por ellas y vigilar que no saliera por allí ningún revoltoso. Los tribunos 3 encargados de recibir a los amotinados, cuando éstos se llegaron a ellos, les trataron afablemente, según las órdenes recibidas. Se les había mandado también de- 4 tener, después de la cena, a los treinta y cinco hombres y custodiarlos atados; nadie[67] podría salir del recinto, excepción hecha de un hombre por oficial, que iría a notificar al general que ya se había llevado a cabo todo. Cuando los tribunos hubieron cumplido las órde- 5 nes, al día siguiente Escipión comprobó que al alborear los soldados que habían llegado ya estaban concentrados en el ágora, por lo que convocó la asamblea. Se dio 6 la señal y todos concurrieron a la junta como era costumbre, pero perplejos en su pensamiento acerca de cómo verían al general y acerca de lo que les diría[68] en aquellas circunstancias. Escipión, entonces, mandó 7 mensajeros a los centuriones de las puertas con la orden de hacer entrar las fuerzas armadas que debían de rodear a la asamblea. Luego avanzó y, así que apareció, los pensamientos de todos cambiaron. Casi todos creían 8 que se encontraba aún en una situación de inferioridad; entonces, cuando, de manera súbita e inesperada, le

67 «De los amotinados que habían entrado en Cartagena», interpreta WALBANK, *Commentary*, ad loc., pero esta restricción es dudosa.

68 El griego admite un matiz ligeramente distinto: «qué instrucciones les daría»; parece preferible la versión del texto.

vieron firme, el pánico se apoderó de todos con sólo contemplarle.

28 Y él empezó a hablar; les manifestó que encontraba extraño que se hubieran amotinado, tanto si era por descontento, como porque esperaban extraer algún
2 provecho. Ya que tres son las causas, dijo, por las cuales los hombres se atreven a rebelarse contra su patria y sus gobernantes: cuando deben reprocharles algo con enfado, cuando les tratan duramente y, por lo tanto, cunde un descontento general, o, ¡por Zeus!, cuando se ven elevados a las esperanzas más altas y más bellas.
3 «Y ahora me pregunto: ¿cuál de estas cosas os ha pasado? Es evidente que estabais descontentos de mí
4 porque no habíais cobrado vuestros salarios. Pero de esto yo no tengo la culpa: en lo que depende de mi
5 mando, jamás os faltó nada del sueldo. Luego estáis descontentos de Roma, porque no os ha liquidado lo que
6 se os debe desde hace mucho tiempo. ¿Pero era imprescindible que para reclamarlo os convirtierais en desertores de la patria, en enemigos de la que os ha nutrido? ¿No podíais acudir a mí, por lo que toca a esto, y pedir a otros amigos que apoyaran vuestra gestión y os ayudaran? Ésta habría sido, me parece, la mejor solución.
7 A los que pelean en calidad de mercenarios de alguien se les puede perdonar si se amotinan a causa de los sueldos, pero para los que luchan en pro de sí mismos, de sus mujeres e hijos, no hay indulgencia posible.
8 Hacen, poco más o menos, lo que un hijo que dijera que su padre le ha engañado en cuestiones de dinero y se fuera contra él, armado, para matar a aquél a quien
9 debe la vida. ¡Por Zeus! ¿Es que os he impuesto fatigas y peligros superiores a vosotros que a los demás? ¿Es que he distribuido a los otros más ganancias, más
10 botín? No os atreveréis a decirlo, y si os atrevierais,
11 no lo podríais demostrar. ¿Cuál es, pues, la causa de este descontento que ha hecho que os amotinéis contra

mí? Esto es lo que exijo saber. Pero creo que nadie de vosotros puede decir nada, ni tan siquiera imaginarlo.

»No puede ser por descontento de vuestras condi- 29
ciones actuales: ¿cuándo la situación ha sido mejor que la de hoy? ¿Cuándo ha tenido Roma éxitos superiores a los presentes? ¿Cuándo habéis tenido los soldados perspectivas más halagüeñas que las de ahora? Es posible que algún insatisfecho diga que se espera- 2
ban más ganancias a costa del enemigo, y unas promesas mayores y más firmes. ¿Pero de qué enemigo? ¿De 3
Indíbil y de Mandonio?[69]. Sabéis muy bien que traicionaron a los cartagineses para pasarse a nosotros, pero ahora han roto por segunda vez sus juramentos y sus lealtades y se han declarado adversarios nuestros. ¡Es realmente digno de encomio que confiéis en ellos 4
y os convirtáis en enemigos de vuestro propio país! ¡No abriguéis la menor esperanza de conquistar Es- 5
paña! Ni tan siquiera si os hubierais unido a Indíbil, tendríais fuerza suficiente para arriesgaros contra nosotros; mucho menos la tendríais vosotros solos. ¿Pues 6
en qué confiabais? Me gustaría que me lo dijerais. ¿Quizás, por Júpiter, en la confianza que tenéis en vuestro propio coraje, en la experiencia de los que habéis elegido como cabecillas? ¿Quizás, incluso, en las haces y en las hachas que les preceden? Sería indecoroso continuar hablando de cosas así. Pero es que de esto no 7
hay nada, hombres; no tenéis la más mínima justificación ni delante de mí ni delante de la patria. Por esto, 8
yo aduciré, en defensa vuestra, delante de Roma y delante de mí mismo, lo que es una justificación válida para todos los hombres: una masa humana resulta 9
fácil de engañar, se la puede seducir sencillamente para

[69] Cf. IX 11, 3; X 18, 7-15. Indíbil fue rey de los ilérgetes, que vivieron entre Zaragoza y Lérida. Les llegó la falsa noticia de la muerte de Escipión y se declararon independientes de Roma. (Tito Livio, XXVIII 24, 3-4).

cualquier cosa. El mar y las multitudes padecen una
10 enfermedad parecida: por su propia naturaleza el mar
es inofensivo y seguro para los que lo utilizan, pero
si el huracán se precipita violento encima de él, entonces demuestra a los navegantes cómo son los vientos
11 que lo rodean; no de otro modo es la masa y se muestra, a los que la sirven, tal como son sus consejeros y
12 dirigentes. Ahora yo y mis oficiales, los del campamento, os perdonamos y os aseguramos que ya hemos olvi-
13 dado los agravios que nos habéis inferido, pero con los cabecillas vamos a ser implacables; vamos a castigarles como merece su traición contra la patria y contra nosotros mismos.»

30 Dijo esto e, inmediatamente, dio una contraseña. Los hombres armados que rodeaban la asamblea hicieron ruido golpeando con las espadas sus escudos y, entonces, fueron introducidos, desnudos y amarrados,
2 los que habían promovido el motín. La masa se sobresaltó, tanto por miedo a los que los rodeaban como por el trágico espectáculo que tenía ante sus ojos: unos eran azotados hasta morir, otros perecían a hachazos. Nadie movía ni los ojos, incapaz de decir algo: todo el mundo estaba atónito y aterrado por lo que sucedía.
3 Una vez ejecutados los cabecillas de aquella sublevación, sus cadáveres fueron arrastrados al centro entre escarnios; Escipión y sus oficiales juraron al resto de los sublevados que jamás recordarían aquel episodio
4 para perjudicar a alguien. Los amotinados, a su vez, desfilaron uno por uno y juraron delante de los tribunos obedecer siempre las órdenes de los oficiales y no maquinar nada en perjuicio de Roma.

5 Escipión, pues, reprimió con acierto el principio de grandes males que habían empezado a enraizar y restituyó a sus tropas el estado de ánimo anterior.

La traición de Indíbil[70]

Escipión congregó, sin pérdida 31
de tiempo, la asamblea de sus
fuerzas en la misma ciudad de
Cartagena y les habló de la des-
vergüenza de Indíbil y de su des-
lealtad en contra de ellos; adujo multitud de detalles 2
y estimuló a su ejército para la campaña contra los
reyes citados. Enumeró, a continuación, las batallas ya 3
libradas contra cartagineses e iberos juntos, éstos bajo
mando cartaginés: si los romanos siempre habían sali- 4
do victoriosos, argumentó, no era natural que ahora
ellos desconfiaran, ni aun en el caso de sufrir alguna
derrota contra los iberos que mandaba Indíbil. Por eso 5
se negaba rotundamente a aceptar por aliado a ibero
alguno y afrontaría el riesgo con sólo los romanos,
para que quedara muy claro que éstos no habían de- 6
rrotado a los cartagineses por la ayuda de los iberos,
como sostienen algunos, echándoles así de España,
«hemos vencido a cartagineses y celtíberos por el coraje
de los romanos, por nuestra propia fuerza.» Dijo esto 7
y les exhortó a la concordia; debían enfrentarse a aque-
lla guerra con la misma confianza con que habían hecho
frente a otras. Añadió que con la ayuda de los dioses
pensaría en lo que les llevara a la victoria. Sus gentes 8
cobraron tal ánimo y esperanza, que, sólo con mirar-
las, parecía que ya avistaban al enemigo y se apresta-
ban para el combate.

Tras su arenga, Escipión disolvió la asamblea. Al 32
día siguiente levantó el campo e inició la marcha. Al
cabo de diez días alcanzó el río Ebro y acampó delante
del enemigo luego de cuatro jornadas más de camino[71].

---

70 Estamos en el año 206 a. C.

71 En Walbank, *Commentary*, ad loc., pág. 310, hay un esquema con el dispositivo de romanos e iberos en esta batalla del Ebro.

2 Al día siguiente envió a un valle que había allí algunas cabezas de ganado de las que seguían a su ejército; previamente había ordenado a Lelio que tuviera dispuestos sus jinetes; también mandó a unos tribunos
3 que prepararan a los vélites. Los iberos se lanzaron inmediatamente a la captura de las bestias, y Escipión envió contra ellos algunos vélites. Esto ocasionó un choque: soldados de ambos bandos corrieron en apoyo de los suyos y hubo una fuerte escaramuza de infan-
4 tería en medio del valle. La ocasión era oportuna y favorable, por lo que Lelio, que, en cumplimiento de las órdenes recibidas, tenía dispuesta la caballería, arremetió contra la infantería enemiga y la aisló al pie de la montaña; la mayor parte de infantes cartagineses se diseminó por el valle y murió a manos de los jinetes romanos.

5 Los bárbaros, exasperados y temerosos de que aquella derrota pudiera hacer creer que estaban aterrados, salieron con el alba y dispusieron todas sus fuerzas
6 en orden de batalla. Escipión ya había previsto esta emergencia. Al ver que los iberos bajaban absurdamente en masa hacia el valle y que alineaban en la llanura no sólo a su caballería, sino también a su infantería, dejó pasar algún tiempo: quería que adoptaran aquella for-
7 mación el máximo número posible de enemigos. Teniendo gran confianza en su caballería, confiaba aún más en su infantería, porque en una batalla campal, cuerpo a cuerpo, sus hombres, ellos personalmente, y su armamento eran muy superiores a los iberos.

33 Cuando creyó que era ya el momento, opuso sus vélites al enemigo alineado al pie del monte * * * [72]

[72] Por el paralelo de Tito Livio (XXXVIII 34, 1 s.) sabemos que en esta laguna se enumeraban las pérdidas de romanos e iberos, una embajada de Mandonio y el perdón que Escipión otorgó a estos príncipes. Tito Livio continúa con la toma de Cádiz por los romanos, la entrevista de Escipión con Masinisa

contra los que habían descendido hasta el valle envió, desde el campamento, cuatro cohortes, en formación cerrada, a pelear contra la infantería enemiga. Simul- 2
táneamente, Cayo Lelio, que mandaba la caballería romana, avanzó a través de las lomas que bajaban del campamento romano al valle y cargó contra la retaguardia de la caballería ibera, con lo que la distrajo en un combate contra él. Privada del apoyo de sus jinetes, 3
la infantería ibera, que había bajado al valle confiando en su caballería, se vio en situación dificultosa y apurada en el combate. Y algo no distinto experimentó la 4
caballería ibera: atrapada en una angostura, no podía maniobrar. Allí murieron más jinetes iberos a manos de sus propios camaradas que por la acción de los romanos; su propia infantería les oprimía por un flanco, por el frente, la infantería enemiga y por detrás, la caballería romana. Tal fue el desarrollo del combate. Los 5
iberos que habían bajado a la llanura murieron prácticamente todos; los que quedaron al pie del monte lograron huir. Constituían la infantería ligera, una ter- 6
cera parte de todo el ejército. Indíbil se salvó con ella y se escapó hacia un lugar fortificado.

Cumplidos sus objetivos en España, Escipión se 7
dirigió exultante a Tarragona; llevaba para su patria un triunfo espléndido, una bellísima victoria. Y como 8
estaba muy interesado en no perderse las elecciones a cónsul ya próximas en Roma, dispuso debidamente todo lo de España, confió el campamento romano a Junio y a Marco y él, con Cayo Lelio y otros amigos, zarpó con dirección a la capital del Lacio.

---

y su alianza con él. La laguna del texto polibiano es grande, desde luego, pero no sabemos si abarcaba también estos dos episodios últimos.

Asia: la situación en Bactria[73]

34 Eutidemo era oriundo de Magnesia y se defendió ante Teleas[74]: afirmaba que no era justo el interés de Antíoco en echarle de
2 su reino, puesto que él no había desertado del rey, sino que cuando todos los demás se habían sublevado, él acabó con sus descendientes y,
3 así, llegó al imperio de Bactria. Tocó ampliamente este punto y, luego, rogó a Teleas que fuera generoso y que intercediera en pro de una reconciliación; debía indicar a Antíoco que no se encelara por su nombre ni por su
4 categoría de rey, porque, si no se avenía a lo que le
5 rogaban, ninguno de los dos gozaría de seguridad. En efecto: se había presentado una horda muy numerosa de nómadas[75], lo cual significaba un riesgo para ambos. Si se toleraba su presencia, el país entero se conver-
6 tiría en bárbaro. Eutidemo dijo esto y remitió a Teleas
7 a entrevistarse con Antíoco. Hacía ya tiempo que éste buscaba cómo desembarazarse del problema. Cuando por boca de Teleas llegó a saberlo todo, los móviles aducidos hicieron que atendiera gustoso lo referente
8 al tratado de paz. Teleas se desplazó continuamente de una corte a la otra, hasta que Eutidemo mandó a su
9 hijo Demetrio a ratificar el pacto. El rey le recibió; seguro de que el joven ni por su figura, ni por su trato, ni por la dignidad de su porte desmerecería del título de rey, primero le prometió que le daría en matrimonio a una de sus hijas, luego otorgó al padre la categoría
10 real. Referente a otros puntos, formuló un pacto por escrito, juró la alianza y levantó el campo; había abastecido a sus tropas de trigo en abundancia y sumó a
11 sus elefantes los de Eutidemo. Pasó el Cáucaso y bajó

73 También aquí estamos en el año 216 a. C.

74 Oriundo también de Magnesia.

75 Pobladores del actual Irán.

a la India, donde renovó su alianza con el rey indio
Sofagáseno[76]. Tomó más elefantes, hasta completar el 12
número de ciento cincuenta, abasteció otra vez de trigo
a todas sus tropas y marchó con su ejército; había en-
cargado a Andróstenes de Cícico recoger el dinero que
el rey había destinado a él. Atravesó Aracosia[77] y cruzó 13
el río Erimanto[78]; a través de Grangene alcanzó la Car-
mania. El invierno se le echaba encima y estableció
en esta región su campamento de invierno. Éste fue el 14
resultado final de la expedición de Antíoco hacia tierras
del interior; sometió a su dominio no sólo a los sátra-
pas orientales, sino también las ciudades marítimas y
a los soberanos de acá del Tauro; en una palabra, se 15
aseguró el imperio y admiró a todos sus súbditos por
su audacia y su voluntarioso aguante. De hecho, fue 16
esta expedición la que le hizo aparecer digno de la cate-
goría real a las poblaciones de Asia y a las de Europa.

---

76 Rey de uno de los reinos desgajados del NO. de la India. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

77 Provincias que estaban al NO. del actual Hindukusch.

78 Este topónimo fluvial es frecuente en la antigüedad (también el italiano río Po, por ejemplo, se llama así), pero el origen fonético no es en todas partes el mismo. Aquí se trata del actual río Helmand, que fluye en dirección sudoeste desde Parapamisa, a través de Aracosia, hasta Drangiana.

LIBRO XII[1]

(FRAGMENTOS)

Referencias a África

1 Polibio afirma en su libro duodécimo que Bizáquide[2] es una región situada en el país de las Sirtes; escribe: «tiene un perímetro de dos mil estadios, y es de configuración circular».

2 Hippo[3], ciudad de África; Polibio, libro duodécimo.

---

[1] Estamos ante un libro importantísimo no sólo en la obra de Polibio, sino en toda la literatura griega. En efecto, este ataque feroz contra Timeo no es sino un pretexto, por parte de Polibio, para exponer los fundamentos del método histórico, en forma de *antigraphê* o refutación, de Timeo y de otros historiadores de menor talla. Timeo era muy anterior a Polibio y gozaba de gran prestigio, pero su obra estaba plagada de errores de detalle. Otros autores, como Eratóstenes y Polemón, por ejemplo, habían corregido estos errores, principalmente geográficos e históricos, pero Polibio va más a fondo: lo que él socava e intenta destruir es el propio método de Timeo. Polibio, que en cierto modo rebasa a Tucídides en la investigación de fuentes, se nos muestra, precisamente en este libro XII, como un historiador crítico y moderno. Y su crítica se extiende a todos los historiadores importantes griegos, a excepción de Heródoto; aquí se llega a dar una valoración muy válida de Aristóteles en lo que éste tiene de historiador. Este libro XII de su obra demuestra que la lectura de Polibio ha sido vasta y profunda, y garantiza y legitima, por decirlo así, el resto de su obra.

En la época de Polibio había dos tendencias opuestas, pero igualmente perniciosas, en la exposición de la historia: una, representada por Timeo y Teopompo, era retórica; buscaba más

Singa[4], ciudad de África, al menos según escribe Polibio en 3
su libro duodécimo.

Tábraca[5], ciudad de África; Polibio, libro duodécimo. 4

Calquia[6], ciudad de África. Lo dice Polihístor[7], en el libro 5

---

lo sentimental y lo abstruso que la objetividad; quería más fabricar héroes que exponer verdades; la segunda, representada por Duris, un historiador de menos categoría, buscaba despreocupadamente dar un tinte novelesco y sensacionalista aunque importara falsedad, a la exposición histórica. No puedo aquí extenderme más. Indicaré sólo que para la correcta comprensión de este libro XII de la *Historia* polibiana es imprescindible leer P. PÉDECH, *Polybe, Histoires, Livre XII*, París, 1961, y G. A. LEHMANN, «Polybios und die griechische Geschichtsschreibung», en *Polybe. Neuf exposés...*, págs. 147-205 (incluida la discusión). Hay que advertir, sin embargo, la tendencia de Lehmann a valorar más positivamente que los estudiosos restantes las figuras de los oponentes a Polibio, principalmente como se ven tratadas en el comentario de Walbank, tan fundamental para éste mismo.

2 La grafía en el texto griego es insegura, pero la referencia es prácticamente segura al lugar III 23, 2: es un área muy fértil que se extiende entre el golfo de Hammamet y el de Qabes.

3 Seguramente, Hippo Regium, la ciudad argelina llamada hoy Bona, de la cual, llamándose Hipona, fue obispo San Agustín, quien murió cuando la plaza era asediada por los vándalos.

4 Seguramente estamos ante una variante textual o un error del copista, para designar Sifa, capital del reino de Sífax, que Escipión el Africano visitó. Cf. la nota 60 del libro anterior.

5 Es la moderna Tabarca, ciudad costera al O. de Hippo Regium, sobre el río Tusca, que separaba Zengitana de Numidia. Según JUVENAL (*Sát.* X 194), había allí una gran cantidad de simios.

6 Ciudad de localización imposible, y la grafía de Demóstenes es insegura; no falta quien lea «Timóstenes». En todo caso no se trata del orador, naturalmente, sino de un Demóstenes posterior a Polibio, que escribió una historia de Libia. Si se tratara de Timósfenes, éste fue un almirante de Ptolomeo Filadelfo, que escribió sobre geografía de África, según noticia de Estrabón (II 92).

7 Alejandro Polihístor, historiador judeo-helenístico que había nacido en Mileto. Para lo poco que se sabe de él, cf. WILHELM VON CHRIST, *Geschichte der griechischen Literatur*, II, Munich, 6.ª ed., 1959, págs. 400-401.

tercero de su tratado sobre África, lo mismo que Demóstenes [8], a quien Polibio en su libro duodécimo hace reproches; escribe: «Tampoco sabe nada referente a Calquia, puesto que no se trata de una ciudad, sino de unas minas de cobre.»

El loto [9]

2 Polibio de Megalópolis en el libro duodécimo de su *Historia* se refiere, tras haberla visto personalmente [10], a la planta africana llamada «loto»; su descripción, semejante a la de Heródoto, es como sigue [11]:

2 «El loto es un árbol pequeño [12], áspero y espinoso [13].

---

[8] Sobre este Demóstenes de Bitinia, cf. la nota 6.

[9] Esta descripción del loto sería seguramente motivada por alguna referencia de Timeo, quien no estaría muy de acuerdo con ello. Polibio describe aquí la planta de la familia de las ramnacias llamada científicamente *Zizyphus lotus*, según WALBANK, *Commentary*, ad loc., y PÉDECH, *Polybe...*, pág. 58; llamada en castellano «azufaifo» o «ginjolero», aunque el nombre científico que le aplica el *Diccionari castellà-català*, de J. ALBERTÍ, es *zizyphus vulgaris* y, bajo el nombre de «ginjoler», ALCOVER-MOLL, en su *Diccionari català-valencià-balear*, le llaman *zizyphus jujuba*, nombre científico también recogido para el nombre de «ginjoler» por la *Gran Enciclopèdia de la llengua catalana*. El *Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua* reconoce directamente al «azufaifo de Túnez», sin dar su nombre científico. Éste es el que, seguramente, vio personalmente Polibio. Consultados diversos especialistas en botánica, extraigo la consecuencia de que los datos de Polibio y los que ofrecen los comentaristas modernos del texto son insuficientes para determinar con exactitud de qué tipo de azufaifo se trata, pues de esta planta, del género de las ramnacias, como se apuntó, hay diversos tipos. Lo que sí parece claro es que la comían los lotófagos de HOMERO (*Odisea* IX 91 ss.).

[10] Que Polibio hizo un viaje por el N. de África, es indudable.

[11] Hasta aquí el texto es de Ateneo, y la referencia hecha de Heródoto no es al azufaifo acabado de mencionar, sino a las palmeras datileras de Babilonia.

[12] Otro elemento de confusión: el azufaifo es un arbusto, pero no es pequeño, sino que llega a tener de dos a cuatro metros. Quizás la planta aludida por Timeo (y de ahí el correc-

Sus hojas son verdes, semejantes a la cambronera[14], pero más densas y planas. Su fruto, cuando nace, tanto 3
por sus dimensiones como por su piel, parece una baya de mirto blanco ya en sazón, pero cuando ha crecido 4
toma una coloración roja; parece una aceituna redonda y su hueso es muy pequeño. Cuando el fruto ha madu- 5
rado lo recolectan; muelen la parte destinada a los esclavos y la depositan, mezclada con avena[15], en vasijas. Extraen los huesos de la parte destinada a los hombres libres, la envasan de la misma manera y la comen pronto. Este alimento es parecido a los higos 6
y a los dátiles, pero de aroma más fino. Si se maja y 7
se mezcla con agua, de él sale un vino delicioso, muy dulce al paladar, parecido al vino con miel[16], de mejor calidad; lo beben sin añadirle más agua. Pero no se conserva más allá de diez días, de manera que elaboran poco, sólo lo que necesitan. Del loto se puede extraer también vinagre.»

Errores de Timeo concernientes al Africa y a Córcega

Todo el mundo puede admirar- 3
se de la fertilidad de esta tierra y afirmar que Timeo no sólo no 2
sabe nada de África, sino que es un autor ilógico y pueril cuando se aferra a tradiciones antiguas[17] que hemos recibido, según las cuales África es arenosa, seca y yerma. La 3

tivo de Polibio) sea el *lotus australis* (el peral común), que no tiene nada que ver con el loto. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

[13] Todos los tipos de azufaifo son espinosos.

[14] Un arbusto de la familia de las solanáceas (*Lycium europaeum*).

[15] Paton traduce «salándola», pero por razones de conservación tal mezcla parece improbable, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

[16] Es el llamado, en latín, *mulsum*.

[17] La traducción es exacta: «tradiciones», pero Polibio se refiere sin duda a autores que aquí, intencionadamente, no menciona. Entre ellos no debe faltar HERÓDOTO (IV 168 ss.).

misma afirmación vale para la fauna: la cantidad de
ganado caballar, bovino y ovino, incluyendo las cabras,
en África es enorme, tanto, que dudo que se encontrara
4 en el resto del mundo; de hecho, la mayoría de pueblos
africanos no usa de cereales, sino que se mantiene de
5 estas crías y vive entre ellas. ¿Quién no ha leído que
en África hay gran número de vigorosos elefantes, leo-
nes y leopardos, de bellos antílopes[18] y de corpulentos
avestruces? Estos animales en Europa no se encuen-
6 tran, pero África rebosa de todos los citados. Timeo
no los menciona en absoluto, cosa que habría sido
muy indicada, y después se extiende en falsedades.

7 Y de la misma manera que desbarró cuando se re-
fería a África, hizo lo mismo con la isla de Córcega[19].
8 En su libro segundo[20] la menciona y afirma que viven
en ellas cabras salvajes en gran cantidad, ovejas y toros
no domesticados, también ciervos, liebres y lobos y
otras especies animales. Sus habitantes, dice, pasan
su existencia dedicada a la caza de toda esta fauna,
9 éste es su género de vida. Pero la verdad es que en
esta isla no hay cabras ni toros salvajes y mucho menos,
liebres, ciervos ni lobos, ni otras bestias que no sean
10 zorras, conejos y ovejas salvajes[21]. Vistos de lejos, los
conejos parecen liebres pequeñas, pero si se toman en
las manos se ve que la diferencia es notable, tanto por
su figura como por su alimentación; la mayor parte de
estos conejos viven bajo tierra.

---

18 Paton traduce «búfalos», pero parece que no los había en la África de este tiempo.

19 La afirmación de Polibio es justa, pero su crítica es injusta, pues en su época en África había animales salvajes.

20 Era la parte principal de toda su obra, de la cual desconocemos el título exacto, pero era, desde luego, una historia de Sicilia.

21 Seguramente, Polibio habla de una experiencia personal, por haber estado en Córcega; lo difícil es determinar cuándo.

Todos los animales de esta isla parecen salvajes; 4
la razón es la siguiente: los pastores no pueden seguir 2
a los rebaños cuando éstos pastan, ya que la isla tiene muchas espesuras y, además, es escarpada y abrupta. Pero cuando quieren juntarlos, los pastores se ponen de pie en lugares adecuados y los llaman a toque de cuerno; todas las cabezas del ganado corren derechas,
sin equivocarse, hacia su propio lugar. Por lo demás, 3
si hay hombres que, al desembarcar en la isla, ven a las cabras o bueyes que pacen sin ser vigilados, y pretenden aprehenderlos, las bestias, al no conocerles, no se
les acercan, antes bien, huyen. Si el pastor se da cuenta 4
de esta incursión y toca su cuerno, las bestias se arremolinan y retroceden hacia el punto donde sonó el instrumento. Todo esto puede hacer creer que se trata de animales salvajes. Timeo desbarró: la descripción que
hizo de todo ello es descuidada y superficial. Y no es 5
nada extraño que el ganado obedezca el toque de corneta; también en Italia los porquerizos se manejan así
cuando sus piaras pacen. En efecto: no siguen a sus 6
rebaños, que es lo que se hace en Grecia, sino que los guían tañendo de vez en cuando sus cuernos; el ganado
les sigue corriendo al oír este son. Los animales están 7
tan habituados al sonido de la trompeta de su pastor, que cuando alguien lo constata por primera vez lo tiene
por extraño, por una cosa insólita. En la Italia anti- 8
gua[22], principalmente en el país de los tirrenos y en el de los galos, la abundancia de mano de obra y la riqueza en pastos propician la existencia de piaras enormes; allí hay cerdas que han amamantado a mil
lechones[23] e, incluso, a más. Por eso los sueltan por 9

---

22 Por la Italia antigua, Polibio entiende, ante todo, la Galia Cisalpina, el actual Véneto, etc. Pero el texto griego no es seguro; en vez de «antigua», algunos leen en el texto griego «costera».

23 Polibio, que echa en cara a Timeo su credulidad, ¿cómo llega él mismo a escribir esto? Sin embargo, es indudable que

grupos desde los apriscos donde han pernoctado: van
10 según sus razas y edades. Si conducen muchas piaras
a un solo lugar, no pueden vigilarlas según sus clases:
cuando salen se mezclan y continúan así mientras pa-
cen; igualmente lo mismo cuando los pastores proce-
11 den a encerrarlos. Esto explica que se les ocurriera
tocar el cuerno para separar las piaras que se han en-
12 garbullado: así se evitan riñas y peleas. Cuando un
pastor, al tiempo que toca su instrumento, se va hacia
un lado y otro pastor, tañendo igualmente el suyo, hacia
otro, los rebaños se desparten por sí mismos y siguen
sus propios cuernos con tal afán que sería imposible
13 forzarles a otra cosa o bien atajar su empuje. En Gre-
cia no es así. Cuando algunas piaras se enredan por los
robledales, el dueño que dispone de más hombres [24] se
aprovecha de sus recursos y envuelve con las suyas pro-
pias las cabezas de ganado del vecino y se las lleva.
14 A veces un ladrón hurta a escondidas algunos puercos
y el porquerizo no llega ni tan siquiera a saber cómo
los ha perdido, ya que, en su apetencia de bellotas [25],
las bestias se alejan mucho de quien las apacienta,
cuando los frutos empiezan a caer. Y, acerca de esto,
baste con lo dicho.

---

la Galia Cisalpina era riquísima y que impresionó vivamente a Polibio cuando la visitó.

[24] Aquí el texto no es seguro. La traducción dada responde a Pédech (quien sigue a Schweighäuser); Casaubon había traducido: *qui occasionem in rem suam vertere sciverint*, es decir, que habían sabido aprovechar la oportunidad.

[25] El texto griego dice, más genéricamente, «de pastos», pero en el campo los cerdos comen bellotas.

Más errores de Timeo[26]

Polibio, que critica repetidamente a Timeo, insiste[27]: ¿Quién podría perdonar errores de esta clase precisamente a Timeo, tan dado a reprochar a otros necedades como las citadas[28]? Acusa a Teopompo[29] porque afirmó que Dionisio[30], cuando se retiró de Sicilia a Corinto, lo hizo en un navío de guerra, cuando en realidad fue en un navío de carga; en otro lugar tilda falsamente a Éforo de ignorante[31] y le hace sostener que 4a 2 3

[26] Lo que sigue no es algo suelto: Polibio hace ver por orden los errores de Timeo. G. A. LEHMANN, *art. cit.*, en *Polybe. Neuf exposés...*, pág. 148, tiene razón cuando declara que sólo tras la edición y el comentario de Pédech a este libro XII, del que nos debe faltar aproximadamente la mitad, se puede ver su ilación y su continuidad. Aquí, concretamente, se le reprochaba su espíritu de denigración, pendenciero, su ignorancia e impertinencia, sus errores; a Timeo, naturalmente, que había nacido en Tauromenio (algunos creen que en Siracusa); básicamente estudió Sicilia, como se ha aclarado en alguna otra nota. Sobre su figura puede leerse con fruto A. LESKY, *Geschichte der griechischen Literatur* = *Historia de la Literatura Griega* [trad. J. M.ª DÍAZ REGAÑON], Madrid, 1968, págs. 802-803.

[27] Estas son palabras del epitomador.

[28] Quizás sin que venga demasiado a cuento, sin que el paralelismo sea absoluto, Pédech, en su comentario *ad loc.*, cita el pasaje evangélico de la paja en el ojo ajeno y la viga en el propio (MT. 7, 3) sin citar su procedencia.

[29] Sobre Teopompo, cf. VIII 8, 9-11.

[30] Aquí se trata de Dionisio el Joven, que, en el año 344 a. C., se retiró a Corinto en una nave, y Timeo entablaba con el historiador Teopompo la ridícula cuestión de si era o no una nave de carga.

[31] Aquí sigo estrictamente el texto conjetural de Büttner-Wobst; la traducción del texto griego tal como está en los manuscritos representaría básicamente la supresión de la palabra «ignorancia» (o de su equivalente): sería: «miente otra vez y acusa a Éforo». Sobre este historiador, cf. A. LESKY, *Historia de la Literatura Griega*, págs. 656-7.

Dionisio el Viejo[32] recibió el mando a los veintitres
años, que reinó cuarenta y dos y que murió a los sesenta
4 y tres de su vida; todo el mundo afirmará que la equi-
vocación no es cosa del autor, sino, indiscutiblemente,
5 del copista. ¿O es que Éforo superó en estupidez a
Corebo y a Margites[33] y no supo echar la cuenta de que
cuarenta y dos más veintitres dan sesenta y cinco?
6 Naturalmente, esto no podemos creerlo de Éforo; el
error se debe imputar al copista. Nadie aprobará la
tendencia de Timeo a formular reproches y acusacio-
nes.

4b Cuando trata la historia de Pirro[34], Timeo dice que
los romanos conmemoran todavía hoy, en un día deter-
minado, la caída de Troya y que arrojan lanzas contra
un caballo de guerra[35] en un sitio denominado «el Cam-

---

[32] La alusión a Dionisio el Joven parece que transporta automáticamente a aludir a Dionisio el Viejo, sobre el cual había el problema de un leve desajuste cronológico comprobado en el texto. Walbank, *Commentary*, ad loe., hace un largo comentario a este texto para concluir que el error no es del copista, sino un fallo real de Éforo. Si es así, la autoridad de este historiador queda notablemente perjudicada. Según el Mármol de Paros, Dionisio el Viejo reinó del 408/7 al 368/7, pero Timeo le hace empezar el reinado dos años más tarde (406/5 a. C.) y cree que Éforo se ha equivocado.

[33] Nombre de dos personajes grotescos áticos, comparables quizás a Tünnes y Schaal de la ciudad alemana de Colonia.

[34] Sobre este personaje, que derrotó a los romanos, pero a costa de grandes pérdidas (es la conocida victoria pírrica), cf. H. Bengston, *Griechische Geschichte*, Munich, 1950, págs. 370 y siguientes.

[35] Se trata del sacrificio llamado *october equus*, descrito por Festo, 178 M: en las idus de octubre las gentes del barrio del Subura y las que vivían en la Via Sacra mataban un caballo. Que la ceremonia era ritual es indudable, pero Polibio niega, con razón, según los comentarios de Walbank, *Commentary*, ad loc., y Pédech, *Polybe*... págs. 66-7 la atribución, por parte de Timeo, de este sacrificio a la fundación de Roma y a la toma de Troya por los aqueos mediante la astucia del caballo; el

po», lo cual se explica porque la toma de Troya se efectuó por medio de un caballo de madera. ¡He aquí lo 2
más pueril! Según esta explanación deberíamos llamar a todos los bárbaros descendientes de los troyanos; en efecto: todos los bárbaros, o al menos en su gran 3
mayoría, siempre que han de iniciar una guerra o han de arriesgarse contra alguien jugándose el todo por el todo sacrifican un caballo y conjeturan el futuro por el modo como se desploma la bestia[36].

Pienso que, en este aspecto de su irreflexión, Timeo 4c
evidencia no sólo ignorancia, sino también, y en grado mayor aún, impertinencia[37]: del hecho de que los romanos sacrifican un caballo ha deducido directamente que lo hacen por su creencia de que Troya fue conquistada por la argucia del caballo.

Por lo demás, describió con muchos errores la his- 2
toria de África, la de Cerdeña[38] y, más que nada, la de Italia; se ve claro que marginó totalmente la investiga- 3
ción oral[39], tan primordial en la historia. Efectiva- 4

sacrificio era una purificación ritual para las tropas romanas que regresaban de sus campañas de primavera y verano. Timeo veía una conexión directa entre este caballo alanceado y el de madera con el que los griegos lograron penetrar en Troya. El sacrificio de un caballo con las finalidades aludidas se documenta bastante en la antigüedad; cf. los comentaristas citados.

36 WALBANK, *Commentary*, ad loc., recuerda que sólo aquí, en toda la literatura griega, se da esta noticia.

37 En el sentido del que despliega un celo excesivo en actividades inapropiadas. Es el sentido del término griego, intraducible. Una traducción apuntada por WALBANK, *Commentary*, ad loc., es: «irrelevancia pedante». PLUTARCO tilda a Timeo de pueril (*Nic.* 1, 2).

38 De la crítica polibiana a posibles errores de Timeo acerca de Cerdeña no nos ha llegado nada, y de lo concerniente a Italia sólo, indirectamente, lo referente a los rebaños de cerdos.

39 Otro término griego de traducción difícil, que significa algo así como la encuesta oral, la formulación de preguntas a protagonistas personales de los hechos, juzgadas después crítica-

mente, los hechos ocurren a la vez en muchos lugares. La omnipresencia es imposible; no se puede tampoco ser testigo ocular de todos los lugares del mundo y
5 de sus peculiaridades. La única solución al alcance del historiador es enterarse por el máximo número posible de fuentes, dar crédito a las fidedignas y ser un crítico hábil de sus referencias.

4d En este punto, y a pesar de sus alardes, pienso que
2 Timeo se halla muy lejos de la verdad. Dista tanto de buscarla rigurosamente a través de otros autores, que ni siquiera de los hechos de los que fue testigo ocular ni de los parajes que conoció personalmente nos ofrece
3 un reportaje aceptable. Esto será notorio si demostramos que no sabe nada de lo que describe de la historia
4 de Sicilia. No se precisa de muchas palabras para constatar la inexactitud con que procede, si se le coge en falsedades acerca del país en que nació y creció, si,
5 incluso al tratar de él, se desvía de la verdad. Timeo afirma que la fuente Aretusa[40], que está junto a Siracusa, tiene sus manantiales en el río Alfeo, que fluye
6 por el Peloponeso, por la Arcadia y por Olimpia; «*el río* —continúa— *se hunde debajo tierra, y aflora a cuatro*
7 *mil estadios, en tierras siracusanas, en Sicilia*». Timeo ve la prueba de su afirmación por el hecho de que durante unos festivales olímpicos llovió. El agua inundó los contornos del santuario y, al cabo de poco tiempo, manó de la fuente Aretusa estiércol proveniente de los

---

mente por el encuestador. Cf. WALBANK, *Commentary,* ad loc., y PÉDECH, *Polybe...,* págs. 68-9.

40 Esta fuente estaba situada en la parte norte de la isla de Ortigia, junto a Siracusa; entre otros autores, Píndaro (*Nem.* 1, 1) e Íbico (fr. 23 DIEHL) la relacionan con Olimpia y el curso del Alfeo. Esta tradición es constante en la literatura griega desde Íbico, y Virgilio la representa egregiamente en su última *Bucólica.* Hablando el lenguaje de la Ilustración del s. XVIII, Polibio se nos presenta aquí como un «espíritu fuerte».

bueyes sacrificados en los festivales; además arrojó una copa de oro, que al ser recogida atestiguó la procedencia de todo.

Errores de Timeo en su exposición de la historia de los locros[41]

Yo personalmente he visitado 5
con frecuencia la ciudad de los locros[42], a la que he prestado los
servicios que necesitaba. Gracias 2
a mí, los locros fueron declarados exentos ante las campañas de España y de Dalmacia; sus pactos les obligaban a prestar ayuda naval a los
romanos. Libres ya del apuro, que entrañaba riesgos 3
y gastos considerables, los locros me correspondieron con favores y honores de todo tipo; yo debo alabarles sin desdeñarles nunca.

No dudo en afirmar, tanto de palabra como por es- 4
crito, que la historia que de esta colonia redactó Aristóteles[43] es más veraz que la que nos ha transmitido
Timeo. Tengo plena conciencia de que los locros están 5
de acuerdo en que la tradición que dejó Aristóteles a sus padres referente a la fundación de la colonia es la
verdadera, no la de Timeo. He aquí las pruebas que 6
aportan: en primer lugar, entre ellos las familias nobles por sus antepasados lo son por vía femenina y no por masculina. En efecto, entre los locros pertenecen a la
aristocracia los llamados «los de las Cien Casas». Estas 7
«Cien Casas»[44] eran las más linajudas entre los locros

---

41 Para entender en toda su profundidad esta larga sección acerca de los locros, es preciso leer la introducción de PÉDECH, *Polybe...*, págs. XVII-XXIII.

42 Antes de la llamada «guerra dálmata» de los años 156/5.

43 En su obra *Constitución de los locros*, hoy perdida, citada por CLEMENTE ALEJANDRINO (*Strom.* I 26, 66).

44 Es muy posible que tanto esta afirmación como la siguiente, acerca de la fialéfora, las recibiera Polibio por tradición oral. También es verosímil que los locros de Grecia, de los que descienden los epicefirios (los de Italia), tuvieran ya originariamente estas «cien casas».

antes de que los colonos abandonaran Lócride; según
un oráculo, los locros debían elegir de ellas cien vír-
8 genes y mandarlas a Troya. Sin embargo, algunas de
estas doncellas marcharon con los emigrantes y, toda-
vía hoy, sus descendientes son contados entre los nobles,
9 bajo la denominación de «los de las Cien Casas». En
cuanto a la llamada, entre ellos, la «fialéfora» [45], se ha
10 transmitido esta explicación: cuando los locros expul-
saron de este lugar de Italia a los sicilianos que lo ocu-
paban presidía los sacrificios de estos últimos un mu-
chacho perteneciente a una familia de las más nobles
e ilustres. Los locros adoptaron muchos usos de los
sicilianos [46], ya que ellos no poseían ninguno que se re-
montara a sus antepasados, pero en éste concretamente,
11 tomado también de los isleños, introdujeron esta modi-
ficación: no instituyeron a un muchacho como «fialé-
foro», sino a una doncella como «fialéfora», porque la
nobleza se transmite, entre ellos, por ramas femeninas.
6 No hubo pactos con los locros de Grecia [47] y jamás
se dijo que hubieran existido; en cambio, en todas sus
2 tradiciones constaban pactos con los sicilianos [48]. Acerca
de estos convenios los locros explicaban que en la época
de su primera llegada los sicilianos dominaban el país
ocupado ahora por ellos. Los isleños, empavorecidos,
los aceptaron por miedo y establecieron un tratado:
3 los locros les serían amigos y poseerían, conjuntamente

---

45 Literalmente, «portadora de una copa».

46 No de todos los pueblos de Sicilia, evidentemente; quizás los de los enotrios, que antes habían habitado en Sicilia y ahora vivían en la punta sur del estrecho de Mesina, hasta Laos, sobre el Mar Tirreno, y en Metaponto. Esta noticia la da principalmente Estrabón (VI 1, 1, 4).

47 Contra lo que afirmaba Timeo, como se verá más abajo.

48 Walbank, *Commentary*, ad loc., interpreta: «todos conocían sus tradiciones, y en ellas constaban...», lo cual es una paráfrasis cuestionable del texto griego, no una traducción.

con ellos, sus tierras, mientras pisaran su suelo y tuvie-
ran sus cabezas sobre sus espaldas. Se cuenta que, 4
mientras prestaban el juramento, los locros se habían
puesto tierra encima de las suelas de sus calzados y que
habían escondido en sus espaldas cabezas de ajo; era
así como habían depuesto el juramento. Al punto se 5
sacudieron la tierra de sus zapatos y arrojaron las
cabezas de ajo; no mucho más tarde, a la primera
oportunidad, echaron a los sicilianos de aquel país.
Así lo explican los locros... [49].

TIMEO DE TAUROMENIO [50] dice en el libro noveno de su *Historia*: «Antiguamente entre los griegos no fue costumbre tradicional ser servido por esclavos comprados.» También escribe: «En general acusaron a Aristóteles de error en lo referente a los usos de los locros, ya que la ley les prohibía, incluso, la compra de esclavos.»

Timeo de Tauromenio se olvida aquí de sí mismo, cosa que le reprocha POLIBIO DE MEGALÓPOLIS en el libro duodécimo de su *Historia*, cuando dice que los griegos no acostumbraban a comprar esclavos.

---

[49] Este truco es común en la antigüedad; cf. POLIENO, VI 22, DIONISIO DE HALICARNASO, XIX 3, e incluso VIRGILIO, *Eneida* I 367. El hecho de que los locros lo refirieran no implica para nada su veracidad.

[50] Estos dos textos puestos en paralelo son del historiador griego ATENEO (VI 264c, 272a) y se refieren a la doble polémica entre Timeo y Aristóteles, por un lado, y Polibio y Timeo, por el otro. En ellos no se constata nada que Polibio haya sabido de los locros, pero al negar que la esclavitud haya sido negocio boyante en Grecia socava de raíz la tesis de Timeo de que los locros italianos son descendientes de esclavos de los locros de la Grecia continental que se fugaron con mujeres de ciudadanos ausentes de la ciudad por motivos bélicos. El pasaje de Timeo formaba parte de su ataque contra Aristóteles, pero los epitomadores de Polibio han recortado tanto el texto citado, que han convertido en difícilmente visible el verdadero argumento de Polibio para refutar a Timeo.

6a Quien reflexione a partir de aquí[51] dará más crédito a Aristóteles que a Timeo. Lo que sigue a su última
2 afirmación reseñada es totalmente extravagante. Resulta pueril suponer improbable, como insinúa Timeo, que los esclavos de los aliados de los lacedemonios se solidarizaran con la adhesión de sus amos hacia los laco-
3 nios. Los que por un golpe de suerte dejan de ser esclavos, y esta situación les perdura, intentan renovar, sumándose a ellas, no sólo las amistades, sino también los parentescos de sus dueños más que los de sus pro-
4 pios parientes y afines, celosos por borrar, de esta manera, su anterior inferioridad y mala fama; no quieren aparecer como libertos de sus señores, sino como sus descendientes.

6b En el caso de los locros[52], lo más probable es que haya sucedido esto. En efecto: estaban muy alejados

---

51 Que no es, por supuesto, lo último expuesto. En efecto, el epitomador ha omitido, antes del cap. 6a, una serie de argumentos con los que enlaza el texto. Lo que Polibio discute es la significación de los argumentos expuestos por Timeo: la amistad de los locros continentales con los lacedemonios, principalmente durante la guerra del Peloponeso, y la conducta de los locros de Grecia durante la guerra mesenia. De esto último, la única noticia la tenemos por Timeo, y, según él, determina un juego de alianzas de los locros continentales que provocaron los desórdenes citados y, finalmente, la emigración hacia el S. de Italia. Timeo insiste en lo ridículo que resulta que una colonia fundada por antiguos esclavos consienta en aliarse con los antiguos amigos de los dueños anteriormente detestados. Polibio responde con un argumento fino y pragmático: antes que el honor, el hombre busca la utilidad y prefiere simularse ascendientes entre sus antiguos dueños que buscarse los propios. Este mismo espíritu anima a TUCÍDIDES cuando hace el recuento de los aliados de atenienses y de siracusanos en la campaña de Sicilia (VII 57). También los había dicho ya magistralmente ARISTÓFANES, en *Aves* 764-765: «el que sea esclavo y cario tal como lo es Ejecéstides que se cree antepasados entre nosotras, y así le saldrán hermanos de fratría».

52 Lo que antes expuso como teoría general, Polibio lo concreta ahora en el caso de los locros.

de los que les conocían y el tiempo iba a su favor[53]; no eran tan necios que fueran a comportarse de manera que reprodujeran sus propios defectos; al contrario, lo que querían era disimularlos. Fue lógico, 2
pues, que dieran a su ciudad un nombre procedente de sus mujeres y que se atribuyeran relaciones con los locros restantes por ascendencia femenina, y que, además, renovaran las amistades y alianzas ancestrales basadas en mujeres. Por eso mismo, cuando Aris- 3
tóteles dice que los atenienses devastaron el territorio de los locros, en ello no hay ninguna prueba de que mienta; lo que de esta afirmación se deduce correcta- 4
mente es que, aun en el caso de que el número de esclavos que se atribuyeron la amistad de los lacedemonios hubiera decuplicado al de los hombres que embarcaron en Lócride y desembarcaron en Italia, habría sido normal la enemiga de los atenienses contra los que he citado; Atenas había considerado el partido tomado por los locros, no su linaje. ¡Por Zeus! ¿Cómo se ex- 5
plica[54] que los mismos lacedemonios que mandaron a

[53] Por un mero error mecánico, Paton ha omitido la traducción de esta expresión.

[54] Polibio pasa a examinar otro punto, una posible objeción propuesta por un oponente anónimo, o quizás, como quiere Pédech, por Timeo. En cualquier caso, Polibio supone en sus lectores un conocimiento bastante detallado del desarrollo de las guerras mesenias. El pivote sobre el que aquí gira la argumentación es el siguiente: al cabo de diez años de la guerra mesenia, los espartanos, que se habían juramentado a no regresar a Esparta sin haber conquistado Mesenia, temieron no tener descendencia suficiente y enviaron a los más jóvenes de sus hombres a su ciudad a procrear, pero no autorizaron a los locros a que hicieran lo mismo; puesto que Timeo negaba la existencia de esclavos entre los locros, era imposible que los locros epicefirios (los de Italia) fueran fundados por locros bastardos y por sus esclavos. Polibio refuta estas tesis con argumentos probables y con argumentos seguros. Entre los primeros se cuenta que no podían impedir a los locros regresar a sus

sus hombres en edad viril a su patria, a procrear hijos, prohibieran, en cambio, hacer lo propio a los locros?
6 De hecho, hay una gran diferencia entre los dos casos, no sólo desde el punto de vista de la verosimilitud, sino
7 también desde el de la verdad histórica. En realidad, ni los lacedemonios prohibieron a los locros hacer lo que ellos, lo cual habría sido absurdo, ni los locros se dispusieron a hacer lo que los lacedemonios por orden
8 de éstos. Entre los lacedemonios era tradición y hábito que una mujer fuera poseída por tres o cuatro hombres y aun por más, si eran hermanos; los hijos habidos eran considerados como de todos; también era bien visto y usual que el que ya había tenido varios
9 hijos con una mujer pasara ésta a un amigo[55]. Los locros no estaban sujetos a la maldición ni al juramento que habían hecho los espartanos de no regresar a sus casas antes de haber conquistado Mesenia; es lógico, pues, que no participaran de aquel envío masi-
10 vo. Se repatriaron por grupos y sólo rara vez, lo que dio motivo a que sus mujeres intimaran con los esclavos más que con sus propios maridos. En esto, el punto máximo lo alcanzaron las solteras; esta circunstancia dio pie a la emigración.

---

hogares, ya que a los locros no les obligaba ningún juramento, y en segundo lugar no se produjo un regreso masivo, sino selectivo y a intervalos; en las ausencias, mujeres e hijas bien podían unirse a esclavos. De modo que no era inverosímil la tesis de Aristóteles de que los locros de Italia descendían de esclavos y de bastardos.

[55] Éste es el único lugar de la literatura griega que atestigua la existencia de una poliandria legal en Esparta; Polibio piensa, con razón, que la causa ocasional del temor de no tener hijos (y soldados, por consiguiente) no fue causa suficiente para que los locros adoptaran los usos matrimoniales espartanos aquí citados. Véase la nota anterior.

Timeo hace muchas afirmaciones falsas[56]. En general 7
da la impresión de no desconocer la materia, pero los
prejuicios le obcecan y, cuando se propone censurar o,
lo contrario, alabar a alguien, se olvida de todo y se
desvía de lo conveniente. Vamos a defender a Aristó- 2
teles explicando las autoridades[57] y el método de que
se valió Timeo en su exposición de la historia de los
locros. Lo que se va a decir dará ocasión para tratar 3
de Timeo, del conjunto de su obra y aun de los debe-
res[58] del historiador en general. Por lo dicho, todo el 4
mundo está de acuerdo en que ambos historiadores han
fundado su razonamiento dialéctico en conjeturas ve-
rosímiles y que resulta más creíble la historia de Aris-
tóteles; sin embargo, en estos temas es imposible dar
con la verdad absoluta[59]. Pero concedamos que sea 5
Timeo el que haya hablado con más verosimilitud: ¿abo-
nará esto que aquellos que, en historia, afirmen algo
menos verosímil deban, forzosamente, aguantar inso-
lencias proferidas por cualquiera y que lo único que
no se vean constreñidos a tolerar sea la sentencia capi-
tal[60]? ¡Ciertamente, no! Ya señalamos antes que los 6
que escriben falsedades por ignorancia merecen perdón
y una corrección benigna; los que falsean ex profeso
la verdad, éstos se ganan una acusación implacable.

---

56 A partir de aquí, Polibio pasa ya a conclusiones generales y al examen general de las obras de Timeo, del que extraerá reglas válidas para escribir la historia.

57 Aquí no se dice cuáles, pero en 5, 5 se había ya insinuado una información oral.

58 Éste es el punto de inflexión que nos lleva al resto del libro: el ideal del historiador.

59 Aquí la lectura del texto griego es inadmisible; la traducción responde a la restitución de Büttner-Wobst. Véase una edición crítica del texto griego.

60 Una de las tesis de Polibio: se debe respetar al adversario.

Injurias de Timeo contra Aristóteles

8 Según lo que se acaba de establecer, debe demostrarse que Aristóteles compuso de aquella manera la historia de los locros para congraciarse con alguien, o bien, movido por algún lucro o por algún odio. Si no logramos comprobarlo, nos será preciso conceder que los que manifiestan contra sus colegas una acritud y un rigor como los que Timeo usa con Aristóteles son
2 unos ignorantes que no dan una a derechas. Timeo tilda a Aristóteles de arrogante, de negligente, de parcial; dice que ha avergonzado a la ciudad de los locros al afirmar que su fundación se debió a fugitivos, escla-
3 vos, adúlteros y ladrones. Añade que Aristóteles narra esto de manera tan convincente que da la impresión de haber sido él mismo uno de los generales[61] que, con su ejército, derrotó a los persas en la batalla re-
4 cién librada en las puertas de Cilicia, cuando, en realidad, es un sofista prolijo[62], pedante y detestable que acaba de cerrar su famosa consulta de curandero[63]. Timeo continúa declarando que Aristóteles se ha asegurado un sitio en cualquier corte y en cualquier rebotica[64], dice que es un tragón tiquismiquis y que anda

[61] De Alejandro Magno. La batalla es la de Isos.

[62] El término griego es de traducción difícil, pero el sentido es el mismo que el de la nota 37.

[63] Literalmente dice: «su conocido gabinete médico», pero la expresión por parte de Timeo, es fuertemente despectiva; de ahí mi traducción. Por lo demás, el padre de Aristóteles fue médico de gran categoría (en la corte del rey Amintas) y se apunta la posibilidad de que fuera tan longevo que sobreviviera a su propio hijo, quien, por esta razón, jamás se atrevió a actuar él mismo como profesional de la medicina. Pero quizás actuara ocasionalmente como médico. No fue Timeo el primero que sintió animosidad contra Aristóteles; también Epicuro y otros. Cf. Walbank, *Commentary*, ad loc.

[64] Continúa el tono despectivo por parte de Timeo; de ahí la traducción, que, si respondiera rigurosamente al tenor literal

de boca en boca. Sería difícilmente tolerable que un 5
charlatán partidista actuara así delante de los jueces[65];
no parecería mesurado. Un expositor de la historia que 6
merezca este nombre, un historiador que se dedique
a la historia general no debe atreverse a albergar tales
pensamientos y, mucho menos, a ponerlos por escrito.

El método de Timeo

Examinemos, pues, el método[66] 9
del propio Timeo y juzguemos
por comparación[67] lo que dicen
acerca de esta colonia, para poder
determinar quién de los dos, él
o Aristóteles, merece la acusación de falsario[68]. En este 2
mismo libro, Timeo asegura que para sus argumentos
no ha buscado lo que es verosímil, sino que, en cuanto
a esta fundación, su búsqueda ha comenzado por una
visita personal a los locros de Grecia. Dice, en primer 3
lugar, que éstos le mostraron unos pactos grabados,
conservados todavía hoy, establecidos con los que fue-
ron enviados como colonos; el comienzo de su texto es
el siguiente: «Como de padres a hijos»[69]. Timeo, ade- 4

---

del griego, quizás fuera algo más suave pero creo que vertiendo así el original doy más con el espíritu. Diógenes Laercio llegaba a citar un poema compuesto en dos dísticos (V 6) en los que se acusa a Aristóteles de lo más infame.

65 El que Polibio llegue a escribir esto delata, sin embargo, cómo funcionaban los tribunales de su tiempo. Cómo estaban dos siglos atrás ya lo había delatado Aristófanes en su comedia las *Avispas*.

66 El término griego significa literalmente: «las preferencias».

67 Por comparación: el griego no ofrece dudas, pero Walbank vacila ante la posibilidad de que Polibio conociera el escrito de Aristóteles. Cf. Walbank, *Commentary*, ad loc.

68 Evidentemente, la acusación de Timeo contra Aristóteles era la de mentir. El epitomador de la obra polibiana ha omitido aquí el inicio de la sección, en la que se debe contestar esta acusación de Timeo contra Aristóteles.

69 Aquí los comentaristas difieren decididamente: mientras Walbank, *Commentary*, ad loc., dice que este pacto es una inven-

más, afirma la existencia de decretos que conceden
igual derecho de ciudadanía a los locros de Grecia y
a los de Italia, y agrega, finalmente, que aquellos locros,
cuando escucharon la exposición hecha por Aristóteles
en cuanto a la colonia, se admiraron de la audacia de
5 este autor. Pasa, después, en su discusión a los locros
de Italia y asegura que halló en ellos una corresponden-
cia entre sus leyes y sus costumbres, propia no de la
dejadez de unos esclavos sino de una colonización efec-
6 tuada por hombres libres: entre estos locros hay, mí-
rese por donde se mire, castigos decretados contra los
ladrones e, igualmente, contra los adúlteros y los deser-
tores, cosa que no habrían hecho[70], si hubieran sido
conscientes de ser, ellos mismos, descendientes de gen-
tuzas de esta ralea.

10 Pero ya de buenas a primeras no queda claro qué
locros de Grecia son los que Timeo visitó para averi-
2 guar estos extremos[71]. Si se diera en Grecia lo que se

---

ción de Timeo, PÉDECH, *Polybe...*, comentando en nota al pie este lugar, dice que es una prueba de la conciencia con que Timeo efectuaba su trabajo. Quizás lleve la razón Walbank, tanto por consideraciones de estilo como porque estas palabras son demasiado sentimentales como para empezar un pacto.

[70] Esto es lo que Timeo considera punto fuerte y Polibio punto débil de tal argumentación, según los presupuestos y consideraciones de cada uno.

[71] A pesar de que esta exposición de Polibio le es decididamente adversa, este lugar constituye la fuente principal para establecer el método histórico de Timeo, que es el fruto de la conjunción de diversos procedimientos: a) fijación cronológica de los sucesos, tomando como base la lista de reyes espartanos comparada con las tablas epónimas, las de los arcontes atenienses, las de las sacerdotisas de Argos y las de los vencedores olímpicos, b) busca de documentos originales, c) un sistema de referencias que los garanticen y d) encuesta hecha a testigos personales y la comprobación de su calidad. Concretamente sobre los locros de Grecia se debe decir que estaban divididos en los locros de Dafno, a la altura del N. de la isla de Eubea, divididos a su vez en locros opuntios (por su capital Opunte) y los locros

da en Italia, que los locros de aquí poseen una sola
ciudad, no habría lugar a dudas; la cosa sería evidente.
Pero en Grecia hay dos linajes locros: ¿a cuál de los 3
dos acudió Timeo? ¿A qué ciudad de uno de los dos
linajes? ¿Dónde encontró estos pactos grabados? Sobre
esto, Timeo no puntualiza nada. Sin embargo, el aspec- 4
to de la documentación es característico de Timeo, y
en él rivaliza con otros autores * * * [72] quiero decir que
se jacta de la exactitud cronológica y documental;
todos conocemos la atención con que trata estos aspec-
tos. En consecuencia, es muy extraño que no indicara 5
en qué ciudad halló estos pactos, el lugar donde fue-
ron grabados, qué magistrados le exhibieron las copias y
con quiénes habló. Si hubiera precisado la región y la
ciudad, nadie habría podido dudar y quienes le discu-
tieran encontrarían el dato exacto. Timeo omitió todo 6
esto, lo cual evidencia una falsedad consciente. Si hu-
biera dado con cualquier dato, no se lo habría callado,
sino que, como decimos vulgarmente, lo habría atenaza-
do con las dos manos. Esto se ve por lo que sigue:
el que se apoya expresamente en el testimonio de Equé- 7
crates [73], con quien afirma haber hablado respecto a

---

epicnemidios, al pie del monte Cnemis; b) los locros ozoles (o «malolientes») separados de los primeros por el macizo del Parnaso; en realidad eran colonos de los epicnemidios. Los locros de Italia se llaman epicefirios, como ya se ha apuntado alguna vez más arriba.

72 Los editores del texto griego han señalado aquí una laguna comprobable en la tradición manuscrita, por la que hay un nominativo sujeto sin su verbo correspondiente, pero el sentido es claro.

73 Cuando publiqué mi edición crítica (con traducción catalana) de este libro de Polibio, cf. Manuel Balasch, *Polibi. Història XI/XII*, Barcelona, 1968, anoté aquí, sin más, «Equécrates de Fliunte», el conocido pitagórico que se integró en el círculo socrático y que juega un cierto papel en los diálogos platónicos *Critón* y *Fedón*. Pero entonces no había aparecido todavía el

los locros de Italia, ya que fue este Equécrates quien
8 le informó sobre ellos, y, para que se vea claro que no se valió del primero que encontró, agrega que el padre de Equécrates había sido anteriormente embajador de
9 Dionisio[74], ¿no habría citado, un autor tal, de haberla encontrado, una inscripción pública o una estela que hubiera llegado hasta él?

11 Porque el que compara las fechas de los éforos con las de los reyes de Lacedemonia ya en sus épocas más remotas, las listas de los arcontes atenienses y de las sacerdotisas de Argos con las de los vencedores olímpicos[75], el que reprocha errores de las ciudades[76] en las inscripciones aunque las diferencias sean sólo de tres
2 meses, éste es Timeo. También fue él el descubridor de las inscripciones que hay detrás de los edificios públicos[77] y de las listas de próxenos existentes en las

---

comentario de Walbank, tras el cual se puede decir que, ante este Equécrates, no sabemos de quién se trata.

74 Seguramente, Dionisio I de Siracusa intentó ganarse las ciudades pitagóricas del S. de Italia. Cf. H. BENGSTON, *Griechische Geschichte...*, págs. 275-6.

75 Es Polibio el único que da esta noticia acerca de Timeo.

76 No se ve claro si Polibio se refiere sólo a Atenas y a Argos o a todas las ciudades griegas en general. Pédech, en su comentario, nota acertadamente que los errores no se deberían a los magistrados de las ciudades, que inscribirían los hechos en su punto y en el momento oportuno, que es en el de producirse, sino a los historiadores que transcribirían los datos y que serían objeto de reproches por parte de Timeo. Pero aquí hay otra contradicción de éste: si, como apunta (lo sabemos por Polibio), no se movió de Atenas durante cincuenta años, ¿cómo pudo comprobar las discrepancias? Sólo por la confrontación de los diversos autores, jamás personalmente. Indudablemente la figura de Timeo siempre sale poco favorecida.

77 Es difícil ver a qué se refiere Polibio, ante todo porque el término griego *opisthódomos* sólo aquí se usa como adjetivo. Dos interpretaciones se apuntan como posibles, la dada en el texto, o bien, alternativamente, «inscripciones en el interior de las *cellae* de los templos». La *cella* (el término es latino) de un

puertas de los templos: no puedo creer que si alguna 3
cosa de éstas ha existido, Timeo la ignore, o que si la
ha encontrado, la haya omitido. Y si nos engaña, no
podemos perdonarle[78]. Si se ha convertido en un crítico 4
acerbo e implacable de sus colegas, es lógico que él
mismo sea objeto de la acusación más dura. No satis- 5
fecho con haber mentido tan notoriamente en los puntos
citados, pasa a los locros de Italia y nos dice, primero,
que su constitución y, en general, su cultura[79] coinci-
dían con las de los otros locros y, en segundo lugar,
que Aristóteles y Teofrasto[80] calumniaron a la ciudad
italiana. Veo muy claro que ahora, si encuadro el asunto 6
y multiplico mis referencias a él, me veré obligado a
desviarme del tema, pero ésta es la causa por lo que 7
he desplazado a este lugar mi tratamiento de Timeo.
Así no me veré forzado con tanta frecuencia a omitir
lo debido * * *[81].

---

templo era su parte más secreta y, por lo tanto, más sagrada. Sobre este punto es instructivo el comentario de PÉDECH, *Polybe...*, págs. 84-5.

78 Aquí se corona la argumentación de Polibio. Lo que sigue es un resumen, en compendio, de lo que ya se ha dicho.

79 Sintácticamente el texto griego aquí, como lo presenta el manuscrito, se mantiene, pero a pesar de todo Büttner-Wobst, seguidos por WALBANK, *Commentary*, ad loc., señalan una laguna: la incertidumbre acerca de sus dimensiones hace el sentido difícil. La traducción que se da es según la restitución del texto de Büttner-Wobst. Polibio, según eso, rechaza las acusaciones de Timeo hechas contra los locros de Italia. Pero la supuesta laguna admite otras restituciones, por ejemplo «(Timeo) dice que existía una ciudadanía común (hoy diríamos 'doble nacionalidad') entre los dos grupos de locros (los de Italia y los de Grecia) que se habían hecho concesiones mutuas». Para entender el problema crítico a fondo hay que ver un texto crítico griego. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc. Pédech no trata el tema.

80 En la vastísima obra de Teofrasto, conservada sólo en mínima parte, sería difícil localizar donde trató de los locros.

81 Es decir, caer en el mismo error de Timeo.

11a Timeo dice que en la historia la máxima culpa es
2 la mentira: por eso invita a los convictos de fraude en sus obras que den otro nombre a sus escritos, pero no el de historia.

12 Afirma Timeo[82]: lo que pasa con las reglas[83], que si una es demasiado corta o excesivamente delgada, pero retiene la esencia de una regla, debemos llamarla «regla» a pesar de todo, pero, en cambio, si le falta[84] el ser recta o alguna otra propiedad, podremos darle
2 el nombre que queramos, pero no el de «regla», esto mismo pasa con las obras históricas: las que fallen en aspectos estilísticos o de disposición de sus partes, pero expongan la verdad, pueden recibir el nombre de «historia»; si estos libros adolecen de falta de veracidad, no pueden ser denominados así.

3 Yo estoy de acuerdo en que la verdad es la guía de los libros de historia. En algún lugar de mi obra[85] he usado tales palabras: si a un cuerpo vivo se le arrancan los ojos, queda totalmente inútil: lo mismo ocurre con la historia, si se la priva de la verdad; lo que queda
4 es una fábula totalmente inservible. Con todo, distinguimos entre dos clases de mentira, la intencionada y
5 la debida a ignorancia. Debemos perdonar a los que se desvían de la verdad porque la desconocen, pero debemos mostrarnos irreconciliables con la mentira intencionada.

---

82 En este capítulo 12, Polibio imita expresamente el estilo pedantemente majestuoso de Timeo. Esto se comprueba leyendo el griego, naturalmente.

83 La comparación está tomada del lenguaje de los carpinteros.

84 Aquí hay un problema de crítica textual, pero su discusión se ciñe estrictamente al texto griego tratado sintácticamente, por lo que es difícil reflejarla aquí. Puede verse en la nota correspondiente de mi edición de Polibio, Manuel Balasch, *Polibi. Història,* ad loc.

85 I 14, 6.

De acuerdo en este punto, en lo que afecta al error, 6
veo que hay una gran diferencia entre el que se produce
por ignorancia y el voluntario. El primero merece per- 7
dón y corrección benigna, y el segundo, un duro repro-
che. Timeo es culpable, principalmente, de errores 8
voluntarios; podemos ya constatar que es un autor así.

Hay un proverbio que se refiere a los que no cum- 12a
plen los acuerdos tomados; decimos: «Esto es un pacto
con locros»[86]. Alguien atinó[87] en que, tanto entre los
historiadores[88] como entre los hombres en general, es
un hecho notorio que, cuando los de Heraclea[89] hicie- 2
ron su expedición, los locros acordaron con los pelopo-
nesios que levantarían antorchas de guerra si los de
Heraclea no pasaban por el Istmo, sino por Río[90]. Así

86 El núcleo de la cuestión es que Polibio y Timeo dieron una interpretación distinta del proverbio; Polibio defiende la suya, pero la tesis que nos ha transmitido el epitomador es la de Timeo, que quiere liberar a los locros de Italia de los cargos hechos contra ellos; por eso, tal perfidia y traición se atribuye a los locros occidentales, es decir, a los opuntios. En cambio, Polibio y Aristóteles referirían el refrán a los locros epicefirios, justificándolo, pero el texto nos falta; no es improbable que se refiera a la mala conducta de los locros expuesta en los capítulos 5 y 6 de este libro XII. Esto no lo ha visto ningún comentarista, que yo sepa. La línea prosigue: es la defensa de las tesis de Aristóteles acerca de los locros epicefirios.

87 Aquí traduzco según la lectura de Büttner-Wobst contra la de los manuscritos; otros editores del texto griego, en vez de «alguien», leen «Timeo».

88 Pero Polibio no se encuentra entre ellos.

89 Se refiere a algo muy antiguo, pero decisivo en la historia de Grecia, el llamado «retorno de los heraclidas» o penetración de los dorios en Grecia, hacia el año 900 a. C., fecha inmediatamente anterior a la incorporación ya definitiva e ininterrumpida de Grecia en la historia. Esta invasión doria promovió una redistribución de las estirpes griegas jonias y eolias en territorio griego, a excepción del Ática, pero la exposición detallada del tema corresponde a una historia de Grecia. Con todo, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

90 La expresión es vaga: podría traducirse «por la ruta de

los peloponesios podrían precaverse y vigilar la incur-
3 sión de los Heraclidas. Pero los locros no cumplieron, bien al contrario, alzaron antorchas de amistad cuando los Heraclidas comparecieron. Éstos hicieron la travesía sin correr riesgo alguno, lo cual pasó desapercibido a los peloponesios, que se encontraron, sin darse cuenta, a los enemigos en su territorio. Fueron víctimas de la traición de los locros, que no cumplieron sus pactos[91].

Reproches de Timeo a Calístenes[92]

12b * * *[93] debemos rechazar y ridiculizar la locura de los autores soñadores y que escriben sus libros como posesos. Sin embargo, los que son indulgentes consigo mismos en lo que atañe a este tipo de necedad, lejos de reprocharla a los demás, ya pueden estar contentos si escapan ellos mismos a tal censura. Tal es el
2 caso de Timeo: tilda a Calístenes de adulador[94] por-

Río», con una referencia al promontorio aqueo que lleva este nombre (IV 10, 4) o al estrecho homónimo (IV 64, 2).

[91] Como se ha notado, ésta es precisamente la tesis de Timeo. Aquí o bien el epitomador ha omitido la exposición de la tesis de Polibio (y de Aristóteles) contra los locros epicefirios, o la da por suficientemente implícita.

[92] Polibio extiende su abanico de ataques contra Timeo sin perjuicio de atacar luego él mismo a Calístenes. Éste había sido llamado por Alejandro para que fuera el historiador oficial de su campaña asiática. Pero en el año 327 se le encontró complicado en una conjura y murió ejecutado.

[93] La laguna es de una línea en el texto griego, y Herwerden propuso una lectura que, traducida, dice «(debemos) hacer trizas las visiones». Véase una edición crítica del texto griego.

[94] Pédech, *Polybe...*, págs. 90-91, matiza mucho esta acusación: la obra de Calístenes no debía ser una adulación, sino que debía servir a fines propagandísticos a favor de Alejandro en Grecia. El problema ético que seguramente se planteó Timeo fue el de si verdaderamente Calístenes podía aceptar este encargo. Pero Timeo estableció una clara división entre los aduladores vulgares y los autores que se prestaban a redactar obras con fines propagandísticos.

que escribe cosas como aquéllas; de él dice que está muy lejos de la filosofía, ya que cita el córdax[95] y a las mujeres coribánticas. Asegura que fue justo que le alcanzara el castigo de Alejandro, ya que había pretendido corromperle[96] lo más posible el espíritu. Alaba a 3
Demóstenes y a otros oradores famosos de su época; afirma que fueron dignos de Grecia porque rehusaron tributar honores divinos a Alejandro, mientras que el filósofo que adornaba la naturaleza mortal con la égida y el rayo obtuvo con plena justicia de la divinidad lo que ésta le mandó[97].

---

95 El córdax era una danza obscena ejecutada por una vieja en la comedia griega. WALBANK, *Commentary*, ad loc., y Büttner-Wobst aceptan plenamente la lectura que es una enmienda del filólogo alemán Bekker, ya a principios del siglo pasado. Pero PÉDECH, *Polybe...*, ad loc., dice que no se puede excluir totalmente la lectura originaria (*coraxi* = «cuervos») ya que la referencia sería a dos cuervos que guiaron prodigiosamente al ejército de Alejandro, en la línea propagandística anunciada en la nota anterior. Sin embargo, el hecho de que a continuación se mencionen las mujeres coribánticas favorece la aceptación de la lectura de Bekker.

96 Todo el episodio, tal como nos ha llegado, es muy obscuro. Véase PÉDECH, *Polybe...*, ad loc., y WALBANK, *Commentary*, ad loc. Parece que Alejandro creyó en su propia divinidad, o fingió creer en ella, y cuando Calístenes se opuso abiertamente a la *proskýnēsis* o adoración, esto lo interpretó Alejandro como una «corrupción de espíritu» y lo mandó ejecutar. Pero otros, según la nota anterior, afirman que murió por haber participado efectivamente en una conspiración.

97 Siglos más tarde el satírico latino JUVENAL diría exactamente lo contrario: los pobres se mofan de los dioses, y éstos ni les hacen caso:

contemnere fulmina pauper
creditur atque deos dis ignoscentibus ipsis (*Sát.* III 146).

13 *Timeo difama a Demócares*

Timeo escribe que Demócares[98] se prostituyó en la parte superior de su cuerpo, que era indigno de soplar el fuego sagrado y que en sus costumbres superaba los libros de Botris, de Filenis[99] y de los restantes autores
2 obscenos. Un insulto así y, además, con tal énfasis no sólo no lo haría un hombre educado: ni tan siquiera
3 uno de los que se ganan la vida en un burdel. Timeo, sin embargo, quiere que su propia maledicencia resulte creíble, a pesar de la desvergüenza que entraña, para lo cual aduce una segunda calumnia[100] contra Demócares; se vale del testimonio de un poeta cómico de ínfima
4 categoría. ¿En qué baso mis deducciones? En primer lugar, Demócares procedía de un linaje noble y había recibido una educación esmerada; era sobrino de De-
5 móstenes. En segundo lugar, los atenienses lo consideraron digno no sólo del generalato, sino también de otros honores, que no le hubieran concedido, si él se
6 hubiera revolcado en tales inmundicias. Pienso que Timeo, más que a Demócares, ultraja a los mismos atenienses, si es que éstos exaltaron a un hombre así y
7 pusieron en sus manos su patria y sus vidas. Pero en

[98] El amplio campo de ataque de Polibio se va ensanchando. Aquí se trata de Demócares de Leucónoe, que nació hacia el 350 a. C. y murió alrededor del año 270. Como más tarde se dice, era sobrino de Demóstenes; políticamente era mucho más radical, y adversario de Demetrio Falereo (cf. nota 100 del libro X). Además de a la política, se dedicó a redactar libros de historia. Por el hecho de que su vida privada fue lamentable, Timeo afirma que su obra no ofrece credibilidad. Parece que la acusación más dura de Timeo contra Demócares fue la de ser pederasta.

[99] Botris de Mesina y Filenis (no sabemos si de Léucade o de Samos) fueron dos autores pornográficos, de los que sólo sabemos que existieron.

[100] El texto griego es levemente inseguro: quizás se trate de la misma calumnia presentada desde otro punto de vista.

todo esto no hay ni pizca de verdad. De otro modo, no
habría sido el comediógrafo Arquédico[101] el único en
hacerlas, que es el aducido por Timeo, sino también los 8
amigos de Antípatro[102]. En efecto: Demócares había
hablado con suma libertad y había ofendido no sólo a
Antípatro, sino, incluso, a sus amigos y epígonos. Ni
habrían callado tampoco sus enemigos políticos, entre
quienes contamos a Demetrio Faléreo. Contra éste, con- 9
cretamente, Demócares formuló en su historia la acu-
sación, poco corriente, de que se convirtió en un mal
dirigente del país; decía de él que en su actuación polí-
tica se alababa de cosas tales de las que hubiera podido
gloriarse un recaudador de tres al cuarto. Demócares 10
afirma que Demetrio estaba orgulloso de que, en Atenas,
se vendieran copiosamente muchos artículos y de que
todo el mundo dispusiera, en abundancia, de lo nece-
sario para vivir, pero, además, se jactaba de cosas como 11
las siguientes: que sus[103] procesiones estaban presididas
por un caracol mecánico que se movía por sí mismo y
que escupía saliva; que había hecho cruzar el teatro
por una recua de asnos[104], y que la patria ateniense de-

101 Un poeta cómico de ínfima categoría; pertenecía a la Comedia Nueva.

102 Porque Demócares era un antimacedonio declarado. Si los promacedonios callaron, era porque las acusaciones no eran infundadas.

103 Aquí hay en el texto griego un dativo ético: se refiere a a las procesiones en las que los que detentaban la autoridad suprema ateniense tenían un puesto de privilegio. Las procesiones quizás sean las de las Dionisias. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

104 En realidad quizás no haya aquí tantas cosas extrañas como pretende Timeo, pues artilugios parecidos vienen citados por otros autores de la antigüedad; sin ir más allá, piénsese en el caballo de Troya. Lo que ya no se ve tan claro es por qué se hacían cruzar asnos por el teatro, tanto es así, que algunos editores proponen modificaciones al texto griego. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

jaba a los demás la gloria de Grecia para obedecer las
órdenes de Casandro. Demócares sostiene que Deme-
12 trio no se avergonzaba de nada de esto. Y a pesar de
todo, ni Demetrio ni nadie lanzó contra Demócares acu-
saciones como aquéllas.
14 Yo tengo por más seguro el testimonio de su patria
que la acritud de Timeo y deduzco sin miedo de aquel
cúmulo de extremos que Demócares, en su vida, no
2 mereció ninguna de aquellas acusaciones. E, incluso[105],
si alguna de tales infamias hubiera resultado cierta en
la biografía de Demócares, ¿qué motivo o qué sistema
3 podía forzar a Timeo a incluirlas en su historia? Es
lo que pasa con las personas prudentes cuando quieren
refutar a sus enemigos: lo primero que examinan no
es el castigo que merece su prójimo, sino lo que, a ellos
mismos, les resulta más decoroso, esto con más razón
4 * * * pues lo mismo ocurre con los insultos: hay que
pensar que lo primordial no es lo que nuestros enemi-
gos merezcan oír; más necesario aún es ver lo que nos
5 resulta honrado decir[106]. Hay gentes que lo miden todo
según sus rabias y envidias: si afirman algo poco ra-
zonable, es natural que sospechemos y desconfiemos de
6 lo que éstos dicen. Es lógica también, pues, la impre-
sión que ahora doy de recelar ante lo que Timeo ase-
7 gura de Demócares. Y sería poco verosímil que Timeo
encontrara en alguien crédito o perdón: en sus ataques
verbales, debido a su acerbidad innata, se desvía noto-
riamente de lo que es digno.

---

105 En la sección 2-7 de este capítulo, Polibio, a partir del concepto de deber, expone las reglas de una crítica histórica intachable: a) exponer no lo que merece el adversario, sino lo que, sin faltar a la verdad, le conviene a uno exponer, y b) recordar que es sospechoso todo historiador a quien la pasión nubla la razón. Estas doctrinas quizás tengan algo que ver con el estoicismo.

106 Pero el mismo Polibio no siempre cumple sus observaciones; cf. su ataque a Heraclides en XIII 4.

Timeo y Agatocles

Ni tan siquiera estoy de acuer- 15
do con los insultos contra Agatocles[107], a pesar de que éste fue un hombre que superó a todos
en impiedad. Me refiero a lo que 2
Timeo escribe hacia el final de su *Historia*[108]: afirma que Agatocles se había convertido, ya en su juventud, en un ser impúdico, en un homosexual pronto a las máximas incontinencias, en un depravado que se entregaba, ya activa, ya pasivamente, al primero que lo
solicitaba. Además, añade que cuando murió, su mu- 3
jer[109], llorosa, lo lamentaba así: «¿Qué es lo que yo no te hecho? ¿Qué es lo que no me has hecho tú?»[110].
Aquí podemos repetir lo dicho con respecto a Demó- 4

---

107 Este Agatocles fue tirano de Siracusa desde el 371 a. C. al 289; desde el año 304 ostentó el título de rey. Aparte de lo que aquí Polibio (y Timeo) dice de él, fue un hombre activo y emprendedor. En VIII 10, 2, Polibio, a pesar de reconocer su dureza como gobernante, la admitía, por lo que aquí ha cambiado totalmente de parecer. En cuanto al fondo de la cuestión, Polibio está de acuerdo con Timeo; lo que reprueba a éste es la forma como ha presentado su figura, descubriendo su intimidad y su ternura conyugal, algo que, en la opinión de los historiadores, se debía ocultar por no interesar a los lectores. Por lo demás hay que notar que la hostilidad de Timeo contra Agatocles tenía un motivo personal: éste había desterrado a perpetuidad a aquél de Siracusa una vez hubo tomado Tauromenio.

108 Por lo que sabemos, la obra de Timeo concluía con cinco libros dedicados al reinado de Agatocles.

109 Teóxena, hija o, quizás, hijastra de Ptolomeo I Soter de Egipto. Era la tercera esposa de Agatocles.

110 Aparte de que WALBANK, *Commentary*, ad loc., tiene este punto como apócrifo, él y PÉDECH, *Polybe...*, ad loc., divergen en la interpretación del lugar, pues mientras el primero aquí únicamente ve una muestra de ternura conyugal (lo que, en su opinión, pensaban también Polibio y Timeo, sólo que un historiador no debe consignar esto), para Pédech el sentido se refiere a prácticas aberrantes (y ultrajantes), habidas incluso entre marido y mujer.

cares. Pero, además, esta inclemencia exorbitada es
5 extraña. De la exposición de Timeo se deduce clara-
mente que Agatocles poseyó grandes cualidades con-
6 génitas. Si, cuando contaba dieciocho años, llegó a Si-
cilia huyendo del torno del alfarero, del humo y de la
7 arcilla[111] y, luego, tras tales comienzos, se convirtió en
dueño de la isla, amenazó a los cartagineses con los
máximos riesgos y, por fin, envejeciendo en el poder,
8 murió ostentando la dignidad real, ¿no daremos por
seguro que Agatocles fue un personaje grande y ad-
mirable y que tuvo una tendencia muy pronunciada
9 hacia las cosas prácticas, que ejecutaba con vigor? Es
preciso que el historiador transmita a las generaciones
posteriores no sólo lo que encaja con la detracción y
la acusación; también debe legar aquello que concurre
al elogio del protagonista. Esto es lo propio del género
10 histórico[112]. Obcecado por su propio encono, Timeo
proclamó, con ira y exageración, los defectos de Demó-
11 cares; en cambio, omitió todos sus éxitos, sin darse
cuenta de que no hay mentira peor en los que * * *[113]
12 escriben en la historia, como, en gracia a él, me he
abstenido de añadir detalles que le hagan más odioso,
pero no he omitido nada de lo esencial en mis plantea-
mientos[114].

---

[111] En efecto, el padre de Agatocles era alfarero.

[112] Es doctrina perenne de Polibio.

[113] El texto griego no señala aquí laguna alguna, pero la detectó Schweighäuser. Sin embargo, el sentido es claro. Büttner-Wobst la restituye así (en el aparato crítico): «...en los que ocultan algo o [escriben] lo que nunca ha ocurrido.»

[114] Refiriéndonos al texto griego, quizás nos encontremos con una transcripción descuidada del copista, porque su interpretación se presta a vaguedades; claro que esto se ve atendiendo únicamente al texto griego. Cf. Walbank, *Commentary*, ad loc., y Pédech, *Polybe...*, págs. 102-3. La traducción que doy no es sobre el texto de Büttner-Wobst, que corrige el de los manuscritos, lo cual no es indispensable. Si se admite la enmienda,

Las leyes de Zaleuco[115]

Dos jóvenes litigaban por un 16
esclavo que había servido mucho
más tiempo a uno de ellos que al
otro, pero éste segundo dos días 2
antes se aprovechó de una ausen-
cia del dueño, se dirigió al campo y se llevó al esclavo
a su casa a viva fuerza. Cuando el primero se percató 3
de lo ocurrido, se personó en el domicilio[116] de su rival,
recuperó al esclavo y lo condujo a la presencia de los
magistrados; alegó que la ley le apoyaba en su derecho
de presentar fiadores. En efecto, la ley de Zaleuco pro- 4
mulgaba: «La cosa objeto de disputa debe ser retenida
por el que efectuó la abducción hasta que se celebre el
juicio.» El otro objetaba que, según la misma ley, era 5
él quien había efectuado la abducción[117], ya que, ma-
terialmente, el esclavo había ido al tribunal desde su

---

las posibilidades de traducción se multiplican: Walbank apunta cinco, apoyadas en el texto griego, del que, con todo, desconocen alguna particularidad. Estas traducciones a veces divergen mucho entre sí. Aquí se ha seguido el criterio de respetar el texto del manuscrito, aun reconociendo que el sentido del infinitivo *epimetreîn* «añadir detalles superfluos» queda poco justificado, en vistas a lo que sigue («en gracia a Timeo») cuando aquí estamos ante un ejemplo claro de la *rabies historicorum.*

115 Es evidente que este cap. 16 se relaciona con la crítica polibiana a Timeo (sin excluir totalmente a Éforo), pero no se ve cómo. En cuanto a Zaleuco de Lócride, si realmente ha existido (pues muchos creen que se trata de una figura legendaria) ha sido el primero que ha redactado un código de leyes. Pero Éforo (Estrabón, VI 1, 8) decía que el código de Zaleuco era la mezcla de leyes de Creta, de Esparta y de Atenas. En cuanto al capítulo en sí, Pédech, *Polybe...*, ad loc., llega a sospechar que se trata de una transcripción del texto de Éforo, o al menos de una fuerte imitación de su estilo.

116 Walbank, *Commentary,* ad loc., interpreta «al territorio», pero parece poco lógico.

117 Sin estar muy seguro de la terminología, reproduzco la de Pédech en su traducción: Walbank, *Commentary,* ad loc., traduce «removal».

6 casa. Los magistrados presidentes se veían en un apuro, alargaron el juicio y pasaron el litigio al cosmópolis[118],
7 quien interpretó la ley diciendo que la abducción siempre resultaba hecha por aquellos en poder de los cuales la cosa en litigio había permanecido indisputablemente
8 algún tiempo. Si se da el caso de que uno desposea violentamente a otro y se lleve lo disputado a su domicilio, y el antiguo propietario proceda, a su vez, a una abducción, ésta no lo es desde un punto de vista es-
9 trictamente legal. El joven afectado lo tomó muy a mal y dijo que no era ésta la intención del legislador. Y entonces, explican, el cosmópolis le invitó a disertar
10 sobre el caso según la ley de Zaleuco. Ésta consiste en hablar, en una sesión de los mil, con la soga puesta en
11 el cuello, sobre la intención del legislador. Aquél de los dos oradores que parezca haber interpretado la ley deficientemente es ahorcado allí mismo, en presencia
12 de los jueces. Esto es lo que propuso el cosmópolis. Dicen que el joven reputó desigual la proposición, ya que al cosmópolis le debían quedar dos o tres años de
13 vida, pues rondaba los noventa; a él, en cambio, según cálculos verosímiles, tenía por delante la mayor parte
14 de su existencia. El joven, con aquella agudeza, le quitó hierro al asunto, pero los magistrados decidieron la abducción según el parecer del cosmópolis.

---

118 Seguramente el máximo magistrado de Lócride, aunque su poder se debía ver limitado por la asamblea soberana, pues la observación final: «los magistrados decidieron según la opinión del cosmópolis», indica que hubiera podido decidir desviándose de su parecer.

Crítica de Polibio a Calístenes[119]

Para evitar dar la impresión 17
de que, implícitamente, pido que
se dé crédito a prejuicios míos
contra autores tan notables, men-
cionaré una sola batalla, muy fa-
mosa, librada en época relativamente reciente y, cosa
que aquí interesa mucho, a la cual asistió personal-
mente Calístenes[120]. Me refiero a la acción habida en 2
Cilicia entre Alejandro y Darío. Calístenes explica que
Alejandro ya había atravesado los desfiladeros y las
llamadas «Puertas de Cilicia»[121], en tanto que Darío
había iniciado su ruta en las Puertas Amánidas[122] y ha-
bía descendido con su ejército hasta Cilicia también.
Dice Calístenes que Darío supo por los nativos que Ale- 3
jandro avanzaba hacia Siria; lo siguió, se aproximó
a los desfiladeros y acampó en los márgenes del río
Pínaro[123]. Añade que en aquel lugar la distancia del 4
mar al pie de las lomas no pasa de los catorce estadios
y que el río citado fluye por allí perpendicularmente[124]. 5

119 Entre la sección que empieza aquí y lo anterior hay un lapso muy grande, quizás el mayor del libro. Pero el hecho de que en el cap. 23 se reanude el ataque a Timeo hace pensar que el tratamiento de Calístenes servía para patentizar que al tiempo que Timeo ejercía una crítica injustificada, dejaba faltas reales sin declarar.

120 Es la batalla de Isos, entre Darío III de Persia y Alejandro Magno.

121 Es el nombre de un paso entre el mar y las montañas, al N. de Alejandreta, el paso llamado actualmente Merke-Su. Adviértase, en general, que tanto WALBANK, *Commentary,* ad loc., como PÉDECH, *Polybe,* ad loc., discuten ampliamente los pormenores de esta batalla, librada en noviembre del 333 a. C., pero sería impropio trasladar aquí con minuciosidad su comentario.

122 El moderno paso de Toprak Kalessi, el más septentrional entre Cilicia y Siria. En WALBANK, *Commentary,* pág. 365, hay un mapa con las rutas de ambos reyes previas a la batalla.

123 Parece que se trata del río Payas, unos cuarenta kilómetros al S. de Alejandreta.

124 El ángulo recto entre el río y las lomas.

Explica también que, así que el río abandona las laderas,
los márgenes del Pínaro tienen concavidades profun-
das y que, en su curso a través del llano, está bordeado
6 por colinas escarpadas y de acceso difícil. Luego de
esta exposición, Calístenes aclara que, cuando Alejan-
dro se revolvió y se giró contra ellos, Darío y sus gene-
rales decidieron apostar su falange íntegra, tal cual
estaba, dentro de su mismo campamento, aprovechando
el río como fortificación, puesto que fluía junto a él.
7 Prosigue y detalla que los persas colocaron su caballe-
ría junto al mar, a continuación los mercenarios; los
jinetes estaban en contacto con los peltastas, que llega-
ban a tocar la montaña[125].

18 No se entiende muy bien cómo Darío pudo ordenar
a sus peltastas delante de la falange, si el río discurría
junto al campamento; los peltastas persas eran muchos
2 en número. Según concreciones del mismo Calístenes,
los jinetes persas eran treinta mil y treinta mil más, los
mercenarios; se puede calcular fácilmente el espacio
3 que precisaban. Para ser verdaderamente útil, la caba-
llería debe alinearse en no más de ocho hileras de pro-
fundidad; entre los escuadrones debe haber un espacio
libre igual a su longitud frontal, para poder realizar
cómodamente sus retiradas y sus giros a derecha y a
4 izquierda. Un estadio cuadrado puede dar cabida a
ochocientos jinetes, diez estadios, a ocho mil y cuatro
estadios, a tres mil doscientos, de modo que en aquel
espacio de catorce estadios cabrían once mil doscientos
5 jinetes. Si Calístenes sitúa en él a todos los treinta mil,
poco le falta para que su cuerpo de tres falanges se
6 toque con la caballería. ¿Dónde colocó Darío su con-

[125] Sobre los dispositivos de ambos bandos en el momento inicial de la batalla de Isos, cf. el esquema en Walbank, *Commentary*, pág. 368. En los capítulos siguientes (18-22), Polibio examina los detalles técnicos de la batalla y los errores de Calístenes al exponerla, cosa que aquí interesa poco.

tingente de mercenarios? ¿No será, ¡por Zeus!, delante
de la caballería? Calístenes dice que no; según él, fue-
ron los mercenarios los que se opusieron a los mace-
donios cuando se inició el ataque. En conclusión: la 7
mitad del espacio, la que daba al mar, la cubría la for-
mación de los jinetes, la otra mitad del espacio, la que
daba a la montaña, la cubrían los mercenarios. Estas 8
puntualizaciones hacen fácil calcular la profundidad
de la formación de la caballería y las dimensiones de la
superficie que va del río al mar. Calístenes indica, se- 9
guidamente, que cuando el enemigo se aproximaba, Da-
río, que ocupaba el centro de su formación, ordenó
que sus mercenarios corrieran hacia él desde su ala.
Pero es difícil ver qué pretende señalar con esto, ya 10
que la única posibilidad es que el punto de contacto
entre el contingente de mercenarios y el cuerpo de caba-
llería estuviera hacia la parte central del paraje: si Darío
estaba ya con los mercenarios, ¿cómo y para qué podía
llamarlos? Como remate, nos dice que los jinetes per- 11
sas del ala derecha avanzaron y atacaron a la caballería
de Alejandro; ésta presentó una tenaz resistencia y se
entabló una lucha encarnizada. Calístenes se olvidó del 12
río, del río que acababa de citar.

Algo semejante a esto es lo que dice de Alejandro. 19
Escribe que éste pasó a Asia con cuarenta mil soldados
de infantería y cuatro mil quinientos jinetes; añade 2
que cuando estaba a punto de penetrar en Cilicia le
llegaron de Macedonia cinco mil hombres más de in-
fantería y ochocientos jinetes. Si de este conjunto res- 3
tamos tres mil soldados de infantería y trescientos jine-
tes, cálculo muy generoso de los que pudieron faltar
por haber muerto en operaciones previas, quedarán
aún cuarenta y dos mil soldados de infantería y cinco
mil jinetes. Fijados así estos datos, Calístenes explica 4
que Alejandro supo de la presencia de Darío en Cilicia
cuando lo tenía a cien estadios de distancia; había cru-

5 zado ya los desfiladeros. Giró en redondo y volvió sobre
sus pasos. Abría la marcha su falange, a continuación
iba la caballería y cerraban la formación los bagajes.
6 Calístenes especifica que, así que llegaron a la llanura,
Alejandro dio orden de que todos se dispusieran para
la lucha y que la falange formara en orden de batalla,
tomando para ello una profundidad de treinta y dos
columnas. Luego la redujo a dieciséis y, finalmente, a
ocho, esto cuando estaban a punto de establecer con-
7 tacto con el enemigo. Aquí el absurdo es mayor que el
de antes. Si se conserva la distancia propia de la marcha,
con una profundidad de dieciséis líneas, en un estadio
cuadrado caben *mil seiscientos* hombres, cada uno a
seis pies del siguiente. En diez estadios habrá dieciséis
8 mil hombres y en veinte estadios, el doble. De todo lo
cual resulta que, en el momento en que Alejandro dis-
puso sus fuerzas en una profundidad de dieciséis filas,
la explanada debía medir necesariamente veinte esta-
dios cuadrados, pero no había donde meter ni la caba-
llería ni diez mil soldados más.

20 Apunta, luego, Calístenes que cuando tenía a los
persas a unos cuarenta estadios, Alejandro hizo avanzar
2 a sus fuerzas *frontalmente*. Es realmente difícil ima-
ginar un absurdo mayor: ¿dónde encontraríamos unos
parajes, principalmente en Cilicia, que permitan avan-
zar a una falange equipada con lanzas largas? ¡El es-
pacio indicado mediría veinte estadios de ancho por
3 cuarenta de profundidad! Las dificultades con que se
toparía una formación así para progresar serían de tal
calibre, que no es fácil ni tan siquiera enumerarlas. Un
solo detalle de los mencionados por Calístenes basta
4 para convencer de su inviabilidad: dice que los torren-
tes que se despeñan desde los montes han practicado
en el llano unas hendiduras enormes; comenta que es
del dominio común que la mayoría de los persas murió,
5 al huir, en estas quebraduras. Se objetará, ¡por Zeus!,

que Alejandro quería estar bien preparado ante la apa-
rición del enemigo. ¿Y qué hay peor dispuesto que una 6
falange formada frontalmente, pero inconexa y esparci-
da? [126]. Era mucho más fácil alinearla debidamente par-
tiendo de la formación de marcha, que no agrupar y
disponer en una línea recta la fuerza dispersa y des-
plegada frontalmente, pretendiendo así aprestarla para
el combate en un terreno sinuoso y lleno de bosques [127].
Valía más, realmente mucho más, hacer avanzar a las 7
fuerzas distribuidas en dos o en cuatro falanges ade-
cuadas. Para ellas no era imposible dar con un camino
en que hicieran su ruta y, además, resultaba factible
ordenarlas rápidamente, puesto que, debido a las avan-
zadillas, se podía saber con mucha anticipación la pro-
ximidad del adversario. Pero Calístenes hace [128] avanzar 8
frontalmente a la fuerza griega por la llanura sin ni tan
siquiera poner en vanguardia la caballería, a la que
equipara en todo con la infantería. Y hay más cosas
que me callo.

Pero queda aún lo más grave: Calístenes afirma que 21
cuando el enemigo estaba ya muy cerca, Alejandro dis-
puso a los suyos en columnas de ocho hombres de
profundidad. De lo cual se deduce que la falange de- 2
bía ocupar una extensión de veinte estadios. Si lucha- 3
ban uno junto a otro, de manera que llegaran a tocarse,
según describe Homero, las dimensiones del paraje de-
bían ser, en todo caso, de veinte estadios. Y el mismo 4

[126] Aquí, contra Büttner-Wobst, traduzco la lectura de los manuscritos, en cuya interpretación no todos los traductores coinciden; otros traducen «inconexa y confusa». Si se adopta la lectura propuesta por Büttner-Wobst (véase una edición crítica del texto griego), el sentido sería: «pero con un frente de combate mal formado».

[127] Aquí la contradicción, al menos implícita, es de Polibio: hasta ahora no se había dicho que en la región hubiera bosques.

[128] En sentido factitivo: «pero Calístenes dice que Alejandro hace avanzar».

5 Calístenes dice que no llegaban a catorce * * * una parte
de ésta, la derecha, estaba del lado del mar * * * [129], y
explica todavía que toda la formación griega distaba de
las montañas un espacio suficiente como para no caer
6 bajo los enemigos apostados a sus pies. Sabemos ya
que Calístenes hace girar y volver sobre sus pasos a
una parte del ejército de Alejandro contra éstos.
Olvidémonos también nosotros de los diez mil sol-
dados de infantería forzosamente sobrantes si nos ate-
7 nemos a la exposición de Calístenes [130]. Si lo calculamos
según sus datos, para la longitud de la falange queda-
ban, como máximo, once estadios, en los que es im-
prescindible apretujar treinta y dos mil hombres. Esto
da una profundidad de treinta hombres, y aun a con-
8 dición de que se toquen, escudo con escudo. Ahora
bien, Calístenes dice que, al iniciar el combate, los grie-
gos luchaban formados a ocho hombres de profundi-
9 dad. Estos errores son imperdonables: lo que es im-
10 posible lo es siempre. Si un autor señala exactamente
la distancia de hombre a hombre, la extensión del paraje
y el número de combatientes, su mentira resulta inde-
fendible.

22 Sería excesivamente prolijo explicar todas las in-
coherencias que se dan en Calístenes; sin embargo,
2 anotaré algunas. Dice que, cuando Alejandro dispuso a
sus tropas en orden de combate, anhelaba combatir
personalmente contra Darío y que, inicialmente, éste

---

129 Las dos lagunas que afectan a este capítulo no hacen incierto el sentido: en la primera se hablaba de la caballería persa, y en la otra, de todo el dispositivo persa, totalmente inadecuado, según Polibio.

130 El texto griego es aquí muy ambiguo; otro sentido perfectamente posible es: «más de lo que su plan requería»; la referencia sería, en tal caso, a Alejandro. Cf. Walbank, *Commentary*, ad loc. En esta segunda hipótesis, la traducción debe seguir: «según estos datos».

quería también pelear contra Alejandro, aunque después cambiara de parecer. No indica, sin embargo, cómo 3
pudieron reconocerse mutuamente, dónde se situaron cada uno de los dos en su propio ejército y hacia dónde posteriormente se desplazó Darío[131]. ¿Y cómo logró 4
una formación de falange trepar por las márgenes escabrosas y llenas de palos de un río? También esto es irracional. No podemos imputar a Alejandro algo tan 5
absurdo, cuando le sabemos tan hábil en el arte de la guerra, en el que le instruyeron ya desde su infancia. Sí debemos, en cambio, inculpar al historiador que, 6
por su poca habilidad, es incapaz de distinguir, en los temas de guerra, lo posible de lo imposible. Hasta aquí 7
el estudio de Éforo[132] y de Calístenes.

Otra vez Timeo[133]

Timeo atacó principalmente a 23
Éforo[134], cuando a él mismo se le pueden imputar dos pecados: en primer lugar, acusa duramen- 2
te al prójimo de faltas de las cuales él mismo es reo; además, tiene un espíritu muy corrompido, lo cual se refleja en su obra, y pretende

[131] Aquí el apuro de Polibio es retórico más que nada, pues el rey persa se colocaba siempre en el centro de la formación para procurarse la máxima seguridad y la máxima rapidez en la transmisión de órdenes, y Alejandro siempre mandaba personalmente la caballería, que cargaba por el ala derecha. Esto lo sabían ambos estados mayores.

[132] Pero en lo que nos queda de Polibio no se trata en parte alguna de Éforo.

[133] G. A. Lehmann, *art. cit.*, en *Polybe. Neuf exposés...*, pág. 162, expone con clarividencia que por poco científica y digamos populachera que haya sido la obra de Timeo, se ha impuesto de tal modo que su valoración popular resulta irreversible. El articulista alemán habla gráficamente de la «resignación polibiana».

[134] Como ya se ha notado, la crítica de Timeo contra Éforo se ha perdido, pero no diferiría mucho de la que hizo a Calístenes.

3 imbuirlo a sus lectores. Se dice de Calístenes[135] que murió merecidamente en el tormento; entonces, ¿qué debería sufrir Timeo? Hubiera sido más justo que el
4 dios se vengara de él y no de Calístenes. Éste pretendía divinizar a Alejandro, pero Timeo exalta a Timo-
5 león[136] por encima de los dioses más ilustres; Calístenes, a un hombre del cual todos en el fondo del espíritu reconocen que era de condición superior al común de
6 los humanos; Timeo, a Timoleón, el cual no sólo no parece haber hecho algo con grandeza de alma, sino que ni tan siquiera lo había imaginado. En su vida trazó una única línea[137] que, según como se mire, no fue nada del otro mundo, si se compara con las dimensiones de la tierra[138]: me refiero al viaje que realizó
7 de su país a Sicilia. Como si estuviera en una vinagrera[139], Timoleón se había ganado en Sicilia cierta fama. Creo que Timeo estaba persuadido de que si Timoleón podía compararse con los héroes más ilustres, él mismo, que sólo había tratado de Italia y de Sicilia, podía

---

135 Según G. A. LEHMANN, *art. cit.*, en *Polybe. Neuf exposés...*, pág. 158, la valoración de Calístenes, historiador de Alejandro, «que mereció la muerte por haber intentado deificar a Alejandro», no se refiere a una valoración de su obra, sino que es sólo un ejemplo de la desmedida polémica de Timeo contra Aristóteles, Teofrasto, el mismo Calístenes, etc.

136 Este entusiasmo de Timeo por Timoleón es explicable, porque éste liberó a Siracusa, en el año 244 a. C., de la opresión de Dionisio II el tirano.

137 Es el sentido exacto del griego: la interpretación es la que da WALBANK, *Commentary*, ad loc.: «hizo un único movimiento». La expresión griega, convertida en proverbio, ha sido tomada de un juego en que los niños trazaban líneas sobre tablillas de madera.

138 Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.; la comparación seguramente es con las dimensiones del imperio de Alejandro, o quizás de los territorios recorridos personalmente por Polibio, que fue un gran viajero.

139 Expresión seguramente proverbial.

verse equiparado a autores que hubieran tratado todo
el mundo, que hubieran compuesto una historia univer-
sal[140]. De Aristóteles, de Teofrasto, de Calístenes e, in- 8
cluso, de Éforo y de Demócares hemos escrito ya lo
suficiente para defenderles de las invectivas de Timeo;
también se ha hablado lo indispensable acerca de los
que estiman a este autor y le juzgan verídico.

Carácter de Timeo

Es difícil discernir el carácter 24
de Timeo[141]. Dice él mismo que
poetas y prosistas evidencian sus
maneras de ser por las excesivas
repeticiones que se hallan en sus
obras: declara que Homero fue muy dado a comilo- 2
nas, porque en su obra pone muchos banquetes; dice
que Aristóteles debió de ser un tragón muy refinado,
porque en sus obras incluye con frecuencia recetas de
cocina. No de otro modo *mostraba su carácter Dionisio* 3
el Tirano[142], quien arreglaba los lechos y se fijaba con
insistencia en las particularidades y en los colores de
los tejidos * * * es inevitable que emita de él el juicio 4
que merece * * *[143] y me desagraden sus tendencias.
Cuando acusa a los otros es severo y audaz; en sus 5

[140] Polibio insiste, aunque aquí ocasionalmente, en su idea obsesiva de las ventajas que ofrece la historia universal sobre las monografías acerca de puntos particulares.

[141] Así como, antes, de la depravada personalidad de Demócares, Polibio sacó la conclusión de que su obra era suspecta de mentira, ahora usa el procedimiento contrario: del contenido de la obra pretende deducir el carácter de Timeo. Véase el interesante comentario de Pédech, *Polybe...*, págs. 117-118. Respetando ciertos límites, el método de Timeo aquí criticado es correcto.

[142] En realidad hay aquí una laguna en el texto griego; la traducción dada responde a la restitución de Büttner-Wobst.

[143] Como se ve, el texto griego es aquí muy deficiente paleográficamente; el sentido que se puede aventurar es: «de la misma manera es inevitable para Timeo que, a partir de sus obras, se emita sobre él el juicio que merece».

propios juicios, en cambio, está lleno de sueños, de prodigios, de fábulas increíbles, en una palabra, repleto de supersticiones groseras y de una afición al
6 milagro que sólo cuadra a las mujeres. Como sea, lo dicho hasta ahora y lo que ocurrió a Timeo ponen de manifiesto que algunos, por su incapacidad y sus juicios errados, viven como si no vivieran, ven, pero es como si estuvieran ciegos[144].

El toro de Fálaris

25 Fálaris[145] había fabricado en Agrigento un toro de bronce[146]: echaba en él a los reos y, luego, encendía fuego debajo. Era el castigo infligido a sus súbditos:
2 cuando el bronce se ponía al rojo vivo, el hombre que había dentro moría abrasado y quemado por todas

---

144 Aquí hay un múltiple paralelo bíblico verdaderamente sorprendente (los textos bíblicos vienen citados según la edición de la B. A. C. de Nácar-Colunga): *Salmo* 133, 4-5: «sus ídolos son de plata y oro, obra de la mano de hombres; tienen boca y no hablan, ojos y no ven»; en *Salmo* 136 se repite exactamente lo mismo; *Evangelio de San Marcos* 8, 18: «¿Teniendo ojos no veis y teniendo oído no oís?»; *Epístola de San Pablo a los Romanos*, 11, 8: «Dioles Dios un espíritu de aturdimiento, ojos para no ver y oídos para no oír.»

145 Sobre este Fálaris, cf. VII 7, 2; IX 27, 7.

146 Este toro ha producido demasiada literatura; basta con ver Walbank, *Commentary*, ad loc. Quizás sea porque el famoso filólogo inglés Bentley se reveló demostrando que unas cartas atribuidas a Fálaris eran apócrifas. En resumen, lo que parece que se puede decir es: la historia del toro de Fálaris es oscura, y el mismo Timeo no expuso el tema con claridad. Muerto Fálaris, lo más probable es que la población de Agrigento echara aquel toro al mar (como dice un comentarista de Píndaro) y que el que allí se conservaba en tiempos de Timeo representara al río Gela. Si este segundo toro fue trasladado de Agrigento a Cartago tras la caída de aquella ciudad en poder de los cartagineses queda como cuestión abierta; lo cierto es que en el año 146 a. C. había un toro de bronce en Cartago visto personalmente por Polibio, y que Escipión el Africano mandó res-

partes. Luego que el dolor irresistible le hacía gritar,
los que lo oían percibían como un mugido que resona-
ba; ello se debía a la fundición de aquella bestia. Du- 3
rante la dominación cartaginesa el toro fue trasladado
de Agrigento a Cartago. Se conserva la portezuela que
tenía a media espalda, por la cual arrojaban a los con-
denados. No hay explicación posible de que un toro así
fuera fundido en Cartago. Con todo, Timeo combate 4
la opinión común y pretende convertir en mentiras las
afirmaciones de poetas y escritores. Dice que un toro
como éste jamás fue transportado de Agrigento a Car-
tago y que en Agrigento no hubo jamás un ingenio así.
En este punto es sumamente prolijo. 5

¿Qué palabras, qué expresiones usaremos cuando
hablamos de Timeo? Creo que merece los términos más
duros que él mismo ha empleado contra los otros. Lo 6
dicho demuestra, sin lugar a dudas, que se complace
en el odio y que miente descaradamente; lo que sigue
ahora evidenciará que ni sabe filosofía ni posee una
formación de escritor[147]. En su libro veintiuno, ya hacia 7
el final, en la arenga que hace pronunciar a Timoleón,
pone en su boca: «el universo colocado debajo del fir-
mamento tiene tres partes, llamadas Asia, África y
Europa». Esto, no podríamos creer que lo ha afirmado 8
Timeo, ni tan siquiera el conocido Margites. ¿Quién
hay tan ignorante, y no me refiero sólo a los historia-
dores * * *.

---

taurar y restituir a Cartago. Por lo demás, la crueldad de Fálaris fue proverbial en la antigüedad. Su reinado en Agrigento se coloca, con reservas, del 646 al 619 a. C. Omitiendo cualquier discusión, digamos con Walbank que, examinado todo, Polibio yerra aquí totalmente en su ataque contra Timeo.

147 Lo cual significa realmente que Polibio valoraba mucho la filosofía y la formación retórica, y también la cultura y la educación.

25a *Polibio de Megalópolis dice acerca de Timeo*[148]: De la misma

Los discursos de Timeo

manera que una gota de líquido basta, como dice el refrán[149], para averiguar lo que contiene un recipiente grande, así mismo se pueden extraer conclu-
2 siones de los asuntos tratados. Si en una obra se detectan una o dos mentiras, y aún más si son intencionadas, desde entonces no hay nada seguro en las afir-
3 maciones de un autor así; la cosa es clara. En lo tocante a este punto, si queremos lograr que los partidarios excesivamente entusiastas de Timeo[150] cambien de parecer, habrá que echar mano de sus principios y de sus prejuicios cuando redacta discursos y arengas, parlamentos de embajadores y, en resumen, trabajos de este tipo, que son una recapitulación de las acciones y
4 hacen encajar toda la historia. ¿Habrá lector que no comprenda que Timeo colocó estos elementos, en su libro, donde no correspondía y que, encima, lo hizo ex-
5 profeso? Ni reproduce lo que se dijo ni respeta la forma en que se dijo: precisa lo que se hubiera debido decir, revisa los discursos realmente pronunciados y lo que se derivó de ellos en el desarrollo de los hechos,

---

148 G. A. Lehmann, *art. cit.*, en *Polybe. Neuf exposés...*, pág. 180, habla de que Polibio critica la «ligereza» (*euchería*) de algunos historiadores, lo cual quizás no sea del todo exacto, por cuanto el término en cuestión no sale en el texto griego, ni tan siquiera lo conjeturan los editores. No se aparta mucho de esta opinión Pédech, *Polybe...*, págs. 124-125, quien dice que el ataque de Polibio es algo injusto.

149 «Como dice el refrán», en el texto griego viene como nota marginal, que luego alguien introdujo en el cuerpo del texto; no parece que se trate de refrán alguno, y sí, más bien, de una anotación inoportuna.

150 Traduzco según la conjetura de Orelli (sobre el texto griego, naturalmente); el texto de los manuscritos, adoptado por Büttner-Wobst, dice: «excesivamente propensos a la crítica».

como si uno, en la escuela de retórica intentara * * * [151] hacer una demostración de la capacidad propia, pero no una reproducción del discurso pronunciado realmente.

Es función propia [152] de la historia [153], primero, cono- 25b
cer los discursos tal como fueron efectivamente pronunciados; en segundo lugar, averiguar las causas que hicieron fracasar o tener éxito los planes formulados
en ellos, porque la simple narración de los hechos atrae 2
al espíritu, pero es estéril; si se añaden las causas, el
recurso a la historia es fructífero. Si de unas circuns- 3
tancias similares pasamos a considerar las nuestras, obtendremos indicios y previsiones con vistas a averiguar el futuro; esto nos capacita, unas veces, para preservarnos y, otras, para manejarnos con más confianza ante las dificultades que se presenten, siempre que es-
tablezcamos un paralelo con los hechos pretéritos. El 4
que silencia los discursos pronunciados, así como las causas que los motivaron, y los sustituye por ejercicios retóricos falsos y amplificaciones oratorias elimina el componente más propio de la historia. Y Timeo lo hace en grado sumo: todo el mundo sabe que su obra está repleta de retórica menuda [154].

Puede ser que alguien se extrañe de que Timeo, 25c
hombre cuya manera de ser ha quedado clara, haya gozado de la confianza y de la aceptación de alguien [155].

---

151 No todos aceptan aquí la existencia de una laguna; la secuencia sintáctica del griego es impecable.

152 Es decir: especial, peculiar.

153 A partir de la crítica hecha a Timeo, Polibio se eleva a exponer las reglas del género histórico. El máximo compendio de la concepción polibiana es que documentación y reflexión son inseparables.

154 El reproche que Polibio hace a Timeo es el de que ha compuesto largos discursos llenos de menudencias que vienen poco a cuento.

155 Se prosigue el ataque contra Timeo desde otro enfoque:

2 La causa radica en que su obra rebosa de reproches y de injurias dirigidas a los demás. No es juzgada por su contenido ni por sus tesis, sino por sus acusaciones contra otros, para lo cual me parece que Timeo tuvo
3 una habilidad y unas dotes no comunes. Le ocurrió lo mismo que a Estratón el Físico [156]. Este sabio, cuando se propone destrozar y convertir en falsas las teorías ajenas, es digno de admiración, pero cada vez que expone doctrina suya y explica sus hipótesis personales parece a los especialistas un hombre menos inteligente,
4 más obtuso. Al escritor le ocurre exactamente lo mismo que a cualquier hombre durante la vida: es fácil reprochar a otros, pero resulta difícil mostrarse limpio de culpa. Y casi siempre, por decirlo así, se echa de ver que los que tienden más a la reconvención son los que más fallan en su vida.

25d *Paralelismo entre la medicina y la historia*

Además de las citadas, a Timeo le ha ocurrido otra cosa. Vivió en Atenas durante casi cincuenta años [157]. Tuvo acceso a los libros de sus predecesores y creyó que con esto poseía el recurso principal para redactar su historia, cuando en realidad su ignorancia era total.
2 En efecto, la historia tiene un paralelismo con la medicina [158]. Ambas ciencias, en su entidad y en su con-

---

ahora no se habla de sus entusiastas, sino simplemente de los que le aceptan como fuente válida. Este cap. 25c patentiza la cultura y la vasta lectura de Polibio.

156 Sobre este Estratón, cf. IV 38, 1-45, 8. Su apodo «el físico» se debe a que se dedicó especialmente a estudios de física.

157 Todos los estudiosos están de acuerdo en la veracidad de estas afirmaciones, pero no consiguen ponerse de acuerdo en fijar exactamente los años entre los cuales se dio este exilio. Según Walbank, *Commentary*, ad loc., y Pédech, *Polybe...*, ad loc., lo más probable es que Timeo se estableciera en Atenas hacia el 315 a. C.

158 Polibio, siguiendo cualquier manual de la época, distingue tres clases de medicina: la lógica, la dietética y la farmacéutico-

junto, ofrecen tres modalidades, correspondientes a las disposiciones de sus cultivadores. Refiriéndome 3 ahora a la medicina, la hay de tipo específicamente lógico, de tipo específicamente dietético y una tercera clase, específicamente quirúrgica y farmacéutica * * * totalmente * * *[159] desacreditar la profesión. La moda- 4 lidad específicamente lógica viene principalmente de Alejandría, de los que allí se llaman los Herofilios y los Calimaquios. Posee, ciertamente, un núcleo de medicina auténtica[160], pero los que la exponen y la propagan lo hacen con tal arrogancia, que parece que sólo ellos dominan esta ciencia. A la hora de la verdad, sin 5 embargo, cuando sometes un enfermo a sus cuidados, distan tanto de ser útiles como uno que no haya ni saludado un libro de medicina. Más de una vez ha ocurrido que algunos que estaban delicados, sin padecer por ello nada grave, se han confiado a estos hombres,

---

quirúrgica. Sólo enjuicia la primera y la última, pero no la segunda. Distingue dos casos posibles: un seguidor de cualquiera de las tres modalidades médicas, si es malo, las desacredita, pero la medicina lógica debe rechazarse en bloque: atiende sólo a teorías y a causas generales de las enfermedades, pero no tiene en cuenta las particularidades de cada enfermo. La crítica a esta medicina no era sólo de Polibio, sino de todos los médicos preeminentes de la época, cf. PÉDECH, *Polybe...*, págs. 128-9. En cambio, WALBANK, *Commentary*, ad loc., da una historia de la medicina que aquí nos atañe, siguiendo el texto del mismo Polibio.

159 Este § 3 tiene el texto muy corrompido, y la restitución del sentido no es segura textualmente, pero es indudable que aquí se atacaba a la medicina lógica.

160 Mi traducción se aparta, al menos externamente de la de Pédech: «...ce qui constitue cette branche de la médicine et ses apparences et ses prétensions produisent tant d'illusion...», y también, pero menos, de la de Paton: «...is indeed an integral part of medecine, but as regards the ostentation and pretensions of its professors...»; pero me parece que refleja más el auténtico sentido griego, que es que el estudio es absolutamente necesario, pero insuficiente sin la práctica.

pues sus palabras son persuasivas, y se han puesto a
6 punto de morir. Estos médicos son como pilotos [161] que gobernaran sus naves sólo con un libro. Y, con todo, tales individuos recorren con pompa las ciudades; cuando han congregado una muchedumbre * * * [162] por su nombre. Colocan en un gran apuro a los que con sus obras dieron una prueba auténtica de su valor, los ponen en ridículo delante de su auditorio y, con frecuencia, la fuerza persuasiva de su oratoria les ayuda a impugnar cualquier prueba extraída de los hechos.
7 El tercer tipo, el que busca lograr una eficacia connatural en cada tratamiento médico [163], no sólo se encuentra raramente, sino que además se ve muchas veces oscurecido por la desvergüenza y la verborrea de los que se aprovechan de la incapacidad de juicio de la masa.

25e De la misma manera la ciencia histórica ofrece indudablemente tres modalidades [164]. La primera consiste

[161] La interpretación es insegura: podría traducirse «como gobernantes». En tal caso debe adaptarse toda la imagen a este segundo miembro de la alternativa.

[162] La laguna viene reconocida por Büttner-Wobst y por Paton, y negada por Pédech; WALBANK, *Commentary*, ad loc., se inclina a favor de ella con reservas; en el caso de aceptarla, propone un texto griego que, traducido, dice así: «cuando han congregado una muchedumbre, llenan a los otros médicos de confusión, simplemente llamándoles por su nombre».

[163] El texto griego es aquí difícil, quizás porque el epitomador transcribió con cierta negligencia. Doy la traducción propuesta por WALBANK, *Commentary*, ad loc.

[164] El paralelismo intentado por Polibio entre los tres tipos de medicina es diáfano en el primer caso, y forzado, en los dos restantes. En efecto, el historiador que se basa sólo en textos es paralelo a los médicos lógicos. También la experiencia política admite alguna comparación con la medicina farmacéutico-quirúrgica, pero, en cambio, el paralelo entre dietética y geografía es difícil: quizás se logre, de algún modo, pensando que la palabra «dieta» en griego, antes que régimen alimenticio, significa simplemente «género de vida»: la medicina estudiaría la

en el examen cuidadoso de las fuentes documentales y en la yuxtaposición de los datos que suministran. La segunda, en la inspección de las ciudades y de los parajes por donde discurren los ríos, y los puertos. En general, se deben observar las peculiaridades y las distancias que hay por tierra y por mar. El tercer tipo lo da el conocimiento de la actividad política[165]. Lo mis- 2
mo que en medicina, muchos aspiran a escribir historia por el prestigio que esto entraña. Sin embargo, la mayoría de los autores carecen, en absoluto, de dotes para este cometido, aunque se vean sobrados de ligereza, audacia y superficialidad. Hacen como los botica- 3
rios[166], que buscan con interés ser conocidos y peroran, según la oportunidad, para ganarse el favor de la clientela y, con él, su subsistencia. No vale la pena hablar más de hombres así. De algunos parece razonable que 4
se dediquen a la historia[167]. Pero hacen como los médicos lógicos: se pasan largo tiempo en bibliotecas y, tras haber adquirido gran habilidad en la investigación de documentos, se convencen a sí mismos de su aptitud para este trabajo. Evidentemente, a los profanos en la

constitución física y el estado concreto del cuerpo del enfermo, y esto llevaría al médico a prescribir un género de vida.

Por lo demás, no puede omitirse la lectura del fundamental comentario de PÉDECH, *Polybe...*, págs. 129 y sigs., a este capítulo, en el cual se encuentra el pasaje capital para entender la comprensión polibiana de la historia pragmática: es una historia política en sentido amplio, es decir, debe describir la vida pública de los estados desde el momento de su constitución, prescindiendo de una posible etapa mítica y de genealogías.

165 Traduzco según la interpretación de WALBANK, *Commentary*, ad loc.; literalmente sería: «el conocimiento por las prácticas políticas».

166 Tenían fama de charlatanes, incluso entre los mismos latinos; cf. PLUTARCO, *Moralia* 80a, y HORACIO, *Sát.* I 2, 1.

167 Entre los cuales se encuentra Timeo, en opinión de Polibio.

materia les causan la impresión de contribuir * * * [168],
pero a mi entender su aportación a la historia universal
5 es imperfecta. La investigación de los libros de los
hombres doctos del pasado es útil si se dirige al conocimiento
de la ideología de los antiguos y al de lo que
pensaban acerca de situaciones, lugares, linajes, constituciones
y costumbres determinadas, si se dirige, además,
a la comprensión de las circunstancias y azares
6 que se dieron en épocas pretéritas; si se ha escrito lo
que realmente pasó, lo pretérito hará que atendamos
7 debidamente al futuro. Pero Timeo piensa que basándose
únicamente en su habilidad en la investigación ya
puede historiar los hechos acaecidos, lo cual es una
puerilidad: es como si uno se creyera capacitado para
ser un buen pintor, maestro de pintores, por el mero
hecho de haber contemplado las obras de los pintores
antiguos.

25f

Incompetencia de Éforo, de Teopompo y de Timeo en cuestiones militares y geográficas

Mi tesis será aún más válida
si atendemos, por ejemplo, a lo
que pasó a Éforo [169] en ciertos
pasajes de su *Historia*. Por lo
que hace a los temas bélicos, creo
que este autor tuvo una cierta idea de las batallas na-
2 vales, pero ninguna, en cambio, de las terrestres. Si se
lee su descripción de la batalla naval de Chipre [170] y de
la de Cnido [171], libradas por generales del rey persa

[168] Hasta ahora esta laguna no ha encontrado restitución satisfactoria; Büttner-Wobst proponen, en su aparato crítico, una lectura que, traducida, dice: «...contribuir aunque es evidente que aportan una única cosa...».

[169] Éforo es un autor más bien apreciado positivamente por Polibio, pero no por ello se libra de sus críticas. Como veremos, en parte las merece.

[170] Batalla de Chipre, librada entre Evágoras, rey de Chipre, y el sátrapa persa Tiribazo, en la que la flota del primero se vio aniquilada totalmente. Se dio en el año 381 a. C.

[171] El primer desastre espartano después de su victoria en

contra Evágoras de Salamina y contra los espartanos
respectivamente, Éforo admira, razonablemente, por el
vigor y la habilidad que pone en su narración; su lec-
tura proporciona datos útiles para circunstancias simi-
lares; en cambio, cuando describe las batallas de Leuc- 3
tra y de Mantinea, en las que lucharon tebanos y
lacedemonios (en la última murió Epaminondas), si
atendemos, en su narración, a las formaciones de las
tropas durante la batalla y a cómo se fueron modifi-
cando, aquí Éforo hace el ridículo, pues se muestra
inexperto y desconocedor de toda esta temática[172]. La 4
batalla de Leuctra no fue complicada. Se libró sólo con
parte de las fuerzas de ambos bandos y, por eso, aquí
se ve poco la nula habilidad de este autor; la de Man-
tinea, por el contrario, en la que se maniobró de forma
muy compleja, es excesiva para Éforo, que la narra de
manera incoherente. Esto se ve al examinar la topo- 5
grafía de los lugares y al comparar con ella las manio-
bras descritas por Éforo.

Algo análogo ocurre a Teopompo, y principalmente 6
a Timeo, de quien ahora me ocupo. La poca pericia de
ambos pasa desapercibida cuando se limitan a narrar
resumidamente algún hecho militar. Pero cuando quie- 7
ren exponerlo con detalle y tratarlo en todos sus extre-
mos, entonces se ve que ambos autores no difieren en
nada de Éforo.

El que carece de experiencia bélica no puede descri- 25g
bir bien lo que ocurre en la guerra, ni puede tratar de

---

la guerra del Peloponeso, fue en la batalla naval de Cnido, ganada por el almirante ateniense Conón al mando de una flota persa.

172 En efecto, Éforo no entendió en absoluto que la formación militar tebana de Epaminondas en Leuctra y Mantinea suponía una verdadera revolución en el arte militar, y se limitó a presentar las batallas como vulgares escaramuzas en las que un bando sale derrotado. Véase el lúcido comentario de PÉDECH, *Polybe...*, págs. 132-3.

política el que no ha intervenido en sus avatares y en
2 sus cambios. La obra redactada por eruditos librescos sin experiencia, que no han vivido su temática, es inútil para cualquiera que la encuentre. Y si privamos a la historia de lo que puede sernos útil, lo que queda de
3 ella es despreciable e inservible[173]. Añado todavía que los que quieren tratar monográficamente acerca de ciudades y de regiones, pero no poseen la experiencia mencionada sufrirán algo semejante: omitirán muchas cosas dignas de mención y tratarán prolijamente de otras insignificantes. Esto ocurre principalmente a Timeo por no haber visitado las regiones.

Defectos de Timeo: falta de expresividad y abuso de artificios retóricos

25h Timeo declara en su libro treinta y cuatro que ha vivido cincuenta años[174] seguidos en Atenas en calidad de huésped; reconoce, en consecuencia, su inexperiencia total en lo que se refiere a la guerra y confiesa no haber estado personalmente en los escenarios de los hechos. Cuando en su historia llega a una acción mili-
2 tar ignora muchas cosas y engaña. Si alguna vez roza la verdad, se parece a los pintores que pintan sus cuadros sirviéndose de maniquíes de paja[175], que toman
3 como modelos. Estos artistas salvan alguna vez la línea

---

173 Polibio insiste repetidamente en la utilidad de la historia: a) utilidad moral, I 1, 2; 35, 9; VIII 21, 11; b) utilidad política y militar, I 1, 2; 57, 5; III 31, 5; 118, 12 etc.; c) utilidad estimulante: los ejemplos de los tiempos pasados nos mueven en el presente y para el futuro, VI 54, 3; X 31, 3...

174 Polibio está trabajando de memoria y sin demasiada exactitud; en 25d acaba de decir: «casi cincuenta años», y no dice que sean seguidos. Por lo demás, aquí Polibio inicia una crítica literaria adversa a Éforo.

175 «Maniquíes de paja»: este sentido del texto griego no es reconocido por todos, pero es el más probable. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

externa, pero no reflejan el dinamismo y la animación [176] de los seres vivos, que es el elemento más propio del arte pictórico. Éste es el fallo de Timeo y, en general, el de los que se ciñen únicamente a una base libres-
ca: carecen del vigor de los temas, que sólo surge de 4
la experiencia personal de los autores. Por ello, los que no han vivido los hechos son incapaces de despertar
el sentimiento de la realidad en sus lectores. Nuestros 5
antecesores pensaron que los libros de historia han de poseer una vida tal que, cuando en ellos se trate de política, hagan exclamar al lector: «¡Seguro que el autor intervino aquí y que conoce por experiencia el asunto!»; cuando traten de guerras, hagan proclamar que el autor ha sido soldado y se ha visto en riesgos, y, cuando traten temas propios de la vida privada, hagan pensar que el autor ha vivido con una mujer y
que ha criado hijos. Los demás aspectos de la vida 6
han de ser reflejados de modo semejante, cosa que, lógicamente, sólo se encontrará en autores que tengan experiencia personal de aquello de que tratan y que, además, sientan gran estima por este aspecto de la historia. No cabe la menor duda de que es difícil ser un autor con estilo personal y efectivo desde todos los puntos de vista, pero es imprescindible serlo, al menos, en lo principal y en lo más corriente.

Lo que he dicho no es imposible. Para testificarlo, 25i
baste Homero, en quien se da notoriamente mucho de
tal vitalidad [177]. Una deducción clara de lo considerado 2

[176] Dinamismo (o viveza) y animación: dos conceptos claves, tanto para la literatura como para la pintura contemporáneas de Polibio.

[177] Polibio formula aquí una teoría acerca del estilo de la narración histórica y, especialmente, de los discursos intercalados en ella, según cuya teoría se debe tender a una narración tan concreta de los hechos que dé una impresión de estar ante la verdad histórica y no ante otra cosa. La historia debe ser vivida.

hasta aquí: la investigación de los libros constituye la tercera rama de la historia y ocupa el tercer lugar.
3 La verdad de esta deducción es notoria, si la referimos a los discursos políticos y a los exhortatorios compuestos por Timeo e, incluso, a los que pone en boca de
4 embajadores. Las ocasiones que admiten la aplicación de cualquier argumento[178] son pocas; en su mayor parte consienten sólo razonamientos sencillos y que vengan a cuento. Unos encajan con los contemporáneos y otros, con los antepasados; unos son adecuados para los etolios, otros, para los peloponesios y unos terceros, para
5 los atenienses. Lo que hace Timeo cuando inventa argumentos para cualquier situación, cuando recita banalmente y fuera de lugar todas las razones posibles, no responde en absoluto a la verdad; es un pasatiempo pueril. A muchos[179] les ha sido causa del descrédito y de desprecio. Debemos encontrar siempre argumentos
6 adecuados y oportunos. Buscamos el beneficio y no el perjuicio de nuestros lectores: por consiguiente, puesto que la utilidad de los discursos no es siempre la misma, determinar el tono y la duración de los que se vayan a insertar exige gran cuidado y conocimientos no comunes.
7 Ciertamente, es difícil precisar lo oportuno para cada momento, pero no es imposible: podemos basarnos en nuestra experiencia misma e, incluso, en nuestras inclinaciones. Para verlo claro en nuestro caso, fijémonos
8 en lo que sigue. Si, tras exponer la situación, la génesis y las conexiones de aquello sobre lo que se delibera,

178 Es decir, de todos los argumentos posibles.

179 El griego dice literalmente sólo «a muchos», y WALBANK, *Commentary*, ad loc., interpreta «a muchos hombres de estado», en cuyo caso se significa que han seguido los consejos de Timeo; Pédech, en cambio, en su versión traduce: «a muchos historiadores» (traducción quizás más lógica), en cuyo caso se recomienda no seguir el método de Timeo. Nótese que Walbank rechaza explícitamente la traducción de Pédech.

tras reproducir, a continuación, los discursos que realmente se pronunciaron, los autores nos aclararan los motivos que hicieron fracasar o tener éxito a los oradores, nuestra visión de los hechos respondería a la verdad, podríamos discernirlos y, refiriéndolos a circunstancias actuales parecidas, tendríamos éxito en los
problemas que se nos presentaran. Tengo para mí que 9
buscar las causas es difícil, y fácil, componer discursos en los libros; pocos son los capaces de hablar concisamente y de manera ajustada; es propio del vulgo disertar prolijamente, diciendo vaciedades, sobre cosas que nos son comunes y que están al alcance de la mano.

Para confirmar nuestras opiniones en cuanto a Ti- 25j
meo —me refiero a su ignorancia y a su falacia intencionada—, aduciremos unos ejemplos breves, extraídos de discursos que todo el mundo está de acuerdo
en atribuirle[180]. Hermócrates, Timoleón y Pirro de Epi- 2
ro[181] sucedieron a Gelón el Viejo[182] en el gobierno de Sicilia. Fueron hombres muy capaces, a los que no se puede, en absoluto, colgar discursos pueriles y escola-
res. En su libro vigésimo primero, Timeo explica que, 3
cuando Eurimedonte llegó a Sicilia para empujar a

180 Nos encontramos aquí, por primera vez en la historia, con un comentario de texto hecho desde un punto de vista de la crítica literaria. Polibio critica tres absurdos de Timeo: el primero de género deliberativo, el segundo, de género exhortatorio, y el tercero, referente al discurso de un embajador.

181 Sobre Timoleón, cf. 23, 4 de este libro XII; sobre la obra de Timeo acerca de Pirro, 4b, 1; Hermócrates protagoniza buena parte del libro VI de Tucídides, en el que éste pone en su boca un importante discurso de carácter hoy diríamos reaccionario, aunque luego juegue un papel decisivo en la lucha por la defensa de Siracusa contra los atenienses.

182 Gelón, hijo de Denócares, se hizo tirano de Gela hacia el 441 a. C. y de Siracusa hacia el 485. Aliado a Terón de Agrigento, derrotó y aniquiló a un ejército cartaginés en la batalla de Hímera (480 a. C.), lo que virtualmente le dio el control de toda la isla de Sicilia.

las ciudades de la isla a hacer la guerra contra Sira-
cusa[183], los ciudadanos de Gela, cansados ya de con-
flictos, enviaron legados a Camarina[184] para concertar
4 una tregua. Los de Camarina les acogieron favorable-
mente; más tarde, las dos ciudades despacharon emba-
jadores, cada una a sus aliados, con la demanda de
que enviaran a Gela hombres de confianza para deli-
5 berar sobre la paz y los intereses comunes. Llegados
los compromisarios y abierto el debate, Timeo pre-
senta a Hermócrates y pone en su boca el discurso si-
6 guiente[185]: empieza alabando a los de Gela y a los de
Camarina, en primer lugar, porque son ellos los que
han concluido la tregua, en segundo, porque habían
promovido aquellas conversaciones y, todavía, porque
habían procurado que no fuera el pueblo el que tratara
de la paz, sino sus dirigentes, ya que son éstos los que
conocen claramente la diferencia que va de la paz a
7 la guerra. A continuación echa mano de dos o tres re-
flexiones de tipo práctico, para afirmar seguidamente
que todos ellos habían aprendido y conocían la diferen-
cia que hay entre guerra y paz... ¡esto cuando había
subrayado, un poco más arriba, que se debía agradecer
a los de Gela que las conversaciones no las efectuaran
las asambleas populares, sino un senado experimentado
en peripecias bélicas!

8 Timeo da la impresión no sólo de carecer de sentido
político[186], sino de padecer deficiencias en cuanto al

183 Fue en el verano del año 424 a. C., pero su misión fracasó porque el congreso siciliano de Camarina se había anticipado a su actuación.

184 Por este tiempo, Camarina estaba aliada con Atenas.

185 Este discurso viene reproducido por Tucídides, quizá en su tenor literal, en el lugar IV 59-64; es curioso que Polibio no diga que las coincidencias con el contenido del discurso de Tucídides son nulas, y que, por tanto, el discurso de Timeo es falso.

186 Otros traducen el texto griego: «...de dotes como historiador», pero, dado el contexto, esta versión no parece probable.

uso de medios retóricos. Me parece opinión común el 9
que los discursos deben contener elementos desconocidos o bien no creídos por el auditorio, y que ejercitarse en discursos que traten de temas muy conocidos es el esfuerzo más superfluo e infantil * * * [187] que lo ya conocido. Además del error que supone componer un dis- 10
curso dedicado a puntos que ni tan siquiera se debían tocar, Timeo utiliza unos argumentos que nadie puede creer que Hermócrates los adujera. En efecto, este 11
general siciliano combatió junto a los lacedemonios en la batalla de Egospótamos y, anteriormente, había capturado, en Sicilia, al ejército ateniense con sus dos generales; argumentos como los que le imputa Timeo no los habría recitado ni un niño.

Es la pura verdad [188]. Primero, Hermócrates cree 26
que se debe recordar a los delegados que, en tiempo de guerra, los hombres dormidos son despertados a toque de corneta en la madrugada, mientras que, en tiempo de paz, despiertan por el canto del gallo. A 2
continuación, explica que Heracles instituyó los juegos olímpicos y la tregua olímpica, de lo cual extrae una prueba de las preferencias del dios. Si emprendió la guerra contra alguien y lo dañó, se vio forzado a ello por necesidad o por órdenes superiores; él nunca fue culpable de un perjuicio voluntario infligido a un hombre. Señala, luego, que Homero nos presenta a Zeus 3
irritado contra Ares, pues le dice:

Me eres el más detestable de los olímpicos dioses,
ya que siempre deseas batallas, discordias y guerras [189].

---

[187] Para esta laguna, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc., que propone rellenarla en el sentido: «referido a lo que es conocimiento común».

[188] En lo que sigue el texto griego presenta muchos juegos de palabras y artificios retóricos, por lo que se debe seguir de cerca el texto de Timeo.

[189] Cf. HOMERO, *Ilíada* V 890.

4 Seguidamente hace decir al más prudente de aquellos héroes[190]:

No tiene hermanos ni ley, ni hogar posee aquel hombre
que la guerra cruel desea para su patria,

5 y hace que Eurípides esté de acuerdo con Homero cuando pregona:

¡Paz de profundas riquezas,
la más bella de los felices dioses,
suspiro por ti! ¡Cuánto tardas!
Temo que la vejez me asalte
y no pueda ver tu gracioso día,
los cantos de los hermosos coros
y las procesiones que gustan de guirnaldas[191].

6 Además, Timeo hace decir a Hermócrates que la guerra tiene un gran parecido con la enfermedad, y la paz, con la salud; la paz repone a los enfermos, mientras
7 que la guerra mata a los sanos. En la paz, añade, los
8 jóvenes entierran a los viejos, que es lo natural; mientras que, en tiempo de guerra, sucede lo contrario. Y lo más grave: en época de guerra no hay seguridad ni al pie de las murallas[192]; en tiempos de paz, por el contrario, la hay hasta los límites del país. Y cosas por
9 el estilo. Si un adolescente que empieza a frecuentar la escuela se propusiera componer un ejercicio declamatorio que encajara con unos personajes determinados, sería extraño que usara de argumentos o expresiones que no fueran éstos. Creo que el muchacho no echaría mano de razones distintas de las que Timeo pone en boca de Hermócrates.

---

190 Es Néstor de Pilos. El lugar es *Ilíada* IX 63.

191 Texto procedente de la tragedia de Eurípides, *Cresfonte*, hoy perdida. El dado es el fr. 453, 1-3, de la edición de Nauck.

192 Porque se pueden batir desde lejos con proyectiles.

¿Y qué diré cuando Timoleón[193], en el mismo libro, espolea a los griegos a la lucha contra los cartagineses? En el momento en que están para trabar el combate contra un enemigo muy superior en número, empieza a arengar a los suyos y les dice que no atiendan a la gran muchedumbre de hombres que se les echa encima, sino a su cobardía. Porque África entera, explica, tiene una gran densidad de población, a pesar de lo cual, cuando queremos enfatizar la soledad con un proverbio exclamamos: «¡Es más desierto que África!»[194], y aclara que el refrán no señala que el país esté deshabitado, sino que sus habitantes son cobardes. En una palabra, comenta, ¿quién se asustará de unos soldados que esconden lo que la naturaleza ha dado a los hombres como distintivo ante las bestias, me refiero a las manos? Los africanos, en efecto, las llevan toda su vida metidas en sus túnicas y las pasean inactivas[195]. Pero lo peor es, asegura, que por dentro de sus tunicelas los africanos llevan unas bandas para impedir que, si mueren en la batalla, el enemigo les vea * * *. 26a 2 3

Timeo abusa de la paradoja

Cuando Gelón prometió a los griegos[196] la ayuda de veinte mil soldados y doscientas naves de guerra a condición de que le fuera confiado el mando supremo, ya por mar ya por tierra, se cuenta que los reunidos en Corinto dieron a los enviados de Gelón una respuesta muy acertada: propusieron que el interesado se pre- 26b 2

[193] Para Timoleón, cf. nota 183.

[194] El refrán se encuentra, efectivamente, en EURÍPIDES, *Helena* 404.

[195] JENOFONTE, en *Helénicas* II 1, 8, dice lo mismo.

[196] A requerimiento de éstos; el hecho de que Polibio no lo aclare me parece que no hubiera debido dar lugar a los prolijos comentarios de WALBANK, *Commentary*, ad loc., y de PÉDECH, *Polybe...*, pág. 140. HERÓDOTO narra lo mismo en VII 158, 4.

sentara con sus fuerzas en calidad de auxiliar; la situación otorgaría el mando, por sí misma, a los hombres
3 más capacitados[197]. O sea que no rehuían el depositar su esperanza en Siracusa, pero confiaban también en sí mismos e invitaban, al que se prestara a ello, a la lucha que comprueba el coraje, a la corona del valor.
4 Pero, refiriéndose a los extremos aludidos, Timeo compone unas disertaciones tan prolijas, se interesa tanto por convertir a Sicilia en el territorio más importante de Grecia, por describir los hechos de la isla como más brillantes y vistosos que los del resto del mundo, por presentar a los sicilianos como los más sabios entre los hombres que se distinguieron por su inteligencia y a los siracusanos como los hombres más avan-
5 zados, casi divinos, en cuestiones políticas, que no deja ni una sola exageración a los alumnos de la escuela de retórica cuando hacen ejercicios sobre temas paradójicos, por ejemplo: componer un elogio de Tersites o una censura de Penélope, o cosas por el estilo.

Juicio de Polibio sobre la Academia nueva

26c De ahí se sigue que, por sus exageraciones, Timeo conduce no a un juicio, sino al desprecio tanto de los hombres como de las gestas que pretende ensalzar; le ocurre casi lo mismo que a los que se han ejercitado en discursos de la Academia con argumentos vulgares.
2 Algunos de estos hombres se apasionan por confundir a sus interlocutores, tanto en los temas que parecen comprensibles como en los que se muestran incomprensibles; para ello se sirven de tales paradojas, tienen tal fuerza persuasiva, que llegaríamos a pensar en la posibilidad de que unos que se encuentran en Atenas pue-

---

197 Aquí es donde difieren más la versión de Heródoto y la de referencia; Heródoto dice que el mando (la hegemonía) lo ejercitaron indiscutidamente los espartanos.

dan oler unos huevos que se están friendo en Éfeso y a dudar de que si, de alguna manera, mientras dialogan sobre estos temas en la Academia, no recitan, soñando despiertos, sus discursos en su propia casa, tendidos en su lecho. La exageración[198] de sus paradojas ha hecho 3
caer a su escuela en el descrédito, hasta el punto de que han inducido a los hombres a vacilar, incluso, ante razonamientos argumentados correctamente. Además, 4
dejando aparte este fallo, han imbuido en nuestros jóvenes una pasión tal, que éstos ahora no atienden, ni en el grado que sería normal, a los problemas morales y políticos que se nutren de la filosofía; pierden el tiempo en discusiones vanas[199], inventándose argumentos paradójicos que no sirven para nada.

Esto es lo que le ha ocurrido a Timeo y a sus ad- **26d**
miradores[200]. Es un autor paradójico y aficionado a las discusiones sobre cualquier tema. Por eso ha pasmado al vulgo absurdamente con sus razonamientos y le ha forzado a prestarle atención, porque sus argumentaciones[201] parecen correctas; se ha ganado a algunos hombres[202] con sus demostraciones, que se presentan como concluyentes. Esta impresión la da, principal- 2
mente, cuando expone temas como son colonias, funda-

198 Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc. Polibio no critica a la Academia globalmente, sólo a ciertos excesos retóricos que se daban en ella.

199 Este mismo reproche, pero apuntando contra la sofística, lo había hecho ya ARISTÓFANES en las *Nubes*, en la disputa entre las Razones Justa e Injusta (vv. 916 ss.).

200 Precisamente este capítulo 26d sirve a G. A. LEHMANN, *art. cit.*, en *Polybe. Neuf exposés...*, págs 161-2, para señalar que Polibio toma a Timeo como a un oponente muy serio, es decir, como a un rival que impone respeto.

201 Ésta es la traducción del texto griego, pero WALBANK, *Commentary*, ad loc., parafrasea: «consideradas superficialmente».

202 Inteligentes. Véase la nota siguiente.

3 ciones y parentescos[203]. En esta materia seduce por la minuciosidad de sus discursos y por la dureza que emplea cuando refuta a sus colegas. Casi creeríamos que los autores restantes se han dormido sobre su temática, que han recorrido el mundo de manera muy superficial[204] y que sólo él, Timeo, ha investigado en todos sus extremos los puntos de la historia sobre los que se han afirmado verdades y falsedades, que él ha logra-
4 do discernir. A los que han dedicado más tiempo a sus primeros libros, en los que trata principalmente la temática citada, y le creen ciegamente cuando desarrolla sus promesas hiperbólicas, si se les demuestra que Timeo es culpable de los mismos defectos que él imputa a otros, como nosotros mismos hicimos más arriba al coleccionar sus equivocaciones sobre los locros y sobre
5 otros asuntos, estos individuos se convierten en pendencieros, amigos de disputas y excesivamente seguros de sí mismos. Podemos decir que éste es el provecho que extraen de la historia los que ponen más interés en la
6 lectura de Timeo. Y los mismos aspectos que acabo de citar hacen que los que han estudiado sus discursos y las partes excesivamente prolijas de ellos se conviertan en personas pueriles, en niños de escuela, y en falsarios.

---

203 Polibio va culminando su crítica negativa a Timeo: ahora pasa revista a sus admiradores, para refutarles con el tácito reconocimiento de su gran prestigio, del que se habló en la nota 133 y en la 200. Con todo, los admiradores de Timeo se dividen en dos clases: a) el vulgo, al que deslumbran sus recursos retóricos, la dureza de sus ataques, etc., y b) los sabios, a los que Timeo parece convencer. Contra estos últimos se dirige este capítulo.

204 Ésta es la traducción literal; WALBANK, *Commentary*, ad loc., interpreta: «que han hecho afirmaciones gratuitas sobre el mundo».

Causas de los defectos de Timeo: el historiador ideal

Pero la parte política[205] de la 27a
historia de Timeo adolece de los mismos defectos, la mayor parte de los cuales hemos tratado ya. Ahora aduciremos su causa. Qui- 2
zás a la mayoría de los hombres no le parezca apropiada, mas se verá que es la más fundada de las acusaciones que se puedan formular contra Timeo. Creo que éste 3
está dotado de una habilidad práctica[206] cuando se enfrenta con los temas y que ha redactado su historia con verdadero método[207]. Sin embargo, en ciertos pun- 4
tos no hay escritor famoso que evidencie más inexperiencia y descuido. Lo cual será evidente por lo que sigue.

La naturaleza nos ha provisto de dos instrumentos, 27
mediante los cuales sabemos muchas cosas y podemos averiguar otras, me refiero a la vista y a la audición; la vista es mucho más fidedigna, según el dicho de Heráclito[208]: los ojos son testigos más exactos que el oído. Pues bien: de estos dos caminos, Timeo escogió 2
el más agradable, aunque menos válido, de cara a la investigación. Prescindió totalmente del testimonio ocu- 3
lar y lo sustituyó por el del oído. E, incluso, dentro de éste se pueden discernir dos ramas, la que a través de los libros * * *[209] trastornó descuidadamente la inves-

[205] Aquí Polibio se refiere al contenido de la obra por oposición al fondo.

[206] PÉDECH, *Polybe...*, págs. 145 y sigs., interpreta, quizás con más cuidado: «espíritu científico».

[207] Aquí acepto en el cuerpo de la traducción la interpretación de Pédech, *l. c.*, «método»; Paton traduce «interés».

[208] LUCIANO DE SAMÓSATA (*Relatos verídicos* 29) atribuye la misma sentencia a Heródoto, pero el estilo es poco herodoteo, y todas las trazas de la sentencia hacen pensar en el filósofo efesio.

[209] Büttner-Wobst proponen rellenarla con un texto griego que significa: «rozó el interés y».

tigación oral, como ya hemos reseñado en partes ante-
4 riores. No es difícil adivinar la causa que le decidió a esta elección: el contenido de los libros puede ser investigado sin fatiga ni riesgo. Basta la precaución de buscar una ciudad que posea documentación abundan-
5 te o que tenga una biblioteca en las cercanías. Después uno puede tumbarse, recopilar así la materia investigada y comparar, sin molestia de ninguna clase, las tesis[210]
6 de los autores precedentes. La investigación personal, en cambio, exige muchos gastos y fatigas, pero es de
7 gran valor y una parte principal de la historia. Los propios investigadores lo dicen sin ambages. Éforo manifiesta que si pudiéramos ser testigos oculares de todo lo dicho, esta experiencia sería muy distinta de las otras.
8 Teopompo declara que el mejor expositor de temas bélicos es el que se ha encontrado en más batallas; y el más hábil en componer discursos, el que ha participa-
9 do más en debates políticos. Algo así ocurre en el arte de la medicina y en el de la navegación. El mismo Homero lo dijo, incluso con más énfasis que éstos. Cuando nos quiere hacer ver cómo es el hombre práctico, nos propone la figura de Ulises; habla más o menos como sigue:

Nómbrame, Musa, aquel hombre de tanto ingenio, que [mucho
erró...,

y más adelante:

vio las ciudades de muchos pueblos, su espíritu supo
y por el mar padeció dolores enormes en su alma[211],

---

210 Aquí hay una variante textual que significa: «las ignorancias», «los errores».

211 HOMERO, *Odisea* I 1.

y todavía:

contra hombres luchó, y contra el dañino oleaje[212].

Tengo para mí que la dignidad de la historia recla- 28
ma a un hombre como éste[213]. Platón declara que la 2
sociedad marchará bien cuando los filósofos reinen o
cuando los reyes filosofen. Yo, por mi parte, añadiría 3
que la historia funcionará bien cuando la escriban los
políticos y su dedicación a ella no les sea algo marginal,
como ahora[214]. Deben convencerse de que esto es una 4
tarea de las más necesarias y bellas, y exclusivamente
* * *[215] se entreguen a esta dedicación durante su vida,
o bien cuando los futuros historiadores piensen que la 5
experiencia política es algo indispensable en la historia. Si no se llega a esto, los errores de los historiadores
continuarán. Timeo no previó en absoluto nada de esto. 6
Durante toda su vida residió en un único sitio. Como si lo hiciera ex-profeso, rehusó intervenir en hechos bélicos o políticos y a la experiencia personal que dan viajes y visitas. No me explico cómo ha alcanzado la
fama y el prestigio de historiador. Es fácil demostrar 7
que él mismo está de acuerdo en que es un hombre así.
En la introducción a su libro sexto dice que algunos 8
suponen que el género literario de los discursos epidícticos[216] exige más condiciones, más trabajo y más pre-

---

212 HOMERO, *Od.* I 3-4.

213 El texto griego gana en gravedad. Polibio se aparta definitivamente de Timeo y de los demás historiadores, y nos presenta la historia como la ocupación capital de su vida, al lado de la cual sus servicios a Roma y a su ciudad natal son valiosos, pero secundarios.

214 Polibio piensa aquí en alguien concreto y determinado, que no podemos precisar.

215 Büttner-Wobst proponen, en su aparato crítico: «si se toman un verdadero interés» se entregarán...

216 O sea con argumentos políticos convincentes.

paración que el género histórico. Tal opinión, apunta
9 Timeo, ya la desaprobó Éforo, pero fue incapaz de re-
futar a los que la defendían, por lo que ahora él, Timeo,
intenta establecer una comparación entre la historia y
10 los discursos epidícticos. Este proceder de Timeo es
francamente absurdo y lo que dice de Éforo es falso.
Este autor, en efecto, maravilla en toda su obra por
su estilo, su distribución de los temas y la originalidad
de sus pensamientos. Es habilísimo en las digresiones
y en la emisión de sus juicios personales y, en fin, cuan-
do prolonga, donde sea, el tratamiento de una materia.
11 De modo que no fue por casualidad por lo que trató
de manera bella y convincente la comparación de his-
12 toriadores y logógrafos. Timeo, para evitar que alguien
crea que copia a Éforo, le atribuye cosas que no dice
y condena, al propio tiempo, a otros historiadores; su-
pone que nadie se dará cuenta de que repite, de ma-
nera prolija y confusa, y, desde luego, peor, lo que
otros habían ya expuesto correctamente.

28a Pretende alabar a la historia[217]; dice, en primer
lugar, que dista tanto de los discursos epidícticos como
distan entre sí las construcciones e instalaciones verda-
deras de los decorados del teatro, que representan pai-
2 sajes y escenas. En segundo lugar, declara que sólo
reunir los elementos precisos para la historia ya da
más trabajo que la redacción de un discurso epidíctico.
3 Dice de sí mismo que se ha fatigado y ha gastado tanto
para reunir los documentos de Asiria[218] y para inves-
tigar las costumbres de los ligures y de los galos, y
ahora de los iberos, que no espera que nadie se lo crea,

---

217 En este capítulo final del epitomador, Polibio muestra una maliciosa contradicción entre el estilo de Timeo y sus procedimientos oratorios, un paralelo, negado, entre historia y elocuencia.

218 El texto no es paleográficamente seguro: otros leen «de Cirno», otros «de Tiro»...

ni de él ni de otros que hagan afirmaciones similares.
Me hubiera gustado preguntarle, a Timeo, qué le parece 4
que requiere más gasto y sacrificio, si juntar libros
cómodamente sentado en su ciudad y averiguar, así,
las costumbres de los ligures y de los galos, o bien in-
tentar conocer personalmente el mayor número posible
de razas y de lugares[219]. También me hubiera agradado 5
inquirir de él qué le parece preferible, saber de asedios
y de batallas terrestres y navales por alguien que haya
participado en tales riesgos, o bien conocer por expe-
riencia propia estas penalidades con todo lo que en-
trañan. No creo que la diferencia existente entre los 6
edificios verdaderos y los representados en las pinturas,
la existente entre la historia y la logografía sea tan
grande como la que, en todos los libros, hay entre la
afirmación debida al trabajo y a la experiencia persona-
les y la debida a algo escrito de oído, que se ha reci-
bido de otros. El desconocedor de la historia es natural 7
que se imagine que para los investigadores es más duro
y penoso, precisamente, lo que es más fácil y hacedero,
me refiero a juntar libros y adquirir un saber leyendo
a los especialistas en cada tema. Pero es inevitable que 8
los que carecen de experiencia personal yerren en
muchos detalles. En efecto: ¿cómo será posible que
juzgue certeramente una batalla, ya sea naval, ya te-
rrestre, o un asedio, cómo podrá puntualizar ciertos
extremos el que ignore lo que cité más arriba? El in- 9
vestigador no tiene menos importancia que el narrador
en cuanto a la exposición, pues el recuerdo de las con-
diciones en las que se desarrollan los sucesos políticos
conduce al informador a precisar todos los detalles.
El hombre incompetente no sabe ni preguntar a los 10

[219] Con lo cual asegura que él lo ha hecho personalmente, y es la verdad.

testigos presenciales ni, en el caso de serlo él mismo, discernir lo que realmente ha sucedido. Si ha asistido al suceso, lo ha hecho de modo tal, que es como si no hubiera asistido.

LIBRO XIII

(FRAGMENTOS)

Los etolios[1]

Los etolios vivían en medio de guerras continuas[2], pero lujosamente, por lo que nadie se dio cuenta, ni tan siquiera ellos mismos, de que se iban cargando de deudas. 1
Así pues, aficionados como eran a introducir innovaciones en su propia constitución, nombraron legisladores a Dorímaco y a Escopas[3], 2
pues veían en ellos tendencias revolucionarias y sabían, además, que tenían invertidas sus fortunas en negocios privados. Éstos, pues, investidos de tal autoridad, redactaron las leyes. 3

---

1 Lo que se conserva de este libro es poco y muy inconexo, de manera que las dataciones son en parte difíciles. WALBANK, *Commentary*, ad loc., opina que esta referencia a los etolios debe fijarse en los años 206/5.

2 La referencia es básicamente a la Guerra Social (terminada con la paz de Naupacto en el 217 a. C.; para su episodio principal, la destrucción de Termo, cf. V 8-12.) Pero hay alusión también a la guerra macedonia primera (215-205 a. C.), en la que intervinieron Átalo I de Pérgamo y una serie de estados del Peloponeso enemigos de Macedonia, sobre todo Esparta. En esta guerra los etolios sufrieron un duro quebranto.

3 Personajes ya conocidos y que habían intervenido en la Guerra Social; para Dorímaco, cf. IV 3, 5-6; para Escopas, IV 5, 1.

1a Cuando Dorímaco y Escopas legislaban, Alejandro de Etolia[4] se oponía a las leyes que formulaban. Les demostraba con muchos argumentos que allí donde había brotado la semilla de tales leyes[5] no paraba de crecer hasta haber infligido un duro castigo a los mis-
2 mos que se regían por ellas. Les urgía, pues, que no se limitaran a considerar cómo, de momento, se sacudirían de encima la deuda, sino que atendieran también al futuro, pues resultaba absurdo que lucharan y dieran la vida por la seguridad de sus hijos, pero se negaran a deliberar sobre el porvenir.

2 Escopas, el legislador[6] etolio, cuando perdió la esperanza de obtener un cargo[7] por haber redactado las leyes, miró impaciente hacia Alejandría[8], pues abrigaba

[4] Las palabras «de Etolia» seguramente las ha añadido el epitomador; la referencia concreta debe de ser a Alejandro de Isio el ciudadano etolio más rico de aquellos tiempos, que, naturalmente, tenía ideas conservadoras. Volverá a salir más tarde, en XVIII 3, 1 y XXI 25, 11, 26, 9. De manera que no debe confundirse este personaje con el militar Alejandro de Etolia que penetra en la ciudad de Egira mediante una traición, y que muere en un certamen (IV 57-58).

[5] No sabemos la referencia exacta; si se refiere a la anulación de deudas, como parece probable, la tradición sería ya antigua; piénsese en que fue una de las medidas tomadas por el legislador ateniense Solón en el s. VI a. C.

[6] El texto griego aquí no es seguro; algunas fuentes leen: «el general», lectura que adoptan Büttner-Wobst, de la que se aparta esta traducción. Detrás de la variante textual hay un trasfondo de resentimiento (o no) contra los etolios.

[7] Seguramente esperaba su reelección como general en jefe de las tropas de la Liga Etolia. De todas formas, la traducción no es segura. WALBANK, *Commentary*, ad loc., propone, en otros términos, un sentido que se corresponde con el de esta traducción, pero Paton traduce: «when he fell from the office by power of which he ventured to draft these laws», versión que apunta a que las aspiraciones de Escopas serían otras. Walbank tilda expresamente de falsa esta traducción de Paton.

[8] Donde actuaría como general mercenario.

la esperanza de remediar, con bienes logrados allí, la pobreza de su vida y aun de colmar las ansias de lucro que tenía en su espíritu. No sabía que, así como a un 2
hidrópico ni le calma ni le cura la sed el suministro externo de líquidos[9], a no ser que se le restablezca la buena disposición corporal, de la misma manera resulta imposible colmar la pasión de poseer, si no se remedia con alguna razón la dolencia del alma; un ejemplo clarísimo lo da precisamente el hombre del que ahora me ocupo. Llegado ya a Alejandría, además de los ha- 3
beres de militar[10], que le correspondían por ser el general en jefe, el rey[11] le asignó una pensión diaria de diez minas, cuando los de graduación inferior cobraban sólo una. Pero ni esto le bastaba y deseaba siempre más, 4
igual que antes. Al final, resentidos contra él los mismos que le entregaban tanto dinero, perdió a la vez el oro y la vida[12].

---

9 Esta comparación entre el hidrópico y el avaro es un tópico esparcido, en tiempos de Polibio, entre griegos y romanos; cf. Walbank, *Commentary*, ad loc., y aun el refrán italiano actual: «l'avaro è come idropico: quanto più beve più ha sete». Sin embargo, ni el refrán ni la comparación parecen tener base médica.

10 Cf. Walbank, *Commentary*, ad loc. La traducción apuntada responde a la inglesa de Schuckburgh, pero Walbank rechaza tanto a éste como a la de Paton («el provecho que extraía cuando las tropas estaban en campaña») y propone como única versión posible para él: «como añadido al botín ganado en el campo de operaciones».

11 Ptolomeo Filopátor.

12 Sobre la muerte de Escopas, cf. XVIII 53, 1-55, 2.

3 *Heraclides sobornado contra los rodios*[13]

Filipo se dedicaba a estas ruindades. Nadie osará decir que son dignas de un rey, pero no falta quien afirma que, en la práctica, son necesarias debido a la maldad
2 que aflora por todas partes. Los antiguos[14] distaban mucho de estos sistemas. En efecto: les era tan extraña la idea de perjudicar a los amigos para acrecentar así sus dominios, que ni tan siquiera se avenían a triunfar
3 de los enemigos mediante engaños. Estaban convencidos de que no había victoria espléndida ni segura, si no se atacaba abiertamente al adversario y se le derro-
4 taba con coraje. Tanto es así, que convinieron en no usar, en las peleas de unos contra otros, ni armas secretas ni arrojadizas a distancia; consideraban que únicamente la lucha cuerpo a cuerpo, en formación cerrada,
5 podía dirimir verdaderamente las diferencias. Entre ellos había siempre una declaración previa de guerra; indicaban el tiempo en que pensaban trabar la batalla
6 y el lugar hacia el que salían en formación. Ahora, en cambio, se dice que es propio de un general inexperto
7 operar, en la guerra, a la vista de todos. Entre los romanos queda todavía una leve traza de aquella mentalidad antigua en lo referente a la guerra, pues la declaran, usan muy poco de emboscadas y luchan cuerpo a cuer-
8 po, en formación cerrada. He querido hacer estas re-

---

13 Estamos en la primera guerra macedonia, que acabó con el triunfo de Filipo V, quien derrotó a los etolios (206 a. C.; cf. XI 7, 2-3) y firmó victoriosamente la paz de Fénice con las restantes potencias peloponesias en el 205 a. C. Aquí Polibio se refiere a unos hechos que cronológicamente debería tratar más tarde; debido a lo poco que se posee de este libro, es difícil encajar estos textos, en los que quizás el autor se limite a exponer teorías y concepciones sobre la guerra.

14 Por descontado, los griegos, sin excluir, sin embargo, a los romanos. Tito Livio tiene textos muy paralelos a todo este cap. 3. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

flexiones a los gobernantes actuales, por su afán excesivo, comprobable en todas partes, de obrar arteramente tanto en la administración pública como en la dirección de las guerras.

Filipo ordenó a Heraclides[15], como si le encargara 4
un ejercicio[16], que meditara cómo podría dañar y des-
truir la armada rodia. Simultáneamente envió legados 2
a Creta con la orden de estimular a los cretenses e
incitarles a la guerra contra los rodios. Heraclides, que 3
era un hombre de cualidades innatas para el mal, creyó
que aquella orden le venía como bajada del cielo. Se
hizo una idea de lo que debía realizar, esperó algún
tiempo, zarpó y, tras la navegación correspondiente,
se presentó en Rodas. Este Heraclides era de linaje 4
tarentino. Había nacido en una vulgar familia de arte-
sanos y aventajaba en mucho a todos en la comisión
de locuras y delitos. Ya en su primera mocedad pros- 5
tituyó su cuerpo. Pero era astuto y poseía una memoria
tenaz; trataba desvergonzadamente y de modo que in-
fundía pánico a las gentes más humildes; en cambio,
con los poderosos, no había quien se comportara con
más adulación que él. Tiempo atrás había sido expul- 6
sado de su patria, porque recelaron que quería entregar
Tarento a los romanos. No es que Heraclides dispusiera
de fuerza política, pero era arquitecto y, con el pretexto
de ciertas reparaciones en la muralla, se había hecho
con las llaves de las puertas que conducían al interior.
Huyó y pidió asilo a los romanos, pero allí reincidió y, 7
desde Roma, enviaba mensajeros con cartas a Tarento
y a Aníbal. Descubierto en sus manejos, previó lo que
le iba a suceder y huyó de nuevo, esta vez a la corte de

[15] Debe de tratarse de Heraclides de Tarento, que había sido arquitecto y constructor de ingenios militares. De él se trata con más detalle en los caps. 6-8.

[16] Para que demostrara su talento. El término griego tiene reminiscencias escolares.

8 Filipo. En ella se ganó tanta confianza, adquirió tanta preponderancia, que quizás nadie más que él fue el causante de que se hundiera un imperio tan poderoso.

5 Los prítanes[17] desconfiaban de Filipo por su perversa conducta en Creta[18]. Entonces sospecharon que les había enviado a Heraclides para engañarles.

2 Éste entró y les explicó los motivos que le habían hecho desertar de Filipo[19].

3 «Filipo —dijo— hubiera pasado por todo, antes de que los rodios llegaran a conocer sus designios.» Esto libró a Heraclides de toda sospecha.

4 Creo que la naturaleza ha proclamado a los hombres que la Verdad[20] es la divinidad máxima y le ha atri-
5 buido el máximo poder. A veces la impugna todo el mundo y parece que los argumentos verosímiles estén a favor de la falsedad; sin embargo, no sé cómo logra
6 penetrar en las almas de los hombres. En ellas, o bien muestra al instante su vigor, o bien, tras permanecer oculta mucho tiempo, al final se impone por su fuerza y derrota a la mentira. Es lo que sucedió a Heraclides cuando llegó a Rodas de parte del rey Filipo.

7 Damocles, el hombre enviado en compañía de Pitión a espiar a los romanos, era un ministro muy hábil, de muchos recursos en el manejo de los problemas[21].

---

17 Los supremos magistrados de Rodas. Eran cuatro.

18 Filipo V había empujado a las ciudades cretenses a una guerra contra Rodas; era absurdo que ahora mandara un legado a la isla.

19 El texto de que disponemos es muy deficiente; sin embargo, vemos que Heraclides se presentó en Rodas fingiendo desertar de Filipo.

20 No sabemos cómo acabó concretamente este episodio, pero esta solemne apelación a la Verdad personificada hace pensar que terminaría mal para Heraclides.

21 No sabemos ni quiénes son estos personajes ni a quiénes se refieren.

Nabis, el tirano de Esparta

Nabis, tirano de los lacedemonios[22], hacía ya dos años[23] que detentaba el poder. No arriesgó ninguna empresa grande y decisiva, porque todavía era reciente el desastre de Macánidas[24] a manos de los aqueos, pero 6
2 ponía los cimientos de una tiranía larga y opresiva y la estructuraba. Exterminó a los supervivientes[25] de las
3 casas reales espartanas, desterró a los ciudadanos que sobresalían por su riqueza o por su nobleza ancestral y entregó sus esposas a los principales de sus adictos y a los mercenarios. Entre sus leales había asesinos,
4 ladrones, bandidos nocturnos[26] y escaladores de viviendas. Gentuzas de tal calaña se agrupaban asiduamente alrededor suyo, procedentes de todo el mundo, pues Nabis llamaba a aquellos que, por su impiedad y por su desprecio de las leyes, no podían pisar el suelo de su patria. Se convirtió en monarca y cabecilla de tales
5 desalmados, los hizo cortesanos y miembros de su guardia personal; era notorio que iba a establecer un gobierno prolongado y famoso por su impiedad. Y hay
6 todavía algo más. No tenía bastante con desterrar a

---

22 Nabis sucedió a Macánidas en el trono de Esparta en el año 207 (cf. XI 11, 1-18); fue hijo de Demárato y, quizás, perteneciera a la casa real de los Euripóntidas; Demárato se había refugiado en la corte persa de Darío I (HERÓDOTO, IV 67-70); aunque Polibio cite a Nabis sólo como tirano, en realidad fue rey de Esparta.

23 Estamos en el año 204 a. C.; la batalla de Mantinea fue el 207 a. C.; cf. XI 11, 1-18.

24 Polibio ha narrado minuciosamente su muerte en XI 11 ss.

25 Paton insinúa que el texto griego presenta aquí una laguna en la que se indicarían los nombres de los supervivientes.

26 Cf. VIII 9, 6-10; Polibio en este lugar critica a Teopompo, porque éste ha reprochado al rey Filipo II y a su corte tal como ahora él mismo presenta a la de Nabis. ¿Un fallo de memoria por parte de Polibio?

los ciudadanos; los exiliados no gozaban de seguridad
7 en ningún lugar, ningún refugio les era inviolable. El
tirano enviaba hombres que los asesinaran en los ca-
minos, ofrecía a otros la repatriación y, luego, los man-
8 daba matar. Finalmente, en las ciudades, hacía alquilar
por agentes suyos secretos las casas inmediatas a aque-
llas donde vivían los exiliados. Introducía en ellas cre-
tenses que perforaban los muros y disparaban sus arcos
a través de los agujeros; los desterrados morían dentro
de sus propias casas, unos, todavía levantados y, otros,
9 que ya dormían. Los infelices lacedemonios no tenían
ni lugar hacia donde huir ni momento en que su vida
estuviera a salvo: en su mayoría los mató Nabis de
esta manera.

7 Ideó también una máquina[27], si es que se le puede
2 aplicar este nombre. Se trataba de una efigie de mujer
recubierta de ricas vestiduras; tenía un gran parecido
3 con su propia esposa. Iba convocando regularmente a
4 los ciudadanos con el ánimo de sacarles dinero. Pri-
mero les dirigía amablemente un largo parlamento: se-
ñalaba el peligro que los aqueos significaban para la
ciudad y para el país, les hacía ver la gran cantidad de
mercenarios que sostenía con vistas a la seguridad y,
además, los gastos que implicaban las ceremonias reli-
5 giosas y los servicios de la comunidad. Si los convoca-
dos cedían ante estos argumentos, ello bastaba para sus
6 propósitos. Pero si alguno los negaba y rehusaba pagar
la suma impuesta, decía lo que sigue: «Seguramente
yo soy incapaz de persuadirte, pero me parece que ésta,
Apega[28], te convencerá.» Apega era el nombre de su es-
7 posa. Él decía esto y, al punto, aparecía la estatua de

27 WALBANK, *Commentary,* ad loc., apunta que todo este episodio de la mujer de bronce es apócrifo, es decir, falso.

28 Sabemos por otras fuentes que el verdadero nombre de la esposa de Nabis era Apia, hija de Aristipo II, tirano de Argos.

que hablé un poco más arriba. El déspota la cogía de la mano y la hacía levantarse de su asiento; ella abrazaba al hombre y, poco a poco, lo estrechaba contra su pecho. Por debajo de los vestidos tenía los brazos y los 8
antebrazos erizados de clavos metálicos e, igualmente, los pechos. Cuando había aplicado las manos de la esta- 9
tua a la espalda del hombre, Nabis, por medio de ciertos resortes, empujaba más a su víctima hacia los pechos de aquella escultura; la víctima, así oprimida, lanzaba gritos desgarradores. Aquel tirano mató de esta 10
manera a muchos que se habían negado a pagarle un tributo.

Durante su dominación, siempre se comportó así o 8
de modo parecido. Había hecho una sociedad con los 2
cretenses[29] para piratear por el mar y había esparcido por todo el Peloponeso despojadores de templos, ladrones y asesinos a su servicio; compartía con ellos las ganancias de sus correrías y les ofrecía la ciudad de Esparta como refugio y base de sus operaciones. Por 3
aquel entonces, unos huéspedes[30] beocios pasaban una temporada en Lacedemonia y animaron a un mozo de las cuadras de Nabis a que se fugara con ellos cogiendo un caballo blanco que parecía ser el de mejor casta que había en los establos del tirano. El mozo les hizo 4
caso y actuó según le habían dicho, pero los hombres de Nabis les persiguieron y les dieron alcance, a todos, en Megalópolis. Se llevaron, al punto, al caballo y al mozo, sin que nadie objetara nada. Pero luego quisieron detener también a los huéspedes. Los beocios pri- 5

[29] De todas formas, Polibio odiaba a los cretenses (cf. IV 53, 5; VIII 16, 4).

[30] Podría traducirse también por «forasteros», lo cual indicaría cierta diferencia: los «huéspedes» gozaban de ciertos derechos en la ciudad en que residían, aunque fuera temporalmente, los forasteros no. Pienso que Paton concreta excesivamente en su traducción: «soldados foráneos», es decir, mercenarios.

mero exigían ser conducidos a la presencia de los magistrados de Megalópolis. Sin embargo, nadie les hacía
6 caso, por lo que uno de ellos gritó: «¡Socorro!» Los nativos de la ciudad se juntaron allí a toda prisa y protestaron, ya que aquellos hombres debían ser realmente conducidos ante su tribunal. Los esbirros de Nabis se vieron obligados a soltar a sus prisioneros y a retirar-
7 se. Nabis hacía tiempo ya que buscaba pretextos para lanzar acusaciones y una excusa razonable para iniciar las hostilidades[31]. Se aferró a ésta y, al punto se apoderó de los rebaños de Proágoras y de otros. Y esto fue el principio de la guerra.

Antíoco en Arabia[32]

9 Catenia[33], en el golfo Pérsico, es el tercer distrito y pertenece a los gerreos: *Polibio, en el libro trece.* Por lo demás, Catenia tiene un suelo poco fértil, aunque posee aldeas y torres; ello se debe a la riqueza de los gerreos[34] que tienen allí sus cultivos. No está lejos del Mar Rojo.

2 La ciudad de Labe, igual que Sabe, está enclavada en Catenia: *Polibio en el libro trece.* Su gentilicio es «labeo», igual que «sabeo». Las dos ciudades pertenecen a la misma región, pues Catenia pertenece a la de los gerreos.

3 Los gerreos solicitaron del rey que no echara a perder lo que los dioses les habían otorgado, la libertad y

[31] Esta guerra entre Esparta y Megalópolis se explicará en el libro XXI, pero su operación inicial, el ataque de Nabis contra Mesene, en XVI 13, 1-3.

[32] Estamos en el año 205 a. C.

[33] No podemos identificar ni Labe ni Sabe, pero Catenia era el país de los gerreos, que vivían en la costa occidental del golfo Pérsico.

[34] Esta riqueza no se debe a los cultivos, naturalmente; quizás, a actividades comerciales.

una paz para siempre. El rey se hizo leer la carta por un intérprete y dijo que accedía a aquellas súplicas.

Él, personalmente, mandó respetar las tierras de 4
los caterios.

Los gerreos, así que vieron confirmada su libertad, 5
decretaron entregar a Antígono quinientos talentos de plata, mil de incienso y doscientos de aceite de cinamomo. El rey zarpó hacia la isla de Tile[35] y, desde allí, regresó a Seleucia con sus naves. Los perfumes se encontraban en el golfo Pérsico.

Fragmentos geográficos

Badiza[36], ciudad de Brucio: Polibio 10
en su libro trece. El gentilicio es badiceo.

Lampecia[37], ciudad de Brucio: Poli- 2
bio en su libro trece. El gentilicio es lampeciano, o bien lampeciota.

Melitusa[38], ciudad de Iliria: Polibio en su libro trece. El 3
gentilicio es melituseo o bien melitusio.

Ilatia[39], ciudad de Creta: Polibio, en el libro trece. El genti- 4
licio es ilatio.

Sibirto[40], ciudad de Creta. El gentilicio es sibirtio, como dice 5
Polibio en el libro trece.

Adrane[41], ciudad de Tracia. Debido a la eta que hay en medio 6
de la palabra, Polibio escribe Adrene, en su libro trece. El gentilicio es adrenita.

Llanura de Ares[42]. En Tracia hay una llanura desértica, que 7
tiene unos árboles que caen al suelo, según dice Polibio en el libro trece.

---

35 La actual isla de Bahrain.

36 De ubicación desconocida.

37 La actual Amantea.

38 De ubicación desconocida.

39 De ubicación desconocida.

40 Es la actual Sibrita, entre Gortina y Eleuterna, en la Creta central.

41 De ubicación desconocida.

42 De ubicación desconocida.

8 Dígeri[43], población de Tracia; Polibio, libro trece.

9 Cabile[44], ciudad de Tracia, no lejos del país de los astos. Polibio, en el libro trece. El gentilicio es cabileno.

10 Hay también Tamese[45], ciudad de Italia y nombre de un río. Polibio, en su libro primero, llama a la ciudad Temesia. El gentilicio es temeseo.

---

[43] Población situada en la orilla derecha del río Estrimón.

[44] Fue una colonia de Filipo II de Macedonia, al N. de la población actual de Slivno. Los astos vivían más al E. entre Perinto y Bizancio.

[45] Con algunas dudas, se puede situar esta ciudad al S. de Crotona.

LIBRO XIV

(FRAGMENTOS)

Del Prefacio[1]

Polibio dice de sí mismo y de exposición personal de sus libros[2]: Quizás es verdad que en todas las olimpíadas los resúmenes introductorios de los hechos excitan la curiosidad de los lectores, tanto por el número como por la envergadura de las gestas; las acciones de todo el mundo se ven como en una sinopsis. 1a
Pero yo creo que los sucesos de esta Olimpíada tendrán una fuerza peculiar para lograr esto. En primer lugar, fue durante ella cuando finalizaron las guerras[3] de Italia y de África: ¿quién no tendrá interés en saber cómo acabaron? 2
La naturaleza ha implantado en todos los hombres el interés por conocer el desenlace de los sucesos. Además, es precisamente en el momento final de las acciones cuando empiezan a verse las intencio- 3

---

1 Tenemos aquí el extracto de una *proékthesis* (cf. nota 2 del libro XI) en la que Polibio quiso llamar la atención de sus lectores sobre la importancia de los hechos ocurridos en la Olimpíada 144 (204-200 a. C.). Este libro XIV comprendía sólo los hechos del primer año de esta Olimpíada.

2 Estas palabras son del epitomador.

3 En realidad se trata de la tercera guerra púnica, que tuvo dos fases, la liquidación de la campaña cartaginesa en Italia y la campaña romana en África.

nes de los reyes[4], pues lo que antes se hacía con vistas a ellas, ahora todos lo entienden perfectamente, incluso
4 aquellos que no muestran la menor curiosidad. Y nosotros, que queremos describir las cosas según su importancia, no hemos incluido en un libro los hechos ocurridos durante dos años, que es lo que habíamos hecho en casos anteriores.

Escipión en África[5]

1 Los cónsules, pues, se ocupaban de estas acciones; Escipión, por
2 su parte, que estaba en África[6], supo durante el período de invierno que los cartagineses aparejaban una flota. Entonces él mismo se dedicó a tales preparativos, pero no por esto se despreocupó en lo
3 más mínimo del asedio de Útica. Le quedaban todavía esperanzas de ganarse a Sífax[7]; le enviaba insistentemente emisarios, porque los dos campamentos no estaban lejos. Confiaba poder sustraerle de su alianza
4 con los cartagineses. En efecto: el natural de los númidas les hace experimentar muy pronto hastío de lo que les había apasionado y rompen, con entera facilidad, la fe jurada a los dioses y a los hombres, por lo que Escipión no dejaba de pensar en la posibilidad de

---

[4] Aquí subyace una idea aristotélica que más tarde desarrollará la filosofía tomista ampliamente: *quod primum in intentione ultimun in executione.*

[5] Después de su victoriosa campaña española (206 a. C.), Escipión el Africano regresa a Roma para ser investido cónsul (205 a. C.), y luego se desplaza a Sicilia para preparar la fase africana de la última guerra contra Cartago. Los que liquidaron la actividad cartaginesa en Italia fueron los generales romanos Cneo Servilio Cepio y Cayo Servilio Gémino. Para más detalles, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

[6] Sobre el área de la campaña africana de Escipión el Africano, cf. WALBANK, *Commentary*, pág. 425, donde hay un mapa de la misma.

[7] Sobre este Sífax, cf. XI 24a, 4, donde se alude a una visita que le hizo Escipión el Africano.

que Sífax ya estuviera harto de la joven[8] por la que ha-
bía abrazado la causa de los cartagineses y, en suma,
de la amistad de éstos. Pero entonces preocupaban a 5
Escipión muchas cosas y sus perspectivas para el fu-
turo eran más bien inciertas. No se atrevía a dar una
batalla en campo abierto, porque la superioridad nu-
mérica del enemigo era notoria, pero pudo aprovechar-
se de la ocasión siguiente. Algunos hombres de los que 6
enviaba a Sífax le informaron de que los cartagineses
para la temporada de invierno se habían construido
tiendas de hojarasca y de madera, sin tierra; los nú- 7
midas que estaban allí desde el principio se las habían
construido con cañas, y los que precisamente entonces
habían sido trasladados allí desde los montes se las
habían construido sólo de hojarasca, algunos dentro
del foso y de la estacada, pero la mayoría fuera. Esci- 8
pión se convenció de que lo que menos se esperaba el
enemigo y lo que, por consiguiente, más le favorecería
a él era un asalto para incendiar el campamento rival.
Y dedicó todo su tiempo a planearlo. Sífax, en las em- 9
bajadas que enviaba a Escipión, sostenía invariable-
mente la tesis de que los cartagineses debían retirarse
de Italia y los romanos, a su vez, de África; en cuanto
a los territorios intermedios, cada parte debía retener
los que en aquel momento dominaba. Cuando Esci- 10
pión lo oyó, primero se hacía totalmente el sordo, pero
entonces, a través de sus emisarios, insinuó levemente
a Sífax que no era del todo imposible llegar a un acuer-
do sobre aquellas propuestas. El resultado natural fue 11
que el númida, incauto, permitió con más confianza
las idas de un campamento al otro. Desde entonces las 12
embajadas fueron más numerosas y frecuentes, y a

8 Sofonisba (o Sofoniba, pues hay cierta duda entre los autores), hija de Asdrúbal el de Gescón, que hizo la campaña de España y que, como veremos, derrotado en África por los romanos, logró refugiarse en su capital, Cartago.

veces llegaron a quedarse sin ningún reparo algunos
13 días en la acampada adversaria. En sus misiones, Escipión enviaba siempre, en compañía de los que eran propiamente los emisarios, algunos expertos e, incluso, algunos oficiales, disfrazados con andrajos o con vestidos pobres, propios de esclavos. Estos hombres debían espiar y observar, sin correr peligro, las rutas de aproximación y las entradas mismas de los dos[9] campa-
14 mentos. Porque éstos eran, efectivamente, dos: uno lo ocupaba Asdrúbal con treinta mil hombres de a pie y tres mil jinetes, y otro, a diez estadios de distancia de éste, era el de los númidas, que albergaba a diez
15 mil jinetes y cincuenta mil infantes. Este último era el de acceso más fácil y sus tiendas eran muy combustibles, pues, como apunté más arriba, estaban construidas sólo con cañas y juncos, sin troncos ni tierra.

2 Se acercaba el inicio de la primavera[10]. Escipión había explorado con todo detalle todo lo necesario para
2 el ataque, que ya señalé, contra el enemigo. Botó sus naves al agua y montó en ellas las máquinas de guerra,
3 fingiendo que quería asediar Útica por mar. Con unos dos mil hombres de infantería reconquistó la loma que estaba sobre la ciudad y la fortificó sin reparar en gas-
4 tos; también excavó un foso ante ella. Con todo esto quería desorientar al enemigo, haciéndole creer que operaba con vistas al asedio; su intención real, sin embargo, era protegerse en el momento del asalto[11].

---

[9] Sobre la situación de los dos campamentos, el romano, el de Sífax y el cartaginés, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

[10] Del año 203 a. C.

[11] Ésta parece ser la interpretación correcta del griego, pero no todos piensan así. WALBANK, *Commentary*, ad loc., apunta la posibilidad: «...era procurarse un retén grande de tropas», en otras palabras, Escipión se proponía no operar con todas sus fuerzas militares, sino dejar, durante el tiempo de la acción, fuerzas suficientes en el campamento que le cubrieran ante cualquier imprevisto.

En efecto, se proponía evitar que cuando sus legiones
hubieran dejado el campamento, los defensores de Útica se atrevieran a salir de su ciudad, atacaran la empalizada romana, que quedaba muy cerca, y envolvieran
a sus defensores. Al tiempo que disponía todo esto, 5
continuaba mandando emisarios a Sífax: fingía querer
informarse de si, en el caso de que él accediera a aquellas peticiones, también los cartagineses estarían en
las mismas: no fueran entonces a decir que querían
deliberar otra vez sobre lo ya acordado. Sus enviados 6
tenían la orden de no regresar hacia él antes de lograr
una respuesta respecto a este punto. Los emisarios ro- 7
manos llegaron al campo enemigo y, al oírles, Sífax se
convenció de que Escipión estaba realmente a favor
de un acuerdo; le había persuadido el hecho de que
los emisarios manifestaran que no se irían antes de
obtener contestación, así como el que les preocupara
la anuencia de los cartagineses. Sífax envió al punto 8
un hombre a Asdrúbal, a explicarle lo ocurrido y a pedirle que aceptara la paz. Él mismo ya no se tomó las
cosas tan en serio y permitió que los númidas que acababan de llegar continuaran plantando sus tiendas en
la parte exterior del foso. Aparentemente, Escipión 9
hacía lo mismo, pero en realidad culminaba ya todos
sus preparativos. Entretanto, los cartagineses hicieron 10
saber a Sífax que podía concluir aquel pacto; Sífax,
a su vez, exultante de alegría, lo transmitió a los emisarios, quienes regresaron al punto a su campamento
para informar a Escipión del estado de cosas en el campamento del rey. Así que el general romano se enteró, 11
remitió al punto otros emisarios a Sífax: debían exponerle que Escipión estaba realmente de acuerdo con
la paz y le interesaba llegar a ella, pero que los miembros de su consejo [12] no pensaban igual y defendían que

[12] Este consejo era sólo asesor, sin ningún poder decisorio.

12 debía mantenerse la situación de entonces. Los hombres encargados de esta misión se presentaron inmediatamente a Sífax y le pusieron al corriente de todo.
13 Escipión efectuó este segundo envío para evitar dar la impresión de que rompía una tregua, si emprendía alguna operación bélica cuando duraban todavía las
14 negociaciones para un entendimiento. Pensaba que, una vez hecha esta declaración, cualquier cosa que llevara a cabo ya no era susceptible de ningún tipo de reproche.

3 Sífax, al oírlo, lo llevó muy a mal, porque se había hecho a la idea de que la paz era ya una realidad; se fue al encuentro de Asdrúbal para explicarle lo que le
2 habían comunicado de parte de los romanos. Ambos se veían en un apuro y deliberaron largamente acerca de cómo debían proceder desde entonces. La verdad es que en sus reflexiones y en sus planes erraron totalmente
3 acerca de lo que iba a suceder. Ni tan siquiera se les ocurrió tomar precauciones o pensar en un posible desastre; sus impulsos y su coraje les apremiaban a hacer
4 algo, a provocar al enemigo en un lugar llano. Entonces por sus preparativos y por las órdenes que daba, Escipión hizo creer a la mayoría de sus propios hom-
5 bres que la operación se dirigiría contra Útica. Pero un mediodía llamó a los tribunos militares que le eran más adictos, pues los juzgaba también los más indicados, y les reveló su plan. Les mandó que, al anochecer, hicieran tomar el rancho pronto a las legiones y que las hicieran salir del campamento cuando, según costumbre, los trompeteros dieran su señal al unísono[13].

Su composición no era fija: incluía, sin embargo, a los tribunos militares. Cf. XI 26, 2; XV 1, 6; XXVII 8, 6.

[13] Se refiere al toque de retreta. Al oírlo, normalmente el enemigo debía de creer que los romanos se retiraban a descansar. En sí, el toque era un aviso para que los centinelas se situaran en sus puestos.

Efectivamente, entre los romanos es habitual que, pa- 6
sado el tiempo de la cena, todos los trompeteros y los
cornetas, situados junto a la tienda del general, den
la señal a la vez, para situar allí donde corresponda a
los centinelas nocturnos. Luego reunió a los espías que 7
había enviado a los campamentos enemigos para exa-
minar y comprobar lo que le decían acerca de una posi-
ble aproximación al campo rival y acerca de la disposi-
ción de sus entradas. Masinisa[14], que conocía muy bien
aquellos lugares, le servía de consejero asesor.

Cuando lo tuvo todo ya dispuesto para la operación 4
inminente, Escipión dejó en el campamento una guarni-
ción idónea de hombres aptos para defenderlo; él tomó
el mando de las fuerzas y avanzó al tiempo que acababa
la primera vigilia; los enemigos distaban unos sesenta
estadios. Se aproximó a ellos al acabar la tercera vi- 2
gilia. Puso la mitad de las tropas al mando de Cayo
Lelio y de Masinisa, y además todos los númidas, con
la orden de atacar el campamento de Sífax. Exhortó a 3
todos a ser hombres valientes y a no hacer nada al azar.
Sabían muy bien que, en el mismo grado en que la
oscuridad obstaculiza y priva de la visión, debían com-
pensar sus efectos, en el asalto nocturno, mediante la
audacia y la habilidad. Él mismo se puso al frente del 4
resto del ejército y se lanzó contra Asdrúbal. Había
calculado, sin embargo, no intervenir hasta que Lelio
hubiera pegado fuego al campamento adversario. Lelio, 5
que, naturalmente, tenía esta intención, hacía la progre-
sión al paso. Sus hombres se habían dividido en dos
grupos, que arremetieron simultáneamente contra el
enemigo. Ya dije antes que aquellas tiendas estaban 6
hechas como ex profeso para arder; así que los de van-
guardia aplicaron el fuego, éste prendió en las primeras
cabañas y el desastre se hizo al punto irremediable,

14 Sobre Masinisa, cf. IX 25, 4.

tanto debido a la contigüidad de los pabellones como
porque, además, había allí mucha madera acumulada.
7 Lelio y sus hombres se habían quedado a la expecta-
tiva y aguardaban; Masinisa, que conocía bien el terre-
no, había apostado a sus soldados en el lugar por el que
intuía que se retirarían los que huirían del fuego.
8 Ningún númida llegó a sospechar lo que ocurría, ni tan
siquiera Sífax. Pensaban que el incendio de la empaliza-
9 da había sido fortuito y salían a toda prisa de las tien-
das sin recelar nada; unos ya se habían dormido y
10 otros andaban todavía borrachos y bebiendo. En su
mayoría perecieron aplastados por sus propios com-
pañeros cuando intentaban salir a través de la empali-
zada; muchos también murieron abrasados, atrapados
por las llamas. Los que consiguieron escapar del fuego
dieron de frente con el enemigo y sucumbieron sin saber
ni lo que hacían ni lo que les pasaba.

5 Los cartagineses veían la extensión del fuego y la
altitud de las llamas. Creídos también de que la empa-
lizada de los númidas se había incendiado fortuita-
mente, algunos acudieron al punto a prestar ayuda.
2 Todos los demás salieron a toda prisa de su acampada
y se quedaron delante de ella de pie, y sin armas, ató-
3 nitos ante lo sucedido. A Escipión las cosas le salían
a pedir de boca. Cayó sobre los que habían salido, mató
a unos, acosó a los restantes y pegó fuego a las tiendas.
4 Con esto, el fuego y las circunstancias causaron a los
cartagineses el mismo desastre[15] que reseñé de los nú-
5 midas. Asdrúbal desistió inmediatamente de intentar
sofocar el incendio, pues por lo que ocurría conoció que
el fuego del campo de los númidas no era fortuito, como
al principio habían creído, sino que aquella calamidad
6 era causada por planes muy audaces del enemigo. Bus-
caron inmediatamente la salvación, aunque les quedaban

---

15 Es decir, un desastre total.

pocas esperanzas. El fuego se había propagado con ex- 7
traordinaria rapidez y todo ardía ya por los cuatro
costados; los caminos estaban atestados de caballos,
de acémilas y de hombres, unos medio desmayados y
con el cuerpo cubierto de graves quemaduras, otros
como atontados y sin saber lo que se hacían. La situa- 8
ción era tal que los que acabo de enumerar obstaculiza-
ban a los que querían hacer un esfuerzo supremo: la
confusión y el revoltijo convertían su salvación en más
que problemática. La situación de Sífax y de sus ofi- 9
ciales no era distinta. Con todo, él y Asdrúbal, seguidos
por unos pocos jinetes, consiguieron salvarse. Los hom- 10
bres, las acémilas y los caballos restantes, que se con-
taban por millares, perecieron de manera desventurada
y miserable. Algunos de estos hombres, que habían 11
logrado eludir la virulencia del fuego, perecieron, llenos
de oprobio y de vergüenza, sin armas e, incluso, sin
vestidos, a mano del enemigo. En una palabra, todo el 12
paraje estaba lleno de lamentos, de gritos, de un clamor
desconcertante, de miedo, de un fragor pavoroso, de
un gran incendio de llamas devoradoras [16], cosas de las 13
cuales una sola sería suficiente para horrorizar la na-
turaleza humana, y mucho más esta mezcla inopinada
de tales elementos. Lo que allí sucedió ningún mortal 14
podría describirlo ni aun en el caso de que echara mano
de todo su poder de exageración [17]... ¡Tanto excedía en
atrocidad a todos los sucesos ya descritos! Escipión, 15
ciertamente, llevó a cabo muchas y preclaras hazañas,
pero ésta me parece la más espléndida y extraordinaria
de las que realizó [18].

---

16 Polibio se deja aquí arrastrar por un sensacionalismo retórico que él, normalmente, rechaza.

17 La traducción de Paton: «it is impossible to compare what happened with any other disaster», tiene poca base en el texto griego.

18 Este entusiasmo polibiano es difícilmente conciliable con

6 Así que apuntó el día, muertos ya gran parte de los enemigos y huidos los restantes sin orden ni concierto, Escipión arengó a sus tribunos para que se lanzaran a
2 la persecución de los supervivientes. Al principio los cartagineses se quedaron donde estaban, a pesar de haberles sido anunciada la proximidad del enemigo: habían depositado su confianza en las fortificaciones
3 de la ciudad[19]. Pero, luego que vieron sublevarse a los nativos, alarmados por la incursión de Escipión, huyeron, jefes y supervivientes a la vez. Eran alrededor de quinientos jinetes y unos dos mil hombres de a pie.
4 Los nativos acordaron unánimemente entregarse a los
5 romanos. Escipión les perdonó la vida, pero concedió a sus soldados saquear dos ciudades cercanas. Luego se retiró con sus hombres al primer campamento, del cual había salido.

6 Los cartagineses quedaron consternados por lo sucedido: les había salido al revés lo que esperaban según
7 sus primeros cálculos. En efecto, creían ser ellos los que iban a asediar a los romanos, envolviéndoles en una punta que hay al este de Útica. Los de Roma habían pasado el invierno allí y los cartagineses proyectaban aislarles, por tierra, con su ejército y, por mar, con su
8 flota. Habían hecho ya todos los preparativos, pero ahora, de manera absurda e ilógica, se habían visto obligados a ceder al enemigo el dominio del campo abierto y, además, esperaban que de un momento a otro su propia ciudad corriera grave peligro; estaban

---

lo que, en XIII 3, se dice acerca del uso de argucias y de engaños en la guerra.

[19] «De la ciudad», como algo sabido. Seguramente sabríamos de qué población se trata si poseyéramos la narración íntegra. Ésta es una de las deficiencias de la actividad del epitomador. Sobre la dificultad de la identificación de la ciudad, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc., lugar que debe extenderse a las «dos ciudades» que saldrán inmediatamente.

alarmados y llenos de pánico. Con todo, la situación 9
les forzaba a tomar precauciones y a deliberar sobre el
futuro. Se reunieron en una asamblea llena de perple-
jidad y de las proposiciones más diversas y disparata-
das. Unos afirmaban que era absolutamente impres- 10
cindible enviar emisarios a Aníbal con la orden de que
regresara de Italia, porque la única esperanza que les
quedaba se cifraba en este general y en el ejército de
que disponía. Otros sostenían que debía enviarse una 11
delegación a Escipión para pedir el cese de las hostili-
dades y tratar del fin de la guerra y de formalizar una
alianza, otros, todavía, decían que la situación no era
tan desesperada: que se reclutaran tropas y que se ro-
gara a Sífax que acudiera. Éste se había retirado a una 12
ciudad cercana, Abba[20], donde había reagrupado a los
que lograron escapar de la tragedia. Al final se impuso
este parecer. Los cartagineses, pues, enviaron a Asdrú- 13
bal a reclutar hombres y despacharon mensajeros a
Sífax con el ruego de que les socorriera. Le pedían que
permaneciera fiel a sus compromisos de antes y le ase-
guraban que muy pronto se le uniría su general con las
tropas.

Entretanto, el general romano no descuidaba el ase- 7
dio de Útica. Pero cuando supo que Sífax seguía fiel
a los cartagineses y que éstos volvían a reclutar un
ejército, se puso al frente de sus hombres y acampó
delante de la ciudad[21]. Hizo un reparto del botín[22] y 2

---

[20] Tito Livio, narra lo mismo, llama a la ciudad Obba; parece ser la actual Henchir Chouégui, al NO. de Tebourba. Cf. Walbank, *Commentary*, ad loe.

[21] La ciudad innominada de la nota 19.

[22] Walbank, *Commentary*, ad loe., supone aquí una laguna reconocida también por los editores, y otra, tras «los mercaderes» (en el texto griego, tras «despidió»). Walbank supone las lagunas, porque no ve clara la causa que mueve a Escipión a echar de su campamento a los mercaderes. Y sugiere dos posi-

3 despidió a los mercaderes con muchas riquezas. La
victoria obtenida sugería una bella esperanza para el
desenlace final y, así, los soldados estimaron en poco
la ganancia de aquel momento, que cedieron a los co-
merciantes.

4 El rey de los númidas y su corte primero habían
5 decidido continuar la retirada hacia su país, pero a la
altura de Abba se encontraron con los celtíberos, que
se habían hecho mercenarios de los cartagineses; eran
más de cuatro mil. Los númidas, confiados en este re-
6 fuerzo se detuvieron y cobraron algún ánimo. Además,
aquella muchacha de la que dije más arriba que era
hija del general Asdrúbal y mujer de Sífax pedía con
insistencia a su marido que no abandonara a los carta-
gineses en aquella situación crítica. El númida se dejó
7 convencer y atendió a tales súplicas. Estos celtíberos
contribuyeron no poco a levantar la moral de los carta-
gineses: eran cuatro mil, y dijeron que eran diez mil
y, además, aseguraron que en la batalla eran verdadera-
mente invencibles, tanto por su presencia de ánimo
8 como por su armamento. Los cartagineses, alentados
por esta fama y por la chismorrería vulgar del pueblo,
redoblaron su coraje para librar una segunda batalla
9 campal. Finalmente, al cabo de treinta días, plantaron
su campamento en la llamada Llanura Grande[23], al
lado de los númidas y de los celtíberos. El conjunto
constaba de no menos de treinta mil hombres.

8 La noticia de todo esto llegó al campamento de los
romanos[24]. Escipión se aprestó inmediatamente a salir
con las legiones. Mandó lo que debían hacer a los que

bilidades: porque sus ganancias rozan ya lo excesivo, o bien porque le incomodaran por algo que no llegamos a descubrir.

23 Es la llanura llamada actualmente Souk el Kremis, sobre el río Megierda. Para más detalles geográficos, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

24 Fuera de Útica.

proseguían el asedio de Útica, y también a sus fuerzas
navales, y él partió con el resto de su ejército dispuesto
en orden de marcha rápida. Tras cinco jornadas llegó 2
a la Llanura Grande, se aproximó al enemigo y acampó
encima de una loma, a unos treinta estadios de distan-
cia del adversario. Al día siguiente descendió hasta la 3
llanura, puso la caballería al frente de su formación y
acampó a siete estadios del enemigo. Ambos bandos 4
permanecieron dos días en esta situación; se tanteaban
mutuamente con pequeñas escaramuzas. Pero, al cabo
de tres jornadas, los dos generales hicieron salir a sus
fuerzas con la idea de trabar la batalla y formaron a
sus hombres. Escipión, según el uso romano[25], colocó 5
al frente los manípulos de los *hastati,* detrás de ellos
a los *principes;* cerraban su formación los *triarii.* Situó 6
a su caballería italiana en el ala derecha, y la númida,
con Masinisa al frente, en la izquierda. Sífax y Asdrúbal 7
colocaron a los celtíberos en el centro de su formación,
opuestos a los manípulos romanos; los númidas[26] ocu-
paban el ala izquierda, y los cartagineses la derecha.
A la primera arremetida los númidas de Asdrúbal ce- 8
dieron ante la caballería italiana y los cartagineses
huyeron ante los númidas de Masinisa; las derrotas
anteriores habían quebrado su coraje. Los celtíberos, 9
en cambio, lucharon bravamente contra los romanos.
Si huían no podían esperar salvarse, ya que desconocían
el país, y tampoco, si caían prisioneros vivos, pues ha-
bían traicionado a Escipión. En las operaciones de Es- 10
paña éste les había tratado amigablemente, y ellos ahora,
de modo absolutamente injusto, faltaron a su palabra
y comparecieron aquí para aliarse con los cartagineses.
Pero, así que cedieron las alas, los *principes* y los 11
triarii envolvieron a estos celtíberos y los aniquilaron;

---

25 Cf. IV 21, 7-8; XI 23, 1; XV 7, 9; XVIII 30, 5-11.

26 En ambos bandos luchaban africanos.

12 sólo se salvaron unos pocos. Así fue como perecieron,
no sin prestar un gran servicio a los cartagineses, no
13 sólo en la batalla, sino también en la huida. En efecto:
si los romanos no hubiesen tropezado con tal obstáculo
y hubieran podido perseguir en el acto a los que se es-
capaban, muy pocos contrarios hubieran logrado eva-
14 dirse. Pero, por la retención que supusieron los celtí-
beros, Sífax pudo retirarse cómodamente, con su caba-
llería, hacia su país y Asdrúbal, a Cartago con los
cartagineses supervivientes.

9 El general romano, luego que hubo dispuesto lo
conveniente acerca del botín y de los prisioneros, con-
vocó a su consejo para deliberar qué se debía hacer
2 en adelante. Decidieron que Escipión no se moviera
del país y que hiciera correrías por las ciudades con
una parte de las tropas romanas; Lelio y Masinisa
cogerían el resto de las legiones y saldrían en persecu-
ción de Sífax, sin darle tiempo de rehacerse y preparar-
3 se. Los generales, pues, determinaron esto y se separa-
ron; unos se lanzaron contra Sífax, con las tropas ya
4 señaladas, y Escipión, contra las ciudades. Unas se pasa-
ron voluntariamente a los romanos por miedo; las res-
5 tantes, éstos las asediaron y las forzaron al asalto. Pero
todo el país era propenso a un cambio [27], pues las cala-
midades eran continuas y, además, se les exigía mucho
dinero [28], porque la guerra de España era inacabable.
6 En Cartago ya antes reinaba una gran confusión,
pero ahora se hizo todavía mayor: parecía que tras el
segundo desastre ya estaba todo perdido y que los
7 cartagineses ya no tenían confianza en sí mismos. Sin
embargo, los consejeros que parecían más valientes
dijeron que la flota cartaginesa debía dirigirse, al punto,

[27] El griego dice exactamente esto, pero WALBANK, *Commentary*, ad loe., interpreta: «a las revueltas».

[28] Por parte de los cartagineses.

contra los que sitiaban Útica, para intentar levantar el sitio, y que, además, se debía librar una batalla naval contra el enemigo, que no estaba preparado para ella.
Exigían también que se enviaran legados a Aníbal para 8
que regresara y que, sin la menor dilación, se tanteara también esta esperanza, pues, en la medida en que podían ser juzgadas razonablemente, ambas medidas
ofrecían buenas oportunidades de salvación. No faltó 9
quien objetara que ya no era tiempo de tales empresas: lo que se debía hacer era fortificar la ciudad y prepararse para un asedio. Sólo si se mantenían unidos, dijeron, tendrían más tarde ocasión de realizar gestas
preclaras. Éstos aconsejaban también deliberar sobre 10
una posible paz y sobre el modo y las condiciones en que se librarían de los males presentes. Todas estas propuestas se debatieron mucho y, al final, se tomaron todas en consideración[29].

Asumidas en firme estas decisiones, los que debían **10**
navegar hacia Italia se dirigieron directamente del edificio del Consejo al mar. El almirante se dirigió a la flota y los restantes proveyeron para la seguridad de la ciudad; las deliberaciones con vistas a ella eran continuas.

Escipión tenía el campamento repleto de botín, ya 2
que nadie le ofrecía resistencia: todo el mundo cedía a sus ataques. Entonces decidió remitir la mayor parte
de los despojos al primer campamento; él tomaría el 3
mando del ejército aligerado, conquistaría las defensas que están junto a la ciudad de Túnez y acamparía a la vista de los cartagineses: creía que de este modo los

[29] Sin excluir el tratar de una posible paz, naturalmente. Esto se ve por el principio del libro XV. Polibio debía de tratar minuciosamente una embajada cartaginesa que se dirigió primero a Túnez y, luego, a Roma para indagar en qué condiciones Roma se avendría a una paz, pero el epitomador ha suprimido totalmente estas secciones.

4 alarmaría y les infundiría el máximo pavor. Los de
Cartago, al cabo de pocos días, ya tenían las dotaciones
y sus pagas prestas en las naves y se disponían a eje-
cutar sus planes, cuando Escipión se presentó en Túnez
y la tomó, pues sus defensores huyeron ante aquella
5 incursión. Túnez dista de Cartago unos ciento veinte
estadios[30] y es visible desde casi todos los puntos de
esta ciudad; se distingue de ella porque dispone de
defensas construidas, además de las naturales, como
6 consignamos en otro lugar[31]. Las naves cartaginesas
zarparon cuando los romanos acababan de acampar;
7 habían puesto rumbo a Útica. Cuando comprobó la
navegación de los adversarios, Escipión temió que a
su propia flota le pasara algo desagradable y perdió la
calma: sus fuerzas navales no sospechaban nada y no
8 estaban preparadas. Levantó inmediatamente el campo
9 y corrió a apoyar a los suyos. Encontró a sus naves
ponteadas preparadas para transportar y mover hacia
adelante las máquinas bélicas propias para un asedio
y, en general, para operar en él; en cambio, su disposi-
ción para un combate naval era nula; la flota rival, por
el contrario, se había ejercitado durante todo el invier-
10 no. De modo que Escipión rechazó la idea de choque
naval; hizo fondear sus naves ponteadas y las rodeó
con las naves de carga, alineadas a tres o cuatro de
11 profundidad. Abatió los mástiles y las antenas, que su-
12 jetó fuertemente a las embarcaciones. Entre una y
otra de las naves ponteadas dejaba un pequeño espacio
por el que pudieran entrar y salir los botes.

---

30 Cf. I 30, 15; 67, 13.

31 Cf. I 30, 15.

Ptolomeo Filopátor, rey de Egipto

Polibio, en el libro catorce, dice que 11
Filón adulaba a Agatocles[32], hijo de
Enantes y compañero del rey Ptolo-
meo Filopátor.

Polibio, en el libro catorce de sus 2
Historias, cuenta que en Alejandría había muchas estatuas de
Cleino, la joven que servía el vino a Ptolomeo Filadelfo: la re-
presentaban vestida con sólo la túnica y con la copa en la mano.
«¿Las casas más insignes —comenta— no se adornan con los 3
nombres de Mnesis, de Potine o de Mirte? Y ello a pesar de que 4
Mnesis y Potine fueron flautistas y Mirte, una meretriz pública.
El rey Ptolomeo Filopátor estuvo subyugado por la hetera Aga- 5
toclea, que llegó a hundirle el imperio.»

Quizás algunos lectores se extrañen porque, si bien 12
hemos tratado los hechos sucesivos de cada año separa-
damente, al redactar la historia de Egipto damos de una
vez sucesos que se extienden por un período de tiempo
más considerable[33]. Queremos que se sepan las razones 2
que más nos han inducido a ello. El rey Ptolomeo Filo- 3
pátor, de quien aquí se trata, cuando hubo liquidado
la guerra de Celesiria, abandonó totalmente la práctica
de las virtudes y se lanzó a la vida depravada que re-
señamos un poco más arriba[34]. Más tarde, las circuns- 4
tancias le obligaron a entrar en la guerra que ahora
nos ocupa[35], pero si exceptuamos la ferocidad y la vio-

---

32 Tirano de Egipto que protagoniza el dramático final del libro XV. Quizás hubiera sido, de adolescente, paje de Ptolomeo Filopátor.

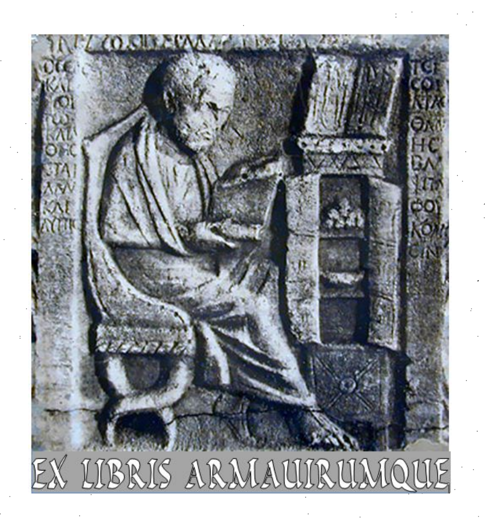
33 Polibio justifica por qué no lo ha tratado con el método analístico.

34 Cf. 11, 1-5. Pero los vicios de Ptolomeo Filopátor, Polibio ya los había señalado en V 34, 4; 35, 6; 37, 10; 40, 1; 87, 3, 7.

35 Por los cortes del epitomador no sabemos de qué guerra se trata; quizás se trate de la revuelta que, como veremos en el libro próximo, acabará con la tiranía de Agatocles; estas turbulencias habían empezado en la región del Delta. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

lencia con que ambos bandos se trataron mutuamente, en ella no hubo batalla campal, ni naval, ni asedio ni cualquier otra cosa digna de mención. De modo que creímos que la exposición sería más fácil tanto para mí, el autor, como para los lectores, si no incluía dentro de un año multitud de temas pequeños y de nula relevancia, sino que ofrecía, por así decir, un perfil del rey y de sus costumbres [36].

[36] WALBANK, *Commentary*, ad loc., propone: «como si se tratara de una pintura unificada».



LIBRO XV

(FRAGMENTOS)

África: Escipión derrota a Aníbal y pone fin a la guerra[1]

Como los cartagineses habían 1
capturado las naves de transporte romanas y una enorme cantidad de aprovisionamientos, Escipión estaba dolido no sólo porque los romanos habían perdido esos aprovisionamientos, sino también porque el enemigo disponía en abundancia de lo necesario. Sin embargo, le pesaba aún más 2
el hecho de que los cartagineses hubieran transgredido los juramentos y los pactos, y que de nuevo suscitaran otra guerra. Eligió inmediatamente como legados a 3
Lucio Sergio, a Cayo Babio y a Lucio Fabio, y los mandó al encuentro de los cartagineses, a tratar de lo sucedido y a que pusieran en claro que el pueblo romano había ratificado los pactos. En efecto, Escipión acababa 4
de recibir un comunicado en el que se le anunciaba lo dicho. Los legados se presentaron en Cartago. Primero 5
acudieron al Senado[2] y luego fueron conducidos a la asamblea del pueblo; en ambas ocasiones hablaron con franqueza sobre las circunstancias de entonces.

1 Estamos en el año 203 a. C.

2 Sobre la organización política cartaginesa, cf. I 21, 6 y la amplia nota de WALBANK, *Commentary*, I, *ad loc.*

6 Empezaron recordándoles que los legados cartagineses que se presentaron en Túnez y que fueron recibidos por el consejo[3] no se limitaron a libar a los dioses y a besar la tierra en signo de adoración, que es lo que
7 habitualmente hacen los demás hombres; aquéllos se echaron humildemente al suelo y besaron los pies de los miembros del consejo[4]; después se levantaron y se acusaron a sí mismos de haber roto los primeros pactos
8 entre romanos y cartagineses. Afirmaron que eran muy conscientes de que merecían cualquier cosa que les hicieran los romanos, pero pedían, por la Fortuna[5], que es común a todos los hombres, que no les infirieran un daño irremediable: su propia mala voluntad
9 sería en el futuro prueba de la nobleza de Roma. Los legados de Escipión continuaron diciendo que su general y los que habían asistido a aquella sesión del consejo quedaron asombrados: ¿en qué podían creer los cartagineses que olvidaran sus palabras anteriores y se atrevieran a tener por nulos pactos y juramentos?
10 La cosa era bastante clara: se atrevían a comportarse de aquel modo porque creían en Aníbal[6] y en las fuerzas que habían llegado con él. Sin embargo, sus cálcu-
11 los eran erróneos: todo el mundo sabía muy bien que en los dos últimos años Aníbal y sus tropas en Italia fueron expulsados de todas partes y se vieron reducidos a los territorios de Lacinio, donde, si bien no se vie-

---

3 El Consejo militar de Escipión el Africano. Cf. nota 12 del libro XIV.

4 Tito Livio dice lo mismo; nota, sin embargo, que el gesto no era sincero, sino de adulación. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

5 Es evidente que aquí la Fortuna está individualizada y divinizada. En II 4, 5, se dice que ante ella todos los hombres son vulnerables.

6 Por estas palabras vemos claro que, en este momento, Aníbal ya había abandonado Italia y se hallaba en África. Estamos en las postrimerías del año 203 a. C.

ron asediados en el sentido estricto del término, sí se vieron rodeados de un modo tal que a duras penas
lograron salvarse y presentarse allí. Y aun en el caso 12
de que hubieran comparecido victoriosos, lo lógico hubiera sido una expectativa ante un futuro incierto y no pensar sólo en la victoria: «También en la derrota —dijeron—, pues los romanos ya os hemos vencido en
dos batallas consecutivas[7]. Si perdéis otra vez —pre- 13
guntaron los legados romanos—, ¿a qué dioses suplicaréis? ¿Qué palabras usaréis para atraer sobre vuestras desgracias la misericordia de los vencedores? Lo lógico es que desechéis toda esperanza: ni los dioses ni los hombres os harán caso, ante vuestra perversa impiedad.»

Tras pronunciar estas palabras, los legados romanos 2
se retiraron de la curia. Algunos cartagineses, cierta- 2
mente, defendían que se respetaran los acuerdos, pero la mayoría de los políticos y de los que intervenían en aquel consejo[8] estaban descontentos de las condiciones estipuladas en los pactos. Habían tolerado a duras penas la franqueza de los romanos y, además, no se avenían en modo alguno a perder las naves atracadas en su puerto y el aprovisionamiento que transportaban.
Pero, por encima de todo, abrigaban no pequeñas, sino 3
grandes esperanzas de vencer gracias a Aníbal y a sus
hombres. La asamblea[9] decidió despachar a los legados 4
sin respuesta, pero los líderes políticos, resueltos a en-

---

7 Libradas en territorio africano; se prescinde de todo lo anterior, la batalla de la Torre de Agatocles, al SO. de Útica, que Polibio debió de narrar, pero que el epitomador ha suprimido (la refiere Tito Livio, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.), y la de la Llanura Grande, narrada en XIV 8.

8 Ésta es la traducción exacta del texto griego; WALBANK, *Commentary*, ad loc., interpreta, de manera algo más concisa: «los políticos principales y los miembros del Consejo».

9 Cartaginesa, como órgano supremo de decisión.

cender de nuevo la guerra fuera como fuera, se reunie-
5 ron y maquinaron el plan que sigue: dijeron que era preciso cuidar de la seguridad de los enviados romanos, para que llegaran incólumes a su propio campamento.
6 Y aprestaron al punto dos trirremes de escolta, que enviaron al mando de Asdrúbal[10]. Éste había recibido, además, la orden de disponer unos navíos no lejos del campamento romano[11]. Cuando los de la escolta dejaran la nave romana, ésta debía ser atacada y hundida
7 por los otros, para que los emisarios murieran. La flota cartaginesa[12] estaba estacionada en la costa, muy
8 cerca de Útica. Los líderes políticos, pues, dieron tales órdenes a Asdrúbal y despacharon a los enviados romanos, no sin antes advertir a los capitanes de las trirremes que cuando hubieran rebasado la desembocadura del río Macra[13] dejaran a los emisarios roma-
9 nos en aquel punto: ya navegarían solos. Desde el lugar
10 citado se avistaba ya el campamento romano. Cuando, según las órdenes recibidas, los de la escolta rebasaron la boca del río, saludaron a los romanos y pusie-
11 ron rumbo a la ciudad. Lucio no sospechaba nada malo, pero creyó que la escolta les había abandonado
12 por negligencia y se indignó. Mas así que navegaron solos, los cartagineses avanzaron súbitamente contra ellos con tres trirremes y atacaron la nave romana. No lograron abrir un boquete en ella, pues les esquivaba, ni pudieron saltar a su cubierta, pues la tripulación se
13 defendía bravamente. Pero, al fin, se llegó al abordaje

10 El hijo de Gescón, al que se alude en la nota 8 del libro XIV.

11 WALBANK, *Commentary*, ad loc., insinúa que se trataba del punto de la costa tunecina llamado actualmente Rusucmon; cf. III 22, 5.

12 Prácticamente intacta, porque no había combatido desde hacía mucho tiempo; los romanos debían de temerla.

13 El actual río Bagradas.

y los cartagineses, que luchaban en círculo, herían a
los marineros, muchos de los cuales murieron. La tri- 14
pulación romana, al ver que sus compañeros que fo-
rrajeaban cerca del mar acudían a prestar socorro,
corriendo desde el campamento a la playa, echó la nave
a tierra, que perdió allí a la mayoría de sus marineros, 15
pero los emisarios se salvaron por puro milagro.

Tras estos sucesos la guerra recomenzó, y de una 3
manera más implacable y más feroz que antes. Para 2
los romanos, convencidos de que habían sido traiciona-
dos, era cosa de amor propio vencer a los cartagineses;
éstos, por su parte, consideraban lo que habían come-
tido y estaban dispuestos a todo para no caer bajo el
enemigo. Siendo ésta la disposición de ambos bandos, 3
era evidente que la situación debería dirimirse por una
batalla, lo cual motivó que no sólo los habitantes de 4
Italia y de África, sino también los de España, Sicilia
y Cerdeña quedaran pasmados y como en suspenso, a
la expectativa del resultado[14].

Por aquel entonces, Aníbal[15] andaba escaso de caba- 5
llería. Envió un mensaje a un númida llamado Tiqueo,
pariente de Sífax, que poseía los caballos más fogosos
de África, al menos según la opinión general. Aníbal 6
solicitaba de él que les socorriera y que no dejara pasar
la ocasión. Debía ser muy consciente de que si los car-
tagineses salían victoriosos, él podría retener su impe-
rio, pero si eran los romanos los que triunfaban, peli-
graría incluso su vida: Masinisa era hombre ávido de 7
gobierno. Tiqueo, convencido por aquellas reflexiones,
se alió con Aníbal; aportaba un contingente de dos mil
jinetes.

---

[14] En efecto, en el lance se jugaba la suerte del Mediterráneo occidental. Polibio ha sabido indicarlo muy finamente.

[15] Estaba en Hadrumeto, ciudad costera de la región africana de Bizancio, al S. del golfo de Túnez. La noticia nos viene dada por otras fuentes; cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

4 Por su parte, Escipión aseguró totalmente la flota,
dejó a Bebio como lugarteniente suyo y se puso a re-
2 correr personalmente las ciudades. Ya no aceptaba la
sumisión de las que se le entregaban voluntariamente,
sino que las saqueaba a todas por la violencia; no ocul-
taba a nadie el furor que le atizaba contra el enemigo,
3 debido a la perfidia de los cartagineses. Además, en-
viaba con insistencia emisarios a Masinisa[16]: le expo-
nía el modo como los cartagineses habían violado las
treguas, le pedía que reclutara un ejército lo más nu-
meroso posible y que se le juntara así que pudiera.
4 Ya señalé antes[17] que Masinisa, cuando se concluyeron
las treguas, marchó con sus tropas y tomó consigo,
además, diez unidades entre caballería e infantería,
procedentes de las legiones romanas. Escipión le cedió
también unos legados para que, mediante la ayuda de
Roma, no sólo volviera a instalarse en el imperio de
su padre, sino que, además, se hiciera con el de Sífax[18].
Que es lo que realmente sucedió.
5 Por aquellos mismos días llegaron de Roma unos
enviados[19], que fondearon su nave junto a la empaliza-
6 da que los romanos habían plantado en el mar. Bebio
los remitió inmediatamente a Escipión, pero, en cambio,
retuvo a unos legados cartagineses cuyo estado de ánimo
era de gran abatimiento, pues creían que corrían el
7 máximo peligro. Conocedores del delito cometido contra
los emisarios romanos, tenían por seguro que los roma-

16 Masinisa se dedicaba ahora a ocupar efectivamente los territorios que habían pertenecido a Sífax, y tardaba en responder a los mensajes. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

17 En un lugar no transcrito por el epitomador.

18 O sea que Masinisa juntó dos imperios, el suyo propio (o de los masilios) y el de los masasilios. Cf. III 15.

19 Probablemente, los *fetiales*, enviados para corroborar definitivamente la paz con Cartago. Sobre sus cometidos y atribuciones, básicamente religiosas, cf. *The Oxford Classical Dictionary*, 2.ª ed., 1972, págs. 435-6.

nos se vengarían en ellos. Escipión supo por los recién 8
llegados que el senado y el pueblo de Roma habían
ratificado sin reparos la tregua pactada con él por los
cartagineses, y que estaban dispuestos a acceder a los
demás requerimientos; todo esto le llenó de alegría.
En cuanto a los cartagineses allí presentes, ordenó a 9
Bebio que les tratara humanamente y que les mandara
a su patria [20], hermosa y prudente decisión, por lo menos
en cuanto se me alcanza. Pensó que su patria estimaba 10
en más la lealtad hacia unos enviados y reflexionó, en
su fuero interno, no tanto sobre lo que merecían sufrir
los cartagineses como sobre lo que debían hacer los
romanos. Por eso ahogó su cólera y la amargura que 11
le habían producido los hechos y procuró emular, según
dice el refrán [21], las obras gloriosas de los padres. Así 12
se impuso Escipión al espíritu de los habitantes de
Cartago sin excepción, incluido el mismo Aníbal, pues
con su entereza de carácter superó la locura de ellos.

Los cartagineses contemplaban cómo sus ciudades 5
eran devastadas, y enviaban mensajes a Aníbal pidiéndole
que no perdiera tiempo, que se aproximara al
enemigo y que dirimiera las diferencias en una batalla.
Al oírlos contestó a los allí presentes que dejaran esto 2
y que se preocuparan de otras cosas: «el momento oportuno
surgirá por sí mismo.» Al cabo de unos días le- 3
vantó su campo, situado en la región de Hadrumeto,
avanzó y acampó junto a Zama [22], que es una ciudad

---

20 El buen corazón de los romanos en Polibio es un tópico que sale bastantes veces; está formulado en términos generales en XII 14, 3.

21 Más que ante un refrán, parece que estamos ante la cita de un poeta, sin lograr, sin embargo, dar exactamente con ella. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

22 Primera mención de esta ciudad, junto a la cual no se dio la batalla del mismo nombre, a pesar de venir denominada según ella. Tal batalla se libró en los finales del año 202 a. C., y significó el fin definitivo de Cartago. Para los numerosos problemas

que dista de Cartago cinco días de camino en dirección
4 oeste. Desde allí envió a tres espías, pues pretendía
averiguar dónde había acampado Escipión y cómo ha-
5 bía dispuesto el campamento. Pero estos hombres fue-
ron capturados y conducidos a la presencia del general
romano. Escipión distó tanto de torturar a los prisio-
neros, lo cual es la costumbre de los otros generales,
que hizo todo lo contrario: puso a su servicio un oficial
y le mandó que, sin engaño, les enseñara todo el cam-
6 pamento. Esto se llevó a cabo y, entonces, Escipión
preguntó a aquellos hombres si el oficial encargado ha-
7 bía puesto interés en mostrárselo todo. Ante su res-
puesta afirmativa, les dio un viático y una escolta y los
envió con el ruego de que explicaran con detalle a
8 Aníbal cómo habían sido tratados [23]. Tras el regreso de
los espías, Aníbal se maravilló de la magnanimidad y de
la audacia de Escipión, y no sé cómo entró en él la
comezón y el afán de entablar tratos con aquel hombre.
9 Decidido a esto, le mandó un heraldo, a decirle que
10 quería negociar con él el conjunto de la situación. Al
oír al heraldo, Escipión asintió a lo que se le pedía y
dijo que enviaría un hombre a Aníbal para indicarle
11 el lugar y el tiempo de la entrevista. Tras escuchar tal

de todo tipo que la batalla presenta, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc., donde hay una discusión detallada de todos ellos. Digamos sólo que Aníbal tenía su campamento en Zama, pero la batalla se debió de librar en una llanura no lejos de Hadrumeto. Zama (el nombre entero era Zama Regia), estaba situada tierra adentro, casi a la misma latitud que Hadrumeto. Zama tenía, un poco al S., una colonia a la que había dado su nombre, pero parece que Aníbal acampó junto a la ciudad.

23 En este libro XV, Polibio se dio claramente a lo novelesco, no en el sentido de escribir falsedades, sino de novelar lo histórico. El estilo del griego es ciertamente distinto, lo cual debe repercutir en la traducción. En cuanto a este episodio, recuerda fuertemente al que se lee en HERÓDOTO, VII 146, 7; aquí Jerjes trata humanitariamente a unos emisarios griegos apresados.

respuesta, el heraldo cartaginés regresó, al punto, a su
propio campamento. Al día siguiente llegó allí Masinisa 12
con unos seis mil soldados de a pie y alrededor de
cuatro mil jinetes. Escipión le recibió muy cordialmen- 13
te; estaba satisfecho de que hubiera sometido a los
antiguos súbditos de Sífax. Levantó el campo y llegó 14
a las proximidades de la ciudad de Márgaro[24], donde
acampó. Escogió este lugar, entre otras cosas, porque
era estratégico y tenía agua a la distancia de un tiro
de jabalina.

Desde allí envió un emisario al general cartaginés, 6
para notificarle que estaba dispuesto a entablar con-
versaciones con él. Al saberlo, Aníbal levantó el campo 2
y se aproximó a los romanos; plantó sus reales a no
más de treinta estadios de ellos, en una loma que, aten-
didas las circunstancias, parecía ser adecuada. Sin em-
bargo, tenía el agua algo más lejos; por lo que hace a
ella, aquí los cartagineses sufrieron duras penalidades.
Un día después, los dos generales salieron de sus cam- 3
pamentos, con la escolta de unos pocos jinetes. Se
separaron, incluso, de éstos y ellos se llegaron al cen-
tro, acompañados sólo de sus intérpretes[25]. Se saludaron 4
y Aníbal, el primero, empezó a decir: «Yo hubiera
querido que ni los romanos hubieran codiciado nunca
algo fuera de Italia, ni los cartagineses nada fuera de
África. Para ambas potencias son éstos los más her- 5
mosos dominios, delimitados, por decirlo así, por la

24 El verdadero nombre de esta ciudad es muy discutido y, por consiguiente, también su ubicación. Cf. el largo comentario de WALBANK, *Commentary*, págs. 446-447, acerca de la situación de Zama y de los otros topónimos, y también, más brevemente, *ad loc.*

25 Sobre esta entrevista no se puede decir nada en claro acerca de si se celebró; bastantes comentaristas de Polibio no creen en ella. Como sea, Aníbal habla aquí como un hombre de estado y militar de mucha experiencia, y Escipión, como un aristócrata romano.

6 naturaleza. Pero empezamos por disputarnos Sicilia y nos hicimos la guerra, luego vino la de España y, al final, como si la fortuna nos hubiera quitado el juicio, hemos llegado al punto de que a vosotros, tiempo atrás, os peligró la propia patria; la de éstos peligra ahora.
7 Pero todavía podemos hacer algo, si lo logramos: roguemos a los dioses y resolvamos la enemistad presente.
8 Yo estoy dispuesto a ello, pues sé, por experiencia tomada de los mismos hechos, cuán voluble es la fortuna: con un leve impulso produce un vaivén enorme, como si jugara con niños de pecho.

7 »Mucho me preocupa, oh Escipión —prosiguió— que tú, por tu juventud, porque todo te ha salido a pedir de boca, tanto en España como en África, y porque nunca, al menos hasta hoy, la fortuna te ha forzado a retroceder, ahora desatiendas mis palabras, que,
2 con todo, son muy creíbles. Considera las cosas a la luz de un solo ejemplo, ejemplo no tomado de tiempos
3 remotos, sino de nuestra propia época. Sí: yo soy aquel famoso Aníbal que después de la batalla de Cannas me adueñé de casi toda Italia. Poco tiempo después llegué a las mismas puertas de Roma, acampé a cuarenta estadios de la ciudad y ya deliberaba qué debería hacer de
4 vosotros y del suelo de vuestra patria. En cambio ahora estoy aquí, en África, contigo, que eres romano, para tratar de mi salvación y de la de los cartagineses.
5 Te exhorto a que consideres esto y no te ensoberbezcas: reflexiona humanamente sobre las circunstancias actuales[26]. Lo cual equivale a elegir de los bienes, el máxi-
6 mo, y de los males, al contrario, el mínimo. Si es sensato, ¿quién elegiría lanzarse a un peligro como el que ahora se cierne sobre ti? Si triunfas, no añadirás gran cosa ni a tu gloria personal ni a la de tu patria; si

---

26 Es decir, sobre la veleidad de la fortuna. Es la constante de Polibio.

eres derrotado, borrarás de golpe, por culpa tuya, todas
tus grandes gestas de antes. ¿Hacia qué apunta todo 7
mi discurso? Que queden sometidos a Roma todos los
territorios por los que peleamos, es decir, Sicilia, Cer-
deña y España; que sean también dominio de Roma
las islas que hay entre Italia y África[27]. Estoy seguro 8
de que un pacto en estas condiciones será la garantía
de futuro más segura para los cartagineses, y para ti
y para los romanos constituirá la máxima gloria.»

Éstas fueron las palabras de Aníbal. Y tal fue la 8
réplica de Escipión: «Resulta claro y notorio que no
fueron los romanos, sino los cartagineses los culpables
de la guerra de Sicilia y de la de España. Y el que 2
mejor lo sabe eres tú mismo, Aníbal, aunque también
dieron fe de ello los dioses, que concedieron la victoria
no a los agresores injustos, sino a los que les repelían.
Conozco no menos que cualquiera los vuelcos de la for- 3
tuna y, en cuanto depende de mí, tomo en considera-
ción la incertidumbre de las cosas humanas. Si te hu- 4
bieras retirado de Italia y hubieras propuesto esta
solución antes de que los romanos pasáramos al África,
creo que tu esperanza no se hubiera visto defraudada.
Pero tú te retiraste de Italia muy a tu pesar; nosotros 5
hemos cruzado el mar hasta el África y nos hemos adue-
ñado del campo abierto; es evidente que la situación
ha experimentado un cambio profundo. Y lo principal: 6
¿para qué hemos venido? Derrotados tus conciudada-
nos, a petición suya suscribimos unos pactos grabados,
en los que, además de lo que tú has mencionado, cons- 7
taba que los cartagineses nos restituirían los prisione-
ros romanos sin rescate alguno, que nos cederían las

---

27 Aníbal ofrece bastante menos de lo aceptado por el senado cartaginés antes de la ruptura de la tregua, seguramente porque confía en sus fuerzas; con sus propuestas, África quedaba a merced de los cartagineses, y con ella, los aliados de Roma africanos. Escipión no podía aceptar esta propuesta.

naves ponteadas, que nos abonarían quince mil talentos
8 y que nos darían rehenes en fianza de todo esto. Así
fueron las condiciones bajo las que pactamos, de común
acuerdo. Y ambos bandos enviamos emisarios a la asam-
blea y al senado de Roma: nosotros para confirmar la
ratificación de este pacto, y vosotros para rogar que
9 fuera aceptado en los términos establecidos. El senado
se mostró conforme y la asamblea popular lo corroboró.
Pero, una vez tuvieron lo que pedían, los cartagineses
10 lo despreciaron y nos hicieron traición[28]. ¿Qué solu-
11 ción nos queda? Ponte en mi situación y dilo tú. ¿Vamos
a suprimir las condiciones más onerosas de entre las
estipuladas? Esto sería premiar a tus conciudadanos
por su perfidia y enseñarles a continuar traicionando
a sus bienhechores. ¿O bien debemos esperar que si
alcanzan lo que pretenden nos demostrarán su grati-
12 tud? ¡Pero si tras pedir y lograr lo que nos rogaban,
así que depositaron en ti una mínima esperanza, ya
13 nos han tratado como rivales y adversarios! Si ahora
añadiéramos alguna condición todavía más onerosa, po-
dríamos proponerla a la asamblea de Roma para su
aprobación; si suprimiéramos algo de lo estipulado, no
tendría ningún sentido comunicar esta entrevista a
14 Roma. ¿Cómo debo concluir mis palabras? O bien
poned vuestra patria y vuestras personas a nuestra dis-
posición, o vencednos en la batalla.»
9 Tras este diálogo, Aníbal y Escipión se separaron;
2 habían convertido la concordia en inviable. Así que al-
boreó el día siguiente, ambos generales hicieron salir
a sus ejércitos de los respectivos campamentos y se
trabó la batalla. Los cartagineses luchaban por su sal-
vación y por el dominio de África; los romanos, para

[28] Una alusión despreciativa a la *punica fides*, tan famosa entre los antiguos.

hacerse con el imperio universal[29]. ¿Habrá alguien que 3
no se emocione al leer la descripción de este choque?
No se podrían encontrar tropas más belicosas ni gene- 4
rales que hubieran tenido más éxitos, y que, por con-
siguiente, se hubieran adiestrado mejor en el arte de
la guerra; tampoco se hallarían trofeos mayores, pro-
puestos por la fortuna, que los establecidos entonces.
En efecto, los que salieran vencedores de la lucha no 5
se adueñarían sólo de África o de Europa, sino de todas
las partes del universo de las que el hombre tiene no-
ticia. Esto sucedió muy poco después.

Escipión dispuso sus tropas de la manera siguien- 6
te[30]: al frente colocó los *hastati,* separados sus maní- 7
pulos por intervalos regulares. Detrás de estos seguían
los *principes,* pero Escipión no dispuso sus manípulos
en el orden habitual entre los romanos, es decir, de
cara a los espacios libres que dejan los manípulos de
los *hastati,* sino en columna detrás de éstos, pero a
cierta distancia; los situó así, porque el enemigo dis-
ponía de gran número de elefantes. Cerraban la forma-
ción los *triarii.* Confió el mando del ala izquierda a 8
Cayo Lelio, que acaudillaba la caballería romana, y el
del ala derecha a Masinisa, con todos los númidas que
estaban a sus órdenes. En los espacios que dejaban 9
libres los manípulos de primera línea colocó secciones
de *velites.* Precisamente a éstos, les mandó iniciar el
combate. Si la embestida de los elefantes les obligaba 10
a retroceder, los hombres que pudieran correr debían
enfilar directamente los espacios libres que quedaban
entre los manípulos, hasta situarse detrás de toda la
formación; los que se vieran acorralados por las fieras

---

29 Polibio, efectivamente, creía que, superados los cartagineses, los romanos se harían fácilmente con el imperio del mundo entonces conocido. Esto se ve inmediatamente.

30 Sobre el dispositivo inicial romano para la batalla, cf. WALBANK, *Commentary,* ad loc.

debían dirigirse a los espacios libres laterales que quedaban entre los estandartes.

10 Dispuesta ya su formación, recorrió sus tropas, y las arengó brevemente, pero con palabras adecuadas
2 a aquella circunstancia. Les rogaba que «recordaran las batallas pretéritas, que fueran hombres valientes, a la altura de sí mismos y de la patria. Debían poner ante sus ojos que si derrotaban al enemigo no sólo se convertirían en dueños inamovibles de África, sino que se aseguraríian para sí y para su país la hegemonía, el do-
3 minio indisputado de todo el resto del universo. Ahora bien, si la batalla tenía otro desenlace, los que cayeran valientemente en ella dispondrían del sudario más hermoso, la muerte por la patria; los supervivientes, en cambio, vivirían ya de por vida de la manera más ver-
4 gonzosa y miserable. En África no hay lugar capaz de ofrecer seguridad a unos fugitivos: caerán en manos de los cartagineses, y entonces, si lo piensan bien, es muy claro lo que les va a pasar, cosa —añadió— que
5 no quisiera que experimentarais. Ahora que la fortuna nos ha propuesto los máximos trofeos para la vida y para la muerte, ¿podríamos convertirnos en los más innobles y, digámoslo de una vez, en los más necios de
6 los hombres, al dejar, por amor a la vida, los máximos bienes y preferir los máximos daños?[31]. Por ello, os ruego que os propongáis dos cosas, o vencer o morir.
7 Y que avancéis con las filas apretadas contra el enemigo. Los hombres animados por este espíritu, que acuden a la batalla con menosprecio de su vida, vencerán siempre, sin la menor duda, a sus oponentes.» Y ésta fue la exhortación de Escipión a los suyos.

[31] Idea tópica. También se presenta en JUVENAL, *Sát.* VIII 88:
Summum crede nefas animam praeferre pudori
et propter vitam vivendi perdere causas.

Aníbal colocó a sus elefantes, que eran más de ochen- 11
ta, delante de todo su ejército, a continuación a los mercenarios, unos doce mil en números redondos. Estos mercenarios eran ligures, galos, baleares y marusios[32].
Detrás de éstos situó a los nativos, cartagineses y afri- 2
canos[33]; cerraban la formación los italiotas que había llevado consigo, separados más de un estadio de los
delanteros[34]. Con su caballería aseguró las alas. Em- 3
plazó a la izquierda a los aliados númidas, y a la de-
recha la caballería cartaginesa. Ordenó a los jefes que 4
cada uno arengara a sus propios soldados[35]: debían depositar en él sus esperanzas de victoria, y también
en el ejército que se había traído de Italia. En cuanto 5
a los cartagineses, intimó a sus oficiales que les enumeraran lo que iba a ocurrir a sus mujeres e hijos, que se lo pusieran a la vista, si la batalla no tenía el desenlace que ellos querían. Y todos cumplieron lo
mandado. Él, por su parte, iba recorriendo las filas 6
de los que habían llegado con él[36] y les pedía insistentemente, les apremiaba para que recordaran la camaradería que les ligaba desde hacía diecisiete años. No debían olvidar tampoco el gran número de choques, ya pretéritos, contra los romanos, que tenían en su
haber. En ellos jamás habían sido derrotados: la es- 7
peranza de vencer a los romanos, dijo, no les abando-
nó jamás. Ante todo, les conminó a que, dejando aparte 8

32 Marusios: la palabra es transliteración exacta del griego; Walbank, *Commentary*, ad loc., y Paton traducen por «moros», y Walbank especifica: «procedentes de Marruecos».

33 Procedentes del ejército de Asdrúbal.

34 El objeto de esta separación debía de ser mantener frescas estas tropas, las más aguerridas, sin combatir, para hacerlas entrar en la brega cuando los romanos estuvieran ya fatigados. Así lo explica Walbank, *Commentary*, ad loc.

35 Porque el ejército cartaginés se componía de hombres de idiomas diferentes.

36 A sus veteranos de las guerras de Italia.

batallas parciales e innumerables victorias, colocaran ante sus ojos la batalla librada junto al río Trebia[37] contra el padre del que actualmente mandaba a los romanos; igualmente, la batalla dada en Etruria contra Flaminio[38] y, todavía, la de Cannas[39] contra Emilio.
9 Pero ninguna de las tres podía compararse con la actual ni por el número de hombres ni por el coraje de
10 los combatientes. Y mientras decía esto les hacía mirar fijamente la formación de los enemigos: no es que fueran menos, es que eran una mínima fracción del número de hombres que antes les habían combatido. Y en cuanto
11 al valor, no había punto de comparación, porque los romanos de las batallas citadas habían luchado contra ellos con su vigor íntegro y sin conocer derrotas anteriores; éstos de ahora son descendientes de aquéllos, las sobras de los derrotados en Italia, que habían huido
12 de ellos muchas veces. Estimaba, pues, preciso que no destruyeran ni su fama ni su gloria, ni tampoco las de su general. Debían luchar denodadamente para reafirmar la fama, extendida ya por todas partes, de que eran invencibles.

13 Y en esto consistieron las arengas de los dos generales.

12 Cuando en ambos bandos estuvo todo dispuesto para la batalla, hacía ya un buen rato que las caballerías númidas se habían enzarzado en escaramuzas; entonces Aníbal ordenó a los guías de los elefantes que ata-
2 caran al enemigo. El toque de trompetas y de cornetas resonó por todas partes, y esto hizo que algunos elefantes se asustaran y arremetieran hacia atrás, contra los númidas del bando cartaginés[40]; esto, junto con

---

37 Cf. III 71-74.

38 La batalla del lago Trasimeno; cf. III 83-85, 6.

39 Es el momento culminante de la gloria militar de Aníbal; cf. III 107-117.

40 Los editores Büttner-Wobst y Paton señalan aquí una la-

el ataque de Masinisa, hizo que pronto el ala izquierda de Aníbal desapareciera. Pero las bestias restantes se 3 abalanzaron contra los *velites* romanos en el terreno que mediaba entre ambas formaciones. Aunque sufrieron muchas heridas, causaron grandes estragos en las filas adversarias. Mas al fin también estos elefantes se 4 desbocaron: unos se internaron entre las filas romanas, por los huecos que la previsión de Escipión había abierto; no dañaron en nada a los de Roma. Los otros huyeron hacia la derecha, donde la caballería romana, que estaba a la expectativa, les recibió a tiros de jabalina; estos elefantes se escaparon hacia el campo abierto. Lelio observó la confusión causada por las bestias, atacó 5 y obligó a huir desordenadamente a la caballería cartaginesa. Se lanzó bravamente a perseguirla y Masinisa 6 hizo otro tanto. Al tiempo que ocurría esto, las falanges 7 romana y cartaginesa, que avanzaban al paso, pero vigorosamente, se dirigían una contra otra, a excepción de los hombres que acompañaban a Aníbal desde Italia; éstos permanecían en el lugar que se les asignó al principio. Cuando ya estaban a punto de establecer 8 contacto, los romanos gritaron el «alalá» y golpearon los escudos con sus espadas, según la costumbre ancestral. Y arremetieron contra el enemigo. Los mercenarios 9 de los cartagineses alzaron un vocerío mezclado y confuso, ya que, según el poeta[41], no era igual ni su voz ni su son:

...la voz no era una sola:
llamados de muchas partes, cada cual tenía su lengua,

como indiqué algo más arriba.

---

guna, porque sintácticamente el griego de las fuentes textuales es inconexo. A pesar de todo, el sentido es nítido. Por eso, no se señala la laguna en la traducción.

[41] Es una cita de HOMERO, pero contaminadas, es decir, en uno se funden dos lugares distintos de sus poemas: *Ilíada* IV 437 y II 804 (este último, en paralelo con *Odisea* XIX 175).

13 Por fin vinieron a las manos y se luchaba cuerpo a
cuerpo; los combatientes no usaban ni espadas ni lan-
zas [42]. Al principio los mercenarios cartagineses llevaban
la mejor parte, por su agilidad y por su audacia; hirie-
2 ron a muchos romanos. Los de Roma, sin embargo,
fiados en su armamento y en su formación, superior,
3 continuaban su progresión; les seguían y animaban los
hombres que tenían detrás; en cambio, los cartagine-
ses no se acercaban a sus mercenarios, ni les apoyaban,
4 antes bien, se acobardaron en su ánimo. Al final, los
bárbaros cedieron y, convencidos de que los suyos les
habían abandonado claramente, arremetieron contra
5 los que tenían a sus espaldas y los mataron. Esto fue
ocasión de que muchos cartagineses murieran heroica-
mente, pues atacados por los mercenarios, debieron
luchar, contra su voluntad, con los romanos y con sus
6 propios camaradas. Se batieron como posesos, de una
manera extraordinaria; mataron a muchos romanos y
7 a muchos compañeros suyos. En esta pugna embistie-
ron desordenadamente la formación de los *hastati*. Los
oficiales de los *principes*, al ver lo que ocurría, ataca-
8 ron con sus manípulos. Y allí sucumbieron los mer-
cenarios y la mayor parte de los cartagineses, unos a
manos de los *hastati*, y otros en la lucha intestina.
9 Aníbal no permitió que los que se salvaron y huyeron
se mezclaran con su contingente; ordenó a los hombres
de las líneas exteriores que, lanza en ristre, rechazaran
10 a los que les venían. Éstos se vieron forzados a reti-

---

[42] El texto es inseguro, no en las fuentes, pero la extrañeza del sentido hizo que Büttner-Wobst y Paton atetizaran esta frase; los romanos lucharían sólo con armas muy cortas, verosímilmente con puñales, y protegiéndose con sus escudos. WALBANK, *Commentary*, ad loc., propone una ligera modificación del texto griego, según la cual el sentido sería que los combatientes no usaban lanzas, sino espadas.

rarse por las alas hacia el campo abierto que tenían a ambos lados.

14 El espacio intermedio entre los dos ejércitos estaba lleno de sangre y de cadáveres, de manera que el general romano se veía harto obstaculizado por aquel principio de victoria[43]. En efecto: se le hacía muy difícil 2 atravesar el llano sin romper sus filas. Había una cantidad enorme de muertos resbaladizos, cubiertos de sangre coagulada y esparcidos a montones; en el suelo había también armas por todas partes. Escipión colocó 3 a sus heridos al final de su formación, llamó a toque de corneta a los *hastati* que efectuaban todavía la persecución y los colocó en primera línea, opuestos al centro enemigo[44]. Apiñó a sus *principes* y a sus *triarii* 4 en ambas alas y ordenó el avance a través de aquella mortandad. Cuando estas tropas hubieron rebasado los 5 obstáculos y se alinearon con los *hastati*, ambas falanges[45] entraron en combate con el máximo ardor y energía. Muy parecidas en número, en valor y en idea- 6 les, la lucha fue largo tiempo indecisa: llevados por su pundonor, los hombres caían en sus puestos. Pero Lelio 7 y Masinisa dejaron de acosar a la caballería cartaginesa, se revolvieron y, como guiados por un dios[46], se junta-

[43] Este parece ser el sentido, aunque WALBANK, *Commentary*, ad loc., propone alternativamente otro: «el ataque al enemigo ofrecía al general romano un obstáculo de naturaleza sorprendente», lo cual supone que los montones de cadáveres podían poner en apuro psicológico a Escipión el Africano. Pero no parece ser éste el caso.

[44] Desde un punto de vista táctico, esta reorganización del dispositivo romano en plena batalla no se explica suficientemente, según los comentaristas, que llegan a suponer en alguna parte una laguna en que se explicaría alguna maniobra de Aníbal que motivaría la romana. Cf. WALBANK, *Commentary*, págs. 460-61, donde se discuten ampliamente las posibilidades.

[45] La romana y la cartaginesa.

[46] Aquí no se refleja ninguna creencia religiosa de Polibio,

8 ron con los suyos en el momento preciso. Cargaron por la espalda contra el ejército de Aníbal, la mayoría de cuyos hombres pereció en la formación. De los que se lanzaron a la fuga consiguieron huir muy pocos, ya que la caballería romana los tenía a su alcance y el
9 lugar era muy llano. En esta batalla murieron unos mil quinientos romanos; los muertos cartagineses fueron más de veinte mil, y casi otros veinte mil cayeron prisioneros.

15 Tal fue el desenlace de la última pugna entre ambos generales, la cual adjudicó el universo a los romanos [47].
2 Después de la lucha, Escipión persiguió todavía algún tiempo al enemigo, pero después saqueó el campamento cartaginés y se replegó al suyo propio.

3 Aníbal, con un reducido número de jinetes que le acompañó se retiró en una marcha ininterrumpida hasta Hadrumeto, donde se puso a salvo. Durante la batalla había hecho todo lo posible, todo lo que debía hacer un buen general, poseedor de una larga experiencia.
4 Primero recurrió a las negociaciones e intentó solven-
5 tar por ellas la situación de entonces. Esto es propio de un hombre que, aun teniendo en cuenta sus triunfos anteriores [48], desconfía de la fortuna y conoce el componente de irracionalidad que entra en las batallas.
6 Luego, forzado a aceptar la pelea, dispuso sus medios de tal manera que hubiera sido imposible presentar batalla a los romanos de una manera superior a como la planteó Aníbal, no olvidando el equipo militar usado

sólo se quiere subrayar la precisión asombrosa de la intervención de Lelio y Masinisa.

47 Más bien diríamos que fue el primer paso hacia la supremacía universal romana.

48 Creo que ésta es la traducción correcta, contra WALBANK, *Commentary*, ad loc.: «...que si bien es verdad que prevé una victoria, desconfía...».

por los cartagineses [49]. El dispositivo romano, constante 7
durante la batalla, es de ruptura difícil: posibilita, sin sufrir modificación, tanto a cada hombre como al conjunto, hacer frente en cualquier dirección, al enemigo que aparece: basta con que los manípulos más próximos al punto de peligro efectúen un movimiento de rotación. También las armas dan a los soldados romanos 8
seguridad y audacia, e igualmente, las dimensiones del escudo y la resistencia de sus espadas a los golpes. Todo lo reseñado hace de los romanos adversarios difíciles, que no acostumbran a ceder la victoria al enemigo.

Con todo, Aníbal se preparó adecuadamente contra 16
las cualidades antedichas y, en el momento crítico, adoptó, con habilidad incomparable, las medidas que estaban en su mano, de las que se podía esperar razonablemente un éxito. Se procuró un gran número de elefantes 2
y los puso a la cabeza de su formación, para perturbar y deshacer las filas de los adversarios. La formación 3
misma la encabezaban los mercenarios y, detrás de ellos, colocó a los cartagineses. Calculaba fatigar así a los adversarios antes de llegar a lo más enconado de la batalla, embotarles, además, los filos de las armas por la gran cantidad de hombres que morían y obligar a los cartagineses, que ocupaban el centro, a aguantar y a luchar, según el dicho del poeta [50]:

para que, aun sin querer, luche el remiso.

Mantuvo en la reserva a sus hombres más aguerridos 4
y combativos para ver a distancia lo que ocurría. Así

49 Seguramente sólo los veteranos del ejército cartaginés usaban armas romanas, traídas de Italia; el armamento de los hombres cartagineses de África debía de ser inferior al romano. Cf. 13, 2.

50 HOMERO, *Ilíada* IV 300.

esperarían con el cuerpo y el ánimo intactos, y sus cua-
5 lidades se aprovecharían oportunamente. Hizo todo lo que pudo para obtener la victoria. Si fracasó, debemos ser comprensivos con él; hasta ahora no había conocido
6 la derrota. Hay ocasiones en que la fortuna y el azar se oponen a los intentos de hombres valientes; otras veces lo hacen según el refrán «al fuerte le salió otro aún más fuerte»[51]. Que es lo que con razón se podría decir que le ocurrió a Aníbal[52].

17 Cuando unos hombres expresan sus sentimientos de una manera más vehemente[53] de lo que es habitual en su nación, si el exceso se ve que brota de una emoción verdadera, debida a la magnitud de algún desastre, la cosa excita la compasión de los que ven y oyen; la
2 novedad nos conmueve[54]; pero si esto mismo se hace para embaucar, si es un puro teatro, no suscita compasión, sino odio. Que es lo que entonces aconteció a los legados cartagineses.

3 Escipión empezó constatando brevemente que no había motivo alguno por el cual los romanos debieran tratar con benignidad a los cartagineses, cuando ellos

---

51 El refrán (en griego es en verso) algunos autores lo atribuyen a Teognis, pero entre lo conservado de este autor tal frase no se encuentra.

52 Polibio acaba esta frase de Aníbal con la afirmación de que Escipión el Africano era mejor general que él.

53 Walbank, *Commentary*, ad loc., interpreta «espontáneamente». La traducción dada sigue a Paton y a Schweighäuser.

54 «Parece que estemos ante un principio perteneciente a la teoría de la tragedia», dice Walbank, *Commentary*, ad loe. Por lo demás, Tito Livio narra lo mismo e introduce aquí una disertación, más bien larga, acerca de los motivos que indujeron, de momento, a Escipión a aceptar conversaciones de paz con los cartagineses, a pesar de haberles batido tan decisivamente: el asedio a Cartago iba a ser costoso, y, por encima de todo, el general romano temía el relevo, con lo que otro se hubiera llevado la gloria definitiva. Quizás deba pensarse en una gran laguna en el texto polibiano. (Así, Walbank, *Commentary*, ad loc.)

mismos confesaban que desde el principio su declara-
ción de guerra a los romanos constituía una violación
de los pactos[55]. Los habían ya roto cuando saquearon
Sagunto, pero también ahora; tuvieron por nulas las
convenciones y los acuerdos puestos por escrito. «Pero 4
en nuestro propio favor, en atención a la fortuna y a
la condición humana —dijo—, los romanos hemos de-
cidido trataros con clemencia y benignidad. La cosa 5
será clara también para vosotros, si examináis con
corrección la situación presente. Porque no hay que
juzgar terrible el que se os imponga sufrir, hacer o
entregar algo; en cambio, se debe tener por extraño
el que se os trate humanamente, ya que, por vuestra 6
propia culpa, la fortuna os ha entregado a los enemigos,
os ha vetado toda misericordia y piedad.» Tras decir 7
esto, les enunció las garantías que recibían y precisó
luego los castigos que se les imponían.

En resumen, las condiciones exigidas fueron las si- 18
guientes: «Que en África los cartagineses retengan las
ciudades que poseían antes de declarar esta última
guerra a los romanos, que conserven el país que ante-
riormente tenían, y los rebaños, y los esclavos, y el
resto de sus posesiones. Desde este día no se les inferirá 2
daño alguno y podrán regirse por sus leyes y costum-
bres. No se les impondrá ninguna guarnición romana.»
Éstas fueron las condiciones favorables; las contra- 3
rias, las siguientes: «Los cartagineses repondrán a los
romanos el valor de los daños que les han inferido en
tiempos de tregua. Les devolverán los prisioneros y los
desertores de todo este tiempo. Les entregarán todas
sus naves largas, a excepción de diez trirremes. Lo mis-
mo vale para los elefantes. No podrán declarar la 4

[55] No es claro a qué pacto se refiere Escipión el Africano. Podría ser el del Ebro, entre romanos y cartagineses, cuya violación por parte de estos últimos dio lugar a la primera intervención romana en España (218 a. C.).

guerra sin la licencia de Roma a ningún país que no
5 sea africano. Entregarán a Masinisa edificios, territorio y ciudades, o cualquier otra cosa que le hubiera pertenecido, a él o a sus antepasados, dentro de unos
6 límites todavía por determinar. Irán suministrando a las fuerzas romanas trigo para tres meses y les abonarán los haberes de tres meses, hasta que llegue de
7 Roma la decisión definitiva acerca del pacto. Dentro de un plazo de cincuenta años los cartagineses abonarán diez mil talentos, de modo que paguen anualmente dos-
8 cientos talentos de Eubea. Entregarán en fianza cien rehenes, los que prescriba el general romano, mayores de catorce años y menores de treinta.»

19 Ésta fue la respuesta de Escipión a los legados cartagineses; éstos, enterados, se fueron a toda prisa a
2 exponerlo a los de su ciudad. De esta ocasión se cuenta que un miembro del consejo se disponía a hablar contra estas condiciones de paz. Así que empezó, se levantó
3 Aníbal y echó al hombre de la tribuna. Los demás miembros se indignaron de que hubiera hecho esto, que no se avenía al uso; Aníbal se volvió a levantar y afirmó que había cometido la falta por ignorancia, y que debía perdonársele si hacía algo adverso a las costumbres: sabían, en efecto, que había abandonado el suelo patrio a los nueve años y que volvía a él cuando contaba más
4 de cuarenta y cinco. Por eso pedía que no miraran si había infringido en algo las costumbres, sino más bien si verdaderamente padecía con los dolores de la patria, ya que precisamente por ello había incurrido en aquella
5 imprudencia. Le parecía muy extraño y totalmente fuera de lugar que un cartaginés, consciente de lo que se había concluido con Roma a nivel de individuo y a nivel de nación, no adorara la fortuna, ya que, tras la derrota,
6 obtienen semejantes condiciones unos hombres a los que, si unos días antes se les hubiera preguntado qué creían que sufriría su patria tras una victoria romana,

habrían sido incapaces de responder, ante la magnitud y la envergadura de los daños previsibles. Por eso 7
exigía que el tema no fuera discutido: se debían aprobar las condiciones por unanimidad, hacer sacrificios a los dioses y rogar todos que el pueblo romano ratificara el tratado de paz. La prudencia de Aníbal era 8
patente y su consejo, adecuado a las circunstancias, por lo que se acordó pactar bajo las condiciones indicadas. El senado cartaginés remitió en seguida sus emisarios para que indicaran a los romanos la aceptación de sus condiciones.

El proceder de Filipo y de Antíoco referente a Egipto

¿Quién no se extrañará de que 20
mientras vivió Ptolomeo Filopátor[56], que no necesitaba ni de la ayuda de Filipo ni de la de Antíoco, sin embargo éstos se mostraran prestos a apoyarle[57], pero cuando murió y dejó 2
un niño pequeño, para quien, por derecho natural, ambos hubieran debido defender el reino, entonces se animaran mutuamente a repartirse el imperio del niño, quitándose al huérfano de en medio?[58]. Ni tan siquiera 3
hicieron lo que los tiranos, que buscan algún mínimo pretexto que cubra su infamia, sino que actuaron de golpe, desenfrenadamente y con ferocidad tal, que imitaron lo que dice el refrán acerca del sustento de los peces, que aunque sean de la misma especie[59], el grande

[56] Ptolomeo Filopátor IV.

[57] Seguramente, contra algunos rebeldes.

[58] La referencia es al pacto sirio-macedonio, establecido por Filipo V de Macedonia y Antíoco III de Siria contra el niño Ptolomeo V de Egipto. Ha sido mencionado ya en III 2, 8, y lo será en XVI 1, 8-9. En virtud de este pacto, siempre según Polibio, Filipo se quedaría con Egipto, Caria y la isla de Samos, mientras que Antíoco ocuparía Celesiria y Fenicia; además se garantizarían asistencia mutua. Esta narración de Polibio se sitúa en el año 203 a. C.

[59] Este lugar común ha llegado hasta nosotros y ya lo había

4 encuentra su vida y su pasto en el pequeño[60]. Supuestas estas cosas, si alguien mira el tratado que los dos pactaron como si contemplara un espejo, ¿no le parecerá que es testigo ocular de impiedad contra los dioses, de crueldad contra los hombres e, incluso, de una sór-
5 dida avaricia por parte de los reyes citados? Puede ser que alguien reproche, con toda razón, a la fortuna, porque rige mal los asuntos de los hombres. Sin embargo, aquí se reconciliará con ella, porque aplicó a estos reyes el justo castigo de sus fechorías y dejó a la posteridad el bellísimo ejemplo del escarmiento que
6 sufrieron. En efecto: se habían dividido el reino del niño y empezaban ya a engañarse mutuamente cuando la fortuna les puso en medio[61] a los romanos. Lo que habían maquinado dolosamente contra el prójimo les fue
7 impuesto por ella de forma justa y oportuna. Derrotados al punto en el campo de batalla, no sólo se vieron atajados en su codicia de uno contra otro, sino que se vieron reducidos a abonar tributos y a prestar obedien-
8 cia a los romanos. Como digno remate, la fortuna restituyó en muy poco tiempo el imperio de Ptolomeo y, en cambio, destruyó y arruinó parte de los reinos de éstos y de los de sus sucesores, e infligió a los que sobrevivieron calamidades y desastres casi como los citados.

---

formulado HESÍODO en *Trabajos y Días* 277-280; si Polibio ha tenido *in mente* este lugar hesiódico es inseguro.

60 Exactamente esta idea la tiene el refranero alemán: «Des einen Tod ist dem andren sein Brot».

61 Otra interpretación del texto griego, propuesta por algunos: «llamó la atención de los romanos».

Historia de los cianeos[62]

Entre los cianeos había un tal 21
Molpágoras[63], hombre hábil para
hablar y para obrar, pero arro-
gante y de tendencias demagógi-
cas. Hablaba halagando al pue- 2
blo e incitaba a las turbas contra los ricos; acabó
matando a algunos de ellos y desterrando a los otros,
confiscó sus bienes y los distribuyó entre los ciudada-
nos. Can tal proceder conquistó muy pronto una potes-
tad monárquica[64].

Estas desgracias cayeron sobre los cianeos, no tanto 3
por culpa de la fortuna ni de la injusticia de los pueblos
limítrofes como por su propia negligencia y mala ad-
ministración política. Ponían en el gobierno a los peo- 4
res y reprimían a los que se les enfrentaban para arre-
batarse luego mutuamente las haciendas; cayeron por 5
propia voluntad, por así decirlo, en una desgracia tal,
que no me explico cómo los hombres que se hunden en
infortunio notorio son incapaces de cesar en su locura.
Ni siquiera les es tan fácil desconfiar como a algunos
animales irracionales. Éstos no sólo si han sufrido 6
mucho para librarse de lazos y redes, basta con que
hayan visto un congénere suyo en peligro para que no
sea empresa fácil lograr que se aproximen a aquellos
artilugios; recelan, incluso, del lugar y sospechan de
cualquier cosa que vean. Pero los hombres, aunque 7
sepan que hay ciudades totalmente arrasadas por culpa
de lo apuntado antes y vean que otras lo son actual-
mente, sin embargo, cuando alguien, entre halagos, les
propone la perspectiva de reponerse a costa de otros
se dejan atrapar ingenuamente por esta trampa, a pesar 8

62 Cíos es una ciudad de Bitinia, en la parte más inferior del golfo cianeo.

63 Uno de los tipos citados en el cap. 4.

64 Recuérdese que, para Polibio, la monarquía entraña un componente tiránico opuesto a la realeza. Cf. nota 15 del libro VI.

de que saben bien que el que ha caído en semejante lazo no se salva jamás. Una administración así conduce a todos a la ruina.

22 Dueño ya de la ciudad de los cianeos[65], Filipo exultó de gozo. Le parecía que, al haber ayudado con todo interés a su yerno[66], al haber asustado a los que rechazaban su amistad y al haberse hecho, de una manera legal, con prisioneros y dinero en abundancia,
2 había llevado a cabo una gesta bella e ilustre. Los inconvenientes de todo ello no los veía, por más que eran a todas luces notorios. En primer lugar había apoyado no a una víctima de una injusticia, sino a su yerno, que
3 no respetaba los pactos hechos con sus limítrofes; en segundo término, al causar, contra toda justicia, los máximos daños a una ciudad griega hacía culminar la fama, ya esparcida acerca de él, de que era feroz para con sus amigos; ambos hechos le valdrían la nota de
4 impío entre todos los griegos. En tercer lugar, había injuriado a los emisarios de las ciudades citadas. Él mismo les había llamado; ellos acudieron para librar a sus poblaciones de las calamidades que les circundaban. Pero día tras día les hacía objeto de sus burlas, hasta que al final se vieron forzados a contemplar lo
5 que nunca hubieran querido. Añádase a todo esto que se atrajo hasta tal punto la enemiga de los rodios, que éstos no querían ni oír hablar de Filipo.

23 Al menos en este punto, la fortuna hasta entonces
2 le había sonreído. Pero cuando un embajador suyo le defendía en el teatro de Rodas y se hacía lenguas de su magnanimidad y de que, en cierto modo dueño ya de la ciudad, ofreciera al pueblo esta garantía para refutar así las calumnias de sus adversarios y hacer pa-
3 tente la realidad de su carácter, en éstas, digo, se pre-

[65] Debido, seguramente, ante todo, a revueltas internas.
[66] Prusias I de Bitinia.

sentó en el pritaneo un hombre que acababa de llegar
a Rodas. Explicó que los cianeos habían sido reducidos
a la esclavitud, y la crueldad con que les había tratado
Filipo. Estaba todavía el orador en pleno discurso cuan- 4
do el prítane se adelantó y expuso lo que se le había
comunicado. Y los rodios ya no pudieron dar crédito
al enviado ante la magnitud de la perfidia de tal rey[67].
Filipo, pues, más traidor contra sí mismo que contra 5
los cianeos, llegó a tal punto de demencia, su cerebro
se descarrió de tal manera, que se jactaba y se enorgu-
llecía, cual si se tratara de proezas, de lo que hubiera
debido causarle la máxima vergüenza. Desde aquel día 6
el pueblo rodio tuvo a Filipo por enemigo y se prepara-
ron de acuerdo con esto. Con una operación semejante 7
se había concitado el odio de los etolios. Acababa de 8
hacer las paces con ellos, de tender las manos a este
pueblo y, sin que mediara causa ni pretexto, siéndole
amigos y aliados hasta poco antes los etolios, los lisima-
quios[68], los calcedonios[69] y los cianeos[70], comenzó por 9
anexionarse la ciudad de los lisimaquios, a la que arran-
có de su alianza con los etolios, luego se adscribió la

---

67 Si se tiene en cuenta el lugar XIII 4-5, tal incredulidad era difícil.

68 Lisimaquia fue fundada por Lisímaco en el Quersoneso Tracio en el año 309 a. C.; es la actual Ortakoy; en realidad defendía la entrada a la región citada (la actual península de Crimea).

69 Cf. IV 43, 8.

70 La comprensión del texto griego aquí es difícil, no por la sintaxis, sino por referencias posibles a otros lugares que convierten a éste en ambiguo. En efecto, los lugares XVIII 3, 12 y 5, 4 hacen claro que Filipo distinguía entre su amistad con Etolia y su alianza con el rey Prusias. Filipo no se alió jamás con los etolios. WALBANK, *Commentary*, ad loc., propone la traducción: «a pesar de que los pueblos de Lisimaquia, Calcedón y Cíos eran amigos y aliados de los etolios», con lo que se salda la dificultad anterior. La traducción dada aquí viene respaldada por Casaubon, Schweighäuser y Paton.

de los calcedonios y, en tercer lugar, redujo a esclavitud la de los cianeos, a pesar de que residía en ella el comandante en jefe de los etolios, que era también gobernador general. Prusias, por su lado, si bien estaba contento y satisfecho por la culminación de sus planes, sin embargo veía cómo otro se alzaba con los trofeos de su empresa, y lo llevaba a mal. A él, le correspondió sólo la ciudad arrasada y desierta. ¿Pero qué podía hacer?

Historia de los tasios

24 En su viaje de retorno, Filipo cometió traiciones, una tras otra. Al mediodía atracó en Taso y, a pesar de que se trataba de una ciudad amiga [71], la redujo a esclavitud.

2 Los tasios manifestaron a Metródoro, general de Filipo, que estaban dispuestos a entregar la ciudad a condición de vivir sin guarnición, de que no se les impusieran tributos ni fuerzas de ocupación y pudieran
3 regirse por sus leyes. Metródoro contestó que el rey concedía a los tasios vivir sin guarnición, que no se les impondrían ni tributos ni fuerzas de ocupación y que
4 podrían regirse por sus leyes. Todos los presentes aplaudieron y admitieron la presencia de Filipo en la ciudad.

24a Seguramente, todos los reyes en los comienzos de su reinado hablan a todo el mundo de libertad y llaman amigos y aliados a los que hacen causa común con ellos. Pero, a la hora de actuar, se sirven muy pronto despóticamente de los que creyeron en ellos y no les
2 tratan como aliados. Abandonan la buena conducta, pero ello no les reporta utilidad alguna. ¿Quién no tildará de irracional y de insana la conducta de un príncipe que concibió grandes empresas y que aspiró al

71 Posiblemente situada al N. de la isla de Tasos, la actual ciudad de Limenas.

dominio universal, con posibilidades de éxito hasta ahora sin parangón posible, pero que en cosas de poca 3
importancia, en lo más sencillo y simple proclama ante todos su deslealtad y su inconstancia?[72].

Egipto: el destino de Agatocles

Describimos los hechos ocu- 4
rridos simultáneamente, dentro de un año, en todas las partes del mundo; evidentemente, es ineludible que alguna vez se exponga antes el fin que el principio. Esto, como mínimo, en los casos en que la disposición del conjunto del argumento y el curso de la narración exigen que el final de la acción se anteponga al principio y al exordio.

De Sosibio, el pretendido tutor de Ptolomeo, se dice 25
que fue un hábil instrumento dañino, que logró sostenerse largo tiempo en el poder. Primero tramó la 2
muerte de Lisímaco[73], hijo de Ptolomeo, marido de Arsínoe, hija de Lisímaco; después, la de Magas, hijo de Ptolomeo y Berenice, hija ésta de Magas; en tercer lugar, la de Berenice, madre de Ptolomeo Filopátor; en cuarto lugar, la de Cleómenes de Esparta, y en quinto, la de Arsínoe[74], la hija de Berenice.

Al cabo de cuatro o cinco días levantaron una tribu- 3
na en la ancha columnata y convocaron[75] una asamblea

---

72 La dura, pero correcta consecuencia extraída por Polibio del episodio anterior es el amoralismo a que tienden los gobernantes, especialmente los tiranos. En la antigüedad esto se vivió continuamente.

73 De este Lisímaco no se sabe nada, a excepción de lo que se dice aquí.

74 Hermana y esposa de Ptolomeo IV Filopátor. Los diádocos egipcios no rechazaron el uso faraónico de casarse con sus hermanas. Sobre el asesinato de Magas (junto con su madre Berenice, esposa de Ptolomeo III), cf. V 34, 1. Para la muerte de Cleómenes, cf. V 41.

75 Los sujetos de este verbo son, casi con seguridad, Agatocles y Sosibio.

de la guardia personal y de las tropas de palacio, así como de los oficiales de infantería y de caballería[76].
4 Reunidos ya los asistentes, Agatocles y Sosibio subieron al estrado, comunicaron la muerte del rey y de la reina[77] y ordenaron al pueblo el duelo que es habitual entre
5 ellos. Después de esto, pusieron la diadema al niño y le proclamaron rey. A continuación leyeron un documento fingido, en el que constaba textualmente «que deja como tutores del niño a Agatocles y a Sosibio.»
6 Pidieron a los oficiales que estuvieran bien dispuestos para con el niño y que le custodiaran el imperio. Entonces mandaron traer dos urnas de plata y explicaron que una contenía los huesos del rey y la otra, los de
7 Arsínoe. Que una contenía los huesos del rey, era cierto; en la segunda había únicamente perfumes. Concluido todo, se celebró a renglón seguido el funeral. Fue entonces cuando se convirtieron en manifiestas para
8 todos las circunstancias de la muerte de Arsínoe, pues al declarársela muerta, todo el mundo empezó a inquirir el modo como había muerto. No se daba ninguna explicación de ello y, cuando la verdadera razón empezó a propagarse, aunque siempre quedara un resquicio de duda, lo que en realidad pasó[78] se grabó en la mente de todos. La consternación del pueblo fue inimagina-

---

76 Estos últimos son los oficiales de los macedonios. La tropa regular egipcia en tiempos de los diádocos estaba formada casi exclusivamente por macedonios. Éstos jugarán un papel decisivo en los hechos que se avecinan.

77 La fecha en que ocurrió esto es muy debatida. Parece que Ptolomeo IV Filopátor murió de muerte natural; su esposa sería asesinada, y la muerte del rey, ocultada al menos durante unos días, a finales del 203 a. C. Una amplísima discusión del tema, en WALBANK, *Commentary*, págs. 434-436.

78 Parece que una pérdida de cuarenta y ocho folios del manuscrito griego, en el lugar XIV 10, 12, nos ha privado de conocer los hechos a que aquí se alude. Una nota marginal al texto griego en el lugar citado lo insinúa.

ble. Del rey, no hablaba nadie; de Arsínoe, en cambio, 9
unos rememoraban su orfandad, otros, los insultos y
ultrajes que debió soportar durante su vida, y otros, su
triste fin. La ciudad se llenó de lamentos, de lágrimas
y de gemidos inacabables [79]. Pero para los buenos enten- 10
dedores esto no significaba tanto un cariño hacia Arsínoe
como un rencor enconado contra Agatocles. Éste depo- 11
sitó las urnas en el panteón real y ordenó que el pueblo
cesara en el duelo. Antes que nada, dio a las tropas el
sueldo de dos meses; pensó que si excitaba la avaricia
de los soldados embotaría el odio que le profesaban
muchos. Después tomó a la tropa el juramento pres-
crito para la proclamación de un rey. Al que corrió con 12
el asesinato de Arsínoe, Filamón, le mandó a Cirenai-
ca [80] como gobernador; confió el niño a los cuidados de
Enante y de Agatoclea [81]. A Pélope [82], hijo de Pélope, le 13
despachó a Asia, a la corte del rey Antíoco, para intimar-
le a que observara el pacto de amistad [83] y no transgre-
diera los suscritos con el padre del niño. A Ptolomeo [84],
el hijo de Sosibio, le envió a la corte de Filipo a con-
certar una alianza matrimonial [85] entre ambas naciones
y, además, a solicitar de él ayuda militar en el caso de
que Antíoco se propusiera quebrantar gravemente la

---

[79] Algunos editores y WALBANK, *Commentary*, ad loc., creen que el lugar correcto (con los ajustes sintácticos necesarios en el texto griego) de los §§ 1-2 de este capítulo es el que se sigue aquí. Si esto es verdad, entonces aquí hay una laguna.

[80] Donde está todavía la actual Cirenaica, la región más occidental de Egipto, cuya capital era Cirene (hoy Cirenaica).

[81] Sobre Enante, madre de Agatocles, cf. XIV 11, 1; para Agatoclea, su hermana, cf. XIV 11, 5.

[82] Personaje muy oscuro, del que no se sabe apenas nada. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

[83] El tratado suscrito después de la batalla de Rafia, en 217 a. C., entre Egipto y los Seléucidas de Siria.

[84] Personaje desconocido.

[85] Seguramente, una propuesta de boda entre Antíoco Epífanes y una hija de Ptolomeo (todavía no en edad núbil).

14 tregua. Dispuso que Ptolomeo, el hijo de Agesarco[86], fuera a Roma como embajador. En realidad, no tenía ningún interés en esta embajada; lo que pretendía era que, al tocar Grecia y tratar allí a sus amigos y parien-
15 tes, este Ptolomeo se quedara en el país. El máximo interés de Agatocles era alejar de la corte a todos los
16 hombres ilustres. Mandó a Escopas de Etolia[87] a Grecia, a reclutar mercenarios; le dio una gran cantidad
17 de dinero para efectuar las primeras pagas. Este encargo respondía a un doble fin: en primer lugar, con los mercenarios recién reclutados emprendería una guerra contra Antíoco; los mercenarios que ya tenía, los antiguos, los distribuiría entre los fuertes de Egipto y las guarniciones de fuera del país y, luego, contando otra vez con los nuevos, renovaría la guardia real, las
18 tropas de palacio y las del resto de la ciudad. Pensaba que los hombres que él había reclutado y pagaba, como no conocían nada del pasado, no simpatizarían con nadie, que depositarían en él su esperanza de salvarse y de recuperarse y que él mismo tendría en ellos unos colaboradores leales y activos en lo que se les ordenara.
19 Esto ocurrió antes de las negociaciones con Filipo, que ya hemos reseñado[88]. Pero puesto que, en el orden de la narración, éstas caen bastante antes, fue ineludible anteriormente exponer los tratos y los discursos de los embajadores antes de mencionar su nombramiento y misión.

20 Cuando hubo alejado a los hombres más conspicuos y, con el anticipo de las pagas, hubo acallado la cólera

[86] Este Ptolomeo sí es conocido, bajo el nombre de Ptolomeo de Megalópolis, que escribió obras escandalosas acerca de Ptolomeo IV Filopátor. Cf. V 35-39, y XIV 11, 2. La intención de Agatocles era que se quedara en Acaya, posiblemente en Megalópolis.

[87] Cf. XIII 2.

[88] Este lugar se ha perdido por los cortes del epitomador.

de la mayoría del pueblo, volvió inmediatamente a sus
costumbres iniciales. Cubrió las vacantes de los «amigos 21
del rey» con los hombres más temerarios y desvergon-
zados, extraídos del servicio y de la marinería; él mis- 22
mo se pasaba la mayor parte del día y de la noche entre
borracheras y todas las depravaciones que éstas llevan
consigo: no perdonaba ni a una mujer en la flor de
su edad, ni a una muchacha ni a una virgen; todo esto
lo hacía con la ostentación más odiosa. De ahí que un 23
profundo desagrado volviera a cundir por todas partes.
No había ninguna voluntad de ayudar o reconciliarse
con los agraviados, todo lo contrario. Los ultrajes, la
soberbia y la dejadez encendieron de nuevo en la masa 24
aquel odio anterior y revivió, en todos, la memoria de
las desgracias que estos individuos habían causado en
la casa real. Pero el pueblo carecía de un adalid a la 25
altura de las circunstancias que tomara la dirección y
canalizara la cólera contra Agatocles y Agatoclea. Por
eso permanecía inactivo y su única esperanza radicaba
en Tlepólemo[89]; se aferraba a ella. Mientras el rey vi- 26
vió, Tlepólemo se dedicaba a sus asuntos privados, pero
así que murió, luego que apaciguó a la plebe, fue nom-
brado comandante en jefe de la región de Pelusio. Pri- 27
mero consultaba lo que debía hacer en beneficio del
rey, pensando que existiría un consejo encargado de la
custodia del niño y de la administración general. Pero 28
cuando comprobó que los hombres a la altura de estos
cargos habían sido alejados y que Agatocles había osado
hacerse con el gobierno del imperio, cambió rápida-
mente de actitud. Vio el peligro que se cernía sobre
todos por la aversión que Agatocles les tenía. Reunió
sus tropas en torno suyo y se proveyó de dinero, para

[89] Miembro de una familia muy conocida de origen persa que adquirió conexiones con Lidia y Egipto en el s. III a. C. Para más detalles, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

29 no ser presa fácil de cualquier enemigo. No desespera-
ba de hacerse con la tutoría del niño y con el gobierno
general. Pensaba que, si su entender era correcto, él
mismo era más capaz que Agatocles ante cualquier em-
presa, y todavía con más razón cuando sabía que sus
tropas y las estacionadas en Alejandría tenían puestas
en él sus esperanzas para acabar con la insolente domi-
30 nación del tirano. Esto era lo que Tlepólemo pensaba
de sí mismo, y sus diferencias con Agatocles se agudi-
zaron rápidamente; ambos colaboraron para que llega-
31 ran a un fin. Tlepólemo, en su interés por ganarse a
los jefes y oficiales y a los que éstos tenían a sus órde-
nes, se esmeraba en organizar banquetes; en estas re-
uniones, a veces movido por los que le halagaban para
congraciarse con él, y otras por su propia iniciativa,
dejaba caer palabras sobre la familia de Agatocles, pri-
mero enigmáticas, después equívocas y, finalmente, muy
32 claras, llenas de acusaciones ponzoñosas. Decía que
habitualmente brindaban por él los pintores de brocha
gorda, las mujeres de los flautistas y las maritornes
de barbería, y también los efebos complacientes de las
orgías; lo había visto cuando él mismo era copero del
33 rey en su niñez. Los presentes siempre se mondaban
de risa al oír esto y añadían algo en son de burla. La
34 cosa llegó muy pronto a los oídos de Agatocles. La hos-
tilidad entre él y Tlepólemo se hizo patente y Agatocles
zurció en seguida una calumnia contra Tlepólemo: decía
que éste se había desinteresado del rey y que llamaba
35 a Antíoco para que asumiera el gobierno. Y no le fal-
taron pruebas para convencer: unas, las tomaba de
hechos reales cuya interpretación tergiversaba, otras
36 eran pura invención suya. Lo hacía todo con la inten-
ción de aguijar al pueblo contra Tlepólemo. Pero ocu-
rrió lo contrario: la multitud hacía largo tiempo que
tenía sus esperanzas depositadas en él y se alegró al

ver que las diferencias se acrecentaban. El movimiento 37
popular se originó como sigue: Nicón, un pariente de Agatocles, en vida todavía del rey era almirante de la flota. Entonces * * *.

26a
Agatocles[90] mandó asesinar a Dinón, hijo de Dinón, y ésta fue, según el refrán, «la más justa de sus iniquidades»[91]. En efecto: cuando le llegó la carta en que se ordenaba la muerte de Arsínoe, estaba en poder de Dinón delatar la trama y salvar el reino. Pero colaboró con Filamón y fue el culpable de todos los males que sobrevinieron después. Realizado ya el homicidio, se 2
arrepintió, lo deploró públicamente y se dolía de haber descuidado su oportunidad. Agatocles lo supo y le mandó matar, alcanzando con ello su justo castigo.

26
Agatocles reunió primero a los macedonios[92] y se dirigió a ellos juntamente con el rey y con su hermana Agatoclea. Al principio, fingió, hecho un mar de lágri- 2
mas, no poder decir lo que quería. Tras haberse secado 3
muchas veces los ojos con la túnica, reprimió su llanto, tomó al niño[93] en brazos y exclamó: «He aquí el niño que su padre moribundo depositó en los brazos de ésta» —y señaló a su hermana— «y que confió a vuestra lealtad, ¡oh macedonios! Pero el afecto de ella 4
ahora tiene poca eficacia para su salvación: su suerte depende de vosotros, de vuestras manos. Hace ya tiem- 5
po que es evidente para los buenos observadores: Tlepólemo aspira a más de lo que en justicia le corresponde. ¡Ahora ha llegado a fijar el día y la hora en que se ceñirá la diadema!» Y Agatocles urgía a los mace- 6

90 Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc. Parece que este cap. 26a 1-2 no corresponde a este lugar; el filólogo alemán P. Maas demostró hace ya tiempo que su sitio, del que fue desplazado, era a continuación de 25, 19.

91 Cf. IV 18, 7.

92 Cf. nota 76.

93 Ptolomeo V Epífanes.

donios que no le dieran crédito a él, sino a los que conocían la verdad porque habían asistido personalmente al
7 episodio. Tras sus palabras hizo entrar a Critolao[94], quien aseguró que él mismo había visto los altares preparados y las víctimas dispuestas ante la multitud
8 para el momento de la coronación. Los macedonios le oyeron[95], pero ni le compadecieron ni prestaron mayor atención a sus palabras; empezaron a gritar y a hablar unos con otros y a burlarse de él, de manera que Agatocles no sabía ni cómo saldría de aquella asamblea.
9 Y lo mismo le sucedió cuando reunió a las demás uni-
10 dades y les habló en idéntico tono. Entretanto iban llegando muchos soldados de los ejércitos de las provincias del Norte, quienes aconsejaban a sus parientes y amigos que no se desentendieran en aquella situación y que no toleraran verse ultrajados impunemente por
11 unos hombres tan abyectos. Lo que más incitó al pueblo a sentar la mano a los que estaban en el poder fue el darse cuenta de que el retrasarlo iba en contra suya, pues Tlepólemo controlaba todas las provisiones que se recibían por Alejandría.

27 A eso se sumó un hecho de Agatocles y de su pandilla que excitó aún más la ira del pueblo y la de Tle-
2 pólemo. La suegra de éste se llamaba Dánae. Fue sacada a viva fuerza del templo de Deméter[96], la despojaron de sus velos y la arrastraron por el medio de la ciudad hasta meterla en la cárcel. Con esto pretendían
3 hacer visible su inquina contra Tlepólemo. Este hecho

94 Personaje desconocido.

95 No parece que Critolao llegara a hablar; en todo caso, Polibio prescinde de este detalle, y los verbos se refieren a Agatocles.

96 Todos los hechos se desarrollan en Alejandría, naturalmente; a imitación de Atenas, los diádocos habían construido en su ciudad un arrabal llamado Eleusis y habían edificado, en él, un templo a Deméter.

indignó al pueblo, que hablaba de él no en privado ni
secretamente. Unos, de noche, hacían pintadas por todos
los lugares y otros, de día, se reunían en grupos y mani-
festaban públicamente su odio contra los dirigentes.

Agatocles vio lo que sucedía y sus esperanzas acerca 4
de sí mismo eran más bien magras. Empezó a pensar
en la huida, pero en este aspecto no tenía nada prepara-
do por su descuido. Y desistió del proyecto. Entonces 5
hizo una lista de conjurados y de sus compinches de
temeridades; les encargó que sin dilaciones asesinaran
a unos de sus enemigos y encarcelaran a otros, porque
inmediatamente iba a hacerse con un poder tiránico.
Agatocles estaba fraguando todos estos planes cuando 6
le llegó una acusación contra un tal Merágenes, miem-
bro de su guardia personal. Se decía contra él que, por
su amistad íntima con Adeo[97], prefecto de la ciudad
de Bubasto[98], lo había delatado todo a Tlepólemo y que
colaboraba con él. Agatocles ordenó al punto a Nicós- 7
trato, su secretario de cartas[99], prender a Merágenes e
interrogarle a fondo, aplicándole el tormento. Nicós- 8
trato procedió a la detención inmediata del individuo
en cuestión, le llevó a una parte muy apartada del pala-
cio y, primero, se limitó a interpelarle. El detenido no 9
confesó nada de lo que le imputaban. Entonces lo des-
nudaron y, mientras unos aparejaban los instrumentos
de tortura y otros, con látigos en la mano, ya se des-
pojaban de sus túnicas, en aquel preciso instante, entra 10
corriendo un sirviente, se llega a Nicóstrato, le dice algo
al oído y se retira a toda prisa. Nicóstrato le siguió 11
como un rayo, sin decir palabra y dándose puñetazos
en los muslos.

---

97 Era un nombre corrientísimo entre los macedonios. También Merágenes debía de ser macedonio.

98 Plaza importante situada al S. del inicio del delta del Nilo, en la orilla más oriental del lago Carún.

99 Hoy le llamaríamos «primer ministro».

28 Merágenes quedó en una situación absurda y difícil
2 de describir. Los verdugos estaban allí, unos con lá-
tigos y otros que, delante de sus pies, ya aprestaban
3 los instrumentos de tortura. Cuando Nicóstrato se fue,
se quedaron estupefactos, mirándose unos a otros, es-
4 perando que regresara en cualquier momento. Pero
transcurría el tiempo y, al cabo de poco, los presentes
fueron desfilando; al final, Merágenes quedó solo. Atra-
vesó el palacio real y se presentó desnudo en una tienda
5 contigua, en la que había soldados macedonios. Los
encontró casualmente cuando comían juntos, les ex-
plicó lo que le había sucedido y lo inesperado de su
6 salvación. Ellos, primero, no se lo creían, pero, des-
pués, al verle desnudo, se vieron forzados a darle cré-
7 dito. Tras esta peripecia, Merágenes suplicó entre lá-
grimas a los macedonios que no le salvaran sólo a él,
sino también al rey, y, sobre todo, que se salvaran a
8 sí mismos. Era claro que la ruina se cernía sobre todos,
si no aprovechaban aquella ocasión en que el odio de
la masa era pujante y todo estaba a punto de castigar
9 a Agatocles. «Este odio ha alcanzado su cota máxima
—les dijo—, lo único que falta son líderes.»

29 Puestos al corriente, los macedonios se enfurecen y
toman en cuenta el aviso de Merágenes; primero, se
dirigieron a las tiendas restantes de macedonios y, lue-
2 go, a las de los otros soldados[100]. Están situadas en
3 línea y convergen todas en un punto de la ciudad. El
pueblo hacía ya tiempo que estaba dispuesto a la re-
vuelta; sólo faltaba un hombre audaz que lo convoca-
ra; así que la cosa se inició, fulguró al punto como un
4 incendio. No habían transcurrido cuatro horas, y ya
estalló la revuelta, como si se hubieran puesto de acuer-
5 do los militares y los civiles. Se dio una casualidad
que contribuyó enormemente a su culminación. Aga-

[100] Seguramente egipcios y de otras procedencias.

tocles recibió una carta y le presentaron unos espías. 6
La carta estaba escrita por Tlepólemo a los militares;
decía que llegaría pronto, y los espías manifestaron que
ya había llegado. Agatocles se salió hasta tal punto de 7
sus casillas, que en vez de reflexionar sobre lo que le
habían dicho y actuar, se entregó, según solía, a la be-
bida y se fue a uno de sus banquetes acostumbrados.
Enante, muy dolorida, se llegó hasta el Tesmoforio, que 8
estaba abierto para un sacrificio anual. Primero, arrodi- 9
llada y haciendo grandes ademanes suplicaba a las dio-
sas; después se quedó sentada e inmóvil, junto al altar.
Allí había muchas más mujeres, que gozaban en silen- 10
cio al ver su desánimo y su dolor. Pero unas parientes
de Polícrates y otras damas nobles, desconocedoras de
lo que pasaba a Enante, se le acercaron para consolar-
la. Ella se puso a gritar a grandes voces: «¡No os acer- 11
quéis a mí, bestias! Os conozco bien: sois de nuestros
adversarios y ahora pedís a las diosas lo peor contra
nosotros. Pero sabed bien que, con la ayuda de los dio-
ses, os haré comer a vuestros propios hijos.» Dijo esto, 12
y mandó a las guardianas[101] que echaran a aquellas
mujeres y que golpearan a las que se negasen. Las mu- 13
jeres aprovecharon la ocasión y se fueron todas; levan-
taban sus manos a los dioses y les conjuraban que Enan-
te experimentara aquello con lo que las había amena-
zado.

Los hombres ya habían decidido la revolución y, en- 30
tonces, surgió también en todas las casas la indignación
de las mujeres, con lo que el odio se inflamó doblemen-

[101] Los traductores ingleses no tienen dificultad; vierten: «the lictors». Schweighäuser tradujo: «...feminas quae sibi apparebant». Evidentemente se trata de un cuerpo de guardia femenino que custodiaba el templo, equivalente a los lictores masculinos, aunque las funciones de éstos en el mundo romano eran de tipo distinto.

2 te [102]. Así que sobrevino la noche, toda la ciudad se llenó
de alboroto; los hombres corrían de un lado para otro.
3 Unos, entre gritos, se congregaban en el estadio, otros
se estimulaban mutuamente y otros [103] se escabullían y
se escondían en lugares y casas en los que fuera difícil
4 localizarles. Los espacios vacíos que rodeaban el pala-
cio, el estadio, el ágora y la avenida que daba al teatro
de Dioniso estaban llenos de una multitud abigarrada.
5 Agatocles, que acababa de echarse, totalmente borra-
cho, pues hacía muy poco que había finalizado el ban-
quete, al saberlo se levantó, recogió a todos sus pa-
rientes, pero no a Filón [104], y se llegó hasta donde estaba
6 el rey. Después de lamentar ante el muchacho su mala
fortuna, lo tomó de la mano y subió a la galería que
hay entre el meandro y la palestra y que lleva a la en-
7 trada del teatro. Aseguró las dos primeras puertas y
subió a la tercera con su familia, dos o tres miembros
8 de su guardia personal y el rey. Las puertas eran de
rejilla. Por consiguiente, se veía a través de ellas; se
9 cerraban con dos trancas. Se había congregado la masa
de toda la ciudad, que llenaba no sólo los lugares llanos,
sino también los tejados y las escalinatas. Sonaba un
griterío enorme y confuso; vociferaban hombres, mu-
10 jeres y niños sin distinción. Tanto en Alejandría como
en Cartago habitualmente participan en los tumultos
no menos los niños que los adultos.

31 Sobrevino el día y el vocerío continuaba siendo más
bien confuso, pero de todos modos se percibía clara-
2 mente que la multitud reclamaba al rey. Los macedonios
fueron los primeros en levantarse. Ocuparon la entrada
del palacio y el vestíbulo en el que habitualmente los

---

102 Aquí los rasgos teatrales de Polibio son innegables, opuestos a su habitual sobriedad y objetividad.

103 Los amigos y colaboradores de Agatocles.

104 Este personaje acelerará el desenlace; cf. 33, 2 y XIV 11, 1.

reyes reciben las audiencias. Al cabo de poco averigua- 3
ron dónde se encontraba el rey, dentro del edificio.
Dieron un rodeo y forzaron las puertas de la primera
galería, se acercaron a las de la segunda y reclamaron
al muchacho gritando desaforadamente. Agatocles se 4
hizo cargo de la situación y pidió a su guardia personal
que saliera a negociar con los macedonios: él dejaba
la tutoría, cualquier otra potestad y honor y todos los
emolumentos que percibía, pedía simplemente que le 5
respetaran su pobre vida y le concedieran el alimento
necesario; él volvería a su oscuro estado anterior, de
manera que, ni aun queriéndolo, podría dañar a nadie.
Su guardia personal se negó a ello, a excepción de un 6
solo miembro, Aristómenes[105], que aceptó; éste fue el
que después gobernó el reino. Era un hombre de linaje 7
acarnanio y la adulación con que trató a Agatocles en
los días prósperos de éste no fue menos notoria que su
fidelidad, escrupulosa y admirable, a los intereses del
rey y del reino cuando en un período posterior de su
vida estuvo a la cabeza del gobierno. Él fue el primero 8
que invitó a Agatocles a un banquete y sólo a él, entre
los invitados, le ciñó una corona de oro, honor que
entre los egipcios se dispensa sólo a los reyes. Aristó- 9
menes fue también el primero que osó llevar un anillo
con la efigie de Agatocles; le nació una hija y le puso
por nombre Agatoclea. Pero, sobre este tema, baste 10
con lo dicho aquí. Este hombre aceptó cumplir aquella
orden, salió por un portillo y se presentó a los mace-
donios. Habló brevemente con ellos y les expuso la vo- 11
luntad de Agatocles, pero algunos macedonios intenta-
ron al punto atravesarle con sus lanzas. Otros hombres,
sin embargo, les cogieron de las manos y la mayoría

105 De todas formas fue un personaje oscuro, de posición paralela a la de Hermias con Antíoco III (V 41, 1), pero a nivel inferior.

exigió que se le respetara. A él le dijeron que o regresa-
12 ba con el rey o que no volviera a salir. Los macedonios,
pues, remitieron a Aristómenes con este encargo; se
acercaron a las segundas puertas y las forzaron tam-
13 bién. Cuando Agatocles y los que estaban con él vieron
la violencia de los macedonios, tanto por lo que hacían
como por su respuesta, primero sacaban las manos por
la puerta, y Agatoclea también los pechos, con los que
decía haber criado al rey, suplicando con voces de todas
clases que al menos les perdonaran la vida.

32 Lamentaron largo rato su mala suerte, pero no logra-
ron nada. Al final enviaron al muchacho acompañado
2 de la guardia personal. Los macedonios recogieron al
rey, lo montaron al punto en un caballo y lo conduje-
3 ron hasta el estadio. Así que apareció, se produjeron
un aplauso y una ovación formidables. Detuvieron el
caballo, desmontaron al muchacho, le condujeron hasta
4 el asiento real y lo instalaron en él. En la muchedumbre
se produjo un sentimiento encontrado de alegría y de
pena: por un lado les placía haber recuperado al mu-
chacho, pero estaban inquietos por no haber cogido a
los culpables, que no habían recibido el castigo que
5 merecían. Por eso clamaban y no paraban; exigían que
fueran conducidos allí y que se hiciera un escarmiento
6 en todos los causantes de tales calamidades. El día ya
había avanzado y el pueblo no había encontrado en
quién descargar su furia. Sosibio[106], el hijo de Sosibio,
pertenecía por aquel entonces a la guardia personal.
Era quien más se había preocupado del rey y de sus
7 intereses. Vio que la cólera popular no había quien la
parara y que el propio rey tenía miedo, porque no esta-
ba acostumbrado a aquellas cosas ni al alboroto de las
gentes. Entonces le preguntó si debía entregar a las
turbas a los responsables de los males que habían su-

[106] Para este Sosibio, cf. XVI 22, 1-11.

frido él y su madre. Ante la respuesta afirmativa, mandó 8
a algunos de la guardia personal que expusieran la vo-
luntad del rey; él hizo levantar al muchacho y lo llevó
a su propia casa, que no estaba lejos, para que fuera
debidamente atendido. Cuando los guardias manifesta- 9
ron el ánimo del rey, el estadio fue un clamor de aplau-
sos y de ovaciones. Precisamente en aquel momento Aga- 10
tocles y Agatoclea se retiraban a sus aposentos privados;
algunos soldados que se prestaron a ello y otros obli-
gados por la gente entraron a detener a las personas
en cuestión.

La carnicería y los asesinatos que siguieron se de- 33
bieron a lo siguiente: había un servidor que adulaba 2
mucho a Agatocles. Se llamaba Filón[107] y se dirigía,
borracho, al estadio. Cuando vio la excitación de las 3
turbas dijo a los presentes que si Agatocles salía, como
otras veces, a ellos les escocería. Al oírle, unos lo in- 4
sultaban y los otros le daban empellones. Él quiso de-
fenderse, pero al punto unos le quitaron la túnica y
otros le mataron a lanzadas. Lo arrastraron rabiosos 5
hasta el centro del estadio; su cuerpo todavía palpita-
ba. Cuando el pueblo probó la sangre, todos esperaban
con vehemencia la presencia de los otros[108]. El pri- 6
mero que llegó, no mucho después, fue Agatocles, ma-
niatado. Algunos corrieron hacia él y lo atravesaron
con sus venablos, con lo cual le hicieron un favor y no
un daño, pues así lograron que no recibiera lo que mere-
cía como castigo. A continuación fueron trasladados 7

---

107 Cf. nota 104.

108 Esto recuerda fuertemente un episodio narrado por Juvenal, *Sát.* XV 33-71. Digamos *per transennam* que los biógrafos del satírico latino discuten acerca de un destierro que él sufriría en Egipto, impuesto por Domiciano, como puede verse en mi edición de las *Sátiras*, Manuel Balasch, *Juvenal. Sàtires*, I, Barcelona, 1961, págs. 10-11 y 16-17. Yo me inclino, más bien, por la respuesta positiva.

allí Nicón, Agatoclea, desnuda, y sus hermanas, segui-
8 dos del resto de la familia; la última fue Enante, a la
que arrancaron del Tesmoforio; también a ésta la des-
9 nudaron y la condujeron a lomos de un caballo. Todos
fueron puestos a discreción de la turbamulta: unos les
mordían, otros les pinchaban, otros les sacaron los ojos,
al que se caía le dislocaban los miembros hasta que se
10 los quebraban todos. Cuando están enfurecidos, la cruel-
11 dad de los egipcios es terrible. En aquella ocasión unas
mujeres que se habían educado con Arsínoe, enteradas
de que Filamón hacía dos días que había regresado de
Cirenaica (era el que había llevado la voz cantante en
el asesinato de la reina), se lanzaron contra su casa,
12 penetraron en ella violentamente y lo golpearon con
piedras y palos hasta matarlo, estrangularon a un hijo
suyo apenas adolescente, arrastraron hasta la plaza a la
mujer de Filamón y allí la lincharon.

13 Así acabó la historia de Agatocles, de Agatoclea y
de toda su familia.

34 Conozco muy bien los prodigios y la grandilocuen-
cia[109] que algunos autores han introducido en esta re-
lación para admirar a los lectores; han rebasado am-
pliamente los límites de lo que es esencial para dar
2 coherencia a su narrativa. No faltan quienes atribuyen
tales hechos a la fortuna y nos ponen a la vista su in-
seguridad y nuestra indefensión ante ella; otros pre-
tenden explicar razonablemente aquellos hechos absur-
dos, a los que intentan anteponer causas convincentes.
3 Yo he preferido, sin embargo, tratar tal cual he hecho
este tema, porque Agatocles no se distinguió ni por su
audacia en la guerra, ni por una administración acer-

[109] Esto es lo que dice exactamente el texto griego; cuando WALBANK, *Commentary*, ad loc., traduce: «sensationalism and elaborate descriptions», no hace más que interpretar. La referencia puede ser al historiador Filarco; cf. II 56, 10. Y a otros, naturalmente.

tada y digna de imitación, ni, finalmente, por una astu- 4
cia cortesana ni por una sagacidad maligna en la comi-
sión de sus delitos, como la que, por ejemplo, propor-
cionó éxitos a Sosibio y a muchos más, hasta el fin de
sus vidas: consiguieron manipular a los reyes, uno tras
otro. Con Agatocles pasó exactamente lo contrario: Pto- 5
lomeo Filopátor, un hombre incapaz de reinar, lo pro-
mocionó de una manera ilógica. Pero alcanzó la privan- 6
za y, después de la muerte de Ptolomeo, logró la
posición más favorable para conservar el poder. Mas
poco tiempo después se convirtió en objeto del despre-
cio general y, por su negligencia y su cobardía, perdió
a la vez los intereses y la vida.

De modo que, al tratar personajes de éstos, convie- 35
ne no añadir los comentarios que deben acompañar
las biografías de Agatocles de Sicilia o de Dionisio de
Sicilia, por ejemplo, y de algunos otros que se han
ganado un nombre con sus gestas. El primero de éstos 2
se alzó de una extracción humilde y popular, Agatocles,
de quien dice Timeo en son de burla que llegó a alfa-
rero, pero que dejó el torno, el barro y el humo, y
llegó aún joven a Siracusa. Ambos, cada uno en su 3
época, primero fueron tiranos de Siracusa, ciudad que
bajo su égida alcanzó la máxima riqueza y un esplendor
insuperable; luego fueron tenidos por reyes de toda 4
Sicilia y dominaron incluso algunas partes de Italia.
Agatocles no sólo intentó conquistar África, sino que 5
sostuvo su posición preeminente hasta su muerte. Se 6
dice que Publio Cornelio Escipión, el primero que logró
derrotar a los cartagineses, interrogado acerca de qué
hombres pensaba que fueron más eficaces y más razo-
nablemente atrevidos, contestó que Agatocles de Sicilia
y Dionisio, el de Sicilia también. De modo que no está 7
fuera de lugar que dirijamos la atención de nuestros
lectores hacia las biografías de estos hombres y trate-
mos, un poco, las vicisitudes de la fortuna y la incer-

tidumbre de las cosas humana, añadiendo a nuestra narración algunas reflexiones instructivas. Pero esto está absolutamente contraindicado, si se trata de personas como Agatocles de Egipto.

36 Éstas son las causas por las que hemos rehusado
2 alargarnos al tratar su historia. Y no es la menor el
hecho de que las peripecias sensacionales ganan nues-
tra atención sólo la primera vez que las leemos, pero
después su prolijidad (y su contemplación) ya nos son
inútiles y los efectos que nos causan nos molestan.
3 La utilidad y el placer son los dos fines a los que debe
referir su obra el que pretende exponer algo que nos
penetre por la vista o por el oído. Y esto vale más que
nada para el género histórico; un tratamiento reitera-
tivo de hechos sensacionales no es útil ni placentero.
4 ¿Quién querrá imitar aventuras absurdas? Lo que va
contra la naturaleza o contra los hábitos comunes de
los hombres, nadie querrá verlo ni oírlo demasiado
5 tiempo. Digámoslo de una vez por todas: inicialmente
estas cosas sí nos interesan para ver que lo que parecía
6 imposible es posible. Pero cuando ya le hemos dado
crédito, nadie se deleita morosamente en tales temas
y se niega rotundamente a que salgan con frecuencia
7 a su consideración. Lo que exponemos ha de ser útil
o deleitoso; si el tratamiento elaborado de un tema
no es ni lo uno ni lo otro, será más propio del género
8 trágico que del histórico. Nuestra comprensión, para
los autores que no consiguen atraer la atención de los
lectores hacia temas que son naturales o que versan
sobre hechos que pasan habitualmente en el mundo.
9 Opinan que los acontecimientos más importantes y ad-
mirables son, precisamente, los que ellos han vivido
personalmente, o bien los que les llamaron más la aten-
10 ción cuando los oyeron de otros. No ven que tratan con
demasiada extensión temas que no son nuevos, porque
ya han sido tratados antes, materias incapaces de apro-

vechar o de deleitar. Sobre estos extremos baste con 11
lo dicho.

Antíoco[110]

Al principio pareció que el rey 37
Antíoco era hombre que abrigaba grandes proyectos y audaz para llevar a cabo sus planes.
Pero, a medida que pasaron los 2
años, se vio que no daba la talla y que no llegaba, ni con mucho, a lo que se había esperado de él.

---

110 Debemos de movernos en la historia de Asia en los años 203/202 a. C., pero no podemos saber en qué contexto se debería intercalar este breve fragmento.

ÍNDICE ONOMÁSTICO *

* Las cifras romanas indican el libro. Las cifras arábigas que siguen inmediatamente a las romanas o a un punto y coma indican el capítulo del libro en cuestión. Y las cifras siguientes, separadas por comas, indican los parágrafos correspondientes dentro del capítulo.

ÍNDICE GENERAL